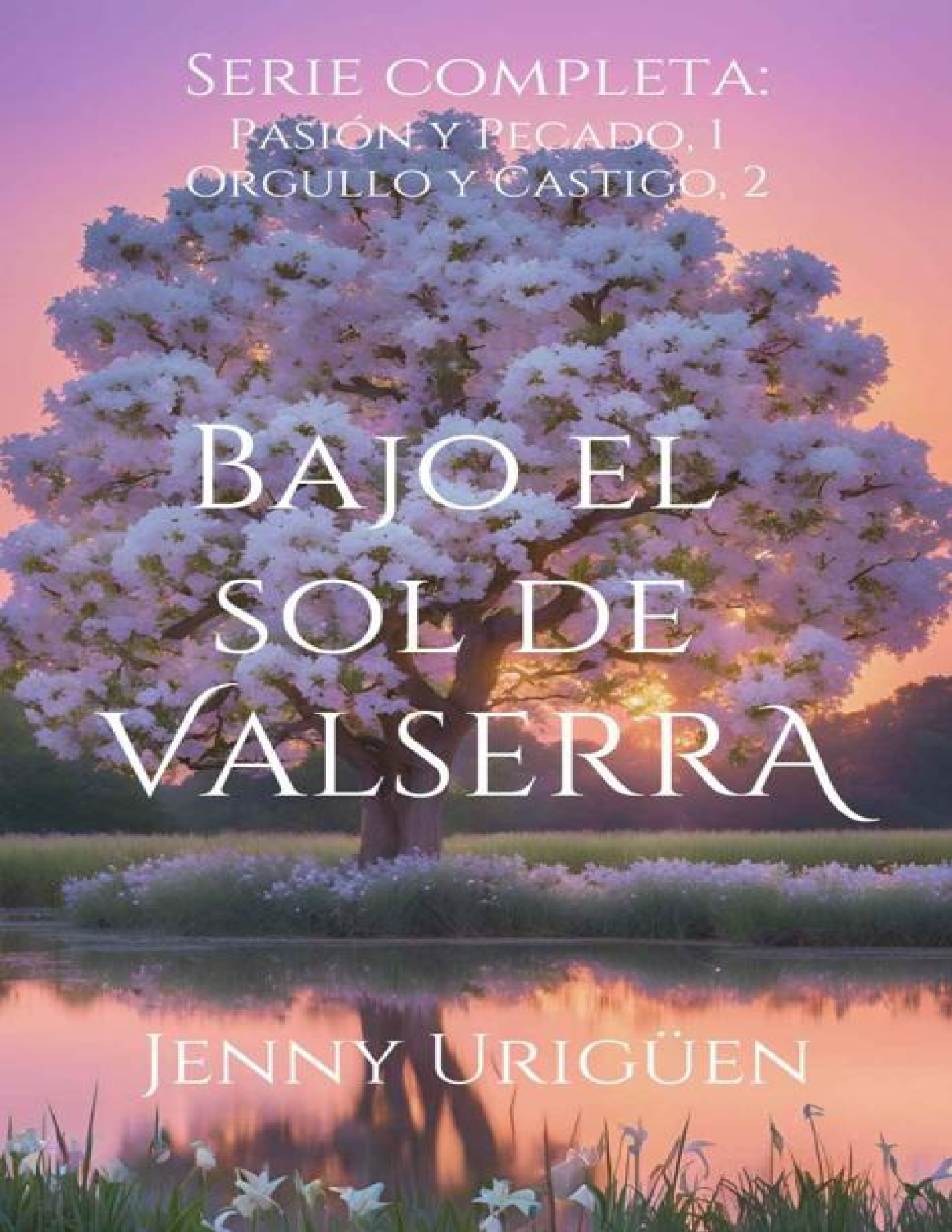
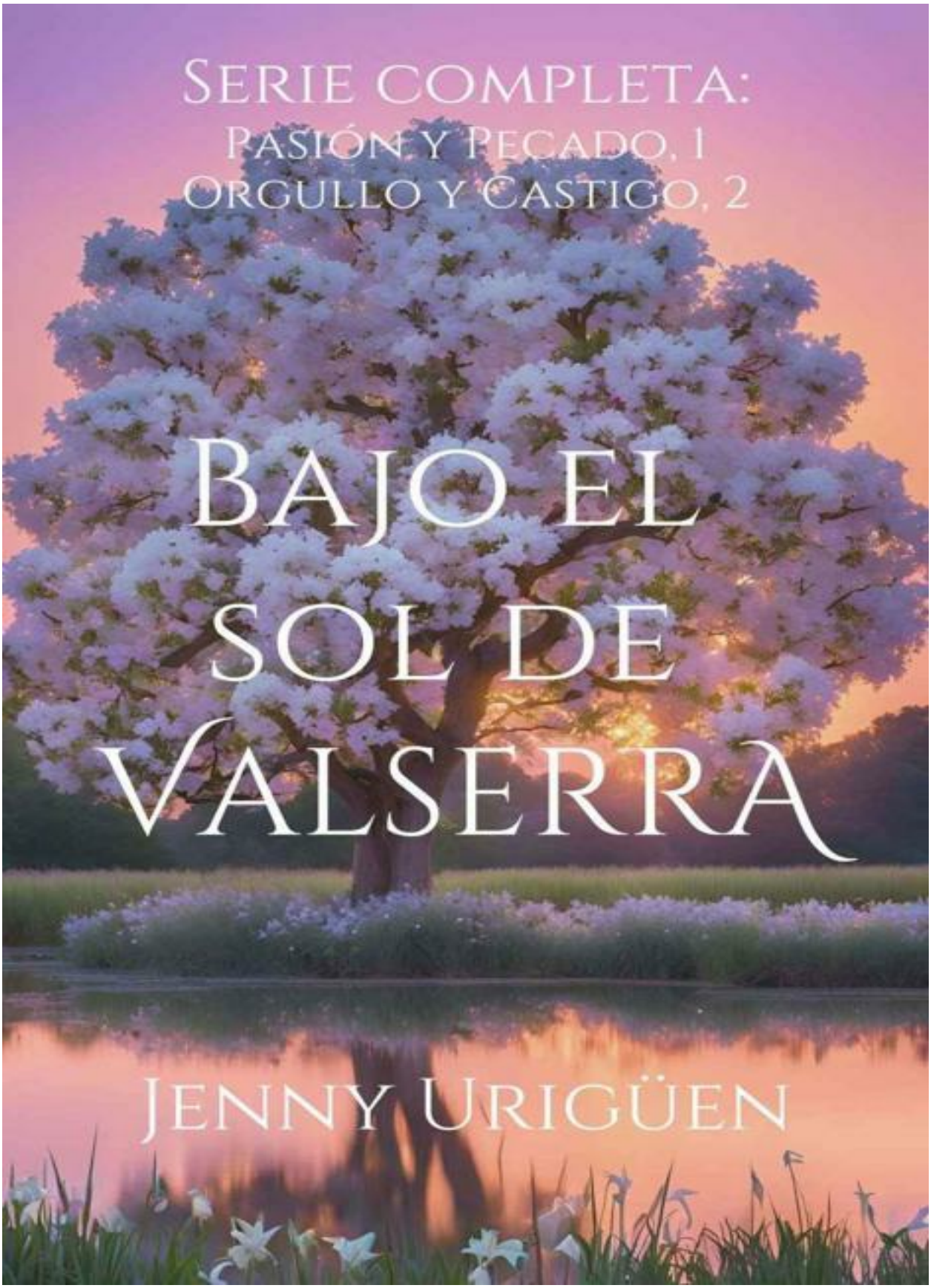

Serie completa:
Pasión y Pecado, 1
Orgullo y Castigo, 2
Bajo el sol de Valserra
Jenny Urigüen


Serie completa:
Pasión y Pecado, 1
Orgullo y Castigo, 2
Bajo el sol de Valserra
Jenny Urigüen

Copyright © 2024 Jenny Urigüen

Todos los derechos reservados

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción total o parcial, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Algunos de los escenarios descritos en esta obra son ficticios, además de los personajes y eventos que son imaginación del autor.

Esta obra es inédita, no ha sido diseñada con inteligencia artificial.

Primera edición.

Maquetación y diseño por Purple Centaur Publishing Services (purplecentaurpub@gmail.com)

Contents

Pasión y Pecado

Chapter

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

Orgullo y Castigo

Chapter

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

Epílogo

Otros libros

PASIÓN Y PECADO

JENNY URIGÜEN

En sus ojos me perdí...

Prefacio

Valserra, Italia, junio de 1983

—Yo los declaro, marido y mujer...

Fueron las emotivas palabras que pronunció Fortunato Rinaldi, el párroco del pueblo, dando testimonio al matrimonio que se celebraba en los jardines de la casa de la familia D'Alfonso, entre Romina y Giordano.

Romina era la hija mayor de Gaetano D'Alfonso, el respetado alcalde de Valserra: pueblo pequeño ubicado al norte de Italia; y de Francesca Baglietto, su madre, mujer de extremados principios religiosos.

Gaetano se sentía por demás satisfecho de que su adorada hija al fin y después de algunos años de noviazgo con Giordano Rizzo, joven educado y con una prometedora profesión, contrajeron nupcias. Giordano estudió medicina en la Universidad de Florencia, y actualmente ejercía las prácticas en el modesto hospital de Valserra. Contar con un prestigioso médico favorecería al pueblo y a la familia.

Durante la recepción, Gaetano se puso en pie y, tomando la copa de champaña de la mesa que debidamente estaba decorada para la ocasión con hermosas rosas blancas y jazmines, en donde, a su derecha le acompañaba la feliz pareja, y a su izquierda, Francesca y el padre Fortunato, quienes sonreían mirando a los recién casados, llevó su copa en alto e hizo el brindis:

—Hijos míos, mis palabras no alcanzan para expresar lo feliz que me siento al verlos unidos en matrimonio. Romina, hace poco eras mi pequeña niña que corría por estos jardines y alegrabas la casa con tus risas y cantos. Ahora eres toda una mujer. ¡Qué rápido pasó el tiempo, mi amada hija! —Gaetano tuvo que retirarse los anteojos y limpiarse sus ojos que los tenía humedecidos por la emoción—. Desde hoy comienzan una nueva vida juntos. ¡Felicidades, los amo! —Luego se dirigió a sus invitados, quienes lo acompañaban en esa soleada mañana de sábado, y brindó con ellos: —Amigos, gracias por estar aquí acompañando a mi familia, y a mí en especial en esta

celebración tan importante, la unión de Romina y Giordano, desde hoy, el señor y la señora Rizzo.

—Gracias, papá. —Romina bajó la mirada y se quedó en silencio. Mientras que Giordano la acercó a su hombro y besó su frente.

Romina era la hija consentida de Gaetano, acababa de cumplir sus veinte años.

Desde niña demostró un extraordinario dote para la música, por lo que luego de graduarse del colegio de monjas hizo sus estudios universitarios en la Universidad de Florencia, en donde estudió música clásica. Allí conoció a Giordano, joven de familia bien acomodada.

Ciertamente, ellos se amaban.

Gaetano adoraba como Romina tocaba el piano, por lo que antes de la celebración del matrimonio dio estricta orden para que colocaran el piano de cola, el cual ocupaba un lugar importante en el salón principal de su casa, en el jardín frontal. Sabía que su hija deleitaría en el día de su boda a sus invitados, y a él en particular con su adorable música.

Romina siempre consintiendo a su padre y obediente a él.

Enseguida se sentó sobre el banquillo y empezó a deslizar sus dedos por las teclas.

Indiscutiblemente poseía dedos de seda para la música. Los invitados quedaron hechizados con cada melodía que ella les regalaba.

Giordano la miró enamorado, mientras que Gaetano, de frente a su bella hija y, tomando de la mano de Francesca, cerró sus ojos y se dejó llevar con cada nota al compás de la balada, tal fuese agua del manantial que perpetúa su sendero vagando apacible hasta llegar al río, dejando escapar de sus labios ya curtidos por los años una suave sonrisa.

Al abrirlos miró que sus invitados disfrutaban de igual manera de las mágicas melodías con que su hija les deleitaba.

De pronto, su mirada se detuvo en la mesa en donde se encontraba Donato Carusso, el hijo de un buen amigo suyo, al ver que este se encontraba solo.

Miró indistintamente por los costados del jardín, buscando a su hija menor.

—¿Dónde se supone que está Ainara? —preguntó a Francesca. Francesca también se inquietó y, mirando por encima del hombro del reverendo, llamó la atención de Alfonsina; la ama de llaves de la casa, quien permanecía detrás de ellos.

Alfonsina se inclinó disimuladamente hacia Francesca, y dijo:

—Dígame, señora.

—Necesito que busques a Ainara... Esta niña, ¿en dónde se metió?

—Enseguida, doña Francesca. Creo saber en dónde puede estar.

—Date prisa antes de que Gaetano se moleste.

—Sí, señora.



1

LAS HERMOSAS MELODÍAS DE Romina continuaron deleitando a sus invitados.

Definitivamente ella poseía un don especial para la música, sus dedos se desplazaban por las teclas del piano como si fuese guiada por los mismos ángeles.

—¡Ainara!

Sobresaltada, Ainara levantó a mirar y exclamó:

—¡Papá!

Gaetano se encontraba parado, con el ceño fruncido, frente a ella:

—¡Deberías estar celebrando junto con el resto de los invitados! ¿Acaso no te has dado cuenta de que es la boda de tu hermana? ¡Y mira cómo tienes tu vestido!

Alfonsina, que se encontraba parada detrás de Gaetano, se inclinó hacia su costado y, mirando a Ainara por encima del hombro de su padre, le hizo un gesto con los ojos.

Ainara desvió por un momento la mirada hacia ella.

—Papá, Gabriella y yo tan solo quisimos estar un momento a solas.

Gaetano las miró indistintamente a ambas; mantenía su ceño fruncido:

—¡Estar un momento a solas en este lugar, cuando la fiesta es en los jardines! Tu hermana está celebrando sus nupcias. Sacúdete ese vestido y vamos de una vez, Donato espera por ti... ¡Qué educación es esa, haberlo dejado solo!

Ainara frunció los labios, apretando los dientes para no discutir a su padre. Estuvo a un paso, pero se contuvo.

—Señor —dijo de pronto Gabriella—, discúlpenos, enseguida iremos.

—Dense prisa —exigió y, dándose media vuelta, fue balbuceando no sé qué cuántas cosas más y desapareció de su vista mientras se adentraba por entre los senderos del jardín de los rosales.

—Mi niña —dijo Alfonsina dirigiéndose a Ainara, quien volvió a sentarse al filo de la banqueta de piedra y se cruzó de brazos sin tomar el más mínimo interés de la boda de su hermana—, no debieron abandonar la fiesta, ya conoces cómo es don Gaetano, él no iba a pasar por alto tu ausencia. Además que te fuiste dejándolo solo al joven Donato.

—¡No lo soporto, Alfonsina! No entiendo por qué papá insiste en que me fije en él.

—Tu padre mira en el joven Donato un futuro para ti.

Ainara regresó a mirar a Alfonsina con el entrecejo fruncido; a lo que respondió:

—¡Yo no estoy ni un ápice interesada en casarme con nadie, menos aún con el engreído y prepotente de Donato! No me interesa que sea el hijo de su mejor amigo como siempre insiste restregándome en la cara ni que viene de muy buena familia ni que es el mejor partido para mí ni todas esas ridiculeces. Yo tengo otros planes para mi vida, y entre ellos está estudiar lo que a mí me gusta. ¡No seguiré sus órdenes como lo hace Romina...! ¡Claro que no!

Ainara y su hermana se llevaban bien, pero se diferenciaban en cuanto al carácter.

Romina era sumisa, seguía al pie de la letra todo cuanto su padre decía; al contrario de Ainara.

Gaetano era una persona autoritaria. El hecho de ser el alcalde de Valserra por más de diez años lo convirtió en un hombre de poder. Además de que era una persona de excelente situación económica, el pueblo lo respetaba.

Por otro lado, Ainara sí que era rebelde y audaz.

A sus dieciocho años ya sabía lo que quería para su vida; y no era precisamente ir a Florencia a estudiar música al igual como lo hizo su hermana, y luego comprometerse a fuerza con Donato Carusso, el apuesto joven de familia acaudalada quien su padre quería a capa y espada por esposo para Ainara. El sueño de Ainara era estudiar artes plásticas, poseía una habilidad extraordinaria para la pintura y la escultura, y ella tenía una sola meta en su cabeza, ganarse por sí misma una beca para ir a estudiar en el extranjero. Para su padre no sería un problema pagarle los estudios en cualquier lugar que ella escogiera, pero él jamás aceptaría que una de sus hijas saliera a estudiar fuera de Italia, y menos aún sin estar casada. Para él, como buen devoto, era verlas dignamente desposadas; como era el caso de su adorada hija mayor, Romina.

Ainara y Alfonsina continuaron sentadas sobre la banqueta de piedra que se encontraba junto al riachuelo, el cual lindaba por la parte trasera de la elegante casona de campo de la familia D’Alfonso. Sus miradas estaban puestas en Gabriella quien, de pie bajo el rosal, en donde decenas de bellísimas rosas blancas y rojas abiertas en flor se derramaban formando un arco sobre su cabeza, jugaba desinteresada con las mariquitas que se posaban sobre sus manos, mientras que a lo lejos se escuchaba una delicada música de arpas y violines.

Tan pronto como Ainara y Gabriella aparecieron por entre las mesas del extremo del jardín, Donato, poniéndose enseguida en pie, fue a darles el encuentro.

Ainara miró con el rabillo del ojo a Gabriella: ella, apresurada, se acomodó el cabello.

—No vale la pena, te lo aseguro —dijo a su amiga y regresó a ver a Donato quien, dirigiéndole a Ainara una mirada intensa se acercó y saludó con ella dándole dos besos, uno de cada lado de sus mejillas y, luego, apenas mirándola, saludó con Gabriella.

Mas, Gabriella, con una amplia sonrisa plasmada en su rostro, se acercó también, pero él, tomando del brazo de Ainara, la encaminó hacia su mesa. Ainara se volteó y, haciéndole a su amiga una seña con la mano, le indicó para que fuese con ellos.

Gabriella fue detrás.

Desde la mesa central, en donde los novios, junto con sus padres, además del padre Fortunato, degustaban de toda una variedad de bocaditos y brindaban homenajeando a los recién casados, Romina llamó la atención de su hermana y le envió un beso. Ainara, de igual manera, también lo hizo.

De pronto, Gaetano se levantó y, pidiendo un momento la atención de todos, dijo:

—Amigos, gracias nuevamente por acompañarnos en este gran día. Es mi deseo comunicarles que me encuentro sumamente feliz y orgulloso por mi hija, Ainara. Como todos saben, mi pequeña culminó hace pocos días sus estudios colegiales, y ahora me enorgullece anunciarles que en pocos días irá a Florencia para estudiar música y seguir los mismos pasos como es el caso de su hermana mayor, Romina.

Ante tal afirmación, Ainara se levantó repentinamente. Gabriella la tomó por el brazo; pero ella, rebelde como era, contradijo a su padre enfrente de todos los invitados:

—No, padre, la música no es mi talento. Yo amo las bellas artes. Seguro que iré a Florencia o donde sea mi gusto estudiar, pero no por ahora. Es mi deseo trabajar durante el verano y parte del otoño ayudando en la parroquia del padre Fortunato a los niños discapacitados. Tú bien sabes que eso es primordial para mí ahora.

Gaetano le clavó la mirada a su hija, apretando los labios, marcándose aún más las hendiduras que a sus sesenta y ocho años no podía disimular. Francesca trató de calmarlo tomándolo de la mano, pero él, sintiéndose de seguro humillado y desautorizado enfrente de todos sus invitados, pidió disculpas y, dándose media vuelta, abandonó la recepción.

—Disculpen, por favor —dijo Francesca a los invitados quienes, sorprendidos, comentaron entre sí y miraron a Ainara, quien a pesar de que Donato le sugirió que se sentara, ella continuó

de pie—. Ainara, ven aquí —exigió su madre. Fortunato se pasó insistentemente la palma de su mano por el contorno ausente de cabello que dibujaba su coronilla.

—¡Madre, esto no puede estar sucediendo en el día de mi boda! —renegó Romina en el momento en que Ainara fue con ellos—. ¡Ve y pídele disculpas a papá, Ainara! ¡Cómo se te ocurre haberlo tratado de esa manera descortés frente a todos!

—Siento mucho, de corazón, por arruinar tu boda, Romina, pero papá no tiene el derecho de decidir sobre mí.

—¡Basta, Ainara! —espetó su madre—. Vas ahora mismo a la casa y esperas ahí. ¡Qué situación desagradable creaste, hija! —Ainara regresó a ver al padre Fortunato. Él le hizo un gesto con los ojos, era preciso que hiciera lo que su madre acabó de ordenar.

—Yo hablaré con Gaetano, Francesca —dijo Fortunato—. Ve y espera en la casa, hija. Todo se solucionará, confía en mí.

Francesca pidió un momento a sus invitados y se levantó también.

—Voy contigo, padre Fortunato, hay que hablar de inmediato con Gaetano. Por favor, Alfonsina... —Alfonsina se encontraba detrás suyo. Le pidió que fuera a la cocina y que diera la orden a los meseros para que sirvieran el almuerzo mientras ella se ausentaba un momento. Se giró hacia sus invitados y dijo: —La fiesta continúa, amigos, enseguida estaremos de regreso con ustedes.

Romina se volvió hacia su madre y comentó con ella:

—Mamá, haz que papá se calme, por favor. Esto no debió haber sucedido... y precisamente hoy.

Francesca asintió con la cabeza, devolviéndole a su hija una suave sonrisa.

—Vamos, Fortunato —dijo regresando a mirar al reverendo, y se encaminaron hacia la casa.

—¡Tú esperas aquí! —ordenó Francesca a Ainara.

—Pero mamá, tengo también que entrar, yo...

—¡Dije que esperas aquí!

Fortunato miró a la joven con una sonrisa complaciente. Asintió, haciéndola comprender que debía obedecer a su madre. Pero Ainara fue detrás de ellos y se quedó a escasos pasos de la puerta del despacho. Desde allí escuchó la voz dura y autoritaria de su padre discutir con Francesca y con Fortunato. Él no daba su brazo a torcer.

Ainara prefirió no dar importancia y regresó al salón principal. Se detuvo de frente a un ventanal grande, desde donde se podía apreciar los extensos jardines, y en donde miró a los

camareros servir el almuerzo a los invitados. Rodó la mirada hacia la mesa de los novios y vio que Romina conversaba apaciblemente con Giordano.

Por un momento Ainara se sintió culpable por haber estropeado de forma desconsiderada un día tan importante para ellos. Giordano era un buen hombre, lo suyo era amor verdadero. Respiró profundamente y desvió la mirada hacia la mesa en donde se encontraba su amiga, Gabriella.

Oh, pobre Gabriella, ella era su amiga y confidente, se conocían desde que eran niñas.

Y digo pobre, porque Ainara se lamentó por ella porque sabía perfectamente que vivía enamorada del arrogante de Donato; aunque Gabriella tratara de disimularlo.

Donato era un joven por demás atractivo: alto, de un físico atlético, piel dorada por el Sol, de hermosos ojos almendrados en un exquisito color marrón, los cuales contrastaban perfectamente con su cabello castaño. Donato acababa de cumplir veintitrés años, y tan solo restaba algo menos de uno para que terminara su carrera en leyes en la Universidad de Florencia. Esa era la razón por la cual Gaetano quería a toda costa que su hija fuese lo antes posible a estudiar ahí; la quería ver comprometida con él, era una verdad a gritos que todos conocían.

Pero no todo era lindo en él, su arrogancia y naturaleza machista no iban de la mano con Ainara. Ella pretendía un hombre a su nivel: inteligente, respetuoso, decidido, sencillo.

Pero en sus planes no estaba enamorarse, todavía no era el momento.

Ella tenía otros ideales para su vida.

Suspiró viendo a su amiga con esa sonrisa de boba mientras conversaba con Donato.

De seguro que a sus mejillas las tendría ruborizadas.

Se dio media vuelta y corrió nuevamente a la puerta del despacho de su padre.

Tan pronto como acercó el oído para tratar de escuchar, ésta se abrió:

—¡No terminas de aprender buenos modales, Ainara! —recriminó su madre y la haló con ella por el brazo al interior del despacho, en donde Gaetano, de frente al ventanal que también daba al jardín, no se inmutó al escuchar que Ainara entró—. Vamos, discúlpate con él —dijo.

Ainara se acercó despacio y recelosa.

—Papá...

—Déjennos solos —dijo Gaetano, aún de espaldas a ellos.

Francesca y Fortunato salieron del despacho.

—¿Te parece correcto haberme faltado al respeto de semejante manera?

—No, papá.

—Entonces —dijo volviéndose hacia su hija—, ¿por qué no respetaste mi autoridad y me has desautorizado frente a todos los invitados?

Ainara continuó de pie frente al escritorio de su padre. Sus ojos azules eran tan profundos y penetrantes como una noche oscura. Sintió la fuerza de sus latigazos sin siquiera haberla tocado.

Por un momento Ainara tembló.

—No ha sido mi intención desautorizarte, papá, pero necesito que entiendas que es mi deseo quedarme en casa por unos cuantos meses más. Además, como ya lo dije, la música no es mi vocación. Disculpa si te ofendí por haberlo hecho frente a todos.

—Está decidido, Ainara, enseguida de la boda te irás a Florencia.

—Pero, papá...

—La música debería ser tu vocación. Toma el ejemplo de Romina, se graduó y ahora está casada... ¡Su vida está tan bien encaminada!

—No es mi intención seguir su ejemplo, papá.

—¿Qué insolencia es esa? ¿Cómo te atreves a contradecirme?

—Perdón, papá, pero estoy en mi derecho de decidir lo mejor para mi vida. Solo escúchame, por favor. Mira —dijo acercándose un tanto más hacia él—, por supuesto que deseo estudiar, pero pintura y escultura. Eso es lo que amo... Pero aún no.

—¿Y cuándo entonces? ¿Cuándo haya pasado el tiempo y no quieran admitirte? No, Ainara, se hará como yo digo. En julio irás a Florencia.

Ainara miró a su padre con postura:

—Tu único afán de que vaya a Florencia es para que esté cerca de Donato, ¿verdad? Me doy cuenta de que tu insistencia es para que me fije en él. Pero déjame decirte que...

—Por supuesto que me interesa que Donato y tú socialicen, se enamoren. Estando ambos en la misma universidad sería el momento ideal para que compartan más tiempo juntos. Él es un excelente partido para ti, Ainara, date cuenta de eso. Mira de la familia distinguida que viene... Aparte de que es un joven muy bien parecido. Me he dado cuenta de cómo tú le interesas. Ambas familias estaríamos felices de verlos comprometidos, y por qué no, en un futuro cercano casados.

Ainara respiró profundamente, y antes de que su padre continúe con la misma cantaleta de que ella se interese en el antipático de Donato, se adelantó a decir:

—No estoy en edad de casarme todavía, papá. —Gaetano renegó por un momento, pero dejó que su hija terminara de hablar—. Por ahora lo que más deseo es ayudar al padre Fortunato con el voluntariado, será por pocos meses, seis a lo mucho. Luego de eso te prometo que iré a Florencia.

Tras dar un fuerte respiro, Gaetano fue hasta su escritorio y se sentó. Tal parecía que al fin aceptaría que su hija permaneciera por unos cuantos meses más en Valserra.

—Coméntame más sobre ese voluntariado...

—Ainara se refiere a dar clases a los niños discapacitados de la parroquia, Gaetano —se adelantó a responder Fortunato, quien de seguro estuvo pendiente de la conversación tras la puerta del despacho—. Si lo analizas, es una estupenda labor. ¿En qué afecta que retrase su viaje al instituto? Podría hacerlo para fines del otoño.

Gaetano arqueó su gruesa ceja izquierda cubierta por cuantiosas canas, dignas de sus avanzados años. Se quedó por unos segundos en silencio, hasta que de su garganta salió un ruido ronco y dijo:

—Déjenme solo un momento, por favor.

—Gaetano... —Francesca también entró en el despacho—, escucha lo que te dice el reverendo y piénsalo, querido.

—Lo pensaré, ahora déjenme solo.

—¿Qué sucedió con don Gaetano, amiga?

Ainara exhaló más tranquila y se sentó a la mesa en donde estaban Gabriella y Donato y, sin dar ni la más mínima importancia de lo que él fuera a decir, porque abrió la boca pero tuvo que volver a cerrarla en el momento en que Ainara se giró hacia su amiga y comentó con ella que su padre lo pensaría. Ya era un gran paso, Ainara tenía la convicción de que él permitiría que se quedara por más tiempo en el pueblo.

Ambas, emocionadas, rieron.

—Entonces no irás a Florencia en julio —comentó de pronto Donato. Obviamente las escuchó murmurar.

Ainara le guiñó un ojo a Gabriella, mientras que ella se inclinó para mirarlo por encima del hombro de su amiga.

—Aún no se ha dicho la última palabra —dijo Ainara—, pero tengo la certeza de que estaré en Valserra por largo tiempo más. Y tú —preguntó—, ¿para cuándo retornas a Florencia?

Donato, después de humedecerse el labio inferior, sonrió penetrándola con ese mirar profundo y acechante, propio de él; a lo que respondió:

—No tengo una fecha exacta. Quizás y también permanezco por un buen tiempo aquí.

Gabriella soltó una risita.

—Pensé que retomarías enseguida las clases, puesto que habrás pedido permiso para asistir a la boda de Romina —dijo Ainara.

—No... —contestó mirándola con mayor intensidad aún—, tengo receso de fin de ciclo.

—Como sea. —Ainara se puso en pie, halando a Gabriella del brazo con ella—. Disfruta de lo que queda de la fiesta, Donato.

En cuanto se dirigían al jardín posterior, Alfonsina se cruzó con ellas:

—¿Adónde van ahora?

—Estaremos en el granero —contestó Ainara, y continuaron caminando.

—¿Crees que tu padre acceda? —preguntó Gabriella, mientras se encaminaban hacia el granero que se encontraba junto al pequeño jardín de los rosales.

—Pienso que sí. Confío en el padre Fortunato. ¿Sabes?, él habló con papá y gracias a su intervención mi padre nos aseguró que lo tomaría en consideración... Yo sé que lo hará.

—¡Ay, ojalá! En casa solo esperan el día de empezar con el voluntariado. —Gabriella suspiró.

Ainara regresó a verla:

—¿Y ese suspiro?

—No es nada, no me hagas caso.

Antes de abrir la portezuela del granero, en donde Ainara y Gabriella iban siempre para el cotilleo, Ainara se giró hacia su amiga y espetó contra ella:

—Ahora mismo me vas a confiar qué pasa contigo, Gabriella. ¿Crees que no me doy cuenta de cómo miras a Donato y te sonrojas cuando estás cerca de él?

—¿Yo?

—Y quién más... ¿Acaso miras a alguien más por aquí? Te gusta, ¿verdad?

Gabriella abrió sus grandes ojos pardos como dos platos.

—Me pillaste... ¡Es que Donato es tan lindo!

Ainara negó con la cabeza y haló a su amiga por el brazo hasta la banqueta de piedra; prefirió permanecer ahí.

—¡Me repugna solo con pensar que él te guste!

Gabriella bajó la mirada y, en silencio, se puso a jugar con los anillos de bambalina que tenía en cada dedo de su mano. En tanto que Ainara la atrajo contra su hombro, su mirada quedó fija en el ramillete de rosas rojas en botón que empezaban a abrirse en el rosal.

—Deja de pensar más en él, no merece la pena.

—Lo sé. Además que él ni se fija en mí... solo tiene ojos para ti.

—Nunca vayas a permitir que por culpa suya nosotras nos distanciemos. Tú eres como mi hermana y yo jamás te haría daño. Donato no me interesa en lo absoluto, así papá me lo quiera meter por los ojos.

Gabriella esbozó una suave sonrisa.

—Eso lo sé.

—Cambiando de tema —dijo Ainara—, centrémonos en el voluntariado. ¡Estoy tan contenta por empezar a dar las clases a esos niños!

—¡Y yo!

—Mira, con ellos podemos ganar experiencia y luego buscaríamos trabajo.

Gabriella, enseguida, se puso en pie:

—¡Eso me gusta! Yo quiero tener mi propio dinero y no depender de papá y mamá.

Una sonrisa traviesa agració el rostro de Ainara.

—¡Eso mismo, igual yo! Mi sueño es ganarme una beca para ir a estudiar pintura y escultura en Estados Unidos. Muero por conocer Nueva York. Quiero salir de este entorno y visitar lugares nuevos y divertidos. ¿Te imaginas ser independientes? Tener nuestro propio dinero sin que nadie nos controle ni nos digan qué debemos hacer... —Ainara empezó a morderse la uña de su dedo pulgar. Sus ojos se le iluminaron con solo la idea de verse lejos como la profesional que deseaba ser, y llevando una vida diferente a la que su padre quería para ella. El matrimonio no estaba en sus planes; al menos no por el momento...

Ainara no conocía el amor.



2

AINARA ESPERABA CON ANSIAS la resolución que tomaría su padre.

Ya habían pasado dos días desde el matrimonio de su hermana. Ellos se encontraban fuera de Italia gozando de su luna de miel... Un crucero por el mar Mediterráneo debía ser hermoso.

A pesar de ellas no haber compartido juntas los últimos cuatro años, puesto que Romina estaba lejos de casa mientras permanecía en Florencia por sus estudios, y Ainara era tan solo una niña y la veía de vez en cuando en las fiestas de Navidad y de Año Nuevo o al fin de cada ciclo universitario, se sintió feliz por ella.

Ese día Gaetano mandó con Fulgencio, el chofer de la casa, a llamar al padre Fortunato. Ainara y Alfonsina se miraron entre sí, deseosas de saber qué era lo que al fin Gaetano tendría que decirle al párroco.

Tal y como solicitó Gaetano, luego de la cena fue el chofer hasta la parroquia y le informó al padre Fortunato que al alcalde le urgía verlo. Fortunato le aseguró que enseguida de finalizada la misa de las seis y treinta de la mañana, y luego de que todos los fieles se hubieran ido, estaría en casa de la familia D’Alfonso.

Al día siguiente, una vez que Fortunato llegó a casa de la familia, Francesca invitó al reverendo a que los acompañara al desayuno. Para suerte suya, el desayuno había sido servido hace poco. Fortunato gozaba a más no poder de degustar de tantos manjares; y en casa de la familia D’Alfonso siempre se ofrecían banquetes.

Tan pronto como terminaron de desayunar, Gaetano pidió a Fortunato que lo acompañara a su despacho. Como siempre, Ainara se quedó detrás de la puerta, y acercó el oído:

—Ponte cómodo, Fortunato —dijo Gaetano luego de ofrecerle tomar asiento frente a él en uno de los sillones que estaban junto a un ventanal alargado, el cual daba al jardín posterior—.

Necesito que me aclares al detalle todo cuanto se refiere al voluntariado que tanto Francesca como Ainara me han venido cantaleteando.

—Bueno... —Fortunato esbozó una sonrisa de satisfacción mientras acomodaba sus voluminosas posaderas en la butaca de cuero oscuro, curtida por los años—, antes déjame decirte que me agrada que por fin conversáramos sobre este tema. La escuela de niños y jóvenes discapacitados que mantiene la parroquia, con la ayuda de ustedes, por supuesto, necesita con urgencia de dos señoritas voluntarias. Las dos jóvenes parvularias que se encargaban en el área de alfabetización y bellas artes tuvieron que ausentarse por unos cuantos meses a Roma. En enero, a más tardar, febrero, estarán de regreso, y yo pensé que para tan noble labor humanitaria quién mejor que tu hija Ainara. Tú mejor que nadie sabes que a ella le entusiasma y tiene vocación para ello. Ella, junto con Gabriella, no dudo en que lo harán de la mejor manera. Y bueno —agregó el párroco mientras se acomodaba su sotana marrón—, tan solo necesito que me des tu consentimiento.

Gaetano vaciló por un momento; al parecer no fue de su agrado que Ainara prolongara su estancia en Valserra, a lo que respondió:

—Con todo respeto, Fortunato, tengo organizado y quiero que Ainara viaje a Florencia para la primera quincena de julio. Te agradezco por tomarla en cuenta, pero no lo veo prudente por el momento.

—Y con todo mi respeto, Gaetano —contradijo el reverendo—, piensa que serán apenas seis meses. Tu hija está feliz y emocionada de hacerlo. Será una bonita experiencia para ella, además que les involucrará en el arte de la pintura y la escultura a esos niños. Y ahora —dijo levantándose—, me disculpas pero tengo que ir a la parroquia porque debo organizar algunos asuntos pendientes antes de la llegada del joven seminarista que viene de España.

—Que tengas un buen día, Fortunato —se despidió de él Gaetano.

Ainara corrió al extremo del recibidor. Cuando el reverendo cerró detrás de él la puerta del despacho, le hizo una seña a Ainara con la mano, pidiendo que se acercara.

—Quédate tranquila, hija, que lo va a aceptar —le dijo en voz baja.

Ainara sonrió.

—Gracias, padre, escuché lo que hablaron.

—No tienes ni que decírmelo... Eso lo conozco bien de ti. —Fortunato sonrió y le dio una palmadita en el hombro—. Te espero luego de las fiestas en la parroquia. Iré organizando los preparativos para las clases de los niños. Por ahora tengo otro asunto pendiente que resolver.

—¿Se trata del seminarista que viene de España? Escuché comentárselo a mi padre.

—Sí, hija, Saúl llega mañana y aún no he dispuesto cuál será su habitación. Ahora debo dejarte, despídeme de Francesca, por favor.

—Vaya, padre, vaya, que yo se lo diré enseguida a mamá. —Fortunato se dio media vuelta, antes de bajar los tres peldaños que conducían al recibidor, se levantó la sotana por encima de sus tobillos y bajó apresurado. A medio camino se encontró con Alfonsina, ella, amablemente, lo acompañó hasta la puerta de salida.

Sentados a la mesa, a la hora de la cena, Ainara esperaba ansiosa que su padre dijera algo acerca del voluntariado. Pero él no tocó el tema hasta el momento en que Alfonsina sirvió la sobremesa.

—Ainara —dijo de pronto su padre, mientras le daba una rebanada a su bizcocho de almendra —, a partir de la próxima semana darás clases de pintura y escultura a los niños discapacitados en la parroquia. Ponte de acuerdo con el padre Fortunato para que con él planifiquen los últimos detalles. Sé qué harás un buen trabajo y confío en ti, hija. Solo recuerda que en enero irás a Florencia, te guste o no.

Ainara se quedó sin habla. Se levantó y corrió a abrazar a su padre.

—¡Gracias, papá! Tenlo por seguro que así será.



3

EN EL PUEBLO SE celebraban en esa semana las fiestas de la Virgen de Valserra. Fortunato, junto con las familias que colaboraban en los eventos, en donde Francesca lideraba el comité de damas a favor de los más desprotegidos, se encargaron de los preparativos para el festejo.

Valserra era engalanada con toda una variedad de flores de la estación y cintillas de colores, las cuales cruzaban desde un extremo al otro por sus balconadas.

Las florecillas coloridas que desde lo alto de sus miradores se desbordaban, embellecían aún más al pequeño pueblo norteño.

Era tradición que los estudiantes del colegio secundario de la parroquia desfilaran por las callejuelas aledañas al centro. En el parque central se había dispuesto un graderío para el alcalde: don Gaetano, su familia y demás autoridades, quienes desde ahí presenciarían los actos que iniciaban las fiestas.

Asimismo, los lugareños lanzaban azucenas blancas desde sus balcones o desde las aceras cuando pasaba la procesión.

En esa resplandeciente mañana de junio, en donde el cielo brillaba en un azul tan radiante, al igual que los bellísimos ojos de Ainara, ella ya se encontraba en la segunda fila del graderío con su canastilla de azucenas blancas lista para lanzarlas a la procesión que a lo lejos desfilaba.

La tradición era que todos los niños y jóvenes: hombres y mujeres, lucieran en ese día vestimentas blancas.

Ainara llevaba un hermoso vestido de seda bohemio sobre las rodillas, encarrujado en el pecho, y con sus hombros dorados descubiertos al Sol.

Al contorno de su larga cabellera rubia decoraba una tiara dorada. Sus encantadores rizos dorados brillaban como trigales que danzaban airosos al compás del viento.

Francesca invitó a Gabriella a subir al graderío cuando la miró pasar de la mano de su pequeño hermano. Sus padres, quienes venían con ella, enseguida saludaron con Francesca y con el alcalde esbozando una amplia sonrisa, mientras que Gabriella fue a darle el encuentro a su amiga.

Ainara estaba impaciente por contarle que su padre accedió en que hiciera el voluntariado y que ya no iría a Florencia; al menos no por el momento.

—Tengo la mejor noticia que darte —dijo Ainara. Sus ojos brillaron y sus labios no dejaron de sonreír.

Gabriella la miró inquieta.

—¿Don Gaetano aceptó?

—Sí, ¡al fin! Luego de las fiestas de la Virgen iré a la parroquia para coordinar todo con el padre Fortunato. Tú también deberías ir conmigo.

—Por supuesto que iremos juntas, ¡qué alegría! —Gabriella la abrazó.

—Tenemos tantas cosas por preparar... —dijo Ainara y se mordió un extremo de su labio inferior. Gabriella dio un largo suspiro y regresó con una larga sonrisa a mirar hacia su costado.

La procesión ya se encontraba a menos de cien metros de ellas.

El padre Fortunato caminaba detrás de la imagen de la Virgen de Valserra, que dos jóvenes la llevaban levantada en brazos. Acompañaban al párroco otros dos jóvenes, quienes iban a su costado, seguidos por una caravana de fieles. El coro de la iglesia avanzaba por la concurrida callejuela adoquinada, adornada con macetas altas cubiertas de flores coloridas, entonando cánticos a la Virgen.

—Mira, ya están cerca —comentó Gabriella con su amiga; en tanto que Ainara regresó la mirada hacia la procesión... y enseguida preguntó a Gabriella:

—¿Quién va junto al padre Fortunato?

—Es Filippo, el seminarista que llegó hace algo más de tres meses. ¿No lo habías visto antes?

Ainara negó con la cabeza.

—No me refiero a él, sino al chico que va de su lado derecho, de frente a nosotras.

—Ah pues no sé... Quizá sea el muchacho español que acaba de llegar.

Ainara no comentó ni una sola palabra más con su amiga. Sus ojos quedaron fijos, hipnotizados, en el apuesto y gallardo joven que caminaba junto al reverendo y, sujetando en una de sus manos el racimo de azucenas blancas, sonrió suavemente.

Ainara, a sus apenas dieciocho años recién cumplidos era la jovencita más hermosa de Valserra: briosa y alegre, que llamó de seguro la atención del joven seminarista que iba junto al

párroco, quien en el momento en que pasó frente al graderío levantó la mirada y no tardó en encontrar la de Ainara. Jamás ella miró unos ojos tan bellos y apacibles: verdes y profundos como dos esmeraldas talladas en bruto. Su cabello negro revoloteaba inquieto con la cálida brisa para luego colisionar contra sus pómulos. El joven alzó su mano para apartarlo, y Ainara pudo apreciar sus perfiladas y gruesas cejas negras.

Él sonrió.

Ainara nunca miró con tanta intensidad a alguien.

Levantó el brazo, sonrió también y lanzó el ramillete de azucenas blancas a los pies de la procesión.

El joven se inclinó y, recogiendo una de ellas, acarició sus pétalos y continuó con la peregrinación.

Desde ese momento, Ainara supo que nada volvería a ser igual.

4

CONCLUIDA LA PROCESIÓN QUE dio fin al día de fiestas, Saúl Márquez, el seminarista de los ojos verdes, fue a la parroquia junto con el padre Fortunato y demás clérigos.

Se despidió de ellos y se retiró por los corredores que circundaban el jardín interior.

Cerró la puerta de su pequeña habitación, en donde únicamente alcanzaba una cama angosta con un velador de un lado y una silla del otro. Frente a la cama había un armario chico con un espejo a todo el largo de la puerta, y de un costado estaba un escritorio viejo de madera. Sobre éste entraba la luz a través de una pequeña claraboya que daba al pequeño jardín interior.

Saúl se quedó de pie junto a la ventanilla, su mirada se perdió en la higuera que desbordaba sus frutos. Sacó del bolsillo de su pantalón la azucena blanca que recogió de aquella hermosa muchacha en el momento en que ella la lanzó desde el graderío, y ésta cayó ante sus pies.

Y pensó en ella.

En sus ojos tan azules como dos pedazos de cielo, en los rizos de su cabello dorado que danzaban libres al compás del viento, en su sonrisa angelical... Oh, aquella dulce sonrisa que no consiguió apartar de su mente; la cual quedó desde ese momento prisionera dentro suyo... ‹‹Pero estoy aquí para entregar mi vida a la iglesia››, se dijo a sí mismo, acariciando suavemente con las yemas de sus dedos los delicados pétalos de la azucena, la cual se mantuvo intacta. Tras un suave suspiro, Saúl se dio media vuelta y fue a sentarse sobre su cama, acercó la azucena a sus labios y, luego de besar sus pétalos, la colocó sobre el velador.

Abrió el cajón y guardó la estatuilla de algún santo local que lo adornaba, y en su lugar colocó el portarretratos de sus padres.

A Saúl le atormentaba la incertidumbre, no sabía si tomar los hábitos era su vocación.

Su corazón imploraba por conocer el amor.

Saúl era un joven de veintidós años, aspirante al sacerdocio que venía desde un pueblo pequeño de España: de Nuestra Señora de la Esperanza, lugar tranquilo y, como su nombre bien lo decía, de lugareños fieles y devotos a la religión católica. Fue su padre, antes de morir, quien lo motivó para que Saúl, siendo apenas un jovenzuelo de quince años, estudiara teología y filosofía tan pronto como culminara sus estudios colegiales. Saúl no tuvo otra opción que, por exigencia de su madre, ingresar como aspirante en la iglesia de su pueblo y continuar con el sacerdocio ya que no tenía cómo sustentarlo porque ella era una mujer con una enfermedad degenerativa cerebral. De esa manera, Concepción Márquez, quien continuaba llevando el apellido de su difunto marido, terminaría sus días en paz sabiendo que su único y amado hijo no quedaría desamparado en el día en que ella también faltase.

Fue en la parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza que Saúl vivió y estudió.

Una vez que se graduó de sus estudios secundarios y empezó a estudiar sus primeros años de teología, su madre murió. Desde niño Saúl tenía una inclinación desmedida por la medicina, y con la muerte de su madre, se interesó más aún. Pasaba tardes, noches enteras en la biblioteca leyendo y aprendiendo por su cuenta sobre neurología.

Al poco tiempo de que Saúl cumpliera sus veintidós años, fue informado que debía viajar a Italia para continuar como seminarista, no sin antes hacer un curso intensivo del idioma, aunque él ya tenía conocimientos básicos. Allí concluiría el corto tiempo que le faltaba de sus estudios de teología junto al padre Fortunato, párroco de la parroquia de San Feliciano di Valserra, quien mantenía estrecha amistad con el párroco de Nuestra Señora de la Esperanza.



—¿ADÓNDE VAS, HIJA? —PREGUNTÓ Francesca al ver que Ainara, apresurada, cerraba el portón del jardín. En ese momento su madre arreglaba sus matas de hortensias azules y color violeta; las preferidas de ella.

Ainara se volteó y caminó hacia donde su madre, quien terminaba de cortar las ramas secas de la planta, retirándose después los guantes de jardinería.

—Mamá, tengo que estar en la parroquia para hablar con el padre Fortunato. Es por lo del voluntariado, ¿lo recuerdas?

Francesca colocó los guantes sobre un taburete que siempre había estado ahí; a lo que comentó con su hija:

—Lo sé, pero Fortunato no me dijo nada de que hoy fueras a la parroquia.

—Mamá... si ya conoces cómo es él de despistado.

Francesca frunció los labios.

—Es verdad. Déjame darte unas galletas de almendra que hornee. Sígueme que las tengo en la cocina.

Ainara agarró el considerable envoltorio que le dio su madre para que le entregara al padre Fortunato, y salió de casa.

Fortunato en ningún momento habló con Ainara diciéndole que debería ir a organizar los asuntos del voluntariado ese día, como ella le dio a entender a su madre... Ainara tenía otro interés, por lo que mintió.

Desde el día en que Ainara vio al seminarista de los ojos verdes no dejó de pensar en él.

Él tenía algo que ella no podía descifrar.

Era joven, atrayente, varonil; en otras palabras, demasiado guapo para encerrarse en un convento por el resto de su vida y hacerse sacerdote, pensó ella.

Cuando llegó a la parroquia fue directamente buscando al reverendo a la pequeña saleta que se encontraba a un costado del comedor, era la hora del té, y ella sabía perfectamente que allí se encontraría el reverendo degustando de los postres y demás manjares como tanto le gustaban.

Tan pronto como Ainara abrió la puerta, el seminarista de los ojos verdes regresó a mirar, por lo que enseguida se puso en pie. Sus miradas volvieron a encontrarse, quedando prendadas la una de la otra por largos segundos; hasta que, al ver el padre Fortunato a Ainara, éste exclamó:

—¡Ainara, qué gusto verte! Entra, hija mía. Y, dime, ¿a qué has venido?

Mas Ainara, tras regalarle una suave sonrisa al seminarista y, por supuesto, también al reverendo, entró.

—Vengo a dejarle estas galletas que preparó mamá. Además... —dijo colocando el envoltorio a un costado de la mesa, en donde Fortunato y el seminarista tomaban té; pensó al instante por las dos pequeñas tazas, aparte de un platillo con magdalenas de nuez que también había sobre la mesa—, quería conversar con usted acerca de las clases que daremos con Gabriella a los niños.

Antes de que Fortunato le contestara, se giró hacia el seminarista y dijo:

—Ven, Saúl, acércate para presentarte a la hija de don Gaetano y de doña Francesca D’Alfonso. —Saúl se acercó de inmediato, tal parecía que estaba receloso; entretanto Fortunato continuó: —Ainara estará dando clases de pintura y escultura aquí en la parroquia a los niños discapacitados. Ahí como ves, esta niña tiene manos de ángel. Bueno... —Fortunato tomó entre sus manos el envoltorio—, ¿a ver qué tenemos aquí?

—Son galletas de almendra que mamá horneó —se adelantó a decir Ainara—, las que tanto le gustan, padre. —Ainara sonrió disimuladamente y bajó la cabeza. Se dio cuenta de que el seminarista, al igual que ella, estaba nervioso porque continuaba de pie junto a la mesa sin pronunciar una sola palabra.

—Pero vamos... —dijo de pronto Fortunato—, ¿qué hacen ahí parados? Siéntense conmigo. ¿Deseas un té, hija?

—Gracias, padre.

—Yo se lo traigo —se apresuró en decir Saúl, y salió del pequeño salón.

—Entonces, Ainara —comentó el reverendo mientras abría el envoltorio, sacó unas cuantas galletas y las colocó sobre el platillo—, me decías que deseas concretar conmigo el día en que empezaremos con las clases.

—Sí, padre.

—¿Por qué te noto muy callada hoy? —preguntó el reverendo, hasta que de pronto el seminarista regresó trayendo consigo la fuente. La colocó sobre la mesa y, mientras vertía té de menta en la taza para luego dársela a Ainara, Fortunato comentó con ella:

—¿Sabías que este muchacho viene de un pueblo pequeño de España?

Ainara levantó a mirar al seminarista; luego al párroco:

—No lo sabía, padre.

—Vengo de Nuestra Señora de la Esperanza —al fin habló el seminarista. A Ainara le pareció tan atractivo y melodioso su acento español. Ella no comprendía por qué sus manos le sudaban. Quería quedarse allí y poder contemplarlo por largos minutos, pero apenas y podía sujetar aquella mirada tentadora que hacía que todo su cuerpo se estremeciera.

—Nuestra Señora de la Esperanza es un pueblo muy parecido a Valserra, hija. Joaquín es un gran amigo mío.

—¿Joaquín es el párroco de Nuestra Señora de la Esperanza, padre?

—Así es, hija. —Fortunato se sacudió las migas de galleta que cayeron sobre su sotana, a lo que luego dijo, dirigiéndole la mirada al seminarista: —Saúl, preséntate con la hija de don Gaetano. ¡Tal parece que el ratón te comió la lengua!

Saúl se sonrojó.

—¡Cómo dice eso, padre Fortunato! —Saúl esbozó una sonrisa inquieta, en tanto que regresó a mirar a Ainara, mas ella lo miró en silencio... Ambas miradas volvieron a quedar prendadas la una de la otra; hasta que Fortunato se adelantó en responder por él mismo:

—Saúl Márquez, así es como este muchacho se llama.

Entretanto, extendiendo su mano, Ainara se presentó con él:

—Un gusto conocerte, Saúl. —Saúl apretó su mano, un torrente de escalofríos recorrió todo su cuerpo al Ainara sentir su calor.

—El gusto es mío —respondió Saúl, pero de inmediato soltó de su mano.

—Entonces Ainara —prosiguió el reverendo—, pongámonos de una vez de acuerdo con el tema de las clases. ¿Qué te parece empezar desde este mismo lunes?

—Por supuesto, padre. Gabriella y yo estaremos tan felices de al fin dar comienzo.

—No se diga más. ¿Podrías venir con Gabriella mañana antes del mediodía para organizar el material de los niños? Y..., ¿de pronto acomodar el aula?, creo que también se debería dar una mano de pintura.

—Yo podría ayudar con eso —se apresuró a decir Saúl.

—Bien, muchacho, te agradezco porque ciertamente necesitaré también de ti... Ya estoy viejo para esas labores.

Ainara esbozó una ligera risita, cubriéndose con la mano la boca.

—Hoy mismo antes de ir a casa pasaré por donde Gabriella, y le comento lo que usted me acaba de decir, padre Fortunato. Mañana estaremos aquí. Y ahora me retiro. —Ainara le dio una última mirada fugaz a Saúl, en tanto que él, corriendo su silla, de inmediato se puso en pie.

—Dale las gracias a Francesca por sus deliciosas galletas.

—Así lo haré, padre. Una linda tarde. —Ainara se levantó de la mesa. Trató inconscientemente de ignorar a Saúl quien, parado detrás del párroco, no dejaba de mirarla.

—Hasta mañana, hija. Vamos, Saúl —dijo el reverendo poniéndose también en pie—, acompáñame a la capilla que debemos preparar la misa de las seis.

Cuando Ainara llegó a su casa, después de pasar por la de Gabriella y darles el mensaje del padre Fortunato, se cruzó con su madre en cuanto subía por las escaleras para ir a su habitación. Francesca preguntó por el reverendo, quería saber si fueron de su agrado las galletas, además de cómo iban los preparativos para iniciar las clases de esos niños.

Ainara le confirmó que el padre disfrutó sobremanera de sus galletas; bueno, el querido párroco del pequeño pueblo norteño era adicto a la bollería, sobre todo a las galletas de almendra que Francesca horneaba.

Ainara comentó además con su madre que antes del mediodía del día siguiente debería ir nuevamente a la parroquia porque iban a pintar el aula y dar los últimos detalles antes de comenzar con el voluntariado. Francesca se mostró feliz por su hija, y a Ainara se le notaba muy entusiasmada. Se disculpó con su madre diciendo que tenía cosas pendientes por resolver; pero claro, lo que Ainara deseaba en realidad era estar a solas y, en el silencio de su habitación, recapitular las horas que estuvo en compañía del atrayente seminarista de los ojos más bellos que ella jamás haya visto.

Asimismo se disculpó diciendo que no bajaría a cenar, tan solo que Alfonsina le llevara un vaso con leche, y unas cuantas galletas de las que de seguro habían sobrado.

Una vez que Alfonsina le trajera lo que ella pidió, se apoyó contra el respaldo de su cama y, con el platillo de galletas sobre sus piernas, no dejó de pensar en Saúl.

Ainara jamás había sentido una atracción tan fuerte por alguien.

‹‹ ¡Es un seminarista! ››, se cuestionó una y otra vez.

Pero su deseo de volverlo a ver fue más fuerte que ella.

6

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Ainara almorzó con prisas y enseguida se encaminó a la parroquia. La distancia era relativamente corta, alrededor de quince minutos de caminata relajada.

En el parque se encontró con Gabriella y juntas fueron hacia el convento.

—¡Mis jóvenes educadoras! —Fortunato fue hacia donde ellas, abierto de brazos tan pronto como las miró avanzar por el patio interno. Pasaron por un lado de la higuera, Ainara echó un rápido vistazo a su alrededor buscando a Saúl con el rabillo del ojo; ella no sabía con certeza en dónde se encontraba su alcoba—. Me alegra que estén aquí, señoritas. Vamos de una buena vez a poner en orden el aula de los niños. ¿Desean antes algo de beber? Las noto un tanto acaloradas.

—Sí, padre, un vaso con agua helada estaría bien —dijeron ambas.

—Vamos, vamos, acompáñenme a la cocina que yo también necesito antes tomar una copita de mi *limoncello* con un cubito de hielo para luego proseguir con la limpieza.

Ainara y Gabriella rieron entre sí. Ainara quería preguntarle al párroco por Saúl, pero se mordió la lengua, pensó que no era prudente. Quizá se cruzarían con él yendo de camino a la cocina o incluso ya podría estar ahí...

Pero para su mala suerte no fue así.

De camino al aula, luego de beber no uno sino dos vasos de agua fría se encontraron con Filippo, el otro joven seminarista.

—Filippo —preguntó el reverendo, haciendo que se detenga—, ¿sabes si Saúl regresó de la ferretería?

Ainara enseguida prestó oídos.

—No lo sé, padre, pero hace ya un buen rato que lo vi salir.

—Bueno... —Fortunato gesticuló con la boca—, seguramente ya estará de regreso. No te quito más tu tiempo, hijo. Si lo encuentras por ahí dile que vaya de inmediato al aula de los niños.

Filippo asintió con la cabeza.

—Con su permiso, padre —dijo y continuó por el pasillo.

En cuanto entraron en el aula, Ainara sacó de su mochila una pañoleta y se cubrió la cabeza. Gabriella se colocó una gorra y empezaron a limpiarla.

Fortunato también cogió una escoba y se dispuso a barrer el aula.

Mientras Ainara, subida sobre un banquillo, se alzaba en punta de pies para limpiar una telaraña del extremo más alto de una de las ventanas, se abrió la puerta y de pronto entró Saúl.

Mas, Ainara, por regresar a mirar, perdió el equilibrio y, antes de que cayera, Saúl lanzó por los aires los dos rodillos y la caneca de pintura que traía y se abalanzó hacia donde ella para sujetarla. Ambos, abrazados, cayeron al piso. Ainara, con sus ojos prendidos de los suyos, ceñida sobre él, cerquita de sus carnosos y sensuales labios rojos, percibiendo su respiración, sintió a su corazón salírsele del pecho y se quedó sin habla.

Vagamente, a sus espaldas, escuchó que Fortunato y Gabriella gritaron su nombre y corrieron hacia donde ellos.

—Disculpa... —atinó ella a decir y, soportando el dolor del lado derecho de sus costillas, se apartó de encima suyo. —Ainara tembló.

Saúl se incorporó de inmediato y, sonrojado, se disculpó con ella:

—No, no, discúlpame tú. No fue mi intención que cayéramos al piso.

Enseguida Fortunato corrió hacia donde ellos y preguntó:

—Hija mía, ¿no te hiciste daño? —Ainara negó con la cabeza, de igual manera, sonrojada. En tanto que Gabriella, pasmada, los miró a ambos abriendo sus grandes ojos como dos platos—. ¡Gracias al cielo llegaste a tiempo, Saúl! De otra manera esta niña imprudente se hubiese roto algunas costillas... ¡Y quién sabe hasta la cabeza!

—Estoy bien, padre —dijo Ainara, nerviosa.

—Te traeré un vaso con agua. —Fortunato salió del aula, dejando la puerta abierta.

—Yo iré también con usted, padre —apuró Gabriella y corrió detrás del párroco, dejándolos a Ainara y a Saúl solos.

Ainara no terminaba de calmarse, apenas y podía mirar a Saúl, aunque algo dentro suyo le gritaba que levantara la mirada que la tenía aferrada a los tablones del piso y que le mirara a los ojos, a sus apasionantes ojos verdes que le arrebataron la voluntad, acabando con su paz.

—¿No te duele nada? —preguntó enseguida él.

Ainara osó y levantó a mirarlo.

—No te preocupes, gracias, estoy bien.

De repente, Saúl deslizó las yemas de sus dedos por su cabello y de entre sus rizos dorados retiró delicadamente su pañoleta de seda; a lo que enseguida dijo, entregándosela:

—Preferible que no te esfuerces, Ainara. Yo puedo terminar con el arreglo y la pintura del aula.

‹‹Ainara...››, repitió ella para sí misma. ‹‹ ¡Qué dulce escucharlo decir mi nombre! ››.

—Sí, no creo poder hacerlo. Es mejor ir a casa. —Ainara no sabía cómo decirle a Saúl que le dolía la espalda. Quizás hizo demasiada fuerza al tratar de no caer al piso. Afortunadamente, en ese momento regresó Fortunato en compañía de su amiga, Gabriella.

—Hija mía —dijo él—, acabo de llamar a tu casa para que el chofer las venga a recoger. Toma, bebe un poco de agua que te veo pálida.

—Gracias, padre Fortunato. Le prometo estar aquí mañana para terminar con el arreglo del aula.

—No hace falta, padre —se apresuró en comprometerse Saúl—, es preferible que Ainara descanse y se recupere. Yo haré todo el trabajo.

—Gracias, Saúl, lo aprecio de ti —respondió el párroco—. Además que se viene el fin de semana. Más bien las espero aquí a ambas el lunes antes de las siete. —Fortunato se asomó a la ventana, a lo que comentó con ellas: —Ya llegó Fulgencio.

Ainara se levantó con dificultad del banquillo y, con la ayuda de Gabriella, se disponían a encaminarse hacia la puerta, cuando Saúl se apresuró hacia donde ellas:

—Déjame ayudarte con Ainara, por favor, Gabriella. Yo la llevaré hasta el auto.

Gabriella dejó que Saúl se hiciera cargo de su amiga.

Saúl tomó a Ainara por la cintura, ella se apoyó en su hombro y, antes de abandonar el aula, se giró hacia el reverendo y se despidió de él, haciéndole un gesto con la mano:

—Hasta el lunes, padre.

—Ve con Dios, hija mía —respondió el reverendo.

Ainara cojeaba, mientras que Saúl, despacio, la encaminó por el pasillo; claramente su preocupación saltó a la vista.

—Discúlpame nuevamente, por favor —insistió él—, por mi imprudencia caíste al piso.

—No te preocupes, que estaré bien.

Hasta que al fin llegaron al parqueadero, en donde les esperaba Fulgencio.

Éste se apresuró a abrir la puerta trasera del auto:

—Señorita Ainara, suba, por favor. —Aguardó a un costado del coche hasta que Saúl la hiciera embarcar. Gabriella, quien venía detrás de ellos, embarcó por la puerta contraria y se acomodó junto a su amiga.

Mientras tanto, Ainara bajó la ventanilla del coche, levantó su mano y, esbozando una suave sonrisa, le dijo hasta pronto a Saúl; al tiempo que él, inclinándose hacia la ventanilla, se despidió de ella:

—Hasta el lunes, Ainara, mejórate pronto.

7

ESA MAÑANA AINARA DESPERTÓ más aliviada de su dolor de espalda, entre su madre y Alfonsina le prepararon un ungüento con hierbas naturales.

Esperaba por Gabriella, ella quedó en ir ese sábado a su casa, además de que Ainara estaba ansiosa por contarle que Saúl despertaba algo especial en ella; y quien mejor que a su fiel y confidente amiga.

Pero antes de bajar a darle el encuentro en el jardín, Gabriella cruzó la puerta de su habitación:

—¿Cómo amaneciste?

—Ya mucho mejor —contestó Ainara—. Vamos al jardín de los rosales que quiero contarte algo —apuró halándola por el brazo. En cuanto bajaban por las escalinatas apareció Gaetano.

—Buenos días, don Gaetano —enseguida saludó Gabriella con él.

—Hola, papá.

Gaetano les devolvió el saludo.

—Supe que ayer tuviste una caída en la parroquia, hija. ¿Cómo te sientes?

—Fue algo sin mayor importancia, papá. Gracias a los cuidados de mamá y de Alfonsina amanecí como si nada hubiera pasado.

—Qué bueno. Hoy vendrán a almorzar con nosotros Donato y su familia. Tú también estás invitada a acompañarnos en el almuerzo, Gabriella.

—Gracias, don Gaetano.

Ainara prefirió no discutir a su padre, las cosas iban bien entre ellos y no quería contrariarlo. Respiró tan profundo como pudo y le respondió:

—Está bien, papá.

—Espero sepas guardar la compostura y te comportes como una señorita educada con él, Ainara... Y no digamos con sus padres.

Ainara abrió la boca para discutirle, pero tuvo que cerrarla cuando sintió el fuerte pellizco que Gabriella le ocasionó en el brazo; entonces se adelantó a decir antes de que Ainara soltara alguna imprudencia; el carácter de su amiga era dignamente heredado de su padre:

—El lunes ya empezamos con las clases, don Gaetano.

—Qué buena noticia. Bueno, sigan con lo que iban a hacer. Yo estaré fuera hasta la hora del almuerzo. Espero tengas presente lo que te acabé de decir, Ainara, no deseo tener contratiempos.

Mas, Ainara, no de muy buena gana, asintió con la cabeza y se despidió de su padre antes de que él continúe con la cantaleta de siempre de rendirle honores al antipático de Donato, y salieron de casa para ir al jardín trasero de los rosales.

—¿Crees que no me dolió la pellizcada que me diste? —reclamó a su amiga; y Gabriella rio.

—¿Y qué querías? Estuviste a un paso de abrir tu bocota para contradecir a don Gaetano.

—¡Estoy harta de sus exigencias! Ven y escúchame sin protestar, conozco tu forma de ser —dijo a su amiga mientras la encaminaba hasta la banqueta. Ambas se sentaron, entretanto, Ainara continuó: —pero antes prométeme que no se lo dirás ni a Alfonsina.

Gabriella entrecerró los ojos, frunciendo el ceño.

—Ya me preocupaste, habla de una vez, no se lo diré a nadie.

—Saúl me gusta.

—¡¿Qué?!

—Lo que acabas de escuchar, ¡pero tranquilízate y siéntate! —Ainara tuvo que forzarla a sentarse porque Gabriella se levantó de un sobresalto, y más aún mirándola con cara de espanto como si hubiese visto al mismísimo demonio.

—¡Y cómo quieres que me ponga si me estás confesando que el sacerdote te gusta!

—¡Saúl no es un sacerdote! Ni siquiera ha hecho los votos... es solo un seminarista.

—¿Y no será lo mismo?

—No te hagas la boba, Gabriella, ¡bien sabes que no!

—¿Cómo es que ahora vienes a fijarte en él después de que nadie, ni siquiera Donato, te interesa? ¡No, no, realmente estás loca!

Ainara dio un largo suspiro.

—Tenía que decírtelo. Esta atracción que siento por él es más fuerte que yo misma... Me está devorando por dentro.

—Ahora me voy dando cuenta... —lanzó Gabriella, escudriñándola con la mirada—. Entonces la supuesta caída del viernes fue tramada.

Ainara se la quedó mirando, frunciendo los labios y el entrecejo; a lo que respondió:

—¡Cómo se te ocurre! Fue muy real... —dijo y, entre suspiros, esbozó una agraciada sonrisa.

—Se nota que te trae loquita. ¿Qué sentiste teniéndolo tan cerquita tuyo?

—Sentí morir... —Ainara se quedó en silencio. Su mirada se perdió en el rosal que de sus ramas se derramaban sus retoños, abriéndose paso de cara al Sol como brazos abiertos, esperando cobijarse con su luz.

Hasta que de pronto, negó Gabriella:

—No estoy de acuerdo contigo... ¡Claro que no, me preocupas!

Ainara se volvió hacia su amiga y comentó con ella:

—Sé que no le soy indiferente. Desde el día en que nos vimos por primera vez sentí una fuerza extraña taladrar mis entrañas. El corazón me saltó del pecho cuando lo vi pasar en la procesión... y él me sonrió.

Gabriella la abrazó.

—¿Qué deseas que haga?

—Que estés a mi lado en esto. Sé que vienen momentos difíciles.

—Por supuesto que voy a estar a tu lado. ¡Te estás enamorando, Ainara, ni yo misma lo puedo creer!

Ainara sonrió.

—Ni yo...

—¿Qué harás con Donato, con tu papá, el padre Fortunato...? Realmente se te viene fuerte, amiga mía.

—Por ahora nadie puede saberlo, y te pido que guardes el secreto, por favor. Referente a Donato, él me tiene sin cuidado.

—Pero tu papá insiste en que te cases con él.

—¡Jamás lo haré! Si es necesario huiré de casa...

—Ni se te ocurra querer hacerlo con Saúl.

—Regresemos a la casa —dijo Ainara levantándose—, pronto llegarán los invitados de papá, y te ruego que el lunes sepas comportarte en la parroquia. —Ambas fueron riendo mientras cruzaban los jardines antes de llegar a la puerta de entrada.

Sentados a la mesa, Ainara a propósito hizo que Gabriella se sentara junto a Donato, y ella se ubicó al frente. Gaetano le aniquiló con la mirada, mas ella no tomó importancia; no tenía paciencia para sobrellevar sus supuestos cumplidos.

—Tengo entendido que el lunes empiezas a dar clases a los niños de la parroquia, Ainara —comentó Nicoletta Carusso, la madre de Donato, ella se encontraba sentada junto a su hijo.

Ainara le dirigió la mirada y sonrió:

—Sí, señora Nicoletta, todo está listo para al fin iniciar las clases.

—Con ello Ainara ganará experiencia para cuando vaya a Florencia a estudiar artes plásticas. A más tardar para los primeros días de febrero irá a la universidad —se adelantó en comentar Gaetano.

—¿Artes plásticas? Oh, pensé que estudiaría música al igual como lo hizo tu otra hija Romina.

—Ainara tiene vocación por la pintura y la escultura —intercedió Francesca.

—Sí, señora Carusso, es lo que amo hacer —intervino Ainara. Ella odiaba las reuniones con la familia de Donato, su madre era igual de intolerable como él. Levantó a mirar a Gabriella, ella dio una risita disimulada. Negó para sí con la cabeza y cortó un pedazo de cordero y se lo llevó a la boca. Hasta que Donato tuvo que abrir la suya y consultar con su padre lo que ella tanto temía:

—Don Gaetano, me encantaría llevar a Ainara a ver una película. ¿Nos permites ir juntos esta tarde?

Gaetano se pasó apresurado un bocado de vino; en tanto que, con una amplia sonrisa que enmarcaron sus labios, respondió:

—¡Por supuesto, muchacho, vayan y diviértanse!

Entre Ainara y Gabriella intercambiaron miradas. Ainara tuvo deseos de levantarse y discutir a su padre de la misma manera como lo hizo en la boda de su hermana. Ellos no tenían el derecho de decidir por ella sin siquiera consultarle si estaba con deseos o no de salir a algún lugar esa tarde. Seguramente notaron que estaba molesta, pero no tomaron ni la más mínima importancia.

Entretanto, Francesca se giró hacia Alfonsina y dijo:

—Alfonsina, sirve más vino, por favor.

—¿Qué película van a mirar? —preguntó Gaetano.

—Es una película de acción que está en cartelera, trata de...

Ainara no prestó atención a la aburrida plática entre su padre y Donato, hizo como si fuese inaudible para ella. Los invitados continuaron con la sobremesa en la saleta contigua al comedor y, ella, sin más opción tuvo que ir al cine con Donato. Ventajosamente, Gabriella fue también; y digo ventajosamente porque de esa manera Ainara no tuvo que pasar la tarde del sábado a solas con un hombre a quien no toleraba. Pero asimismo le tocó presenciar el excesivo afán de Donato

por congraciarse con ella; y ella no se sintió para nada cómoda viendo a su amiga en medio de ambos, sabiendo que vivía enamorada de él.

Donato compró palomitas para los tres, además de soda y fueron a la sala de cine en donde se estrenaba una película de acción y suspenso.

Ainara se sentó en una butaca junto a Gabriella; y, por supuesto, Donato aprovechó para enseguida acomodarse junto a Ainara:

—Esta película la he esperado por largo tiempo hasta que al fin se estrena —comentó pasando su brazo alrededor de sus hombros.

Ainara le apartó discretamente la mano y respondió:

—Si tanto querías verla pudiste haber venido tú solo. Ahora que no estamos en la presencia de mi padre, te exijo que no vuelvas a decidir sobre mí.

—Qué mal agradecida eres...

Gabriella regresó a verlos.

—No discutan, por favor, las personas nos miran.

Ainara exhaló con fuerza.

—Está bien, solo porque tú me pides y porque no quiero incomodarte me mantendré en silencio. Pero tan pronto como acabe la película nos llevas a casa, Donato —dijo regresándolo a mirar. Donato asintió de mala gana, meneó la cabeza y por un momento trató de tomarla de la mano.

—¡Basta, Donato, vuelves a ponerme una mano encima y tenlo por seguro que me iré!

Las personas que estaban sentadas detrás de ellos pidieron que hicieran silencio. Ainara respiró profundamente, se mantuvo sin probar un bocado: las palomitas y la soda quedaron rezagadas. Gabriella se acomodó en la butaca y, aunque Ainara sabía perfectamente que ella se sentía por demás incómoda, miró en calma la película o al menos fue lo que trató de aparentar. Pobre Gabriella, ojalá llegara a darse cuenta de la prepotencia de Donato y lo sacara de una vez por todas de su cabeza.

Ainara pudo ver a Donato con el rabillo del ojo; no aguantaba ni con él mismo.

Rio para sí, el supuesto plan que tendría en mente no le favoreció.

8

EMPEZÓ EL VOLUNTARIADO EN la parroquia de San Feliciano di Valserra. Ainara y Gabriella se encontraron en el parque y juntas llegaron a la parroquia para dar su primera clase a los niños discapacitados. Mientras que Ainara se encargaría de instruirlos en el arte de la pintura, Gabriella les enseñaría lo básico de gramática y matemáticas.

En cuanto cruzaban por los corredores, Ainara dio una rápida ojeada buscando a Saúl, hasta que de pronto el padre Fortunato asomó por un extremo del patio y, levantando ambos brazos, se apresuró para darles el encuentro y saludó con ellas:

—¡Buenos días, jovencitas, los niños esperan por ustedes! —Se recogió la sotana de los tobillos para que no se le ensuciara, el patio estaba cubierto de lodo que el agua arrastró por la fuerte lluvia que cayó la noche anterior. Mientras que Filippo, ayudado de una escoba, barría.

Ainara y Gabriella se encaminaron junto al párroco hacia el aula.

Mientras el reverendo abría la puerta, Ainara sintió que le dieron un suave apretón en el brazo, por lo que se volteó.

Saúl estaba parado detrás de ella, una dulce sonrisa dibujó sus labios rojos:

—Buenos días, Ainara, ¿te sientes mejor de tu espalda?

Ainara sintió desfallecer teniéndolo nuevamente frente suyo. Su sonrisa era hermosa; como si los mismos ángeles hubiesen esculpido sus labios.

—Buenos días, Saúl. Sí, por suerte no me duele nada.

—Vamos, Ainara, que los niños esperan —apuró el reverendo, halándola con él por el brazo.

—Suerte con los niños —dijo Saúl y se alejó por el pasillo.

Ainara entró feliz a dar su primera clase.

Era un grupo de quince niños de entre ocho y diez años. Gabriella esperaba a un costado del salón hasta que su amiga terminara con su clase.

Ainara sacó del maletín los lienzos, pinceles y pinturas al óleo que Francesca donó a la parroquia, y repartió a cada niño. Ellos, felices, prestaron atención a las indicaciones que Ainara, con toda la delicadeza, les daba. Fortunato permaneció por un momento de pie bajo el umbral de la puerta, mirando cómo se desenvolvía su joven maestra.

Luego de que Ainara ayudara a una niña dirigiéndola en el trazo con su mano puesta sobre la de ella, regresó a mirar hacia la ventana: Saúl, en ese momento, avanzaba por el pasillo. Volvió la mirada y continuó dándole indicaciones a la misma niña.

—Estuvieron muy bien en su primera clase con los niños —dijo el padre Fortunato, mientras troceaba un pedazo del pan rústico que había sobre la mesa y lo bañó con la salsa de tomate fresca y albahaca de los espaguetis. Las jovencitas habían terminado con su primer día de clases y almorzaban junto al párroco, a Filippo y a Saúl, en el comedor de la parroquia. De pronto se acercó la cocinera y le dijo algo al oído al padre—. En un momento regreso —dijo a todos Fortunato.

Filippo almorzaba en silencio, él era muy reservado, rara vez cruzaba palabra con el reverendo. Hablaba lo necesario, y eso solo cuando se le preguntaba.

Ainara y Gabriella también terminaron con su almuerzo en completo silencio.

Ainara apenas y podía levantar a mirar a Saúl quien, sentado al lado de Filippo, levantaba los espaguetis sobre una cuchara y, enrollándolos en total tranquilidad, luego se los llevaba a la boca. ‹‹Posee muy buenos modales››, pensó Ainara. Sintió la sangre ruborizar sus mejillas cuando su mirada coincidía con la suya. Ciertamente necesitaba en esos momentos la presencia del párroco a la mesa... Él siempre con sus bromas y su buen sentido del humor ayudaría para que esa barrera de timidez se desmoronara.

Después de algunos minutos de ausencia, el padre Fortunato regresó al comedor con ellos:

—Gabriella —dijo sentándose a la mesa—, tu madre acaba de hablar conmigo, necesita que regreses enseguida del almuerzo a casa.

—Gracias, padre, por avisarme. ¿Le comentó el motivo?

—No, hija. Pero tranquila, termina con tu comida primero.

Una vez terminado el almuerzo, Gabriella fue a su casa. Filippo también se retiró a sus aposentos a tomar un breve descanso antes de las labores de la tarde, además de organizar la misa de las seis. Mientras tanto, Fortunato permaneció sentado a la mesa a la espera del postre: bizcocho de higos bañado con miel; y no podía faltar su copa de *limoncello* con un cubito de

hielo, su bajativo predilecto. Ainara y Saúl también acompañaron al reverendo con la sobremesa y, como era su costumbre, luego se retiró para también tomar una siesta.

—¿Deseas salir un momento al jardín? —preguntó Saúl.

A Ainara le tomó de sorpresa su repentina pregunta. Ella tenía decidido regresar a casa enseguida de la hora del almuerzo, y por supuesto que prefirió quedarse con él por poco tiempo que fuera.

—Me encantaría —respondió.

Saúl sonrió, y ella volvió a quedar cautiva del brillo de sus ojos y de su encantadora sonrisa.

—Junto a la higuera hay una pecera —dijo Saúl—, me gusta ir a leer ahí por las tardes.

—¿Gustas de la lectura? ¡Qué interesante! ¿Qué clase de libros lees?

—Me educo en medicina —respondió Saúl—, específicamente todo lo concerniente al cerebro humano.

Los vivaces ojos azules de Ainara se abrieron.

—¿Estudias medicina?

Saúl dio una risotada.

—No, no, tan solo me educo en ello. ¿Vamos al jardín?

—Claro.

Ambos se sentaron sobre el muro de la pecera, en donde, entretenidos, continuaron conversando.

Ainara se sintió tan a gusto con él, aquella barrera de timidez empezaba a desmoronarse. Mas a ella le saltaba el corazón con cada frase bonita que Saúl decía, y cada vez que sus labios rojos enarcaban una sonrisa.

—¿Cómo fue que llegaste a Valserra? —de pronto preguntó a Saúl.

—El párroco del pueblo en donde nací es buen amigo del padre Fortunato. Él quiso que viniera, además de que él quería que aprendiera bien el idioma. —Saúl volvió a reír.

—Cuéntame sobre tu pueblo, tu familia...

—No tengo mucho para contar. Nuestra Señora de la Esperanza es un pueblo quizá más pequeño que este. Yo estudié desde muy joven en la parroquia, aquel fue mi hogar. Ahí me gradué, para luego estudiar teología y filosofía.

—¿Y tus padres?, ¿viven en el mismo pueblo?

—Papá murió cuando yo tenía quince años..., y mamá hace poco.

Ainara se quedó sin palabras, se sintió avergonzada de su pregunta. Sintió tanto pesar por él, como si se tratara de su propia vida.

—¡Cuánto lo siento! Discúlpame, por favor, por ser inoportuna... No me lo imaginaba.

Saúl la miró apacible.

—No tienes porqué disculparte, ya lo he superado.

—¡Qué bueno escucharlo decir! Pero ¿cómo fue que te quedaste desde los quince con los clérigos...? ¿Y tú mamá?

Saúl bajó su cabeza; en tanto que entrelazó las manos.

—Aquella es una historia un tanto triste para mí, Ainara —dijo.

—¡Disculpa, mil veces, disculpa! —exclamó Ainara—, estoy entrometiéndome sin consideración en lo que no me concierne.

Saúl esbozó una dulce sonrisa.

—No, Ainara, en todo caso gracias a ti por interesarte en mis cosas y escucharme. Me gusta hablar contigo sobre esto. —Ambos cruzaron miradas; a ambos les resplandecieron sus pupilas —. Mi madre decidió internarme cuando mi padre murió, ya que ella no podía hacerse cargo de mí. Mamá sufría de una enfermedad degenerativa en el cerebro, quedó postrada antes de que él muriera. La parroquia se hizo cargo de pagar las cuentas del hospital en donde la tuvieron por todos esos años, hasta el día en que falleció. Mi padre siempre quiso que yo fuera sacerdote, y mi madre me motivó para estudiar teología... De esa manera pienso que he cumplido con su voluntad... mas aún no sé si tengo la vocación. No conozco nada más fuera de estas paredes. Te preguntarás ¿por qué me auto educo en medicina? —Saúl miró fijamente a los ojos de Ainara—. Siento que mi vocación está ahí, en los libros de medicina. Me gustaría aprender sobre neurociencia, esa es la razón por la que trato de educarme leyendo.

Ainara deseó abrazarlo y decirle que sentía muchísimo por la vida dura que le tocó llevar, pero que asimismo debía seguir a su corazón. Si seguir el sacerdocio era voluntad de sus padres, ellos ya no estaban ahí con él; él no tenía por qué hacerlo, lo que tenía que hacer era renunciar de inmediato a la iglesia y continuar con su vida.

Suspiró profundamente y, sin apartar ni por un instante sus ojos de los suyos, dijo:

—Es... es muy triste todo lo que me cuentas.

—Eso es pasado, Ainara, la vida siempre nos da segundas oportunidades. ¿Y tú?, háblame más sobre ti.

—Tienes razón, debemos seguir adelante y cumplir con nuestros sueños. Mi padre es muy dominante. ¿Sabes?, él quiere enviarme a Florencia a estudiar música, pero yo amo las bellas artes. Al menos logré convencerlo para ir luego del otoño. —Saúl la escuchó atento; hasta que, de repente, apareció Donato:

—¡Ainara, te he buscado por todos lados!

Viéndolo frente a ellos, Ainara enseguida se puso en pie y preguntó:

—¿Donato? ¿Qué haces tú aquí?

—Fui a tu casa, y cansado de esperar me dijo la sirvienta que seguramente continuarías en la parroquia... ¡Veo que no se equivocó!

—¿Hablas de Alfonsina? —protestó Ainara de inmediato—. Ella no es una sirvienta, Donato. Mira cómo te expresas frente a mí de ella. Alfonsina es como si fuera parte de mi familia.

—Como sea... Ven conmigo, te llevaré a casa, Francesca me pidió que lo hiciera.

Ainara respiró profundo y regresó a mirar a Saúl. Él, que también se había puesto en pie, se despidió de ella:

—Es tarde ya, ciertamente tu madre debe estar preocupada. Hasta mañana, Ainara. —Saúl le regaló una suave sonrisa. Luego regresó a ver a Donato y le dijo hasta pronto. Cruzó el patio, abrió la puerta de su habitación y entró.

Ainara siguió a Saúl con la mirada. Al fin supo cuál era su habitación.

—Ahora puedes llevarme a casa —dijo a Donato volviendo la mirada hacia él.

Ainara tuvo que soportar a Donato durante todo el trayecto hasta llegar a su casa. Tanto le calentó la cabeza que tan pronto como llegaron y estacionó el auto, Ainara abrió la puerta y, dándole un gracias apresurado, trató de poner un pie en el piso, cuando Donato la tomó con fuerza por el brazo y la detuvo. Mas Ainara, girándose violentamente, espetó contra él:

—¡No tienes por qué agarrarme así!

—¿Por qué tanto apuro, Ainara?

—Gracias por traerme a casa —replicó cortante.

—Y yo deseo permanecer un momento más aquí contigo —dicho eso, Donato se le fue encima y, a duras penas, logró besar sus labios; y digo que fue a duras penas porque Ainara logró esquivar el beso, por lo que tan solo los rozó.

—¿Estás loco? ¡No te vuelvas a sobrepasar conmigo!

Donato rezongó.

—Tú me encantas, Ainara.

—¡Pero tú no a mí!

—Gaetano estaría feliz de vernos juntos. ¿Por qué eres tan huraña conmigo?

—¡Déjame en paz! —Ainara bajó del auto y, a paso aligerado, se encaminó hacia la puerta de entrada.

—¡Conozcámonos más...!

Tan pronto como Ainara entró a su casa, subió enfurecida por las escaleras y fue a su habitación. Gabriella esperaba por ella:

—Tardaste demasiado...

Ainara lanzó su maletín sobre la cama y, con el ceño fruncido, replicó:

—¡Donato es un atrevido, estoy harta de él!

—¿Y ahora qué pasó?

—Perdóname por lo que voy a decirte, Gabriella, pero es mejor que lo sepas para que vayas de una vez sacando a ese insolente de tu cabecita. ¡Trató de besarme a la fuerza!

—¡¿Qué?!

—No merece la pena... ¡Es autoritario! ¿Por qué te interesas tanto en él? Donato no es digno de alguien como tú..., ni de ti ni de nadie en su sano juicio.

Gabriella se quedó pensativa.

9

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Ainara ya se encontraba en el aula, lista para dar su asignatura de pintura a los niños. Gabriella, en cambio, ayudaba al párroco en su oficina organizando un pedido de útiles para los alumnos mientras hacía tiempo hasta que fuera la hora de empezar su clase.

En cuanto Ainara le indicaba a la misma niña del día anterior cómo hacer los trazos, vio con el rabillo del ojo que Saúl, de brazos cruzados, sonreía mirándola desde el umbral de la puerta. Seguramente Gabriella la había dejado abierta, pensó ella.

Levantó a verlo y, entre risas disimuladas, saludó con él.

Saúl entró también al salón.

—Buenos días, Ainara. Dime si interrumpo y me iré enseguida.

—Para nada. ¿Cómo estás?

—Feliz de ver cómo los niños se adaptan tan bien a ti. —Saúl se volteó cuando una niña haló de su camisa—. Hola, pequeña —dijo—, ¿deseas que te ayude también?

La nena le dio el sí esbozando una amplia y dulce sonrisa que agració su tierno rostro. —Veamos... —Saúl se puso en cuclillas y, con todo el cuidado, empezó a guiarla sobre el lienzo. La nena pintaba un bosque de pinos en donde había una pequeña casa, y por el campo corrían variedad de animales: perros, gatos, ovejas, gallinas, patos—. Me dices ¿qué es?

—Me encantaría vivir en ese lugar —respondió con su dócil voz la nena.

Saúl sonrió a la niña.

—A mí también me encantaría vivir en un lugar así... Ya somos dos.

Ainara dejó de lado el pincel que sostenía y regresó a mirar.

—Continúa tú sola —dijo a la niña y fue junto a Saúl—. Eres muy tierno con los niños.

—Los niños irradian paz. Es fácil contagiarse de su inocencia.

—Ven conmigo. —Ainara tomó a Saúl de la mano y lo llevó con ella al frente del aula—. Niños, quiero que dejen sus pinceles de lado. Ahora haremos algo diferente y divertido. —Abrió la gaveta y sacó un paquete de cartulinas coloridas. Saúl la miró curioso, mientras que los niños, con sus caritas sonrientes, comentaban entre sí y reían—. Dáselas dos a cada niño, por favor —pidió a Saúl—. Ahora necesito que me presten atención, niños —les dijo mientras Saúl repartía las cartulinas—, esta será una clase de arte diferente. Tomen el óleo y embárrense las manos sin miedo a ensuciarse. Quiero que den la forma que ustedes deseen sobre el papel, que sus manos sean sus guías. —Los niños se divirtieron tanto que, como bien dijo Saúl, Ainara y él se contagiaron de su felicidad y ellos también se divirtieron dibujando formas sobre el papel con sus manos cubiertas de óleo. Ainara conoció el lado infantil de Saúl; y él el amor y dedicación de ella por los niños. De pronto, sonó la campana que iniciaba un corto receso para que los niños fueran a jugar o comer en el comedor de la parroquia. Uno a uno, Ainara ayudó a cada niño a lavarse las manos y les retiró los mandiles embarrados de pintura, mientras que Saúl se encargaba de acomodar y limpiar el desorden.

—Gracias, Saúl. —Ainara cerró detrás de ella la puerta después de que saliera el último niño, y fue junto a él.

Saúl, quien en ese momento terminaba de guardar la escoba dentro del armario, se giró hacia ella y sonrió:

—Créeme que me divertí tanto como ellos.

—Fue algo que se me ocurrió sin pensarlo —dijo Ainara.

—Deberías ser educadora. Lo haces muy bien.

Ainara esbozó una suave sonrisa mientras guardaba los implementos dentro del maletín; a lo que respondió:

—No me disgusta la idea, pero tengo otros planes para mi vida.

—¿Desearías compartirlos conmigo? —preguntó Saúl acercándose un tanto más hacia ella.

—Mi sueño es tener mi galería de arte —respondió guardando la hoja de asistencia dentro de la gaveta y levantó a mirarlo. Tenía a Saúl tan cerca de ella que su corazón volvió a palpitar descontrolado y, encontrando su intensa mirada, acercó sin temor su mano a su rostro y, suavemente, sintiendo la tersura de su piel blanca, pasó las yemas de sus dedos por su pómulo y le retiró el exceso de óleo.

Ascendió lentamente la mirada y la detuvo en la hipnotizante apacibilidad de su mirar... La intensidad de sus ojos verdes penetró cada milímetro de su piel... Cada vez lo tenía más cerca. Sus manos le ciñeron el rostro, sintió la tibieza de su respiración abrazar sus labios.

Cerró los ojos y presintió desmayar.

De pronto, la puerta se abrió, por lo que instintivamente se giró: Gabriella, desde el umbral, murmuraba algo que Ainara apenas pudo entender. Regresó a mirar a Saúl y, ruborizada, se apartó de su lado sin siquiera poder pronunciar una sola palabra, y huyó.

Filippo se cruzó con ellas.

Saúl permaneció en el mismo lugar tal y como Ainara lo dejó: de pie, mirando hacia el pasillo.

Pensativo, se pasó las yemas de los dedos por su pómulo, rememorando el calor de su suave piel acariciándolo. La tuvo tan cerca, con cuánta locura deseó besarla. Saúl jamás lo había hecho con nadie.

El pobre seminarista estaba atormentado porque nunca se había fijado en ninguna chica.

Él no conocía lo que era el amor.

‹‹Dios, ¿cómo hago para sobrellevar esta fascinación que perturba mi cuerpo, y a la vez estremece mi alma? ››, gritó su fuero interior.

De pronto, Filippo y él cruzaron miradas. Filippo, a paso relajado, avanzaba por el pasillo.

Tras un largo suspiro Saúl se volteó y fue hasta la ventana. Quizás Ainara aún se encontraría en la parroquia o tal vez estaría caminando por los jardines, pensó. Al volverse miró que sobre el escritorio estaba su maletín. Lo tomó con él y salió del aula.

Buscó a Ainara por el patio, por los alrededores, fue al comedor pensando que estaría allí, pero ella no apareció por ningún lugar. Seguramente estaría de camino a su casa, pensó y regresó a su habitación.

Dejó el maletín sobre el viejo escritorio de madera, fue hasta su cama, tomó su libro de medicina y, sacando la azucena blanca de entre las páginas, la sostuvo entre sus dedos mientras sus pensamientos se perdían en ella. Saúl tenía claro que su princesa de los rizos dorados, como él la llamaba, despertaba algo demasiado fuerte en él, algo que nunca sintió. Él sabía que se estaba enamorando, lo presintió desde el día en que sus miradas se cruzaron, desde ese momento tuvo claro que su vida cambió.

En qué encrucijada se encontraba...

Necesitaba dilucidar cuál era su verdadero camino. Su corazón le gritaba que lo dejara todo y que corriera a buscarla; pero su ética le atormentaba con el látigo de la lealtad.

Saúl hizo una promesa a sus padres, les dio su palabra, por lo que una y otra vez se cuestionó...

Él estaba ofendiendo a quienes le tendieron una mano, se debía a la iglesia.

Saúl se vio en la obligación de tomar una resolución inmediata, no podía poner en entredicho la honra de Ainara... Era la hija del alcalde, y él un seminarista confundido que se enamoró de ella. Acercó la azucena a sus labios y, antes de devolverla al libro, besó sus pétalos ya deshidratados.

Por respeto a la memoria de sus padres, a la iglesia, y a Ainara, decidió renunciar a ella.

Cerró los ojos y, en un profundo suspiro, le pidió perdón.

Tomó el maletín de Ainara del escritorio y se apresuró a dárselo al padre Fortunato en su habitación.

Le pidió de favor que fuera él quien se lo entregara.

Ainara apuró sin mirar atrás, no tomó atención de Gabriella que la seguía a la velocidad de su paso sin comprender qué fue lo que sucedió.

Ambas se despidieron en el parque, y ella siguió en dirección a su casa.

Cuando llegó dio un saludo apurado con su madre y con Alfonsina que se encontraban en el jardín delantero, mientras que ella continuó de camino hacia el jardín de los rosales.

Se sentó sobre el banco de piedra.

Aún permanecía latente a flor de piel el calor de sus bellas manos largas envolviendo su rostro; la dulzura de sus apasionantes ojos verdes, confesando sin necesidad de palabras cuánto anhelaba amarla; la candidez de sus labios rojos deseando juntarlos con los suyos.

‹‹ ¿Por qué hui? ››, lamentó lo más profundo de su fuero interior. Ella sabía que se sentía igual que él, y que deseaba lo mismo que él.

Con la mirada perdida en el riachuelo, el cual cobijaba su apartado lugar de escape, y una sonrisa inadvertida que gritaba de emoción, Ainara revivió una y otra vez cuánto aconteció en el aula de la parroquia esa mañana.

Ainara agarró un lienzo en blanco, quiso plasmar aquel momento tierno e íntimo a la vez, dibujando un retrato de ambos.

Tomó los implementos, y dejó que su mano fuese su guía.

10

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Ainara salió de casa más temprano de lo usual. Fue a la parroquia, y antes de empezar con su clase a los niños, se detuvo junto a la higuera y se sentó sobre la banqueta de metal repujado, aguardando por Saúl.

Quería hacerle saber que en lo más profundo de su corazón afloraba un sentimiento hermoso, indescriptible; algo que jamás advirtió.

Tenía la esperanza de que él pudiera mirarla a través de la ventana de su habitación; ella ya estaba al corriente de que era la que cruzaba el patio.

Aguardó durante largo tiempo por él, pero Saúl no apareció, por lo que tuvo que alejarse puesto que de un momento a otro empezarían a llegar los niños para dar su clase.

De camino al aula se encontró con el padre Fortunato. Le llamó la atención verlo solo por los pasillos, Saúl siempre iba con él.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, hija. Me di cuenta de que llegaste más temprano hoy.

Ainara bajó la mirada, por un momento sus labios dibujaron una fugaz sonrisa.

—Sí, padre Fortunato, ayer olvidé el maletín con los trabajos de los niños en el aula y quería darles una ojeada antes de continuar con la clase de hoy —mintió.

—A propósito del maletín —comentó el reverendo—. ¡Pero qué despistado soy! Saúl lo llevó a mi recámara ayer en la tarde, me pidió que te lo entregara. Ven conmigo para dártelo.

Ainara, inquieta, preguntó:

—¿Saúl no se encuentra en la parroquia hoy?

Fortunato la tomó por el hombro y, mientras que la encaminaba por los corredores, respondió a su pregunta:

—Por supuesto que está aquí, debe andar por algún lugar, quizás esté en la capilla.

—Claro, padre. —Ainara tomó el maletín que el reverendo le entregó, y ella continuó de camino al aula—. ‹‹ ¡Qué extraño! ››, se preguntó a sí misma. ‹‹ ¿Orando a estas horas? ››.

Cuando Ainara entró en el aula, los niños ya la esperaban agrupados en parejas para recibir su ansiada clase de pintura. Ainara dio la clase inquieta, desviando a cada momento la mirada hacia la ventana esperando verle a Saúl pasar por los corredores.

En el receso del mediodía, se reunió con Gabriella, y juntas se dirigían hacia el comedor, cuando su amiga pudo preguntarle por su extraña actitud del día anterior:

—¿Qué fue lo que pasó contigo ayer, Ainara?

—Te lo iba a decir en la mañana, pero estoy angustiada.

—¿Qué pasó?

—Mira la hora que es y Saúl no ha asomado, tampoco lo he visto por el patio o los corredores como siempre lo hace.

—Estará ocupado en algo —comentó su amiga.

Ainara se detuvo sorpresivamente:

—¡No, Gabriella, presiento que no es eso! Ayer pasó algo entre nosotros.

Gabriella abrió los ojos.

—Ahora entiendo por qué saliste corriendo sin explicación. ¿Acaso ustedes se besaron?

—Estuvimos a un paso, si no hubiese sido por ti...

Gabriella se colocó frente a frente con ella:

—¡Ainara, estás loca!

—Siento que me estoy enamorando, Gabriella.

—¿Te has detenido a pensar si en vez de haber sido yo hubiese sido el padre Fortunato quien en ese momento entró?

—No..., bueno, sí.

Gabriella negó con la cabeza.

—Ten cuidado, amiga, mira que si llega a oídos de don Gaetano...

—Eso no viene al caso ahora, te digo que estoy muy preocupada por Saúl. Su actitud me descontrola. Es extraño que no haya aparecido, ¿no crees? El padre Fortunato me dijo en la mañana que Saúl sí se encontraba en la parroquia, que posiblemente estaba orando en la capilla...

—¿Se te olvida que Saúl pertenece a la iglesia? Es un seminarista, obvio que debe cumplir con Dios.

Ainara chasqueó la lengua.

—No, ¡qué va!, tú no conoces su verdadera vocación.

—¿Y acaso tú la conoces?

Ainara dio un largo respiro.

—Tengo tantas cosas por contarte que no te he dicho aún.

—Pues deberías decírmelas, ¡y hoy mismo cuando vaya por la tarde a tu casa!

—Vamos de una vez al comedor —apuró Ainara halando a su amiga por el brazo—, luego se te hace tarde para tu clase con los niños.

—Sí, démonos prisa. Quizá Saúl ya se encuentre ahí.

—Ojalá.

Cuando Ainara y Gabriella entraron en el comedor, únicamente se encontraban almorzando sentados a la mesa el padre Fortunato y Filippo.

—Provecho... —dijeron ambas.

—Tomen asiento, jovencitas —dijo el padre Fortunato. Filippo apenas levantó la mirada y continuó tomando su sopa.

—Gracias, padre. —Ainara se sentó junto a Gabriella. El corazón se le fue a los pies cuando miró que sobre la mesa no había dispuesto más cubiertos que solo para los cuatro. No sabía si preguntar al párroco por Saúl. Mejor no hacerlo, pensó que no sería prudente.

—¿Cuéntame cómo estuvo tu clase, hija? —preguntó el reverendo.

—Muy bien, padre. Los niños aprenden rápido. —Ainara se sirvió un poco del minestrone. Ciertamente sabía bien, pero ella no tenía deseos de comer. Probó una que otra cucharada con desgana, mirando con insistencia hacia la puerta, esperando verle a Saúl entrar.

—¿Y a ti, Gabriella?

—De maravilla, padre Fortunato. Me encanta dar clases a los niños.

—Vas a ser una buena parvularia entonces. Bueno —dijo el párroco levantándose—, me disculpan pero debo ir a hacer mi oración. Las veré mañana, jovencitas.

Ainara estuvo a punto de abrir la boca y preguntar al reverendo por Saúl, pero se contuvo. Esperó a que Filippo también saliera del comedor para entonces consultar con su amiga:

—¿Podrías ayudarme en algo, Gabriella?

—¿Cómo podría hacerlo?

—Ve tú y pregúntale al padre Fortunato por Saúl. No sé, inventa algo creíble para que no sospeche.

Gabriella se negó en un principio, pero luego accedió en hacerlo:

—Iré ahora mismo —dijo y se levantó para ir a buscar al párroco.

Mientras tanto, Ainara, inquieta, no dejó de hacer dobleces a la servilleta que tenía entre sus manos, hasta que Gabriella regresara con alguna noticia.

—¿Qué te dijo? —enseguida preguntó cuando ella regresó y se sentó a su lado.

—Que Saúl se ausentó para guardar oración, eso fue lo que me dijo.

—¿Cómo dices? ¿Que se ausentó para orar, eso fue lo que te dijo? —Ainara tembló.

—Así es, amiga. El padre Fortunato me confió que Saúl le pidió que le enviara lejos de Valserra.

La tez de Ainara empalideció.

—¡No, no, no, esto no puede estar sucediendo...!

—¡Cálmate, Ainara! —Gabriella, de seguro asustada de que alguien pudiera entrar en ese momento y encontrara a su amiga en ese estado, exigió, sacudiéndola por los hombros: —¡Entra en razón, alguien puede verte así!

Pero Ainara no logró controlarse y echó a llorar.

—¡Él se fue lejos de mí, Gabriella, entiéndelo! Su vocación no es la iglesia... ¡No lo es, me lo dijo!

—No creo que Saúl se haya ido por mucho tiempo. De otra manera el padre Fortunato me lo hubiese dicho, ¿no crees?

—No lo dijo, ¿verdad? —Ainara, apresurada, se limpió las lágrimas de sus mejillas.

—No. Él seguro regresará. ¿Cuándo?, eso no lo sabemos.

—Hablaré yo misma con el padre Fortunato, ¡él tiene que decírmelo!

—Solo te suplico que seas prudente, y prométeme que vas a estar bien, Ainara. Ahora tengo que ir a dar las clases.

Ainara asintió con la cabeza.

—Estaré bien, no te preocupes. Voy a casa ahora.

Ainara no se iba a dar por vencida. Saúl tenía que saber que él no le era indiferente.

11

EMPEZÓ UNA NUEVA SEMANA del voluntariado en la parroquia.

Ese fin de semana Ainara se tomó su tiempo para pensar. Saúl no podía haberse ido muy lejos, pensó que quizás él necesitaba su tiempo a solas, y para cuando ella fuera a dar las clases él ya se encontraría ahí.

Como siempre lo hacían, se reunieron en el parque con Gabriella y juntas llegaron a la parroquia. Atravesaron los pasillos, estos se encontraban vacíos; ni siquiera el padre Fortunato asomó sus narices, y se encaminaron hasta el aula.

Los niños empezaron a llegar y Ainara dio su clase, en aquella ocasión les enseñó el arte de pintar sobre estatuillas de yeso. Fue entregando a cada niño una pequeña figura que asimismo su madre donó a la iglesia. En primera instancia les enseñó cómo pulirlas, y luego a pasar el pincel sobre ellas.

Los niños aprendieron rápido.

Mientras daba su clase, Ainara regresó a mirar de vez en cuando hacia el patio con la ilusión de ver a Saúl llamando su atención desde el corredor, pero él continuaba sin aparecer.

Igualmente, a la hora del almuerzo tan solo compartieron la mesa el párroco y Filippo con ellas.

Y así transcurrieron los días...

Saúl no volvió por la parroquia.

Era viernes, Ainara le pidió a Gabriella que adelantara su clase de matemáticas porque ella tenía que ir a hablar con el padre Fortunato. No resistió un solo día más sin saber qué mismo pasó con Saúl.

Se armó de valor y fue al encuentro del párroco.

Fue directamente a su despacho, sabía que antes de la hora del almuerzo él tomaba su café espresso.

—Buenas tardes, padre Fortunato.

—¡Ainara, pasa adelante, hija! Y dime, ¿qué te trae por aquí? ¿Algún inconveniente con los niños?

Ainara fue y se sentó frente al reverendo.

—No, padre, los niños son un amor, aprenden rápido. Eh... yo tan solo quería preguntarle por Saúl. ¿No está en la parroquia, padre?

Antes de contestar a su pregunta, el párroco le dio un último sorbo a su espresso. Colocó la taza sobre el escritorio y respondió:

—Saúl está en Nuestra Señora de la Esperanza, hija. —Ainara tembló—. ¿A qué se debe la pregunta?

—Pues..., por..., porque se me ha hecho muy raro no verlo con usted, siempre están juntos. Además de que a los niños les gusta mucho pintar con él. —Ainara no atinó qué más decir—. Me he dado cuenta de que Saúl le inspira un gran cariño, padre.

—Eso es cierto, hija. Saúl es un gran muchacho. No fue decisión mía enviarlo a su pueblo. Él me pidió ir porque necesitaba un retiro a solas en oración. El lunes estará con nosotros nuevamente, además que estoy muy contento porque enseguida de su regreso tomará los hábitos. Ya estoy organizando su transición.

Ainara sintió un frío helado calarle hasta los huesos.

—Después de que él regrese a San Feliciano di Valserra —continuó el párroco diciendo—, lo tendremos muy poco entre nosotros porque se dedicará de lleno a su retiro en oración hasta el día en que se reciba como sacerdote.

—¿Así tan rápido? —Ainara sintió desmayar; Fortunato pudo darse cuenta porque ella misma percibió que estaba helada como un témpano de hielo.

—¿Te encuentras bien, hija?

—No se preocupe, padre, seguramente es debilidad porque hoy no desayuné.

Fortunato enseguida se levantó de su silla.

—Ven conmigo, yo mismo te llevaré al comedor a que comas algo. ¡Estas criaturas de hoy no se alimentan como es debido! —fue balbuceando mientras la encaminaba del brazo con él.

Ainara vivió un desconsuelo durante los días siguientes en casa.

Esperaba con ansias el día de volver a la parroquia y al fin ver a Saúl, conversar con él y hacerle comprender que cometería un error al querer tomar los hábitos.

Ella sabía perfectamente que él trataba de huir...

¿Huir de qué? ¿Del amor?

Para suerte suya no tuvo que aguantar la presencia de Donato ese fin de semana, algo escuchó decir a su padre que él se había ausentado a Florencia por unos días.

Sin embargo, Gaetano insistía en que debía compartir más tiempo con él.

Su padre no tenía ni la más mínima idea de los sentimientos de su hija. Si por alguna razón llegara a enterarse que se enamoró del seminarista, no quería ni imaginar...

Era domingo, luego de regresar de la iglesia, Ainara subió a su habitación y retomó la pintura que había empezado. Retiró la manta que cubría el lienzo y plasmó sobre él el recuerdo de aquella mañana entre los dos.

Nadie más podía mirarlo. Al terminar la pintura la cubrió nuevamente con la manta y la guardó dentro de su armario.

Bajó al jardín de los rosales y, pensativa, sentada sobre la banqueta de piedra, su mirada se perdió en el horizonte. Saúl cometía un error al querer renunciar a ella y entregar su vida a la iglesia.

Tenía que hacerle comprender... Él no podía ni debía hacerlo, ella no se lo iba a permitir. Hasta que el Sol se desvaneció y un manto de cientos de estrellas titilantes cubrió el cielo. Su mirada se detuvo en ellas y, cerrando los ojos, desde su inmensidad, imploró buen juicio para él, y tranquilidad para su corazón.

12

AINARA LLEGÓ MÁS TEMPRANO que de costumbre a la parroquia y, sin levantar sospechas, fue directamente a la habitación de Saúl... Sabía que él ya se encontraría ahí.

Miró de cada lado del corredor y tocó a la puerta.

Saúl no tardó en abrir:

—¡Ainara! —exclamó. —Ainara quedó enmudecida, no pronunció palabra alguna. Saúl vestía más que vaqueros, y una toalla blanca alrededor del cuello. Poco a poco descendió la mirada a su torso desnudo y, luego, al encontrar su mirada, sus ojos azules quedaron prendidos en el verde apasionante de los suyos—. Ainara... —repitió nervioso—. ¿Cómo sabes que ésta es mi habitación?

Ainara volvió a echar un vistazo de cada lado del corredor y entró.

—Eso no tiene importancia ahora.

—Por favor —dijo él—, ¿podrías esperar un momento? Iré a terminar de vestirme.

Ainara asintió con la cabeza.

En cuanto Saúl salió para ir a uno de los baños que se encontraba al final del pasillo, Ainara se giró hacia él, no se resistió a quedárselo mirando... Su espalda ancha pareciera que había sido tallada por los mismos dioses. Se dio media vuelta y avanzó despacio por la habitación, mirando todo a su alrededor.

Se sentó sobre su cama y alcanzó a mirar que sobre su pequeño velador había un portarretratos. En el momento en que lo tomó con ella dedujo que se trataría de sus padres; de inmediato pudo darse cuenta de que Saúl heredó los mismos ojos que su madre; aparte de ciertos rasgos del rostro. El color del cabello era el mismo que el de su padre, además de la fisonomía de la cara. Ambos lucían muy atractivos. Colocó el portarretratos en el mismo lugar y alcanzó a mirar su libro de medicina. Enseguida lo cogió y, al abrirlo, se encontró con la azucena blanca; la misma

que aquella mañana ella lanzó ante sus pies. Con una suave sonrisa dibujada en sus labios levantó la mirada hacia la puerta del cuarto, Saúl no tardaría en regresar. Cerró el libro y lo colocó en el mismo lugar en que lo había encontrado.

A pesar de mostrar serenidad, Ainara temblaba. Tenía que hacerle desistir de su descabellada idea de ofrecer su vida a la iglesia.

De pronto, Saúl apareció por el umbral de la puerta y, sentándose a su lado, se disculpó con ella:

—Perdóname, por favor, pero no es correcto que estés aquí conmigo.

—Yo sé que no es lo correcto, pero ¿qué más querías que hiciera? Te fuiste sin decirme nada.

Saúl inhaló profundamente.

—Lo que pasó el otro día entre los dos —sostuvo sin apartarle la mirada—, no fue apropiado, te pido disculpas.

Ainara negó con la cabeza.

—¡Fue lo apropiado, fue hermoso! ¿Dime que no lo sentiste?

—No... Tomaré los hábitos.

Ainara se levantó repentinamente.

—No, ¡no puedes hacerlo, entiende!

—Ainara, desde muy joven he ofrecido mi vida a Dios. Además...

—Además ¿qué? ¿Vas a decirme que te encerrarás en estas cuatro paredes porque tus padres así lo pidieron en su lecho de muerte? ¡No, no seas injusto contigo mismo, Saúl! Tu vocación no está aquí.

—Debo continuar aunque no sea mi vocación.

—¿Por qué te fuiste, Saúl? —Saúl sujetó en silencio su mirada. Ainara pudo ver que había amor en su tierno mirar—. No tienes que decirlo —respondió por ella misma clavando sus ojos en los suyos—. Yo sé lo que sucede contigo, porque a mí me ocurre igual.

Saúl, sorpresivamente, se levantó y la tomó por el rostro. Ainara tembló al sentir su tibieza, aquella tibieza que la hizo estremecer cuando, días atrás, esas mismas manos largas y hermosas la ciñeron.

—Por esa misma razón debo continuar con el sacerdocio. Me estoy enamorando de ti, Ainara. Es algo más fuerte que yo, algo que me taladra por dentro y no consigo sacarte de mi ser. Por respeto a ti, a tus padres y a la iglesia, debo continuar. Mi camino está aquí, entre estas cuatro paredes como tú bien lo dices, por favor...

—¡No, no lo harás! —Ainara se volteó y fue a recoger su bolso del escritorio. Sacó el lienzo en donde quedó plasmado el momento en que sus labios estuvieron a solo un paso de unirse en un profundo beso. Lo lanzó sobre la cama, frente a sus ojos: —¡Date cuenta del amor tan fuerte que también nace dentro de mí!

Saúl, bajando la mirada, tomó al retrato entre sus manos.

Ainara no dijo una palabra más, se dio media vuelta y, con lágrimas en los ojos, salió de su habitación.

Los días transcurrieron y Ainara continuó con el voluntariado en la parroquia.

Pese a que no volvió a ver a Saúl ni tuvo noticias de él: quizás algún comentario a la hora del almuerzo entre el padre Fortunato y Filippo acerca de su ausentismo para estar en oración, incluso algo referente a la transición para la toma de los hábitos, ella, a pesar del profundo dolor que consumía su joven corazón enamorado no perdió los estribos y mantuvo la cordura.

Dio lo mejor de sí y continuó con las clases a los niños, no descuidó su ética en ningún momento.

Cada tarde, luego de salir de la parroquia y regresar a casa, Ainara apenas compartía con la familia y luego subía a su habitación.

Estando ahí, pensativa, de pie frente a la ventana con la mirada perdida en los extensos jardines que rodeaban la propiedad, dudó.

Ciertamente Saúl necesitaba escapar de sus sentimientos y de los de ella, y por respeto a todos, a pesar de no tener vocación, ofrecería su vida a la iglesia.

Le aterraba que de un momento a otro llegara el párroco y les hiciera partícipes de la ceremonia que ella suponía que podría ser un hecho.

Cerró los ojos y, con devoción, suplicó al cielo que una luz divina iluminara su camino.

Ainara volvió a la parroquia tranquila, decidida a no dar mayor importancia a la absurda decisión de Saúl de volverse sacerdote. Su amor naciente por él continuaba firme, pero asimismo no permitiría que el miedo la esclavizara.

Ainara era astuta.

—¡Ainara, ya sé adónde va Saúl todas las mañanas! —entró Gabriella al aula diciendo. Ainara organizaba en ese momento los pupitres de los niños para dar su clase de pintura, por lo que levantó a mirar.

—¿Saúl sale de la parroquia? —preguntó.

—Sí. Al padre Fortunato se le escapó que va a orar junto al río, el que está a las afueras del pueblo, aquel rodeado por cipreses, ¿lo recuerdas?

—¿El que tiene la caída de agua que baja por la colina? Claro que lo recuerdo, al que íbamos cuando niñas.

Gabriella asintió.

—Dijo que va ahí desde muy temprano, y que permanece por algunas horas.

Ainara sonrió.

—¿Me cubres mañana?

Gabriella esbozó una sonrisa cómplice.

—Por supuesto. Tendré que inventar alguna disculpa creíble con el padre Fortunato. Tan solo te pido que tengas cuidado.

—No te preocupes, el lugar es desolado.

Ainara sabía que lo que haría catapultaría para bien o para mal su ilógica resolución...

Tenía que jugársela.

Ya era el momento de que Saúl tome una decisión: o la iglesia o el amor.

13

ERA UNA HERMOSA MAÑANA de viernes.

Saúl fue a orar al río como solía hacer todas las mañanas desde el día en que Ainara estuvo en su habitación y se marchó lanzando el retrato de ambos frente a sus ojos.

Saúl lo escondió entre sus cosas.

Todas las noches antes de dormir lo tomaba entre sus manos y lo contemplaba por largos minutos. Lo colocaba sobre la mesita de noche y lo dejaba hasta la mañana siguiente que lo guardaba dentro de su maleta.

Esa mañana Saúl se sentó sobre una roca al pie del río y, desde allí, tratando de ser fiel a su compromiso con la iglesia, batallando consigo mismo por escapar de sus sentimientos que, con cada día que pasaba, sentía que se enamoraba más y más y se volvía presa de ellos, cerró los ojos y, sujetándose con ambas manos el rostro, imploró al cielo que una fuerza divina esclareciera su mente y tranquilizara su corazón enamorado.

Mas, en el momento en que los abrió un grito ahogado lo dejó sin aliento; cerró y volvió a abrir los ojos: Ainara se bañaba desnuda al otro lado del río.

Sus largos rizos danzaban al compás de la melodiosa brisa que esa mañana de verano acariciaba su hermosa cabellera dorada. Ainara jugaba tal fuese una niña hasta que, lentamente, salió del agua, luciendo frente a él su cuerpo desnudo y, parándose sobre una roca ancha y lisa, dejó que la fuerza de la diminuta cascada cayera sobre ella, mojando sus rizos, desvaneciéndose luego por entre sus pechos firmes y bañando toda su piel.

Saúl la contempló hechizado, inmerso en su singular belleza.

Su aterciopelada figura parecía haber sido esculpida por los mismos ángeles.

Ainara regresó la mirada a la orilla del río y, al verlo, saltó de pronto al agua.

Saúl se puso enseguida en pie e inquieto, con su corazón saliéndosele del pecho, caminó los escasos metros que los separaban y fue acercándose poco a poco hacia donde ella. No sabía si lo correcto era huir o seguir sus instintos.

—Perdón, Ainara —dijo—, no me di cuenta de que estabas aquí. Ahora mismo me marcho.

Ainara, con su cuerpo sumergido dentro del agua, lo penetró con la mirada.

—Alcánzame mi vestido, por favor.

Saúl desvió la mirada que la tenía cautiva en sus hermosos ojos azules. Miró que su vestido blanco yacía sobre una roca. Lo tomó entre sus manos y, antes de que sus pies tocaran el agua, se detuvo en la ribera.

—Ainara... —titubeó. Saúl no pudo apartar ni por un momento sus ojos de su encantadora belleza. La curvatura de sus pechos, sus hombros torneados le robaron la calma.

Ainara, sujetando su mirada, dijo:

—Acércate, no temas.

Saúl se retiró los zapatos y, lentamente, fue acercándose hacia donde ella estaba.

Ainara esbozó una dulce y perturbadora sonrisa.

De sus rizos dorados resbalaba, cual fuese cascada, el agua para luego converger sobre sus hombros y continuar su camino abriéndose paso delicadamente por entre sus senos.

Levantó los brazos e insinuó a que él le colocara el vestido.

Saúl tembló teniéndola tan cerca suyo, percibiendo el embriagante perfume de su piel.

Acercó el vestido y, suavemente, lo deslizó por su cuerpo desnudo.

Sus miradas se perdieron en el uno y el otro.

—No me tengas miedo —dijo Ainara—. Abrázame.

Saúl la abrazó y, aprisionándola con fuerza contra su pecho, cerró los ojos sintiendo la tibieza de su piel, siendo presa nuevamente de ese sentimiento que lo consumía por dentro.

Ainara dejó escapar un suave suspiro.

Saúl se estremeció y, ciñendo con sus manos por entre sus rizos mojados su tierno rostro, buscó sus labios rojos y, en un profundo suspiro, juntó los suyos con los de ella.

En un instante detuvo el tiempo, y al fin la besó. Mientras que Ainara correspondió a aquel encantador beso por eternos segundos.

De pronto, se apartó de su lado y, mirándolo dulcemente, dijo:

—Debo irme...

Saúl permaneció en el mismo lugar mirando la silueta de Ainara alejarse por el sinuoso camino de espesos bosques que, cobijando las cuencas del río, fueron testigos de su primer beso; tan

puro como aquella cálida y resplandeciente mañana de julio, y suspiró profundamente:

—¡Perdóname, padre, porque he pecado!

14

EN LA PARROQUIA, EL padre Fortunato conversó con Saúl, le dejó saber que ya era el momento indicado para la ceremonia de transición y formar parte oficialmente de la iglesia católica, recibiéndose él como sacerdote. Había pasado suficiente tiempo, además de que Saúl había cumplido con los dos años de estudio en filosofía y tres en teología, como era el reglamento, por lo que al reverendo no se le hacía coherente seguir prolongando su transición por más tiempo.

Sin embargo, desde aquella mañana en el río, Saúl no dejó de pensar en Ainara.

La tuvo tan cerca suyo, sintiendo el calor de su cuerpo, rozando su piel...

La llama de la pasión se encendió.

Su devoción, su vocación, sus sentimientos por ella acrecentó.

Él sabía perfectamente que frente suyo tenía un camino largo y escabroso por recorrer, pero lo que él sentía por Ainara iba más allá que toda barrera.

A pesar de ello, Saúl debía ser prudente, aún no era el momento oportuno para confiarle al párroco los sentimientos que despertaron en él por Ainara; mas tenía presente que pronto lo haría. Mientras tanto, Saúl tenía la obligación de hacerle saber que no tomaría los hábitos; contrario a lo que ya se lo había expuesto días atrás.

Saúl respondió al llamado del párroco, y se sinceró con él:

—Padre Fortunato, siento que aún no estoy lo suficientemente preparado para recibir los hábitos.

—Pero hijo mío, tú mismo me pediste hace apenas unos días que agilitara los preparativos para dejar sentada la ceremonia.

—Lo sé, padre, y le pido que me disculpe por mi apresurada decisión.

Fortunato gesticuló con la garganta.

—Está bien, Saúl, consagrarse como sacerdote es un paso de absoluta seriedad y fe. Menos mal que aún no he enviado el comunicado a Roma.

—Le agradezco, padre.

—Bueno, ahora te dejo porque me urge ir a casa de Gaetano para entregarle una comunicación y unos papeles que de seguro estará esperando.

—No se moleste en ir, padre, yo se los puedo llevar.

—Ay, hijo, te agradecería. Realmente no tenía deseos de salir esta tarde, ya no estoy en edad para correr de un lado al otro. Ven conmigo para entregarte, y le dices a Francesca, por favor, que la espero el lunes en la parroquia.

—Pierda cuidado, padre, asimismo se lo haré saber.

Saúl vio con ello el pretexto perfecto para volver a ver a Ainara. Ansiaba tenerla frente suyo, por contados minutos que estos fueran. Comprendió que jamás podría entregarse a otra vida que no fuera junto a ella; una vida de su mano.

Tomó el sobre que le entregó el párroco y se encaminó hasta su casa.

—Buenas tardes, señora Francesca.

—Saúl, ¡qué grata sorpresa tenerte en mi casa! Adelante, muchacho, y dime, ¿a qué se debe tu visita?

—Gracias, señora Francesca. Traigo un recado del padre Fortunato para su esposo. Además me pidió que le dijera que el lunes la espera en la parroquia.

—¡Qué considerado de tu parte tomarte la molestia de venir hasta aquí! Toma asiento, iré a llamarle a Gaetano. Pero antes pediré a Alfonsina que te traiga algo de beber.

Saúl le dio las gracias, esbozando una suave sonrisa. Regresó a mirar por la ventana y vio que Ainara venía por el jardín en dirección hacia la casa.

Saúl volvió a quedar cautivo de ella. Lucía tan hermosa con su largo y holgado vestido violeta; al igual que las hortensias que embellecían los jardines, y sus rizos dorados que aprisionados en una larga trenza, reposaban sobre su pecho.

Sonrió, animado de su belleza; hasta que de pronto escuchó la voz ronca de Gaetano saludar con él, por lo que se giró de inmediato:

—Buenas tardes, muchacho, acaba de informarme mi esposa que Fortunato te envió aquí. —En ese preciso momento Ainara abrió la puerta y entró... Sus miradas se encontraron.

—Don Gaetano, buenas tardes —respondió Saúl. Por escasos segundos quedó prendido de los ojos de Ainara; quien expresó sorpresa y exaltación—. Sí, el padre Fortunato me pidió que le

hiciera la entrega de esto. —Saúl alargó la mano acercándole un sobre grande de manila; seguramente información contabilizada del dinero que Gaetano aportaba a la iglesia. Gaetano lo abrió y, mientras revisaba su contenido, Saúl desvió prudentemente la mirada, deteniéndola en Ainara. Ella, de pie junto al umbral de la puerta, únicamente se mantuvo en silencio.

—Ainara, no te quedes ahí parada —dijo de repente su padre—, ve a la cocina y dile a Alfonsina que ponga dos puestos más sobre la mesa. —Ainara y Saúl cruzaron brevemente miradas—. Saúl nos acompañará a la cena.

—Le agradezco, don Gaetano, pero no desearía molestar. Únicamente...

—Ya está decidido, muchacho. Te doy las gracias por hacerme llegar estos papeles, los estaba necesitando.

—Y el otro puesto sobre la mesa, ¿para quién es, papá? —preguntó Ainara.

—Donato vendrá a cenar con nosotros—. Saúl notó enseguida cómo se contrajo el ceño en el rostro de Ainara—. Ve a decírselo, Ainara. Te veré luego, muchacho.

Saúl hizo una ligera inclinación con la cabeza y, en cuanto Gaetano se perdió por el pasillo, se acercó a donde Ainara, pero antes de que él abriera la boca, ella se adelantó a decir:

—Pensé que no te vería hasta el lunes en la parroquia. ¡No imaginas lo feliz que me hace que estés aquí! —Sonrió y, apresurada, se disculpó con él diciendo que lo vería cuando estuvieran sentados a la mesa, y se alejó por el pasillo.

Saúl la siguió con la mirada. Ainara se desvió por el extremo del salón y desapareció de su vista; hasta que, de pronto, Francesca apareció por el corredor:

—¡Qué gusto que tú también nos acompañes esta noche a la cena, Saúl!

—Gracias, señora Francesca, será un placer.

—¡Alfonsina! —gritó Francesca desde la sala. Al momento asomó Ainara trayendo consigo una fuente en donde había una jarra con jugo de granada y hielo y un vaso alargado; además de galletas de almendra.

—Es para ti —dijo a Saúl. Colocó la fuente sobre la mesa de centro, tomó la jarra y llenó con jugo hasta medio vaso.

Saúl no sabía qué hacer, si quedársela mirando o disimular... Las manos le sudaban.

—Gracias por comedirte en traérselo, hija, pensé que Alfonsina lo había olvidado. Sírvete, muchacho. —Francesca hizo que Saúl tomara asiento en el sofá que estaba frente al piano de cola. Ella y Ainara se sentaron enfrente de él—. Y cuéntame ¿cómo te has sentido en la parroquia? ¿Te gusta Valserra?

Antes de responder a su pregunta, Saúl, nervioso, se inclinó hacia la mesa de centro, tomó el vaso y, llevándolo consigo, respondió:

—Estoy muy a gusto, señora. El padre Fortunato es una gran persona.

—¡Oh sí, él es el alma del pueblo! —Francesca echó a reír.

—Tiene razón, siempre le estaré agradecido por la manera de cómo me ha acogido. —Saúl dio un pequeño sorbo al jugo, desviando continuamente la mirada hacia Ainara, mientras que ella tan solo los escuchó conversar con una dulce sonrisa dibujada en sus labios; aquellos labios rojos que él tanto deseaba volver a besar.

—Algo me comentó Fortunato —continuó Francesca diciendo—, sé que muy pronto tomarás los hábitos. ¡Qué alegría tener a un sacerdote tan bien dispuesto a servir en la parroquia, además de joven!

Saúl enseguida rodó los ojos hacia Ainara... Ella lo taladró con la mirada; por lo que él sonrió disimuladamente, y respondió:

—Siento que todavía no es el momento, señora.

Los labios de Ainara esbozaron una suave sonrisa, y bajó la mirada.

De pronto, tocaron a la puerta. Alfonsina apareció por el recibidor y fue a abrirla.

—Buenas noches, joven Donato.

—¡Oh, llegó Donato! —exclamó Francesca y se levantó.

Simultáneamente, Saúl y Ainara cruzaron miradas intensas entre sí.

Saúl deseaba levantarse de ese sofá, tomar a Ainara entre sus brazos y, sin temor alguno, jurarle que jamás volvería a dudar de lo que quería para su vida... que jamás se alejaría de ella. Confesarle que el amor que empezaba a sentir era un dulce sentimiento que nunca sintió por alguien.

—¿Conocías a Saúl? —preguntó Francesca mientras encaminaba a Donato del brazo con ella hasta el interior de la sala.

—Sí, Francesca, lo he visto una que otra vez en la parroquia. Buenas noches —Donato saludó brevemente con Saúl, y enseguida se acercó a donde Ainara. Saludó con ella dándole dos besos, uno de cada lado de sus mejillas, y se sentó a su lado—. ¿Cómo has estado, quieres salir esta noche? —La pregunta estuvo lo suficientemente audible para que Saúl pudiera escuchar. Ainara no respondió siquiera, más bien levantó a mirar a Saúl.

No hizo falta mayor detalle, en ese momento él intuyó que Donato pretendía a Ainara.

—¿Qué les parece si me acompañan a la mesa? —de pronto, invitó Francesca.

En cuanto se disponían a ir al comedor, Gaetano les dio el encuentro:

—¡Bienvenido, hijo mío! —dijo a Donato y ambos se estrecharon un abrazo. ¿Cómo te fue en Florencia?

Mientras Gaetano y Donato charlaban, Francesca llevó a Saúl hasta la mesa. Ainara fue detrás de ellos. Hizo que se sentara junto al puesto servido, el cual indiscutiblemente estaba reservado para Donato. Frente a ellos se sentó Ainara; Gaetano a la cabecera, y Francesca al extremo.

Durante toda la cena, Gaetano se mantuvo halagando a su congraciado invitado: se mostró orgulloso de sus estudios, su familia, y brindó porque en los próximos meses se titularía como abogado por lo que, claramente, Saúl comprendió cuál era la verdadera intención del padre de Ainara... Lo quería como esposo para ella. Y como era de esperar, Donato no dejó pasar por alto los elogios de Gaetano, dio el brochazo final para decorar su codiciada vida y llamar la atención de Ainara, anunciando a la familia con bombos y platillos que desde ya le llovían propuestas importantísimas de trabajo de los más renombrados buró de abogados de toda Florencia.

Qué poco conocía Donato de ella..., pensó Saúl.

Una vez terminada la cena, Saúl se levantó, dio las gracias y se disculpó con la familia.

Era tarde y debía regresar a la parroquia.

—Coméntale a Fortunato que mañana estaremos ahí para asistir a la misa de las once —dijo Francesca.

Mientras tanto, Ainara se levantó también:

—Yo acompañaré a Saúl hasta la puerta —dijo; por lo que Donato regresó a verlos.

—Ve, hija, ve —asintió Francesca—. Que tengas una linda noche, Saúl.

—Salúdale de mi parte a Fortunato —dijo Gaetano y enseguida llamó la atención de Donato y continuaron con la conversación, mientras Alfonsina servía la sobremesa.

Entretanto, Ainara y Saúl se dirigieron, en silencio, hacia la puerta de entrada.

—Gracias por acompañarme —comentó Saúl con ella una vez fuera de casa—. No encontraba el momento oportuno para decirte que vine por ti.

—Lo sé. —Ainara esbozó una suave sonrisa—. Y ahora vete de una vez antes de que mi padre se dé cuenta.

Saúl tuvo deseos de besarla, pero él sabía que no podía hacerlo.

—¿Irás mañana también?

Ainara sonrió.

—Por supuesto que iré. Que tengas una linda noche. —Ainara estuvo a punto de darse la vuelta, cuando Saúl la tomó con ambas manos por el rostro e inclinándose besó su frente.

—Te estaré esperando.

15

AINARA VISTIÓ SU MEJOR vestido: alegre y femenino en un bellísimo color blanco, salpicado con diminutas florecillas rosa pálido que engalanaban su inocencia. Sus mangas abullonadas cubrían parte de su brazo, encarrujado en el pecho, ciñéndose el torso y acentuando la curvatura de su cintura para luego caer holgado hasta por encima de sus tobillos. Una insinuante abertura de lado descubría parte de su muslo izquierdo, incitando al pecado.

Su cabello lo llevaba suelto, sus rizos dorados se abrían paso por entre sus hombros para caer adormecidos sobre la convexidad de su pecho, adornado con una diadema de cristales rosa y azul cielo; creando perfecta armonía con el brillo de sus ojos.

Ainara deseaba sucumbir a sus deseos; su intención era pasar el día entre los brazos de Saúl.

Esa mañana fue su amiga, Gabriella, a visitarla.

—¡Gabriella, Saúl renunciará a los hábitos! —exclamó Ainara, feliz, abrazando a su amiga.

—Envidio tu carácter, Ainara, ¡qué intrépida eres! Yo no podría.

—Él siente algo fuerte por mí, Gabriella. ¡Y yo por él!

Gabriella sonrió, mordiéndose un extremo de su labio inferior.

—Cuéntame ¿qué se siente un beso?

Ainara haló a Gabriella por el brazo con ella hasta el filo de su cama y, entre suspiros, exclamó:

—Es algo indescriptible. Sentí un torrente de escalofríos invadir todo mi cuerpo en el momento en que el calor de su piel cobijó la mía. La tibieza de su respiración penetró cada poro y, luego, cuando la calidez y la suavidad de sus labios rozaron los míos para después apropiarse de ellos, sentí que me desvanecía... ¡Morí de amor! Fue como si cientos de mariposas diminutas aletearan dentro de mis entrañas.

Gabriella escuchó con atención, embelesada, cada palabra, cada descripción de Ainara.

—¡Qué hermoso! Me encantaría sentir un día lo mismo que tú sentiste.

—Por supuesto que llegará ese día, Gabriella, pero no con Donato... ¡Supéralo de una buena vez!

—Hago el intento.

—Prométeme algo. —Ainara la miró directamente a los ojos—. Prométeme que vas a ayudarme con Saúl. Que cuando estemos en la parroquia cubrirás mis espaldas.

Gabriella la abrazó.

—¡Por supuesto, Ainara! Por algo somos amigas.

Ainara y Gabriella continuaron comentando acerca del amor, hasta que escucharon a Francesca llamarlas desde el recibidor.

—Debemos irnos —dijo Ainara—. Qué pena que hoy no vengas con nosotros a la iglesia.

Gabriella se encogió de hombros.

—Ve tú sola. Pero eso sí, lánzale desde la banqueta miradas que a Saúl lo maten de amor.

Ainara sonrió. Permaneció por largos segundos en silencio, mordiéndose un extremo de su labio inferior.

—Sabes, voy a quedarme con él.

—¿Cómo lo harás?

—Mentiré a mis padres diciéndoles que estaré con el padre Fortunato organizando las clases para los niños. Les diré que luego iré a tu casa. Tienes que ayudarme con eso, por favor.

De pronto, volvieron a escuchar la voz de Francesca, quien insistió llamándolas:

—¡Ainara, Gabriella, bajen niñas que se nos hace tarde!

Antes de bajar a encontrarse con Francesca, Gabriella tomó a su amiga por el hombro y dijo:

—Cuenta conmigo.

Ainara y sus padres tenían reservada la primera fila en la iglesia.

Frente a ellos, sentado a un costado del reverendo estaba Saúl, mientras el padre Fortunato ofrecía la misa del domingo.

Ainara, frente a frente con Saúl, en ningún momento le apartó sus ojos de encima durante la ceremonia; mientras que él, dirigiendo la mirada hacia los fieles, de vez en cuando la detenía en ella y por largos segundos quedaba prendido de sus ojos.

Ainara bajó la cabeza y sonrió para sí.

Ella sabía perfectamente que Saúl obraba con prudencia, pero asimismo le divirtió su elocuente nerviosismo.

Levantó a mirarlo y, con una sugestiva sonrisa dibujada en sus labios que esa mañana los llevaba pintados en un seductor rosa intenso, buscó su atención y disfrutó tentándolo.

Tan pronto como terminó la ceremonia, Ainara enredó a sus padres diciéndoles que ella se quedaría en la parroquia, en vista de que necesitaba organizar los asuntos del voluntariado con el padre Fortunato, además de que no llegaría a casa sino hasta avanzadas horas de la tarde porque luego iría a encontrarse con Gabriella en su casa.

Sus padres accedieron y se despidieron de ella en el patio trasero del convento.

Una vez que se alejaron, Ainara se encaminó por el pasillo en dirección a la oficina del párroco. Confirmó por sí misma que se habían ido y, sintiéndose tentada, ya que nadie caminaba por los corredores en ese momento y ella tan solo deseaba verse a solas con él, se desvió en dirección hacia la habitación de Saúl.

Mas, por alguna razón que ni ella misma entendió se intimidó y, antes de que alguien pudiera verla, se apresuró hacia la parte trasera de la parroquia.

Aquel lugar se encontraba apartado, y en realidad rara vez o nunca iban por ahí. Ainara lo conocía de sobra porque de niña solía ir con Gabriella a la pequeña bodega: era su lugar de escape.

Quizá la bodega en donde siempre jugaban ya no se encontraría igual porque habían pasado algunos años desde la última vez que estuvieron.

Antes de entrar, Ainara se sentó sobre la banqueta de madera que aún se mantenía en pie y, desde allí, en medio de ese lugar tranquilo, abrazada por un bosquecillo de cipreses, cerró los ojos... necesitó aquietar su corazón agitado.

Aún continuaba latente, a flor de piel, el beso que Saúl y ella se dieron aquella mañana en el río.

De pronto, deseó levantarse y correr a buscarlo, decirle que el corazón se le escapaba del pecho con solo pensar en él, en ese beso, en sus caricias...

Se imaginó entre sus brazos, arrojándose al fuego de la pasión que muchos llamaban pecado.

Tras un profundo suspiro, negándose a ese fuerte deseo que la taladraba por dentro, se levantó.

Avanzó por el estrecho espacio que separaba la banqueta de la bodega y entró.

Quiso rememorar aquellos días de inocencia, cuando siendo aún una niña jugaba con Gabriella en ese lugar sin tomar en cuenta el tiempo.

Recorrió despacio su interior. Pudo darse cuenta de que todo continuaba igual, quizás una que otra cosa había sido removida.

Aún se mantenía en el mismo lugar la casita de madera con la que jugaban, y el viejo armario en el cual solían esconderse.

A un extremo de la bodega, al pie de una pequeña ventana continuaban los dos cojines: lo suficientemente espaciosos como para recostarse y leer los cuentos que robaban de la biblioteca. Ainara se detuvo frente a ellos, bajó la mirada y tomó entre sus manos la cajita de música que aún continuaba tal y como la había dejado años atrás.

Al abrirla dejó escapar de sus labios una suave sonrisa en el momento en que la diminuta bailarina giró sobre la punta de sus zapatillas al compás de la melodía que a ella tanto le gustaba: *"Für Elise"*

Cerró los ojos. Sus sentidos sucumbieron con sus melódicas notas.

De pronto, escuchó la dulce voz de Saúl llamarla por su nombre:

—Ainara...

En un instante abrió los ojos, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Cerró al momento la cajita de música y se volteó.

Su mirada quedó prendida de la de él, por lo que, suavemente, de sus manos resbaló la caja de música.

—Te busqué por todos lados —dijo Saúl.

—¿Cómo supiste que estaría aquí y no en casa?

—Me di cuenta de que no te embarcaste en el auto de tus padres. Tenías que estar aquí, era el último lugar que me faltaba por recorrer.

Ainara sonrió mirando a sus ojos; a sus bellísimos ojos verdes que le arrebataron la paz, y a los cuales amó desde el día en que lo conoció.

—Este lugar es especial para mí, ¿sabes?

Saúl dio un paso adelante.

—También lo es para mí. —La tomó con ambas manos por el rostro y, con sus ojos fijos en el azul cielo de los suyos, dijo: —Anoche deseé tanto poder decirte que renuncié a la iglesia, que ahora mi vida se debe a ti. Discúlpame por haber tardado tanto en darme cuenta. No vayas a pensar que dudé de los sentimientos que empezaron a florecer en mí desde el día en que te conocí... No vacilé ni por un momento, amor mío, tenlo por seguro. Únicamente en mi cabeza dio vueltas la promesa que hice a mis padres, pero tú, solo tú, me hiciste dar cuenta del error que estuve a punto de cometer, y del que nunca me hubiese perdonado.

—Saúl...

Saúl la penetró aún más con la mirada:

—Vuélveme a mirar como lo hiciste en la iglesia.

Ainara tembló.

Cerró en un suave suspiro sus ojos. La tibieza de sus carnosos labios asedió sin consentimiento sobre su boca, embriagándola de amor. Cientos de mariposas procuraron con su suave aleteo sensaciones celestiales. Entrelazó sus manos alrededor de su cuello y, ardiendo en deseo, besó sus labios rojos sin control. Su boca sabía a miel, y su respiración olía a flores del campo.

Saúl la aprisionó tan fuerte contra su cuerpo, como si en un arrebato deseara fundirlo con el suyo. Sus hermosas manos largas acariciaron su cabello, ensortijando sus dedos por entre sus rizos dorados, y bajaron por su espalda hasta ceñirla por la cintura, apretujando las fibras de su vestido.

Ainara sintió desmayar. La docilidad de sus manos emprendió su camino deslizándose por sus caderas, y las aprisionaron con delicadeza.

Levantó la mirada; sus ojos desfallecían de gozo y de temor a la vez:

—Es mi primera vez...

Saúl sujetó su mirada con ilusión y dulzura, y respondió:

—También lo es para mí.

Ainara alzó por encima de su cabeza sus brazos y dejó que la despojara de su vestido blanco salpicado de diminutas florecillas.

Desnuda ante sus ojos, lentamente, ella también lo despojó de toda su ropa.

Entre besos y caricias cayeron sobre aquellos cojines; los mismos que la ampararon de niña.

Saúl retiró con delicadeza la diadema de cristales que adornaban su cabello y, mirándola con ilusión, cerró los ojos y besó su frente; luego arremetió contra el calor de sus labios.

Ainara se abrazó a él, a sus fornidos hombros.

Deslizó la palma de sus manos por su piel: ardía y, a través de sus poros, goteaba a la vez. Palpó sus fuertes brazos y se aferró a ellos.

Saúl besó tiernamente sus blancos y delicados pechos.

Ainara se estremeció.

En un largo suspiro de fascinación acarició su sedoso cabello negro, mientras el calor de sus labios profanaba los límites de su cuerpo.

Regresó a su boca y, dejando a su cuerpo descansar efusivo sobre la calidez del suyo, Saúl atravesó con frenesí su inocencia.

Los días brillaron como ninguno, el Sol resplandeció con más fuerza, y las estrellas del cielo nocturno danzaron titilantes su danza de amor, envolviéndolos con su infinito manto celestial.

Ainara y Saúl descubrieron la pasión.

Ceñida bajo su cálida piel, Ainara transitó de niña a mujer.

Abrigado con el dulce aroma de su cuerpo, Saúl veneró el camino de su verdadera vocación.

16

A PARTIR DE AQUELLA tarde de melodioso delirio, Ainara supo que su vida cambió.

—Ainara, hija mía, has madrugado hoy, ¿qué te trae tan temprano por la parroquia?

—Buenos días, padre Fortunato. El viernes quedaron algunas cosas pendientes y voy ahora mismo a organizarlas. Con su permiso, padre.

—Ve, hija, ve.

Ainara se apresuró por el pasillo. Al cruzar por la habitación de Saúl lo hizo despacio y con prudencia; Filippo, a pocos metros, barría el patio.

Miró de reojo al pasar que las persianas de la habitación de Saúl estaban corridas, y avanzó hacia el aula que se encontraba al cruzar el siguiente pabellón.

Dejó la puerta entreabierta, colocó su maletín sobre el escritorio y fue hasta el ventanal.

Buscó con la mirada a Saúl a través de los destellos de luz que resplandecían frente a sus ojos, bañando las flores del jardín con su fulgurante luz para luego darse paso y entrar por la vidriera. Le invadió un sentimiento de paz y amor y, dando un profundo suspiro, se giró y fue hasta su escritorio. En realidad tenía tareas pendientes por organizar como ya se lo había comentado al párroco.

En cuanto abrió la gaveta se encontró con una fresca azucena blanca ante sus ojos, envuelta en cintas rojas y con una nota debajo.

La tomó entre sus manos y, al desatar las cintas que la envolvían y percibir su fresco aroma, supo que Saúl debió haberla cortado hace poco.

Con una radiante sonrisa desbordándose de sus labios la mantuvo entre sus dedos y besó sus pétalos.

Colocó la azucena sobre el escritorio y tomó consigo la nota; la misma que decía:

“Estoy prendado de ti. Mi vida te pertenece, amor mío”

Acercó la nota a sus labios y, cerrando los ojos, en un suave suspiro besó sus letras.

‹‹Y la mía es tuya, *amore mio*››.

—¿A qué se deben esos suspiros?

Ainara abrió al momento los ojos.

—¡Gabriella, qué susto me diste!

—Vine antes porque las ganas de saber qué pasó ayer entre ustedes no me ha dejado tranquila.

Ainara se levantó de la silla y fue hasta la ventana. Se fijó si por ahí andaba Saúl.

—Estuvimos en el cuarto de la bodega —comentó y, mirando que él no caminaba por los pasillos, volvió junto a Gabriella.

—¿Pasaste en ese lugar la tarde con él?

—¡Hicimos el amor, Gabriella! —Los ojos de Ainara se iluminaron; en tanto que Gabriella, sorprendida, abrió los suyos como si fueran dos grandes platos:

—Ainara... ¿Lo dices en serio?

—Fue tan hermoso... Sentirlo pegado a mi cuerpo, besándonos y acariciándonos...

—Ustedes definitivamente están locos. —De pronto, Gabriella desvió la mirada hacia el ventanal; por lo que sonrió sonrojada—. Alguien espera por ti —dijo.

Ainara se volteó enseguida.

Sus miradas volvieron a encontrarse.

Ainara corrió hacia donde él.

—Yo les dejo solos —dijo Gabriella y salió del aula.

Ainara y Saúl se miraron a través del cristal de la ventana.

—Ve al bosquecillo luego que terminen las clases —dijo Saúl—. Te estaré esperando.

Ainara le dio el sí con una tentadora sonrisa que enmarcó sus labios.

Saúl continuó su camino por el pasillo.

Ainara corrió al bosquecillo.

Saúl esperaba por ella arrimado contra un ciprés. Tan pronto como la miró venir en su dirección corrió a sus brazos.

Ciertamente el pequeño bosque estaba apartado de la iglesia y rara vez alguien cruzaba por ahí. Era imposible que pudieran descubrirlos.

Ambos se abrazaron.

—¡Ansié tanto volver a tenerte entre mis brazos y sentir la tibieza de tu piel! —exclamó Saúl.

Ainara lo tomó por el rostro; apenas tenían contados minutos.

—No ha habido un solo momento en el que no haya dejado de pensar en ti. —Su mirada de niña reflejó el más puro amor—, pero tengo que irme.

Sus labios se buscaron con ansias, fundiéndose luego en un beso desenfrenado.

Ainara se apartó de sus brazos y se apresuró por los senderos que conducían al convento.

A medio camino se regresó y volvió junto a él. Envolvió entre sus manos el óvalo de su rostro y dijo:

—Mi vida también te pertenece. —Le dio un suave beso en los labios y se marchó.

El pequeño bosquecillo fue testigo de la pasión que encendía cada milímetro de sus almas.

Saúl permaneció en el bosquecillo mirando a Ainara alejarse, cuestionándose por qué debería ocultar lo que sentía su corazón enamorado. Él no podía continuar por más tiempo perteneciendo a la iglesia; su conciencia no le permitía.

Resolvió ir y hablar con el padre Fortunato... y debía hacerlo cuanto antes.

En un principio fue a su habitación, necesitaba poner en orden sus ideas, buscar las palabras correctas antes de confesarle al reverendo que si continuaba en el sacerdocio estaría ofendiendo a la iglesia, y a Dios.

Saúl se enamoró perdidamente de la hija del alcalde y nada podía hacer para evitarlo.

Sus ojos quedaron fijos en la diadema de Ainara que la tarde anterior, luego de tumbarse abrazados sobre los cojines de la bodega abandonada y hacer por primera vez el amor, retiró de entre sus rizos dorados y la llevó con él... Fue la experiencia más bella.

Jamás se había enamorado y mucho menos había tenido a una mujer entre sus brazos. Tomó la diadema entre sus dedos y, acercándola a sus orificios nasales, percibió su perfume; el mismo perfume dulce, floral y frutal que su delicado cuerpo emanó aquella memorable tarde.

La guardó consigo para en cada noche revivir su esencia.

17

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Saúl aguardó desde tempranas horas por Ainara dentro del aula.

Él sabía que ella llegaba con anticipación, y como nadie caminaba por ese lugar en esos momentos se sentó sobre su escritorio a esperarla.

Hasta que, de pronto, escuchó el ruido de unos pasos que, aligerados, venían en su dirección, por lo que se levantó de inmediato. Se paró detrás de la puerta para así darle la sorpresa en el momento en que ella la abriera y no pudiera verlo.

Efectivamente, Ainara entró dejando la puerta abierta y fue directamente a sentarse en su escritorio. Saúl, en silencio, miró que abrió la gaveta y sacó un pequeño libro.

Lo abrió y de su interior sustrajo la azucena blanca que él dejó el día anterior.

La tomó entre sus manos y, esbozando una dulce sonrisa, besó sus pétalos.

Saúl se controló para que su presencia no fuera advertida, pero algo entró en su nariz que le hizo estornudar.

Ainara lanzó de inmediato la azucena dentro del cajón, regresó a mirar y se levantó.

Saúl, por un instante, tuvo que contener su risa.

Ainara, extrañada, se acercó despacio al umbral de la puerta y miró hacia el pasillo, hasta que, sorpresivamente, Saúl se abalanzó a abrazarla.

—¿Estás loco? —replicó ceñida entre sus brazos.

—Te estaba esperando. —Saúl le robó un beso.

Ainara correspondió a ese dulce, pero breve beso.

—¡Qué susto me diste! —exclamó acariciando con las yemas de sus dedos sus mejillas—. Ten más cuidado, no quisiera que alguien fuera a descubrir lo nuestro.

Saúl sonrió y besó sus manos.

—Nadie caminaba por los pasillos, no te preocupes.

—¿No te detuviste a pensar que quizá Filippo pudo haber estado barriendo el patio en ese momento? Lo hace desde muy temprano.

Saúl negó con la cabeza. Mientras tanto, caminó hasta la ventana y echó un vistazo:

—Me cercioré de que no hubiera nadie, no temas. Vine a decirte —dijo volteándose—, que hoy hablaré con el padre Fortunato.

Ainara corrió a su lado.

—¡No Saúl, por favor, aún no es el momento!

Saúl la tomó por las manos.

—¿Por qué, amor mío, si tú bien sabes que no puedo vivir un solo día más con este cargo de conciencia?

Ainara lo miró angustiada.

—Porque tengo miedo. Yo sé que el padre Fortunato conversará de inmediato con mi padre. Su moral es íntegra y lo hará... ¡Y tú no conoces cómo es él!

Saúl ciñó su rostro entre sus manos, y dijo:

—No temas, por favor, solo entiéndeme. Le pediré que guarde el secreto, al menos por un tiempo. Yo sé que él va a comprender.

—¿Y si no?

Saúl pudo apreciar que en el rostro de Ainara se dibujó un matiz tan lívido como los tiernos pétalos de una rosa blanca.

—Entonces yo mismo hablaré con tu padre, así él sabrá que mi amor por ti es tan fuerte que va más allá de la razón.

El brillo en los ojos de Ainara gritó suplicantes:

—¡Hazme caso! Un día nuestro amor vencerá todas las barreras. Mas ahora debemos ser prudentes... ¡Te lo imploro! Su ira viéndose frustrado al no conseguir que me case con Donato hará que me envíe lejos de aquí. Ni yo misma puedo adivinar qué ideas cruzarían por su cabeza en esos momentos.

Saúl la abrazó con más fuerza.

—Nunca repitas eso. Mi mundo acabaría el mismo día en que no pueda estar a tu lado.

De pronto, Ainara se apartó de sus brazos y, exigió, mirándolo desesperada:

—Prométeme que no lo harás... ¡Saúl, prométemelo!

Saúl sujetó su mirada, insertando un aire de quietud en sus ojos.

—Te lo prometo.

Ainara respiró profundo; pudo esbozar una sonrisa serena.

—Gracias, *amore mio.* Ahora vete, porque no tardarán en llegar los niños.

18

CUÁNTO AMOR EMANABA LA pareja. Pero solo con imaginar en la reacción que tomaría Gaetano al enterarse que su hija se enamoró del joven seminarista, quien estaba destinado a consagrar su vida a la iglesia, y que no poseía más que un título en teología y otro en filosofía, Ainara sentía pavor por el antagonismo que acometería en contra de Saúl... y en contra de ella misma.

A Ainara le atemorizaba que la obligara a casarse con Donato, manipulándola quien sabe de qué manera. Su padre era un hombre autoritario y de mucho poder en el pueblo; y ella temía por ello.

Sabía que debía confesárselo, pero ni ella misma sabía cómo ni cuándo.

Llegó el fin de semana, y Ainara estaba consciente de que no podría inventar cualquier excusa para ir a la parroquia y verse con Saúl.

Ese sábado a su padre se le ocurrió la brillante idea de invitar a la familia Carusso al almuerzo y, por supuesto, al flamante abogado de cuarta; según Ainara.

Lejos de saber que tendría que lidiar con el pesado de Donato, además de soportar las insinuaciones de su padre, Ainara estaba feliz porque sabía que al día siguiente, después de la misa de las once, vería a Saúl.

Su madre organizó para que en casa se celebrase el cumpleaños del párroco.

Fortunato cumplía setenta años; dedicando cuarenta de su vida a servir a la parroquia de San Feliciano di Valserra.

Un gran almuerzo de bienvenida se cocía en la cocina de la casa D’Alfonso por orden de Gaetano para halagar a la familia Carusso.

Ainara no tenía ningún deseo de bajar y compartir con ellos. Si al menos Gabriella estuviera con ella, pero tuvo que hacer un viaje corto con sus padres ese día.

Antes de que la voz autoritaria de su padre bramara desde el piso de abajo llamándola para que bajara a recibir a sus congraciados invitados, ella se adelantó y, al ver que su madre se encontraba en el salón principal, protestó:

—¿Por qué papá tiene que insistir metiéndome por los ojos a Donato? No conforme hasta les invita a sus padres.

—¡Qué modales son esos, hija!

—¡Ay, mamá, así se habla ahora! ¿No pudiste haberte negado?

—Ya sabes que lo que dice tu padre se hace, Ainara. Además, Donato habló anoche con él diciéndole que tiene algo muy importante para decirnos. Según tu padre, dijo que se lo escuchaba contento. Él está muy emocionado por saber qué es lo que con tanto afán, Donato quiere comunicarnos.

Ainara hizo un vívido gesto de fastidio, chasqueando la lengua.

—Espero le diga que se va lejos, muy lejos de aquí para hacer su tesis... ¡A China de ser posible!

—¿Qué pasa, hija? Te noto irritada.

—Sí, mamá, Donato y toda su aristocrática familia me exasperan. ¡Bien sabes que no lo tolero, y tú continúas apoyando a papá! Deja de obedecerlo en todo y piensa más en mí... ¿No crees? — Ainara se dio media vuelta, prefirió ir al jardín.

Sentada, de brazos cruzados, sobre la banqueta junto a las hortensias de su madre, contó los minutos para que el día acabase de una buena vez.

Tan pronto como todos se encontraban sentados a la mesa, Donato, quien estaba junto a Ainara, no dejó de alabar sus propios méritos. En poco tiempo se recibiría de abogado y, por supuesto, eso admiraba considerablemente Gaetano de él.

Nicoletta y Darío Carusso llegaron vestidos muy elegantes al almuerzo; y no hablemos de Donato, aunque él siempre vestía impecable. Pero de todas maneras a Ainara le llamó la atención.

No se conmemoraba algo... ¿O sí?

Después del almuerzo Gaetano invitó a la familia Carusso a pasar al salón principal, para ahí degustar del fabuloso pudín de pistacho que Francesca preparaba y, en efecto, le quedaba delicioso.

Luego de que Alfonsina sirviera el postre Donato se puso en pie y, pidiendo la atención tanto de Gaetano como la de su esposa, anunció:

—Mis estimados, Francesca y Gaetano, tengo algo muy importante que decirles. —Luego se giró hacia Ainara, quien por sugerencia de su padre se encontraba junto a él, y dijo: —Ainara, es algo que nos compete a los dos. —Ainara abrió los ojos, extrañada; mientras tanto, Donato continuó: —Todos conocemos perfectamente que desde niños Ainara y yo hemos mantenido una amistad muy estrecha. Y ahora que somos adultos, siento que esa infantil amistad se ha convertido en amor. Francesca, Gaetano, con todo respeto, me encantaría pedir la mano de su hija. Yo sé que suena bastante apresurado, pero deseo de corazón casarme con Ainara cuanto antes. Pronto tendré que ir a Florencia para culminar con mis estudios y no regresaré en un buen tiempo a Valserra, por lo que me encantaría poder hacerlo enseguida.

Ainara estuvo a punto de abrir la boca para gritarle que era un ridículo y todo cuanto se merecía, pero la voz de su padre se interpuso antes:

—¡Donato, mi querido muchacho, qué noticia maravillosa! Tú sabes que las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti. Mi mayor felicidad es que ustedes se comprometan, además...

—¡Tú lo has dicho, papá, las puertas de *tu* casa, pero no las de *mi* corazón! —protestó Ainara poniéndose de inmediato en pie, contradiciendo a su padre. Gaetano frunció el ceño, mirándola exasperado; pero ella, sin tomar ni el más mínimo interés ni en él ni en el de los padres de Donato, quienes también quedaron paralizados por su inesperada reacción, regresó a mirar a Donato y, desafiante replicó, clavándole la mirada: —¿Quién te crees tú para venir a pedir mi mano sin habérmelo consultado antes? Yo no estoy enamorada de ti... ¡Y nunca lo estaré!

—¡Ainara, qué forma de comportarse es esa! —espetó su padre.

Ainara se volvió hacia él, mas se mantuvo en silencio. Luego regresó a ver a los padres de Donato, y se disculpó con ellos:

—Disculpen ustedes, señora Nicoletta y señor Darío, por este malentendido, pero entre su hijo y yo no hay ninguna relación amorosa ni lo habrá. Me apena que hayan tenido que presenciar esto.

Ellos apenas asintieron con la cabeza, pero por la expresión de disgusto en sus rostros, se podría afirmar que se sintieron humillados. Mientras tanto, Donato permaneció inmóvil al lado de Ainara; seguramente retorciéndose de las iras por el bochornoso momento que la hija del alcalde le hizo pasar.

—Ainara —exigió su padre—, ¡vienes conmigo en este momento al despacho!

Francesca tomó a su esposo de la mano:

—Déjala, Gaetano. Es preferible dejar solos a los muchachos para que puedan conversar.

—Nosotros nos retiramos —dijeron los padres de Donato—. Que tengas una buena tarde, Francesca. Hasta pronto, Gaetano.

—Una buena tarde para ustedes también, Nicoletta —respondió Francesca, y se dispuso a encaminar a su esposo hacia el despacho.

—Te veo el lunes en la alcaldía, Gaetano —dijo Darío y salieron de casa.

Mientras tanto, Ainara y Donato permanecieron en el salón.

Ainara se sintió incómoda por decir las cosas de esa manera. Pero tampoco ella podía continuar permitiendo que tanto su padre como él decidiera sobre sus sentimientos; desde ya no tendría más consideración con el abusivo de Donato.

Donato se mostró molesto; la fuerza de su mirar así lo delató. Mas a Ainara poco o nada le importó.

—Fuiste muy grosera a mi propuesta, Ainara. Ni mis padres ni yo merecíamos ese trato.

Ainara lo fulminó.

—¿Y qué querías? El grosero eres tú que vienes así sin más a mi casa y les comunicas a mis padres que te casarás conmigo. ¡Y todavía dices que quieres hacerlo enseguida para que vaya contigo a Florencia! ¿Qué te crees que soy? ¿Una de esas mujeres a las que seguramente las tienes a tus pies y puedes disponer a tu antojo? Conmigo te equivocaste, Donato. Ya te he repetido hasta el cansancio que no me interesa nada contigo.

Donato rio con desprecio.

—¡Qué cambiada te noto, Ainara! Realmente has dado un cambio repentino desde que estás en ese bendito voluntariado. Debería hablar con tu padre para que te prohíba de una buena...

—¡Ni te atrevas a inmiscuirte en mis cosas y en las decisiones que tome mi padre! —exigió Ainara dando un paso adelante, colocándose aún más cerca de él.

Donato esbozó una sonrisa irónica.

—Veo que continúas teniéndolo miedo... Pero esto no se quedará así. Yo tengo mis medios para averiguar qué es lo que pasa contigo. Hasta pronto, Ainara. Nos volveremos a ver... Tenlo por seguro.

Ainara prefirió no responder. Lo miró marcharse con ese caminar arrogante, muy propio de él.

¿Estaría Donato presintiendo algo?

Le atemorizó que tal vez se hubiera dado cuenta que entre ella y Saúl avivaba un sentimiento muy fuerte; quizás una mirada comprometedora de la que no tuvieron cuidado, y él advirtió en alguna de las tantas veces que fue buscándola a la parroquia.

Prefirió no dar importancia... podían ser suposiciones suyas.

Al momento salieron del despacho su padre y Francesca.

—¡Estoy muy desilusionado por tu maleducado proceder, Ainara! —recriminó su padre.

—Discúlpame, papá, que te contradiga, pero yo no fui la maleducada. Estoy en todo mi derecho de decidir y saber hasta qué punto admito tal o cual cosa que involucre mi vida.

Gaetano rezongó; pero Francesca enseguida intervino:

—Basta, cariño, no discutas más con tu hija. Si es de ser que formalicen una bonita relación con Donato, así será.

—¡No, madre!

Antes de que Ainara pudiera refutar más a las exigencias de su padre, Francesca le hizo un gesto con los ojos:

—¡Ya ha sido suficiente por hoy, hija, ve a tu habitación!

Ainara se dio media vuelta y, con sus labios contraídos en una fina línea, subió los peldaños que conducían a su habitación.

Qué falta le hizo en esos momentos estar entre los brazos de Saúl y, con tan solo mirar el dulce sigilo de sus ojos, cobijarse bajo el manto de su tierna y apacible quietud.

19

FUEGOS ARTIFICIALES, LA ALEGRE música de mandolinas y violines sonaba en los jardines de la casa de la familia D’Alfonso para celebrar los setenta años de vida del párroco del pintoresco pueblo norteño de Valserra.

Francesca organizó una gran fiesta en su honor y, Fortunato, en medio de tan alegre música, rodeado de todas sus amistades y, por supuesto, estando frente a tantos manjares, de los cuales él disfrutaba a más no poder, se sintió feliz.

Ainara, junto a Gabriella, contemplaban desde un extremo de la tarima la fiesta, en donde los músicos, con sus alegres melodías deleitaban a los ahí presentes, mientras que otros cuantos bailaban. En tanto que Saúl, sentado a una mesa a escasos metros de ella en compañía de Filippo y otros sacerdotes, también cantaba y brindaba.

Ambas miradas convergían y, él, con una dulce sonrisa que surgía de sus sensuales labios rojos, llevaba su copa en alto y le dedicaba su atención.

Ainara también hacía lo suyo para corresponderlo: bastaba un gesto o una mirada vehemente que sería inadvertida por todos.

Gracias al cielo Ainara no tuvo que soportar la presencia de Donato; él se ausentaría por algunos días, lo cual fue una tranquilidad para ella, y más aún luego del desagradable encuentro que tuvo con él la tarde anterior.

Ainara no iba a dejar pasar por alto la reunión. Buscó por todos los medios el momento oportuno para verse a solas con Saúl; pero tal parecía que miradas inquisitivas los vigilaban.

Su consuelo fue contemplarlo desde aquella considerable distancia.

De pronto, Francesca apareció por el centro del jardín, venía del brazo de Romina, y a su lado iba Giordano.

Tan pronto como Gaetano vio a su hija, se levantó y fue a abrazarla.

Había transcurrido algún tiempo desde que se casaron y fueron a su viaje de bodas. Nuevamente su hermana estaría en el pueblo, y eso les haría felices tanto a su madre como a su padre.

Ainara también se alegró por tener a su hermana de vuelta, a pesar de no haber compartido tiempo con ella:

—¿Cómo estuvieron estos meses por Grecia, hermana? —preguntó dándole un abrazo.

—Feliz, Ainara, y más aún por estar nuevamente en casa con todos. —Romina desvió la mirada hacia el centro del jardín—. Iré a darle un abrazo al padre Fortunato, te veo luego.

Ainara la miró alejarse, su hermana se veía feliz. Tomó de la mano a Gabriella y, en prisas, la encaminó hasta su habitación.

—¿Qué sucedió? —preguntó Gabriella.

—Haré algo, y en este preciso momento —comentó con su amiga mientras escribía una nota en el pedazo de papel que arrancó de su libretín—. Regresemos a la fiesta —apuró tan pronto como terminó de redactar—, que esto se lo daré yo misma a Saúl.

—¿Y cómo piensas dárselo? —enseguida cuestionó Gabriella.

—Buscaré el momento oportuno. —Ainara sonrió, mordiendo un extremo de su labio inferior —. Necesito verlo y estar a solas con él.

—¡Ay, Ainara, ten cuidado, mira que alguien podría darse cuenta y no quiero ni imaginar...!

—¡No seas melodramática, nadie va a darse cuenta! Confía en mí.

Las dos amigas regresaron a la fiesta y, en cuanto Ainara miró que Alfonsina cargaba una fuente con refrescos para dárselos a los invitados, enseguida se apresuró hacia donde ella:

—Deja que yo le lleve un refresco al padre Fortunato, Alfonsina.

—¡Gracias, mi niña! Ve pronto porque tal parece que este calor lo tiene sediento.

Ainara rio.

—Llevaré otro para dárselo también a Saúl —dijo y agarró dos refrescos de la bandeja y se encaminó hacia donde ellos—. Les traigo unas bebidas, padre Fortunato.

—¡Hija mía, qué a tiempo pensaste en mí, moría de sed! —Fortunato alargó la mano, y de un solo sorbo terminó con el refresco.

—Si desea otro, déjeme decirle a Alfonsina, padre. Ella viene hacia donde nosotros. —Mientras tanto, Saúl no le apartó ni por un momento sus ojos de encima.

—Pienso que sí, hija —asintió el reverendo—, el calor está insoportable.

Luego Ainara se volvió hacia Saúl:

—Sírvete, Saúl. —Hizo contacto visual con él y, regalándole una sonrisa disimulada, le pasó discretamente la nota junto con la bebida. Sus dedos se rozaron, en tanto que sujetando la nota, Saúl rápidamente la introdujo en el bolsillo de su pantalón de lino negro que esa mañana llevaba puesto. Alfonsina cruzó enfrente de ellos—. Continúe disfrutando de su fiesta, padre. Alfonsina —dijo Ainara señalando al reverendo—, el padre Fortunato desea que le sirvas otra bebida. —Intranquila, deseó alejarse cuanto antes de ahí. Supo que Alfonsina notó algo, porque haciéndola un gesto no muy esperanzador con los ojos, le clavó la mirada.

Apurada, y sin mirar atrás, Ainara se encaminó hacia donde su amiga.

—Presiento que Alfonsina se dio cuenta, Gabriella.

—¡Te advertí, Ainara! Más vale que inventes algo ¡y ya!, porque viene hacia donde nosotras.

—Ven conmigo a la cocina, Ainara —exigió Alfonsina tomándola por el brazo.

Ainara y Alfonsina se dirigieron en dirección hacia la casa.

—¿Piensas que no me di cuenta de lo que hiciste?

—¿Qué fue lo que hice?

—Vi cómo le pasaste una nota al joven Saúl.

—Tenía que hacerlo, Alfonsina.

—Explícame...

—Nana, él va a ayudarme con un proyecto que tengo en mente para los niños... Conoce más que yo de pintura.

La forma en cómo Alfonsina la inquirió, fue incierta.

—Notitas... ¿Y no podrás decírselo hablando?

—Ay, nana, ¿y por último cuál es el problema en que le pase una nota al seminarista? Fueron datos lo que escribí ahí.

Alfonsina gesticuló con los labios; a lo que respondió:

—Está bien, Ainara. Y ahora ayúdame llevando esta fuente a la mesa de tus padres, ¿quieres?

Ainara tomó la fuente y se dirigió hasta la mesa en donde sus padres conversaban y reían.

Gabriella se acercó y, enseguida, luego de que Ainara les sirviera el postre, la haló con ella por el brazo hasta un extremo del jardín:

—¿Qué sucedió? ¿Se dio cuenta de algo?

—Sí, pero enseguida le dije que le pasaba unos datos para que Saúl me ayudara con un proyecto. Todo está bajo control, te aseguro que se lo creyó.

Gabriella respiró más tranquila.

—Menos mal... ¿Y qué decía la nota? Si se puede saber, claro.

Ainara sonrió, mordiéndose un extremo de su labio inferior.

—Que esta noche amaneceré entre sus brazos...

20

AINARA LE DEJÓ SABER a Saúl que después de que todos se hubieran ido, ella iría a darle el encuentro en el jardín de los rosales.

Él debía esperar por ella al otro lado del portón.

Ainara salió pasada la medianoche de su habitación y bajó en punta de pies a la planta baja. Se desplazó en silencio, descalza, por la cocina para que Alfonsina no pudiera escucharla. Salió al patio trasero y, en medio de la confusa noche estrellada, echó a correr al pequeño jardín de los rosales.

Tal como decía en la nota, Saúl esperaba por ella detrás del viejo portón que lindaba con el riachuelo.

Ambos se abrazaron.

Las estrellas que dibujaban el cielo con su tiara titilante fueron testigo del delirio de sus labios fundiéndose en un apasionado beso.

Ainara tomó a Saúl de la mano y lo encaminó hacia el viejo granero.

Cerró el portón, cegándolo con un pedazo de madera y, prendiendo el candelabro que yacía sobre un viejo baúl, avanzaron hacia su interior.

Situó al candelabro sobre el piso: de él chisporroteaba un fuego vivaz.

Ainara se retiró el abrigo y, ante los ojos de Saúl, quien mirándola en completa fascinación dejó escapar de sus labios rojos una inquieta sonrisa, reveló su sensual figura que disimulaba la diminuta camisola, mientras que a su cabello lo desató, permitiendo que se desbordase libre sobre sus hombros, cubriendo el encaje que circundaba sus atractivos pechos firmes.

Ambos se miraron dulce y ardientemente en silencio.

Se aproximó más hacia él y, suavemente, acercó sus manos a su pecho y desabotonó su camisa blanca de algodón que esa madrugada llevaba puesto. Pasó las yemas de sus dedos por sus

voluptuosos pectorales y se deleitó recorriéndolos. Acercó sus labios y, entre suspiros, se embriagó con su firmeza y su calor.

Levantó la mirada y encontró la suya.

Sus ojos verdes, como dos esmeraldas destellantes, clamaron de deseo.

Ainara lo miró con fervor; anhelaba sus besos, codiciaba la lujuria de su cuerpo.

Saúl acarició con sus labios cada rincón de su piel.

La tomó en brazos y la hizo reposar sobre un espacio de paja, como si fuese un lecho de amor que sutilmente había sido moldeado para que dos cuerpos enamorados fundiesen ahí sus más ardientes deseos. Situado junto a ella, la acarició suavemente y, tomándola con ambas manos por el rostro, besó sus labios.

Ainara se colocó sobre él, sus cuerpos desnudos danzaron al compás de los latidos de su corazón, mientras sus rizos dorados, los que él tanto amó, se balancearon impulsivos para después precipitarse y colisionar contra su firme y afrodisíaco abdomen.

El sudor brotó exhausto por sus poros, abriéndose paso por su piel agitada y bañándolos con su aroma, mientras tenían como único testigo a la débil llamarada que, avivada por la fuerza de su amor, se incitaba al compás de sus gemidos y su respiración.

Cautivos de gozo, apaciguaron su sed de pasión desmedida, hasta que aquel cielo cómplice, el cual los cobijó con la infinita tiara de estrellas titilantes dibujó en su amparo delicados matices anaranjados, dando la bienvenida a un nuevo amanecer.

Los débiles rayos de luz se colaron por la claraboya, exigiendo a que despertasen.

Saúl acarició su larga cabellera dorada, y dándole un beso en la frente le dijo que regresaría al convento. Sus labios rojos esbozaron una tierna sonrisa y se levantó; a lo que Ainara le respondió:

—Ve con cuidado, *amore mio.* Pronto estaré contigo.

21

—BUENOS DÍAS, PADRE FORTUNATO.

—Saúl, hijo mío —contestó el párroco mientras lo encaminaba por los pasillos del convento—, vamos al comedor que un buen desayuno nos espera. —Saúl apenas pudo tomar una ducha rápida y vestirse—. Anoche fui a buscarte a tu habitación, llamé a la puerta y no contestaste.

—Seguramente me habré quedado dormido, padre —mintió; cosa que él jamás hacía, pero no tuvo otra manera de escapar de la interrogante que a él mismo le sorprendió. No era usual que el reverendo paseara por los pasillos tarde en la noche. Saúl abrió la puerta del comedor y, desviando el tema de la conversación, comentó: —Qué linda celebración le ofreció la familia ayer, padre.

—Maravillosa. Gaetano y su familia son muy queridos en toda Valserra, y para mí en particular.

Al poco tiempo, Filippo también entró en el comedor.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, Filippo. —Fortunato metió la mano dentro del bolsillo de su sotana y sacó un apunte—. Por favor, Filippo, necesito que luego del desayuno vayas a la despensa y compres todo lo que escribí en la nota.

—Enseguida del desayuno lo haré, padre.

—Y bueno —comentó Fortunato limpiándose los labios con la servilleta de lino luego de terminar con la última rebanada de prosciutto—, yo los dejo muchachos porque se me hace tarde para verme con Francesca.

—Yo también debo retirarme —dijo Saúl y salió del comedor.

Antes pasó por su habitación recogiendo la azucena blanca que al paso arrancó de un jardín para dársela a Ainara, y fue a esperarla en el pasillo exterior, enfrente del aula. Fortunato y

Filippo no se encontraban en la parroquia, así que Saúl aprovecharía ese momento por corto que éste fuera.

Cuando la vio entrar se acercó más hacia la ventana para que ella pudiera verlo.

Enseguida que Ainara dejó su maletín sobre el escritorio rodó sus ojos hacia el ventanal.

Saúl, dirigiéndole un beso volado, le pidió para que se acercara.

Mas, Ainara, corriendo hacia donde él, abrió de par en par el ventanal:

—¿Qué haces aquí?, ¿cómo se te ocurre?

—Deseaba verte. —Saúl miró de cada lado del pasillo, constatando que no pasara nadie por ahí en ese momento. La atrajo hacia él y pudo besarla—. Me hace falta tu aroma, sentir el calor de tus labios.

Ainara ciñó a Saúl por el rostro.

—Yo también lo deseo igual. Sabes que te estoy amando con todas mis fuerzas... ¿Lo sabes, verdad? Pero debemos ser más cautelosos.

Saúl sonrió.

—Lo seré. Traje esto para ti. —Saúl acercó la azucena blanca a sus manos y, mientras la sujetaba por contados segundos entre las suyas, la contempló embelesado.

Ainara desvió por un momento su mirada de él.

—¡Madre del cielo, el padre Fortunato! —exclamó apartándose, de inmediato, de su lado.

—¿¡Qué!? —Saúl regresó la mirada al pasillo.

—¿Saúl, qué haces por aquí? —preguntó el párroco.

Entretanto, Ainara, nerviosa, saludó con el reverendo:

—Buenos días, padre..., ¿cómo amaneció usted?

Fortunato detuvo su mirada en Saúl; luego respondió al saludo aturdido de Ainara:

—Hija mía, buenos días, necesito recoger una carpeta que dejé en el aula antes de ir a ver a tu madre.

—Claro, padre, enseguida se la busco. —Y dándose media vuelta, Ainara se encaminó al interior del aula.

Mientras tanto, Saúl se quedó inmóvil, no supo qué responder al párroco.

—Pensé que estarías en la iglesia organizando la celebración del mediodía, Saúl —dijo el reverendo.

—Sí, padre, únicamente pasé un momento para entregarle algo a Ainara.

Fortunato gesticuló con la garganta.

—Espérame en la sacristía, iré enseguida.

Saúl se dirigió hacia la sacristía. Presintió que algo tuvo que haber visto el párroco.

—Ven conmigo a mi oficina, Saúl —dijo Fortunato en cuanto fue a darle el encuentro.

Saúl lo siguió preocupado.

Cómo no tuvo cuidado y dejó que el reverendo los mirara tomados de la mano. En su mente enseguida ideó alguna disculpa creíble para no involucrar a Ainara.

Tan pronto como el reverendo cerró detrás de él la puerta, cuestionó:

—¿Qué está sucediendo contigo, Saúl?

—Por qué lo pregunta, padre.

—Muchacho, no te hagas el que no sabes a lo que me refiero. Los miré a ti y a Ainara tomados de la mano.

—No, padre.

—Saúl... —Fortunato lo inquirió con la mirada—, ¡miré cómo la veías! ¿Crees que por ser un cura viejo no conozco esa forma de mirar a una mujer?

—Padre Fortunato, por favor... —Saúl quiso confesarle de una vez por todas su amor por Ainara y no faltar más a la iglesia; pero pensó en ella. No podía exponerla ante su padre—. Debe ser un malentendido.

—Está bien, Saúl, esperemos que sea como dices. Tú eres un hombre consagrado a la iglesia, pronto te recibirás de sacerdote. Si alguna duda hay en tu corazón deberías decirme cuanto antes... Pero te advierto que no tenga nada que ver con la hija del alcalde —advirtió el párroco incrustando un aire de desconfianza en la inquietud que los ojos de Saúl no pudieron disimular —. Ahora debo irme.

—Hasta pronto, padre. —Saúl permaneció en la oficina del párroco, pensando qué haría. La manera en cómo el reverendo le planteó las cosas dejó clavada una espina en él; Saúl intuyó que Fortunato algo se las olía.

Desde ya debería ser más prudente, pensó.

Esperó a que el reverendo saliera de la parroquia y que fuera la hora de receso con los niños para ir a hablar con Ainara.

La llamó desde el umbral de la puerta.

Ainara regresó a mirar y enseguida fue hacia donde él:

—¡Saúl, estaba preocupada por ti! ¿Qué te dijo el padre Fortunato?

—Desconfía de mí.

—¿Se lo confesaste?

—¡No, por supuesto que no! Antes está mi palabra.

Ainara, por un instante, lo abrazó.

—¡Gracias, *amore mio*, no imaginas la reacción que tendría mi padre! Y más aún luego de que...

—¿Qué pasó? —preguntó Saúl, apartándose de sus brazos.

—No quise decírtelo antes porque para mí no tiene ni la más mínima importancia, pero Donato estuvo hace unos días en casa. Fue a decirles a mis padres que desea casarse conmigo.

—Saúl se quedó en silencio, mientras tanto, Ainara continuó: —Papá comprendió que jamás lo haré con él. Además de que Donato se marchará muy pronto a Florencia y estará muy lejos de aquí por mucho tiempo.

—Pude notar el afán de tu padre en sus ojos —dijo Saúl—. No lo tomes a mal, pero él desea lo mejor para ti. Seguramente mira en Donato un buen hombre.

—¡Pero yo no lo amo!

—Lo sé, amor mío. —Saúl la acercó a su pecho y besó su frente—. Por ahora necesitamos ser más prudentes, no quiero por nada de este mundo que tu padre haga algo en tu contra. Sé que el padre Fortunato está en sobre aviso con nosotros.

Ainara respiró profundo y exhaló con fuerza.

—Tienes razón, no podemos vernos en la parroquia tan seguido. Yo te haré llegar con Gabriella una nota en donde te haré saber cuándo y dónde vernos.

Saúl, esbozando una suave sonrisa, bajó la mirada y encontró la suya:

—Estaré pendiente.

—Prométeme que serás paciente. Ten por seguro que esto no tardará mucho tiempo, yo misma hablaré muy pronto con mis padres.

—Lo sé. Ahora debo irme. —Saúl la tomó con ambas manos por el rostro y, en un beso apresurado, tiernamente besó sus labios.

22

LOS DÍAS PASARON, AINARA y Saúl dieron comienzo a su plan de no verse ni coincidir por los pasillos cuando estuvieran en la parroquia, únicamente se veían a la hora del almuerzo. Ainara tenía que morderse las ganas de levantar a mirarlo y poder dedicarle una mirada ardiente. De seguro ocurría lo mismo con Saúl.

Simplemente conversaban lo necesario con el párroco y luego cada cual tomaba su camino.

Ainara deseaba con ansias volver a verse a solas con él.

Terminó de redactar la nota y se la entregó a Gabriella.

—Hazle llegar esto a Saúl, por favor. Pero tiene que ser hoy mismo. Y ten cuidado de que nadie se dé cuenta.

—Es difícil porque siempre está acompañado del padre Fortunato —respondió Gabriella—, pero buscaré la manera.

—Tengo una idea —dijo Ainara—, pásala por debajo de la puerta de su habitación.

—Es mejor así. Me voy ahora antes de que alguien pasee por los corredores. —Gabriella cogió la nota y se apresuró por los pasillos.

Ainara le decía a Saúl en la nota que lo esperaba al día siguiente, temprano en la mañana en el río del bosquecillo de cipreses. Ese viernes no tenía que dar clases porque era feriado en el pueblo, y ella sabía que buscaría la manera para poder salir de casa e ir a encontrarse con él.

Saúl esperaba por Ainara la mañana del viernes sentado sobre la misma roca cuando ella, desesperada por hacerlo entrar en razón, decidió tentarlo.

Se miraba tan relajado con sus jeans entubados y su camiseta verde pistacho, la cual competía con el color de sus ojos.

Saúl, distraído, lanzaba piedrecillas al río, hasta que, acercándose por detrás, Ainara le cubrió los ojos con sus manos. Él, tomándolas enseguida entre las suyas, sonrió.

Ainara lo abrazó fuerte contra su pecho.

Qué quietud sintió de encontrarse a solas con él en aquel pacífico lugar; en donde, rodeados del bosquecillo de cipreses, el sonido del agua golpeando contra las rocas, y el apacible canto de los pájaros hizo que el tiempo se detuviera.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando por mí? —preguntó sentándose sobre sus piernas.

Saúl la abrazó por la cintura.

—Quizá veinte minutos, quizás algo más, no lo sé. Eso no tiene importancia, ahora estás aquí conmigo, solos en nuestro lugar.

—Pronto estaremos juntos, amándonos sin temor a las miradas del mundo —dijo Ainara girándose hacia él, perdiéndose en sus labios rojos. Su sonrisa deslumbraba sus mañanas.

—Pronto, amor mío. Y ahora dime ¿cómo te las ingeniaste para venir hasta aquí?

—Dije a mis padres que pasaría el día en casa de Gabriella —contestó y miró hacia el horizonte.

Saúl echó a reír.

—Tú siempre tan perspicaz. Eso adoro de ti, ¿lo sabías?

—Y yo te adoro a ti —respondió volviendo la mirada a sus ojos—. Ven conmigo. —Ainara se levantó y lo haló con ella por el brazo. Corrieron tomados de las manos por entre el sinuoso camino del bosquecillo de cipreses hasta que llegaron a una llanura abierta. Ainara soltó de su mano y corrió ladera arriba—. ¡Alcánzame! —gritó.

Saúl empinó veloz por la colina tratando de alcanzarla.

Ainara se adentró por un extenso campo de cipreses enmarañados y desapareció de su vista.

—¡Alcánzame! —repitió entre carcajadas. Se detuvo al pie de un matorral y, recobrando el aliento, rodó sus ojos por entre los árboles tratando de encontrarlo, pero él no apareció por ningún lugar—. ¿Dónde te metiste?

De pronto, sintió el calor de sus brazos circundar por detrás suyo el contorno de su cintura:

—¿Dónde crees? —respondió Saúl besando la curvatura de su cuello.

Ainara se estremeció sintiendo el cosquilleo que erizó su piel, y se giró hacia él.

Sus miradas se encontraron suplicantes de deseo... Sus labios, como cerezas que tentaban a comérselas, se arrebataron delirantes.

Sus manos despojaron recíprocamente de sus vestimentas, lanzándolas a la maleza.

Sobre su espesura, a los ojos del bosquecillo de cipreses que acunaron sus cuerpos desnudos, prisioneros de éxtasis y ventura, se amaron apasionadamente y sin control, entregándose el alma a lo Romeo y Julieta.

Exhaustos, cobijados por los destellos de luz que se colaron por entre las ramas, se miraron el uno al otro en silencio a través del fulgor de sus pupilas y, bajo el susurro del canto de las aves que orquestaron su amor, quedaron adormecidos.

Y así, una tras otra, corrieron las horas.

—Deseo que tengamos una casa en lo alto de una colina, así, igual como esta, verde y rodeada de cipreses, y a la distancia divisar el mar —comentó Ainara con la cabeza recostada sobre su regazo mirando hacia el horizonte; en donde, en la parte baja decenas de ovejas comían de los pastizales.

Saúl jugó enredando entre sus dedos los rizos de su cabello dorado, dejándolos con una suave caricia caer sobre sus senos desnudos.

—Así será, amor mío. Construiré nuestra casa en un lugar tranquilo y pacífico como este. Imagino a nuestros hijos corriendo felices por las llanuras, y tú, hermosa como siempre, luciendo tu radiante vientre, esperando a nuestro tercer hijo. —Saúl sonrió y besó la curvatura de su cuello.

—¡Amo a los niños, y deseo tener muchos contigo! —Ainara sonrió también y, entrelazando sus manos con las suyas, las enrolló cercando su cintura y recostó su cabeza sobre su clavícula.

Ambos se quedaron en silencio, cautivos de esa dulce paz.

—Es tarde, *amore*, debemos irnos —dijo Ainara.

Saúl la aprisionó con fuerza y besó su coronilla.

—Regresemos entonces.

23

SAÚL SENTÍA QUE SU corazón enamorado latía con mayor intensidad con cada día que pasaba.

Sentado aquel sábado de otoño sobre la banqueta en el patio de las higueras, en donde las hojas de los árboles empezaban a caer recordaba a Ainara, inmerso en sus pensamientos. Con su mirada prendida en la azucena blanca que yacía entre sus dedos, extrañaba con fervor su dulce sonrisa, el resplandor de sus ojos repitiéndole cuánto lo amaba, el destello de sus delicados rizos dorados, los cuales al ser bañados por los rayos del Sol jugaban insinuantes meciéndose libres con cada caricia de una suave brisa frente a sus ojos, sus delicadas manos acariciando sin pudor cada parte de él, la dulzura de sus labios estremeciendo su piel con cada beso, la sensualidad, y a la vez el candor de su perfecto cuerpo desnudo que cada vez que lo imaginaba o lo poseía en un tierno abrazo provocaba sus sentidos...

Ainara era su mundo; ella era su todo.

De pronto, la voz del párroco le sacó de sus ensimismados pensamientos acercándose, agitado, a donde él:

—Saúl, te estuve buscando por todos lados. De saber que estarías aquí no me tomaba la molestia de recorrer el convento completo.

Saúl enseguida guardó con cuidado la azucena dentro del bolsillo de su pantalón para que sus hojas secas no fueran a desprenderse.

—Dígame, padre Fortunato.

—Hijo, estoy un tanto aburrido, hoy todos han tomado su día libre... bueno, casi todos. Por suerte tú estás aquí conmigo, ¿qué te parece ir al centro del pueblo? Necesito un cambio de aires, y este clima fresco es ideal para dar un paseo.

Saúl sonrió.

—Por supuesto, padre, voy con usted.

—Vamos entonces. ¿Has probado las rosquillas de chocolate que preparan en la cafetería que está enfrente del parque? Son exquisitas.

—No, padre, pero hoy las probaremos. —Saúl fue hasta su habitación y después de devolver la azucena a su libro de medicina se encaminaron hacia el centro del pueblo; la distancia era corta, entre quince a veinte minutos.

El olor a castañas recién horneadas que humeaba esa tarde invadiendo con su gustoso aroma las callejuelas que circundaban el parque del pueblo incitó los sentidos del párroco, él las disfrutaba en los meses de otoño. Le indicó a Saúl para detenerse y comprar un paquete del carrito que estaba estacionado junto a la acera.

Saúl enseguida se detuvo y, mientras sus ojos los tenía puestos en las manos de aquella mujer mayor que, curtidas por los años, envolvía una buena porción en un canuto de papel que ella misma enrolló, llamó su atención las risas un tanto escandalosas de una muchacha que le llegaron desde la acera del frente, y levantó la mirada: Gabriella, riendo, paseaba del brazo de Donato, mientras que Ainara, distraída, iba en silencio tropezando a su paso con quienes cruzaban junto a ella. Saúl se detuvo a mirarla, por un momento olvidó por completo que el reverendo se encontraba a su lado, y no tomó precaución de su presencia.

Pero tal parecía que ella no cayó en la cuenta de que él se encontraba frente a sus ojos, observándola.

Quizá la fuerza de su mirar hizo que Ainara regresara a mirar.

Ambos sujetaron extrañados sus miradas.

—Saúl, ayúdame con esto —dijo de pronto el párroco—. ¡Oh, miren a quienes tenemos por aquí también! —Fortunato levantó su mano saludándolos, pero de inmediato les hizo una seña dando a entender que debían continuar con su paseo vespertino.

Ainara apenas y sonrió; en tanto que Saúl y ella se siguieron en silencio con la mirada mientras avanzaban por aceras diferentes, hasta que Saúl y el párroco entraron en la famosa cafetería en donde horneaban las mejores rosquillas con chocolate.

Sentados a la mesa, Fortunato disfrutó sobremanera de su taza de chocolate caliente y unas cuantas de sus apetecidas rosquillas... Mas no ocurrió lo mismo con Saúl.

Qué extraño le resultó ver a la mujer que amaba paseando con quien ella misma le confesó hace unos días atrás que la pretendía. A pesar de que a Ainara y a Donato los separaban algunos metros de distancia, Saúl sintió celos de él.

24

A LA MAÑANA SIGUIENTE, las bancas de la iglesia fueron ocupadas por los fieles como cada domingo cuando asistían a recibir la misa matinal. Ainara y su familia se sentaron en primera fila como era tradición. Saúl, ocupando una banca junto al párroco en el altar, no desprendió sus ojos de ella. De pronto, miró a lo lejos entrar a la familia Carusso.

Los padres de Donato se acercaron a saludar con Gaetano y su familia, y luego ocuparon las bancas posteriores. Donato, por otro lado, de seguro prefirió quedarse junto a Ainara.

Saúl trató de disimular su ira, no podía ser advertido, pero sus ojos se volvían indistintamente hacia ambos. Él sabía que ella nada podía hacer, su padre lo consentía y, mientras él más se aproximara y tratara de conquistarla, él lo festejaría.

Saúl conocía perfectamente que su intención era que la desposara.

Con cada oportunidad, Ainara levantaba a mirarlo y juntos sujetaban sus enamoradas miradas, a pesar de que Donato insistiera distrayéndola.

Finalizada la ceremonia, Fortunato invitó a Gaetano y a su familia a degustar de un desayuno en la parroquia que él mismo organizó con la ayuda de Saúl. Los padres de Ainara accedieron entusiasmados; cómo no hacerlo, la familia, pero sobre todo Francesca disfrutaba de su peculiar carisma.

Saúl y Ainara fueron detrás del párroco, de Gaetano y de Francesca, uno al lado del otro, en total silencio hacia el comedor. De vez en cuando se miraban entre sí, regalándose dulces pero fugaces sonrisas. Saúl deseaba poder tomarla libremente de la mano y caminar a su lado sin miedo alguno; pero estaba prohibido para él.

De pronto, escucharon el ruido de unos pasos que, apresurados, venían detrás de ellos:

—¡Padre Fortunato!

Fortunato se volteó a mirar. Saúl y Ainara avanzaron unos cuantos pasos y se detuvieron a un costado del pasillo. De igual forma, Gaetano y Francesca, se detuvieron de inmediato.

—Donato, dime, hijo —dijo el reverendo.

—Padre, disculpe que llegue así, de improviso, pero supe por Filippo que se encontraría con don Gaetano y su familia. Me urge conversar un momento con él.

—Por supuesto —se adelantó a responder Gaetano. Puedes acompañarnos al desayuno que el párroco nos ofrece. Pienso que no habrá problema contigo, ¿verdad Fortunato?

Fortunato asintió con la cabeza y echó a reír.

—Claro que no, vamos, pasen adelante. —Una vez estando frente a las puertas del comedor las abrió de par en par.

Claramente, Saúl pudo darse cuenta de la manera en cómo Ainara desafió a Donato con los ojos... Luego sintió el suave roce al deslizar la palma de su mano sobre la suya.

—Entonces dime —preguntó Gaetano—, ¿qué es lo que con tanta urgencia tienes que conversar conmigo?

—¿Te molestaría salir un momento?

—¡Claro que no! Discúlpenme, regreso enseguida.

Saúl prefirió sentarse a un costado de la mesa. Por prudencia, el espacio vacío que se encontraba junto a Ainara no podía ser ocupado por él. A pesar de no querer hacerlo lo dejó libre para Donato; nada podía hacer, debía mantener el control.

Y, en efecto, cuando éste regresó de hablar con Gaetano fue directamente y se acomodó junto a Ainara.

Estuvo claro que todo aquello fue únicamente un pretexto para tenerla cerca.

Saúl tenía que verse en algún momento a solas con Ainara, ya no era suficiente hablarse con miradas cada vez que se encontraban caminando por ahí. Él necesitaba expresarle seriamente su desacuerdo referente a Donato. Decidió que antes de la hora del almuerzo sería el momento oportuno, ya que luego Ainara se iría para su casa.

Saúl se mantuvo yendo y viniendo de un lado hacia el otro: de la puerta del aula al paredón del frente, y del paredón a la puerta, mientras esperaba impaciente a que finalizara la hora de clases y los niños salieran.

Nadie más caminaba por ahí en ese momento, hasta que al fin todos los niños empezaron a salir en un solo griterío. El último en hacerlo se fue dando un fuerte portazo.

Saúl abrió la puerta y entró.

Ainara se volteó de inmediato:

—¿Saúl, qué haces aquí?

Saúl se acercó a donde ella; su rostro no mostró sonrisa alguna:

—¡No soporto un solo día más sin verte!

Ainara esbozó una suave sonrisa.

—Lo sé, *amore mio,* pero deberías tener más cuidado, alguien podría vernos.

—No te preocupes... me fijé antes de hacerlo.

Ainara frunció el entrecejo.

—¿Qué tienes, Saúl? Te siento diferente.

—¿Qué hacías tú también con él la tarde del sábado en el parque?

—¿Te refieres a Donato?

—Sí. No me gustó verte paseando con él, y luego de que me dijeras que pretende casarse contigo.

Ainara respiró profundamente.

—A ver... —dijo tomando a Saúl con ambas manos por el rostro—, vamos entendiéndonos. A mí tampoco me gustó en lo absoluto haberme encontrado ese día con él en el parque. Tú viste quién iba colgada de su brazo, ¿cierto? —Saúl se mantuvo sin responder, entretanto Ainara continuó: —efectivamente dijo a mis padres que deseaba casarse conmigo, pero eso no quiere decir que porque coincidió que esa tarde lo miraste paseando con nosotras yo lo esté considerando. ¿Qué pasa contigo? ¿Estás acaso desconfiando de mí, de mis sentimientos por ti?

—¡No, no, eso jamás, discúlpame, por favor! —Saúl abrazó a Ainara fuerte contra su pecho—. Él no me da confianza, eso es todo. Te amo desesperadamente, no respiro si no estás a mi lado. —En ese momento Saúl envolvió su rostro entre sus manos y, en un beso ferviente, calmó su sed de amor.

—¡¿Saúl, Ainara?!

Sus labios se separaron y, juntos regresaron, sobresaltados, a mirar.

—¡¿Por los clavos de Cristo, hijos míos, qué han hecho?!

—¡Padre Fortunato! —Ainara dio un paso adelante, encubriendo a Saúl—. ¡Soy yo quien empezó todo!

Saúl se adelantó y, tomando de la mano de Ainara, desmintió:

—No, padre Fortunato... ¡Si aquí hay un responsable soy yo! Me enamoré... Ambos nos amamos.

—¿Por qué callaron algo así y no me lo confiaron? Saúl, tú, hijo mío, a quien acogí abriéndote las puertas de esta parroquia y las de mi corazón, ¿cómo callaste algo tan serio?

—¡Fui yo, padre Fortunato! —enseguida intervino Ainara—. Yo le imploré que no le dijera nada a usted... No hasta hablar primeramente con mi madre. Tenía miedo de que se lo dijera a papá.

—Ainara, hija mía, esto involucra a la iglesia. Debieron habérmelo confiado. De todas maneras, ¡miren cómo me vengo a enterar!

—¡Discúlpenos, por favor, padre, pero tengo terror de que se lo digan a papá!

Saúl dio un paso adelante:

—Si alguien tiene que hablar con don Gaetano soy yo, padre Fortunato.

—¿Estás loco, muchacho? Por el momento nadie hablará con Gaetano. Ahora ustedes dos, jovencitos, se sientan aquí —Fortunato señaló las dos bancas que él mismo hizo de lado—, y me van a contar todo desde el principio. ¡Y se sueltan de esas manos!

Saúl y Ainara se miraron entre sí, nerviosos.

—Padre... —dijeron ambos al mismo tiempo.

—Uno por uno, por favor. Empieza tú, Saúl.

—Padre Fortunato, antes que nada le juro por la memoria de mis padres que amo a Ainara, la amé desde el primer día en que la vi. Nuestro amor es mutuo y sincero. —Y así, más tranquilo, se sinceró con el reverendo.

—Y tú, hija mía —preguntó el párroco a Ainara—, ¿lo amas de igual manera?

—Sí, padre Fortunato. Saúl es mi vida. Mi corazón le pertenece.

Fortunato gesticuló con la garganta, pasándose con insistencia la palma de su mano por el contorno ausente de cabello que dibujaba su coronilla.

—Ya me presentía algo de esto. Pero si ante los ojos de Dios su amor es verdadero y puro, nadie podrá oponerse a los designios del Creador... Ténganlo por seguro. Ahora comprendo por qué tú, Saúl, te retractaste para recibirte de sacerdote. Pero lo que no logro comprender es ¿por qué me pediste que celebrara la ceremonia si ya ustedes estaban enamorados?

—Sentí temor, padre, de faltar a la iglesia y a la palabra que di a mis padres antes de ellos fallecer.

Fortunato, al momento, se puso en pie:

—¡Ya, ya! —discutió con un aspaviento de manos—, estarías faltando a la iglesia si te hubieras consagrado sin devoción. Y en cuanto a la promesa que hiciste a tus padres en su lecho de muerte, perdónalos, hijo mío. Ellos solo querían lo mejor para ti y no se daban cuenta de que

te estaban sacrificando a una vida que tú no la elegiste. Ahora, ustedes dos y yo sabemos que Saúl será excluido del celibato, pero por el momento esto quedará entre nosotros hasta encontrar una solución oportuna y hacer pública su abdicación de la iglesia.

Ainara, emocionada, abrazó a Saúl.

—¡Gracias, padre Fortunato!

—Y con respecto a ti, hija —dijo el párroco volviéndose a sentar—, deja que yo hable con tu madre... Sé que ella lo va a aceptar.

—¿Y qué sucederá con mi padre? ¿Cuándo se lo diremos?

—Esa es una buena pregunta...

Saúl enseguida se puso en pie y comentó con él:

—¡No, padre, yo mismo iré a confesarle a don Gaetano mi amor por Ainara!

—¿A que luego mande a echarte del pueblo? Y quién sabe, ¿de la misma Italia? Seamos prudentes, Saúl. Obviamente Gaetano tiene que saberlo, pero debemos encontrar el momento oportuno. Lo conozco bien y sé cómo es su temperamento. Primeramente haré pública tu renuncia de la iglesia. Luego de eso actuaremos conforme se vayan dando las cosas. Por ahora lo primero es lo primero. Y ustedes dos, jovencitos, nada de andar por ahí mirándose imprudentemente y buscando escondrijos para estarse abrazando y besando. Las paredes tienen ojos y oídos... Sean sensatos.

—No se preocupe, padre Fortunato.

—¿Cuándo hablará con mi madre? —preguntó Ainara.

—Pronto, hija mía, sé que lo haré muy pronto. Y ahora ve a casa.

—Sí, padre, y muchísimas gracias por comprendernos y ayudarnos. —Ainara se levantó, pero antes de darse media vuelta e irse, preguntó: —¿puedo darle un beso a Saúl?

Fortunato asintió con la cabeza.

—Dáselo en la frente.

Ainara tomó a Saúl con ambas manos por el rostro y plasmó un tierno beso en su frente.

—*Ciao*. Te amo, *amore mio*. Hasta mañana, padre Fortunato —se despidió volviéndose hacia él.

—Ve con Dios, hija. Bueno, hay que solucionar esto lo antes posible, Saúl. Ven —dijo levantándose—, vayamos al comedor que ya estamos tarde para el almuerzo. Pero antes necesito tomarme una copita de mi *limoncello* para calmar el gran susto que me dieron.

25

AINARA LLEGÓ FELIZ A su casa.

—Hola, mi niña —saludó con ella Alfonsina—. ¿Te sirvo el almuerzo o ya lo hiciste en la parroquia?

—Gracias, Alfonsina. Sí, almorzaré aquí.

—Te veo muy contenta hoy.

—Es una larga historia, nana. —Ainara vaciló si en decirle de una vez a Alfonsina que amaba a Saúl, y que el padre Fortunato estaba al tanto y amparaba su amor.

—El brillo en tus ojos me dice que debe ser algo muy bueno. ¿Quisieras compartirlo conmigo?

—Me encantaría. Pero prométeme que vas a escucharme sin reproches, y que esto que te contaré quedará solo entre tú y yo... por el momento, claro.

Alfonsina gesticuló con el rostro, levantando ambas cejas.

—Tiene que ser algo muy pero muy importante. Me sorprendes, mi niña. Está bien, seré todo oídos, pero antes te serviré el almuerzo. —Alfonsina se dirigió a la cocina.

—Alfonsina, ¿mamá y papá no se encuentran en casa? —gritó Ainara desde el comedor.

—Ellos fueron a almorzar en casa de tu hermana Romina. Enseguida te llevo el almuerzo.

Ainara sintió que debía confiarle a Alfonsina, ella la quería tanto como a una hija, estuvo siempre a su lado y pendiente desde el día en que nació.

—Aquí te traigo una deliciosa crema de verduras con parmesano para el frío. Sírvete y me vas contando...

—Amo a Saúl, nana, ambos nos amamos.

—¡Ainara qué cosas me dices!

—Te pedí no reproches.

—Pero me estás diciendo algo inaudito. No, no, eso no puede ser cierto.

—¿Por qué, nana?

—¡Porque Saúl está consagrado a la iglesia, muy pronto se recibirá como sacerdote! ¿No te parece suficiente motivo? ¡Ainara, hija, me asustas!

Ainara exhaló profundamente. Hizo de lado el plato, no pudo continuar con la sopa.

—Él dejará muy pronto la iglesia.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿Acaso te pintó pajaritos en el aire?

—¡No, nana, Saúl no es de esos hombres, me juró amor eterno! No es su vocación servir a la iglesia. Nos amamos con el alma, además que el padre Fortunato lo sabe y nos dio su bendición.

Alfonsina elevó el rostro hacia la lámpara que colgaba del techo, y exclamó:

—¡Madre del cielo! ¡Ave María purísima sin pecado concebido! Es cierto entonces...

—Te suplico que no le digas nada a mamá, el reverendo hablará con ella.

—¿Desde cuándo ustedes están juntos?

—Desde hace algunos meses.

—Me engañaste entonces cuando te descubrí haciéndole llegar la nota...

—Perdóname, nana, lo siento de corazón. ¿Pero cómo iba a decírtelo?

Alfonsina volvió a respirar profundamente.

—Me imagino que renunciará a los hábitos.

—Ya te dije que sí. El reverendo va a encargarse de eso. ¿Y entonces, guardarás el secreto?

—Por supuesto que lo haré, mi niña. Aunque me dejas desconcertada, te doy mi palabra.

—No te preocupes, nana, todo estará bien.

—Quien me preocupa es tu padre... Y el joven Donato.

—¿Qué tiene que ver Donato en todo esto? Yo no lo amo, se lo he dicho un millar de veces y se lo seguiré repitiendo.

—Tú sabes bien que don Gaetano lo admira y lo quiere para ti. Y ese joven al igual que tu padre son hombres de mucho poder.

—En contra de mis sentimientos no podrán hacer nada. Jamás me casaré con él, antes...

—Ni se te ocurra querer hacer bobadas, Ainara. Confiemos en la mano del Señor.

Ainara sonrió para sí.

—Gracias, Alfonsina.

—Vamos al jardín de los rosales, Gabriella, tengo que contarte algo.

Las dos amigas se encaminaron hacia el pequeño jardín. Ainara estaba impaciente por comentarle sobre las maravillosas novedades del día, ni ella misma creía que estuviera

sucediendo y que en cuestión de pocas horas habían ocurrido cosas tan extraordinarias.

Se sentaron sobre la banqueta de piedra y, entre risas y abrazos, Ainara le contó a su amiga al detalle todo cuanto ocurrió esa mañana en su ausencia.

—¡Es sorprendente, Ainara! Al fin te quitas un peso de encima. ¿Y que el padre Fortunato lo haya aceptado? Guau... Es maravilloso.

—Él es una buena persona. Hubieses visto cómo le habló a Saúl cuando él se refirió a la palabra que dio a sus padres, hizo que se me salieran las lágrimas.

—Por esa razón todo el pueblo adora al reverendo. ¿Y Saúl, cómo está?

—Feliz. Pero claro, le preocupa la reacción de mi padre. —Ainara dio un largo suspiro—. Yo también temo eso.

—Esa es la parte fuerte. Pero confiemos que todo estará bien. No vamos a opacar tu felicidad con algo que ni siquiera sabemos a ciencia cierta cómo lo tomará. Quizá hasta lo ve como lo más natural, y tú estás sufriendo sin razón.

—Espero que así sea... Pero lo dudo.

—¿Cuándo se verán?

—Mañana iré un momento a la parroquia. Necesito contarle al padre Fortunato que hablé con Alfonsina. Muero por abrazar a Saúl y decirle que pronto todos, absolutamente todos, sabrán de nuestro amor.

—Cuando Donato se entere... ¡No quiero ni imaginarlo!

—Él menos que nadie me tiene sin el mayor cuidado. Pronto se irá a Florencia y ojalá nunca más lo vuelva a ver.

Gabriella gesticuló con la boca.

—Eso ni lo sueñes, tu padre con el suyo son grandes amigos, además que don Gaetano adora a Donato. Qué lástima que él solo tenga ojos para ti...

Ainara miró a su amiga con el entrecejo fruncido.

—¿Y vas a continuar con lo mismo? Sácatelo de la cabeza de una buena vez... Es un prepotente, no merece la pena.

Gabriella dio un largo suspiro.

26

AINARA SE LEVANTÓ CON el alba, fue hasta su ventana, desde donde los diminutos rayos de luz se colaron recelosos acogiendo aquel terso pero frío amanecer de otoño.

Abrió de par en par las ventanas y, feliz, dejó que el frágil resplandor entrase cobijado de la gélida brisa que hizo enrojecer sus mejillas, mientras unos cuantos pajarillos revolotearon frente a sus ojos orquestando su dulce gorjeo.

Tomó el baño más apacible que hubiese podido tomar y, enseguida, mientras en casa aún dormían, se apresuró hacia la parroquia, ansiosa por ver al hombre que amaba.

—Buenos días, padre Fortunato —saludó con él cuando fue buscándolo directamente al comedor. Sabía que el reverendo era un hombre madrugador y lo primero que hacía era deleitar sus sentidos con un mocaccino al cual le ponía un chorrito de algún licor anisado.

—Ainara, buenos días. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Necesitaba conversar con usted, padre.

—Pero por supuesto, toma asiento. ¿Has desayunado?

—No, padre, vine enseguida que me levanté.

Fortunato pidió a la persona que ayudaba en la cocina que preparara otro mocaccino para Ainara; pero claro, sin el chorrito de licor.

—Entonces cuéntame, ¿qué es lo que con tanta urgencia quieres hablar conmigo?

—Ayer hablé con Alfonsina, padre, le conté todo.

—¿Cómo lo tomó?

—En un principio no quería creerlo, pero cuando le dije que usted estaba al tanto y que nos dio su bendición terminó aceptando. A propósito, padre, ¿Saúl todavía no ha venido por aquí?, me gustaría verlo.

—Sí, hija, él está alimentando las aves en el gallinero del patio trasero. Entonces Alfonsina lo sabe todo. Bueno, esperemos que no vaya a decírselo a Francesca. Soy yo quien necesita hablar con ella.

—No, padre, le pedí que no lo hiciera. Ella está al corriente de que usted conversará con mamá.

—Muy bien. Bueno, date prisa y termina de una vez con ese mocaccino para que vayas a ver a Saúl. —Fortunato esbozó una sonrisa cómplice.

—Gracias, padre, voy en este preciso momento.

—Sean cautelosos, por favor.

Ainara le dio apurada el último sorbo a su café y salió en carreras del comedor.

Saúl se encontraba en ese momento dentro del gallinero llenando con agua fresca los bebederos. Ainara lo llamó desde la rejilla.

Él, enseguida, se dio la vuelta.

—Ainara, mi amor —dijo acercándose—, ¿qué haces por aquí tan temprano?

—¿Te da gusto verme?

—¿Cómo puedes preguntar algo así? Por supuesto. Deja que vaya a lavarme las manos primero.

Ainara fue a sentarse sobre una vieja banca de madera que había al pie de un amplio pino hasta que Saúl se aseara y sacudiera la paja de su ropa.

—Listo —dijo sentándose a su lado. Por un momento la abrazó y besó su frente—. ¿Cómo has estado?

—Feliz. Vine porque no aguantaba las ganas de verte y contarte que ayer conversé con Alfonsina. Ella está al tanto de nosotros.

Los hermosos ojos verdes de Saúl brillaron.

—¿Lo tomó de buena manera?

—Sí, *amore mio*. Ya son dos nuestros aliados.

Ambos, sumidos de contento, se tomaron de las manos. Por un instante les sacó de su alegría el chasquear de las ramas secas que escucharon venir detrás de ellos. Juntos regresaron a mirar y no vieron nada, únicamente el viejo pino que con su abrazo los ponía al resguardo de algún curioso.

—Debió haber sido el viento —comentó Saúl.

—Seguramente. Bueno, debo irme. Tan solo vine aquí por un momento, no saben que salí de casa, ni siquiera Alfonsina que despierta temprano. Te veré mañana en la iglesia.

—Estaré esperándote como todos los domingos, aunque sea para verte tan solo un momento. —Saúl se acercó y, rápidamente, le dio un beso en los labios, mientras que las manos de Ainara

acariciaron su rostro pálido.

—Te amo, *amore mio.*

—¡Saúl, hijo mío, tenemos que ser más prudentes!

Saúl, alarmado, cerró de inmediato su libro de medicina cuando el reverendo, agitado, entró en su habitación.

—¿Qué ha sucedido, padre Fortunato?

—¡Hahh! Permíteme tomar asiento primero porque vengo con prisas antes de que a Filippo se le ocurra venir a encararte, y tú, inocentón como eres, se te ocurra la brillante idea de confiarle todo.

—¿Qué fue lo que le dijo Filippo, padre?

—¿Tienes por ahí un vaso con agua, por favor? Siento que el corazón se me escapa del pecho.

—Claro, padre, ya se lo traigo.

Mientras tanto, Fortunato se acomodó recostando su espalda en el respaldo de la vieja silla de madera.

—Sírvase, padre. —Saúl le acercó un vaso con agua que vació de la jarra que tenía en la mesita de noche.

—Gracias, hijo. Bueno, ahora que me siento más aliviado, te cuento. Filippo acabó de ir hace apenas unos minutos a mi despacho y me contó que los vio a ti y a Ainara tomados de las manos en el patio del gallinero.

—¿Dice que nos vio? Pero ¿cómo? ¿En qué momento pudo haberlo hecho si no había nadie? A menos que...

—Les advertí que sean sensatos. Él caminaba por ahí y los vio conversando sentados sobre la banqueta. Sumamente alarmado me comentó que parece que entre ustedes hay amoríos porque los vio tomarse de las manos. Tuve que inventar, ¡y nuestro Señor me perdone por mentir! —exclamó el reverendo dirigiendo la mirada al cielo—, que entre tú y Ainara habían hecho una buena amistad, que seguramente ella o tú trataban de tranquilizarse por algo. Bueno, no creo que haya visto algo más porque enseguida me hubiese contradicho.

—Gracias por venir a decírmelo, padre. Pero tenga la seguridad de que fuimos prudentes. Además Ainara enseguida se fue para su casa. Seguramente él estuvo detrás del abeto cuando escuchamos crujir las hojas.

—Seguramente. Cuídense las espaldas de todos, pero con Filippo tengan mayor cuidado hasta hablar con Francesca y anunciar tu renuncia de la iglesia. Esto es solo un aviso, Saúl. Al menos

se fue creyendo que eran suposiciones suyas.

—Téngalo por seguro, padre. De hoy en adelante seremos aún más cuidadosos.

—Ahora te dejo, hijo. Nos veremos a la hora del almuerzo. Y no vayas a tocar el tema frente a Filippo, deja eso en mis manos.

—Así será, padre.

27

DESPUÉS DE ASISTIR A la misa dominical, Ainara se quedó en la parroquia. Fortunato habló con Francesca diciéndole que necesitaban ir desde ya organizando las festividades navideñas para los niños. Gaetano, sobre todo, no puso objeción. Él sabía que todos los años se organizaba en la parroquia con anterioridad el agasajo para todos los niños del pueblo.

Pero en realidad ese no era el motivo, Fortunato tuvo que inventar esa mentira piadosa porque tenía que poner a Ainara en sobre aviso sobre Filippo.

—Mi madre me dijo que lo buscara aquí, padre Fortunato.

—Sí, hija, siéntate.

De pronto, Saúl entró también en la sacristía.

—¿Saúl? —exclamó Ainara.

—Así es, hija, tengo que hablar con ambos. Bueno, Saúl ya sabe de lo que se trata porque ayer conversé con él.

Mientras tanto, Saúl se sentó al lado de Ainara. Ambos se miraron y sonrieron.

—Le escucho, padre —dijo Ainara volviéndose hacia el párroco.

—Verás, Ainara, ayer Filippo los vio tomados de la mano cuando estaban en el patio trasero. Él vino enseguida a donde mí, y muy alarmado me comentó que pensaba que entre ustedes hay amoríos.

Ainara abrió los ojos.

—¡Ay, padre, eso no me lo esperaba!

—Tampoco yo, hija.

—Le juro que tuvimos todo el cuidado, tal como usted nos aconsejó.

—Eso mismo le dije ayer al padre Fortunato —comentó Saúl con Ainara—, pero Filippo ha estado por ahí sin que nos diéramos ni cuenta.

—¿Y entonces, qué va a suceder? ¿Dirá algo?

Fortunato negó con un aspaviento de manos.

—No, no, le hice entender que ustedes se llevan bien, eso es todo. Que piense por ahora que son como dos hermanos.

—¿Y él se lo creyó?

—Pienso que sí porque no ha vuelto a decirme nada al respecto. Tan solo quiero que ustedes ahora tengan más cuidado que nunca, por favor. No sería conveniente que se forme un escándalo dentro de la iglesia. Recuerden que ante los ojos de todos Saúl pertenece a la congregación, así no haya tomado todavía los hábitos, se ha estado preparando para ello.

—Si, padre, lo sabemos —dijo Ainara y regresó a ver a Saúl. Él se mantuvo cabizbajo—. ¿Filippo está aquí ahora?

—No —respondió el párroco—, se tomó el día libre para visitar el orfanato. Necesito que te vayas preparando, hija, porque en uno de estos días hablaré con tu mamá. Tengo que acelerar el trámite para la disolución de Saúl de la iglesia.

—Estoy preparada, padre Fortunato. Hable con mi madre cuando usted lo crea conveniente.

—Está bien. Y ahora —dijo Fortunato levantándose—, tengo que organizar un encargo para los niños. Puedes permanecer un rato más en la parroquia, Ainara. Por cierto, a tus padres les dije que haríamos los preparativos para las fiestas que se avecinan. Te veo mañana. Sean cuidadosos, por favor. —El párroco salió de la sacristía cerrando detrás de él la puerta.

—Todo va a estar bien —dijo Saúl tomando de la mano de Ainara.

—¿No se te hace raro que no nos hayamos dado cuenta de que Filippo andaba por ahí? Cuando fui a buscarte no había nadie.

—Quizá coincidió que anduvo por el patio antes de que llegáramos y no nos percatamos de su presencia.

—Puede ser... —Una dulce sonrisa agració el rostro de Ainara—. ¿Vamos a la bodeguita? Ahí podemos conversar más tranquilos y a salvo.

Saúl sonrió.

—Claro que sí, amor mío, vamos.

Ainara cerró la portezuela de la bodega, tomó de la mano de Saúl y lo encaminó hacia el lugar en donde aquella tarde hicieron el amor por primera vez; la cual quedó grabada en sus memorias, y la que jamás olvidarían.

Un débil centelleo se coló por la rejilla, dando un poco de calor al frío de la habitación.

—Abrázame que muero de frío.

Saúl la envolvió entre sus brazos. En una caricia besó su frente.

—Quiero quedarme así, pegada a ti —dijo Ainara, recostando su rostro sobre su pecho.

—Venceremos, amor mío.

Ainara levantó la mirada, buscando la de Saúl:

—Júrame que, pase lo que pase, jamás dejarás de buscarme.

Saúl sostuvo su mirada en silencio... Entretanto respondió:

—No pasará nada malo.

—¡Júramelo, por favor!

—Nunca dejaré de amarte. Pase lo que pase siempre estaré a tu lado.

Ainara lo aprisionó fuerte contra su pecho.

—De la misma manera lo haré yo, *amore mio*, pase lo que pase, siempre estaré contigo, amándote.

Saúl inclinó la cabeza y buscó sus labios rojos.

Ambos recrearon sus bocas en un ardiente beso.

Él desabotonó su abrigo y acarició sus pechos. Ainara se estremeció. La docilidad de sus manos tocándola por encima de la blusa hizo que se le erizara la piel.

Ainara lo despojó del abrigo corto que cubría parte de su cuerpo y, después, con ilusión, lo liberó del buzo gris de algodón que esa fría mañana de otoño él llevaba puesto.

Saúl la miró enamorado, mientras sus dedos se deslizaban suavemente por entre los rizos de su cabello dorado. Ainara acercó sus labios a sus sólidos pectorales y, en un suave suspiro, los recorrió despacio.

De pronto, la puerta se abrió:

—¡Pecadores...! ¡Impuros...! ¡Hijos de Satanás!

Ainara, sobresaltada, se alejó de los brazos de Saúl y regresó a mirar.

—Tú... —acusó Filippo, señalándole con el dedo índice—. ¡Serpiente pecadora vienes con tu antifaz de niña casta a tentar en este lugar sagrado! —Ainara se quedó pasmada—. Y tú, Saúl, eres una injuria para la santa iglesia de Dios. Esto no se quedará así...

—¡Basta, Filippo! —exigió Saúl—. No tienes el derecho de tratarnos de esta manera.

Filippo se acercó hacia donde ellos llevando el crucifijo en alto en una de sus manos:

—¡Yo sabía, sabía que entre ustedes había algo! ¡Carnales, hijos del demonio, serán juzgados con la furia de Dios!

Ainara dio un paso adelante.

—¡Deja de injuriarnos! ¿Acaso no escuchaste lo que acabó de decirte Saúl?

—¡Atrás, víbora demoníaca! —Filippo la amenazó acercándole el crucifijo a la cara.

Ainara dio un paso hacia atrás, espantada.

—¡Es suficiente, Filippo! —Saúl le arrebató el crucifijo y lo lanzó al piso—. Tú no eres quién para venir a ofendernos de esta manera.

Filippo lo escupió en la cara; por lo que Saúl, tomando enfurecido a Filippo por la muñeca, espetó contra él:

—¡No vuelvas a faltarme así al respeto!

—Ustedes dos han ofendido a Dios en su propia casa... ¡Arrepiéntete! Deberían expulsarte de este lugar sagrado. ¡Pero yo haré que te echen de la misma manera como el Padre expulsó a Adán del Edén por pecador! No solo sabrá el padre Fortunato, también le informaré al alcalde. —Mientras tanto, Saúl alcanzó su buzo de algodón y enseguida se lo puso encima.

Ainara se colocó frente a frente con Filippo; a lo que advirtió:

—¡No, no lo harás, Filippo!

Filippo se inclinó a recoger el crucifijo del piso y, en cuanto trató nuevamente de desafiar a Ainara acercándolo a la cara, Saúl le sujetó por el antebrazo y exigió, más enojado aún:

—¡Sal de aquí, Filippo!

—Esto lo sabrá el reverendo y el alcalde, ¡inmundos pecadores! —Filippo dio pasos amenazantes hacia atrás llevando el crucifijo en alto, retándolos con él hasta que desapareció de su vista.

Saúl y Ainara se abrazaron.

—¿Qué haremos ahora? —exclamó Ainara.

Saúl respiró profundamente.

—Debo decirle al padre Fortunato. Tú ve a casa, amor mío, no soportaría que Filippo vuelva a faltarte al respeto.

—Necesito estar a tu lado cuando hablemos con el padre.

—Déjalo en mis manos, por favor. Te prometo que todo se calmará. Ahora ve a casa, te lo pido. —Saúl inclinó su rostro y besó su frente.

—Prométeme que estarás bien.

—Lo estaré. Y ten la certeza de que ni el padre Fortunato ni yo permitiremos que Filippo hable con tu padre.

—Moriré de la impaciencia esperando noticias tuyas, no me dejes intranquila, te lo suplico.

Saúl, tiernamente, acarició su rostro trémulo.

—Te prometo que, pase lo que pase, siempre estaré contigo, amor mío.

Una lágrima rodó por la mejilla de Ainara.

—Te amo por siempre, Saúl. —Se colocó el abrigo y salió de la bodega.

28

—PADRE FORTUNATO...

—No te tomes la molestia de decírmelo, lo sé todo, Saúl, Filippo habló conmigo.

—Padre, nunca nos imaginamos que Filippo estaría en la parroquia ni que tampoco iría por la bodega.

—¡Ya, Saúl, lo hecho, hecho está! No logramos nada lamentándonos.

—¿Y Filippo, padre, en dónde está?

—Le dije que fuera a su habitación. Estaba intolerable.

—Hoy mismo hablaré con don Gaetano, padre, ¡está decidido!

—¡No, Saúl, no seas imprudente!

—Padre Fortunato, Filippo amenazó a Ainara diciéndole que él mismo le contaría a su padre. Tengo que hacerlo, y enseguida antes de que él envenene a don Gaetano.

Fortunato posó su mano sobre el hombro de Saúl.

—Lo sé, Saúl, lo mismo me dijo a mí. Le pedí que guardara el secreto hasta deslindarte de la iglesia. Creo que entendió, ya conoces cómo es su fanatismo.

—Padre...

—No te inquietes, hijo, de todas formas hoy mismo iré a casa de Gaetano y hablaré con Francesca. No voy a esperar un día más. Tú aguardarás aquí hasta que yo regrese. Y no trates de ir también... ¡Sé cauto!

—Prométame, padre, por favor, que convencerá a doña Francesca de que no se vayan en contra de Ainara.

—No te puedo prometer nada, hijo, pero también es cierto que yo, más que nadie, sé cómo es Francesca. Pierde cuidado, ella es su madre y es sensata, no va a permitir que Gaetano le haga daño a su propia hija.

—Ruego para que así sea.

—Y ahora déjame ir de una buena vez a su casa. —Fortunato fue al escritorio, tomó la sarta de las llaves del convento y las metió rápidamente en el bolsillo de su sotana—. Y no vayas a aprovechar mi ausencia y enfrentar a Filippo. Él tiene una estricta orden de permanecer en el convento.

—No, padre, vaya tranquilo. Yo lo esperaré aquí hasta que regrese.

Fortunato le lanzó una mirada desconfiada.

—Nos veremos por la tarde. —Salió apurado de la oficina.

Saúl fue junto al ventanal y, preocupado, su mirada se perdió en las matas del jardín interior despojadas de su follaje.

Ainara no tenía ni idea de que el padre Fortunato había llegado a casa para hablar con Francesca. Ella se encontraba ensimismada en sus pensamientos en el jardín que lindaba con el riachuelo, el cual hace tan solo unas semanas atrás eran florecidos rosales.

¿Confiaría en Filippo? ¿Lograría el padre Fortunato convencerlo? Era la duda que martillaba en su cabeza, atormentándola.

—Ainara... —De pronto, escuchó la voz de su madre, y ésta enseguida se sentó junto a ella sobre la banqueta de piedra.

Ainara respiró profundamente, rara vez iba por ahí. Quizá su madre ya estaba enterada de su relación con Saúl, pensó y se volvió hacia ella.

—Madre, tienes algo que decirme, ¿verdad?

La mirada de Francesca denotó desconcierto.

—El reverendo acaba de conversar conmigo. ¿Por qué no me confiaste algo tan serio, hija?

Ainara, por un momento, se quedó en silencio.

—Discúlpame, mamá, pero me enamoré.

Francesca la atrajo contra su hombro.

—Hija mía, en los sentimientos del corazón no se puede mandar, pero hay que usar la razón. ¡¿Cómo pudiste haberte fijado en él, sabiendo que pronto recibiría los hábitos?! Tu padre no lo consentirá.

—En el corazón no se puede mandar, como tú misma me acabas de decir, madre... ¿Cuándo se lo dirás a papá?

—Lo más pronto, hija. Pero yo te pido encarecidamente que te olvides de Saúl.

—¡No, madre, eso jamás! —discutió apartándose de sus brazos—. Amo a Saúl, ambos nos amamos con el alma.

—Entiende, hija, que expones el prestigio y la autoridad de tu padre con este amor absurdo.

—¿Absurdo, mamá? ¿Por qué? Porque Saúl es un seminarista, ¿y yo la hija del señor alcalde? ¿Acaso no tienes un poco de sentimientos para darte cuenta de lo que me estás pidiendo?

—No tienes por qué hablarme de esa manera, hija. Ya te dije que hay que anteponer la razón. Es un absurdo porque Saúl es un pobre muchacho que todo el tiempo ha vivido dentro de la iglesia. No tiene una carrera... ¿Cómo va a labrarse la vida si no conoce nada de fuera?

Ainara frunció el ceño, incrédula.

—¿Mamá, qué sucede contigo? Saúl es joven, inteligente, él buscará la manera de salir adelante. Y yo voy a estar a su lado.

—Al lado de quien tú debes estar es de Donato, hija. Ustedes se conocen desde niños, además que él vive enamorado de ti y tiene los medios para mantenerte. Así lo queremos tanto tu padre como yo.

—Tú lo has dicho, mamá, así lo quieren papá y tú... ¡Pero no yo!

—Créeme que todo esto es un capricho tuyo, hija. Luego te olvidarás de Saúl.

—¡No, mamá, entiende, por favor, amo a Saúl! —Ainara echó a llorar sobre el pecho de su madre—. Te suplico que me entiendas. Deja que seamos felices, por favor.

Francesca exhaló un profundo suspiro.

—Ainara, mi pequeña —dijo acariciando su cabello dorado—, no tengo corazón para continuar oponiéndome. Hablaré con tu padre y trataré de hacerlo comprender. Pero no te puedo asegurar nada.

—Gracias, mamá.

—Alfonsina, ¿podrías ir a casa de Gabriella y decirle que venga, por favor? —pidió Ainara, feliz, una vez que regresó del jardín de los rosales. Necesitaba contarle a su amiga que su madre por fin consintió que ella y Saúl estuvieran juntos.

—Claro que puedo, mi niña. Pero antes cuéntame, ¿qué te dijo tu madre? El padre Fortunato estuvo aquí y hablaron por largo tiempo. Yo le dije que estabas en el jardín de los rosales cuando preguntó por ti.

—¡Lo consintió, nana, mamá bendijo nuestro amor!

—¡Cuánto me alegro por ustedes, mi niña! Ahora tan solo debe dar su aprobación don Gaetano.

Ainara respiró profundamente.

—Así es, nana. Estaré en mi habitación para cuando venga Gabriella. —Ainara subió por las escaleras y fue hasta su recámara. Tomó un pedazo de papel y escribió una nota para Saúl.

Al poco tiempo, Gabriella ya estaba en su casa.

—Alfonsina me dijo que querías verme. ¿Está todo bien?

Ainara se levantó y fue hasta donde ella, cerró la puerta y la haló por el brazo hasta su cama.

—Mamá habló hoy conmigo. ¡Lo aceptó, Gabriella!

—¡Qué buena noticia! ¿Ves? Ya todo se va encaminando.

—Sí, deseo tanto ver a Saúl y decirle que estoy bien, que las cosas van por buen camino. Aunque sigo intranquila porque papá aún lo desconoce. Pero bueno, no voy a preocuparme de eso ahora. Necesito pedirte un favor.

—¿Cuál será?

Ainara fue hasta su mesita de noche y sacó la nota.

—Entrégasela a Saúl, por favor.

—¿Pero cómo quieres que lo haga?

—Yo sé que estamos de receso en la parroquia, pero ve un momento allí, te lo suplico. No se darán ni cuenta, te lo aseguro.

—Bueno... buscaré algún pretexto en caso de que el padre Fortunato me vea por ahí. Si todo corre bien pasaré la nota por debajo de la puerta de la habitación de Saúl.

Ainara la abrazó.

—¡Gracias, no sabes la tranquilidad que me haces sentir!

—Eres mi amiga, razón más que suficiente. Y mejor me voy de una vez antes de que se haga más tarde. No quisiera que uno de mis padres viendo que no llego a casa venga a buscarme hasta aquí y yo no esté.

Ainara rio mientras la acompañaba a la salida.

—Ni pensarlo. Suerte, Gabriella. Te estaré eternamente agradecida.

29

AL CAER LA TARDE, Ainara fue a esperar por Saúl junto al portón del jardín de los rosales, tal y como le pidió en la nota que le hizo llegar con Gabriella.

No hizo falta aguardar por él, tan pronto como ella abrió el portón, Saúl venía doblando la esquina.

—Tuve tanto miedo de que Gabriella no hubiera podido entregarte la nota —dijo abrazándolo.

—Pude hablar con ella. —Saúl besó su frente—. ¿Cómo te encuentras, amor mío?

—Tengo algo muy importante que contarte. Ven —dijo halándolo hacia el interior del jardín. Ainara constató que no había nadie para entrar al granero, mientras que Saúl le ayudó a cerrar el portón asegurándolo con el tronco de madera.

—Por la expresión de felicidad en tu rostro, es algo bueno lo que vas a decirme, ¿verdad?

—Hablé con mamá y ella ampara nuestro amor.

Saúl la envolvió entre sus brazos.

—¡Amor mío, es la mejor noticia que pudiste haberme dado!

Ainara suspiró al escuchar los fuertes latidos que dio su corazón. Cerró los ojos y dejó que su mejilla continuara recostada sobre su pecho.

—Aún tenemos un largo camino por recorrer. Necesito que vuelvas a prometerme que serás fuerte, y pase lo que pase siempre estarás a mi lado.

Saúl la aprisionó con más fuerza contra su pecho. Inclinó la cabeza y besó su coronilla.

—Te repetí una vez y te lo seguiré repitiendo un millar de veces si es necesario, siempre estaré contigo, así el mundo entero se oponga. Mi vida es del todo tuya. Te amo con toda mi alma, amor mío.

—Y yo a ti. Mi vida te pertenece.

Ambos juntaron sus labios en un largo y ardiente beso.

—Y ahora debes irte, no quiero que mamá nos encuentre y luego tengas problemas por mi causa.

Saúl acarició con una dulce sonrisa su rostro.

—Lo sé. Esperaré con ansias noticias tuyas.

—Cuídate, *amore mio.*

Saúl calló la decisión que tomó, no se lo dio a conocer al reverendo.

Esa tarde salió de la parroquia sin que nadie lo notara y fue directamente a la alcaldía para hablar frente a frente con Gaetano.

La secretaria hizo la llamada pertinente a la oficina de la alcaldía, y luego le indicó a Saúl para que pasara a su despacho.

—Don Gaetano, buenas tardes —saludó Saúl.

Gaetano giró su silla de cuero negro hacia él:

—¿Y todavía tienes el atrevimiento de venir a buscarme aquí?

Saúl no comprendió su pregunta, pero sí que la expresión de seriedad en su rostro lo inquietó.

—Necesito hablar con usted, don Gaetano. Seré breve, le pido que me escuche.

—¿Qué es lo que vas a decirme? —espetó poniéndose en pie, dando un puñetazo contra el tablero del escritorio—. ¿Sobre tus amoríos con mi hija Ainara?

Saúl se quedó atónito.

—Don Gaetano, yo...

—¡Cómo pudiste enredar a mi hija! ¡Eres un hombre consagrado a la iglesia!

—Yo no he enredado a su hija. Yo la amo, ambos nos amamos...

—¡Cállate, bastardo! Un hombre que burla las reglas de la iglesia no se merece ser hijo de nadie.

Saúl se tragó el insulto por respeto a Ainara.

—No he burlado ninguna regla, señor, decidí con anticipación renunciar a los hábitos.

—No me interesa si renuncias o no a tales hábitos. No entiendo cómo Fortunato ha sido capaz de socapar acciones tan indignas. Esto deberá ser castigado por la ley.

—No, señor, el padre Fortunato no tiene nada que ver en todo esto. No se vaya en contra de él, por favor. Todo es responsabilidad mía. Me enamoré de Ainara...

—¡No vuelvas a pronunciar el nombre de mi hija frente a mí! Jamás, entiende bien, jamás permitiré que te la vuelvas a acercar.

—¿Por qué, don Gaetano? Ambos nos amamos, tan solo deseamos estar juntos.

La mirada del alcalde fue sombría, por un momento hizo que Saúl temblara.

—¿Y tienes la osadía de decir que ambos se aman? ¡Ainara no amará a nadie más que no sea Donato! ¡Tú, desaparécete de su camino!

—No, don Gaetano. Si tanto le preocupa, nunca fue mi vocación servir a la iglesia. En Ainara encontré mi verdadera vocación. Me casaré con ella. Ainara no ama a Donato, usted no puede destruir así su vida.

—¡Insolente! —Gaetano se volteó y caminó en dirección hacia el ventanal—. Bien hizo Donato en alertarme de tus intenciones. Te estoy exigiendo de buena manera que desaparezcas de la vida de mi hija —dijo volviéndose hacia él—, porque si no lo haces, tomaré otras medidas. Bien sabes que soy un hombre de poder, y no querrás que los desprestigie tanto a Fortunato como a ti y los eche del pueblo.

—Usted no sería capaz de irse en contra del reverendo.

—¡Tú qué sabes, muchachito desvergonzado, de lo que yo soy capaz o no! Es mi primer aviso... ¡Ya lo sabes! Y ahora ándate y nunca más te acerques por mi casa porque no la volverás a ver.

Saúl, desesperado, se paró frente a Gaetano:

—¡No, por favor, no me separe de su hija, yo...!

Gaetano cogió el auricular y timbró a su secretaria.

—Señorita, llame a seguridad.

Saúl inhaló profundamente.

—Me iré por mi cuenta, no necesita recurrir a la fuerza. Que tenga una buena tarde. —Se dio media vuelta y salió del despacho de la alcaldía.

30

SAÚL NO TOMÓ EN cuenta el tiempo y se le hizo tarde para regresar al convento.

En noviembre era normal que oscureciera a las cinco de la tarde.

Su cabeza no la tenía puesta en nada más que no fuera Ainara.

¿Cómo su padre podía ser tan cruel? Él no iba a permitir que la obligara a casarse con Donato... Jamás. ¿Y cómo Donato supo del romance entre ellos?, fue la interrogante que le inquietó mientras aligeraba el paso hacia la parroquia.

—¿A quién tenemos esta noche aquí?

De pronto, Saúl se vio acorralado por dos hombres altos y fuertes; y un tercero que era Donato.

—Tal parece que al padrecito se le hizo tarde para regresar al convento. ¡Sujétenlo! —ordenó Donato a los dos hombres, mientras él terminaba de fumar su cigarro, lanzándolo después al adoquinado.

Aquellos dos hombres sujetaron a Saúl con fuerza por ambos brazos.

Saúl tomó resistencia, pero fue imposible. Enseguida sintió el impacto de un fuerte rodillazo en su abdomen:

—¡No te vuelvas a acercar a Ainara!

Saúl soportó el dolor, contrayendo los músculos, pero Donato volvió a incrustarle otro y otro y otro más. Los dos hombres a sus costados reían.

—Fuiste tú, entonces quien le fue con el chisme a don Gaetano —Saúl logró articular apenas con la cabeza levantada, sumido en profundo dolor por la fuerza de los golpes.

Donato se carcajeó.

—Tengo los medios para comprar a quien yo quiera. Hay soplones hasta dentro del convento. —Se retiró el abrigo, sacó un guante de cuero negro del bolsillo de su gabardina, la dejó sobre uno de los basureros que había en la callejuela y, mientras Saúl forcejeaba con los dos hombres,

Donato se colocó el guante en su mano derecha. Al momento la fuerza de repetidos golpes viró su cara, abriendo su labio inferior, provocando que Saúl sangrara—. ¡Ainara será mi mujer, más te vale que no te la vuelvas a acercar! —Saúl trató de refutarlo, pero la magnitud de un rodillazo ahogó su voz. Por más que trató, no pudo mantener su cabeza firme: ésta se le vino abajo, no sin antes ver con sus ojos a medio abrir el brillo de las iniciales “DC” que colgaba de su cadena de oro—. Tampoco irás a decírselo a nadie sobre nuestro encuentro si no quieres que a ella le pase algo grave... ¡No sabes con quién te metes!

Saúl ya no tenía fuerza alguna.

—No te atrevas... —logró articular, sintiendo cómo de sus labios goteaban hilos de sangre.

—¡Suéltenlo! —Donato ordenó a sus hombres.

Saúl cayó, dándose de bruces contra el adoquinado.

La callejuela quedó en silencio, supo que el cobarde de Donato y sus dos hombres se habían marchado. Trató de tomar fuerzas, pero el dolor de su cuerpo lastimado no le permitió levantarse. Permaneció tendido sobre los fríos adoquines hasta que poco a poco logró incorporarse y, avanzando casi arrastrándose, llegó al convento.

Cruzó el patio interno para ir a su habitación, cuando Fortunato apareció por el pasillo.

—¡Saúl, hijo mío! —gritó y corrió hacia donde él—. ¡¿Dios mío, qué te han hecho?! ¡Alguien que me ayude!

—Ayúdeme, por favor, padre, a llegar hasta mi habitación. —La voz de Saúl fue apagándose.

Fortunato pidió la ayuda del otro religioso que acudió al escuchar los gritos.

Saúl no consiguió ni por un solo segundo más mantenerse en pie, hasta que perdió el conocimiento.

Despertó en medio de la charla entre el párroco y la señora de la cocina mientras lo atendían.

—¡Hijo mío! —exclamó enseguida Fortunato—, ¿cómo te sientes?

Saúl abrió a media luz los ojos y respondió:

—Mejor, padre, gracias.

—¿Qué te hicieron, muchacho? Dime quién fue para ir ahora mismo a poner la denuncia.

—No, padre, déjelo así. Casi no pude distinguirlo, quizás asaltantes que vagan por ahí.

Fortunato gesticuló con la garganta.

—Está bien, Saúl, no te esfuerces. Ahora tan solo descansa y recupérate, luego hablaremos de eso... No me quedaré con la incertidumbre de descubrir quién pudo ser tan cruel para hacer esto...

—balbuceó. Saúl pudo escucharlo, por lo que oprimió su mano—. Celestina, por favor, tráigame más hielo.

Saúl cerró los ojos y se quedó dormido.

31

AINARA PERMANECIÓ POR LARGAS horas sentada en el jardín de los rosales bajo el pinar que cobijaba la banqueta de piedra pensando en cuál sería su destino y el de Saúl si su padre no aprobara su relación. Ella sabía que él no lo tomaría de buena manera, su afán era casarla a toda costa con Donato. Temía que la mandase de inmediato a Florencia.

Se levantó y, decidida a afrontar lo que viniese, se dirigió a la casa.

Su padre salió a su encuentro.

—Ainara... —dijo mirándola con seriedad—, vienes ahora mismo conmigo a mi despacho. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

Ainara fue detrás de él; presintió lo peor.

Gaetano cerró con llave el cerrojo de la puerta. Abrió el armario y sacó un látigo.

Los ojos de Ainara quedaron posesionados en el cuero que revestía la fusta.

—Antes de azotarme —enfrentó mirándolo altiva—, quiero que sepas que amo a Saúl, y hagas lo que hagas jamás me casaré con Donato.

La violencia del látigo abatió sobre su espalda y sus caderas. Ainara soportó con valentía el dolor.

—¡Qué vergüenza, has desacreditado mi buen nombre y el de la familia enredándote con un clérigo! ¡Desagradecida, y todavía injurias el nombre de Dios diciendo que lo amas!

Los latigazos continuaron arremetiendo contra su delicado cuerpo.

—¡Basta, padre, ya es suficiente! —suplicó con lágrimas en los ojos—. ¡Tu furia no hará que mi alma deje de amarlo!

Gaetano lanzó una bofetada contra su nívea mejilla.

—¡Atrevida, mi furia llegará más lejos que eso, jamás volverás a verlo! ¡Pronto te irás a Florencia, vivirás ahí interna, y ruega para que Donato quiera desposarte luego de saber que te

revolcaste con ese blasfemo!

Ainara lloró desconsoladamente.

—No lo harás... ¡Soy tu hija!

Gaetano estuvo a punto de darle otro latigazo, cuando escuchó a Francesca suplicar al otro lado de la puerta:

—¡Ábrela, por favor, Gaetano, no le hagas más daño a tu hija!

Gaetano lanzó el látigo contra el piso, abrió violentamente la puerta y, enfurecido, haló a Ainara por el brazo con él arrastrándola por los escalones hasta llegar a su habitación. Francesca corrió detrás suyo, al igual que Alfonsina.

—¡Permanecerás encerrada hasta que yo mismo te lleve a Florencia! —espetó empujándola hacia el interior de la alcoba.

Ainara cayó de rodillas contra el piso. Lloró suplicante mirando a su madre y a Alfonsina quienes estaban detrás de su padre.

—¡Madre, haz algo! —imploró.

—Gaetano —suplicó Francesca—. ¡No desahogues tu ira de esta cruel manera! Reacciona, así perderás a nuestra hija.

Gaetano se volvió enérgico hacia Francesca:

—¡Perdí a esta desvergonzada el mismo día que profanó el nombre de Dios y de este hogar acostándose con ese hereje! ¡Quedará encerrada hasta el día en que la lleve a Florencia! Y nadie, absolutamente nadie, podrá visitarla... ¡Es una orden! Alfonsina, tráeme las llaves de su cuarto. —Alfonsina regresó a mirar a Francesca. Ella asintió en un ahogado suspiro con la cabeza. Alfonsina bajó por los escalones para traérselas. Gaetano cerró la puerta, dando tres vueltas a la cerradura. Guardó las llaves en el interior del bolsillo de su chaqueta y bajó por los escalones.

—Mamá... —gritó Ainara sollozando desde la soledad de su alcoba.

—Estarás bien, hija... Te lo prometo.

Ainara lloró desconsoladamente. Las huellas de los latigazos ardían sobre su piel.

Sus lágrimas resbalaron una tras otra por su mejilla enrojecida; aquella mejilla que su padre besaba cuando era una niña.

Se incorporó con dificultad, apoyándose con las manos del filo de la cama.

‹‹ ¡Jamás podré perdonarte por el daño que me haces, papá! ››, repitió entre sollozos.

Acomodó algunos de los almohadones y se recostó sobre ellos; el ardor de las heridas le imposibilitaron mantener una postura.

Las horas acaecieron recostada sobre su cama en la misma posición: de cara al piso.

Una lágrima rodó rebelde por su mejilla. Ainara la apartó con ira; el dolor de su alma pesaba más que el de sus heridas.

Se sobrepuso y, colmada de coraje, se levantó.

El dolor fue aminorando, pero las huellas de aquellas manos salvajes marcaron su alma y su piel.

Se sentó frente a su escritorio, arrancó un pedazo de papel del libreto que tenía frente suyo y redactó una carta. La dobló en tres partes, la guardó dentro de un sobre pequeño y la escondió debajo de una pieza de porcelana que días atrás empezó a pintar. De pronto, escuchó el ruido de la llave rotar contra el cerrojo.

Alzó a mirar.

—Mi niña, te traigo algo de cenar —dijo Alfonsina. Traía una fuente en sus manos.

—No tengo hambre, nana. Pero gracias de todas maneras.

Alfonsina dejó la fuente con la crema de tomate y queso parmesano, además de un vaso de leche con algunas galletas de avellana que tanto le gustaban a Ainara sobre su mesita de noche.

—Tu madre quiso venir, pero don Gaetano le tiene prohibido verte.

Ainara suspiró profundo para sí misma.

—¡Qué te ha hecho tu padre, Dios mío! —Alfonsina pasó su mano por los moretones de su brazo, luego levantó la blusa. Una lágrima rodó por su mejilla—. Voy a curar tus heridas.

—Jamás le perdonaré por lo que me hizo, nana.

—No digas eso, mi niña. Es tu padre, confío en que algún día se dará cuenta del grave error que cometió. —Ainara encorvó la espalda cuando Alfonsina rozó con ungüento sobre los moretones de sus costillas—. Pronto te sentirás aliviada, confío en esta medicina.

—Alfonsina, necesito que me hagas un favor. —Ainara deslizó el sobre que estaba debajo del adorno de porcelana—. Hazle llegar esta carta a Gabriella, por favor. Si es posible mañana mismo. Dile que mi padre tiene prohibido que me visiten, díselo así, te lo pido. Ella sabrá qué hacer con la carta.

—Sí, mi niña, mañana a primera hora iré a entregársela.

—Gracias, nana. ¿Mamá, cómo está?

—Triste. Ella sufre también.

—Dile que estaré bien, que no se entristezca por mí.

—La casa estará tan sola y fría cuando no estés... —Alfonsina bajó la mirada; se limpió sus ojos llorosos. La amaba tanto como una madre.

Ainara la tomó por el rostro y esbozó una dulce sonrisa.

—No estés triste. Ya no soy una niña, algún día tenía que irme. ¿Irás a visitarme a Florencia, cierto?

—Por supuesto, mi pequeña. Tu madre y yo iremos siempre que podamos. Ahora debo irme. No quiero que tu padre se inquiete viendo que no he bajado aún.

—Ve, nana, y guarda bien esa carta, que no la vea papá.

—Hasta mañana, mi niña, descansa. Y hazme el favor de comer todo lo que está en esa fuente, no quiero que vayas a debilitarte.

Ainara asintió con una sonrisa.

—Comeré todo, no te preocupes.

Ainara escuchó el sonido del picaporte. Desvió la mirada a la ventana y suspiró.

32

LOS MORETONES Y LAS heridas en el rostro y en el cuerpo de Saúl sanaron poco a poco. Prefirió no contarle nada al padre Fortunato por seguridad a Ainara.

Donato era un hombre peligroso, era capaz de cualquier bajeza, y en venganza podía hacerle daño; además que así le advirtió.

Saúl jamás permitiría que le sucediera nada malo a Ainara.

Esa tarde de otoño paseaba por el jardín del patio de las higueras, cuando vio a Gabriella bajar el peldaño que dividía el corredor del patio y venir en su dirección.

Le sorprendió verla sola y por la parroquia, aún restaban algunos días para retomar las clases con los niños discapacitados. Quizás el padre Fortunato la llamó para organizar algo que estuviese pendiente, pensó.

—¿Saúl, pero qué te sucedió? —Gabriella, asombrada, no apartó sus grandes ojos pardos de su rostro malogrado. Los moretones se habían disipado por sus pómulos y cubrían su ojo izquierdo.

—Hola, Gabriella, no te inquietes. Una tarde regresando me asaltaron. ¿Buscas al padre Fortunato?

Gabriella frunció el entrecejo.

—No, Saúl, vine por ti. Ainara te envió esta carta. —Extendió su mano entregándosela.

—¿Una carta? —Sorprendido, Saúl la tomó entre sus manos.

—Alfonsina fue hoy a buscarme. Me dijo que don Gaetano encerró a Ainara en su habitación. Tiene prohibidas las visitas, ni siquiera yo puedo ir a verla.

—¿Cómo dices? —inquirió impaciente—. ¿Qué sucedió?

—Don Gaetano sabe todo, Saúl. Debo contarte lo que Alfonsina me dijo... la golpeó.

—¡No...! —La tez de Saúl cambió de tonalidad, se puso pálido—, ¡eso no puede estar sucediendo! ¡Cómo se atrevió a golpearla y a encerrarla!

Gabriella respiró profundamente.

—Don Gaetano es un hombre enérgico. La fuerza y el miedo son su autoridad.

—Gracias por informarme de esto, Gabriella. —Saúl sintió que tenía que ir a buscarla.

—Ahora tengo que regresar a casa. Cuídate, Saúl.

—Adiós, Gabriella.

Saúl entró en su habitación y, sentándose frente al viejo escritorio de madera, abrió el sobre y leyó la carta de Ainara:

Amore mio, te pido que luego de leer mi carta mantengas la serenidad.

Alguien habló con mi padre antes de que el reverendo pudiera hacerlo. Él se opone a nuestro amor.

Pronto iré a Florencia, estaré interna en la universidad.

No hagas nada, por favor, de lo que luego podamos lamentarnos. Ahora más que nunca tenemos que guardar la calma y ser prudentes. Voy a estar bien, créelo. Mi amor por ti es más fuerte que cualquier adversidad. Nadie podrá, incluso mi propio padre, destruir algo tan bello que siento por ti.

Recuerda nuestra promesa, la que nos hicimos en el granero. Y ten por seguro que esté en donde esté siempre estarás a mi lado. Tus besos, tus caricias, tu aroma, tu amor lo llevo dentro mío, es la fuerza que poseo para sobrellevar este camino que mi padre me impuso.

Te amo con toda mi alma, amore mio.

Una hilera de lágrimas resbaló por sus mejillas.

Guardó la carta en el bolsillo de su camisa y, sin decirle siquiera al reverendo, salió del convento y se dirigió hacia la casa de Ainara.

Cruzó el jardín frontal y fue hasta la puerta de entrada.

Golpeó.

—Saúl, ¿qué le pasó a tu cara? —asombrada, preguntó Francesca en cuanto abrió la puerta.

—Buenas tardes, señora Francesca. Tuve un altercado hace algunas noches regresando al convento, no es nada de importancia. Doña Francesca, yo sé que Ainara no puede recibir visitas, Gabriella me comentó, pero necesito verla aunque sea por un momento, por favor.

Francesca miró a Saúl compasiva, y suspiró profundo.

—Pobre de mi niña, Saúl. Ellos se fueron hoy en la mañana a Florencia.

Saúl sintió desvanecer.

—¡No, dígame que eso no es cierto, por favor!

—Sí, Saúl, Gaetano no quiso esperar un día más y se la llevó para dejarla interna en el instituto. Me siento tan triste por mi Ainara, además de culpable por no haber hablado antes con él y contarle lo de ustedes. Quizá lo hubiese calmado y ahora mi hija no estaría sufriendo, estaría aquí con nosotros. Pasa adelante, por favor.

Saúl entró. Vivió un amargo sinsabor.

—No se sienta culpable, porque nada de esto es culpa suya. Soy yo el responsable por no haber hablado enseguida con su esposo.

Francesca sonrió con ironía.

—No, Saúl, hiciste lo correcto, créeme. Él se hubiese enfurecido más.

—Estuve con su esposo hace unos días en la alcaldía. Fui a buscarlo para confesarle mi amor por Ainara, pero él ya estaba al tanto de todo. Desconozco quién se lo informó. Pero ahora me doy cuenta de que quién lo hizo, lo hizo de la manera más despiadada para que su esposo tome esta decisión y hasta la haya agredido... Me rompe el corazón solo con pensar cómo pudo hacerlo y ahora ella estará desconsolada. ¿A cuál internado la llevó? Dígame, por favor, porque iré a buscarla.

—Al Instituto de Bellas Artes. —Francesca llamó a Alfonsina. Ésta vino enseguida.

—Dígame, señora Francesca. Buenas tardes, joven Saúl. —Alfonsina hizo un vívido gesto de sorpresa cuando miró las manchas oscuras en el rostro de Saúl.

—Tráenos algo de beber, por favor, y unas galletas también.

—Enseguida, doña Francesca.

—Como te iba diciendo, Ainara permanecerá interna en ese lugar hasta que culmine sus estudios.

Saúl no admitió enterarse de algo así. Serían tres o cuatro años que Ainara debería permanecer encerrada en ese frío lugar.

—Usted no puede permitir que la encierre por tanto tiempo. ¡Haga algo, por favor!

—Tú no conoces a mi esposo, Saúl. Sus órdenes deben cumplirse y yo no puedo hacer nada al respecto.

Saúl negó con la cabeza.

—¿Por qué lo hace, señora? No le siga el juego. Disculpe que me entrometa en su vida y en sus decisiones pero debería tener su propia autonomía. Don Gaetano no puede gobernar sobre sus sentimientos y desposeerla sin piedad de su paz interior.

Francesca se quedó mirándolo; en tanto que dejó escapar una lágrima.

—Sírvete, por favor —bajó la mirada y dijo cuando Alfonsina trajo la fuente con té de hojas de limón y galletas de avellana; las mismas que Ainara comió la noche que su padre la encerró en su habitación.

—Usted es un gran muchacho, joven Saúl —comentó Alfonsina—. Ahora entiendo por qué Ainara lo ama tanto.

Saúl levantó la mirada a Alfonsina, esbozó una suave pero distante sonrisa.

—Cuando vayas a buscarla, te pido que tengas cuidado, hijo, mi esposo advirtió a todo el personal que la tengan estrictamente vigilada. No soportaría que la cambien a otro internado, y que ni yo misma pueda saberlo.

—Pierda cuidado, doña Francesca, le prometo que seré muy precavido. Ahora debo retirarme —dijo levantándose—. Que tenga una buena tarde. Me despide de la señora Alfonsina, por favor.

—Te acompaño hasta la puerta.

33

SAÚL REGRESÓ ABATIDO A la parroquia. Nada sería igual sin ella. Ni siquiera las hojas secas de mil colores que miró que yacían en el piso desde el ventanal de su habitación con las cuales Ainara jugaba y las coleccionaba le parecieron que tenían encanto después de saber que ya no estaría más en el pueblo en donde se conocieron y consagraron su más ferviente amor.

Él sabía que debía ir lo antes posible a buscarla.

Fue hasta la mesita de noche y, sentándose sobre su cama, abrió el libro de medicina y sacó la azucena blanca. Cerró sus ojos y, mientras besaba sus pétalos resecos por el tiempo, repitió dentro de sí: ‹‹siempre estaré a tu lado, amor mío››.

Dejó la azucena junto al libro y salió de la habitación para ir a buscar al párroco.

—Padre Fortunato —llamó su atención en el momento en que lo encontró caminando por el pasillo—, lo estaba buscando.

—Dime, hijo, también necesitaba hablar contigo.

—¿Está al tanto de que don Gaetano llevó interna a Ainara a Florencia?

—Sí, Saúl, Francesca acaba de telefonearme contándomelo, además me dijo que estuviste en su casa.

—Fui a buscarla porque me hizo llegar una carta con Gabriella en donde me decía que su padre la llevaría a Florencia, pero cuando llegué ya se habían ido.

Fortunato posó su mano sobre su hombro:

—Ten fe, hijo. Jamás me imaginé que Gaetano actuara de esa manera.

Saúl asintió con la cabeza.

—¿Qué es de Filippo, padre?

—¿Por qué lo preguntas?

—Pienso que él es el responsable de esto.

—Lo mandé al pueblo en donde viven unos familiares. Fue preferible para que no hubiera problemas entre ustedes. ¿Y por qué piensas eso?

—La noche en que me atacaron regresaba de hablar con don Gaetano. Fui a confesarle mi amor por Ainara, pero él ya estaba al tanto de todo. ¡Y no sabe de qué manera, padre! Ofendió la memoria de mis padres.

—¿Acaso piensas que él le fue con el chisme a Gaetano?

—Lo doy por hecho, padre.

Fortunato gesticuló con la garganta.

—Es algo lógico, ¿de otra manera quién más?

—Padre Fortunato, mañana iré a primera hora a Florencia. Tengo que ver a Ainara y poder conversar aunque sea un momento por corto que este fuera con ella.

—Solo te pido que tengas cuidado. Gaetano tiene ojos por todos lados.

—Lo sé, padre. Además quiero pedirle que agilite mi emancipación de la iglesia, por favor.

—Lo haré, Saúl. Lleva un tiempo pero empezaré con el trámite mañana mismo.

—Gracias, padre Fortunato. —Saúl inhaló profundamente—. Sin más que decirle, me retiro a dormir. Mañana saldré al amanecer.

—Que Dios guíe tu camino, hijo —dijo el reverendo dándole una palmadita en el hombro.

34

SAÚL TOMÓ EL TREN que lo llevó a Florencia.

Fue al Instituto de Bellas Artes que se encontraba en la parte colonial de la ciudad.

Él estaba consciente de que no podía preguntar por ella a los guardias que controlaban la entrada porque ya se lo advirtieron tanto Fortunato como Francesca. Ainara tenía estricta orden de no recibir a nadie más que no fuera su padre.

El nombre de Saúl Márquez estaba registrado como persona indeseable, le estaba prohibida la entrada; así como tampoco podía tener acceso a los alrededores de la entidad.

Gaetano era un gran amigo del dueño, además de ser el director del instituto desde hacía años atrás. Colaboró con una buena cantidad de dinero para que se cumpliera a cabalidad con su ordenanza.

No estaba de más que Saúl tuviera cuidado extremo porque todo el personal que ahí trabajaba estaba sobre aviso.

Pero él fue astuto; burló la seguridad, entre comillas, ordenada por el respetado Gaetano D’Alfonso.

Antes de acercarse al instituto habló con un hombre que limpiaba las calles aledañas proponiéndole que le pagaría unas cuantas liras por dejarle usar sus atuendos de limpieza: su escoba y el carrito recolector de basura por unas cuantas horas; así Saúl no se delataría.

El hombre accedió sin inconveniente, de seguro le vendría bien un tiempo de descanso, además de tomarse un café por ahí.

Saúl vistió apresurado el mono de trabajo, usó un gorro de lana, gafas oscuras para ocultar los moretones que aún mostraban sus ojos y, haciendo rodar el carrito de tres ruedas, se apresuró hacia los exteriores contiguos al instituto.

Un guardia se encontraba resguardando la entrada de acceso. Saúl llevaba con él la tarjeta de información con los datos del hombre que hacía la limpieza. La fotografía se encontraba en mal estado por el paso del tiempo, apenas podían distinguirse los rasgos de su rostro.

Saúl se detuvo frente a la puerta y saludó con el guardia:

—Buenos días, vengo a hacer la limpieza.

El guardia le echó un breve vistazo, ni siquiera le preguntó por la identificación y abrió el portón. Seguramente aquel hombre iba seguido.

—Siga, por favor.

Saúl entró nervioso. Lentamente se dispuso a barrer las aceras que conducían a la puerta principal. Miró a través de los grandes ventanales si Ainara estuviera por ahí. Terminó de asear ese lugar y avanzó con el carrito por los patios internos. El instituto era lo bastante grande, Ainara podría estar por cualquier parte, pero él la conocía mejor que nadie. A ella le gustaba pasear por los jardines y se distraía recogiendo las hojas que el viento de otoño azotaba.

Saúl no se equivocó.

Ainara paseaba distraída por entre los extensos jardines. Sus bellos rizos dorados no se balanceaban libres como a menudo solía llevarlos; en aquella ocasión los tenía cautivos en una larga trenza. Se detuvo junto a una banqueta de piedra y se sentó. Saúl estuvo lo bastante cerca para mirar cómo sus bellos ojos, tan azules como un cielo de primavera se perdían en algún punto a la distancia.

Suspiró, la tristeza en su mirada perforó su alma.

Saúl avanzó con el coche hasta donde ella y se detuvo.

—No se moleste, señor, no tengo basura para entregarle —dijo Ainara. Apenas y alzó a mirarlo. Saúl pudo notar que sus ojos no resplandecían como antes; estaban apagados.

—Jamás te dejaré sola, amor mío.

Ainara levantó a mirarlo, incrédula.

—¿Saúl?

—Estoy aquí, cariño mío, fue la manera que encontré para verte sin que nadie sospechara.

—¡Dios mío, no te reconocí! —Los ojos de Ainara recobraron su luz.

—Pedí a un buen hombre que me prestara sus implementos de limpieza. Pienso que no levanté sospecha. —Por un momento, Saúl deseó tomarla de las manos, pero estaba consciente de que no debía hacerlo. Tuvo suerte de llegar hasta allí sin ser sorprendido y estar junto a ella—. Se fuerte, amor mío, te aseguro que buscaré la manera para seguir viéndonos. A mi regreso a Valserra me deslindaré por completo de la iglesia y enseguida me mudaré aquí para estar cerca de ti.

Ainara esbozó una suave sonrisa.

—¡Saúl, *amore mío*, quiero abrazarte pero no puedo! Mi padre pagó para que me vigilaran.

Saúl dio un largo suspiro.

—Lo sé, y no voy a arriesgarte.

Ainara echó un vistazo de cada lado. Inclinó la cabeza y se retiró del cuello la cadena con las letras de su nombre que siempre llevaba con ella.

—Toma —dijo entregándosela—. Guárdala contigo.

Saúl sonrió. Tomó el colgante, y en un instante acarició su mano.

—Lo tendré siempre suspendido en mi pecho. Tengo algo para ti. —Saúl le pasó discretamente un pequeño sobre.

Ainara lo guardó con prisas dentro del bolsillo de su abrigo.

—Lo leeré cuando esté en mi habitación.

—Ahora debo irme —dijo Saúl—. Pero te prometo que tan pronto como sea un hombre libre regresaré y me quedaré cerca de ti. Quiero que tú me prometas que estarás bien.

—Sabiendo que estarás cerca mío, mis días en este frío lugar serán llevaderos. Vete de una vez antes de que alguien vaya a sospechar viéndonos conversar.

—Te amo, mi bella Ainara.

—Y yo a ti, Saúl, con toda mi alma. Cuídate, *amore mio*.

Saúl sujetó el coche de limpieza y lo rodó por las callejuelas del jardín. Regresó a mirar a Ainara. Ella continuaba sentada sobre la banqueta mirándolo marcharse. Pudo ver que sus dulces labios rojos esbozaron una suave sonrisa. La guardó en lo más recóndito de su ser y continuó rodando el coche por los caminos que circunvalaban los patios hasta llegar a los portones. Se despidió del guardia y salió del instituto.

Ainara permaneció en medio del jardín hasta que Saúl desapareció de su vista.

Creyó haber vivido un sueño. Nunca imaginó que Saúl se ingeniaría con tanta astucia para ingresar a las instalaciones y, así, por contados minutos que estos fueran, poder conversar con ella.

Para suerte de ambos nadie los descubrió. Ainara dejó escapar una risita recordando lo gracioso que se miraba vistiendo de barrendero.

Con su alma en paz se levantó y se encaminó hacia su habitación.

Sacó la carta del bolsillo de su abrigo y, sentándose sobre la cama, se dispuso a leerla:

Mi dulce Ainara, qué difícil me resulta no poder mirar tu sonrisa, el resplandor de tus ojos que iluminan mi alma. El tiempo se detuvo desde tu partida a Florencia, pero ten la seguridad de que a pesar de que nuestros cuerpos no estén juntos mi ser estará siempre contigo.

Sé perfectamente que tu padre se esforzó por alertar a todo el personal en mi contra, y que ha dispuesto seguridad extrema. Pero alguna forma encontraremos para estar en comunicación.

Me es difícil decirlo porque no está en mis principios, pero te aseguro que burlaré sus absurdas medidas.

Haré hasta lo imposible para estar juntos nuevamente.

Te amo, amor mío.

Ainara acercó la carta a sus labios y, en un profundo suspiro, besó cada palabra ahí escrita.

‹‹Yo también te amo, *amore mio,* y haré todo por estar contigo... Así me cueste renunciar a mi padre››.

35

DESDE EL DÍA EN que Ainara llegó al instituto empezó un mundo diferente para ella.

La prepotencia de su padre no tuvo límites. No solamente ordenó que su hija no recibiera correspondencia alguna, también dio la orden de que Ainara no saliera del instituto.

Él fue muy claro: no podía entrar ni salir nada sin antes llevar una rigurosa inspección; así fuese de o para la madre de Ainara hasta una segunda orden.

Ainara conoció a dos compañeras en el instituto, a Marcella y a Nicola, con quienes compartía en los momentos libres, pero asimismo una de ellas no le inspiraba confianza.

La mayor parte de su tiempo lo dedicó a estudiar; al menos la pintura y la escultura eran su pasión, y en ello encontró la paz que tanto necesitaba y sus días empezaron a teñirse de alegría.

Ainara tuvo más empatía con la persona que trabajaba en la cocina, Patrizia. Ella era una mujer joven, sencilla, casada y con dos hijos. Con Patrizia frecuentó más que con sus dos compañeras de aula.

Todos los días, después de clases, Ainara iba a la cocina y colaboraba con el personal; ellos a su vez disfrutaban de su compañía.

Fue ahí, en las cocinas del instituto, en donde Ainara aprendió bases de gastronomía, y sobre todo aprendió a hornear pasteles y galletas como tanto le gustaba.

Llegó a tener tanta confianza con Patrizia que vio en ella la oportunidad para burlar el mandato de su padre; tal y como Saúl le sugirió en la carta.

—¡Señorita Ainara! —saludaron los cocineros cuando la miraron entrar en la cocina.

Ainara les devolvió una amplia sonrisa.

—Buenas tardes a todos. ¿Horneamos galletas hoy?

—Sí, señorita Ainara —enseguida respondió Patrizia—. Hoy le enseñaré también cómo hacer pan navideño. Se aproximan las fiestas y créame que es muy fácil. Lleva tiempo pero es sencillo.

Ainara sonrió mientras se colocaba el delantal.

—Me encantaría aprender a hacerlo, en casa mi nana siempre lo prepara y créeme que jamás se me cruzó por la cabeza pedirle que me enseñara.

El resto de los cocineros rieron entre sí.

—La señorita Ainara está muy afanada... ¿Será que quiere sorprender a alguien? —dijo uno de ellos.

—El arte de la cocina se ha vuelto divertido para mí —respondió girándose hacia los cocineros.

—No se me distraiga, señorita, y preste atención —dijo Patrizia.

Ainara y Patrizia amasaron una bola grande de harina previamente emulsionada con los ingredientes necesarios para elaborar el Panettone Navideño.

—Patrizia —dijo Ainara mientras le echaba pedazos de naranja caramelizada, nueces trituradas y lascas de almendra a su mezcla—, ¿puedo contar con tu ayuda para algo muy importante que lo vengo pensando día tras día?

Patrizia continuó amasando.

—Si está en mis manos hacerlo, encantada, señorita Ainara.

Ainara se acercó más hacia Patrizia para que no pudieran escucharla.

—Mira, yo sé que esto te sonará delicado, pero solo cuento con tu apoyo. Por favor, ayúdame.

Patrizia dejó de amasar y se volvió enseguida hacia Ainara.

—Dígame, señorita Ainara, ¿qué es eso tan delicado que quiere pedirme que haga por usted?

—Necesito hacerle llegar por medio de ti una carta a mi amiga.

Patrizia hizo un gesto con los ojos.

—Señorita...

—Yo sé que mi padre les tiene atemorizados, pero te juro que no se dará cuenta.

Patrizia inhaló profundo.

—A una amiga de su pueblo, ¿dice?

—Sí, pero te suplico que esto quede únicamente entre las dos. Confío en ti.

—¿Cómo haríamos para que nadie sospeche?

Ainara haló a Patrizia por el brazo con ella hasta un extremo de la cocina.

—Mira, yo te entrego la carta y tú la envías a mi amiga con el remitente a tu nombre. De igual manera, desde mi pueblo llegará a tu nombre correspondencia. Seremos muy cautelosas para no levantar sospecha... ¿Lo harás?

—Déjeme pensar, señorita Ainara.

—Por favor. —Ainara la miró suplicante a los ojos—. Esto es muy importante para mí. No te tardes demasiado en darme una respuesta.

Patrizia respiró profundamente.

—Yo la entiendo. Déjeme pensarlo.

—Gracias, Patrizia. Y ahora continuemos con el pan porque acechan los curiosos.

Ainara hacía la fila del mediodía con una fuente en sus manos para recoger el almuerzo que Patrizia, junto con otros empleados de la cocina, servían a los estudiantes.

Había pasado más de una semana desde que habló con ella y aún no le daba una respuesta; le desesperaba porque no sabía nada de Saúl, ni él de ella.

Si Patrizia aceptara enviar y recibir correspondencia usando su nombre todo cambiaría, pensó Ainara.

Era su consuelo.

Llegó el turno de que Patrizia le sirviera el almuerzo.

—Páseme la carta a la hora de la cena, señorita Ainara —dijo en voz baja mientras colocaba su ración de espagueti con bolitas de carne en el plato.

Ainara sonrió. Fue la manera que encontró para hacerle saber que así lo haría, y fue a sentarse a una de las mesas frente a la vidriera que daba a uno de los patios internos.

Qué alegría y tranquilidad sintió que al fin Patrizia accediera a hacerlo.

Nadie, ni siquiera la prepotencia de su padre impediría que continuara en contacto con Saúl.

Comió apresurada para regresar a su habitación y escribirle.

Esa tarde podía tomarla para ella porque no tenía clases durante el horario vespertino.

Las fiestas Navideñas estaban a un paso y en pocos días entrarían en tiempo de exámenes.

Dejó la fuente junto a otras que estaban sobre el carrito de desechos y se apresuró en llegar a su habitación.

Se sentó frente a su escritorio y plasmó sobre el papel previamente perfumado con su aroma lo que su tierno corazón imponía. Dobló la carta en tres partes y la guardó dentro de un pequeño sobre.

La ocultó debajo de la manga de su abrigo de lana y bajó al comedor a la hora de la cena para dársela a Patrizia.

Cenó como de costumbre, pero antes de regresar a su habitación deslizó la carta por su muñeca y la llevó escondida debajo del platillo del postre para pedirle a Patrizia por otra ración del bizcochuelo de manzana y nuez.

—¿Desea más bizcocho, señorita Ainara? —preguntó ella al verla con el platillo en la mano.

—Sí, por favor. Está tan rico que me lo llevaré a la habitación. —Ainara le guiñó un ojo y le pasó el platillo. Patrizia enseguida cayó en la cuenta del bulto debajo de él y, con cuidado, deslizó el sobre dentro del bolsillo de su delantal. Tomó de la repostera un pedazo generoso de bizcocho y se lo dio. Ainara sonrió—. Gracias, Patrizia, que tengas una linda noche.

36

DESPUÉS DE VARIAS SEMANAS de angustia sin noticias de Ainara, Gabriella fue a la parroquia, traía la carta que Saúl tanto ansiaba.

Él, en ese momento, se encontraba sentado frente a su escritorio de madera: estudiaba su libro de medicina.

—Saúl, Saúl...

Saúl levantó la mirada de las páginas del libro cuando escuchó que Gabriella lo llamaba por su nombre. Ella, emocionada, entró en su habitación, la puerta estaba abierta.

Saúl se levantó de inmediato.

—Hola, Gabriella, ¿qué te trae por aquí tan exaltada?

Gabriella apenas pudo contener el aire.

—Traigo noticias de Ainara. —Sacó del bolsillo de su abrigo el sobre y se lo entregó.

Los ojos de Saúl resplandecieron.

—¡Qué gran sorpresa, Gabriella! ¿Cómo logró hacerlo?

—Léelo por ti mismo y me cuentas. Y yo me voy porque salí de casa sin que nadie lo sepa.

—Gracias por hacérmela llegar, Gabriella. No imaginas la felicidad que siento.

—Lo sé, Saúl. Adiós, adiós, me voy de una buena vez. —Levantó su mano en ademán de despedida en cuanto cruzaba el umbral de la puerta.

Saúl se acomodó nuevamente en la silla de madera frente a su escritorio e impaciente de emoción abrió el pequeño sobre que tenía como remitente el nombre de Patrizia Baroni y, al desplegar el liso papel, afloró ante sus sentidos un dulce aroma floral y frutal.

Atrajo la carta hacia él y, en un profundo suspiro, rememoró el olor de su cuerpo.

Ainara le alentó con palabras de amor, le suplicó que fuera paciente, le tranquilizó diciéndole que sus días en ese lugar recuperaban su alegría. Puso a su conocimiento que una amiga que

trabajaba en la cocina era quien se ofreció para ayudarlos a mantenerse comunicados. Asimismo le hizo saber que él debería contestar a todas sus cartas bajo el nombre de Gabriella y enviárselas a Patrizia Baroni.

Terminó de leer la carta y, con una suave sonrisa dibujada en sus labios, cerró los ojos y besó sus letras.

De pronto, salió de su apacible paz al escuchar la voz ronca y autoritaria de Gaetano entrar vociferando en su habitación. Saúl abrió la gaveta e inmediatamente escondió la carta.

El padre Fortunato se apresuró detrás del alcalde.

—¡Vengo a advertirte, blasfemo, que no harás nada por tratar de buscar a mi hija! Supe que tomaste el tren y fuiste a Florencia.

—Gaetano, por favor, esta no es la manera...

Gaetano se giró, impulsivo, hacia el reverendo:

—Te pido que no interfieras, Fortunato.

Saúl enseguida se puso en pie.

—Con todo respeto, señor, usted no puede invadir mi privacidad y venir a advertirme nada.

La mirada del alcalde denotó ira y frialdad.

—¡Soy la autoridad en este pueblo! ¡Basta una orden mía y haré añicos de ti!

Fortunato tomó a Gaetano por el hombro, tratando de controlarlo:

—Por favor, Gaetano, ya es suficiente.

—¡Aléjate, Fortunato, que para ti también caerá la fuerza de la ley!

—Padre Fortunato —dijo Saúl—, le pido que nos deje solos, por favor. Usted no está en edad para agitarse de esta manera. Recuerde cuidar su salud. —Fortunato asintió con la cabeza, se dio media vuelta y salió de la habitación. Entretanto, Saúl continuó: —Desahogue su ira contra mí, don Gaetano, pero no le permito que involucre en esto al reverendo.

Gaetano sujetó la mirada de Saúl con desprecio.

—Ainara está muy lejos de aquí, y tú lo que deberías hacer es largarte, de ser posible irte lejos de Italia. Donato y ella se casarán. ¡Olvídate de mi hija si no quieres que tome medidas en tu contra!

Saúl se humedeció los labios y negó con la cabeza.

—No, don Gaetano, jamás me olvidaré de Ainara porque yo la amo. Se lo dije una vez y se lo seguiré repitiendo.

El brillo en los ojos del alcalde cobró un matiz oscuro; al igual que su alma.

—¡Eres un insolente sacrílego!

Saúl no tomó interés de su ofensa.

—Pronto me deslindaré por completo de la iglesia. Y juro por la memoria de mis padres —advirtió clavando su mirada en aquella mirada insensible—, que buscaré a Ainara de donde quiera que esté y me la llevaré conmigo para hacer una vida juntos fuera de su presencia. Ella no ama a Donato, me ama a mí. Usted no tiene el derecho ni la autoridad de acabar con su vida.

Gaetano estuvo a punto de abofetearlo, pero Saúl, descargando una avalancha de energía en su sombrío mirar, contuvo a tiempo su mano y lanzó contra él:

—¡No lo haga, don Gaetano, así como tampoco le vuelve a poner una mano encima a Ainara!

Los ojos de Gaetano lanzaron veneno.

—¡Mal nacido, no sabes con quién te has metido!

Saúl sujetó con mayor fuerza su mirada.

—No le tengo miedo, don Gaetano.

Gaetano sonrió con desprecio.

—A partir de hoy deberías tenerlo... ¡Te haré temblar! Suplicarás compasión ante mis pies. ¡Escúchame bien, jovencito altanero, esta es mi primera y única advertencia! Aléjate para siempre de mi hija y no vuelvas a entrometer tus narices en su vida si no quieres salir perjudicado.

—Salga de mi habitación, por favor, don Gaetano.

—Estás sobre aviso.

Saúl lo miró marcharse.

‹‹ ¿Por qué tanto odio? ››, se preguntó a sí mismo.

Saúl jamás dejaría sola a Ainara en manos de esos dos hombres que únicamente buscaban su propia conveniencia. ¿Cómo un padre podía ser tan cruel?

37

AINARA PASEABA CON MARCELLA y con Nicola por los jardines del instituto luego de que acabara su clase de pintura. Ambas eran dos amigas de la infancia que venían desde Nápoles; conocían muy poco del pequeño pueblo de Valserra.

—Cuéntanos más sobre tu pueblo —dijo Nicola.

Ainara se enrolló la bufanda alrededor del cuello y, mientras continuaban con la apacible caminata por los senderos que bordeaban el jardín, comentó:

—Nací allí. Es un lugar hogareño, tranquilo.

—Sé que hace bastante frío en invierno. ¿Acaso no es aburrido? —preguntó Nicola.

Ainara echó a reír.

—No, para nada. Hay tantas cosas por hacer que lo disfruto. Mi familia junto con la de mi amiga, Gabriella, solíamos ir a esquiar en las montañas. Luego llega la primavera, es hermoso ver cómo todo renace y florece. En verano disfrutamos de los lagos, de los ríos, y hacer largas caminatas. Y el otoño, ¡adoro el otoño! Se siente una completa paz.

—No sé si yo podría vivir en un lugar tan tranquilo —comentó Marcella—. Amo el bullicio de las ciudades grandes.

Nicola se colocó frente a Ainara y preguntó:

—Y en cuanto al amor, ¿te has enamorado alguna vez?

Ainara dio un hondo suspiro; sus labios esbozaron una sonrisa calma.

—Claro que sí, estoy profundamente enamorada.

—Cuéntanos sobre él —se apresuró a decir Nicola.

Ainara hizo un ligero movimiento con la cabeza, negando.

—No puedo hablar de él por ahora.

—Y eso ¿por qué? —se adelantó en cuestionar Marcella.

Ainara no quiso entrar en mayores detalles.

—Dejémoslo así por ahora —les dijo.

De pronto, uno de los guardias que mantenía el orden en el instituto vino hacia donde ellas.

—Señorita Ainara, tiene visita.

—¿Visita? —Ainara negó con la cabeza. Ella sabía que no estaba autorizada para recibir visitas de nadie por orden de su padre—. No creo que sea para mí, seguramente se equivocó de persona.

—No, señorita, tengo aquí registrado que el señor Donato Carusso la espera en el salón de visitantes. Léalo por usted misma. —El hombre le acercó la cartilla y, en efecto, Ainara miró su rúbrica.

—Gracias, enseguida iré.

—¿Es tu novio? —preguntó Nicola.

Ainara no tuvo deseos de responder; la visita de Donato le sorprendió y fastidió a la vez.

—No, es solo un amigo de la infancia —contestó—. Iré a ver qué quiere.

Ambas se miraron entre sí y fueron detrás de Ainara.

—Nosotras nos mantendremos a una distancia considerable. Tan solo queremos conocerlo.

—Hagan lo que deseen. ‹‹Obvio que a él si le permiten verme››, renegó para sí mientras se dirigía al edificio.

Donato esperaba por ella en la sala de visitas parado a un costado del ventanal que daba hacia los jardines internos del instituto. De seguro que la estuvo mirando desde ahí, pensó Ainara.

—¡Ainara! —exclamó Donato apenas ella entró y trató de abrazarla, pero Ainara le cortó:

—¿A qué vienes?

—No seas tan esquiva —dijo sonriendo con su típica forma irónica de hacerlo—. Estuve tan preocupado sin saber nada de ti... Te extrañé.

Ainara le clavó la mirada.

—¡Contesta a mi pregunta!

Donato dio un paso adelante, colocándose más cerca de ella. Por un momento trató de tomarla de las manos, pero Ainara, devolviéndole una mirada repulsiva se las apartó de inmediato.

Donato sostuvo con energía su mirada:

—Soy el único a quien tu padre autoriza que te visite, deberías estar agradecida. ¿En qué te afecta?

Ainara sonrió con ironía.

—Me lo imaginé... Claro, entre mi padre y tú se han puesto de acuerdo en todo. ¡Ve y dile que no me interesa su compasión! Y tú no vuelvas por aquí porque tampoco me interesa verte... ¡Eso

también puedes decírselo! Que tengas una buena tarde, Donato. —Ainara se dio media vuelta y, en cuanto trató de marcharse, Donato la sujetó por el brazo y espetó contra ella:

—Deja de ser soberbia, tu padre tan solo busca tu seguridad.

Ainara se giró hacia él, respirando profundamente para contenerse y no estamparle ahí mismo un par de cachetadas... ganas le sobraban.

—¿Encerrándome aquí? ¡Y no vuelvas a ponerme una mano encima!

—¿Qué te pasa, Ainara, yo qué te he hecho...? ¿Enamorarme de ti? ¿Por qué te pones en mi contra? Únicamente quise verte, saber cómo estás. Pero está bien, si no toleras mi compañía entonces me iré. Quizá para una próxima vez estés más tranquila y podamos conversar. Pero sobre todo espero que te des cuenta de que yo no tengo nada que ver en las decisiones que toma tu padre.

Ainara lo miró impasible.

—Adiós, Donato. —Se dio media vuelta y salió del salón.

Marcella y Nicola le dieron el encuentro tan pronto como Ainara atravesó el umbral de la puerta.

—¡Vaya, Ainara, qué guapo es tu amigo! —comentó Marcella.

Ainara no le prestó atención y continuó por los corredores del instituto. Sus amigas continuaron detrás de ella.

—¿Pero por qué discutían? Pudimos notarlo —preguntó Nicola.

—Es un arrogante. ¡Y no quiero hablar sobre él! —dijo volviéndose hacia ellas—. Voy a mi habitación a descansar y les recomiendo que ustedes hagan lo mismo. Nos veremos mañana en clases. Que tengan una buena noche.

Ainara abrió furiosa la puerta de su habitación, ellas ocupaban la recámara contigua a la suya. Cuando entró notó que había un sobre en el piso. Cerró la puerta y enseguida se inclinó a recogerlo. El sobre estaba en blanco, únicamente se leían las iniciales ‘PB’ en la parte delantera del doblez.

Ainara sonrió, sabía que dentro de él había una carta de Saúl.

Se sentó en el borde de su cama y, emocionada, lo abrió impaciente y empezó a leer la carta:

Amor mío, no podía esperar un día más para decirte que al fin soy un hombre libre.

El padre Fortunato agilitó el proceso y ahora estoy completamente deslindado de la iglesia.

Ainara dejó por un momento de lado la carta. Su alegría porque Saúl no viviría nunca más subordinado a la iglesia hizo que su corazón se estremeciera y danzara de gozo.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó con la mirada perdida en los renglones. Se limpió las lágrimas de sus ojos y continuó leyendo:

No imaginas lo feliz que me sentí cuando Gabriella me entregó tu carta, y más aún sabiendo que Patrizia nos ayudará. Dile que le estaré eternamente agradecido.

Todas las noches antes de dormir la leo una y otra vez y dejo que tu dulce aroma invada mis sentidos. Ansío tanto estar a tu lado, besar tus labios, abrazarte fuerte y repetirte hasta el cansancio que mi mundo eres tú, que tu alma la tengo tatuada en mi pecho.

Pronto será una realidad porque me mudaré a Florencia.

No soporto un día más sin ti. Buscaremos la manera, amor mío, para estar juntos y nadie podrá separarnos.

Te amo por siempre.

Saúl.

—Patrizia, necesito que nos ayudes, por favor.

—¿Qué le urge ahora, señorita Ainara?

—Ven conmigo —dijo encaminándola hasta los jardines del instituto—. Es la hora de descanso, no tienen por qué llamarte la atención.

—Dígame, señorita, ahora que estamos lejos de miradas indiscretas.

—Patrizia, Saúl se mudará a Florencia y necesito más que nunca verme a solas con él. ¿Nos ayudarías con eso?

Patrizia inhaló profundamente; luego asintió con la cabeza.

—Si ustedes verdaderamente se aman por supuesto que los ayudaré. Buscaré la manera, confíe en mí.

Ainara se abalanzó a abrazarla.

—¡Gracias, Patrizia, te estaremos por siempre agradecidos!

—¡Ay, señorita Ainara! —exclamó Patrizia apartándose al momento de su lado—. Le agradezco su afecto, pero le suplico que sea más cautelosa. Podrían desconfiar... Su padre fue muy claro.

—Tienes razón, tampoco quiero perjudicarte. Entonces, ¿cómo lo haremos?

—Pensaré en un lugar seguro, tiene que ser en el instituto. Apenas tenga uno en mente yo le haré saber para que le diga al joven Saúl.

Ainara quiso volver a abrazarla pero se controló.

—Gracias nuevamente. ¡Cuánta felicidad invade mi alma!

—Lo imagino, señorita. Con su permiso —dijo levantándose—, debo retirarme a la cocina.

Ainara sonrió.

—Ve, Patrizia. Estaré pendiente.

Ainara se dispuso a regresar a su habitación para escribirle de inmediato a Saúl y contarle que Patrizia los ayudaría, pero antes se detuvo en la cafetería para servirse un té de manzanos y canela; como tanto le gustaba, acompañado por una generosa ración de bizcocho de nuez.

Patrizia llevó la fuente hasta la mesa en donde Ainara se encontraba sentada.

—Sírvase su té y el bizcochuelo, señorita —dijo colocando la fuente sobre la mesa—. Venga hoy en la tarde después de clases para enseñarle a preparar galletas de jengibre. —Patrizia miró discretamente de cada lado y luego le dijo en voz baja: —sé de un lugar.

Ainara asintió con la cabeza.

—Iré a las cinco.

38

AINARA FUE A ENCONTRARSE con Patrizia en la cocina a las cinco de la tarde como habían quedado.

Enseñarle a preparar galletas de jengibre fue el pretexto para hacerle saber dónde podían encontrarse con Saúl.

Cuando Ainara llegó, Patrizia le comentó discretamente que ella disponía de las llaves del cuarto de planchado en donde guardaban la mantelería y ropa de cama del instituto, además de las llaves de la puerta trasera que daba a un bosque abandonado.

—Le pido que tenga muchísimo cuidado, señorita. Que nadie los mire porque únicamente soy yo la responsable de estas llaves. El cuarto está detrás de la lavandería. Usualmente muy poco personal camina por ahí. Pasadas las siete de la noche le aseguro que no habrá nadie.

—No te preocupes, Patrizia, te agradezco enormemente. El día en que Saúl llegue a Florencia te haré saber para que me des las llaves. Ahora iré a decírselo. Gracias nuevamente.

—Hasta mañana, señorita.

Ainara fue a su habitación y le escribió a Saúl contándole que todo estaba listo para verse y estar juntos para cuando él llegara a Florencia, y que lo esperaba a las ocho de la noche en la puerta trasera que daba al callejón sin salida del instituto.

Gabriella fue nuevamente a la parroquia para entregarle a Saúl la carta de Ainara.

Saúl y el padre Fortunato conversaban sentados a la mesa en el comedor.

Y, por supuesto, al párroco no podía faltarle su copita de *limoncello* con uno o dos cubitos de hielo.

Gabriella saludó mirándolos indistintamente a ambos:

—Padre Fortunato, buenos días. Hola, Saúl.

—Buenos días, hija, ¿qué te trae hoy por aquí? —contestó el reverendo.

—Eh... vine buscando a Saúl, padre.

Saúl enseguida abrió sus ojazos verdes.

—¿Traes noticias de Ainara?

Gabriella se quedó paralizada sin saber qué responder, por lo que enseguida el reverendo se adelantó diciendo:

—No te preocupes, hija, porque estoy al tanto de todo. Saúl no guarda secretos para mí.

Gabriella no dejó pasar por alto su tranquilidad... Respiró profundamente, colocándose la mano sobre el pecho.

—Ay, padre, disculpe usted, pero pensé que no sabía nada. —Sacó la carta de su diminuta cartera que traía cruzada por el pecho y enseguida se la dio a Saúl—. Llegó esto para ti hace tan solo un momento.

Saúl tomó la carta entre sus manos, no pudo contener su alegría, por lo que sus labios dejaron escapar una amplia sonrisa.

—Gracias, Gabriella. Les pido me disculpen, voy al jardín un momento.

—Ve, hijo, ve, lee con tranquilidad que Gabriella y yo esperaremos aquí mientras le ofrezco un jugo y un platillo con galletas. ¿Supongo que te quedarás un momento?

—Por supuesto, padre Fortunato.

Mientras tanto, Saúl salió al jardín de las higueras para leer en privado.

Tan pronto como terminó fue a su habitación y respondió de inmediato a la carta de Ainara.

Luego regresó al comedor para dársela a Gabriella antes de que se fuera a su casa.

—Qué bueno que sigas aquí, Gabriella. ¿Podrías hacerle llegar esta carta a Ainara lo antes posible? —Saúl le entregó el sobre.

—Por supuesto, Saúl, hoy mismo paso por la oficina de correos y se la envío. Gracias, padre Fortunato por el jugo y las galletas, estuvieron deliciosas. —Gabriella se puso en pie—. Que tenga un lindo día. Adiós, Saúl.

Saúl se despidió de ella con una sonrisa.

—Ve con Dios, hija —dijo Fortunato.

—Padre —dijo Saúl volviéndose a sentar frente al párroco—, ahora que soy un hombre libre quiero decirle que en tres días me iré a Florencia. Buscaré un lugar pequeño en donde vivir mientras consigo empleo. Aún dispongo de los ahorros que dejaron mis padres.

—Te voy a echar de menos, muchacho.

—Y yo a usted.

—Bueno, quédate tranquilo porque hoy mismo telefonearé a un viejo amigo que tengo en Florencia para que te alquile un cuarto en su casa. Así estarás sosegado y te será más fácil buscar empleo. Ellos son buenas personas, además que te favorecerá porque la casa está cerca del instituto en donde Ainara estudia. Sé que estos amigos míos viven en el centro de la ciudad.

—Gracias, padre, usted siempre está tan preocupado.

—No voy a dejarte desamparado, eres como un hijo para mí, Saúl. Pero debo decirte que si te vas en tres días como dices, no estará listo un documento que debes firmar.

—No se preocupe, padre, que yo regresaré lo más pronto a firmarlo, pierda cuidado.

—Bien, si es así, no hay más qué decir. Te deseo toda la suerte en tu nueva vida. Y ahora dispongámonos a almorzar porque no tarda en aparecer Celestina.

Saúl sonrió, Fortunato siempre estaba muy bien dispuesto a la hora de comer.

39

SAÚL ESTUVO EN EL lugar que Ainara le indicó, y a la hora señalada.

Al fin estarían juntos sin miedo a ser descubiertos.

Ainara abrió la puerta trasera del instituto pasados apenas tres minutos de las ocho de la noche.

—¡Saúl, *amore mio*! —Ambos se abrazaron en un abrazo apasionado.

—¿Estás segura de que nadie te miró salir? —preguntó él.

—No, *amore*, tuve bastante cuidado en hacerlo. Seguí las indicaciones tal y como me indicó Patrizia. Ven —dijo tomando de su mano—, no es prudente que nos quedemos aquí. El cuarto de planchado está cerca, detrás de la lavandería.

Saúl deseó continuar abrazado de ella, pero en realidad no podían permanecer en ese lugar por más tiempo. Se dirigieron en silencio hacia la pequeña habitación.

Ainara la abrió sin dificultad y entraron. Encendió la luz de una lamparilla que había sobre un mueble junto a las mantas de cama.

Así le indicó Patrizia, dijo a Saúl.

—¿Cómo están el padre Fortunato y Gabriella? —preguntó Ainara.

—Ellos están muy bien. El padre Fortunato me ayudó pidiendo a un amigo suyo que me hospedara en su casa.

—¿De veras? —Los ojos azules de Ainara brillaron.

—Si, amor mío. —Saúl la tomó de las manos—. Hoy los conocí, es una pareja mayor. Lucen ser muy buenas personas.

—Cuánto me alegra que estés amparado en ese lugar. El padre Fortunato es tan servicial. ¿Has visto a mamá? —Saúl negó con la cabeza—. No sé nada de ella. La extraño tanto, al igual que a Alfonsina. —Ainara lo miró con ternura y acarició su rostro—. Es bueno que estés aquí conmigo, no imaginas cómo te he extrañado. Mi consuelo han sido tus cartas.

Saúl besó sus manos.

—Y el mío. Pero ahora estaré cerca de ti, no te abandonaré jamás.

Ainara sostuvo con una dulce sonrisa su mirada.

—Este encierro un día tiene que acabar, mi padre no puede castigarme por más tiempo. ¡Se ensañó tanto conmigo!

Saúl respiró profundamente.

—Tu padre es un hombre de cuidado. Pero llegará el día en que se dé cuenta del mal que te está haciendo.

—Él jamás fue así con Romina.

Saúl la abrazó.

—No hablemos más de eso, amor mío, no quiero que te pongas triste.

—Contigo a mi lado no podría. ¿Vendrás mañana también?

—Quizá mañana no podré hacerlo porque debo volver en el primer tren a Valserra.

—¿Y eso por qué?

—Debo firmar un documento que quedó pendiente antes de venir. Quiero hacerlo de una vez, así quedaré desentendido de la iglesia.

Ainara se abrazó fuerte a su cintura, recostando su rostro sobre su pecho.

—Ve entonces, *amore mio*, yo te estaré esperando cada noche en este lugar.

Saúl la tomó por la quijada, haciendo que levantara el rostro. La miró tiernamente y fijó sus ojos en sus labios... los besó con delirio.

Sus manos hurgaron el uno al otro.

—¡Cuando me tocas no quiero que te detengas...! —exclamó Ainara inmersa en un profundo suspiro, permitiendo que sus manos largas y suaves recorrieran los confines de su delicado cuerpo.

Entre besos y caricias se despojaron de sus prendas y, embriagados de infinita pasión que otros llamaron pecado, unieron sus cuerpos en un solo abrazo...

40

AINARA REGRESÓ AL AMANECER a su habitación. Cerró la puerta y se quedó profundamente dormida.

—¡Ainara, despierta, date prisa, por favor! —De un sobresalto abrió los ojos cuando escuchó la voz de Nicola que insistía golpeando a su puerta. Se levantó y fue a abrirla.

—¿Qué sucede?

Nicola aún tenía sus pijamas puestas.

—Ainara, ¡pasó algo muy grave!

Ainara tembló por un momento.

—¿Qué sucedió? —preguntó con un hilo de voz.

Anoche no pude evitarlo. Traté de advertirte pero ya te habías ido. Marcella te escuchó salir y fue detrás de ti.

La tez de Ainara empalideció.

—¿Cómo dices?

—Sí, Ainara, ella los vio, y en este preciso momento fue a decírselo al rector.

—¡No, no, no, no puede ser, mi padre lo sabrá de inmediato! ¿Qué voy a hacer? —Ainara sintió desmayar.

Nicola la miró mortificada.

—Quise decírtelo pero no alcancé a llegar a tiempo.

Ainara se sentó al filo de su cama, angustiada.

—No te inquietes, Nicola. En todo caso te agradezco por avisarme. Pero ¿por qué Marcella hizo algo así? No la entiendo, se supone que somos amigas.

—Créeme que tampoco lo entiendo. Le pedí que no lo hiciera pero no me hizo caso. Debes pensar en algo urgente.

Ainara, tomándose con ambas manos por el rostro, echó a llorar.

—¡Saúl está en peligro, Dios mío! No importa que vaya a suceder conmigo... ¡Es él quien me preocupa!

—Vístete porque no tardarán en venir a buscarte.

Ainara asintió con la cabeza.

—Lo haré enseguida. Gracias, Nicola.

Tan pronto como Nicola salió de la habitación, Ainara fue a tomar una ducha rápida. Se alistó en menos de veinte minutos y ella misma se presentó ante la dirección. Marcella ya no se encontraba en la oficina del director.

—Buenos días, señor Santoro.

—Señorita D'Alfonso, buenos días. Justamente la iba a llamar.

—Estoy aquí, señor Santoro —dijo Ainara mirándolo impasible.

—Por su actitud me hace pensar que ya debe estar al corriente del porqué requiero de su presencia inmediata ante mí.

—Sí, señor rector, estoy al tanto de que Marcella vino a hablar con usted.

Lucca Santoro enseguida se puso en pie y fue junto a Ainara.

—Mire, Ainara, su padre y yo somos viejos amigos, él claramente me pidió que la vigilara. Nadie puede venir al instituto a buscarla, con excepción de Donato Carusso, claro.

Ainara estuvo a punto de abrir la boca para refutar sus palabras, pero prefirió callar.

—Usted —continuó el director, paseándose a su alrededor—, no tengo ni la más mínima idea de cómo se las ingenió para hacer lo que hizo, pero desobedeció a la estricta ordenanza de su padre, además que burló los reglamentos de esta honorable institución. Él ya está al corriente de esta falta. Gaetano vendrá a Florencia en los próximos días. Por ahora me ha pedido que ponga una escolta para que esté con usted las veinticuatro siete... ¿Comprende lo que trato de decir?

Ainara se sorprendió; aunque ya sabía que se podía esperar todo de su padre.

—¿Mi padre hizo eso? —preguntó de todas formas.

—Gaetano acaba de exponérmelo, señorita D'Alfonso. Desde este momento usted no podrá salir ni moverse a ningún lugar que no sea con la persona que su padre contrató. Está terminantemente prohibido que salga del edificio luego de las horas de clases. ¿Quién le dio las llaves para que abriera la puerta y le dejara entrar al instituto a ese joven... a Saúl Márquez?

Ainara se quedó callada.

—Es preferible que me responda, señorita D'Alfonso, porque de otra manera todo el personal será investigado.

Ainara lo miró desafiante.

—Haga la investigación que quiera. ¡No diré nada!

Lucca Santoro la inquirió con el ceño fruncido.

—Regrese a su habitación. Le informaré cuando su padre venga. Señora Ludovica —llamó en voz alta desde su oficina. Ludovica entró en la oficina del director—, por favor, lleve a la señorita D'Alfonso a su habitación y permanezca con ella todo el tiempo como ya se le indicó.

Ludovica asintió con la cabeza y enseguida acompañó a Ainara hasta su habitación.

No cruzaron palabra en todo el camino. Ainara comprendió que se le venían días difíciles.

Ludovica era una mujer de unos cincuenta y tantos años: alta, delgada, de mirada insondable, y expresión seria.

41

SAÚL TOMÓ EL PRIMER tren de la mañana hacia Valserra. Su intención era llegar al pueblo lo más temprano, resolver lo que quedó pendiente con el reverendo en la parroquia y luego retornar en el primer tren de la tarde a Florencia.

Tan pronto como llegó al convento se dirigió a la oficina del padre Fortunato para saludarlo y firmar de una vez el documento que desde días atrás se encontraba sobre su escritorio.

Pero lo que Saúl no sabía era que esa mañana se encontraría con el padre de Ainara esperándolo en la oficina del párroco.

Cuando Saúl entró, Gaetano se puso en pie y, acercándose con gesto para nada amigable hacia donde él, lo afrontó:

—¡Estoy al tanto de que anoche te viste con mi hija!

Saúl se quedó paralizado, por un momento regresó a mirar al reverendo. Él, haciéndole un gesto con los ojos, asintió, respiró profundamente y bajó la cabeza.

—¿No tienes nada qué decir, insolente? —lanzó Gaetano contra Saúl.

—Por favor, Gaetano —intervino el párroco—, dejemos las ofensas de lado. Estamos en la casa del Señor.

—No te entrometas en esto, Fortunato —espetó Gaetano girándose soberbio hacia el reverendo —. Este sinvergüenza no respetó mi orden y tuvo la osadía de encontrarse con mi hija en el instituto. ¡A saber qué más la hizo...! ¡Sacrílego bastardo!

Saúl dio un paso adelante.

—¡No vuelva a ofender mi nombre, don Gaetano! No soy ningún sacrílego ni lo he sido. Amo a Ainara y la seguiré amando así usted se oponga. Por favor, padre Fortunato —dijo volviéndose hacia él—, disculpe por este mal encuentro. Jamás imaginé que don Gaetano estuviera aquí,

¡pero no voy a permitir una ofensa más! —Fortunato asintió con la cabeza, en silencio. Mientras que Saúl continuó de pie, erguido, a pocos pasos de la puerta del despacho.

—¡Eres un desvergonzado! ¡Aparte de hereje eres un altanero! —gritó Gaetano.

El reverendo se acercó a donde Gaetano, inflexible, con actitud:

—¡No más, Gaetano, estás en la casa de Dios, no permito tu falta de respeto!

—Disculpa, Fortunato —dijo Gaetano volviendo la mirada hacia él—, pero solo con tener frente mío a este sinvergüenza, ¡me hierve la sangre!

—¿Por qué, don Gaetano? —cuestionó Saúl—. ¿Porque amo a su hija, y ella me ama a mí?

Gaetano sujetó con soberbia su mirada.

—¡Cállate de una buena vez! Mi hija no puede amarte. Eres un don nadie. Un inútil. Un hombre de la calle. ¡Tú la enredaste con los tentáculos del pecado! Ella era una niña casta... ¡Y mira en lo que se ha convertido, es una fornicadora al igual que tú!

Ante tal ofensa, Fortunato intervino de inmediato:

—¡No puedes tratar así a tu propia hija, Gaetano! Ella sigue siendo tan pura como cuando la tuviste por primera vez entre tus brazos, y miraste su primera sonrisa.

Gaetano no tomó consideración de las palabras del reverendo, continuó agrediendo verbalmente y amenazando a Saúl:

—¡Desaparecerás de una buena vez de nuestras vidas, Saúl! Ya no es una advertencia, claramente te dije que no habrá una segunda vuelta. Esta vez voy muy en serio. ¡Haré que te expulsen de Italia y que te regresen al basurero de donde viniste, como el hombre indeseable que eres!

Saúl negó con la cabeza:

—Usted no puede hacer algo así. ¿Qué prueba válida tiene para llegar a esa determinación?

Gaetano rio con desprecio.

—¡Se te olvida que soy el alcalde de este pueblo, muchacho insolente, y un hombre de mucho poder! Botarte de Italia no será un problema.

Saúl lo miró impasible.

—¡Cómo puede dejar que su orgullo y autoritarismo lo dominen, y le hace tanto daño a su propia hija!

—¡Estás sobre aviso! Un buen día para ti, Fortunato. —Gaetano salió del despacho del párroco.

—¡Ay, hijo mío! —exclamó Fortunato cerrando la puerta detrás suyo—, todavía no conoces de lo que puede ser capaz este infiel.

—No me asusta, padre Fortunato. Que grite todo cuánto quiera, no dejaré sola a Ainara. Muéstreme, por favor, el documento que debo firmar. Necesito regresar de inmediato a Florencia.

Fortunato rebuscó dentro de la gaveta y sacó un cúmulo de papeles, entre ellos estaba el que Saúl debía firmar.

—Es este, antes léelo y firmas al final. Ten mucho cuidado cuando vayas a buscar a Ainara —anticipó mientras Saúl ponía su rúbrica—. Sé por él mismo que tomó medidas severas dentro del instituto.

—Iré de todas formas, padre.

Fortunato inhaló profundamente.

—No vayas a hacer algo que lo enfurezca más todavía. Solo eso te pido... Quizá ni yo mismo pueda hacer algo por ti, muchacho.

—No se preocupe, padre, seré cauteloso. Ahora debo irme, creo poder alcanzar el tren de mediodía.

—Ve con Dios, hijo mío.

42

ENSEGUIDA QUE SAÚL LLEGÓ a Florencia, tomó un autobús y se dirigió al instituto.

Buscó a Ainara con la mirada, aunque fuera de lejos. Y si la suerte estuviera de su lado, hasta podría conversar con ella.

Deambuló de una esquina a la otra con la capucha de la sudadera puesta; además de gafas oscuras, bordeando los patios del establecimiento.

Ainara no aparecía por ningún lugar. Hasta que de pronto la vio salir a los jardines acompañada de una mujer mayor. Parecía como si esa mujer la escoltara.

Efectivamente, Saúl pudo darse cuenta de que la mujer no la desamparó ni por un momento, pero él permaneció junto a los barrotes mirándola, esperando que en algún momento Ainara desviara la mirada del libro que llevaba sobre su regazo y tan solo pudiera verlo.

Ainara se veía desanimada; distinto a cómo hace unas horas atrás cuando reía de felicidad entre sus brazos.

Saúl no podía permitirse verla revelar tal apatía. Ainara era alegre, traviesa; como cualquier chica de su edad.

Se quedó por largo tiempo contemplándola a través de los hierros, pero su dulce Ainara en todo el tiempo que él estuvo ahí no levantó en ningún momento la mirada del libro para al menos dirigirla hacia la acera.

De pronto, aquella mujer se le acercó y le dijo algo al oído y, ella, cerrando el libro, se levantó y al poco tiempo desaparecieron de su vista.

Saúl, entristecido, porque no consiguió que al menos ella supiera que él se encontraba ahí, se alejó del instituto y tomó el autobús de regreso a la casa en donde los amigos del reverendo lo hospedaron. Decidió que volvería al anochecer.

Saúl regresó al instituto. Esperó por Ainara junto a la puerta trasera, igual como lo hizo la noche que se encontraron y fueron al cuarto de planchado.

Al menos deseaba verla y darle un poco de tranquilidad.

Había transcurrido algo más de una hora y Ainara no apareció.

Dudó. Fortunato tuvo razón cuando le dijo que su padre tomaría medidas extremas. La mujer que la acompañaba en la mañana sería sin lugar a duda alguien que él pagó para que la vigilara, y no sería nada extraño que lo hiciera de día y de noche.

Con un nudo en la garganta, se alejó del lugar y regresó a la casa de los viejos amigos de Fortunato.

Al día siguiente, Saúl tomó el primer tren de la mañana y volvió a Valserra.

No iba a dejar eso sin resolver. Iría a la casa de la familia D'Alfonso y, pese a las amenazas de Gaetano, haría hasta lo imposible para que su voz fuera escuchada.

43

SAÚL CRUZÓ POR LOS jardines de la residencia de la familia D’Alfonso.

Tocó a la puerta.

Francesca salió a recibirlo:

—¡Saúl, muchacho, no debiste haber venido! —Su rostro mostró ansiedad.

—Señora Francesca, tengo que hablar con su esposo. Permítame hacerlo, por favor.

—Saúl, yo no tengo nada en contra tuyo, por el contrario, siempre serás bienvenido...

—¡Qué hace este mal nacido en mi casa!

Saúl miró por encima del hombro de Francesca la sombría presencia de Gaetano y, a pesar de su altivez, fue respetuoso con él:

—Don Gaetano, vine hasta aquí porque necesito que me escuche.

—No tengo nada de qué hablar contigo... ¡Se dijo todo en la parroquia!

—Por favor —insistió Saúl.

—¡Fulgencio! —gritó Gaetano desde el recibidor. El chofer, quien también tenía licencia para portar armas, enseguida acudió al llamado de su patrón—. Saca inmediatamente a este indeseable de mi casa.

Fulgencio asintió, mientras que Francesca, sin decir una sola palabra, no hizo nada por detener a su esposo.

—Comete un grave error, don Gaetano —sostuvo Saúl sin apartar ni por un momento su mirada de aquella expresión áspera; en tanto que Fulgencio, tomándolo enseguida por el brazo pidió que lo acompañara.

—¡No puede hacerle esto a su hija! —suplicó Saúl mientras el chofer insistía sujetándolo por el brazo—. Le imploro que no la castigue más y la deje venir a estar con su familia. Si es preciso me alejaré de ella, ¡pero no la castigue, por favor!

—¡Sácalo de aquí! —ordenó Gaetano al chofer sin un ápice de piedad—. Y en cuanto a ti —desafió contra Saúl—, te espera una orden en el convento para abandonar Italia de inmediato.

Fulgencio, haciendo caso omiso a la orden de su patrón, enrumbó a Saúl hasta la puerta de la residencia.

En cuanto Saúl llegó a la parroquia, Fortunato, con semblante apesadumbrado, aguardaba por él.

—¡Saúl, hijo mío, Gaetano cumplió con su ultimátum! —exclamó entregándole la citatoria. Saúl, tomando la carta entre sus manos, la leyó. La citatoria decía que debía acercarse al recinto de policía con carácter de inmediato, y que en un plazo de veinticuatro horas tenía que abandonar el país escoltado por un agente... No había tregua.

—¡Esto no puede estar sucediendo! —Saúl tembló levantando a mirar al reverendo.

Fortunato dio un largo y profundo suspiro.

—Hijo, fue su disposición. Nada podemos hacer al respecto.

—¡Yo no puedo abandonar a Ainara, no puedo alejarme de ella! ¿Qué haré ahora? —Introdujo la citatoria dentro del bolsillo de su abrigo y, desesperado, se sujetó con ambas manos la cabeza.

Fortunato posó su mano sobre su hombro derecho, y dijo:

—Debes hacerlo, de otra manera empeorarías las cosas.

—¡Podría buscar ayuda ante un juez! —pensó de pronto Saúl mirando con atención al reverendo.

—¿En veinticuatro horas? No, Saúl, Gaetano los tiene comprados a todos. Es mejor que vayas a la estación de policía y te presentes enseguida. Yo iré contigo.

Saúl sintió un frío helado recorrer todo su cuerpo, fue como si el mundo entero se derrumbara ante sus pies.

—Déjeme antes escribir una carta para Ainara, por favor, padre. ¿Se la podría entregar lo antes posible a Gabriella?

—Sí, Saúl, ve y escríbele. Yo mismo se la enviaré a Ainara a Florencia. En el instituto no van a cuestionar que ella reciba una carta mía. Mientras tanto aquí estaré esperándote.

Saúl fue hasta su habitación, tomó un pedazo de papel de la libreta que estaba dentro de la gaveta y empezó a redactar la carta.

Se la entregó al padre Fortunato. Él la guardó en el bolsillo de su sotana para luego ir a la oficina de correos y enviársela al instituto a Ainara. Acompañó a Saúl hasta el recinto de policía, y desde allí lo vio embarcarse en un auto escoltado por dos guardias e irse fuera de Valserra.

44

PASARON ALGUNOS DÍAS Y Ainara se mantuvo incomunicada de todos.

Su templanza y su carácter fuerte no la derrocaron, pero en su interior extrañaba con locura a Saúl. No volvió a saber más de él ni tampoco pudo preguntar. Menos aún no se arriesgaría a escribir carta alguna y luego dársela a Patrizia para que le hicieran llegar.

Jamás la pondría en riesgo, ella desinteresadamente le ofreció su ayuda.

Lucca Santoro fue muy claro en la nueva disposición que su padre ordenó; y él no esperó para hacerla cumplir.

Ainara evitó a toda costa tropezar por ahí con Marcella, ella se conocía y sabía que si la veía podía perder los estribos, y eso precisamente no correría a su favor. Ainara debía controlarse y mantener buena conducta, de otra manera empeoraría su condición en el instituto.

Optó por obedecer a cabalidad el reglamento. Quizás así su padre se ablandaría y al menos la dejaría escribirse con su madre.

Ainara se apresuró a salir de su recámara porque Ludovica la esperaba al otro lado de la puerta para ir al comedor, era la hora del almuerzo, y a pesar de no sentir deseos de probar bocado prefirió no obstinarse con ella y salió a su encuentro:

—Buenas tardes, señora Ludovica. —Ambas no conversaban, únicamente una que otra indicación que le daba la mujer mayor. Tal parecía como si a ella le hubiese golpeado la vida. Era fría, indiferente, inexpresiva. Ainara sintió temor de volverse así algún día.

Llegaron al comedor, Ainara enseguida tomó una de las bandejas de las que estaban apiñadas sobre el mostrador y se colocó en la fila para que Patrizia le sirviera su almuerzo.

Cuando llegó su turno notó de inmediato que Patrizia trató de decirle algo: la expresión en su mirada habló por sí sola.

Ainara se detuvo por un momento frente a ella. Miró discretamente a sus costados y vio que podía hacerlo sin despertar sospechas. Entonces preguntó en voz baja:

—¿Te sucede algo?

Patrizia asintió con la cabeza.

—Señorita, descubrieron que fui yo quien le entregó las llaves. No podré ayudarla más. Lo lamento.

Ainara sintió compasión por ella. Era una mujer necesitada. Por culpa suya se encontraba envuelta en esa situación.

—Discúlpame, por favor. ¿Te echarán?

—No, señorita, únicamente fui alertada.

A Ainara le tranquilizó saber que Patrizia al menos no sería expulsada del instituto.

—Jamás me perdonaría si llegaras a perder tu trabajo por mi culpa. Si algún día está en mis manos te buscaré y te recompensaré por todo. Ahora me voy porque Ludovica puede desconfiar. Gracias por tu sincera amistad y dar todo de ti con el único afán de ayudarnos, Patrizia.

Patrizia sonrió suavemente. Ainara levantó la fuente del mostrador y se encaminó hacia la mesa, en donde Ludovica la esperaba sentada a un extremo.

—Demoraste demasiado —le dijo.

—Le pedí que me redujera el menú, no estoy con hambre.

—Mañana no me esperes porque me informaron que tu padre vendrá a verte.

Ainara se quedó por un momento en silencio. Respiró profundamente y contestó:

—Gracias por decírmelo. —Escarbó con el tenedor tomando uno que otro pedazo del pollo al jugo que había en el plato, probó con desgana y lo hizo de lado—. Deseo volver a mi habitación.

—No has comido siquiera.

—No me apetece. Por favor, regresemos.

Ludovica se levantó y fueron de regreso a la habitación. Ainara le agradeció por su compañía y cerró la puerta.

¿Qué su padre iría al día siguiente? No sabía si alegrarse o enfurecerse aún más con él por todo el daño que les había ocasionado. Saúl, el hombre de su vida estaba más que perjudicado en todo aquello. Sufrió como nunca porque desde el día en que la traidora de Marcella informó que los vio encerrarse en el cuarto de planchado no volvió a saber nada de él.

45

AINARA ESPERÓ POR LA llegada de su padre esa mañana al instituto.

No hizo falta que bajase a desayunar porque llegó temprano y la llevó con él a una cafetería aledaña. Fue agradable para ella, a pesar de encontrarse frente a frente con el letargo de su padre, salir del encierro de esas cuatro paredes y respirar un aire diferente al del instituto.

Su padre se veía relajado, su aspecto ya no era como el de hace unas semanas atrás: arrogante, imperativo. A Ainara no le sorprendería que algo se trajera entre manos. Desde que ella y Saúl fueron desenmascarados él no se quedaría tranquilo.

Vaciló si en tranquilizarse o tomar mayor cuidado; así que se mantuvo en silencio para dejarlo hablar:

—No has dicho una sola palabra desde que salimos del instituto, hija.

—No sabría qué decirte, papá. Espero que tú lo hagas.

Gaetano gesticuló con la garganta.

—Si esperas a que te recrimine por lo que hiciste, no lo haré. Pienso que fue suficiente con el castigo que ordené para ti.

Ainara dejó de lado el platillo con crepas bañadas en salsa de chocolate y frutillas que su padre ordenó para ella, sabiendo que le gustaban.

—¿No vas a comer? —preguntó él—. Son tus preferidas.

—Lo haré, pero antes quiero que de una vez me digas a lo que viniste... Te escucho.

—Eres soberbia...

Ainara levantó una ceja; a lo que respondió:

—Digna hija tuya.

Su padre sonrió con ironía; sabía perfectamente que heredó dignamente su temperamento.

—Seré breve diciéndote esto. Tu noviecito conversó conmigo hace unos días. No hizo falta gastar mis energías en él exigiéndole que se aleje de ti. Le ofrecí una buena cantidad de dinero para que se marchara de Italia... Y el muy sinvergüenza aceptó sin poner resistencia.

Ainara, al momento, se puso en pie:

—¡No es cierto! —gritó con lágrimas en los ojos—. ¡Él no sería capaz de venderse!

—¡Siéntate ahora mismo! —ordenó su padre—. ¡Date cuenta de cómo nos miran!

Ainara no hizo caso a su orden y continuó contradiciendo a su padre enfrente de todas las personas que se encontraban ahí también:

—¿Dime que son inventos tuyos? ¿Lo son, cierto?

—¡Qué te sientes dije!

Ainara se sentó; entretanto, Gaetano continuó:

—Es lo que ese día ocurrió. No tengo porqué inventar algo así.

Ainara negó con la cabeza, desesperada:

—Dime que es mentira tuya, ¡por favor!

—Ainara, hija —Su padre la tomó de las manos—, me duele en el alma verte sufrir así por alguien que no te merece. Es verdad, pagué a Saúl para que se fuera lejos de Italia. Él comprendió que cometía un error si continuaba insistiendo en buscarte. Entendió que jamás yo lo aceptaría, y prefirió marcharse y nunca más saber de ti. Me confesó que ahora más que nunca desea volver a la iglesia. Su intención es tomar los hábitos en Madrid. Me confió que tiene amistades que lo acogerán ahí. Y bueno, con el dinero que le di tiene más que suficiente para arreglarse la vida, y ahora mismo debe estar disfrutándolo. Ni siquiera piensa volver a su pueblo porque le traerá viejos recuerdos de sus padres. ¿Para qué mentirte? Con esto queda claro que ese sinvergüenza se burló de todos.

—¡Basta, papá, cállate ya! —suplicó llorando desconsolada—, ¡no digas una palabra más porque rompes en mil pedazos mi corazón!

—Todos en el pueblo lo saben, hija. Fue un duro golpe también para Fortunato.

—Deseo regresar al instituto, por favor, papá.

—Antes quiero ofrecerte una tregua —dijo su padre.

Ainara levantó a mirarlo, incrédula.

—¿Una tregua?

—Sí, hija. Acepta comprometerte con Donato y regresarás a casa.

—¿Por qué insistes en eso si bien sabes que no lo amo?

—El amor llegará luego, eso se irá dando con el tiempo, créeme. Donato es un buen hombre, digno de ti. Ustedes se conocen desde niños. Estoy seguro de que él conseguirá perdonarte por lo que hicieron con ese detestable sacrílego y te hará muy feliz, y hasta llegarás a quererlo tanto como él te ama a ti.

—¡Jamás, papá! Tú sabes perfectamente que lo detesto. ¡Además que ni él ni nadie tiene que perdonarme nada! Es mi vida, y mi alma siempre estará con Saúl.

Gaetano lanzó la servilleta contra el plato de fruta y, dando un estrépito golpe contra el tablero de la mesa, replicó:

—¡Y todavía insistes en decir que amarás por siempre a ese impío! Te estoy ofreciendo la oportunidad de salir de este lugar y que vuelvas a casa junto con tu familia, pero tú, jovencita inconsciente, prefieres el castigo. Entonces te quedarás en Florencia, incomunicada, hasta que te gradúes y no volverás a casa, salvo que te retractes y me implores perdón.

—Prefiero quedarme interna a condenarme la vida junto a un hombre que no amo, padre.

—Así será entonces. ¡Regresamos! —ordenó su padre levantándose.

Gaetano entró al instituto llevando a su hija del brazo y se dirigió hasta la oficina de su amigo, Lucca Santoro:

—¿Tienes un tiempo para mí, Lucca?

—Por supuesto, Gaetano. Veo que regresaron más temprano de lo que imaginaba.

—Así es. Ainara permanecerá en el instituto hasta que culmine su carrera. Te pido que dispongas todo para que después de las fiestas continúe los estudios hasta el día de su graduación.

Lucca asintió.

—En dos o tres días salen de vacaciones y en enero retomaremos las clases.

—Perfecto. Ainara se quedará aquí. No irá a casa por las fiestas, te pido que hagas lo necesario para incrementar la vigilancia. Y hasta una nueva orden mía no podrá recibir comunicación ni correspondencia de nadie. Únicamente redímela de la señora Ludovica. Pienso que ya no será indispensable.

Lucca respiró profundamente.

—De acuerdo, lo que tú indiques, Gaetano.

Gaetano se inclinó sobre el escritorio de Lucca, abrió su maletín y sacó una chequera.

—Pienso que esto será suficiente para cubrir con sus gastos y la ayuda que precises para el instituto.

Lucca estiró con una amplia sonrisa la mano y, tomando de manos de Gaetano el cheque, exclamó:

—Gracias, Gaetano, ¡tú siempre tan generoso! Y pierde cuidado, se hará como tú digas.

—Que tengas un buen día, Lucca. Y tú —dijo Gaetano girándose hacia su hija—, regresa a tu habitación. Si cambias de parecer, ya sabes, comunícaselo enseguida al director.

—Adiós, papá, que tengas unas felices fiestas. Permiso, señor Santoro. —Ainara se dio media vuelta y salió de su oficina.

En cuanto se encaminaba por el pasillo hacia su habitación, se encontró con Marcella, iba sola. Ainara no la ignoró por más tiempo y, parándose frente a frente con ella, hizo que se detuviera y la enfrentó:

—Eres una bruja, Marcella. ¿Por qué fuiste con el chisme?

Marcella sujetó su mirada, desafiante:

—Tenía que informar al director, Ainara. Son los reglamentos, y yo no podía pasar por alto algo así.

Ainara sonrió con desprecio.

—¿Quién te crees para decirme que no podías pasar por alto? Me estuviste vigilando, ¿cierto?, por eso supiste que esa noche salí y me seguiste. Dime ¿quién te pagó?

—¡Estás loca, es mi ética, yo no me vendería a nadie! —negó Marcella con actitud.

Mas, Ainara, sin dar crédito a su patética explicación, se abalanzó sobre ella:

—Dime ¿quién lo hizo? —exigió asiéndola por los cabellos—. ¿Fue Donato, verdad?

—¡No te diré nada, suéltame o gritaré!

Ainara rezongó y de un empujón la soltó.

—Yo sé que hablaste con él, noté cómo lo miraste el día que vino a buscarme. ¡Ustedes dos son tal para cual! —espetó mirándola enfurecida y continuó de camino a su habitación.

Entró lanzando la puerta.

—¡Huiré de aquí! —Ainara no consiguió calmarse, de la noche a la mañana todo cambió, volcándose al revés. Desesperada, miró por el ventanal que daba a los patios internos—. Idearé la manera de escaparme de este horrendo lugar y buscaré a Saúl así sea debajo de las piedras. Él no fue capaz de venderse a mi padre... ¡Claro que no! —De pronto, una hilera de lágrimas rodó por sus tiernas mejillas y, frustrada, se cuestionó a sí misma:

‹‹ ¿Cómo hago para lograrlo? Estoy sola, tengo miedo, no dispongo ni de un centavo conmigo››.

Un grito ahogó su voz...

46

HABÍAN PASADO ALGUNAS SEMANAS desde que Saúl regresó a España. Permaneció en el convento de Nuestra Señora de la Esperanza, el mismo que lo acogió desde muy joven. Encontró trabajo ayudando en una cerrajería en donde le pagaban el sueldo básico por laborar desde las primeras horas de la mañana hasta que empezaba a oscurecer.

Su cabeza la mantenía ocupada, además que empezó a ahorrar, por poco que fuera, para sus estudios de medicina en la universidad.

Todas las tardes, después del trabajo, Saúl iba sin excepción a la que fue la casa de sus padres, esperando recibir noticias de Ainara. Habían transcurrido más de tres semanas y era tiempo suficiente para al menos tener alguna comunicación de parte suya. Pero regresaba al convento con las manos vacías; únicamente las cartas que, religiosamente, recibía cada lunes del padre Fortunato.

Fortunato le aseguró en su primera carta que el mismo día en que Saúl se marchó de Italia fue a la oficina de correos y envió su pedido para Ainara a Florencia.

Asimismo le comentó que no tenía más información de la que Gaetano y Francesca le proporcionaban: que ella se encontraba tranquila y dedicada de lleno a sus estudios.

Aquello quedó en entredicho. Saúl no confiaba en la palabra de Gaetano, presentía que algo ocurría con Ainara. Le atormentaba solo con imaginar que su padre fuese a hacerle más daño del que ya le había hecho; y él lejos de Italia y sin poder hacer nada.

Ese jueves después de su horario de trabajo, Saúl fue como todas las tardes a la casa que por largos años ocupó la familia que la compró desde que murió su madre.

La dueña de casa, una señora mayor enseguida salió y, gentilmente, le entregó a Saúl una carta que pasado el mediodía había recibido. Le invitó a cenar con ellos antes de que Saúl regresara al

convento, pero él se disculpó con ella agradeciéndole. Tenía que volver cuanto antes porque empezaba a nevar y el camino de regreso le llevaba buen tiempo.

Enseguida que llegó al convento fue a su habitación para leer la carta de Fortunato. Ciertamente le llamó la atención recibir una cuando hacía apenas unos días que había recibido la anterior.

La carta decía:

Mi querido Saúl, te escribo así, tan prontamente, porque es mi deber confiarte algo muy delicado que me acabo de enterar por boca de Francesca.

Ainara ha decidido por cuenta propia quedarse en Florencia y culminar con sus estudios de pintura y escultura. Bueno, eso ya te había comentado en una carta anterior.

Seré directo porque te mereces conocer la verdad.

Ainara se comprometerá en los próximos días con Donato, y sé por la misma Francesca que Gaetano estuvo hace unas semanas en el instituto y fue entonces cuando Ainara le pidió perdón y le expresó su deseo de casarse lo antes posible con él. Ellos se quedarán a vivir juntos en Florencia hasta que Ainara termine sus estudios. Como tú sabes, Donato está pronto para egresar de la universidad y ejercer su título como abogado.

Te aseguro que esa es la razón por la cual Ainara no ha respondido a ninguna de tus cartas como me has venido comentando.

Créeme, hijo mío, que antes de revelarte esta amarga verdad busqué las palabras apropiadas. Mas se me rompe el corazón con solo imaginar tu desconsuelo. No me queda más que pedirte que seas fuerte y que puedas superar lo más pronto esta triste realidad.

Quedo a la espera de noticias tuyas.

Que Dios te bendiga, Fortunato.

Después de leer la carta, Saúl quedó desconcertado... No lo admitía.

‹‹ ¿Qué pasó contigo, amor mío? No puede ser cierto nada de lo que dice la carta. No quiero creerlo, ¡no, no lo admito! Nuestro amor es tan fuerte que nada ni nadie podrá derrocarlo››. Saúl, desesperado, no quería dar crédito a lo que Fortunato le reveló en ese pedazo de papel.

Él confiaba en el amor de Ainara, en sus promesas, sus miedos...

Recordó cuando ella, recostada sobre su pecho, le rogó que a pesar de que pase lo que pase, que jamás la dejaría a la deriva.

¿Cómo pudo dejar de amarlo de la noche a la mañana?

Algo estaba sucediendo. Esas afirmaciones no venían de ella.

Saúl presintió que su padre tenía que estar detrás de todo. Ainara no lo abandonaría sin siquiera darle una explicación.

—¿Por qué ahora dices que te casarás con él? ¿Acaso estás presionada?

Arrancó un pedazo de papel del cuaderno que tenía delante suyo y respondió a su carta. Le pidió que fuera honesta con él, que si estaba presionada por algo o por alguien que no dudara ni por un instante en decírselo, pero que no cometiera la equivocación de casarse con alguien a quien no amaba. Pero si ella continuaba en silencio entonces comprendería que todo cuanto Fortunato le confió fue verdad, y con el corazón partido en mil pedazos tendría que alejarse de su vida para siempre.

Saúl esperó con ansias contestación a su carta, mas Ainara mantuvo silencio absoluto.

Había transcurrido más de un mes desde que él envió la carta a Florencia y no hubo respuesta.

De la misma manera no tuvo noticias de Fortunato.

Le escribió en varias ocasiones; tal parecía que todos conspiraron encubriendo aquella devastadora verdad.

Saúl dejó su trabajo en la cerrajería. Contaba con suficiente dinero ahorrado, aparte del que disponía de la venta de la casa de sus padres. Con esos fondos abandonó su pueblo y viajó a Madrid. Rentó un cuarto en una casa para estudiantes universitarios, se inscribió en la universidad, su deseo era dedicarse de lleno a estudiar medicina.

De esa manera, sus días se volverían más llevaderos; pero la memoria de Ainara aún ardía en su corazón.

47

HABÍAN PASADO ALGO MÁS de dos meses y Ainara no volvió a tener noticias de Saúl. Ni su padre se comunicó con ella ni tampoco fue a visitarla por las fiestas Navideñas.

Si al menos pudiera estar en contacto con su madre, pero él le tenía prohibida cualquier comunicación hasta que aceptara su tregua.

Ella jamás lo haría. Amaba a Saúl con el alma y nunca uniría su vida con nadie que no fuese él, menos aún con el inescrupuloso de Donato.

Las clases en el instituto corrían con normalidad.

Ainara mantuvo la amistad con Nicola. Nunca llegó a saber si Marcella tuvo algo que ver con Donato; aquello quedó entre líneas.

El invierno en Florencia era más llevadero que en su pueblo, aunque esos meses eran quizá tan fríos y húmedos como en Valserra.

A diferencia que en su pueblo, Ainara no se mostraba feliz. Esperaba con ansias la primavera, al menos podría salir a pasear por los jardines y contemplar florecer los rosales, las azucenas, los crisantemos, los girasoles...

Al final de las tardes, después de terminar clases, permanecía en su habitación y, a través de los largos cristales de la ventana, su mirada se perdía a la distancia recordando a Saúl.

No comprendía por qué se fue sin decirle adiós, por qué la dejó y prefirió volver a la iglesia. Él la amaba, sabía que la amaba. ¿Por qué entonces voló lejos?

Cerró sus ojos y lloró.

‹‹*Amore mío*, se te olvidó que yo te estaba esperando››.

El tiempo siguió su curso, Ainara continuó sus días en aquel apartado y frío lugar, sola.

Temprano en las mañanas salía a los jardines y, arrimada contra una de las columnas del gazebo que se encontraba al extremo, contemplaba cómo, frente a sus ojos, decenas de mariposas volaban libres, cobijadas por los primeros rayos de un Sol primaveral...

El calor de verano fue abrasador...

Las hojas de otoño empezaron a teñirse de bellos y armoniosos matices dorados para luego caer...

El crudo atractivo y las nieblas dieron la bienvenida a otro invierno, azotando sus mejillas y a su corazón quebrantado...

Cada día, desde aquel mismo lugar, Ainara se preguntaba por qué Saúl la abandonó.

Había transcurrido un año, pero su corazón se resistía a olvidarlo.

Ella no deseaba hacerlo...

Sus besos y sus caricias vibraban a flor de piel.

El dulce fulgor de sus ojos verdes apaciguó su dolor.

No dejó de amarlo ni por un instante...

Ella desconfiaba de su padre.

En esa fría mañana de fines de enero, mientras Ainara paseaba por los gélidos jardines recibió una visita. Quizás ese fue el día más feliz de su vida. A la distancia miró a su madre venir en su dirección.

Ainara corrió a darle el encuentro:

—¡Mamá! —exclamó abrazándola. Sus ojos azules, nítidos como aquel cielo despejado, se cubrieron de lágrimas por tanta emoción; ambas lloraron de emoción.

—¡Ainara, mi pequeña, cuánto tiempo de no verte! ¿Cómo te has sentido en este lugar, hija mía? Tu padre me tranquilizaba diciendo que estás bien y muy a gusto aquí.

—Mamá, debí acostumbrarme a esta nueva vida. Pero eso no viene al caso ahora, cuéntame ¿cómo hiciste para estar aquí, conmigo?

—Ven, hija —dijo su madre. La tomó de la mano y la encaminó hacia una banqueta—, tengo muchas cosas para contarte. Tu padre levantó la prohibición. ¡Al fin lo hizo, Dios mío! No hubiera podido soportar un día más sin saber de ti ni poder verte.

Los ojos de Ainara brillaron.

—¿Quiere decir que podré comunicarme seguido con todos ustedes y volver a casa en los feriados?

—Sí, hija. Podrás ir cuando lo desees y estar en casa con nosotros.

Ainara volvió a abrazar a su madre.

—¿Cómo está Alfonsina? ¿Y el padre Fortunato?

—Alfonsina te ha extrañado muchísimo, pero está feliz sabiendo que pronto volverá a verte. En cuanto a Fortunato, él estuvo muy grave de salud.

—¿Qué pasó con él, mamá? —angustiada, interrumpió Ainara.

—Hija mía, justamente hace un año se puso gravísimo. Ya sabes que es un hombre mayor, y desde hace algún tiempo atrás que no ha venido cuidándose en cuanto a su alimentación. Parece que le subió en exceso el colesterol y tuvo un derrame cerebral. Gracias al cielo lo estabilizaron y desde ahí ha permanecido bajo observación constante. Estuvo internado por largo tiempo. Además... que ha estado bajo mucho estrés. Ya sabes, la partida tan repentina de..., pues de Saúl, hija, lo puso muy deprimido. Ciertamente lo quería muchísimo.

Ainara bajó la mirada y se limpió sus ojos llorosos.

—Mamá, ¡qué pesar me da con el reverendo! Nunca imaginé que estuviera tan grave. ¿Entonces es cierto que Saúl desapareció sin decir nada a nadie?

Francesca asintió en un largo suspiro.

—Sí, hija. Te lo dijo tu padre, ¿cierto?

—Así es, mamá. Y no sabes cuánto daño me hizo conocer esa noticia. Pero sobre todo escucharlo decir que aceptó dinero suyo... ¿Es verdad eso también?

Francesca cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Es lo que tu padre nos dijo. ¿Aún lo amas, hija?

Ainara echó a llorar, y se abrazó de su madre.

—¿Cómo olvidarlo, mamá?, ¿dime cómo hacerlo, si lo amo más que a mi vida? Él era el Sol que iluminaba mis mañanas. No ha habido un solo día que no haya dejado de pensar en él. ¡Cómo pudo abandonarme dejándome sola en este lugar! Ahora que tú me confirmas entonces empiezo a creer que en realidad aceptó el dinero de papá. Dudé todo este tiempo pensando que fue invento suyo, pero ahora mi corazón está inquieto.

—¡Ainara, mi niña! —exclamó su madre—. Tienes que olvidarte de él. Seguramente retomó la iglesia como le hizo saber a tu padre, y en este momento es ya un sacerdote.

—¡Un clérigo...! —Ainara lloró desconsolada—. Lo amaré por siempre, así mi alma esté en pecado.

Francesca pasó con una caricia su mano por su cabello dorado.

—Ahora concéntrate en tus estudios, hija..., y en Donato. Sé que te comprometerás con él.

Ainara, extrañada, alzó a ver a su madre:

—¡No, mamá, jamás me comprometería con él! No amaré a nadie más.

Francesca gesticuló con el rostro.

—Pensé que lo harías...

—No, mamá, eso nunca. Mi vida entera la dedicaré a la pintura y la escultura. Seré una artista y tendré mi galería de arte.

—Creo en ti, hija, tienes talento para ello. Pero también sé que el tiempo cura heridas, y sanará la llaga de tu corazón. ¿Vamos ahora al comedor? ¿Me invitas algo caliente de tomar?

Ainara esbozó en un gimoteo una suave sonrisa, apartándose las lágrimas de sus mejillas.

—Por supuesto, mamá, vamos. ¿Cuándo podré ir a casa? Quiero ver al reverendo, a Alfonsina, a Gabriella, no imaginas cuánto los he extrañado... —comentó con su madre mientras avanzaban por los paseos del jardín.

48

AINARA TUVO PAZ EN su corazón en el momento en que volvió a estar en comunicación con su familia.

La llegada de su madre al instituto le hizo mucho bien. Pero asimismo se llevó la mayor desilusión cuando de sus labios confirmó que Saúl ciertamente había aceptado dinero de su padre y que se marchó lejos sin importarle qué fuera de ella; sin importarle que se quedó sola esperando por él.

Ainara no terminaba de concebir algo así.

Él le juró amor eterno; el brillo en sus ojos no podía expresar lo contrario.

De todas maneras lo aceptó con resignación. Su vida daría un giro y ella se dedicaría, como le expresó a su madre, a formarse como una persona profesional e independiente.

Durante los largos años de estudio que tenía por delante encontraría la paz y el reconforto para su alma.

Días después, al poco tiempo de haber recibido la visita de su madre fue su amiga, Gabriella, a verla en el instituto.

Ambas, después de más de un año de no haberse visto ni saber nada la una de la otra, se estrecharon en un abrazo de felicidad.

—¡Qué alegría que estés aquí! —exclamó Ainara.

—No sabes cuánto deseé poder venir a verte y al menos acompañarte por un momento —dijo Gabriella.

Ainara la encaminó hacia el interior de la habitación, ambas se sentaron sobre la cama.

—Cuéntame ¿cómo sigue el padre Fortunato? Mamá me contó que estuvo muy enfermo.

—Pobre del reverendo —respondió su amiga—, permaneció internado por algunos meses. Sigue delicado pero al menos se levanta y, aunque despacio, da sus paseos por el convento.

Llegó al pueblo otro párroco que ha ocupado su lugar desde entonces. Los médicos dicen que no puede tener emociones fuertes, pero que poco a poco irá recuperándose.

—Pronto iré al pueblo para acompañarlo. Qué tristeza me dio saber que enfermó. No tenía ni idea. ¿Y los niños, cómo están, sigues dando las clases?

—Claro que sí, soy auxiliar de la chica que regresó de Roma. Ellos te extrañan muchísimo.

—Y yo a ellos. Diles que muy pronto volveré a verlos.

—Se los diré, y créeme que van a estar pendientes de tu regreso y muy felices. Y ahora dime ¿cómo te has sentido desde que Saúl se marchó? Me lo he preguntado un millar de veces, y yo sin poder comunicarme contigo.

Ainara bajó la mirada, la fijó en sus manos que las tenía entrelazadas.

—Me resisto a creer que aceptó dinero de mi padre y se marchó sin importarle qué sería de mí. Dime que no fue verdad, Gabriella —imploró levantándola a mirar—. Tengo la esperanza de escuchar de tus labios que fue un engaño de mi padre para separarnos.

Gabriella respiró profundo.

—Yo tampoco lo creí hasta que el padre Fortunato enfermó. Los médicos dijeron que se puso así de grave porque seguramente recibió una noticia muy fuerte. ¿Qué más podía ser? Don Gaetano le informó que le pagó para que se marchara lejos, y el reverendo después de haberlo acogido y tratado como a un hijo, le dio la espalda de esa manera tan desleal y se marchó sin decir un adiós siquiera. Eso de seguro le rompió el corazón y lo afectó aún más de su problema de salud.

—¿Eso dijo el padre Fortunato?

—No, Ainara, a las pocas semanas que Saúl desapareció el padre fue llevado de emergencia al hospital. No tuvimos contacto con él por mucho tiempo porque estuvo muy delicado, en cuidados intensivos. Luego que fue recuperándose preferimos no tocar el tema, pero él mismo un día comentó que extrañaba a Saúl, que le dolía en el alma que se haya ido.

Ainara suspiró profundamente.

—Pobre padre Fortunato...

—Y tú —dijo Gabriella tomando a su amiga de las manos—, prométeme que vas a estar bien.

—Lo estaré, Gabriella. Saúl se fue lejos... Tengo que superarlo y continuar con mi vida. Pero no comprometiéndome con Donato como mi madre dijo. ¿Por qué diría eso si sabe perfectamente que no siento nada por él?

Gabriella se encogió de hombros.

—También lo escuché decir, fue algo que quedó en entredicho.

Ainara la miró extrañada.

—Seguramente a mi padre se le ocurrió suponer algo así. Ya conoces cómo es él. —Gabriella asintió con la cabeza, mientras tanto Ainara continuó: —Este próximo semestre empiezo clases de idiomas, me llevará dos o tres años. Con ambos títulos en la mano aplicaré trabajo fuera de Italia porque quiero ir a Nueva York como siempre lo he deseado y situar mi galería de arte. ¿Recuerdas cuándo lo comentábamos?

Gabriella sonrió.

—¡Cómo olvidarlo, soñábamos ir juntas!

Ambas rieron.

—Ven conmigo, ¿qué dices? —dijo de pronto Ainara.

Gabriella negó esbozando una suave sonrisa con la cabeza.

—Me encantaría si no tuviera otros planes para mi vida. Vine también para contarte que en dos meses a más tardar me voy a Sicilia. Iré a vivir con mi hermano mayor en su casa porque empiezo a estudiar parvulario desde abril.

—¡Guau, Gabriella! —exclamó Ainara abrazándola—. ¡Qué gran noticia! Harás lo que te gusta.

—Así es, ¡estoy tan feliz! Pero supongo que ésta no será la última vez que te vea. Irás al pueblo enseguida a visitarnos, ¿verdad?

—Iré, claro que sí, y muy pronto.

—Mamá estará feliz de verte.

—Yo también. Dale un abrazo de parte mía, y cuando veas al padre Fortunato dile, por favor, que estoy bien. Que esté tranquilo sin estar preocupándose por mí. Y dile también que pronto iré a visitarlo.

—Así mismo se lo haré saber. Va a ponerse tan feliz sabiendo que volverás. Ahora debo regresar al pueblo, amiga. Pedí que me vengan a buscar, seguramente estarán aquí de un momento a otro.

—Lo sé, gracias por alegrarme la tarde.

Ainara acompañó a su amiga hasta la puerta de salida del instituto y, luego, mientras se alejaba en el taxi, se despidió de ella haciendo una seña con la mano.

El tiempo continuó su curso, Ainara volvió a pasar unos cuantos días en su pequeño pueblo después de algo más de un año. Su hogar la llenó de alegría, volvió a abrazar a Alfonsina, pasó

más tiempo con su madre. En cuanto a su padre, lo miró muy poco porque él permanecía la mayor parte del tiempo en su oficina de la alcaldía.

Visitó al padre Fortunato. Pobre padre Fortunato, había bajado considerablemente de peso, ya no era el sacerdote voluminoso que solía ser, ni tampoco podía continuar con sus excesos en cuanto a la comida. Lo tenían bien controlado.

Pero sí que lo consentían de vez en cuando con una u otra copita de su apetecido *limoncello* como tanto le gustaba.

Durante el tiempo que permaneció en Valserra, Ainara prefirió no mencionar a Saúl por consideración a él. Ella sabía que el párroco no debía alterar su corazón delicado.

Ainara regresó a Florencia para empezar un nuevo semestre en el instituto; además del curso intensivo de inglés.

Se dedicó completamente a sus estudios.

Obtuvo las calificaciones más altas. De esa manera calmó en parte el sufrimiento que aún continuaba latente dentro de ella; ni por un momento dejó de pensar en Saúl, nunca dejó de amarlo. Las afirmaciones tanto de su madre como de Gabriella dieron vueltas en su cabeza; algo no concordaba. Ainara creía en él, lo conocía mejor que nadie y sabía que jamás aceptaría el chantaje de su padre... Saúl la amaba, sabía que la amaba. ¿Por qué desapareció de su vida?

Fue la incógnita que atormentó sus días...

49

SAÚL NO TARDÓ EN ambientarse a la vida congestionada de Madrid.

La universidad se encontraba en la parte colonial de la ciudad. Le resultó favorable porque así le quedaba a un paso para tomar el metro y dirigirse a una factoría de calzado en donde encontró empleo por medio tiempo en las tardes.

Al menos durante el primer año, el horario de estudio se mantendría igual. Luego, para los próximos años, ya decidiría qué haría.

Saúl estaba tranquilo porque disponía de un dinero que tenía reservado para cualquier inconveniente que se le presentara. La universidad era pública; por ese lado no debía preocuparse.

Durante los primeros meses en el que sería su nuevo hogar, Saúl se mantuvo escribiendo a la familia que ocupó la casa que fue de sus padres, anhelando tener noticias de Ainara o del padre Fortunato, pero siempre recibía la misma negativa. De todas formas les dejó su dirección en el caso que llegara correspondencia desde Valserra.

El tiempo transcurrió y Saúl no tuvo noticias de nadie.

Su corazón sangraba con cada día que pasaba. Su amor por Ainara continuaba latente dentro suyo.

Le atormentaba solo con pensar que quizá ya se habría casado con Donato e incluso si no lo hubiese hecho, le desgarraba por dentro imaginarla entre sus brazos.

¿Cómo se dejó convencer con sus artimañas?, fue la pregunta que no conseguía discernir.

Encapsuló su amor por ella en un lugar muy especial dentro de sí; la amaba con todas sus fuerzas, sabía que jamás podría amar a nadie como amaba a Ainara.

Llevó siempre consigo, prendido de su pecho, el pendiente con las letras de su nombre, y dentro de las páginas de su viejo libro de medicina, la azucena blanca, reseca por los años, que

ella dejó ante sus pies aquel día cuando la miró por primera vez; aquella primera vez en esa mañana de verano cuando supo de inmediato que la amaría más que a su vida.

El hermoso retrato de ambos que ella plasmó sobre el lienzo, oh, aquel recuerdo lo idolatró. En donde quiera que él se encontrara lo mantuvo enmarcado frente a sus ojos. Fue la rememoración palpable que alegraba sus mañanas y acariciaba sus noches oscuras de desvelo.

Pese a su sufrimiento, Saúl no permitió que el dolor dominara sus sentidos, y entregó su alma a los estudios. Así apaciguó el vacío que ella dejó.

Saúl era un estudiante dedicado, su sueño era estudiar el cerebro humano.

La enfermedad degenerativa que padecía su madre fue la razón que lo inquietó a profundizar ese tema y comprenderlo. Llevaba consigo una fuerza interna que le impulsaba a ayudar a quienes padecieran lo mismo o al menos mitigar en algo su tiempo de vida.

Jamás permitiría que alguien tuviera que pasar por lo mismo que pasó su madre; era demasiado cruel.

Transcurrieron algo más de cuatro años de intenso estudio en medicina general.

Saúl recibió una beca por mérito propio para culminar su carrera. Siempre fue un estudiante distinguido. Desde entonces empezó a aplicar a universidades extranjeras.

Fue aceptado en la Universidad de Columbia en la ciudad de Nueva York, por lo que viajó de inmediato. De esa manera completaría los años requeridos para su especialización superior en neurocirugía y ejercer su profesión.

50

AINARA SE GRADUÓ EN Artes Plásticas con las mejores calificaciones.

En el día de su incorporación, la acompañaron Fortunato, quien había mejorado considerablemente de su salud, además de su madre, su padre, Alfonsina y, por supuesto, Donato.

Gabriella vivía en Sicilia, le fue imposible asistir porque trabajaba en una escuela de niños.

En cuanto a Donato, durante todos esos años rara vez se mantuvo visitando a Ainara en el instituto. Su vida la llevaba muy ocupada puesto que era un abogado de prestigio en Florencia. Y, aunque Ainara nunca quiso nada serio con él, a ambos los unía una relación amistosa que la llevaban desde niños.

En esa mañana de primavera, Ainara estaba feliz como nunca, celebrando la culminación de sus estudios con su familia reunida en el instituto, además de que viajaría fuera de Italia porque hacía apenas unos días que, luego de recibir también su título en idiomas, recibió respuesta de uno de los lugares a los cuales aplicó por trabajo. Los años que estudió inglés le favorecieron para hablarlo a la perfección. Había sido contratada para trabajar en una universidad jesuita en la ciudad de Nueva York como catedrática.

—¿Cuándo viajarás, hija? —preguntó Francesca.

—En cinco o seis días a más tardar, mamá.

—Eres digna de orgullo, hija mía —se adelantó a decir Fortunato—. Nos harás muchísima falta, de eso no cabe la menor duda. Más esta nueva experiencia para tu vida nos alegra a todos. Así que ve tranquila.

—Lo sé. Gracias, padre Fortunato. —Ainara regresó a mirar a su padre. Él continuaba con su misma actitud negativa. Ainara sabía perfectamente que no le hacía ninguna gracia que ella se

fuera de Italia, y sobre todo que se alejara de Donato. Aún protestaba por no comprometerse con él; y más aún porque se había convertido en toda una eminencia como abogado.

—¿Y tú no vas a decir nada, Gaetano? —preguntó Fortunato regresándolo a mirar.

Gaetano gesticuló con la garganta.

—Bien saben que no apruebo que se marche lejos —soltó con el ceño fruncido—. Vine hasta aquí para solemnizar su título como nueva universitaria, no para festejar que se vaya a trabajar en los Estados Unidos.

—No seas tan rudo con tu hija, Gaetano. Mira que todos nos alegramos por ella.

Ainara sonrió con ironía.

—Déjalo, mamá, estoy acostumbrada.

—Disculpen que los interrumpa —dijo Donato dejando de lado el vaso con Whisky que en ese momento bebía—, pero quédate tranquilo, Gaetano, porque en mis planes está ir a visitar a Ainara siempre que me sea posible. Imagino que te dará gusto recibirme, ¿no es así, Ainara? —preguntó regresándola a mirar.

A lo que Ainara, clavándole la mirada, respondió:

—No voy a prohibirte que vayas a Nueva York.

Donato esbozó una sonrisa mordaz.

De pronto, Francesca se acercó a donde su hija y comentó con ella:

—Tenemos que regresar al pueblo, hija. Nuestro querido Fortunato no debe excederse. Todavía sigue delicado y debemos cuidarlo.

—En todo este tiempo que he estado aquí al menos me hubieran invitado a una copa... —se apresuró el reverendo a protestar—. ¡Pero nada!

Francesca no esperó para contradecir al párroco:

—Bien sabes que no puedes, Fortunato.

—Ayer ya se sobrepasó con el *limoncello*, padre —dijo Alfonsina.

—¡Ay de ti, Alfonsina, no pudiste guardar el secreto!

—¿Alfonsina? —Francesca le clavó la mirada—. No debiste, luego se nos pone mal y no queremos pasar otro susto como el que ya tuvimos.

Ainara rio mirándolos discutir.

—Escuche a mi madre, padre Fortunato. Tiene que cuidarse porque todos deseamos tenerlo por muchos años más entre nosotros.

—Sí, hija, y yo quiero que viajes feliz y bien dispuesta a esa ciudad norteamericana... ¿cómo dijiste que se llama?

—Nueva York, padre.

—Eso mismo. ¡Ay de mí, se me olvida ese nombre complicado...! ¡Los años deben ser! Haz de tu vida una vida llena de satisfacción. Te lo mereces, hija mía, porque has sufrido mucho.

—Así será, padre Fortunato, empezaré una nueva vida allá. —Ainara lo abrazó, despidiéndose de él.

—Antes de tu viaje vendremos a despedirte, hija —dijo su madre.

—Estaré esperándolos, mamá.

Mientras tanto, Donato se acercó a donde Ainara:

—Yo no podré venir a despedirme de ti, tengo un viaje de negocios en los próximos dos días. Deseo que tengas un buen viaje. Escribe para saber de ti. Y como le ofrecí a tu padre, ten la seguridad de que todo el tiempo estaré pendiente.

Gaetano enseguida intervino congraciándose con él:

—Te lo agradezco, Donato. Estaré tranquilo sabiendo que estarás pendiente de Ainara. Lastimosamente, no puedo hacer viajes largos, así me lo advirtió el doctor.

—Tiene que cuidarse y seguir las indicaciones del médico —comentó Francesca—. Su corazón está un tanto delicado.

—Con más razón iré seguido a Nueva York a visitar a tu hija, Gaetano.

Gaetano y Francesca le dieron las gracias.

Ainara trató de ignorar el patético interés de Donato por llamar su atención y la del resto de la familia.

—Los acompaño a la salida —dijo y fue con ellos hasta los jardines del instituto para despedirlos.

A partir del momento en que Ainara llegara a la ciudad de Nueva York empezaría una nueva vida para ella.



51

ACAECIERON LOS DÍAS DE verano.

Ainara se miraba alegre, despreocupada, en medio de la gran ciudad. Su sueño de cuando era apenas una jovencita de dieciocho años se había vuelto realidad. Una realidad que marcaría su destino para el resto de su vida, lejos de su país.

No fue difícil comenzar su trayectoria en ese lejano lugar, ella hablaba el idioma a la perfección, por lo que comunicarse fue por demás sencillo. Además que conoció una comunidad de italianos. Cuando deseaba tener momentos de esparcimiento se reunía con ellos y salían por ahí.

Tan pronto como Ainara llegó a Nueva York, alquiló por unos días, hasta organizarse, un cuarto de hotel cerca de *Fordham,* la universidad jesuita en donde se desempeñaría como catedrática.

Una vez estando ahí de seguro ellos le recomendarían un lugar en donde vivir.

Las clases como catedrático empezaron a los pocos días de su llegada.

Ainara fue contratada para enseñar taller de escultura y pintura a los estudiantes de todos los niveles, aparte de dar clases de italiano de primer nivel, una vez por semana, a estudiantes que eligieron estudiar esa lengua.

Se fascinó con el ambiente tranquilo y respetuoso dentro del establecimiento. Fue apasionante para ella trasladarse a otro país y convivir con una cultura diferente a la suya. Desde el día en que llegó se sintió como estar en casa, Ainara no tardó en adaptarse a su nuevo estilo de vida.

Entre los tantos profesores con quienes hizo amistad, Ainara tuvo una fuerte conexión con Emily, profesora de literatura en la universidad. Emily la llevaba con tres años, era de origen anglosajón. Sus padres habían emigrado a los Estados Unidos cuando eran unos niños, desde

entonces se radicaron en ese estado. Emily estaba casada con Mike, un ingeniero civil que la llevaba con doce años, y quien desde hacía quince ejercía su profesión.

Ellos vivían en una casa que habían comprado hace un año atrás en un barrio residencial a las afueras de la ciudad. Para Mike no se le hacía difícil pagar la hipoteca porque un ingeniero percibía un buen salario promedio. Asimismo su amiga tenía un buen sueldo, en aproximadamente cinco años a más tardar deseaban ser padres y ahorraban para ello.

Después de algunas semanas de trabajar en la universidad, Ainara consiguió donde mudarse. Emily le ayudó a encontrar un apartamento por medio de una amistad que trabajaba en bienes raíces. El apartamento se encontraba a treinta minutos en auto de *Fordham*. Igualmente Ainara compró un automóvil cómodo para poder transportarse, Nueva York no era como su pueblo o como Florencia, allí las distancias eran considerablemente largas, y a pesar de que el servicio público era excelente, los neoyorquinos necesitaban si o si tener su propio transporte.

El edificio de apartamentos de hasta cuatro plantas en donde Ainara arrendó estaba dentro de un conjunto residencial pequeño. El que ella rentó se encontraba en el tercer nivel.

Era relativamente chico, contaba con un dormitorio cómodo y un baño, la cocina totalmente amoblada, cuarto de máquinas, y el área social perfectamente ambientada con una chimenea artificial para los días fríos, decorada con muebles modernos y sencillos: dos cómodas butacas de frente a las puertas corredizas que servían de ventanal y salían a un balcón angosto, desde donde se podía disfrutar de la impresionante vista a la ciudad, y una mesa redonda de cristal con cuatro sillas que se utilizaba de comedor. Una televisión lo suficientemente grande posesionada sobre la chimenea, de frente a los muebles, y sobre los cuales había cojines y una acogedora manta para cubrirse del frío del aire acondicionado que era por demás necesario en aquellos días calurosos y húmedos de verano; además de una lámpara alta de cada lado.

Ainara se sintió confortable y contenta en su nuevo hogar.

En sus tiempos libres, luego de regresar de la universidad ocupaba su descanso dedicándose a pintar y esculpir. Guardaba sus cuadros y esculturas dentro de un clóset amplio; otros los exhibía en su apartamento: cuadros de paisajes y retratos. Su sueño era un día tener su propia galería de arte.

Durante su primer año en Nueva York, Ainara no recibió la visita de Donato como él dio a conocer a su familia. Fue mejor así. A pesar de que él se comportara más relajado de cómo años atrás, Ainara no concebía tolerarlo.

Siempre recibía cartas suyas, pero nada más allá de ello.

Por supuesto que en cada carta no faltaba su declaración de amor, pero ella lo tomaba como sus patéticas confesiones de cuando eran dos jovenzuelos.

Con su madre y Alfonsina se comunicaban seguido; así como también con el padre Fortunato y con Gabriella. No se podía decir lo mismo de su padre; desde que Ainara llegó a Nueva York, no tuvo trato con él. Sabía por su madre que él continuaba con problemas de salud. El médico que lo atendía había dicho que debía darle mayor cuidado a su corazón enfermo.

Y, en cuanto a Saúl, Ainara no dejó ni por un momento de pensar en él...

¡Cómo un amor podía ser tan intenso e insondable que así el tiempo continuara diligente su camino, ella lo tenía implícito dentro suyo!

A pesar de su abandono, Ainara mantuvo la fortaleza con que ese sentimiento divino invadía su alma para continuar adelante.

Amaba a Saúl; nada ni nadie cambiaría eso en ella.

Transcurrieron largos y fríos inviernos...

Apacibles primaveras...

Calurosos veranos...

Y encantadores otoños...

Siete años después

Ainara continuó trabajando en la Universidad de *Fordham*.

Allí encontró su hogar fuera de casa, además que se había convertido en una profesional exitosa.

No solamente mantuvo su cargo como profesora de Artes Plásticas, hacía apenas unos días que la asignaron decano de su facultad; tenía desde entonces una gran responsabilidad. Su temple y su carácter decidido la llevaron a la superación.

Igualmente mantuvo el mismo apartamento, le resultaba cómodo y estaba bien ubicado.

Era sábado por la noche y Ainara se preparaba para ir a encontrarse con la pareja de amigos, Emily y Mike, en un restaurante griego que estaba en el centro de *Manhattan*. Ainara ya había

estado ahí una que otra vez, por lo que quedó fascinada con su comida y el ambiente alegre y festivo de los griegos; y no se diga el *Baklava* que ahí servían.

Qué mejor lugar para celebrar en esa noche de mayo sus treinta aniversarios.

—¡Felicidades, Ainara! —brindaron sus amigos.

—Gracias, Emily, Mike, ¡qué hubiera sido de mí en todos estos años sin ustedes! —Ainara sonrió y bebió de su copa de un exquisito vino espumoso.

—Además hay que felicitarte por tu nuevo ascenso —dijo Mike—. Ya me comentó Emily que te promovieron a decano de tu facultad.

—A Emily no se le escapa nada —dijo Ainara. Ella y su amiga echaron a reír—. No pude haber deseado una vida mejor. Además...

—¿Además, qué? —Emily la inquirió con la mirada—. ¿Qué tienes para contarnos, Ainara?

Ainara acomodó su espalda contra el respaldo de la silla, mientras que Mike rellenaba su copa.

—No se los había comentado antes hasta tener todo listo. ¡Encontré el lugar perfecto para ubicar mi galería de arte! —exclamó esbozando una amplia sonrisa.

Emily y Mike se miraron entre sí, sorprendidos.

—Ainara, ¡qué noticiόn! Al fin, luego de dedicarte a tus cuadros y esculturas podrás exhibirlas en tu propia galería. ¿En dónde es?

—Aquí mismo, en *Manhattan*. De hecho por aquí cerca.

—Nuevamente felicitaciones, Ainara —dijo Mike—. ¿Y la inauguración para cuándo está prevista?

—Espero poder hacerla hasta principios del próximo mes. No dispongo de mucho tiempo por el trabajo en la universidad, pero... hay que ponerse manos a la obra.

—¿Continuarás en la universidad o piensas renunciar? —de pronto preguntó Emily.

—No, claro que no. Conversé con el director pidiéndole que me permitiera trabajar hasta las cuatro de la tarde. Luego de eso iré a la galería. Además contraté a la hermana de Pamela para que me cubra durante las mañanas y parte de la tarde hasta yo llegar... ¡Estoy tan feliz!

Emily se acercó un tanto más hacia Ainara y la abrazó.

—Cuenta conmigo también. Para qué estamos los amigos, ¿verdad, amor? —Mike respondió con un sí y enseguida regresaron a mirar cuando un grupo de bailarines y cantantes se acercaban recorriendo de mesa en mesa, llenando el salón con su música.

Ainara regresó a su apartamento pasada la medianoche después de festejar su cumpleaños con una cena mediterránea, soplar las treinta velas que los meseros llevaron hasta su mesa

incrustadas en un *Baklava* lo suficientemente grande para los tres, no sin antes cantar y danzar ante ella. Lanzó su cartera sobre la mesita alargada del recibidor, se retiró los tacones y fue directamente a revisar la correspondencia que recogió el día anterior del casillero y que siempre la dejaba en una esquina del mesón que dividía la cocina del comedor. Llevó con ella el paquete y fue a recostarse sobre el sofá.

—Cuentas y más cuentas... —renegó mientras pasaba un sobre tras otro, hasta que se encontró con uno de Gabriella. Se levantó para ir a la cocina y coger una copa y el vino que sobraba dentro de la despensa. Regresó y, luego de verterlo en la copa, abrió el sobre y empezó a leer su contenido.

Gabriella comentaba en la carta que le iba muy bien en Sicilia, que continuaba trabajando en la misma escuela enseñando a los niños, pero que pronto dejaría de hacerlo porque conoció a alguien y se habían comprometido. Pronto se casarían y se irían a vivir fuera de Italia, en Inglaterra. Le confió que estaba profundamente enamorada de él.

‹‹ ¡Oh, Gabriella, cuánto me alegro por ti! ››, exclamó para sí con lágrimas de felicidad en sus ojos.

Dejó la carta abierta sobre la mesa de centro y, de un solo sorbo, terminó con el resto de vino. Con la mirada perdida en las luces parpadeantes que a lo lejos, a través de la vidriera se divisaba la ciudad, imaginó cómo hubiera sido su vida si Saúl estuviese a su lado.

Se levantó y salió al balcón. La calidez de esa madrugada de primavera abrigó su alma mientras levantó la mirada y, desde lo alto, mirando el centelleo de cientos de estrellas que cubrían el cielo, se aferró a ella misma y, en un profundo suspiro, pronunció su nombre.

Empezó una nueva semana en la universidad. Ainara se encontraba en la hora de receso tomando un café en compañía de Emily en la cafetería. Le comentaba lo feliz que se sentía por su amiga de toda la vida, Gabriella, por haber conocido a un buen hombre y haberse comprometido con él, y que pronto se casarían. Asimismo no terminaba de decirle que la haría tan feliz volver en algún momento por su tierra, ver a su madre, al reverendo, a Alfonsina... cuando Emily la interrumpió diciendo que alguien estaba parado detrás de ella; por lo que Ainara regresó a mirar, y exclamó:

—¡Donato! ¿Qué haces tú aquí? ¿Cuándo llegaste?

—¿Te sorprende verme? Cumplo la promesa que le hice a Gaetano... Algo tarde, pero aquí me tienes. —Enseguida se inclinó para darle dos besos, uno de cada lado de sus mejillas—. Vine a hacerte una rápida pero placentera visita. ¿Me presentas con tu amiga? —dijo de pronto, dirigiéndole la mirada a Emily.

—Por supuesto. Emily —dijo Ainara—, él es un viejo amigo de la infancia, Donato.

Emily enseguida alargó su mano y saludó con él:

—Un gusto conocerte, Donato.

Donato se acercó para dar a Emily asimismo dos besos de cada lado, corrió la silla y se sentó con ellas a la mesa.

Mientras tanto, Ainara, por cortesía, llamó a la muchacha que atendía: una estudiante que luego de clases trabajaba en la cafetería de la universidad.

—¿Deseas algo de beber? —preguntó a Donato.

—Únicamente un espresso doble, gracias. Entonces es aquí donde trabajas... —Donato hizo un gesto, levantando su ceja izquierda—. Digamos que es un lugar agradable. ¿Estás satisfecha con lo que haces?

Ainara respiró profundamente. No le resultó grata ni su presencia ni su comentario inoportuno. A pesar de los tantos años que no se veían, él continuaba con su manera arrogante y sarcástica de ser; a lo que respondió:

—Me encuentro más que feliz haciendo lo que a mí me gusta en este lugar tan apacible y entretenido, pero sobre todo rodeada de buenos amigos. Emily y su esposo, Mike, han llegado a ser como dos hermanos para mí.

Emily sonrió para sí, no hizo ningún comentario. Entretanto, Donato agradeció a la muchacha en cuanto le sirvió su espresso doble. No acostumbraba a endulzarlo y, antes de continuar con la charla, acercó la taza a sus labios y le dio un sorbo.

—Me tranquiliza saberlo, mi querida Ainara. Y bueno, me encantaría que me hicieras un recorrido por la universidad, ¿qué dices? Quiero empaparme de todo cuanto a ti concierne.

Ainara negó con la cabeza.

—Lamento defraudarte, pero hoy no podrá ser. Tengo que dar clases en aproximadamente diez minutos. Además, lo que resta de la tarde estaré sumamente ocupada.

Donato dio un profundo respiro.

—¡Qué lástima! ¿Al menos la invitación para ir a cenar esta noche no vas a negarme? Estoy de paso en Nueva York, mañana debo tomar un vuelo a primera hora a California.

Ainara se volvió hacia su amiga y consultó con ella:

—¿Qué te parece salir esta noche? Díselo a Mike. —Tal parecía que a Emily no le desagradó la idea. Entretanto, Ainara se giró hacia Donato y comentó con él: —Supongo que no habrá inconveniente de ir también con mis amigos, ¿verdad?

—Por supuesto que no... Iremos todos a divertirnos esta noche.

—Perfecto. Hasta la noche entonces. Ahora si me disculpas debo ir a dar clases. —Tanto Ainara como Emily se levantaron.

—Te pasaré recogiendo a las siete. Tercer piso, ¿cierto? —preguntó Donato poniéndose en pie.

—No te molestes en subir, estaré pendiente de cuando llegues. Hasta pronto, Donato.

Donato se despidió de ambas con dos besos de cada lado de sus mejillas.

—Nuevamente un gusto conocerte, Donato —dijo Emily.

Ainara y Emily se alejaron, vieron que él volvió a sentarse a la mesa y llamó a la muchacha de servicio. Abandonaron la cafetería y se dirigieron por los corredores.

—Así que él es el famoso Donato... —comentó su amiga.

Ainara hizo un vívido gesto de desagrado con la boca.

—No entiendo qué vino hacer aquí, pudo haberse ido directamente a California.

—Bueno, han pasado varios años que no se han visto. Es razonable que quiera saber de ti, al final ustedes se conocen desde niños.

—Claro que sí... Por lo menos será únicamente por esta noche que tendré que soportarlo. —Ainara rio—. Te telefonearé cuando llegue a casa para ponernos de acuerdo. *Ciao*, amiga, mis alumnos ya deben estar esperando por mí. —Ainara continuó por los corredores.

Donato pasó recogiendo a Ainara a las siete de la noche y fueron a encontrarse con Emily y Mike en un elegante restaurante italiano: *Il Palazzo d'Oro*, en *Central Park*. Relativamente quedaba cerca de su apartamento.

Pasaron una velada agradable, aunque Donato, como era de imaginar, no dejó de alabar sus logros. Emily y Mike disfrutaron de la cena y, por supuesto, de la compañía de Ainara.

Por la expresión en los rostros de la pareja, se podría afirmar que no simpatizaron con Donato; aunque él tuviera interesantes temas de conversación.

Pasadas las diez cada uno se despidió a las afueras del restaurante.

Donato llevó de regreso a Ainara a su departamento. Tan pronto como estacionó el auto al pie del edificio, y antes de que Ainara intentara bajar del coche se volvió hacia ella y dijo:

—¿Me invitas una copa?

Ainara se giró hacia él:

—Discúlpame, Donato, es tarde y debo descansar. Gracias por la cena, que tengas un buen viaje. —Se volvió para abrir la puerta, pero Donato bajó del auto y se apresuró a abrirla por ella.

—Insisto en que me encantaría tomar una copa contigo... Solo una. Así de paso conozco en dónde vives.

Ainara sonrió, negando con la cabeza.

—No, Donato, es tarde.

—Únicamente será una copa —insistió tomándola de la mano.

Ainara, al momento, hizo de lado su mano.

—¡Basta, Donato, conozco tus intenciones! Que tengas un buen viaje. Adiós. —Se dio media vuelta y entró en el edificio. Antes de que el elevador cerrara sus puertas lo vio abrir la portezuela delantera del Nissan negro que de seguro rentó.

Una vez en su departamento se acercó al balcón y miró que ya se había ido.

—¡Donato, Donato, hasta cuándo vas a insistir conmigo...! —exclamó en un largo y tedioso respiro.

52

SAÚL LLEVABA YA ALGÚN tiempo trabajando en un renombrado hospital público de Nueva York. Luego de algunos años como residente, empezó sus prácticas como médico cirujano, bajo la supervisión del facultativo especializado que por sus años de experiencia mantenía un elevado estatus dentro del hospital. Éste, al darse cuenta de sus extraordinarias aptitudes, refirió a Saúl con el grupo de profesionales que conformaban la comitiva administrativa para que fuese tomado en cuenta y que también constituyera el grupo de doctores de planta del hospital.

Ellos accedieron a su pedido. Se reunieron en algunas ocasiones en la saleta que estaba sobre el quirófano para presenciar su desenvolvimiento cada vez que Saúl junto con su maestro tenían una intervención quirúrgica.

Al observar con la destreza con que Saúl se desenvolvía en cirugía convocaron para votar a favor o en contra.

Las votaciones fueron unánimes. No tardaron en proponerle que perteneciera al grupo de médicos de planta del hospital. Además que le ofrecieron un atractivo salario por un contrato indeterminado de tiempo. Luego de ocho años, el contrato podía ser revocado si él quisiera. Saúl aceptó sin pensarlo dos veces. Sus prolongados años de arduo estudio en la universidad de Madrid, así como también los del doctorado que cursó en la Universidad de Columbia le dieron prestigio. Desde entonces Saúl formó parte del grupo selecto de médicos neurocirujanos de ese renombrado hospital.

Con el pasar del tiempo, a sus casi treinta y cinco años, Saúl fue catalogado una eminencia en su especialidad; tenía un don innato en él.

Su primera inversión fue comprarse una casa a las afueras de Nueva York. Con el sueldo que percibía pudo tranquilamente pagar su hipoteca.

Saúl amaba la naturaleza, buscó un lugar apartado de la urbe, lejos del embotellamiento que representaba vivir en una ciudad tan grande.

La casa le quedó perfecta porque contaba con un bonito jardín y un amplio patio trasero, cubierto de pinos y abetos.

A su manera fue feliz en su residencia campestre, ese hogar le recordó siempre a Ainara. Ella también amaba la naturaleza y juntos soñaban con vivir en el campo, rodeados de árboles y jardines de coloridas flores, ver un día correr a sus hijos por aquellas campiñas al aire libre...

Aquel bello sueño no se dio, la vida se empecinó con ellos. Cada cual tomó su camino y ahora vivían mundos diferentes.

Mas su recuerdo y su amor por ella prevalecía íntegro dentro suyo.

Saúl compartía de vez en cuando con algunas de las amistades que formó dentro del hospital.

Le gustaba el ambiente de las barbacoas; por lo que unas veces se reunían en su casa con sus colegas de trabajo, y en otras en las de ellos y juntos pasaban tardes de primavera o de verano agradables.

De sus compañeros universitarios no se podía decir lo mismo. Muy pocos permanecieron en Nueva York, la mayoría de ellos se dispersaron por otras ciudades o fuera del país. Además, durante todos esos años, Saúl no salió de los Estados Unidos, únicamente viajó por otras ciudades norteamericanas a seminarios o conferencias.

53

AINARA CORRÍA DE UN lado al otro por la galería de arte que esa noche abría sus puertas a la inauguración.

Cada cuadro suyo, en el cual plasmó bellísimos paisajes naturales; en donde los ríos, cascadas, manantiales, y las flores del campo cobraban vida gracias a la destreza con que su mano guiaba sobre el lienzo; y los retratos de hombres, mujeres y niños representados al óleo engalanaban las paredes de la galería. Sus magníficas obras de arte de cuerpos desnudos esculpidas delicadamente lucían solemnes sobre decorativos pilares de piedra y mármol; indiscutiblemente eran hermosos.

En cada pincelada que daba, en cada cincelada que trazaba estaba puesta su alma. Era como si sus manos hubiesen sido delicadamente guiadas por los mismos ángeles.

Su sueño de tener su propia galería de arte era ya un hecho.

El lugar era espacioso, estaba ubicado en el primer nivel de un edificio de oficinas de arquitectos en el centro de *Manhattan*. Lo alquiló por una considerable suma de dinero, lo cual no le preocupaba porque ella era una mujer emprendedora y sabía que si algo se hacía con el corazón no había espacio para la duda; ese sería su camino.

A la inauguración asistieron todas sus amistades de la universidad jesuita, así como también invitados particulares. La noche se desenvolvió entre charlas, risas y brindis.

Hubo hasta quienes se aficionaron por algunas de sus obras; no faltaron lucrativas propuestas.

Hasta que a tempranas horas del amanecer terminó la celebración y Ainara regresó a su apartamento.

Como siempre lo hacía, dejó su abrigo y su cartera sobre la mesa alargada del recibidor y fue a revisar si había algún mensaje en la grabadora. La luz titilaba en rojo, pulsó el botón y escuchó.

Era la voz de Alfonsina, decía que insistió llamándola en varias ocasiones, le pedía que se comunicara lo más pronto con su madre.

Ainara se extrañó. De seguro algo tuvo que haber sucedido para que insistiera de esa manera.

Nerviosa, pensó en el padre Fortunato; quizás algo malo pasó con él.

—Hola, mamá...

—Ainara, hija. —La voz de su madre sonó apesadumbrada.

—¿Qué ha sucedido, mamá?

—Mi Ainara querida, tu padre murió. Los médicos no pudieron hacer nada por él. Tienes que venir a Valserra, hija, el sepelio será en dos días.

Ainara, conmovida, se quedó sin saber qué decir.

—Claro que sí, madre, mañana mismo tomaré un vuelo. ¿Pero qué pasó con él? ¿Acaso su corazón empeoró?

—Sí, hija, como sabes ya venía presentando problemas. Anteriormente ya tuvo un ataque cardíaco. En casa le dimos todos los cuidados, tuvo que dejar por un tiempo el ajetreo de su oficina y llevar el trabajo desde casa, pero esta vez no corrió la misma suerte. Lo llevamos de emergencia, y no resistió a la operación.

—Mamá... Necesito que estés tranquila, por favor. En este mismo momento haré la reserva y viajaré enseguida. Estaré lo más pronto con ustedes.

—Te esperamos, hija mía.

—Descansa tranquila, mamá.

Ainara colgó la llamada.

Le resultó insólito pensar que su padre ya no estaría más entre ellos.

A pesar de todo el sufrimiento por el cual tuvo que atravesar, se lamentó por él. Buscó enseguida por vuelos a Italia y encontró uno en horas de la tarde para ese mismo día. Asimismo se comunicó con Emily, pidiéndole que el lunes hablara con el director en la universidad y le explicara el motivo de su ausencia. De todas formas ella se comunicaría con él llegando a Valserra.

Sus amigos le dieron las condolencias. Ainara estaba preocupada por la galería, apenas había sido inaugurada, y no se le hacía oportuno cerrarla por varios días.

Emily le tranquilizó, asegurándole que ella junto con Christine se harían cargo hasta cuando regresara.

De esa manera, Ainara viajó confiada a su pueblo.

Ainara regresó después de ocho años a su pequeño pueblo.

Qué diferente lo sintió luego de aquellos largos años de no haber estado allí; y más aún con aquel frígido ambiente de tristeza.

Gaetano fue su padre, y a pesar de todas las injusticias que cometió con ella, Ainara lo amaba. Le entristeció verlo allí, inerte, dentro de esa fría caja.

El hombre altivo, dominante, soberbio, a quien el pueblo respetaba y hasta en cierto modo lo apreciaban ya no estaría más entre ellos.

Toda su familia, amistades, autoridades del pueblo, además de otras de Roma, y lugares aledaños se encontraban reunidos en la que fue su casa dándole el último adiós a quien fuera años atrás el alcalde de Valserra.

Francesca siempre fue una mujer serena; ese día así lo demostró.

No se podía decir lo mismo de Romina, ella no encontró consuelo junto al féretro de su padre.

Ainara avanzó despacio por entre los ahí reunidos, y fue directamente junto a su madre, quien se encontraba acompañada del padre Fortunato y de su amiga de toda la vida, Gabriella. Alfonsina de seguro estaría en la cocina, sabía que pronto saldría trayendo consigo algo para ofrecer a los invitados.

—Mamá, estoy aquí, contigo —saludó con ella besando su frente.

Francesca la estrechó entre sus brazos.

—Hija mía, gracias por venir.

Gabriella y Ainara intercambiaron emocionadas miradas. Ella estaba a un costado de Francesca y del reverendo.

—Padre Fortunato —dijo Ainara. Él se encontraba junto a Francesca—. ¡Qué alegría volver a verlo después de tantos años!

Fortunato la abrazó emocionado.

—¡Ainara, hija mía! No imaginas la alegría inmensa que siento de tenerte de vuelta con nosotros. Me hubiese gustado que hubiera sido en otras circunstancias, pero así son los designios de nuestro Señor.

Ainara asintió, esbozando una suave sonrisa.

—¡Mi amiga! —exclamó volviéndose luego a Gabriella, y la abrazó—. ¡Qué felicidad de que estés a mi lado después de tanto tiempo! ¿Cómo estás? ¿Y tu esposo?

—Vine sola. A Renato le fue imposible acompañarme. —De pronto, Ainara escuchó una voz detrás de su hombro, ofreciéndole sus condolencias:

—Cuánto lo siento, mi querida Ainara. Tu padre fue un gran hombre y un buen amigo mío.

Ainara se volvió enseguida.

—Gracias, Donato, lo sé. —Enseguida, Nicoletta y Darío Carusso también se acercaron a donde ella y le dieron las condolencias. Ella las recibió agradecida—. Me disculpo con ustedes —dijo, y se retiró llevándola del brazo consigo a Gabriella—. Acompáñame a la cocina, necesito ver a Alfonsina.

Ainara entró en la cocina, Alfonsina preparaba bocadillos para los invitados. En cuanto la vio corrió para abrazarla:

—¡Mi pequeña...! ¡Cuánto tiempo, querida, sigues igual de hermosa!

—¿Cómo has estado, nana?

—Bien, mi querida Ainara, extrañándote muchísimo.

Ainara sonrió.

—Igualmente yo los he extrañado a todos, pero a ti en especial, no te imaginas cuánto.

Alfonsina posó su mano sobre su hombro.

—Eso lo sé, gracias por llevarme en tu corazón. ¿Cómo le viste a tu madre? Ella está devastada con la muerte de don Gaetano. Tu venida la hará mucho bien.

—También lo pienso así. Mamá es fuerte y sé que se recuperará pronto. No puedo decir lo mismo de Romina, la vi muy estropeada. Aún no he ido con ella pero enseguida lo haré.

—Pobre, mi Romina, adoraba a tu padre. Por cierto, Francesca tiene algo de él para darte.

—¿Algo de mi padre?

—Sí, hija, deja que ella hable contigo, con seguridad lo hará enseguida.

—Ainara, hija mía —de pronto, Fortunato entró en la cocina—, te busqué por todos lados. Necesito conversar un momento a solas contigo, hija.

—Por supuesto, padre, vamos al jardín, lo acompaño.

—Por favor. —Fortunato la encaminó con él por el brazo hacia la puerta que conducía a los exteriores de la casona—. No sé si sea el momento indicado, pero debo hacerte la entrega de algo.

—¿Qué cosa, padre? —preguntó Ainara una vez sentados sobre la banqueta de piedra.

Fortunato sacó un sobre alargado del bolsillo de su sotana.

—Esta carta acabé de recibir hace unos días, hija. Es de Saúl.

Ainara, por un momento, tembló.

—¿De Saúl? —Extrañada, tomó entre sus manos el sobre que Fortunato le entregó.

—Sí, hija mía. Llegó como te dije hace unos días a la parroquia. Si deseas me retiro para que leas con tranquilidad.

Ainara asintió con la cabeza. Se levantó llevando consigo la carta de Saúl y fue hasta el jardín de los rosales.

Se sentó sobre la vieja banqueta y, temblorosa, con lágrimas en los ojos, abrió el sobre y empezó a leer la carta:

Valserra, 11 de diciembre de 1983

Ainara, amor mío, esto que te diré te sonará fuerte, pero necesito que tú lo seas más y sepas cuidarte de tu padre y de Donato. Ambos me chantajearon obligándome a alejarme de ti, y hasta fui agredido por Donato. Llegando hoy a Valserra para hablar con tu padre y suplicarle que no te hiciera más daño me encontré con una orden encauzada por él para abandonar Italia de inmediato. Por esa razón te escribo así de rápido. No puedo hacer nada, más que obedecer e irme. Te prometo que llegando a mi pueblo encontraré la manera para continuar comunicándome contigo. Buscaré trabajo en lo que sea hasta hallar la forma de regresar y hacer una vida juntos. El profundo amor que nos tenemos es la fuerza que poseo para sobrellevar esta dura realidad que tu padre me impuso. Por favor, amor mío, necesito que siempre tengas presente que jamás me olvidaré de ti, menos aún te dejaré sola.

Al pie de la carta te dejo la dirección del lugar a donde podrás escribirme sin problema alguno. Es la dirección de la que fuera la casa de mis padres. Conozco a las personas que ahora viven ahí.

Esperaré con ansias tu pronta respuesta.

Cuídate, amor mío. Siempre llevaré sobre mi pecho el pendiente con las letras de tu nombre, porque es ahí donde tú perteneces.

Te amo con toda mi alma.

Saúl.

Ainara lloró desconsolada. Nada pudo contener su lamento.

Sintió una confusión de sentimientos que lograron dominarla.

Volver después de tantos años a su amado pueblo, la muerte de su padre, y con la inesperada carta de Saúl descubrir una verdad tan desconcertante.

Ella siempre dudó que Saúl la hubiera abandonado sin dar explicación alguna.

Algo dentro de sí, en todos aquellos años, le dijo que él la amaba, que jamás la dejaría sola.

Pobre de ella... ¡Cuánto engaño, cuánta maledicencia!

Sus sueños junto al amor de su vida lograron que cayeran en pedazos...

—¿Por qué, padre? ¿Por qué fuiste tan cruel conmigo? —Sus lágrimas se derramaron una a una sobre el pedazo de papel que sujetaba entre sus manos.

Su amor por Saúl perduró de la misma manera como él le confesó en la carta... Era eterno.

Dobló el pedazo de papel y lo guardó dentro del bolsillo de su gabán y volvió junto a la familia.

Romina estaba junto a su madre, Ainara la abrazó. Giordano se encontraba junto a ella también. Ambos compartieron un gesto cariñoso.

—Mamá, acompáñame a mi habitación, necesito conversar a solas contigo.

Francesca besó la frente de Romina y juntas subieron los escalones que conducían a la habitación que fue de Ainara.

—Mamá, dime que tú no sabías nada de esto —dijo entregándole la carta que Saúl escribió para ella.

Francesca, asombrada, tomó la carta entre sus manos.

—¿De qué se trata, hija?

—Léela, por favor.

Francesca desplegó la carta y la leyó. Su expresión cobró asombro con cada línea de lo que ahí estaba escrito.

—¿Qué es esto, hija? ¿De dónde la sacaste?

—Padre Fortunato acabó de dármela. ¿No tenías conocimiento de ella?

—No, hija. Tu padre nunca me habló nada al respecto. Al contrario, siempre nos dijo que Saúl aceptó el dinero que él mismo le ofreció, y que luego se marchó a Madrid para hacerse sacerdote.

—¡Nos engañó a todos, mamá! ¡Él y Donato tuvieron que ver en su desaparición! ¡Nunca se los perdonaré, ni a él ni al desgraciado de Donato!

—Hija, algo no está bien...

—¿Qué más pruebas necesitas, mamá? Papá hizo que lo expulsaran de Italia. Nos mintió a todos. —Ainara volvió a llorar desconsolada.

Francesca la abrazó, trató de darle consuelo acariciando los rizos de su cabello.

—¡Cálmate, hija! Sabremos qué mismo fue lo que sucedió... Te lo aseguro. Tu padre me entregó antes de morir una carta que escribió para ti.

Ainara se apartó de los brazos de su madre, negándose.

—No la quiero...

—Hija, él me la entregó cuando ni siquiera sabía lo que le ocurriría. Debo dártela porque fue su última voluntad.

Ainara, con lágrimas en los ojos, negó con la cabeza.

—De todas maneras no la leeré. Él nos hizo mucho daño.

—Hija mía, no guardes rencor en tu corazón.

—¿Y todavía me pides eso? ¡Amé a Saúl, mamá, lo sigo y lo seguiré amando por el resto de mi vida!

—Respetemos la memoria de tu padre, hija.

—Él no respetó mi vida, madre. No se dolió de mis súplicas y me envió lejos de casa. ¡Tan solo era una niña de apenas dieciocho años! No pensó que mis sueños se quebrantaban a mis pies, que destrozaba mi vida en mil pedazos apartándome con sucios engaños de quien yo tanto amaba. Me tuvo encerrada en ese lugar por años ¿y todavía dices que respete su memoria? Por supuesto que respetaré su memoria, pero jamás se lo perdonaré. Lo siento, madre, pero él endureció mi alma. No me pidas que derrame una lágrima por él, porque no lo haré.

—Hija mía... —Francesca lloró abrazada a su hija—. Ya no eres una niña. Yo respeto tu decisión.

—Te lo agradezco, mamá. Regresemos a la sala, por favor.

—Sí, hija, límpiate esas lágrimas y bajemos.

Ainara y su madre regresaron junto con los invitados.

Al día siguiente fue el sepelio de Gaetano.

En los días posteriores se calmaron los ánimos en la casa.

Francesca y Romina demostraron fuerza y resignación.

Ainara aún tenía una conversación pendiente con Donato. El día que estuvieron reunidos en su casa no tuvo la oportunidad de hacerlo porque él ya se había marchado antes de que Ainara pudiera enfrentarlo.

Esa mañana fue Gabriella a visitarla a su casa.

—Mi amiga, gracias por venir. Tenía tantos deseos de conversar contigo.

—Yo también, Ainara.

—¿Hasta cuándo te quedarás en Valserra?

—Mañana regreso a Londres.

Ainara sonrió.

—Noto que eres muy feliz. Te lo mereces, Gabriella.

Gabriella asintió con otra sonrisa.

—Lo soy, Ainara. ¿Y tú? ¿Estás feliz con tu galería de arte? Hiciste realidad tu sueño.

Ainara suspiró profundamente.

—Es lo que me mantiene viva. La satisfacción de transmitir paz y amor en cada una de mis obras.

—Lo sé...

—Gabriella... —Ainara sacó la carta de Saúl del cajón de su mesita de noche—. Quiero que leas esto y luego me digas qué piensas. —Gabriella tomó la carta y la leyó de principio a fin.

—¡Dios mío! ¿Cómo llegó esto a tus manos, Ainara?

—El padre Fortunato me la dio. La recibió hace unos días. ¿Te das cuenta? Entre mi padre y Donato chantajearon y amenazaron a Saúl hasta enviarlo valiéndose de sucias mentiras fuera de Italia.

—Nunca pude contártelo, pero a raíz de que tu padre te internó vi un día a Saúl mal herido. —Gabriella se quedó por un momento pensativa—. ¡Fue entonces que Donato lo agredió! ¿Claro, quién más pudo haberlo hecho? Y él me aseguró que había sido asaltado por unos hombres que quisieron robarle cuando regresaba al convento.

A Ainara le sorprendió su confesión.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cómo lo encontraste?

—Quise hacerlo, pero para entonces ya don Gaetano dio la orden de que nadie pudiera comunicarse contigo... ¿Qué más podía hacer? Sé que el padre Fortunato fue quien lo atendió. Pero déjame decirte que Saúl estaba muy mal.

—Pobre de mi Saúl —exclamó Ainara con lágrimas en los ojos—. Todavía no he hablado con Donato... Él tendrá que darme una explicación a todo esto.

Y así fue, al día siguiente, luego de que Ainara despidiera a Gabriella en la estación del tren, telefoneó a Donato para encontrarse con él en una cafetería del pueblo.

Cuando Ainara llegó, él ya esperaba por ella sentado a la mesa.

Dejó su cartera en el respaldo de la silla y se sentó frente a él.

—¡Qué grata sorpresa encontrarnos al fin solos tú y yo, Ainara!

Ainara respiró profundamente.

—Pues no creo que te resulte tan grata luego de escuchar lo que te vengo a decir, Donato.

—Tú siempre tan hiriente conmigo. Pero te comprendo. Quizás es por la muerte de tu padre... No han pasado sino cuatro días de ello.

Ainara sonrió con ironía.

—Continúas siendo el mismo arrogante de siempre. Pensé que en estos años hubieras cambiado. Pero no, no me refiero a ti de esta manera por esa razón. La muerte de mi padre me ha

afectado sí, pero no tanto como enterarme de lo que ustedes hicieron. De lo que tú también hiciste, Donato.

Donato se la quedó mirando con gesto de asombro, y soltó una risa sarcástica.

—No te entiendo, ¿qué tratas de decirme?

—Fuiste tú con mi padre que chantajearon a Saúl y lo mandaron lejos de Italia. Además que lo agrediste... ¿Cierto, Donato? ¿Qué puedes decirme sobre eso?

Donato echó a reír.

—¿De dónde sacas semejante historia? Realmente estás muy afectada por los sucesos de estos días.

—¡Maldita sea, tengo una carta de él en donde me dice que tú lo agrediste, en donde me advierte que me cuide de ti y de mi padre! ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te ofreció mi padre para que me hicieras ese daño?

Donato enseguida la tomó de las manos.

—¡Ainara, cariño, cómo puedes siquiera imaginarlo!

—¡Suelta mis manos! Ustedes dos lo tramaron todo. Entre ustedes hicieron que lo expulsaran de Italia, y de seguro fuiste tú quien le pidió a Marcella para que nos vigilara en el instituto. Ahora lo veo todo tan claro.

—No, Ainara, no es así, estás equivocada. Lo que haya hecho tu padre no me involucra a mí. ¡Entiéndelo de una vez!

—¿Y por qué agrediste a Saúl? ¿Eso también vas a negarlo?

—No, no voy a negarlo. Sí, lo agredí... ¿Pero qué? ¿Dos golpes, tres a lo mucho cuando una noche regresaba de sabrá Dios dónde? ¡Soy un hombre, Ainara, sentía celos de él!

—No te dio el derecho de hacerlo. Aún no he hablado sobre esto con el padre Fortunato, pero Gabriella lo vio y me dijo lo mal herido que lo dejaste. No te creo que fueron solo dos golpes. Te conozco y sé lo bruto que eres.

—No me hables así...

Ainara lo miró enérgicamente.

—Tú no vienes a intimidarme. La niña recia que conociste es más fuerte aún. Tenlo por seguro que llegaré a la verdad de todo, entonces seré yo quien se cobrará, una a una, cada fechoría que hicieron. Mi padre ya no está, ¡pero todavía quedas tú!

—Ainara, mi querida Ainara, te juro que nada tengo que ver. Es verdad que tu padre habló conmigo pidiéndome que no te abandonara. Yo jamás lo hice ni tampoco en ningún momento me hubiese siquiera pasado por la mente hacerlo. ¡Te amé, y demasiado!

Tras sus palabras que no tuvieron sentido alguno para ella, Ainara se humedeció los labios y, negando con la cabeza, desvió la mirada hacia la ventana.

—Debo irme —dijo regresándolo a mirar y se levantó—. Adiós, Donato.

—¡Espera, Ainara! ¿Cuándo regresas a Nueva York?

Ainara lo miró con frialdad.

—¿Para qué te interesa saberlo?

Donato se levantó también.

—Nos conocemos desde niños, yo jamás te haría daño. Necesito que eso lo tengas bien claro, por favor.

—Regreso mañana.

—Créeme que deseo que continuemos viéndonos. Como amigos, por supuesto, amigos que no pueden romper sus lazos de amistad. Me gustaría volver a visitarte en Nueva York.

—Adiós, Donato. —Ainara se dio media vuelta y salió de la cafetería.

Ainara no le creyó ni una sola palabra a Donato.

Antes de regresar a casa fue al convento, necesitaba hablar con el padre Fortunato.

—Padre, vine a despedirme de usted. Mañana regreso a Nueva York.

—Ven, hija mía, siéntate. ¿Cómo has estado?

—No voy a negarlo, padre, estoy muy confundida por todo cuanto Saúl me dejó saber en su carta.

Fortunato respiró hondo.

—Mi pobre muchacho sufrió mucho por ti. Te amaba con el alma. Aún no comprendo por qué hizo lo que hizo.

—¿Usted cree eso, padre? ¿Por qué nunca me dijo que mi padre lo expulsó de Italia? Él me dice en la carta que ustedes estuvieron juntos. ¿Qué fue lo que pasó?, dígamelo, por favor.

—Ainara, querida, es verdad que aquí, al convento, llegó la orden encauzada por Gaetano en donde se estipulaba que Saúl tenía veinticuatro horas para abandonar Italia. Yo mismo lo acompañé a la estación de policía. Fue ahí que él me pidió que te hiciera llegar una carta que escribió para ti a Florencia. Hice todo como él me pidió. Luego recibí una que otra carta suya desde su pueblo, hasta que después no volví a saber más de él. Únicamente lo que Gaetano dijo a todos. Al poco tiempo enfermé. Y aquí me tienes, hija, sin saber todavía qué mismo pasó con Saúl. Ni conmigo volvió a comunicarse más.

—Lo que mi padre les hizo creer a todos más bien dicho, padre. No creo una sola palabra de eso. No después de leer la carta que usted me dio. Léala, dese cuenta de toda la verdad por sí mismo. Además, fíjese en la fecha que él la escribió.

Fortunato cogió la carta y la leyó.

—¡Madre Santísima del cielo! Esta es la carta que seguramente te escribió el día que lo llevaron. La que yo envié a Florencia. ¿Y hasta ahora la regresaron? No entiendo...

—Así como también desaparecieron todas las que yo le escribía. Y de seguro las que él me enviaba a mí.

—Es lo más probable, hija.

—Algo muy fuerte tuvieron que haberle dicho, padre, lo presiento.

Fortunato dio un hondo suspiro.

—Ten fe, hija, algún día sabrás qué mismo sucedió.

—Dios va a querer que así sea, padre. Usted lo atendió el día en que lo golpearon, ¿cierto? ¿Supo quién lo hizo?

—Eso fue un misterio, Ainara. No creí una sola palabra de lo que Saúl me dijo. Pero déjalo así, no te atormentes más pensando en ello.

—Solo dígame si Saúl estuvo muy mal herido ese día, por favor, padre.

Fortunato asintió en un suave suspiro con la cabeza.

—Gracias, padre, solo eso necesitaba saber. ¡Pobre de mí Saúl, cuánto se ensañaron con él!

—¿Piensas que fue Donato?

—Sí, padre, me lo confesó hace tan solo un momento que estuve con él.

—Donato, Donato, siempre tuve mis dudas sobre él...

—Tengo que irme, padre Fortunato. Lo llamaré cada vez que pueda. Cuídese mucho y cuide de mi madre, se lo pido.

—Adiós, hija mía. Ve tranquila que así lo haré.

Cuando Ainara llegó a casa, compartió unos momentos en familia y luego subió a su habitación.

Se paró frente a la ventana y, con el alma abatida, exclamó dentro de sí: ‹‹Saúl, *amore mio,* ¿qué ha sido de ti? ››. Permaneció ahí, con la mirada perdida en las hermosas hortensias que embellecían el jardín de su madre. Tras un largo suspiro regresó a mirar su maleta que la había dejado junto a la cama, tenía que empacar porque temprano en la mañana tomaría el tren que la llevaría a Roma, desde donde abordaría el avión de regreso a Nueva York.

A la mañana siguiente, antes de que Ainara fuera sola a la estación porque así lo prefirió, su madre se acercó para despedirse de ella:

—Hija mía, que los ángeles te protejan. Guarda esto —dijo colocando en sus manos la carta que su padre escribió para ella—. Llévala contigo. Tu padre me confió que te la entregara, y es mi deber cumplir con su voluntad. Es tu decisión si la lees o no.

Ainara tomó la carta y enseguida la guardó dentro de su cartera.

—Gracias, mamá. Te prometo que vendré cada vez que pueda. Despídeme de Romina y de Giordano, por favor. —Ambas se dieron un cálido abrazo—. Hasta pronto, Alfonsina. —Ella se encontraba también en el jardín para despedir a Ainara, igualmente se dieron un cálido abrazo de despedida.

—Que la virgen te acompañe, mi niña. Esperaré ansiosa tu regreso.

—Cuídense, las amo.

Ainara se embarcó en el auto en donde, Fulgencio, el chofer que aún trabajaba para la familia, aguardaba por ella para llevarla hasta la estación del tren.

54

AINARA RETOMÓ SU VIDA normal, no tuvo problema cuando regresó a dar las clases en la universidad porque el reemplazo que la cubrió por los días que estuvo ausente supo sobrellevar el trabajo.

En cuanto a la galería, de la misma manera Emily y Christine estuvieron al frente. Ainara contó con la ayuda de sus dos amigas, por lo que se mantuvo bien respaldada durante esos días.

Encontrándose nuevamente de regreso en su entorno se sintió en casa.

Aquel era el hogar de Ainara. Allí forjó sus sueños.

Fue grato para ella volver a su pueblo después de tantos años y compartir con su madre, con Romina y Giordano, con Alfonsina, el padre Fortunato, su amiga de toda la vida, Gabriella; no se podía decir lo mismo de Donato, a pesar de ellos haber sido buenos amigos durante la niñez, con cada oportunidad que se presentaba él demostraba ser una persona sin escrúpulos.

Durante el vuelo de regreso, Ainara miró con insistencia dentro de su cartera la carta que su madre le entregó. No sabía si deshacerse de ella o llevarla a casa consigo.

En todo el tiempo que estuvo en Valserra no consiguió detenerse a pensar en las atrocidades que su padre hizo. Pasó todo tan de prisa que no se dio el tiempo de reflexionar en ello.

Mas en esos días, encontrándose en el silencio de su hogar, resonó cada palabra, cada frase que Saúl expresó en su carta. ¿Cómo un padre podía hacer tanto daño valiéndose de mentiras para conseguir su objetivo, marcando cruelmente el destino de una jovencita que empezaba a florecer a la vida?

De todas maneras Ainara era ya una mujer adulta, y así como pudo afrontar su dolorosa realidad por manos de su padre, igualmente podría superar la verdad que días atrás le fue revelada... ¿Había algo más que ella desconocía?

Con la carta de su padre sobre el mueble esquinero de su habitación, Ainara no se deshizo de ella, la dejó por días lanzada en ese lugar. Mas cada vez que la tenía frente a sus ojos sentía una fuerza incontrolable de repudio, se negó a saber qué era lo que estaba ahí escrito y, con indignación, la cogió y la refundió en el lugar más recóndito de un pequeño baúl en donde guardaba cosas sin uso.

Tomó las llaves de su auto y fue a la galería. Era el lugar en donde desahogaba su desconsuelo; encontrarse allí, en medio de su creación, le transmitía paz y amor.

—Buenas tardes, Christine, ¿alguna novedad mientras estuve fuera? —preguntó al llegar.

—Buenas tardes, Ainara. Qué bueno que hoy llegaste más temprano. Llamó un señor llamado Tiziano Marino, vive en Nueva York, y dijo que deseaba conocerte. Él estuvo aquí hace unos días.

—¿De veras? Por su nombre no cabe duda de que es italiano.

—Así es, Ainara. Francamente yo no lo vi, fue Emily quien lo atendió, pero lo que sí puedo asegurarte es que se quedó fascinado con tus obras. Fue lo que comentó Emily.

El comentario le vino de maravilla a Ainara.

—Si dejó su número, llámalo, por favor, y haz una cita con él, para esta misma tarde de ser posible —dijo mientras se encaminaba hacia el interior de la galería. Ciertamente sus cuadros y esculturas lucían espectaculares.

Al poco tiempo, ya entrando la noche, Tiziano Marino fue a la galería:

—Buenas noches... ¿Señorita Ainara? —En ese momento Ainara se encontraba de espaldas al mostrador acomodando unas esculturas dentro del estante iluminado que antes de su viaje a Valserra había mandado a instalar. Tan pronto como colocó la silueta de una pareja unidos en un abrazo se volteó hacia él:

—¿Señor Marino? —Ainara quedó impactada. El hombre quizá tenía treinta y cinco años; la misma edad que tendría Saúl. Era alto, elegante, de cabellos oscuros, y ojos almendrados en un delicado color miel. Por su apariencia refinada saltaba a la vista que era un hombre adinerado.

—Es un gusto al fin conocerla en persona, señorita D'Alfonso —dijo extendiendo su mano. Su dedo anular exhibía un costoso anillo incrustado de diamantes—. Estuve la semana pasada visitando su galería y créame que estoy complacido con sus obras. Son realmente bellísimas.

Ainara le devolvió una gentil sonrisa.

—Le agradezco, señor Marino. Dígame, el motivo de su visita es...

—Es porque quiero hacerle una invitación, Ainara. Puedo tratarla así, ¿verdad? —Ainara asintió con una suave sonrisa—. Tengo una mansión por estrenar en los suburbios de la ciudad y

me gustaría que usted nos honre con su presencia en la inauguración. Además, me interesa que algunas de sus piezas decoren las paredes de mi nueva casa. ¿Me acompaña para decidir cuáles?

Ainara, muy dentro suyo, saltó de júbilo.

—Por supuesto, será un placer. Venga conmigo, por favor.

Ainara encaminó a aquel hombre al interior de la galería mostrándole, describiendo cada pieza. Tiziano se interesó en tres de ellas, las más costosas. Regresaron al mostrador, él escribió el cheque con la cantidad indicada por Ainara. Era un buen dinero; el suficiente para pagar al menos medio año de arriendo del local.

—La fiesta tendrá lugar este sábado por la noche. Será un placer contar con su presencia. Le dejo mi tarjeta por cualquier motivo. —Tiziano estiró la mano entregándosela—. Gracias y una buena noche.

Ainara esbozó una suave sonrisa.

—Gracias a usted, señor Marino. Mañana a primera hora le haré llegar los cuadros.

Ainara tomó entre sus dedos la tarjeta de aquel misterioso hombre y la leyó. Tiziano Marino era el dueño de una empresa de medios de comunicación en todo el país.

¿Iría a la fiesta de inauguración? Por supuesto que sí. Estaba tan emocionada por la fabulosa venta que acababa de hacer que no podía esperar para comentar con Emily.

—Ni imaginas lo que acaba de suceder —dijo cuando ella llegó a la galería.

—Si no me cuentas ¿cómo quieres que lo sepa?

Ainara rio.

—¿Tienes tiempo para ir a cenar?

—No veo ningún problema, Mike llegará tarde a casa hoy. Deja que lo llame.

Ainara y Emily fueron a un restaurante de comida italiana que había por ahí cerca.

—Entonces cuéntame ¿qué es lo que te tiene tan contenta?

—Acabé de vender tres de mis mejores y más costosos cuadros.

—¿Lo dices en serio?

—Así es. Además... Este hombre, Tiziano Marino, me invitó a la inauguración de su mansión a las afueras de Nueva York. ¿Cómo lo ves? ¡Estoy tan feliz!

—Tiziano Marino... —repitió Emily—. Ese nombre me suena. ¡Oh, ahora lo recuerdo! Aquel italiano tan bien puesto. Él preguntó por ti el pasado martes o miércoles si bien lo recuerdo. ¡Ainara, date cuenta, tu mundo está dando un giro! ¡Felicidades, amiga! De seguro se fijó en ti, le gustas. Definitivamente tienes que ir a esa fiesta.

Ainara gesticuló con la boca.

—Por supuesto que iré. Cómo voy a perderme algo así. Pero no seas exagerada, apenas lo conocí hoy. Es un empresario muy importante, ¿sabes? El dueño de toda una cadena de medios de comunicación en todo el país. Creo que merezco conocer gente así de importante.

Emily tomó la botella de vino que el camarero había dejado sobre la mesa y, atrayéndola hacia donde ella, dijo:

—Pues sí, tu mundo ciertamente empieza a dar un giro, ¡un extraordinario giro! —Vació en la copa el delicioso vino Chianti que ordenaron—. *Salute!* A lo italiano, *mia cara amica.*

Ainara rio de contento.

—*Salute!* Por un futuro próspero y cargado de cosas buenas.

Ainara no terminaba de cerrar la puerta de su apartamento, cuando sonó el teléfono, por lo que corrió a alcanzar la llamada.

—Hola...

—Ainara, mi queridísima amiga. —Era la voz de Donato.

—¿Cómo estás, Donato?

—Bien, de hecho, de lo más entusiasmado. Estoy en Nueva York, vine por asuntos de trabajo, y de paso a visitarte.

Ainara frunció el entrecejo.

—No necesitabas hacerlo. Pero ya que estás aquí, bienvenido.

—¿Podríamos vernos esta noche, tienes algo que hacer? Te invito a cenar, ¿qué dices?

—Acabo de regresar de cenar con mi amiga. En tal caso cualquier día antes de que regreses a Italia. ¿Cuántos días te quedarás?

—Qué lástima. Estaré únicamente por cuatro días, y durante ese tiempo voy a estar sumamente ocupado. ¿Qué dices el sábado?

Ainara enseguida recordó que el sábado era la fiesta de su cliente.

—Tengo una invitación el sábado por la noche. Si deseas podrías acompañarme...

—Por supuesto. Dime a qué hora y yo te pasaré recogiendo. Dame tu número móvil. —Para entonces ya se utilizaban los teléfonos celulares.

—¿Tienes con qué anotar?

Ainara pensó que no habría inconveniente de ir acompañada de Donato a la fiesta de su cliente. Así se desentendería de él porque al día siguiente tomaría su vuelo de regreso a Florencia.

El sábado por la noche Donato pasó a recogerla, estuvo puntual, a las nueve menos diez llamó a la puerta de su apartamento.

Ainara se encontraba lista. Vestía un entallado y elegante vestido en color negro. Aparte del duelo que llevaba por la muerte de su padre, era un color sobrio y refinado.

—Buenas noches, Ainara. ¡Qué hermosa luces hoy! —exclamó mirándola de pies a cabeza.

—Hola, Donato, deja los halagos, por favor. Vamos —dijo guardando las llaves del apartamento dentro de su cartera de noche y bajaron a la acera para embarcarse en el auto que Donato había alquilado, y se dirigieron a las afueras de Nueva York.

La mansión era impresionante. Un largo camino de pinos resguardaba la entrada.

Bajaron del auto y se encaminaron hacia la entrada.

El mismo Tiziano salió a darles el encuentro:

—Bienvenida —dijo haciendo la cortesía a Ainara, y enseguida regresó a mirar a Donato.

—¡Qué pequeño es el mundo! —comentó de inmediato Donato.

Ainara los miró simultáneamente a ambos.

—¿Ustedes acaso se conocen?

Tiziano le brindó una suave sonrisa a Ainara.

—Por supuesto —se adelantó en responder Donato—, nos conocemos desde hace muchos años atrás, en Florencia. Tiziano Santoro...

—Marino —corrigió él.

A Ainara le extrañó.

—¿Eres acaso pariente de Lucca Santoro?

—Es mi padre.

—¿Tu padre? ¿Y cómo no me dijiste nada de eso el día que fuiste a la galería?

—No lo creí necesario. Sigan adelante, por favor.

—Claro, gracias. —Ainara entró al salón principal en silencio, extrañada. Le acompañaba Donato, y detrás suyo le seguía Tiziano.

—En un momento estaré con ustedes —dijo Tiziano—. Me disculpas, por favor, Ainara. Pónganse cómodos y sírvanse lo que deseen. —Ainara lo miró perderse por entre los invitados que llenaban la sala.

—¿Tú lo conocías? —preguntó a Donato.

—Por supuesto, conozco a gente importante de Florencia. Recuerda que soy un abogado de importancia.

Ainara gesticuló con los labios.

—Claro, es lógico. Avancemos al interior, me gustaría mirar en dónde colocó los cuadros que compró.

—¿Tiziano compró cuadros de tu galería? —Donato elevó su ceja izquierda.

—Fue ahí en donde lo conocí. Mientras estuve en Valserra fue a la galería y se interesó en algunas obras. —Ainara indagó con la mirada por todos los rincones del salón esperando encontrar sus pinturas—. ¡Mira, ahí está una de ellas! ¡Qué hermosa luce! —exclamó acercándose al paredón iluminado con delicadas luces indirectas que hacían resaltar su óleo de paisajes medievales.

Donato se aproximó también al cuadro y, fijándose en él, comentó:

—Realmente es una magnífica pintura. Tienes talento, Ainara. Iré por otra copa de champaña. ¿Deseas que te traiga una?

Ainara negó con la cabeza mientras continuaba deleitándose con su obra.

—No, gracias, estoy bien así.

De pronto, escuchó la voz de Tiziano decir por detrás de su hombro:

—Sabía que te encontraría aquí.

Ainara se volteó.

—Contemplaba mi pintura.

—Eres muy talentosa. Siempre lo supe.

—Me conociste cuando estudié en el instituto, ¿cierto?

—Por supuesto —respondió Tiziano—. Quizá tú no me hayas visto, pero yo sí a ti. Y mira lo pequeño que es el mundo, tal como dijo tu amigo, vine a encontrarte aquí.

Ainara le regaló una suave sonrisa.

—¿Me enseñas en dónde exhibes los otros cuadros?

—Ven conmigo, los tengo dispersos por diferentes ambientes de la casa.

Tiziano encaminó a Ainara a una saleta privada. Sus cuadros decoraban las paredes de ese ambiente acogedor.

—Son únicos —comentó él.

Ainara los contempló en silencio.

—¿Deseas que te sirva una copa?

—Gracias, eres muy amable.

Tiziano le acercó la copa en la que previamente vertió champaña:

—Sírvete, por favor, y ahora pongámonos cómodos.

Por alguna razón que ella desconocía, Ainara sintió confianza estando en su presencia.

—Me gustaría, y no quiero ser inoportuna, que me hables sobre ti. ¿Cómo me conociste, y por qué llevas otro apellido que no sea el de tu padre?

—Es una larga historia. Rompí relaciones con él desde hace mucho tiempo atrás. Nunca estuve de acuerdo con su proceder deshonesto. Llevo el apellido de mi madre.

Ainara lo miró inquieta.

—¿Por qué me buscaste?

Tiziano respiró profundamente, a lo que respondió:

—Durante todos estos años siempre me pregunté qué había sido de tu vida después de los años que permaneciste interna en el instituto. Y créeme que no indagué qué fue de ti. Te aseguro que me sorprendió cuando fui a tu galería y tu amiga me dijo que te encontrabas en Italia. Supe de inmediato que se trataba de la misma jovencita que cada tarde miraba en el instituto... Fue una coincidencia haberte encontrado.

—Mi padre murió. Imagino que lo sabías.

—Sí, lo supe. Mis sinceras condolencias, Ainara. Disculpa que no te las haya dado antes.

—No te preocupes. ¿Y a Donato?, ¿cómo fue que lo conociste?

Tiziano estuvo a punto de decírselo, cuando de repente Donato abrió la puerta y entró en la saleta íntima en donde Ainara y Tiziano conversaban:

—¿Ainara? Quedé esperando por ti, querida.

—Tiziano me trajo hasta aquí para enseñarme los cuadros que compró. Pienso que se me hizo tarde —dijo poniéndose en pie—. Ha sido un gusto compartir contigo y con tus invitados, Tiziano, pero debemos regresar.

—Gracias a ti por haber venido, Ainara. Vamos, los acompaño hasta la salida.

Tiziano los encaminó hasta los portones. Ainara y Donato se embarcaron en el auto y regresaron a la ciudad.

—¿Qué tanto hablaban? —preguntó Donato mientras conducía.

—Nada en particular. Me contaba que me conoció cuando estudié en el instituto. —Ainara recostó su nuca en el reposacabezas, cerró los ojos y permaneció en silencio.

—Mañana tomaré el vuelo de la tarde —dijo Donato—. Si deseas paso por ti para ir a desayunar.

—No te molestes. Pasaré el día en casa de mis amigos. —El auto se detuvo y Ainara se dio cuenta de que habían llegado—. Gracias por acompañarme. Que tengas un buen viaje, Donato. —Abrió la portezuela y, antes de ella poner un pie en la acera, Donato la tomó por el brazo y comentó:

—¿Vas a irte así? ¿No me invitas a subir a tu apartamento?

Ainara sonrió con ironía.

—Suéltame, Donato. Bien sabes que entre tú y yo nada va a ocurrir. Que tengas una buena noche.

Ainara bajó del coche y se apresuró a subir a su apartamento.

Se acercó al balcón y vio que Donato permaneció por algunos minutos estacionado al pie del edificio. Él alzó la mirada hacia su apartamento que tranquilamente se lograba divisar desde la acera. Ainara dio un paso atrás. Luego Donato encendió las luces y se marchó.

Ainara se quedó pensativa, le inquietó que Tiziano y él se conocieran.

La mañana de ese domingo amaneció cálida y despejada. Ainara se preparó para ir a la casa de Emily, puesto que pasaría el día en compañía de sus buenos amigos.

Su casa era espaciosa. Esa mañana desayunaron en el jardín trasero, la tibieza de esos días veraniegos ameritaba para disfrutar de los exteriores; aunque húmedos, eran agradables. Luego disfrutarían del Sol y de la refrescante piscina con que contaba la propiedad.

Ainara estaba impaciente por comentarle a su amiga todo cuanto ocurrió la noche anterior en la fiesta.

Después de tomar el desayuno se quedaron conversando sentadas a la mesa mientras Mike recogía la vajilla:

—Cuando supe que Donato y Tiziano se conocían de tiempo atrás, quedé intrigada —le contó Ainara a su amiga.

Emily levantó una ceja.

—¿Por qué Tiziano no te comentaría nada al respecto?

Ainara se encogió de hombros.

—Seguramente no lo vio necesario. ¡Qué iba a saber él que entre Donato y yo manteníamos comunicación! De todas maneras me iba a comentar cómo fue que se conocieron, cuando en ese momento Donato entró en la sala buscándome.

—Claro, es lo más lógico. ¿Y su casa?, bellísima, me imagino.

—Hermosa. Tiziano es un hombre de bastante dinero.

—De seguro a Donato no le agradó mucho que digamos que ustedes se conocieran. Con todo lo que me has contado sobre él...

Ainara gesticuló con la boca.

—Más bien quién se quedó de una sola pieza viéndome presentar a la fiesta con él fue Tiziano. No sé, Emily, pero algo no me cuadra en todo esto. Tiziano me parece una persona buena, honesta, hay algo en su expresión que me dice que necesita decirme algo. Por el hecho de

haberme conocido en el instituto, conocer también a Donato, algo me hace desconfiar. Donato hizo muchas cosas para nada decorosas.

—Debes tener cuidado con él, Ainara. —En ese momento Mike las acompañó en la conversación.

—¿De quién hablan?

—Ainara me cuenta de su sorpresa al enterarse que Tiziano y Donato ya se conocían desde hace doce años atrás, quizás hasta más, en el instituto.

Mike levantó ambas cejas.

—Medio raro, ¿no?

—Le decía a Ainara que debería tener cuidado con Donato... Él no me inspira confianza.

Mike asintió con la cabeza.

—Es verdad, Ainara, lo mismo opino yo.

—Lo sé, ¡quién mejor que yo para conocerlo! Todo lo que hizo años atrás no lo apruebo. Y así se haya disculpado diciendo que fue por celos, no le dio el derecho. ¿Saben? Me gustaría volver a verme con Tiziano. Tenemos una conversación pendiente. Yo sé que hay muchas cosas por esclarecer.

—Así es. Ya tendrán la oportunidad de conversar —dijo Mike—. ¿Pero ahora qué les parece si disfrutamos de este Sol maravilloso y vamos a la piscina?

—No has propuesto una mejor idea... —Ainara se retiró el blusón largo que esa mañana llevaba puesta, dejando a la vista su bañador y, juntos, los tres, se lanzaron al agua.

55

—BUENAS TARDES... —AINARA LEVANTÓ la mirada del computador tan pronto como escuchó la voz de Tiziano. Él se encontraba parado frente suyo mientras ella revisaba el estado de ventas.

—¡Tiziano, qué gusto! ¿Cómo has estado?

—No tan bien como tú. —Sonrió—. Me tomé el atrevimiento de venir a verte para invitarte un café. ¿Te gustaría acompañarme?

Ainara accedió encantada. Es lo que quería, volver a verlo para reanudar la conversación que quedó pendiente; a lo que respondió esbozando una amplia sonrisa:

—Por supuesto, Tiziano. Realmente quise que nos volviésemos a ver.

—Me hubieras llamado. En mi tarjeta está mi número.

—No lo creí oportuno. Bueno, dame cinco minutos y podremos irnos.

Ainara fue a la bodega para constatar si todo estaba en orden. Pidió a Christine que cerrara la galería y fue al mostrador para reunirse con Tiziano.

—Vamos entonces —le dijo.

Fueron en el Range Rover último modelo de Tiziano hasta una cafetería fuera de *Manhattan*.

Entraron y se sentaron a una mesa junto a un ventanal grande, desde donde se apreciaba la espaciosa acera cubierta con elegantes macetas de madera alargadas, en donde toda una diversidad de flores coloridas se desbordaba embelleciendo el lugar.

—Quise verte —dijo él—, porque siento que tenemos una conversación pendiente. No pude terminarla aquel día en mi casa.

—Sí, Tiziano, lo mismo digo yo. Por esa razón te comenté que deseaba que nos volviéramos a ver. Ahora que nadie podrá interrumpirnos te pido, por favor, que me aclares muchas cosas que han venido dando vueltas en mi cabeza.

Tiziano sonrió, y antes de empezar con su charla, preguntó a Ainara qué deseaba servirse cuando el camarero se acercó a donde ellos. Ella se antojó por un café americano con un chorrito de Brandy, y un tiramisú. Tiziano ordenó un espresso doble. Él no era de postres.

—Cuando esa noche, Donato entró buscándote —continuó Tiziano—, en ese momento me disponía a responder a tu pregunta.

—Sí, recuerdo que te pedí que me dijeras cómo fue que ustedes se conocieron.

—Así es. Tuve la oportunidad de conocer a Donato en una de las tantas veces que fue al instituto. Él y mi padre eran buenos amigos. Ese día él nos presentó, y desde ese momento tan solo cruzamos palabra una que otra vez. Puedo decirte que ellos mantenían una estrecha amistad.

—¿Qué extraño? Yo jamás vi a Donato en el instituto. A excepción de una única vez que fue a visitarme, y créeme que se me hizo tan extraño porque mi padre claramente prohibió cualquier visita que fuera para mí.

Tiziano sonrió burlonamente.

—Lastimosamente eso fue lo que a ti te hicieron creer, Ainara.

—¿Qué me quieres decir?

—Entre tu padre y el mío se puede decir que confabularon contra Saúl y, claro, Donato de por medio.

Ainara abrió los ojos.

—¿Qué prueba tienes para decir algo así?

—Algunas, mi querida Ainara. Por varias ocasiones escuché sus conversaciones sin que ellos se dieran ni cuenta. Donato nunca fue de mi agrado, porque además de ingeniar la manera de cómo alejarte de Saúl, cierto día lo escuché hablando con Marcella, ambos estaban reunidos en el despacho de mi padre. Él no se encontraba ahí en ese momento. Presencié cómo Donato le pasó un sobre, seguramente era dinero. Luego le pidió que te vigilara, le exigió que lo hiciera de día y de noche, y que si algo miraba fuera de lo normal, que no dudara enseguida en comunicárselo. Desconozco si ella habló con Donato, pero yo estuve presente el día en que Marcella fue y le comunicó a mi padre que los vio a ti y a Saúl encerrarse en el cuarto de lavandería. —Ainara se mantuvo en silencio, asombrada; mientras tanto, Tiziano continuó: —Mi padre telefoneó al tuyo y se dio la orden de aislarte de todos, custodiarte con Ludovica. Te aseguro que esa mujer tan solo fue una marioneta de ellos, no tengo nada en su contra. Con todo aquello puedo asegurarte de que se valieron de la ingenuidad de ambos para separarlos de una vez por todas. Al poco tiempo que tú dejaste el instituto yo rompí relaciones con mi padre. Fui testigo de cuando Gaetano le pagó una fuerte cantidad de dinero una vez que no se supo más de Saúl. De seguro

cuando consiguió expulsarlo de Italia... Con la ayuda de Donato, y de mi honorable padre, por supuesto —espetó Tiziano con ironía—. Nunca estuve de acuerdo con él. Esa situación debía ser tratada entre ustedes, únicamente le competía a tu familia. Pero como siempre mi padre buscando la manera de beneficiarse. Nunca más supe de tu padre ni de Donato, hasta el día en que los vi llegar a la fiesta.

—Es tan repugnante todo lo que me cuentas. Gracias, Tiziano, por abrirme los ojos. Siempre desconfié de Donato, pero nunca me hubiera imaginado que él estaría en medio de toda esa horrenda injusticia que cometieron con Saúl y conmigo. ¡De qué mentiras se habrán valido para alejarlo de mí! —Ainara tuvo que limpiarse las lágrimas de sus ojos—. Y mi padre, cómo fue capaz...

Tiziano la tomó de las manos.

—No dudes un solo día que estoy de tu parte, Ainara, considérame tu amigo.

Ainara levantó a verlo.

—Lo sé, y te lo agradezco.

—Además necesito que tengas cuidado de Donato. No sé con qué intenciones venga ahora, pero de todas maneras mantente al límite con él.

Ainara dio un largo respiro.

—Lo que no consigo comprender hasta el día de hoy es por qué mi padre se obsesionó tanto en que me comprometiera con Donato y que me casara con él, conociendo el hombre deshonesto que era. Además sabía perfectamente que no lo amaba. Cuántas veces le grité que amaba con toda mi alma a Saúl, le supliqué que me dejara ser feliz con él.

—Un día lo sabrás... Tenlo por seguro. Si te parece, podríamos regresar a la galería.

Ainara esbozó una suave sonrisa.

—Por supuesto, Tiziano. Te lo agradecería.

56

CON CADA DÍA QUE pasaba, Ainara sentía más decepción de su padre. Conocer por boca de Tiziano las atrocidades que cometieron él y Donato, la dejaron sin un ápice de compasión por ellos.

A su padre ya no podía reclamarle por nada; tan solo respetó su memoria. Pero con Donato sí que tenía que conversar, y seriamente. No iba a rebajarse buscándolo, esperaría a que él se comunicara con ella o que regresara a Nueva York para poner las cartas sobre la mesa...

Y en esa ocasión sí que la iba a escuchar.

Cuando Ainara les comentó a Emily y a Mike todo cuanto Tiziano le reveló esa tarde, ellos confirmaron el rechazo que sentían hacia él. Ainara encontró en Tiziano un buen amigo; otro buen amigo como lo era el matrimonio que conoció y que la acompañaron durante todos esos años en Nueva York.

No hubo un solo día que no dejara de pensar y recordar a Saúl.

¿Por qué se ensañaron de semejante manera contra ellos? Era la incógnita que no lograba descifrar.

Mientras debatía consigo misma en el silencio de su apartamento, sentada a la mesa con una taza de un café extrafuerte entre sus manos que a propósito así lo preparó, sonó de pronto el teléfono. Dio la vuelta el celular que tenía de lado y miró en la pantalla un número extraño. Imposible que fuera llamada de sus familiares, los tenía registrados.

De seguro era Donato, pensó.

En efecto, tan pronto y contestó escuchó su odiosa voz:

—Hola, mi querida Ainara. ¿Acaso te desperté?

—No, Donato, al contrario, ¡cómo funciona el poder de la mente! Pensaba en ti.

—¡Oh, no imaginas lo feliz que me hace escuchar eso!

Ainara sonrió para sí con desdén.

—No te confundas, Donato, no de la manera que estás imaginando. Pensaba en ti como el cobarde que eres.

—¿Qué sucede contigo, Ainara? —de pronto reclamó Donato—, ¿por qué me tratas de esa manera?

—Eres un ser despreciable, Donato... Un psicópata narcisista. No te molestes en darme explicaciones porque Tiziano me contó todo. ¿Entiendes? ¡Todo!

—¡No sé a qué te refieres con que ese desconocido te contó todo! Entiende que soy tu amigo, siempre lo he sido. ¿No ha sido suficiente que por años haya estado a tu lado, defendiéndote hasta de tu mismo padre? ¿Qué ocurre contigo? ¿Vas a creer a una persona que acabas de conocer? No sé con qué mentiras habrá enredado tu cabecita ese impostor, pero desde ya te advierto que...

—¡A mí no me vengas a advertir nada! Soy yo quien te pone en sobreaviso de que tengas cuidado conmigo.

Al otro lado de la línea se escuchó la risotada que dio Donato.

—No, Ainara, no voy a discutir contigo por teléfono. Te telefoneé para saber cómo estás, pero veo que has tenido un mal día. Además quería decirte que tengo un viaje previsto a Nueva York. Prefiero conversar tranquilamente contigo cuando esté allá, cuando estés calmada.

—No me interesa verte —discutió Ainara—. Pero si es para gritarte todo cuánto te mereces espero entonces tu venida. No te molestes en telefonearme. Que tengas un pésimo día. Adiós, Donato.

Ainara cortó la llamada. Su cinismo hizo que desconfiara aún más de él.

De pronto, nuevamente timbró su móvil. ‹‹No otra vez››, dijo para sí, molesta de no querer escucharlo. Desvió con fastidio la mirada hacia el teléfono, pero en aquella ocasión era Tiziano, por lo que contestó de inmediato:

—Hola, Tiziano, qué gusto escucharte. ¿Cómo estás?

—Ainara, ¿estás en casa? ¿Podría pasar un momento a verte? Estoy cerca de tu apartamento.

—Sí, estoy en casa en este momento. ¿Qué sucedió?

—Tengo que entregarte algo que te pertenece. No puedo ni debo mantener esto por más tiempo conmigo.

A Ainara le inquietaron sus palabras.

—Está bien, Tiziano, te espero entonces.

¿Tiziano tenía algo de ella que le pertenecía y debía entregárselo con urgencia?

Ainara no salía de su asombro. Cada vez algo tomaba un giro misterioso e inesperado.

Esperó impaciente hasta que vio el Rover negro de Tiziano estacionarse al pie del edificio.

Enseguida escuchó al elevador abrir sus puertas y, antes de que él timbre a la suya, Ainara se adelantó en abrir.

—Pasa adelante, por favor —dijo. Tiziano traía un sobre de manila en sus manos. Entró y fue directamente a sentarse al sofá.

—Gracias por recibirme, Ainara. Disculpa que haya venido a estas horas de la noche, pero como te dije necesitaba entregarte lo que por derecho te pertenece. Con esto sé que aclararás muchas dudas que hayas tenido y tengas todavía. Además, hay algo que aún no te he dicho. —Ainara lo miró extrañada—. Esto es tuyo —dijo entregándole el sobre de manila—. Antes de que lo abras y descubras lo que hay en su interior, tienes que saber que Donato vulneró tu privacidad y la de Saúl. Todo cuanto está ahí dentro se lo entregó a mi padre. Te preguntarás ¿cómo es que todo aquello está ahora conmigo? Un día lo tomé de su escritorio. Cuando quise dártelo, ya te habías ido y nunca más supe de ti.

Ainara lo miró desconcertada.

—Me asustas, Tiziano.

Tiziano negó con la cabeza y sonrió.

—No te asustes. Ten la certeza de que con lo que te encontrarás te traerá dulces recuerdos. Y ahora, antes de marcharme y así puedas descubrir por ti misma el enigma que seguramente ha perturbado tu mente y tu corazón durante todos estos años, voy a responder a la pregunta que tú misma te hiciste hace unos días. Tu padre trató por todos los medios de desposarte con Donato porque era inminente una crisis económica. Debía mantener su posición, y a flote a su familia. Desconozco cómo hizo en todos estos años para no verse afectado.

Las afirmaciones de Tiziano sorprendieron aún más a Ainara.

—Tiziano, ¿cómo sabes todo eso?

Tiziano respiró profundamente.

—Mi padre fue el paño de lágrimas del tuyo. Asqueado por tanta basura me alejé de él para siempre.

—En otras palabras —dijo Ainara, horrorizada—, mi padre me vendía a Donato. ¡Dios mío, de qué monstruosidades me estoy enterando!

—Por esa razón te pido que tengas cuidado de Donato y de su familia. Ahora te dejo para que mires con calma lo que hay dentro de ese sobre.

Ainara asintió devolviéndole a Tiziano una suave sonrisa.

—Gracias por venir, Tiziano. Que tengas una buena noche, te acompaño hasta la puerta.

Ainara llevó consigo el sobre hasta el sofá y se acomodó para ver su contenido. En cuanto lo abrió y miró su interior saltó a la vista una cantidad de cartas, todas con sus debidas estampillas.

Una a una las fue sacando.

Ainara se quedó helada.

Dentro del sobre estaban las últimas cartas que ella envió a Saúl, con dirección de la casa de Gabriella, y usando el nombre de Patrizia Baroni como destinatario. Claramente, por los sobres rasgados, notó que todas fueron abiertas y leídas.

Sus manos, temblorosas, continuaron vaciando el contenido del sobre.

Una tras otra cayó ante sus ojos las que Saúl le había escrito.

Con lágrimas en los ojos abrió una de ellas:

—¡Oh, *amore mio!* —exclamó mientras leía su interior.

En ningún momento Saúl le hacía mención que volvería a la iglesia como su padre le aseguró. Al contrario, le suplicaba que lo escribiese porque hacía tiempo que no sabía nada de ella. Que la extrañaba con el alma. No hubo una sola carta en donde no le diera a conocer la dirección a donde ella podría escribirle.

Ainara continuó abriéndolas, una a una.

En todas le repetía que cada tarde luego del trabajo en la cerrajería iba a la que fuera su casa con la ilusión de tener noticias suyas.

En cada carta afirmaba que la amaba más que a su vida. Que jamás la dejaría sola y que encontraría la manera de ir a buscarla.

Finalmente, en la última carta que leyó le decía que iría a Madrid a estudiar medicina. Que desde allí continuaría escribiéndole; pero jamás le dijo que se haría sacerdote.

Ainara buscó desesperada por otra esperando saber qué fue de él durante los siguientes años; pero dentro del sobre no había más que las que ya había leído.

Con indignación, Ainara observó cómo el borde de todas había sido rasgado.

‹‹ ¡Cómo pudieron violar nuestra privacidad! ››

Tras un ahogado suspiro, cerró los ojos y, con lágrimas en los ojos, coreó en su interior:

‹‹ ¡Algo dentro mío siempre se rebeló gritando que estabas ahí, *amore mio,* amándome como yo te amo a ti. Perdóname, por favor, por no poner mi pecho frente a los infundios de mi padre. Nunca me perdonaré no haberte buscado más de lo que te busqué. En donde quiera que te encuentres, mi alma estará a tu lado. Te amo y te amaré por siempre, Saúl! ››.

57

LA TEMPORADA DE EXÁMENES dio comienzo en la universidad. Los estudiantes se preparaban para salir a las vacaciones de verano. Ese día, luego de que Ainara evaluara a sus alumnos del tercer año terminó más temprano de lo previsto. Fue hasta el pabellón en donde Emily dictaba sus clases, pero ahí ya no quedaba nadie; igualmente a su móvil lo tenía apagado.

Le llamó la atención no verla por los pasillos, habían quedado en encontrarse para antes de ir a la galería tomar un café. Se embarcó en su auto y fue directamente hasta allí.

—¿Alguna novedad? —preguntó a Christine al llegar.

—Sí, Ainara. En la mañana fue enviado el pedido de la tarde anterior. Me telefoneó la señora Harrison desde su casa en Nueva Jersey diciendo que todo llegó en perfectas condiciones.

—Cuánto me alegra que haya llegado bien. Gracias, Christine, tuviste cuidado al empacar la pieza de arte. —Ainara recorrió el interior de la galería observando que todo estuviera en orden. Enseguida cayó en la cuenta de que debía dedicar más tiempo a sus obras, había uno que otro espacio vacío que debía ser reemplazado.

Con los acontecimientos de las últimas semanas descuidó su trabajo.

De pronto, Christine corrió hacia donde ella, trayendo consigo el celular que Ainara dejó sobre el mostrador:

—Ainara, tienes una llamada de Emily.

Ainara tomó el celular y contestó:

—Emily, ¿qué es de ti? Te esperé por buen tiempo en la universidad.

—Tuve que venir de urgencia al hospital, Ainara.

—¿Qué ocurrió?

—A Mike lo están interviniendo en este momento. Tuvo un derrame cerebral. Estoy muy asustada, amiga.

—No, no te angusties... Tranquila que está en manos de buenos médicos. ¿En cuál hospital está?

—En el *New York-Presbyterian Hospital Columbia and Cornell*.

Ainara enseguida arrancó un pedazo de papel de una libreta del mostrador y anotó la dirección del hospital.

—Salgo en este preciso momento. Ten la convicción de que el médico que lo está interviniendo es el más capacitado. Mike estará bien pronto con la ayuda del Señor.

Ainara le pidió a Christine que atendiera ella sola el negocio, y que no se olvidara de poner la alarma al cerrar la galería. Agarró su cartera y su chaqueta detrás del mostrador y salió en carreras al estacionamiento.

Cuando llegó al hospital, miró que Emily caminaba de un lado hacia el otro por la sala de espera.

—Aquí estoy, amiga —saludó con ella abrazándola—. Vamos, tranquilízate, mientras tanto te traeré un café.

Emily estaba por demás abatida.

—Gracias por venir, Ainara. No imaginas el susto que me llevé. Me telefonearon del trabajo de Mike diciendo que lo trajeron de emergencia. No quiero ni pensar...

Ainara volvió a estrechar a su amiga entre sus brazos.

—No pienses lo peor. Mike es un hombre fuerte, él estará bien, créeme.

—¡Qué el cielo te escuche, Ainara!

—Así será. Vamos, siéntate. Ahora necesito que te tranquilices, mientras tanto te traeré algo de beber.

—Prefiero un té, por favor.

—Vuelvo enseguida.

Ainara regresó trayendo un té de hierbas para que Emily se tranquilizara, además de un café para ella. Por lo menos Emily se encontraba más tranquila en su compañía.

Habían pasado dos horas y todavía no tenían noticias de Mike.

—¿Por qué nadie aparece para al menos informarme cómo va la operación? —se inquietó Emily.

—Lleva tiempo, Emily —dijo Ainara atrayéndola contra su hombro—. Debemos tener paciencia.

Emily, tras respirar profundo, recostó su cabeza sobre el hombro de Ainara mientras aguardaban por alguna noticia de su esposo. De pronto, Ainara escuchó vagamente por el altavoz

que solicitaban la presencia de uno de los médicos: “Doctor Márquez, por favor, lo necesitan en la sala número dos de recuperación”.

Ainara cerró los ojos y, sin prestar mayor atención a los altavoces, dio un profundo suspiro.

—Ya ha pasado mucho tiempo —insistió Emily.

—Confía que pronto tendremos noticias. Todo estará bien, te lo aseguro.

Ainara nunca había visto tan angustiada a su amiga. Le entristeció verla malograda.

Mike era su mundo, su vida. Trató por todos los medios de tranquilizarla, pero Emily no dejó ni por un momento de sollozar mientras Ainara acariciaba su mediana cabellera castaña.

De pronto, Emily se incorporó:

—¡De seguro trae noticias de Mike! —exclamó y al momento se puso en pie y se apresuró en dirección hacia el pasillo que estaba enfrente de ambas.

Ainara la siguió con la mirada, Emily le dio el encuentro a un médico lo bastante joven, quien venía caminando en su dirección, e inquieta se detuvo a hablar con él.

Ainara se quedó lívida.

Se levantó de la banca y, a paso lento, con el corazón pendiendo de un hilo, fue acercándose, temblorosa, hacia donde su amiga y aquel joven doctor:

—¿Saúl...?

Saúl, de inmediato, regresó la mirada y exclamó:

—¡Ainara!

Campanadas celestiales entonaron a sus oídos.

Emily, dando un paso atrás, también exclamó:

—¡Dios mío...! ¿Estamos hablando del mismo Saúl?

Sus miradas convergieron, extrañadas. Ainara, por un momento, deseó lanzarse a sus brazos, pero sabía que no debía hacerlo. Saúl estaba en su lugar de trabajo, su ética profesional, aunque él también deseara hacerlo, no se lo permitía.

—¡Cómo es que vine a encontrarte aquí! —exclamó Ainara, prendada del candor de sus ojos —. ¿Dime que no estoy soñando?

De igual manera, Saúl quedó sumido en la brillantez de los suyos. Por un momento la aprisionó en un abrazo aturdido.

—Discúlpame, no es oportuno —reaccionó apartándose enseguida de sus brazos. Con lágrimas en los ojos rodeó por un instante con sus manos el óvalo de su rostro y exclamó, mirándola incrédulo: —¡Cuánto tiempo! ¿Qué ha sido de ti? Te busqué hasta el cansancio. —Ainara sujetó en silencio su mirada; pudo notar que no había cambiado en nada, continuaba siendo la misma

dulce, intensa, apasionada mirada como la del joven que conoció años atrás. Su corazón palpitó agitado—. Son tantas cosas que tenemos que decirnos —dijo entonces Saúl.

De pronto, se escuchó por el altavoz: “Doctor Márquez, se lo necesita en cirugía”.

Ainara, con lágrimas también en los ojos, sonrió mirando a Saúl convertido en el médico que siempre deseó ser.

—Ve, que te están llamando —le dijo.

Saúl asintió con una sonrisa.

—Te veré tan pronto como termine mi turno. ¿Cómo hago para encontrarte?

Ainara buscó dentro de su cartera y sacó una tarjeta y se la entregó.

—Llámame a ese número.

Saúl tomó la tarjeta entre sus dedos. Al repasarla sus labios rojos esbozaron una dulce sonrisa; aquella encantadora sonrisa que ella siempre llevó dentro suyo.

Levantó a mirarla y exclamó:

—¡Ainara, tienes tu propia galería de arte! —El resplandor de sus apasionantes ojos verdes cobijó su alma.

Ainara asintió devolviéndole la sonrisa. Deseaba desde lo más profundo de su ser abrazarlo y llamarlo como siempre lo hizo, pero le contenía la incertidumbre de no saber qué había sido de él en todos esos años... Quizá se habría casado.

Tan solo se limitó a decir:

—Y tú, llevas en alto tu merecido título.

Tras cortos, pero intensos segundos de mirarla con suavidad, Saúl se disculpó con ella diciendo:

—Debo irme. —Luego se volvió hacia Emily: —Señora Everdeen, pierda cuidado que su esposo está fuera de peligro. Deberá permanecer por unos días en el hospital.

—Gracias, doctor Márquez. Si no hubiera sido por usted, mi marido no estaría entre nosotros.

Saúl le devolvió el agradecimiento, esbozando una suave sonrisa.

—No se preocupe, Emily, que estaré pendiente de él. —Desvió la mirada hacia Ainara y, por instantes, permanecieron mirándose el uno al otro en silencio. No hicieron falta palabras para gritar cuánto se amaban—. Te veré en la noche —dijo a Ainara. Se dio media vuelta y caminó en dirección hacia el ala opuesta del pasillo.

Ainara se quedó contemplándolo, mientras Saúl avanzaba por los corredores. No salía de su asombro. Se veía tan maduro, tan seguro de sí mismo, tan guapo. Suspiró profundamente, hasta que lo vio entrar por una puerta y desaparecer de su vista.

De inmediato supo que la vida volvió a reencontrarlos.

Emily la movió por el brazo, soltó una sonrisa cómplice mientras la hacía reaccionar:

—Vuelve en ti, amiga...

Ainara no podía contener su alegría.

—Es increíble, Emily. ¡Volvimos a encontrarnos! Saúl es el mismo. ¿Te fijaste en él? —preguntó regresando a mirar a su amiga.

—¡Cómo no fijarme en la dicha de ambos, Ainara! Él continúa amándote.

Ainara se estremeció.

—¡Y yo a él! Es como si el tiempo se hubiera detenido, como si no hubiese pasado un solo día... Y han transcurrido doce años. —Ainara quedó alucinada mirando a Saúl después de todo ese tiempo. Su apariencia había cambiado. Diferenciaba su rostro por la mermada barba que usaba; además que había subido unos cuantos kilos, lucía más fornido. Ya no era el muchacho de veintidós años, se había convertido en todo un galán de treinta y cinco. Se fascinó aún más viéndolo usar su traje de médico; y no era cualquier médico, Saúl era catalogado uno de los mejores neurocirujanos con que contaba el hospital—. Sigue siendo tan apuesto, elegante... —Ainara esbozó una sonrisa delatadora—. ¡Los años le han venido tan bien!

Emily abrazó a su amiga.

—¡Me hace tan feliz verte así, dichosa, Ainara!

—Lo soy. —Ainara apartó las lágrimas que, inquietas, rodaron por sus mejillas—. Pero aún me queda la incertidumbre de saber qué fue de él. Quizás ahora sea un hombre casado.

—Esa incógnita la esclarecerás esta misma noche. ¡Volverán a verse a solas, Ainara! —exclamó Emily—. Sin el miedo acechándolos.

Ainara suspiró profundamente.

—Únicamente él y yo... ¡Estoy tan feliz! —Miró angustiada a su amiga—. Y a la vez tan nerviosa...

—No te atormentes. Las cosas se dieron por algo, amiga mía.

Ainara rio; una mezcla entre contento e inquietud.

—¡Qué egoísta soy! —dijo de pronto—. Por hablar de nosotros no te he preguntado siquiera por Mike. ¿Qué te dijo Saúl? —Ainara volvió a reír—. Se me hace tan irreal que me refiera a él como su médico.

—El doctor, Saúl Márquez —enfatizó Emily—, me informó que Mike está fuera de peligro. Ahora se encuentra en recuperación, pero en unas horas me permitirán ir a verlo.

La mirada de Ainara se iluminó.

—¡Gracias al cielo!

—Y a Saúl...

—Y a Saúl... ¡Claro que sí! Estaré aquí contigo, Emily, ni creas que voy a irme y dejarte sola.

—Lo sé. Gracias por ser mi amiga, Ainara. Ven —dijo tomándola por el brazo—, vamos a tomar un café. Además... quien niega que vuelvas a ver al doctorcito...

Ainara rio.

—Me encantaría... Mira mi brazo —comentó con ella—, tengo la piel de gallina. —Emily y Ainara se fueron riendo por los pasillos mientras se dirigían a la cafetería del hospital.

58

SAÚL ENTRÓ EN CIRUGÍA. Durante el camino hasta el quirófano, recordó emocionado el emotivo e inesperado encuentro entre él y Ainara. Nunca imaginó volver a verla así, de repente. Pasó todo tan deprisa que ni él mismo terminaba de asimilar aquel emocionante encuentro. Cuánta dicha invadió su alma. Ainara se miraba tan bella, tan mujer...

Sus hermosos ojos azules centelleaban igual que como hace doce años. Y su cabello... Oh, Saúl se deleitó observando cómo sus hermosos rizos dorados resplandecían desbordándose libres sobre su pecho; así, de la misma manera como él tanto amaba. Su piel continuaba joven y tersa como cuando Ainara tenía dieciocho años; quizás una que otra marca imperceptible. Deseó tanto permanecer abrazado de ella y sentir el calor de sus labios; pero era imposible, estaba en horas de trabajo, además que él sabía que se había casado con Donato; fue lo último que le aseguró su padre...

Mas algo no concordaba. Saúl se tomó el tiempo suficiente para fijarse que Ainara no llevaba puesta su sortija de matrimonio.

¿Qué fue de ella durante todos estos años? ¿Era feliz con él? ¿Continuaban juntos?, fueron las interrogantes que inquietaron a Saúl mientras la enfermera le colocaba la bata para entrar al quirófano.

Dejó de pensar en ello y se concentró en la cirugía. Debía intervenir a una mujer mayor que llevaba algunos días hospitalizada, presentaba un caso similar al de su madre.

Tan pronto como le ajustaron la mascarilla empezó la cirugía:

—Enfermera, bisturí, por favor.

Saúl terminó con éxito la intervención. Aquella mujer presentaba un tumor, el cual fue extraído favorablemente; a pesar de ello, debía ser monitoreada durante los próximos días.

Una vez que finalizó la cirugía y Saúl abandonó el quirófano, se encaminó hacia su consultorio para telefonear a Ainara. Quizás ella estaría aún acompañando a su amiga en el hospital, pensó. Aunque él tenía que decirle que no podría encontrarse con ella como acordaron porque surgió un imprevisto de último momento, ya que debía atender una reunión con la junta directiva del hospital.

Sacó de la billetera la tarjeta que ella le dio y marcó a su móvil.

Ainara contestó enseguida:

—Saúl, ¿terminaste la cirugía?

—Ainara... Así es. ¿Continúas en el hospital?

—Sí, Saúl, estoy esperando a Emily, ella fue a ver a su esposo.

—Las horas de visita terminarán en treinta minutos —dijo él.

—Puedo esperar aquí por ti —se adelantó en responder Ainara.

—Para eso te llamé, para disculparme contigo en vista de que tengo una reunión con los directivos en este preciso momento. Quizá me lleve entre una a dos horas. Ve a casa, ya has pasado toda la tarde en el hospital y debes estar cansada. Tan pronto como termine la reunión te telefoneo... Deseo, de corazón, inmensamente verte.

—Gracias por avisarme, Saúl. Me sentará de maravilla descansar un momento y tomar un baño. Espero tu llamada entonces.

—Hasta después de un momento. —Saúl colgó la llamada. Cerró los ojos y, en un profundo suspiro, coreó para sí: ‹‹Hasta pronto, amor mío››.

Enseguida como finalizó la reunión, Saúl sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y, mientras se encaminaba por el parqueadero hacia su auto, tecleó el número de Ainara. Habían transcurrido algo más de tres horas desde la última vez que se comunicó con ella.

Ainara, de inmediato, contestó la llamada:

—Hola, Saúl, qué bueno escucharte, pensé que hoy no llamarías.

—Por supuesto que estaba pendiente de telefonearte. Discúlpame, por favor, por hacerlo así tan tarde, pero acabé de salir de la reunión.

—Oh, no lo sabía, pero no te preocupes, de todas formas estaba pendiente de tu llamada.

Escucharla decir aquello le tranquilizó, Saúl no quería por nada tener que aplazar la cita para otro día. Deseaba con ansias verla esa misma noche.

—Pasaré en un momento a recogerte —dijo—. ¿Me das tu dirección?

—Mi apartamento se encuentra un tanto lejos del hospital —respondió Ainara—. Reunámonos en algún lugar. ¿Qué te parece el *Ristorante Fiore di Luna* que está en *Manhattan?*, ¿lo conoces?

Saúl enseguida hizo memoria. Ciertamente se le hizo familiar haber pasado alguna vez por ahí.

—Está en la Quinta Avenida si bien lo recuerdo, ¿verdad?

—El mismo. ¿Te parece bien encontrarnos en una hora?

Saúl dio un breve respiro, a lo que respondió:

—Te pido que al menos me des una hora y media. Vivo a las afueras de Nueva York.

—¡Por supuesto, Saúl, no, no sabía que estabas lejos! —apuró al momento Ainara—. Si necesitas más tiempo no hay problema, de todas formas yo estaré esperándote en el restaurante.

Saúl soltó una risa ligera.

—Hora y media es suficiente. Hasta entonces, Ainara, te veré pronto.

Saúl colgó la llamada y se apresuró a salir del hospital para llegar cuanto antes a casa, tomar un baño rápido para luego ir a encontrarse con Ainara en el *Ristorante Fiore di Luna*.

Ainara, feliz, luego de que el tiempo se le hizo eterno para encontrarse con Saúl, fue al tocador para terminar de arreglarse. Se colocó un abrigo liviano sobre la falda negra, ceñida sobre la rodilla, y la blusa blanca y holgada que llevaba puesta. Tomó su cartera de la mesita del recibidor y bajó al estacionamiento para embarcarse en su auto e ir al restaurante. Estaba impaciente por encontrarse con Saúl.

Cuando llegó al *Fiore di Luna*, escogió una mesa del fondo.

Había llegado temprano. Pidió una copa de vino y aguardó por él.

No habían pasado ni quince minutos cuando lo vio entrar.

Sus ojos quedaron fijos en su persona. Saúl se veía tan elegante, tan varonil, tan apuesto. Vestía un traje casual de lino de dos piezas en color gris, camisa blanca, y sobre él una gabardina en color negro. Definitivamente los años le habían venido estupendamente; su aspecto expresaba seguridad y madurez.

De inmediato levantó la mano, haciéndole saber que ella se encontraba sentada a la mesa del fondo, por lo que tan pronto como Saúl la miró fue a su encuentro, mientras que Ainara se puso en pie.

—Hola, Ainara. —Saúl saludó con ella acercándose a darle un beso. Por un instante sus suaves labios persistieron sobre su mejilla. Ainara cerró los ojos. Sentir nuevamente, después de tanto tiempo su calor, la hizo estremecer—. ¿Tuviste que esperar mucho por mí? —preguntó Saúl.

Ainara se mostró inquieta: una mezcla entre emoción y nerviosismo.

—Apenas unos minutos... ¿Cómo estás?

—Bien... Feliz de estar aquí contigo. —Saúl corrió la silla para que ella se sentara, luego movió la que estaba a su frente y él se sentó.

Su angelical, y a la vez diabólica intensidad de su mirar no tardó en descomponerla.

Todas esas horas mientras ella aguardaba ansiosa por su cita se preguntó una y otra vez qué fue de él. ¿Se casó?, ¿había alguien más en su vida? Pero el resplandor con que hablaron sus ojos fue el mismo; aquel con el cual él siempre la miró, respondió a todas sus dudas.

—¿Ordenamos la cena? —consultó emocionada.

—¿Otra copa de vino? —propuso Saúl. Sus sensuales labios rojos esbozaron una suave sonrisa.

—Pienso que sí —sonriendo también, contestó Ainara.

Saúl levantó la mano e indicó para que el camarero se acercara a la mesa.

De pronto, Ainara le hizo esa pregunta que por años habitó en su interior:

—¿Qué pasó contigo, Saúl?

Saúl, en un profundo suspiro, guardó silencio. Su mirada reposó por largos segundos en el azul de sus ojos, hasta que por fin respondió:

—Me resigné a vivir sin ti...

Mas, Ainara, en un arrebato, deseó tomarlo por las manos. Su corazón clamó deseando confesarle cuánto lo amaba, que no hubo un solo día en todos esos años que no dejara de hacerlo...

Y así lo hizo.

La tibieza de sus manos acarició las de él.

—Saúl... No ha pasado un solo día que no haya dejado de amarte. A fuerza tuve que resignarme cuando supe que volviste a la iglesia y tomarías los hábitos. No imaginas cuánto sufrí en el momento en que mi padre me aseguró que aceptaste su dinero... No pude, tampoco quise creerle. —Los ojos de Ainara inquirieron suplicantes por una respuesta; a lo que Saúl, extrañado, negó de inmediato:

—¿Pudiste pensar que yo hiciera algo así? Jamás tomaría un centavo de tu padre... Aunque él me lo hubiera propuesto.

Ainara, angustiada, fijó sus ojos en los suyos.

—Nunca desconfié de ti... ¡Jamás podría hacerlo! ¿Por qué nunca más supe de ti, Saúl? ¿Qué fue lo que te dijo mi padre para que te alejaras de mí? Dímelo, por favor.

—Que te comprometiste con Donato y que pronto se casarían... Esas fueron sus últimas palabras.

Ainara, al momento, apartó sus manos de las suyas.

—¿Eso te dijo mi padre? —sostuvo con un hilo de voz.

—Desde ese momento mi vida cambió. Antes de saber esa dura verdad que destrozó mi alma te escribí decenas de cartas. No respondiste a ninguna de ellas. Comprendí que en realidad lo hiciste... y me alejé.

—¡No, eso no es verdad! —Ainara echó a llorar—. ¡Jamás me casaría ni con él ni con nadie que no fueras tú! Mi padre te mintió, Saúl... ¡Nos engañó a todos!

—¡Ainara, amor mío! —Saúl se inclinó hacia ella y con sus manos ciñó su rostro—. ¿Qué me estás diciendo?

—¡¿Cómo pudiste siquiera imaginar algo así?! —discutió con lágrimas en los ojos.

—Tu padre lo aseguró de tal manera que yo terminé creyéndolo... Él es capaz de muchas cosas...

—Fue capaz de destruirnos la vida. Él murió, Saúl.

Saúl, con gesto de asombro, le apartó al momento sus manos; tal parecía que no estaba al tanto de ello.

—No lo sabía. Mis condolencias. ¿Qué le ocurrió?

—Tuvo un infarto, los médicos no pudieron hacer nada.

—¿Y tu madre, cómo está?

—Mamá está bien. Estuve hace poco en Italia, fui a su entierro. Ahí volví a ver después de tantos años a mi familia, a Gabriella, el padre Fortunato.

Saúl la miró enternecido.

—El padre Fortunato... —comentó... su tono fue por demás afectuoso—, tampoco supe más de él.

—Pobre padre Fortunato, él estuvo muy enfermo. De igual manera, como tú, tampoco supe nada de ellos por largo tiempo. Mi padre prohibió contacto alguno conmigo por años. Me enteré de su enfermedad en Valserra. El padre Fortunato te extraña muchísimo, Saúl, y al igual que tú se lamenta de no haber sabido nada de ti.

—Perdí comunicación con todos. Perdóname, por favor, por creer tal mentira —se lamentó aprisionando sus manos entre las suyas—. No imaginas el dolor tan grande que sentí. Desde entonces me refugié en el estudio... Y aquí estás, frente a mí después de doce largos y desolados años, revelándome que todo fue una calumnia.

Ainara, aún con lágrimas en los ojos, preguntó aquello que martilló dentro de su cabeza durante las horas que aguardó hasta por fin reunirse con él y enfrentar esa verdad... sea cual fuere su respuesta:

—Hay tantas otras cosas que debes saber. Pero antes necesito que me digas si hay alguien más en tu vida... ¡Por favor, sé sincero conmigo, necesito saberlo!

Saúl la miró con suavidad. En una tierna caricia envolvió su níveo rostro abrigándolo con la tibieza de sus manos largas, mientras las comisuras de sus labios se elevaron, dibujando una dulce sonrisa:

—¡No, amor mío, no ha habido un solo día que no haya dejado de amarte! Mi corazón te pertenece solo a ti.

Ainara cerró en un profundo suspiro sus ojos, y sonrió confiada.

—¡Y el mío será tuyo por siempre! —Una a una sus lágrimas continuaron resbalando por sus mejillas.

Ainara y Saúl revelaron las interrogantes que por años torturaron sus vidas.

La cena había sido servida. Ambos degustaron con agrado, felices. Saúl ordenó el mejor vino de la casa. Bebieron hasta acabarlo, haciendo de su reencuentro una veneración; el acontecimiento más feliz de su existencia.

Finalmente, Saúl acompañó a Ainara hasta su apartamento.

Entre desesperados besos cerraron detrás de ellos la puerta.

Sus prendas cayeron una a una al piso, mientras sus cuerpos, ígneos por el fuego de la pasión, se desvanecieron sobre la cama. Ainara pudo darse cuenta del pendiente con las letras de su nombre que colgaba del pecho de Saúl. El mismo cuando ella, en los jardines del instituto, se retiró del cuello para entregárselo a él.

—Lo llevas contigo... —Emocionada, acarició y besó sus vigorosos pectorales.

—Tu esencia siempre me ha acompañado —dijo Saúl.

Sus caricias, sus besos, embriagaron sus sentidos.

Pinceladas de amor enlazaron sus cuerpos.

La fuerza del deseo gritó por más.

Se amaron con intensa pasión, teniendo como único testigo la solidez de su amor que por años nadie pudo derrocar.

59

A PARTIR DE AQUELLA noche de profundo delirio la vida cobró sentido para ambos.

Saúl preparó una cena en su casa, tenía vagos conocimientos de cocina.

Se esmeró preparando pasta en salsa de calamares y mejillones al vino blanco.

Esa noche iba a darle una sorpresa a Ainara. Tenía comprada la sortija de compromiso y deseaba colocársela cuanto antes en su dedo, y verla luciendo en su larga y delicada mano.

—¡*Amore mio*, cómo te has esmerado! —comentó Ainara cuando pasó de camino a la cocina y vio la mesa del comedor debidamente arreglada con rosas blancas y rojas, copas y velas; en tanto que Saúl, luciendo consigo un delantal sobre los pantalones entubados en un bonito color marrón que esa noche llevaba puesto, y las mangas de su camisa de seda azul cobalto remangadas, ajetreado terminaba de dar los últimos detalles a sus platos.

—Te mereces más que todo esto. Ven, amor mío —dijo Saúl encaminándola hacia la mesa, llevando consigo uno de los platos de pasta, mientras que Ainara llevaba el otro. Asentó el plato de Ainara sobre su puesto y, mirándola con atención, comentó con ella: —Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa? —preguntó Ainara.

Saúl sonrió.

—Sí, cariño mío, y no voy a esperar terminar de cenar para dártela. —Saúl fue a su lado e hincándose ante ella, abrió frente a sus ojos el estuche en donde resplandeció al momento el hermoso anillo de compromiso y, mirándola con profunda ilusión, propuso: —Mi amada, mi adorada Ainara, ¿te casarías con este hombre que te ama más que a su propia vida y que ha pasado doce años esperando este momento?

Los bellos labios de Ainara pintados esa noche en un seductor color carmesí, al igual que su vestido, esbozaron una amplia sonrisa de gusto; a lo que respondió, tras un profundo suspiro:

—Si tuviera que esperar otros doce años lo haría sin lugar a duda... ¡Pero no, no lo haré! Lo que ahora más deseo es compartir mi vida a tu lado, ser tu esposa.

Saúl sonrió y besó tiernamente el dorso de su mano. Sacó el anillo y se lo colocó en su dedo anular.

Ainara, emocionada, miró cómo lucía magnífico en su mano.

Ambos se abrazaron, riendo de dicha.

—Seremos muy felices, te lo prometo —dijo Saúl.

—Así será, *amore mio.* Tenlo por seguro que juntos nos encargaremos de ello. Y ahora te propongo que cenemos porque indiscutiblemente esto se ve delicioso y muero de hambre.

Saúl descorchó la champaña, la vertió en cada copa y brindaron, celebrando su reencuentro; celebrando al fin formalizar el indestructible amor que los unía.

—¿Dónde aprendiste a cocinar tan bien? —comentó Ainara mientras deleitaba sus sentidos.

Saúl echó a reír.

—Durante el tiempo que estuve en Madrid tuve que aprender a fuerza.

Realmente la pasta estuvo espectacular. Además de que Saúl poseía una mano sagaz para desenvolverse con el bisturí, su mano para la cocina era fina, delicada.

Luego de la cena continuaron el brindis en la sala.

—¿Salimos a algún lugar esta noche? —propuso Saúl, en placentera quietud, ensortijando entre sus dedos los rizos dorados del cabello de Ainara. Mientras que ella, recostada sobre su regazo, contempló apaciblemente el reflejo de ambos a través de los cristales del ventanal, y comentó:

—¿Qué te parece ir a mirar una película?

—¿Cuál te gustaría ver?

—La que esté en cartelera. Únicamente deseo que esta noche hagamos algo sencillo, algo que nos haga reír... comer palomitas, beber soda... —Ainara rio.

—Me parece una buena opción.

—Pero antes de irnos —dijo Ainara—, necesito contarte algo que aún no te he dicho.

—¿De qué se trata?

—De Donato.

Saúl inclinó la cabeza y, en un profundo respiro, besó su coronilla.

—Si necesitas hacerlo te escucho, pero créeme que nada que venga de él me interesa.

—Es necesario que lo sepas.

Saúl la aprisionó contra su pecho.

—Entonces dímelo, amor mío.

—Conocí a un hombre hace poco, Tiziano es su nombre. Él ya me conocía desde hace mucho tiempo atrás cuando estuve interna en el instituto. Es el hijo de Lucca Santoro, quien fue el director. Tiziano y yo hemos llegado a ser buenos amigos durante todo este tiempo, *amore mio*. Lo cierto es que me reveló algo tan nefasto tramado entre mi padre y Donato; y, claro, su padre, Lucca, quien también estuvo de por medio. Prácticamente mi padre me vendió a Donato por problemas económicos. Aún desconozco qué mismo fue lo que sucedió ni tampoco he hablado con mamá porque me acabo de enterar. Temo que la casa está embargada a su familia. Sé que Darío Carusso le dio dinero a mi padre a cambio de que yo me casara con su hijo. —Saúl le escuchó en silencio, mientras tanto, Ainara continuó: —Mi padre se valió de su poder, junto con el de esa familia para echarte de Italia, sabrá Dios valiéndose de qué mentiras. La verdad es que Donato pagó en el instituto para que me vigilaran, de seguro se dio modos para que las cartas que nos escribíamos llegasen a sus manos. Tiziano me las entregó todas, Saúl. Ellos se las leyeron... una a una.

Saúl volvió a besar su coronilla.

—¿Las tienes contigo? —preguntó.

—Por supuesto que las tengo conmigo. Leí cada una de las que tú me enviaste a Florencia. Fue ahí cuando comprendí todo. Sufrí por años sin saber nada de ti, pensando que me habías abandonado como mi padre me repitió un millar de veces. —Ainara se giró hacia Saúl y, mirándolo a los ojos, exclamó: —¡Perdóname por desconfiar de ti!

—No quiero que vuelvas a disculparte conmigo —dijo Saúl envolviendo su rostro inquieto entre sus manos—. Yo también creí en sus mentiras y me alejé de ti..., y de todos. Lo que haremos es quemarlas una a una, amor mío. Es un pasado que no vale la pena revivir. Cuando estemos en tu apartamento lo quemaremos todo... ¿Estás de acuerdo? Solo te pido que te alejes de Donato, no confíes más en él. No permitiré que vuelva a hacerte daño. —Con ello, Saúl confirmó que fue Donato quien pagó a Filippo para que los vigilara en el convento.

—¡Lo detesto! No deseo volver a verlo jamás en mi vida.

—No quiero que te atormentes pensando más en ellos. Todo aquello pertenece al pasado.

—Mi padre dejó una carta que escribió para mí... No puedo ni deseo leerla.

Saúl la miró con suavidad.

—Quizás en algún momento desees hacerlo, es tu decisión, cariño mío. Ven aquí —dijo acercándola a su pecho—, no te pongas triste ahora. Estamos juntos y es lo que importa. De hoy en adelante nada ni nadie volverá a separarnos. Y ahora ¿qué te parece si vamos a ver la película?

Ainara sonrió y, aproximándose más hacia él, besó sus labios.

—Vamos de una vez.



Ainara y Saúl planearon una celebración sencilla para el día de su boda.

Ainara no podía esperar para comunicarle a su madre, a Alfonsina, al padre Fortunato, a su hermana, a Gabriella; de ser posible a toda Valserra de su compromiso con el bello hombre que amaba y que amó toda su vida. La felicidad de ambos no tenía límites.

Pero antes, irían con Saúl a visitar a Emily y a su esposo que ya lo habían dado de alta.

Emily los recibió encantada; y más aún viéndolos llegar tomados de la mano:

—¡Ainara, doctor Márquez, qué gusto tenerlos en mi casa!

Ainara echó a reír. Cuánta solemnidad de parte de su amiga refiriéndose a Saúl.

—Gracias, Emily —contestó él—. Únicamente te pido que de hoy en adelante me llames por mi nombre.

Emily sonrió.

—Es que se me hace difícil acostumbrarme... Pero está bien, Saúl, así lo haré. Y ahora, por favor, pasen adelante. —Emily miró a Ainara por detrás del hombro de Saúl y, mientras avanzaban al interior de la casa, comentó con ella: —Te veo muy contenta...

—Ya te cuento...

—¿Cómo está Mike? —de pronto, preguntó Saúl.

—Muy bien, de hecho recuperándose satisfactoriamente de la cirugía gracias a ti.

Saúl negó al momento, gesticulando con la mano:

—Nada de eso, tu esposo es un hombre joven y fuerte. ¿Puedo ir a verlo?

—Por supuesto. Te acompaño hasta la habitación.

Mientras tanto, Ainara aguardó en la sala esperando por Emily. Estaba ansiosa por contarle que Saúl y ella pronto se casarían.

Emily regresó al salón y, sentándose junto a su amiga, le pidió que la pusiera al corriente de todo, de absolutamente todo.

Ainara mostró una sonrisa de oreja a oreja. No hubo dudas de que el brillo que irradiaron sus ojos invadió el salón completo; a lo que exclamó:

—¡Saúl nunca se casó! ¿Puedes imaginarlo? Ambos no hemos dejado de amarnos ni un solo día durante todos estos años.

Ante la felicidad de su amiga, Emily también se alegró y, pegando atención en el anillo de compromiso que Ainara lucía en su dedo anular, preguntó:

—¿Y eso? No me digas que...

Luego de mirar su sortija, Ainara, feliz, exclamó acercándola ante los ojos de su amiga:

—¡Pues sí, pronto nos casaremos!

Emily la abrazó... Ambas se ciñeron en un abrazo.

—¡Ainara, te lo mereces, amiga mía! Ustedes se merecen ser muy felices.

—Somos tan dichosos... ¡No imaginas cuánto!

Emily levantó una ceja y, frunciendo los labios, discutió:

—¿Qué no? Olvidas que soy tu amiga... Y de varios años. Pero cuéntame, ¿para cuándo está prevista la boda? Mientras tanto traeré vino para celebrar —dijo poniéndose en pie.

Ainara se levantó también y fue detrás de Emily.

—Será enseguida. En menos de un mes ya estaremos casados. Hoy hablaré con mamá. Tengo tanta ilusión de contarle, más bien dicho, que toda Valserra y el resto del país de ser posible, sepan que estamos nuevamente juntos, amándonos con más fuerza que antes. —Ainara rio de contento, mientras su amiga servía el vino en ambas copas.

Emily le acercó la copa y brindó con ella:

—¡*Salute,* amiga! Por toda una vida llena de amor y felicidad junto al hombre que amas.

Ainara rio con más gusto.

—*Salute!, mia cara amica.*

En ese momento, Saúl entró en la cocina:

—¿Celebran algo sin mí?

Emily, enseguida, se volteó:

—¡Saúl, discúlpame!, pensé que seguías con Mike. —Rápidamente sacó otra copa de la alacena, la rellenó con el exquisito vino californiano que bebían y, alargando la mano, se la entregó a Saúl—. Sírvete, por favor. Y dime, ¿cómo lo encuentras?

—Gracias. Mike está recuperándose maravillosamente. Pronto estará como si nada le hubiera pasado.

—¡Qué tranquilidad y alegría escucharlo decir de labios de su doctor! —Los tres sonrieron—. Ainara me acaba de contar que pronto se casarán. Felicitaciones, es la mejor noticia que pudieron haberme dado. Quién mejor que yo para saber cuánto te ha extrañado esta bella mujer que la tienes delante tuyo durante todos estos años.

Saúl esbozó una amplia sonrisa, tomando a Ainara por la cintura.

—¡Dios es testigo de cuánto yo también la extrañé! Nos honrarán con su presencia si aceptan ser nuestros testigos.

—¡Por supuesto, Saúl, será un placer! ¡Qué feliz va a ponerse Mike cuando le cuente! —En tanto que, levantando su copa, Emily brindó por ellos: —¡Salud, por ustedes!

Saúl y Ainara brindaron con Emily; luego entre los dos:

—*Salute, amore mio!* Por toda una vida plena juntos.

—¡Por nuestro futuro en donde únicamente reinará el amor! —añadió Saúl.

Emily dejó escapar una lágrima.

Hasta que, luego de largos y divertidos minutos de charla, brindis y risas, Ainara dejó su copa sobre el mostrador y se disculpó con su amiga:

—Debemos irnos porque es tarde y aún debo pasar por la galería. Con los acontecimientos de los últimos días no he tenido ni cabeza ni tiempo para ir por ahí. Dale mis saludos a Mike, por favor.

—¿Puedes imaginar que aún no me ha invitado a conocer su galería de arte? —no tardó en protestar Saúl.

Emily rio.

—Ahora es cuando entonces.

—Hasta pronto, amiga —dijo Ainara—, dale mis saludos y un abrazo a Mike.

—Que tu esposo continúe con la misma dieta y termine los medicamentos que le receté. Una linda tarde.

Emily asintió con una sonrisa.

—Seguiré al pie de la letra todas tus indicaciones, Saúl. Hasta pronto, cuídense.

Ainara y Saúl salieron de casa de Emily y se embarcaron en el Lexus Coupe azul marino deportivo de Saúl.

—¿Así que quejándote con mi amiga de que no te he llevado aún a la galería?

—¡Tenía que hacerlo con alguien, de otra manera no llegaría el día! —Saúl echó a reír.

—Te va a encantar.

—Lo sé. Vamos allá entonces, amor mío.

Definitivamente Saúl quedó maravillado con la galería de arte de Ainara. En cada cuadro, en cada escultura, estaba puesta su alma, su vida.

—Llamaré ahora mismo a casa —dijo Ainara.

—Antes de que lo hagas —dijo Saúl, rodeando su fina cintura con sus brazos—, quiero pedirte algo. Múdate hoy mismo a vivir conmigo, ¿qué me dices?

—Por supuesto que quiero compartir todo el tiempo contigo, pero me has quitado las palabras de la boca, *amore.* —Ainara, entusiasmada, se giró hacia él—. Precisamente yo te iba a hacer la misma pregunta. ¿Ven conmigo a mi apartamento? Tu casa es hermosa, me fascina, pero a ambos nos resulta distante de nuestros trabajos. Por ahora quedémonos en el mío, ¿qué dices?

El brillo que irradiaron sus ojos verdes enseguida le dieron el sí.

—Lo que tú digas, cariño mío.

Ainara, en un arrebato de emoción, besó sus carnosos labios rojos.

—Llamemos ahora a mamá.

El teléfono timbró algunas veces.

—*Pronto...*

—Alfonsina, soy yo, Ainara, ¿cómo estás?

—¡Ainara, querida, qué alegría escucharte! ¿Está todo bien contigo?

—Sí, Alfonsina, de maravilla. Mamá ¿está por ahí?

—Claro que ella está en casa, además del padre Fortunato.

—Qué bien, pásamela al teléfono, por favor.

—Les dará mucho gusto escucharte. Adiós, querida.

—Hija mía, ¿cómo estás?

—Hola, mamá, feliz de oírte. ¿Te has sentido bien?

—Sí, hija, el dolor por la partida repentina de tu padre ha ido aminorando.

—Tiene que ser así, mamá, no hay de otra manera. ¿Sabes?, te llamé porque les tengo una noticia... la noticia más feliz de mi vida.

De pronto, se escuchó a Francesca decirle al reverendo:

—Acércate, Fortunato, Ainara está al teléfono y dice que nos tiene una noticia.

—Qué bueno que el padre Fortunato esté ahí contigo, mamá. Para él también le tenemos una sorpresa.

—¡Ainara, hija mía, escuché lo que dijiste! —exclamó Fortunato al teléfono—. Dime de qué se trata esa sorpresa porque buena falta me hace escucharla.

—Padre Fortunato, qué alegría escucharlo. Permítame, por favor, terminar por ahora de hablar con mamá, le prometo que luego hablaremos con usted.

—¿Hablaremos, quiénes?

—Sea paciente, padre... A su debido tiempo lo sabrá. —Ainara rio. Mientras tanto Saúl, estando junto a ella, no podía esperar para al fin darle la sorpresa al reverendo; su emoción lo delató.

—Te paso entonces con tu madre —dijo Fortunato, y enseguida llamó a Francesca para que se acercara—. Hija, ya conoces cómo es Fortunato, no esperó para saludarte.

Ainara esbozó una sonrisa entusiasmada.

—Lo sé, mamá.

—Entonces, ¿cuál es esa sorpresa que te tiene tan feliz? Puedo sentir tu alegría.

—Mamá, pronto me casaré.

—¿Qué te casarás, dices? ¡Que Ainara se nos casa! —comunicó Francesca a todos en voz alta; por lo que, cubriendo la bocina con la mano, Ainara se giró hacia Saúl y comentó con él:

—¿Puedes imaginar que mamá tiene a todos rodeándola?

Saúl echó a reír.

—Me los puedo imaginar... Termina, amor mío, de una vez de decírselo. Te aseguro que estarán impacientes por saber con quién se casará su preciosa hija.

Ainara colocó de vuelta la bocina con el auricular en su oído:

—Mamá, ¿sigues ahí?

—¿Con quién hablabas, hija? Pude escucharlo.

—Con Saúl, mamá.

—¡¿Con Saúl?! ¿Te refieres al mismo Saúl?

—Sí, madre, el mismo, mi Saúl... ¡Volvimos a encontrarnos! Saúl está viviendo también aquí, en Nueva York.

—¡Ainara, hija mía, no sé qué decirte! Me tomó de sorpresa lo que acabas de decir... ¿No se supone que tomó los hábitos?

—No, mamá, esa fue otra de las mentiras de papá. Saúl es ahora un prestigioso médico neurocirujano, trabaja en un hospital de la ciudad.

—¡Madre del cielo bendito! Hija, qué noticia hermosa me has dado. Supongo que ustedes tuvieron todo el tiempo para conversar.

—Todo el tiempo, mamá. Somos inmensamente felices, fuera de engaños y malentendidos.

—Puedo imaginarlo, hija. Y ¿para cuándo tienen planeada la boda?

—Enseguida. Queremos que tú, Romina, sus niños, el padre Fortunato, Alfonsina... Mejor dicho que todos vengan a la boda. La celebración será en cuatro semanas, y por cierto, queremos que sea una ceremonia sencilla, privada.

—Ahí estaremos, hija mía, tenlo por seguro. ¿Has hablado con Gabriella?

—Sí, lo hice, y está feliz por nosotros. Ella también vendrá a la boda con su esposo.

—Cuánto me alegro, hija. Dale mis saludos a tu novio. No quiero pronunciar su nombre en voz alta porque Fortunato anda por aquí cerca. Deja que él mismo le dé la sorpresa. No va a creer cuando escuche su voz... Quiere a Saúl tanto como a un hijo.

—Lo sé, mamá. A más tardar en una semana te confirmaré la fecha exacta de la boda. En estos días iremos a hablar con el sacerdote en la iglesia. Ahora ponle al teléfono al padre Fortunato, no puedo esperar hasta oírlos hablar. Hasta pronto, mamá, te mando un beso.

—Otro para ti, hija. ¡Fortunato, acércate al teléfono que quieren saludarte! Ahí viene... — dijo a su hija en voz baja. Ainara le pasó el teléfono a Saúl, pero ella pegó el oído también—. Ainara, hija mía...

—Padre Fortunato, soy yo, Saúl.

—¡Madre de Dios, Virgen Santísima del cielo bendito, Saúl, hijo mío, en dónde te habías metido!

Los ojos de Saúl se le humedecieron por la emoción.

—Nada, padre, he estado viviendo en Nueva York.

—¡Saúl, mi querido Saúl, cuánto tiempo de no saber nada de ti, qué alegría me acabas de dar, hijo! ¿Entonces tú y Ainara se casarán? Escuché decirlo.

—Y queremos que usted sea quien nos dé la bendición, padre.

Fortunato se quedó por largos segundos en silencio; hasta que por fin dijo:

—Perdona que no te conteste enseguida... Es la emoción de este viejo.

—Créame que me encuentro igual de emocionado como usted, padre. Han pasado tantos años... Siempre lo tuve presente en mi corazón. Entonces, ¿viene con doña Francesca? —de pronto, Ainara tomó el auricular con ella: —¡Por favor, padre Fortunato, solo usted puede darnos su bendición!

—¡Por supuesto que iré, hasta la pregunta es necia! ¿Piensan que van a contraer el sagrado sacramento del matrimonio en mi ausencia? Ahí me tendrán, hijos míos, bendiciendo su amor, que tanto sufrimiento les ha costado.

—Gracias, padre, desde ya estamos felices de tenerlo en poco tiempo con nosotros. Hasta muy pronto. Y se me cuida, por favor, supe lo que le pasó.

—Hasta pronto, Saúl. No te preocupes que así lo hago. Y si algo me llegara a suceder estando allá, sé que estaría en las mejores manos. Ya me informó Francesca que te has convertido en todo un médico. Felicitaciones, hijo mío. Te mereces todo lo mejor de ahora en adelante. Tú y Ainara se lo merecen.

—Gracias, padre. —Saúl colgó la llamada.

—No hay tiempo que perder —dijo Ainara—. Desde mañana debemos ir organizando los preparativos de nuestra boda.

—Así es, amor mío. Por ahora vamos a casa para recoger algunas de mis cosas, quiero pasar esta y todas las noches de mi vida únicamente a tu lado.

Ainara sonrió.

—Vamos de una vez para que no se nos haga tarde. —Pidió a Christine que se acercara y así decirle que podía ir a su casa. Esa tarde cerraría la galería más temprano.

60

LA BODA ENTRE AINARA y Saúl cada vez estaba más cerca. No podían ser más felices, todo se iba dando como ellos lo planificaron. Su mayor logro fue que el sacerdote de la iglesia de la comunidad italiana aprobara que el padre Fortunato fuese quien celebrara la ceremonia.

La sorpresa se la darían a conocer cuando la familia llegase a Nueva York.

En cuanto a la recepción, decidieron que el festejo se llevaría a cabo en casa de Saúl.

Era una celebración íntima, y el jardín trasero se prestaba para reunir a todos sus invitados; además que el clima de los primeros días de octubre era el ideal. Las olas de calor y humedad habían terminado y se daba inicio al otoño.

Tan solo esperaban la llegada de la familia de Ainara a Nueva York, y una vez estando ahí los acomodarían en casa de Saúl. Él se mudó con Ainara a su apartamento en *Manhattan*, de esa manera ellos tendrían todo el espacio que necesitarían para sentirse cómodos.

El vuelo llegó en horas de la mañana. Ainara y Saúl esperaban por la familia en el aeropuerto.

El encuentro fue emotivo, sobre todo entre el padre Fortunato y Saúl. Hacía más de doce años que no se veían. Ainara se mantuvo a un costado. Con lágrimas en los ojos presenció su reencuentro.

A Fortunato se lo veía muy bien, a pesar de sus ochenta y dos años y luego de haber permanecido hospitalizado por algunos meses. Los cuidados de todos quienes lo querían, sobre todo de Francesca, lo mantuvieron fuerte, saludable, pero más que todo estable emocionalmente.

Los dos pequeños de Romina y Giordano habían crecido rápido en menos de un año, Ainara tuvo la dicha de conocer a sus sobrinos cuando estuvo en Valserra.

Eran dos mellizos preciosos de tres años: Lía y Mattia. Ellos llevarían los aros y las flores el día de la boda.

En cuanto a Alfonsina, a ella no le pasaban los años.

Referente a su madre, a Francesca se la veía lo bastante mejorada desde la última vez en que Ainara estuvo en el pueblo. Ciertamente se notaba que había superado la falta de su marido.

Y, por último, su amiga, Gabriella, ella junto con su esposo, Renato, llegarían a Nueva York hasta el día anterior a la boda.

Mientras Romina y su marido llevaron a los mellizos a la habitación que entre Saúl y Ainara acomodaron para que descansaran después del pesado viaje, Alfonsina se encontraba acompañando al padre Fortunato a dar un paseo por los jardines de la casa. La tarde estaba despejada y corría una brisa agradable; propicia para que el reverendo hiciera su caminata de cada día, así como le había indicado su médico de cabecera.

Francesca, quien se encontraba al pie del ventanal de la sala, mirando cómo Fortunato disfrutaba del florido jardín que pronto se tornaría marchito por la llegada del otoño, pidió a su hija y a Saúl que la acompañaran a un lugar más privado porque necesitaba conversar a solas con ellos. Saúl enseguida la encaminó a la parte trasera de la casa. Francesca se detuvo al pie de una arboleda de abedules, los cuales, por su natural tonalidad amarillenta, embellecían el terreno y, con gesto angustiado, como si algo tratara de confiarles, se refirió a ellos:

—Hija mía, Saúl, no quería dejar pasar más tiempo sin antes disculparme con ustedes en nombre de Gaetano por todo el daño que les causó. Créanme que no admito, ni por el resto que me quede de vida admitiré que se haya obsesionado de tal manera y haya tenido el coraje de cometer todo un sinfín de atrocidades e injusticias sin importarle lo que fuera no solo de ti, hija mía, ni de Saúl, sino que desmoronando a toda la familia. Necesito confesarles...

—Mamá... —Ainara la interrumpió tomándola de las manos—, ya no te mortifiques más con eso. Deja a papá tranquilo en donde sea que ahora se encuentre.

—Por favor, Francesca —intercedió también Saúl—, haga caso de lo que le dice su hija. Vamos a olvidarlo todo y respetar la memoria de don Gaetano.

Francesca dio un hondo respiro; pero algo había en su expresión como si le estuviese calando por dentro. Ainara pensó que sería la inquietud por los acontecimientos del pasado con su padre.

—Está bien... No volveré a comentar sobre el tema... al menos durante el tiempo que esté aquí con ustedes y celebremos su matrimonio. Desde el día en que se reencontraron empezó una nueva vida para los dos. Ahora debemos concluir con los preparativos de la boda. —Francesca esbozó una suave sonrisa—. ¿Ordenaron las flores, saben qué tipo de mantelería adornarán las mesas?

Ainara rio.

—Sí, mamá, todo está en orden, no debes preocuparte por ello. ¿Sabes? Les tenemos una sorpresa.

—¿Otra sorpresa?

Saúl asintió con la cabeza, en tanto que comentó con ella:

—Nos ha llevado días enteros, pero puedo asegurarle que tenemos todo organizado para que sea el padre Fortunato quien celebre la misa en el día de nuestro matrimonio.

—¿Es eso cierto? —exclamó Francesca, sorprendida.

—Así es, mamá —intercedió Ainara—, todavía no se lo hemos dicho. Y te pido que no vayas a comentarle nada. Es Saúl quien desea decírselo.

—¿Qué Saúl quiere decirme qué cosa? —cuestionó Fortunato acercándose a donde ellos. Seguramente anduvo por ahí cerca por lo que los escuchó conversar.

—Venga, padre —dijo Saúl regresando a mirar al reverendo—, ya que nos escuchó hablar, no podemos guardar por más tiempo el secreto. Ainara y yo tenemos algo muy importante que confiarle.

—¿Qué sorpresa van a darme ahora? —exclamó Fortunato—. No creo que haya algo que me dé más dicha que verlos juntos nuevamente.

Ainara levantó a mirar a Saúl y, esbozando una sonrisa cómplice, lo motivó para que se lo comunicara de una buena vez.

—Usted será quien celebre nuestra unión, padre —dijo Saúl—. Será una bendición para nosotros que usted una nuestras vidas.

Tras una vívida exclamación de felicidad, por lo que Ainara y Saúl rieron, Fortunato comentó con ellos:

—Y para mí será la mayor satisfacción. Mi único deseo es verlos felices. Gracias, hijos míos, por darme ese privilegio.

Ainara no se resistió; Fortunato estaba feliz, ciñó al reverendo en un abrazo.

—¡Le quiero muchísimo, padre Fortunato, gracias por estar aquí, acompañándonos! — Fortunato tuvo que limpiarse sus ojos llorosos; en tanto que Saúl se mantuvo junto a Ainara, mirándolos emocionado.

Mientras tanto, Francesca llamó la atención de Saúl, a lo que dijo:

—Recuerdo claramente, Saúl, cuando un día me dijiste que debería tener mi propia autonomía. Desde ese momento tus palabras quedaron grabadas en lo más profundo de mi interior. Hasta el día de hoy me pregunto por qué fui tan cobarde y sometí mi vida al autoritarismo de Gaetano. Por qué permití que mi pequeña fuese la víctima de la soberbia de su padre. Tú tenías razón, hijo,

nadie, absolutamente nadie, rige nuestra vida más que nosotros mismos. Yo debí ser fuerte e imponerme a las injusticias de Gaetano.

—Mamá... —Ainara la abrazó—, deja ya de lamentarte, te repito que todo quedó en el olvido. No insistas haciéndote más daño.

Saúl aprisionó a Francesca contra su hombro.

—Deje de atormentarse, Francesca, y escuche a su hija. Ni Ainara ni yo queremos sentirla afligida por lo que ya pasó. Infunda su ejemplo de mujer fuerte y decidida que es ahora... Sus nietos la necesitan.

Francesca dio un hondo suspiro.

—¡Qué buena persona eres, Saúl! Ainara no pudo haber encontrado mejor hombre.

Saúl besó la frente de Ainara.

—Y yo a una mejor mujer.

Francesca asintió con una sonrisa.

—¿Qué les parece si entramos? Ha empezado a ponerse frío.

61

LOS DÍAS TRANSCURRIERON EN plena armonía. Los preparativos para la boda que se celebraría en cuatro días iba viento en popa.

Saúl fue esa mañana temprano al hospital, debía atender una cirugía a primeras horas. Ainara se quedó en su apartamento organizando algunos de sus cuadros que debía llevar a la galería, puesto que el tiempo para la boda se acercaba y su afán era dejar todo en orden.

Luego, ella junto con su madre y Romina se reunirían en la floristería.

No habían pasado ni diez minutos que Saúl salió del apartamento, cuando escuchó que tocaron a la puerta. Ainara pensó que quizás olvidó algo y fue hasta allí para abrirla:

—¿Qué olvidaste, *amore mio*? —preguntó con una larga sonrisa; mas quedó sorprendida viendo a Donato parado frente suyo, por lo que enseguida exclamó: —¡¿Donato?!

Donato entró dándole un fuerte empujón, Ainara no tuvo siquiera la oportunidad de reaccionar, y cerró enseguida la puerta detrás de él.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gritó con su mirada invadida por la ira.

Ainara se quedó enmudecida, jamás él se había comportado de esa manera, violento.

—¿Qué sucede contigo, Donato? Esta no es la forma de venir y presentarse en mi casa.

Mas, Donato, tomando a Ainara por el brazo, la llevó a empujones hacia el centro de la sala.

—¡Suéltame! —gritó Ainara—. ¿Qué derecho te da de tocarme así?

—¡Cállate! —La oscura mirada de Donato era la de un psicópata—. ¿Piensas que se saldrán con la suya y te casarás con el inmundo seminarista?

Ainara forcejeó con él, hasta que, logrando apartarse de la rigidez de sus manos, desafió con su mirada puesta sobre sus ojos perversos:

—¡Sí, Saúl y yo pronto nos casaremos. Ya no podrás recurrir a tus sucios juegos para impedirlo, Donato!

—¡Sobre mi cadáver! ¡No volverás a ver a ese infeliz jamás en tu vida!

Su amenaza exaltó su postura:

—¡Estás loco, entiende de una buena vez que es a Saúl a quien amo, a quien he amado y amaré por el resto de mi vida!

Donato levantó la mano y, más enfurecido aún, lanzó contra su rostro una bofetada. Ainara cayó de espaldas al sofá.

—¿Crees que se me olvidó que te acostaste con el seminarista? Aparte de ser una grandísima puta, te recuerdo que tienes una deuda conmigo... ¡Y me la cobraré ahora mismo! ¡Vamos, levántate! —La haló violentamente por el brazo, mientras que Ainara, lastimada, batalló tratando de apartarle sus sucias manos de encima, pero Donato la sujetó con más fuerza—. ¿Creías que no me enteraría de tu inaceptable boda con esa basura? Tengo oídos en todos lados. Pago para que te vigilen.

En un momento de desesperación, Ainara se defendió arañando a Donato por el cuello y le desprendió de la cadena de oro con las iniciales de su nombre que él siempre llevaba puesto.

La cadena cayó sobre la alfombra. Donato tomó a Ainara por la nuca y, agarrándola por los cabellos, hizo a su cabeza sucumbir, al tiempo que espetó contra ella:

—¿Pretendías que me quedaría así como así después de que te revolcaste con él? ¡Jamás te lo perdonaré! —Sacó del bolsillo de su chaqueta un pañuelo húmedo y le cubrió la nariz.

Ainara perdió la conciencia.

Ainara despertó sintiéndose amordazada dentro de un auto que iba a gran velocidad.

Miró por la ventanilla y pudo darse cuenta de que estaba lejos de la ciudad, se miraba desolado, únicamente pasaban y repasaban hileras interminables de árboles frente a sus ojos.

De pronto, el auto hizo un rápido giro y, derrapando, tomó un camino de tierra.

Ainara lloró. Presintió que Donato la había secuestrado.

Pensó en Saúl, en su familia.

Habían transcurrido al menos quince minutos, cuando el auto se detuvo.

Donato apagó el motor y bajó. Abrió la portezuela trasera y ayudó a Ainara a incorporarse. Ella pudo ver que estaban en medio de un bosque de pinos; tan solo había una pequeña cabaña en ese lugar.

Optó por mantenerse serena, no soportaría que volviera a agredirla.

—Aquí estaremos cómodos —dijo él. Desató la soguilla de sus tobillos y la ayudó a salir del auto, la tomó con fuerza por el brazo y la encaminó hacia la entrada de la cabaña. Ainara estaba

nerviosa, temía que volviese a hacerle daño, él estaba obsesionado con ella. Sacó las llaves del bolsillo de su pantalón y abrió la puerta; tal parecía que todo había sido premeditado.

Ainara enseguida rodó los ojos hacia el interior de la cabaña, notó que únicamente contaba con la cocina, una saleta estrecha, un baño, una habitación y, atemorizada, entró.

Donato le quitó la mordaza de la boca.

—¿Dónde me trajiste? —gritó Ainara.

Donato mofó.

—¿Para qué quieres saberlo? Estamos muy lejos, apartados de todos.

—¿Perdiste el juicio? ¿Qué te ocurre, Donato? ¡Cometiste un grandísimo error trayéndome hasta aquí en contra de mi voluntad!

—¡No quiero escuchar tus lamentos, deja de reclamar! —Donato trató nuevamente de amordazarla, pero Ainara le suplicó que no lo hiciera. Donato accedió—. Te mantendrás en silencio. ¿Estamos claros?

Ainara, en un angustiado suspiro, asintió con la cabeza. No terminaba de concebir que Donato hiciera eso con ella.

Ella tenía otra imagen de él, no la de un hombre violento. Pero con su despiadado proceder se sintió vulnerable.

Se preguntó adónde la había llevado. Sabía que estaba lejos de Nueva York, pero ni ella misma podía darse cuenta en qué lugar se encontraba. Temía que pasara mucho tiempo hasta que Saúl descubriera que fue secuestrada y la encontraran.

‹‹Dios mío...››, gritó dentro de sí, suplicante. ‹‹ ¡Haz que Saúl se dé cuenta y venga a mi auxilio! ››

Mientras tanto, Donato se sentó sobre una banca de frente a ella y, mirándola con dureza, volvió a cuestionarla:

—¿Por qué no me dijiste que te volviste a ver con el seminarista? —Ainara sostuvo con energía su mirada, no abrió la boca—. ¡Respóndeme, maldita sea! —gritó él.

—No tengo porqué darte explicaciones.

Donato la asedió con más fuerza.

—¡Por supuesto que me las debes! De hoy en adelante te quedarás a mi lado... Fue el trato que tu padre hizo conmigo.

Ainara rio con desprecio.

—¿De qué hablas? No seas absurdo...

—Tu padre recibió suficiente dinero de manos de mi familia para que no caigan en la ruina. ¿Acaso no lo sabías? Tú eras parte del plan. Así que tú y yo estaremos juntos por siempre... Te guste o no.

—¡Estás loco, jamás, entiéndelo bien, jamás pasaré el resto de mi vida a tu lado!

—¡No estoy loco carajo! —Donato se levantó, agarró la soguilla con la que la tenía amarrada y nuevamente empezó a maniatarla. Ainara le mordió en el brazo. Donato le dio un manotazo haciendo que regrese a su sitio y la amarró de los pies—. ¡Si no entiendes por las buenas no me queda más que inmovilizarte!

Ainara lloró.

Sus ojos se fijaron en la estatuilla de bronce de una mujer desnuda que había en el centro de mesa. Ideó la manera de darle con ella en la cabeza y huir lo antes posible de ahí.

—¿Por qué me haces esto, Donato? ¿Qué consigues teniéndome a la fuerza?

—¡Cállate si no quieres que vuelva a amordazarte!

—¡No, por favor, no lo hagas! —suplicó con lágrimas en los ojos.

—Entonces mantente en silencio. Ahora iré a preparar algo de comer.

—¿Cuánto tiempo piensas tenerme aquí encerrada?

—No lo sé. Horas, quizá días... No lo sé.

—¡Déjame ir, por favor! —suplicó sintiéndose indefensa—. De otro modo te verás en serios problemas.

Donato se volteó y fue hacia donde ella, llevando consigo un sándwich de jamón y queso.

—Nadie sabrá que estamos aquí. Tengo todo listo para sacarte de este lugar e irnos lejos. Mientras tanto tú y yo nos haremos compañía. —Donato le acercó el sándwich a la boca—. Toma, pruébalo.

Ainara se vio obligada a comer.

—Tengo frío —dijo.

Donato trajo una manta y le cubrió los hombros.

Ainara ya no tenía fuerzas para continuar discutiendo ni suplicando para que la dejase ir. Cerró los ojos y, aunque atemorizada, trató de quedarse dormida.

62

SAÚL HABÍA TERMINADO CON éxito la cirugía y se dirigía a la cafetería para comer algo, cuando recibió una llamada de Francesca:

—Hola, Francesca, ¿se encontraron con Ainara en la floristería?

—No, Saúl. —Francesca se mostró mortificada—. Presiento que algo malo le sucedió a mi hija. Ella no está en el departamento, la puerta estaba abierta y había cosas regadas por el suelo.

—¿La telefoneaste?

—Sí, Saúl, antes de venir a buscarla. Su celular lo dejó aquí. ¡Dios mío, algo sucedió con ella!

—Por favor, Francesca —Saúl, angustiado, se pasó la palma de su mano por la nuca—, no toquen nada. Llego enseguida. —Corrió al parqueadero, se embarcó en su auto y condujo a gran velocidad para llegar cuanto antes al apartamento.

Cuando abrió la puerta, encontró a toda la familia reunida. Emily también estaba, Francesca la había telefoneado para que fuera.

Francesca fue enseguida a darle el encuentro:

—Saúl... ¡Mira cómo está todo, no hemos removido nada, tal como nos pediste!

Saúl saludó brevemente con todos; en tanto que Emily, al momento, fue junto a él:

—¿Qué piensas que pudo haberle sucedido, Saúl?

Saúl prefirió no responder hasta estar completamente seguro; pero él desconfiaba de Donato. Recorrió en silencio la sala. Se dio cuenta de que en efecto algo extraño había pasado con Ainara. Parecía como si ella hubiera tratado de defenderse porque había cosas regadas por el piso, incluso la mesita de centro estaba volteada.

—Comunicaré enseguida a la policía —dijo. Saúl se sentó con sus manos entrelazadas sobre sus rodillas y, al bajar la mirada, vio que algo brillaba entre las fibras de la alfombra. Se inclinó y enseguida pudo ver que había una cadena de oro ahí tirada. La tomó entre sus dedos, no era de

Ainara. El dije tenía dos iniciales: DC. Enseguida vino a su memoria haber visto esa misma cadena colgar del cuello de Donato la noche que lo agredió.

—¡Fue Donato! —dijo a todos poniéndose en pie.

—¿Donato...?

Emily fue junto a Saúl.

—¿Qué te hace pensar que haya sido él?

—Mira esto. —Saúl le mostró la cadena—. Es la misma que Donato llevaba puesta la noche que me golpeó. Además, fíjate en las dos letras. ¿Todo concuerda, no te parece? —Saúl se giró hacia Francesca y al resto de la familia, indicándoles la cadena que sujetaba en una de sus manos —. Daré el informe en este preciso momento a la policía. Le pertenece a Donato. No me queda ni la más mínima duda de que él estuvo aquí, discutieron y se llevó a Ainara a la fuerza.

Francesca y Fortunato enseguida fueron junto a Saúl.

—Indícame la cadena, por favor —dijo Francesca.

—Mírela por usted misma, Francesca, todo indica que es suya —comentó entregándosela.

Francesca abrió los ojos, incrédula.

—¡Madre del cielo, es la que Donato siempre lleva consigo!

Mientras tanto, Fortunato tomó del brazo a Saúl, llevándolo consigo hacia un extremo de la sala.

—¿Recuerdas a Filippo, hijo? Él me confesó hace ya algunos años que Donato le pagó para que te vigilara en el convento, a ti y a Ainara. Además me contó que te vio salir una tarde cualquiera e ir a la alcaldía. Él te siguió aquel día cuando fuiste a hablar con Gaetano.

—Entonces fue él quien le avisó a Donato... —Saúl se quedó pensativo. Recordó enseguida aquella noche cuando fue agredido—. Por esa razón Donato me dio el encuentro acompañado de sus hombres cuando regresaba al convento.

Fortunato acechó a Saúl con la mirada.

—¿Fue Donato quien te agredió entonces, hijo? ¿Por qué me lo ocultaste?

Saúl respiró profundo.

—Así es, padre Fortunato. Nunca se lo dije para que no se preocupara más de lo que ya estaba. No confío en él. Ahora lo importante es encontrar a Ainara antes de que la haga daño. —Saúl sacó el celular del bolsillo de su chaqueta y, antes de que marcara al número de la policía, Emily se adelantó, estiró su mano y dijo:

—Es la tarjeta de Tiziano, la encontré entre sus cosas. Llámale antes a él. Te aseguro que su ayuda nos será útil. Recuerda que es el dueño de una compañía de comunicación.

Saúl tomó la tarjeta y marcó al número que estaba ahí escrito. Tiziano enseguida contestó. Saúl le comentó lo sucedido; él llegó al cabo de pocos minutos al departamento.

Trajo consigo a la policía del distrito.

De inmediato la policía inspeccionó el departamento y tomaron las huellas.

Tiziano alertó a los oficiales sobre la peligrosidad de Donato.

Francesca, Fortunato, y el resto de la familia quedaron escandalizados con las confesiones tanto de Tiziano como de Saúl.

Pasadas algunas horas, luego de que los oficiales hicieran el trámite necesario, dando a Ainara por desaparecida y haciendo inmediata la ordenanza para su búsqueda y dar con ellos, Saúl y la familia tenían que esperar por alguna noticia por parte de la policía.

La noche empezaba a caer. Saúl junto con Tiziano decidieron salir a buscarla por los lugares que Tiziano, por alguna razón, sospechaba que Donato podría haberla llevado.

En un principio indagaron por los alrededores. Luego se dirigieron a las inmediaciones de la ciudad. Fueron a la estación del tren, de los autobuses, preguntando por ellos, llevando consigo la fotografía de Ainara.

Nadie pudo darles razón.

Finalmente condujeron hasta el aeropuerto, pensando que quizá tomaron un vuelo local. En todas las aerolíneas les informaron que no estaban registrados sus nombres.

Saúl y Tiziano, luego de recorrer todos aquellos lugares con el único anhelo de encontrarla a salvo o al menos tener alguna pista de ellos, regresaron al departamento con los ánimos quebrantados.

Ahí los esperaban Francesca, Emily, y su esposo, Mike.

El resto de la familia había regresado a la casa de Saúl, hasta al día siguiente que volverían al departamento para continuar colaborando en lo que fuere para encontrar a Ainara.

63

AINARA DESPERTÓ CON EL fuerte ruido que dio la puerta al cerrarse.

Donato entró en la cabaña, cargaba consigo maderos troceados.

Fue hasta la chimenea, los lanzó dentro y les prendió fuego.

El ambiente en la saleta empezó a calentarse.

Se limpió las manos y fue a sentarse sobre una butaca individual que se encontraba frente a ella.

—Así te sentirás abrigada —dijo.

—¿Me dices qué hora es?

—Las nueve.

Ainara levantó el pecho e inhaló profundamente. Estaba angustiada.

—Ya no quiero estar más tiempo aquí, llévame a casa, por favor.

Donato se levantó. Se acercó a donde ella y, sin decirle una sola palabra, pasó sus manos por debajo de sus piernas y la levantó en brazos.

—¿Qué haces? —gritó Ainara. Trató de patalear pero estaba amarrada de manos y pies.

—Te llevo a la habitación, ahí estarás más cómoda.

—¡No quiero, suéltame!

Donato no tomó importancia de sus gritos y la llevó consigo hasta la habitación.

—Tenemos que descansar —dijo colocándola sobre la cama—. Ahora tú y yo pasaremos la noche juntos.

—¡No, no me pondrás una mano encima! —Ainara, atemorizada, se retorció tratando de zafarse de las soguillas que la inmovilizaban.

Donato rio.

—Esta noche quizá no suceda nada... ¡Pero por supuesto que entre tú y yo habrá sexo!

—¡No, no lo haré contigo! —gritó desesperada—. ¡Vete a la sala, déjame sola!

Donato se le vino encima. Ainara debatió con todas sus fuerzas, pero él enseguida la sujetó por las muñecas y se dispuso a desatar sus manos.

—No te haré nada, únicamente te desato para que puedas dormir.

—No me hagas daño, por favor, no lo hagas... —Ainara, con el corazón latiendo acelerado, lo miró aterrada. De sus ojos escaparon unas cuantas lágrimas.

Donato terminó de desatar sus manos y continuó con sus pies.

Se alejó de ella llevando consigo la soguilla y salió de la habitación.

Ainara escuchó el ruido de la aldaba cuando aseguró la puerta desde fuera.

Se levantó de la cama, y a pesar de que Donato la había encerrado trató de abrirla.

Miró que a un costado suyo había una ventana pequeña cubierta por una cortina espesa.

La abrió desesperada, pero la ventana tenía rejas.

Dentro de la habitación había un baño pequeño.

Corrió hasta allí, pudo ver que en la parte alta había dos claraboyas. Se paró sobre el inodoro tratando de alcanzarlas pero eran demasiado pequeñas para ella poder escapar.

Volvió a la habitación y se sentó sobre la cama.

Con lágrimas en los ojos, y la angustia que con cada minuto que transcurría no dejaba de abatirla, recostó su cabeza sobre la almohada y esperó a que amaneciera.

Al día siguiente, Ainara escuchó que Donato salió de la cabaña, luego el ruido del motor de su auto encenderse e irse. Se levantó de la cama y buscó por algo que pudiera cortar la soguilla cuando él la tuviera amarrada; sabía que lo volvería a hacer.

Rebuscó desesperada por cada rincón, abrió el armario y vio que había un jarrón de cristal.

Le dio contra el piso y se guardó un pedazo con ella, el resto lo envolvió dentro de una manta y lo escondió debajo de la cama.

Para luego de algunas horas Donato regresó.

Ainara sintió sus pasos acercarse a la habitación.

Escuchó el crujir de la llave dar la vuelta a través de la cerradura y abrir la puerta:

—Buenos días. —Donato traía la soguilla en una mano. Se acercó y empezó a atarla de manos y pies.

—No necesitas hacerlo.

—Es mejor así. Vamos —dijo levantándola en brazos—, te llevaré a la sala, traje algo de comer.

—Tengo hambre —dijo Ainara. Su estómago estaba vacío, no había probado un bocado.

—Encontré café de máquina, fruta y algunos croissants.

Donato hizo que comiera; entretanto, Ainara le dirigió la mirada y preguntó:

—¿Cómo te enteraste de que me casaría?

Donato regresó a mirarla furioso:

—¡Eso no tiene importancia! El asunto es que llegué a tiempo para impedirlo.

Ainara rio con desprecio.

—Definitivamente estás mal de la cabeza, Donato. ¿Qué pretendes? ¿Tenerme aquí amarrada de por vida? Pronto darán con nosotros...

—¡Deja de provocarme si no quieres que vuelva a amordazarte! Mañana vendrá la gente que pagué para que nos saquen de este lugar y nos iremos lejos... —Caminó hasta la pequeña ventana, corrió la cortina y espetó: —¡A Canadá!

—¡Contigo no me iré a ningún lugar! ¡Tan solo espera a que llegue la policía!

Donato se giró y, apresurándose hacia donde ella, levantó el brazo y gritó:

—¡Qué te calles! —Enseguida abatió la rudeza de una bofetada en su níveo rostro.

Ainara se tragó sus lágrimas.

¿Por qué esa agresividad? ¿Por qué se empecinaba en separarle de Saúl y hacerles la vida miserable?

Las horas continuaron su curso: atardeció, anocheció.

Donato volvió a salir de la cabaña dejándola encerrada en su habitación.

Regresó tarde en la noche, le llevó algo de cenar.

Ainara no sentía deseos de comer, mas él dejó el plato sobre la mesita que había junto a la cama para que lo hiciera cuando ella quisiera... Se lo veía impaciente.

A la mañana siguiente, la sacó nuevamente a la sala mientras, desesperado, se paseaba de un lado hacia el otro.

Algo sucedía con él, pero Ainara prefirió no abrir la boca y preguntar.

Donato era un hombre agresivo, de cuidado; sabía que era un hombre prepotente, pero nada parecido a su comportamiento actual, cuando años atrás mostraba en cierto modo respeto hacia ella... Al menos eso era lo que Ainara pensaba.

De pronto, Donato empezó, sin control, a dar puñetazos contra la puerta de entrada:

—¿Por qué no han llegado, maldita sea, ya debían estar aquí? —Salió de la cabaña y fue al espacio adoquinado que servía como parqueadero.

Ainara respiró profundamente, aterrada.

Con sus manos maniatadas se tocó el bolsillo del pantalón, sintiendo el pedazo de cristal que llevaba con ella escondido.

Tan solo esperaba el momento oportuno para rasgar la soguilla, darle a Donato en la cabeza con la estatuilla de bronce y huir cuanto antes de allí.

Donato entró en la cabaña y, sin darle tiempo de protestar, la cargó en brazos y la llevó consigo a la habitación.

—Iré por comida —le dijo. Le desató de manos y pies y se fue, asegurando con llave la puerta. Se veía extraño.

Ainara sintió temor. No quería permanecer un día más en ese lugar junto a un desequilibrado.

Imploró al cielo para que enseguida dieran con ella.

64

HABÍAN PASADO TRES DÍAS desde la desaparición de Ainara.

Atender en el hospital fue un verdadero martirio para Saúl, pero no podía descuidar el trabajo y dejar a sus pacientes sin asistir.

La familia de Ainara permaneció reunida en su casa, esperando por noticias.

Saúl en cambio continuó en el apartamento de Ainara.

Ese día se desocuparía enseguida del mediodía porque no había ninguna cirugía programada, además que era su último día de trabajo antes de sus vacaciones planeadas.

De camino al apartamento, y antes de ir a su casa para encontrarse con Francesca, Fortunato y el resto de la familia, recibió una llamada del oficial de policía, el mayor Patterson, quien estaba a cargo de la investigación.

Saúl aparcó el auto y contestó:

—Buenas tardes, mayor Patterson, ¿me tiene alguna noticia de Ainara?

—Sí, doctor Márquez. Tenemos una pista que puede ser crucial para dar con la señorita D'Alfonso, y la persona que según la fotografía que nos proporcionaron coincide con la declaración de los lugareños. Un hombre con sus características va seguido a una tienda de abarrotes que hay al pie de la carretera, en las inmediaciones de *Biddeford*, en el estado de *Maine*. Informaron que únicamente se abastece de una que otra cosa para comer, aparte de varios paquetes de cigarrillos, Whisky y Vodka. Les llamó su atención porque es una persona extraña, que no cruza palabra ni con el cajero, y se marcha. Aseguraron que en las cercanías hay una propiedad; la única en los alrededores, entrando por un largo camino de tierra. Suponemos que es ahí en donde Donato Carusso tiene cautiva a su novia.

Saúl inhaló profundamente y exhaló. Tenía la esperanza de que pronto terminaría esa agonía que le quitó el aliento y le devolvería la vida en el momento en que Ainara estaría de vuelta con

él.

En cuanto a Donato, la policía sería quién se encargaría de su caso.

—Es una magnífica noticia, mayor. Voy en este momento a la estación de policía.

—Lo esperamos, doctor Márquez. Trabajamos en un plan estratégico para salir, de ser posible, hoy mismo hacia el lugar.

Saúl cerró la llamada.

‹‹ ¿Cuál es la intención de este demente con Ainara? ››, se preguntó, preocupado.

Enseguida telefoneó a Tiziano:

—Hola, Saúl, ¿alguna novedad?

—Sí, Tiziano, estoy dirigiéndome en este momento al departamento de policía, me llamó el mayor Patterson. Tienen una pista convincente del lugar en donde seguramente Donato tiene a Ainara. ¿Puedes ir ahora mismo a la estación y nos encontramos ahí? Quizá salgan hoy a buscarlos, y yo iré con ellos.

—Por supuesto, Saúl, salgo ahora. En aproximadamente cuarenta minutos llego. Yo iré contigo, nos vemos allá.

—Te espero entonces. De momento telefonearé a Francesca para informarle.

Saúl cortó la llamada con Tiziano y enseguida marcó al número de Francesca y le dio la noticia. Les pidió que permanecieran en la casa hasta que él volviera a comunicarse con ellos.

Cuando Saúl llegó a la estación de policía, el mayor Patterson le informó que efectivamente saldrían esa misma tarde. Les llevaría entre cinco a seis horas llegar, y si todo iba de acuerdo con el plan estarían en el lugar alrededor de las siete de la noche.

Tan pronto como Tiziano llegó a la estación de policía salieron hacia las inmediaciones de *Biddeford* un grupo de siete oficiales debidamente armados, más dos paramédicos, en cuatro carros policiales.

Saúl fue en el suyo junto con Tiziano.

La tarde de ese viernes de otoño en aquel lugar apartado en donde Ainara se encontraba cautiva empezó a menguar. Donato la había dejado encerrada en su habitación por horas, tal parecía por el silencio en la sala y el resto de la cabaña que él no se encontraba en la propiedad.

Ainara rogaba al cielo para que no volviese más, aunque sabía que era imposible. Trató de alguna forma de huir de ahí, pero fue inútil, al poco tiempo escuchó el auto de Donato detenerse y apagar el motor.

Sabía que él entraría en la habitación.

Y, en efecto, Donato dio vuelta la llave en la cerradura y entró. Se veía agitado.

—Te llevaré a la sala —dijo. Pero antes la ató nuevamente de manos y pies, la cargó en brazos y la sentó sobre el mismo sofá de siempre.

—Tengo sed —dijo Ainara.

Donato le acercó una botella con agua e hizo que bebiera. Acercó a sus labios un bocado de una ensalada blanca de papa y apio que de seguro consiguió en el lugar al cual iba todos los días, pero Ainara viró la cara, negándose.

—¡¿Por qué no quieres comer?! —gritó—. Han pasado algunas horas desde que me fui.

—No tengo hambre. Quiero estar sola, llévame a la habitación.

Donato frunció el ceño, mirándola despectivo.

—¡De hoy en adelante harás lo que yo te ordene! Abre la boca y come. —Ainara volvió a negarse—. ¡Qué abras la boca te estoy diciendo, maldita sea!

Ainara lo aniquiló con la mirada sin prestar ni la más mínima importancia a sus gritos. Él agarró el plato desechable y lo lanzó lejos. La ensalada se derramó por el piso—. ¡Entonces morirás de hambre!

—¿Por qué no te largas y no vuelves más? ¡Bien sabes que te odio, Donato! Si un día fuimos amigos, ¡eso tú lo terminaste!

Donato levantó la mano, quiso abofetearla, pero se contuvo.

Mas, Ainara, tratando de sobreponerse del temor que la invadía, le clavó la mirada. Aprovechó la expresión de debilidad que reveló su rostro para gritarle todo cuanto pensaba; algo sucedía con él:

—Estás en serios problemas, Donato... No creas que saldrás libre de esto. Es mejor si te entregas por ti mismo a las autoridades.

Pero Donato se le vino encima y la agarró por el cuello:

—¡Jamás, entiéndelo bien! Aquí nos quedamos hasta que vengan a buscarnos y nos lleven a Canadá. —Ainara se retorció suplicando que dejara de ahorcarla. Donato alejó de inmediato las manos de su cuello, mirándola insensible—. No me des más problemas si no quieres sufrir las consecuencias. Si es necesario continuar encerrados en este lugar así lo haremos hasta irnos de este país. ¡Estarás siempre a mi lado, entiéndelo de una buena vez! ¡Y deja de estar provocándome! —Se apartó de encima suyo y, dando un estruendoso golpe contra la pared, salió de la cabaña.

Ainara, atemorizada, se dio modos, metió sus manos dentro del bolsillo de su pantalón y logró sacar el pedazo de cristal.

Cada minuto, cada segundo contaba.

Miró por el espacio descubierto que había entre la pared y la ventana que Donato, impaciente, fumaba mientras permanecía arrimado contra el auto.

Ainara frotó desesperada la soguilla que ataba sus manos contra el filo del cristal.

De pronto, la soguilla cedió.

Levantó la mirada y volvió a mirar hacia fuera, Donato continuaba en el mismo lugar: lanzó la colilla del cigarro al piso y por la misma encendió otro.

Ainara se apresuró desatando sus pies, pero dejó puesta la soguilla de tal manera que, para cuando él entrara no pudiera darse cuenta de que la tenía desamarrada.

Se acomodó en el sillón tal y como él la dejó y volvió a mirar con el rabillo del ojo por el espacio de la ventana. Vio que Donato abrió la puerta del Mustang negro y sacó una botella, la destapó violentamente, lanzó la tapa lejos y, a pico, bebió una generosa cantidad.

De una patada cerró la puerta del auto y, con la botella en mano, dando largas zancadas, regresó en dirección hacia la cabaña.

Ainara cerró los ojos... inhaló profundamente.

‹‹Ahora o nunca››, dijo para sus adentros, tomando valor.

Donato se sentó frente a ella, volvió a tomar un trago largo.

La miró de pies a cabeza, esbozando una sonrisa que a Ainara le atemorizó aún más: sus ojos revelaron ira y deseo.

Dejó la botella de Vodka a medio terminar sobre el piso de madera, a un costado de ella.

Sin decir una sola palabra se levantó, se retiró la chaqueta y la lanzó lejos.

Luego el buzo que llevaba puesto e igualmente, lanzándolo lejos, quedó desnudo del tórax. Desabrochó su pantalón y se bajó la cremallera.

Ainara tembló.

La miró diabólico y se le vino encima.

Ainara sintió el peso de su cuerpo arremeter sobre el suyo.

Con repudio evitó su lengua rozándole el cuello.

Desvió la mirada hacia su costado... miró la botella de Vodka a medio terminar.

Donato tocó desenfrenado sus pechos, le levantó la blusa e impaciente trató de retirarle el brasier, mientras ejercía presión sobre su cuerpo.

Ainara le mordió con fuerza en el hombro.

Él se enfureció.

Descendió con rudeza la mano ciñendo su cintura y, bruscamente, bajó la cremallera de su pantalón.

Ainara tomó valor, respiró tan profundo como pudo y, deslizando su mano por la parte inferior del mueble, agarró la botella del piso.

La sujetó con fuerza y, levantándola por los aires, impactó contra su cabeza.

Donato reaccionó.

Se alzó de brazos tratando de agarrarla por el cuello, pero Ainara repitió el golpe.

Donato cayó inmóvil sobre su pecho.

Ainara logró escabullirse por debajo de él, lanzándose al piso.

Donato quedó tendido sobre el sofá, inconsciente; la sangre le resbalaba por el cuello.

Sentada sobre los tablones del piso, Ainara, apresurada, se retiró la soguilla de los tobillos, metió la mano dentro del bolsillo del pantalón de Donato y sacó las llaves del Mustang.

Se puso en pie y, sin perder tiempo, corrió hacia la puerta de entrada.

La abrió.

Huyó dejando la puerta abierta.

Entró en el auto y, desesperada, controlándose para que sus manos dejaran de temblar, logró encenderlo y puso marcha atrás.

65

LOS PATRULLEROS LLEGARON PASADAS las siete de la noche al desvío de la carretera y tomaron el camino de tierra que conducía a la propiedad; tal y como informaron los lugareños.

Saúl y Tiziano conducían detrás de ellos.

Les tomó pocos minutos llegar a la cabaña.

Un Mustang negro retrocedía acelerado; mas se detuvo en el momento en que los patrulleros, con las luces encendidas, hicieron sonar la sirena.

Saúl estacionó el auto y bajó cuánto antes:

—¡Ainara! —gritó.

Los agentes de policía rodearon el lugar.

Los dos paramédicos enseguida corrieron en dirección hacia el Mustang.

Ainara regresó la mirada al parqueadero de piedra que a través de la neblina destellaba las luces parpadeantes de los carros policiales, y también gritó el nombre de Saúl; en tanto que él, corriendo hacia donde ella, la abrazó fuerte contra su pecho tan pronto como la tuvo frente suyo. Volvió a la vida sabiendo que se encontraba fuera de peligro.

—¡Donato..., Donato está ahí dentro, lo golpeé en la cabeza, juro que fue en defensa personal! —balbuceó con lágrimas en los ojos aferrándose a su pecho. A pesar de que Ainara llevaba consigo una manta sobre los hombros temblaba descontroladamente.

Saúl la tomó con ambas manos por el rostro. Su piel estaba tan fría como un témpano de hielo:

—Tranquila, amor mío, todo está bien. Los agentes se encargarán de él.

—¡Fue en defensa propia, trató de violarme! —repitió mirando angustiada al agente que en ese momento se encontraba frente a ella.

—No se inquiete, señorita D’Alfonso. Nosotros nos encargaremos. Por ahora el señor Márquez la llevará hasta su auto. Por favor —dijo el mayor Patterson a Saúl—, diríjanse allí y

permanezcan sentados.

Mientras tanto, el oficial junto a dos agentes más se encaminaron hacia la cabaña. Tiziano también fue con ellos.

—Ven, amor, cúbrete con esto. —Saúl pasó otra manta alrededor de sus hombros y, abrazándola, la encaminó hasta su auto. Abrió la portezuela y la ayudó a embarcar en el asiento trasero. Él se acomodó junto a ella.

Ainara, temblando, recostó su rostro sobre su pecho:

—Gracias por llegar a tiempo. No sé qué hubiera sido de mí si permanecía un día más junto a ese psicópata.

Saúl acarició su desgreñado cabello dorado. Posó sus cálidos labios sobre su coronilla.

—Ahora estoy aquí, contigo, amor mío, ya no estarás sola. Tranquilízate, porque ellos sabrán qué hacer con él. La pesadilla acabó.

Ainara lloró aferrada a su pecho.

—Trató de violarme... le di en la cabeza con lo que encontré. Había una botella de Vodka, tengo miedo de haberlo matado.

Saúl dio un profundo respiro.

—Deja de preocuparte y descansa. Nada malo sucederá contigo. Ahora tan solo esperemos a que los agentes salgan. Has demostrado ser muy fuerte, no te debilites ahora.

Ainara se abrazó con fuerza a su cintura.

—¡Te amo, *amore mio*, no soportaría que vuelvan a separarnos!

De pronto, Saúl vio salir de la cabaña al mayor Patterson y al resto de los oficiales.

Traían esposado a Donato, detrás de ellos venía Tiziano.

Saúl inclinó la cabeza y besó su coronilla.

—Ya no te inquietes más, cariño mío. Él está vivo, lo tienen esposado.

Ainara levantó de inmediato la cabeza, por un momento dio un suave respiro de alivio.

—¿Qué harán con él? ¡Merece que lo lleven preso!

Saúl miró indignado a Donato desde la ventanilla del auto mientras lo escoltaban al patrullero. Le dolió más que a su vida que haya raptado a Ainara y que haya tratado de abusar de ella... Jamás se lo iba a perdonar.

—Lo más probable es que vaya preso por algunos años. Con seguridad le imputarán varios cargos —espetó mirándolo discutir con los oficiales.

—¡Quiero ir hasta allí! —dijo de repente Ainara incorporándose—. Por favor, Saúl, acompáñame.

Saúl negó con la cabeza.

—No quiero que te enfrentes más con él.

—¡Necesito gritarle en su cara todo cuánto se merece!

—No, mi amor, no gastes más energías en él.

De pronto, un agente se acercó al auto de Saúl y le pidió que lo acompañara.

—Regreso enseguida —dijo a Ainara y, dándole un beso en la frente, salió del auto y fue con el oficial.

Saúl y Donato se asestaron con la mirada.

Su mirar era oscuro. Donato llevaba las manos esposadas por detrás de la espalda, el paramédico había vendado su cabeza.

—¡Debiste quedar tirado inconsciente sobre ese sofá para siempre, maldito desequilibrado! —gritó de pronto Ainara por encima del hombro de uno de los oficiales.

Donato levantó a verla, desafiante; sus ojos lanzaron veneno.

—Señorita D'Alfonso —ordenó el mayor Patterson girándose hacia ella—, le ruego que regrese al auto, por favor.

Ainara no tomó en consideración la recomendación del mayor de policía, tampoco que Saúl tratara de controlarla y detenerla; por lo que continuó espetando contra Donato:

—¡Pero me alegro de que estés vivo para que tengas el castigo que te mereces! ¡Nunca te perdonaré por todo el daño que nos has hecho a Saúl y a mí, eres un hombre detestable, Donato Carusso!

—Señorita D’Alfonso —insistió el mayor Patterson—, regrese al auto, por favor.

Saúl la abrazó.

—Ven conmigo, amor mío, ya dijiste lo que querías. Ahora regresemos al auto.

Ainara negó con energía:

—¡No, antes quiero ver cómo se lo llevan como la rata que es! Señor oficial, dígame cuándo tengo que ir a dar mi declaración.

Donato les clavó la mirada a ambos; a Ainara y a Saúl.

—Lo más pronto llegando a Nueva York, señorita D’Alfonso. Doctor Márquez —dijo el mayor Patterson dirigiéndose a él—, le agradezco por su colaboración. Ahora le pido que lleve a su novia de regreso a Nueva York. Es necesario que la interne cuanto antes en el hospital. Ahí la atenderán hasta que esté debidamente recuperada y pueda dar su testimonio.

—Por supuesto, mayor Patterson. Gracias por su ágil trabajo, estaré pendiente de noticias.

Mientras tanto, Tiziano se acercó a donde sus dos amigos y juntos se encaminaron al auto.

—Si lo prefieres podríamos pasar la noche en algún hotel cerca —comentó Saúl con Ainara.

—No, *amore mio*, quiero llegar hoy mismo a Nueva York. Estoy bien, no te preocupes.

Ainara se acomodó en el asiento trasero, había una almohada, así podría dormir durante las horas que los llevaría regresar a Nueva York.

Antes de emprender el viaje, Saúl sacó el celular del bolsillo de su chaqueta y marcó el número de Francesca:

—Saúl, hijo —contestó ella al teléfono—, ¡dime que ya tienen noticias de mi hija!

—Para darle una buena noticia la llamo Francesca. Ainara está ahora conmigo. En este momento salimos de regreso a Nueva York.

—¡Gracias a Dios! ¿Ella está bien?

—Sí, Francesca, Ainara está bien y fuera de peligro. Tan pronto como lleguemos la llevaré al hospital para que permanezca ahí al menos por esta noche. Necesitamos hacerle una serie de exámenes.

—¿Le pasó algo malo a mi hija?

—No, Francesca, pero son controles de rutina. Presenta alteración emocional, es normal después de haber estado tres días cautiva. Le paso con ella para que hablen. —Saúl le dio el teléfono a Ainara. Hablaron por pocos minutos. Cerró la llamada y le devolvió el celular a Saúl.

—Mamá dice que hoy llegó Gabriella.

Saúl sonrió.

—Es verdad, se me había olvidado de que su vuelo llegaba hoy por la tarde.

Ainara acomodó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

Saúl le cubrió con la manta. A los pocos minutos se quedó dormida.

—Regresemos a casa —dijo a Tiziano.

—Sí, Saúl, regresemos.

66

EN HORAS DE LA madrugada, Saúl, Ainara y Tiziano llegaron a Nueva York.

Inicialmente fueron a la estación de policía para que Tiziano recogiera su jeep que lo dejó ahí parqueado.

—Yo me despido aquí —dijo él—. Hasta pronto, Ainara. Recupérate lo más pronto, y cuenta conmigo para lo que fuere.

—Gracias, Tiziano, eres un gran amigo. Toda la vida te estaré agradecida por tu apoyo a mi familia, y a Saúl en especial en esto.

Tiziano le devolvió una suave sonrisa. Luego se volvió hacia Saúl y dijo:

—Tan pronto como tenga alguna noticia te informaré.

—Gracias, amigo. —Saúl se despidió de él dándole una palmada en el hombro—. Hasta pronto.

Inmediatamente se dirigieron al hospital para internar a Ainara y hacerle los exámenes respectivos después del abuso físico y psicológico que sufrió a manos de Donato Carusso.

En cuanto llegaron, Saúl acompañó a Ainara a emergencias.

Luego de exhaustivos exámenes médicos los doctores encontraron que presentaba trastornos psicológicos, era normal luego del percance que vivió; aparte de lesiones físicas y deshidratación. Prefirieron que Ainara permaneciera al menos por cuarenta y ocho horas ingresada en el hospital al cuidado de los mejores médicos y, por supuesto, Saúl no se desprendería de ella durante todo ese tiempo.

Él tenía licencia de quince días ya que la boda iba a celebrarse ese sábado y, luego, si las circunstancias hubiesen ido de acuerdo con el plan harían su viaje de bodas al Caribe; pero dado los hechos, todo se canceló.

Por lo menos Francesca y Romina hicieron los trámites necesarios, tanto en la iglesia como en todo lo concerniente a la recepción: banquete, flores, música... cancelando, dando a conocer los pormenores.

Lo que restó de la madrugada, Ainara descansó perfectamente. Saúl permaneció junto a su cama todo el tiempo, se tomó esas horas para pensar en lo ocurrido.

Donato tenía que ser castigado severamente por todo el daño que ya venía haciendo desde hacía años atrás. Él no podía quedar impune ante la ley.

Tan pronto como Ainara se recuperara de sus lesiones físicas y emocionales, juntos irían a dar su declaración.

Mientras tanto, el mayor Patterson le había telefoneado a Saúl hace poco para comunicarle que tenían a Donato retenido en la jefatura de policía hasta que el juez dictara los cargos y, según las evidencias, él tranquilamente cumpliría una sentencia de varios años por rapto, extorsión, abuso físico y psicológico.

A la mañana siguiente, tan pronto como el Sol dio la bienvenida a un nuevo día, Francesca y la familia estuvieron en el hospital para visitar a Ainara.

Ainara despertó repuesta, era una mujer fuerte; eso conocía perfectamente Saúl de ella.

La enfermera entró en la habitación, traía consigo el desayuno para Ainara:

—Buenos días, doctor Márquez —saludó con él, haciendo rodar el cochecito hasta la cama en donde Ainara descansaba—. ¿Cómo amaneció, señorita? Necesitamos que se alimente como es debido porque sus exámenes muestran deshidratación.

—Eso es cierto, amor mío —dijo Saúl tomándola de la mano—, tienes que comer todo lo que trajo la señorita enfermera. De ti depende salir cuanto antes del hospital.

Ainara sonrió mirándolos a ambos.

—No se preocupen, haré todo lo que me digan. Gracias, enfermera. —La enfermera le devolvió la sonrisa y salió de la habitación. Ainara tomó los cubiertos y se dispuso a comer lo que había en la fuente—. ¿Y tú, *amore mio*?, deberías ir también a desayunar. ¿Crees que no me di cuenta de que pasaste toda la madrugada a mi lado?

Saúl la miró enternecido, Ainara ponía todo de su parte para recuperarse lo más pronto posible. Pero asimismo él sabía que ella guardaba una tristeza inmersa en su corazón. No debía ser para nada fácil aceptar que varias de las personas en las que ella confió la habían traicionado de manera tan cruel... Empezando por su propio padre.

—Ahora quiero estar aquí, contigo. Cuando lleguen Francesca y el resto de la familia a visitarte entonces iré a la cafetería. Por ahora déjame cuidarte.

—Gracias por estar a mi lado, sin ti mi vida no tendría sentido. —Ainara dio un largo y hondo suspiro.

—¿Y ese suspiro?

—Hoy era el día de nuestra boda... Donato siempre tratando de destruir nuestra felicidad.

—Así él haya hecho todo lo que hizo por separarnos —dijo Saúl tomando de su mano—, no lo ha conseguido ni jamás lo conseguirá. Ese hombre ahora está lejos de nuestras vidas. Ten la seguridad que jamás volverá ni podrá acercarse a ninguno de nosotros.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Ainara, y le dio la razón.

—¿Sabes? Me encantaría que celebrásemos nuestro matrimonio en Valserra. ¿Qué dices?

Saúl besó el dorso de su mano.

—Si ese es tu deseo, será como tú quieras, amor mío. Organizaremos todo para que nuestra boda se celebre en Valserra. De hecho —dijo esbozando una sonrisa cómplice—, añoro volver a tu pueblo. De ser posible compraría una grande y linda propiedad ahí.

La mirada de Ainara se iluminó; a lo que añadió:

—En lo alto de una colina, con una hermosa vista hacia el valle, rodeado de cipreses, y los campos cubiertos de coloridas flores...

Ambos rieron emocionados; hasta que de pronto tocaron a la puerta.

Saúl pidió que entraran, al tiempo que se levantó.

Llegaron a visitarla Francesca, acompañada de Fortunato, Romina, Emily, y su amiga, Gabriella.

Francesca se apresuró a besar la frente de su hija:

—¡Ainara, hija mía, no imaginas la angustia que hemos pasado!

—Ya todo está bien, mamá. No tienen de qué preocuparse. —Ainara desvió la mirada y sonrió a todos—. Gracias por estar aquí, conmigo.

—La pesadilla acabó, hija mía —dijo el padre Fortunato. Mientras tanto, Saúl movió la silla y se sentó junto a Ainara—. Lo importante, y debo decirlo —continuó Fortunato diciendo—, es que luces radiante, hija. Definitivamente los cuidados, pero sobre todo el gran amor y dedicación de este gran joven hacia ti... bueno, todavía miro a Saúl como el joven muchacho que un día llegó al convento —Fortunato y todos rieron; entretanto el reverendo continuó: —han hecho que estés entre nosotros, indemne, recuperada. La verdad es que siempre vi en ti una persona íntegra, mi querido Saúl —dijo el reverendo dirigiéndole la mirada—. Durante todos estos años, a pesar

de no haber sabido nada sobre ti, lo has venido demostrando... Y en estos días de incertidumbre y desesperación, más que nunca. ¡Doy las gracias por haberte conocido, muchacho, y por haber permanecido todo el tiempo, a pesar de las adversidades, entre nosotros!

Saúl bajó la cabeza, tuvo que limpiarse sus ojos que los traía llorosos después de escucharlo decir aquello al que fuera el párroco del pequeño pueblo de Valserra en donde vivió momentos hermosos, pero sobre todo en donde conoció al amor de su vida.

—Gracias por sus palabras, padre Fortunato.

Ainara pasó la palma de su mano por su cabeza, acariciándole el cabello.

—Siempre lo he dicho, y seguiré repitiéndolo hasta mis últimos días, que Saúl es el amor de mi vida. Y ahora que están todos aquí reunidos queremos darles una noticia. —Ainara miró a Saúl esbozando una suave sonrisa—. Díselo tú, *amore mio.*

Saúl se puso en pie, pidió a Francesca para que se sentara junto a su hija y, dirigiéndose a todos, comunicó:

—Ainara y yo hemos decidido que celebraremos la boda en Valserra. Y, por supuesto, usted, padre Fortunato, será quien nos case. —Fortunato asintió; una larga sonrisa enmarcó sus labios.

—¡Qué alegría, mis hijos! —exclamó Francesca.

—Deja que sea yo quien se encargue de todos los preparativos junto con mamá, hermana. —Romina fue hacia donde Ainara e inclinándose la abrazó. Luego abrazó a Saúl—. ¡Qué gran noticia, cuñado!

—A mí no me dejen excluida. De ser posible viajaré con quince días de anticipación desde Londres para ayudar con todo lo que sea necesario. —Gabriella también se acercó junto a los novios.

Saúl y Ainara sonrieron.

—Gracias a todos por demostrar su cariño y estar siempre pendientes —dijo Ainara.

Emily pidió un momento la atención de todos:

—Les pido que ahora me dejen decir unas palabras a los novios. Mis queridos amigos, Ainara y Saúl, ustedes saben de sobra cuánto los queremos tanto mi esposo, Mike, como yo, como si fuesen nuestros hermanos. Hoy debió celebrarse su boda, pero no fue así. Siempre nos sorprenderán las sorpresas que da la vida. Mas con esta decisión que han tomado veo claramente que el destino estaba así escrito... Y uno debe seguirlo sin discusión. Qué emoción me da que vuelvan juntos al pueblo, a ese bello pueblo en donde se conocieron y se enamoraron. No lo conozco aún, pero he escuchado hablar tanto de él que lo tengo perfectamente dibujado en mi

mente. Es el lugar perfecto, maravilloso, para que al fin unan sus vidas. Y desde ya les ratifico que ahí estaremos, Mike y yo, como sus testigos, felices de verlos uniéndose en matrimonio.

—Gracias, Emily.

—¿Para cuándo nos darán el gusto de tenerlos nuevamente en Valserra, hijos míos? —preguntó Fortunato.

Ainara y Saúl se miraron entre sí; en tanto que, antes de Saúl responder a la pregunta que le hizo el reverendo, le guiñó un ojo a Ainara:

—En aproximadamente treinta días, padre Fortunato. Antes debemos organizar algunas cosas, puesto que queremos permanecer por algún tiempo en Valserra. Quizá y decidimos...

—¿Qué cosa? —impaciente, preguntó Francesca.

—¡Que entre Saúl y yo compraremos una propiedad en Italia! —respondió Ainara—. Quizás en la misma Valserra, quizás en la Toscana. Construiremos nuestra casa y la mayor parte del tiempo permaneceremos ahí.

—¡Qué gran alegría nos están dando! —exclamó Francesca—. Siempre ha sido mi sueño tener a la familia unida.

—Así será desde hoy en adelante, mamá.

—Bueno —dijo Fortunato—, yo también me alegro muchísimo con esta maravillosa noticia, pero creo que acabó la hora de las visitas. Esperamos tenerte pronto en casa, hija.

—Sí, padre Fortunato, yo también lo deseo así.

De pronto, Saúl se disculpó con todos y salió por un momento de la habitación.

Fue a proponer entre los médicos para que Ainara saliera antes del hospital. Ella se veía lo bastante mejorada, por lo que tranquilamente Saúl podía continuar desde la casa dándole los cuidados necesarios.

No hubo inconveniente. Sería dada de alta esa misma tarde.

—Traigo buenas noticias —dijo Saúl en cuanto regresó con ellos a la habitación—. Mi amor, podemos ir a casa hoy mismo, enseguida de la hora del almuerzo.

—¡Bendito sea! ¿Se dan cuenta? Les dije que estaría con ustedes muy pronto.

—Si es así —comentó su madre—, nosotros nos retiramos para ir organizando todo en casa y así puedan estar cómodos.

—Francesca —interrumpió Saúl—, no es necesario que vayan a ningún lugar. Tengo espacio suficiente en mi casa para todos. Por favor, le pido que lo tome en consideración. Será una alegría para nosotros compartir con todos ustedes.

Francesca asintió con una amplia sonrisa.

—Gracias, hijo. Nos quedaremos entonces en tu casa hasta el día de nuestro regreso.

—Mamá —dijo Ainara—, dale un fuerte abrazo de mi parte a Alfonsina. Dile que pronto estaré ahí para dárselo personalmente.

—Así le haré saber. Hasta pronto, hijos.

—Besa en nuestro nombre a Lía y Mattia, los extraño —dijo Ainara a Romina.

—Por supuesto. Hasta después de un momento, hermana, cuñado.

Francesca y todos los demás salieron de la habitación.

Ainara y Saúl se miraron entre sí, felices.

—¿Lista para volver a casa?

—Sí, *amore*, lista.

Saúl y Ainara regresaron a casa. La familia estuvo con ellos tres días más y luego viajaron a Italia. Gabriella también regresó a Londres.

Habían transcurrido siete días, cuando Ainara y Saúl fueron a la jefatura a dar su declaración en contra de Donato. Él debería esperar por el veredicto del juez; mientras tanto permanecería bajo estricta custodia en una cárcel que se encontraba a dos horas de la ciudad.

Habían transcurrido tres semanas desde el día en que Ainara salió del hospital.

Antes de su viaje a Valserra para la boda, volvió a la clínica para realizarse otros exámenes médicos; algo no estaba bien con ella, Ainara ya venía sintiendo una serie de malestares que la tenían preocupada. En cuanto a los resultados, le aseguraron que se los harían llegar en algunos días, con seguridad una vez estando en Italia.

Por otro lado, Saúl pidió licencia por los meses que permanecería en Italia; le fueron concedidos sin problema.

Respecto al trabajo de Ainara en la universidad jesuita, ella presentó su renuncia.

A su regreso de Italia se dedicaría de lleno a su galería de arte, la cual en un principio quedó a cargo de Christine y, luego, en un futuro de Emily, hasta cuando ella y Saúl retornaran nuevamente a Nueva York.

Mientras tanto en Valserra, su familia desde ya se encargaba de los preparativos para la boda, la cual se celebraría en la parroquia de San Feliciano.

Por lo que corresponde a la recepción, Ainara y Saúl desearon que se diera lugar en los jardines de la casa de la familia D’Alfonso, de la misma manera como en años atrás lo hicieron Romina y Giordano.

La noche antes del viaje, Saúl precisó decirle algo de consideración a Ainara; algo que tan solo le competía a ella.

—Amor mío —dijo tomándola de las manos—, quiero que me escuches con calma, por favor. Esto que voy a decirte será únicamente tu decisión, pero siento que debo decírtelo. —Ainara lo miró extrañada, entretanto, Saúl continuó: —Mi único deseo es verte feliz, tranquila. Créeme que te sentirás en paz contigo misma si abres la carta que dejó tu padre y la lees. Ha pasado suficiente tiempo desde que él murió y pienso, amor mío, que ahora es el momento de que sepas cuál fue su última voluntad.

Ainara bajó la mirada, en silencio; mientras tanto, Saúl la tomó con ambas manos por el rostro y continuó: —como dije y lo repito, es tu decisión. Si sientes que puedes con ello, adelante, cariño mío. Siempre tendrás todo mi apoyo.

Ainara esbozó una suave sonrisa.

—Te prometo que lo haré... No me preguntes cuándo, pero lo haré.

—Eres admirable. Ven aquí. —Saúl la atrajo contra su pecho, sus labios besaron su coronilla —. De hoy en adelante un mundo de amor y felicidad nos espera.

67

EL PINTORESCO PUEBLO DE Valserra se había embellecido con su vestimenta otoñal en el encantador mes de noviembre para darles la bienvenida a Ainara y Saúl.

Ainara pudo darse cuenta del enredijo de sentimientos que Saúl sintió después de más de doce largos años de regresar a aquel pueblecito en donde vivieron los momentos más ardientes de su vida.

Pasearon por cada uno de los lugares que juntos, a escondidas, recorrieron.

Aunque las florecillas que en los días de primavera y verano ostentaron majestuosas, sus pétalos yacían marchitos sobre el suelo otoñal cubierto por las hojas secas.

El bosquecillo de cipreses continuaba erguido, de cara al cielo, cobijando con su abrazo los senderos por los cuales la pareja enamorada ensalzó con su presencia.

Todo continuaba igual como hacía más de una década; parecía como si el tiempo se hubiese detenido en ese único lugar.

Sentados uno delante del otro, sobre la misma roca en donde Saúl debatió en contra de sus prejuicios y comprendió, de cara al río, que su verdadero camino lo tenía frente a sus ojos, la mirada de Ainara se perdió en la pureza del agua que chisporroteaba al desplomarse por la diminuta cascada para luego colisionar contra el manantial; a lo que comentó:

—Este fue el lugar en donde mi vida cambió para siempre.

—Y este fue el lugar en donde comprendí que te amaba —respondió Saúl. Al momento Ainara sintió el calor de sus brazos envolver su delicada cintura—. Comprendí que cometía un error del que jamás me hubiera perdonado si renunciaba a ti y cumplía con la voluntad que me impusieron mis padres, sacrificando mi vida a los hábitos.

Ainara suspiró, aferrándose a la incitante presión de sus fuertes brazos que la ciñeron en un abrazo.

—Hice lo que hice para que despertaras, *amore mio*.

La docilidad de sus labios rozó la curvatura de su cuello.

—Lo sé, y te doy las gracias por abrirme los ojos.

Llegó el gran día.

La parroquia de San Feliciano di Valserra engalanaba en esa espléndida mañana de noviembre sus jardines y el largo camino hacia la iglesia con la presencia de la novia quien, del brazo de su madre, caminó hacia el altar llevando entre sus manos un níveo ramillete de azucenas blancas, luciendo su largo vestido blanco, tan puro como su alma, bordado en pedrería y seda; y su velo, como perlas nacientes, cubría su delicado rostro. Delante suyo, Lía y Mattia, llevaban la alianza con la cual, Ainara y Saúl, unirían sus vidas para siempre, entregados al más bello amor.

A sus espaldas acompañaba su corte.

Saúl, frente al altar, vestido con su elegante traje, decorando el bolsillo de su esmoquin negro una azucena blanca en botón esperaba por la novia.

Ainara se acercó a él, radiante. Sus ojos no podían expresar más felicidad; ambos se amaban con el alma.

Sonrió a su apuesto novio.

Saúl sujetó con una dulce sonrisa su mirada.

Hasta que el padre Fortunato, de pie frente a los enamorados novios e invitados, dio comienzo a la ceremonia:

—Hermanos míos, estamos hoy aquí reunidos para celebrar la unión en matrimonio de mis amados hijos, Ainara y Saúl, quienes han venido por voluntad propia a hacernos partícipes del profundo e inalcanzable amor que se tienen. —Ainara y Saúl se situaron uno frente al otro. Lía y Mattia se acercaron donde los novios, llevando consigo las alianzas, las cuales reposaban sobre una delicada almohadilla de seda blanca—. Ainara... —Fortunato se acercó a donde la novia, tomó la alianza de Saúl y preguntó: —¿aceptas a Saúl como tu esposo, amándose y respetándose por el resto de tu vida, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

—Acepto, una y un millar de veces. —Ainara tomó de manos del reverendo la alianza y, con sus ojos prendidos en el verde apasionante de los de Saúl, confesó cuánto lo amaba, mientras insertaba el anillo en su dedo.

Luego el reverendo se dirigió a Saúl y, tomando de la almohadilla que sujetaban los niños la alianza de Ainara, preguntó:

—Saúl, ¿aceptas a Ainara como tu esposa, amándose y respetándose por el resto de tu vida, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe?

Saúl esbozó una dulce sonrisa, y respondió:

—Acepto. ¡Te amo, amor mío! —Sus ojos quedaron cautivos en el azul inmaculado de los de su amada. Tomó de manos del reverendo el anillo de Ainara y lo introdujo en su dedo anular.

Fortunato les dio la bendición.

—A partir de este momento su unión será indisoluble. En el nombre de Dios, yo los declaro, marido y mujer. Saúl, puedes besar a tu esposa.

Saúl y Ainara, consagrando la alegría que abrazó sus almas, juntaron sus labios en un beso enamorado.

La boda se celebró en medio de rosas rojas y azucenas blancas, las cuales embellecieron todo el camino de la iglesia hasta llegar al altar.

Los novios, dichosos, unieron sus vidas acompañados de la familia y las amistades que vinieron desde fuera para compartir junto a ellos el día más importante de su existencia. Luego se daría la recepción en los jardines de la casa de la familia D'Alfonso.

Ainara tuvo el privilegio de conocer ese día a Renato, el esposo de su amiga de toda la vida, Gabriella.

Francesca, feliz, al igual que Alfonsina, disfrutaron de la indescriptible felicidad de los recién casados.

Francesca levantó su copa e hizo el brindis; fue un brindis sencillo, pero emotivo:

—Mis amados hijos, Ainara y Saúl, solo Dios es testigo de cuánto tuvieron que sufrir para estar juntos y unidos en matrimonio. Se merecen ser muy felices. ¡Que siempre reine en ustedes ese amor sólido e invencible que sienten el uno por el otro, y el que con orgullo los ha llevado a convertirse en lo que son ahora. *Salute! per gli sposi.*

Saúl y Ainara llevaron sus copas en alto y, entrelazando los brazos, bebieron de la copa contraria.

Romina se sentó frente al piano de cola que se encontraba a un costado de los rosales, en donde se ofrecía la recepción. Entretanto, Ainara y Saúl, tomados de la mano, fueron hasta el centro del jardín, en donde la familia y los invitados dejaron por un momento de lado sus copas y dirigieron su atención a la feliz pareja que se disponía a bailar mientras Romina, al piano, entonó el vals vienés: "Voces de Primavera", en honor a los recién casados.

Ainara y Saúl bailaron maravillosamente sin apartar ni por un momento su mirada enamorada el uno del otro.

—¡Tú y yo por siempre! —exclamó Saúl, feliz, tomando a su esposa con ambas manos por el rostro.

Ainara sujetó en un suave suspiro su dulce mirada:

—Hasta que Dios lo permita, *amore mio.*

En una tierna caricia besó Saúl, a la vista de todos, sus labios.

Con solemnidad aclamaron su ferviente amor.

La tarde empezó a declinar, la comida había sido servida, los recién casados cortaron el pastel y, desde su mesa, miraban cómo se divertían los invitados.

Fortunato se acercó a donde ellos e invitó a que Ainara le hiciera el honor de bailar con él el vals de piano y violines que en esos momentos resonaba; en tanto que Saúl, esbozando una dulce sonrisa, disfrutó desde la mesa mirándolos.

Tiziano vino hacia donde él.

—Saúl —dijo sentándose a su lado—, quería comentarte antes de que se vayan a su viaje de bodas, y aprovechando que Ainara no está contigo, que recibí noticias desde Nueva York sobre el caso de Donato.

Saúl levantó una ceja.

—¿Dictó sentencia el juez?

—Así es, le impusieron doce años. Lo van a transferir a la cárcel de Pensilvania.

Saúl inhaló profundamente.

—Es una buena noticia. Gracias, Tiziano, por informarme. Buscaré el momento oportuno para decírselo a Ainara.

Tiziano sonrió dándole al flamante novio una palmadita en el hombro.

—La pesadilla terminó, amigo mío. Continúen disfrutando de su boda. Quizá más tarde no los vea porque me retiraré temprano, viajaré de regreso a primera hora. Que tengan un feliz viaje de bodas. Nos volveremos a ver en Nueva York. —Tiziano se levantó y se marchó.

‹‹ ¡Terminó al fin! ››, repitió Saúl, dando un largo respiro, para sí mismo.

Esa noche, antes de que Ainara y Saúl fueran a Roma, y luego ir a su viaje de luna de miel en un crucero por el norte de Europa, Ainara le hizo a Saúl una confesión; la confesión que iluminó aún más sus vidas.

Los resultados de los exámenes médicos de Ainara que le llegaron desde la clínica de Nueva York, por los que ella estaba por demás preocupada pensando que algo malo tenía, quizás alguna enfermedad silenciosa, mostraron positivo.

Ainara llevaba en su vientre un hijo de Saúl, tenía dos meses de embarazo.

Ante tal maravillosa noticia, Saúl lloró de felicidad abrazado de Ainara... No podía estar más feliz.

Esa misma noche, Ainara tomó entre sus manos la carta que su padre escribió antes de morir.

—La leeré —dijo a Saúl.

Saúl fue a la otra habitación. Le dio su espacio para que lo hiciera con total tranquilidad.

Valserra, 19 de febrero de 1995

Hija mía, el tiempo ha pasado empecinándose en castigarme por todo el daño que te hice durante todo el tiempo desde que saliste de casa. De tu propia casa, de la cual yo te aparté despojándote de tus sueños y alegrías. Sé que mis días están por terminar en esta larga y dura trayectoria a la que llamamos vida, y que pronto llegará el momento en que ya no estaré más entre ustedes. Por favor, solo te pido que cuando me haya ido me recuerdes como el padre que un día fui cuando eras apenas una niña. El que te amó y disfrutó de tus travesuras, tus alegrías, tus enojos...

Perdóname, hija mía. Mi ambición me cegó, mi soberbia acabó con mi vida.

El mismo día en que te perdí, me condené a mi propio final.

Ahora comprendo que jamás debí vulnerar tus sentimientos y forzarte a que te unieras a quien no amabas. Valoro tu fortaleza y tu carácter fuerte; de no ser así, hubieras caído en las manos de un hombre sin escrúpulos.

Pido a Dios que por mis calumnias, que la infamia de mis actos no haya llegado al límite de destruir completamente tu vida.

Cuida de tu madre, por favor, Ainara, porque mi consciencia suplica perdón.

La familia Carusso no puede quedarse con lo que por años trabajé, y lo que por derecho les pertenece.

Te amo y te amaré por siempre, hija mía.

Gaetano D'Alfonso.

Cinco meses después...

Saúl se acercó al balcón y, mientras Ainara, embelesada, contemplaba el valle que tenía frente a sus ojos, el calor de sus brazos circundó por detrás de ella su cuerpo.

Ainara, en un suave suspiro, comentó con él:

—¿Recuerdas cuando te decía que quería una casa en la cima de una colina y desde lo alto mirar los campos, tan verdes como ninguno, salpicados de flores coloridas, y el intenso azul del mar a lo lejos?

Saúl acarició su predominante vientre de siete meses de embarazo y, tiernamente, besó la curvatura de su cuello.

—Ahora vivimos nuestro sueño, amor mío. Pronto nuestra pequeña correrá feliz por estas llanuras... Libre, en medio de los apacibles prados de la Toscana.

Orgullo y Castigo

Jenny Urigüen

Pinceladas de amor escribieron la historia de nuestro destino...

Prefacio

Después de una larga y feliz espera de nueve meses, y en medio de las hermosas tierras de la Toscana, lugar apacible y pintoresco que a propósito Ainara y Saúl así lo escogieron para llevar una vida tranquila, lejos del bullicio y la vida ajetreada que representaba vivir en Nueva York, nació la pequeña Iana: hermosa y saludable, quien vino a traerles paz y felicidad a la joven pareja, quienes por contingencias de la vida tuvieron que pasar años separados pero manteniendo cada cual, la llama del amor encendida.

Al fin su sueño de estar juntos se hizo realidad y, más aún con la llegada de su primer hijo, a quien entregaron todo su amor y dedicación.

Durante el primer año, Ainara y Saúl mantuvieron su propiedad en la Toscana, pero enseguida del nacimiento de Iana tuvieron que venderla y mudarse a Valserra, en donde compraron algo más discreto con el fin de estar cerca de Francesca, y con el dinero de la venta mitigar en algo la deuda que Gaetano D'Alfonso dejó sin tener ellos culpa alguna, involucrada a la familia.

El tiempo continuó su curso, mas la familia Carusso, a pesar de que Francesca, con el apoyo económico y moral de sus dos hijas, pero sobre todo de Saúl, quien hizo hasta lo imposible para que su suegra se viera libre de tanta angustia y responsabilidad, que además involucraba al resto de la familia puesto que podría perderlo todo, llegó a un acuerdo con los padres de Donato, en donde dieron su palabra y disponían de algo más de tiempo.

No conforme, después de que el mismo Donato intercediera desde la cárcel de Pensilvania, en donde cumplía su condena, exigió la cancelación total de la deuda, incluido los intereses, lo cual representaba una gran cantidad de dinero; más de lo que su condición alcanzaba.

Esa fue la razón por la cual Ainara y Saúl tuvieron que viajar de improviso a Nueva York y, desde allí, gracias a la ayuda oportuna de Emily, su buena amiga, quien conocía agentes de bienes raíces lograron vender la propiedad de la que la pareja disponía a las afueras de la

metrópoli, y con ello se canceló en su totalidad la deuda a la familia Carusso; dinero que Gaetano D'Alfonso, cegado por su soberbia y mal juicio, negoció con ellos, entregando en bandeja de oro lo que por años trabajó y era el derecho de su familia...

Ofreciendo, además, con su venia, a su propia hija al capricho del inescrupuloso doctor en leyes, Donato Carusso.



1

Florencia, Italia, otoño del año 2014

IANA MÁRQUEZ D'ALFONSO, LA bellísima y audaz jovencita de dieciocho años, acababa de graduarse hacía tan solo unas semanas del colegio de monjas de su pueblo natal, Valserra.

Iana, aparte de heredar similares rasgos físicos como los de su padre: hermosa cabellera negra y ojos tan verdes como dos esmeraldas bañadas bajo el manto de un Sol primaveral, y de tez blanca y aterciopelada, desde muy pequeña demostró una extraordinaria afición por la medicina. De igual manera como su padre, Saúl, ella amaba los libros, por lo que la mayor parte de su tiempo libre lo ocupaba en la lectura de aquellos temas, los cuales eran de gran interés para ella. Su codiciada meta era especializarse en cardiología.

Fue en aquellos fríos y ventosos días del mes de septiembre cuando Iana, junto con su amiga de toda la vida, Miriam, recorrían emocionadas por los pasillos de la prestigiosa Universidad de la Toscana en Florencia, la cual abrió sus puertas para en breve empezar con su ansiada carrera de medicina, puesto que hace apenas dos días que habían llegado desde Valserra para iniciar el esperado semestre.

Durante la noche anterior a su viaje, Azzurra y Adriel, los pequeños y amorosos hermanos de Iana: dos preciosos mellizos de ocho años fueron hasta su habitación para hacerle la entrega de un lienzo, en donde Azzurra dibujó a la familia completa, pero sobre todo en donde Iana, tomando de la mano de su pequeña hermana, vestía un impecable atuendo de médico... Aquel tierno detalle sobrecogió el corazón de Iana.

Azzurra, la pequeña de rizos dorados, al igual que su madre, Ainara, su nombre hacía honor al color de sus hermosos y vivaces ojos color azul cielo. Azzurra poseía habilidad para la pintura; ciertamente lo heredó de Ainara. A diferencia del pequeño y travieso Adriel, quien compartía los mismos rasgos que Saúl, su padre, venía demostrando una gran vocación para la música desde los cuatro años. Ainara contrató un profesor para que recibiera clases de piano tres veces por semana durante las tardes.

Iana y Miriam paseaban esa mañana de sábado por los corredores de la universidad.

—Es hermosa, ¿verdad? —comentó Iana con su amiga, mirando la imponente edificación de estilo antiguo. Sus paredones altos y cubiertos de verdes enredaderas hacían de la universidad un lugar apacible, óptimo para dedicarle la mayor parte del día al extenuante estudio que se avecinaba. Iana era una estudiante por demás dedicada.

Miriam asintió con la cabeza y le indicó a su amiga para ir a la habitación, puesto que ambas compartían la misma.

—¿Qué te parece si subimos y desempacamos?

—Tienes razón, vamos de una vez y así nos organizamos. ¿Sabes?, me encanta que nos hayan puesto juntas, no me hubiera gustado compartirla con alguien más que no fueras tú, además de que no conocemos a nadie aquí.

—Se lo debemos a tu mamá, si no hubiera sido por ella que conoce a parte del personal administrativo de seguro nos hubieran asignado de otra manera... ¡Y a saber con quién nos hubiera tocado lidiar! —Miriam echó a reír.

Iana asintió gesticulando con la boca mientras subían por las viejas escalinatas de madera que conducían a las habitaciones de los estudiantes, el edificio se encontraba en la parte trasera del establecimiento.

—¡Bienvenidas a nuestro nuevo hogar! —exclamó tan pronto como entraron en su habitación. Iana fue hasta el ventanal y corrió las cortinas—. Me encanta tener vistas a los jardines internos. Ven y fíjate, Miriam —insistió a su amiga. Desde ahí se podía apreciar infinidad de flores coloridas, además de arbustos limoneros.

—Enseguida voy por ahí, antes quiero terminar de desempacar. —Miriam, afanosa, guardaba todas sus prendas dentro de las gavetas, y otras las colgaba en el armario.

Iana ciertamente se sentía feliz y motivada por estar en tan agradable y prestigiosa universidad. Dio un largo y profundo suspiro y, dándose media vuelta, fue hasta su cama para asimismo acomodar sus cosas que tenía regadas.

—Luego de que terminemos con esto —comentó mientras doblaba sus jeans y, colocándolos uno sobre el otro, los fue arrumando en el espacio vacío dentro del armario—, ¿qué te parece ir por una taza de chocolate caliente a la cafetería?

—Es buena idea —apuró Miriam—. Desocúpate y vamos de una vez porque con este frío en realidad se me antoja algo caliente.

—Pensándolo bien, luego terminaré de organizar mis cosas —dijo Iana dejando de lado lo que hacía y, descolgando su abrigo de la percha del armario, salieron juntas del cuarto.

—Muero de ganas de un bizcochuelo de manzana con nueces y té de menta —comentó Miriam mientras las dos amigas se dirigían por los pasillos.

—Por ahora me conformo con una taza extragrande de chocolate caliente —respondió Iana tan pronto como entraron en la cafetería, y enseguida se colocaron en la fila. Pocos estudiantes se encontraban ahí en ese momento. Cuando llegó su turno la encargada del bar colocó sobre la bandeja lo que ambas pidieron y fueron hacia una de las mesas junto al ventanal que daba al patio interno, en cuyo centro había una pileta rodeada de bancas de piedra.

—Me encanta el ambiente universitario... ¿Tú qué opinas? —Iana, entusiasmada, le dio un gran sorbo a su chocolate caliente al cual pidió a la encargada que le agregara crema batida.

—Es fantástico... —Miriam no disimuló su afán fijándose en los muchachos atractivos que entraban y otros salían de la cafetería—. ¡Qué distinto al colegio y al pueblo es aquí!

—¡Por supuesto que es diferente al colegio y al pueblo! Aquí encontraremos chicos de todos los tipos... Pero te recuerdo que vinimos a este lugar a estudiar, no para buscar parejas como dos desesperadas. —Iana echó a reír, conocía de sobra el carácter extrovertido y coquetón de su amiga.

—¡Cómo eres, Iana, despabílate un poco...! ¿No crees?

Iana rio moviendo de lado a lado la cabeza y también echó un rápido vistazo a los estudiantes que entraban y salían.

—Qué concepto errado tienes de mí, obvio que mi vida universitaria será distinta a la del pueblo, pero todo a su tiempo, amiga...

Iana y Miriam eran dos jovencitas entusiastas y con la dulce coquetería propia de sus dieciocho años. Enseguida que Miriam terminó con el último bocado de su bizcocho, de repente corrió la silla y se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Iana mirando las prisas de su amiga.

—Regreso enseguida, recordé que olvidé mi celular en la habitación.

Iana gesticuló con los labios.

—De seguro vas a hablar con Pietro...

—Se me pasó por alto que me telefonearía a las cinco. —Miriam no se contuvo y soltó una risita delatadora. Pietro era un muchacho que conocían desde hacía bastante tiempo atrás en su pueblo. A Miriam le atraía, pero no pasaba de eso.

—¡Pero si son las cinco y treinta! —burló Iana en una sola risotada—. Ve de una buena vez pero no te tardes, por el momento aquí estaré esperándote.

Miriam se alejó de la cafetería en carreras. Mientras tanto, en cuanto Iana saboreaba su chocolate caliente, de pronto vio a Donato entrar en la cafetería y, para su sorpresa, venir en su dirección.

Enseguida frunció el ceño, ¿cómo sabía que ella se encontraba ahí?, pensó.

Iana conocía perfectamente la trayectoria de Donato Carusso porque entre sus padres y su abuela siempre comentaban de su familia, y de él en particular. Además, ella tenía recuerdos desagradables de las tantas veces cuando fue por su casa y enfrentó a sus padres.

En los tiempos actuales, en muchas de las ocasiones en las cuales Iana tropezó con Donato en el pueblo, esos encuentros no eran para nada amables porque él siempre mantenía un comportamiento inapropiado e irrespetuoso con ella.

Le clavó la mirada y, respirando profundamente, esperó a que se le acercara.

—¡Iana, qué linda sorpresa encontrarte aquí! —exclamó Donato sentándose a su mesa, frente a frente con ella.

—Buenas tardes, Donato, ¿qué le trae por la universidad?

Donato sonrió con intención.

—Giuseppe es un gran amigo mío, vine hacerle una visita... ¡Y por supuesto, de paso a ti también! —Giuseppe Parisi era el decano de la facultad de medicina en la universidad.

Iana, esbozando una fugaz sonrisa forzada, deseó salir cuanto antes de ahí:

—No necesita venir a visitarme, con su permiso... —dicho eso, trató de levantarse, pero Donato, tomándola enseguida por el brazo, la convenció para que volviera a su silla.

—No te quitaré mucho tiempo, únicamente quiero que cuentes conmigo por cualquier inconveniente que tengas en la universidad, te repito que Giuseppe Parisi es un buen amigo mío, nos conocemos desde los primeros años que estudié leyes aquí, en Florencia.

—Se lo agradezco, pero no será necesario. Ahora si me disculpa —insistió Iana poniéndose en pie—, tengo que volver a mi habitación.

—Estaré viniendo seguido por la universidad... —su comentario hizo que Iana se detuviera y regresara a mirar—. Siempre quise conversar a solas contigo, pero como bien sabes, en Valserra

ha sido imposible. Hay cosas que seguramente te habrán distorsionado acerca mío, y me gustaría que conozcas la verdad... Y más sobre mí.

—¡No, Donato, no necesito aclarar nada sobre usted! —enfrentó Iana tajante—. Claramente le dije aquella vez en el pueblo que deje de seguirme, realmente me molesta que esté detrás mío. He callado esto a mis padres para no inquietarlos, pero no tiene el derecho de venir buscándome a la universidad y que continúe acosándome.

Donato la miró fijamente a los ojos y, esbozando una risita descarada, apoyó los codos sobre la mesa. Entonces entrelazó sus manos y dijo:

—Perfecto, me parece interesante que hayas guardado silencio de todo cuanto te dije esa tarde en Valserra...

—Deje de perseguirme si no quiere que lo denuncie.

Donato echó a reír.

—No te adelantes, niña, solo quiero ser tu amigo. Además, ¿a quién vas a recurrir...? ¿A mi amigo?

—Que tenga una buena tarde, Donato. —Iana prefirió no escucharlo por más tiempo y salió de la cafetería sin regresar siquiera a mirar. Sabía que Donato se la quedaría viendo hasta que ella desapareciera por los pasillos, y a ella le repugnaba la sola idea de que él, un hombre de cincuenta y tantos años, pretendía algo más... Realmente era un desquiciado y debía tener mucho cuidado con él.

A Iana no se le olvidó cuando una tarde, tiempo atrás en su pueblo, mientras ella regresaba a su casa, él la tomó desprevenida. Desde entonces quedó aterrada cuando de sus propios labios lo escuchó decir, sin remordimiento alguno, que se sentía atraído por las jovencitas, y que ella despertaba algo indescriptible en él... Algo que le traía añorados recuerdos de su madre. Desde ese momento Iana prefirió no hablar sobre ello con sus padres, pensó que una vez que estuviera en Florencia no lo volvería a ver, pero tal parecía que la suerte le jugó en su contra. De todas formas, Iana no tomó importancia al inesperado y desagradable encuentro con aquel hombre y continuó de camino a su habitación. Obviamente iba a comentar lo sucedido con su amiga, Miriam, puesto que ella ya estaba al tanto sobre las intenciones del intolerable Donato Carusso.

—Tardaste demasiado... —entró Iana, molesta, en la habitación diciendo—. No imaginas quién estuvo en la cafetería... ¡Qué fastidio volver a verlo!

Miriam, que seguramente en ese momento terminaba de hablar con Pietro, dejó el móvil sobre la cama y levantó la mirada.

—¿A quién miraste para que te haya puesto de tan mal humor? —preguntó.

—¿Qué a quién miré...? Ese desquiciado tuvo el atrevimiento de acercarse a mi mesa con el único afán de continuar acosándome... —renegó Iana con el ceño fruncido—. Él vino expresamente para eso a la universidad... Lo sé.

Miriam abrió los ojos, incrédula.

—¿Estuviste con Donato Carusso durante todo este tiempo?

Iana exhaló con fuerza, sentándose al lado de su amiga.

—Él continúa persiguiéndome, Miriam. Me estresa saber que esté al tanto de que estudio en esta universidad. No sé cómo se enteró, pero no me gusta nada...

—Iana, díselo a tus padres, no dejes pasar más tiempo. Donato es un hombre peligroso y eso tú lo sabes muy bien.

Iana gesticuló con los labios.

—No deseo atormentarlos, ya tuvieron suficiente con su familia y con él mismo. Fui clara con él, espero que con lo que le dije no intente ni acercarse a mí.

—Deberías informar a las autoridades de la universidad y prevenir al señor Parisi que no deseas recibir sus visitas.

Ante tal sugerencia por parte de su inocente amiga, Iana echó a reír; por lo que Miriam la miró intrigada.

—¿Prevenir esto con Giuseppe Parisi? Pero si él es su gran amigo, me lo anticipó desde un principio. Claro, Donato es tan astuto que me lo dejó saber con el único fin de intimidarme.

—¡Qué situación, Iana, jamás se me hubiera cruzado algo así por la cabeza! —exclamó Miriam, sorprendida—. Trataré siempre de que esté en mis manos de estar a tu lado, de eso ni lo dudes.

Iana asintió con una sonrisa.

—Te lo agradecería.

A pesar de la sugerencia de Miriam para que Iana hablara con sus padres acerca de los constantes encuentros que venía teniendo desde hacía tiempo atrás con Donato, prefirió callar. Iana sería prudente evitando futuros encuentros con él. Tenía total confianza que pasado algún tiempo Donato no volvería a acosarla y hasta terminaría olvidándose de ella.

Continuaron conversando sobre otros temas referente a los estudios de medicina general que en pocos días empezarían. Les entusiasmaba, sobre todo a Iana, empezar las clases lo antes posible, era su sueño convertirse en una exitosa médico, siguiendo el buen ejemplo de su padre; con la diferencia de que ella se especializaría en medicina cardiovascular.

2

UNA DESPEJADA PERO FRESCA mañana de otoño dio inicio al ansiado semestre en la Universidad de la Toscana. Iana y Miriam se encontraban en el aula para recibir su primera clase; más bien la mayor parte del día los profesores se tomarían para presentarse ante los nuevos estudiantes. De todas formas, Iana estaba encantada por empezar su carrera universitaria, lo mismo ocurría con Miriam.

En cuanto a sus compañeros de clase, todas eran caras desconocidas. Iana echó un breve vistazo con el rabillo del ojo mientras los alumnos, uno tras otro, ingresaban. Pudo notar algunos rostros interesantes de los chicos que iban desfilando.

Sin embargo, a pesar de estar ubicada al extremo del salón, su belleza no pasó inadvertida. Miriam, por otro lado, se encontraba sentada frente suyo, igualmente era muy bonita: de estatura más bajita que Iana, cabello castaño y de dormidos y traviesos ojos pardos. Indiscutiblemente ambas amigas llamaron la atención de sus agraciados compañeros.

Una vez finalizada la primera jornada del día, Iana y Miriam fueron a los patios internos del establecimiento, quisieron pasar tiempo en aquel lugar relajado antes de ir a tomar un refrigerio en la cafetería.

—Me agradó la bienvenida que nos dieron los profesores que conocimos hoy, sobre todo el de anatomía, ¿qué piensas? —preguntó Iana a su amiga, ambas se encontraban sentadas una al lado de la otra sobre las bancas de piedra que circundaba la pileta, en donde una imponente mujer romana vertía agua a través de una decorativa vasija que sujetaba con ambas manos.

—Muy carismático, a mí también me agradó muchísimo, aunque déjame decirte que el profesor de biología, pero sobre todo el de cálculo estuvieron muy agradables.

Iana asintió entre un sí y un no con la cabeza.

—¡Qué flojera, cálculo! ¿Por qué nos martirizan con eso?

Miriam echó a reír.

—No seas exagerada, no es así como dices... a mí me gusta.

Iana miró a su amiga con actitud.

—¡Hum! Será a ti porque yo no me llevo muy bien que digamos con las matemáticas. —Iana era una excelente estudiante, pero definitivamente esa asignatura no era lo suyo.

—En eso te doy la razón, realmente no atinas con ellas. —Miriam echó un vistazo a su amiga con sonrisa burlona, en tanto que Iana apuró recogiéndose el cabello sobre el lado izquierdo de su hombro, la brisa en esa soleada mañana de otoño empezó a azotar con más fuerza—. Ahora nos queda esperar el turno de la tarde para terminar de conocer al resto del profesorado.

—Esperemos que no den tanta lata. —Iana rio, hasta que de pronto empezó a salir un grupo de estudiantes de otra facultad del pabellón que se encontraba a un costado de donde ellas estaban. Iana y Miriam no tardaron en regresar a mirar.

Les llamó la atención, sobre todo, dos muchachos lo bastante atractivos y altos quienes rápidamente cruzaron hacia el edificio contiguo en donde se encontraba la cafetería.

Iana y Miriam, mirándose entre sí, sonrieron y, levantándose también, se encaminaron en dirección hacia la cafetería.

Tan pronto como entraron pudieron darse cuenta de que los dos muchachos almorzaban sentados a una mesa del extremo, pero lo bastante cerca del bar para que ellos pudieran verlas.

Enseguida las dos amigas hicieron la fila para igualmente pedir su almuerzo.

A Iana le robó su atención cuando de vez en cuando regresaba a mirar con el rabillo del ojo, sobre todo uno de ellos: alto, fornido, de facciones delicadas. Su tez oliva hacía el contraste perfecto con su mediana cabellera castaña, en donde la parte delantera le caía deliciosamente por debajo de su pómulo derecho, haciendo de él un chico por demás atractivo. El trigueño sonrió, alzó la mano y se apartó del rostro el cabello colocándolo por detrás de la oreja. Enseguida relucieron sus encantadores ojos negros, notando Iana, además, mientras conversaba con su amigo, que su sonrisa era amplia y hermosa.

Tras un delatador gesto de sentirse atraída por aquel muchacho, Iana se giró en el momento en que Miriam, dándole una palmada en la espalda, hizo que prestara atención a la chica que por dos ocasiones le había preguntado qué deseaba para el almuerzo.

Iana, sonrojada, pidió el espagueti a la boloñesa. Tomó su fuente, pero antes cada cual agarró del mostrador una botella de jugo de manzana y se encaminaron hacia la mesa.

Claramente las dos amigas no pudieron contenerse en el momento en que los chicos del extremo las siguieron con la mirada y, sin disimulo, echaron a reír.

—Llamamos su atención —comentó Miriam, entusiasmada, colocando la bandeja sobre el tablero de la mesa.

—Me encanta el trigueño... ¡Qué bellos ojazos negros tiene! —Iana, dibujando una amplia sonrisa en sus labios, hizo de lado la silla y se sentó frente a frente con su amiga.

—Créeme que tú también le gustas —dijo Miriam en cuanto volvió a dirigir la mirada hacia la mesa en donde los dos jóvenes, sonriendo, de vez en cuando también regresaban a mirar—. El trigueño no deja de mirarte.

—Lo sé, puedo sentirlo. ¡Y tú contrólate y no mires hacia su mesa! —exigió Iana entre risas disimuladas. Pensó que si no les prestaban mayor atención mantendrían la llama del interés viva en ellos, pero sobre todo la del trigueño. De repente, ni bien habían empezado con su almuerzo, Iana colocó su plato de espagueti junto con los cubiertos de regreso a la fuente y, antes de que Miriam dijera algo, puesto que se la veía afanosa degustando de su espagueti, se adelantó a decir: —Hoy no almorzaremos, regresa tu plato a la fuente y salgamos en este preciso momento de aquí que vamos de regreso a la habitación. Créeme que así se interesarán más en nosotras y tendrán que investigar por su cuenta quiénes somos... ¿No crees? —Y así, sin dejarla siquiera chistar, Iana se puso en pie y, haciendo un gesto a su amiga con los ojos, tomó su fuente con ella para antes de irse dejarla en el carrito y la forzó para salir repentinamente de la cafetería.

—¡Cómo eres, Iana, ni siquiera me dejaste terminar con mi almuerzo, por ti pasaré hambre! —Miriam, enojada, trató de alcanzar el paso apresurado de Iana mientras se enrumbaban hacia la habitación—. ¿Y qué si no volvemos a verlos...? Qué par de chicos hermosos dejaste ir por tus estúpidas y absurdas manías... ¡Joder!

Iana, al momento, se detuvo y se giró a ver a su amiga:

—No seas melodramática, deja de quejarte y confía en mí, te aseguro que harán hasta lo imposible por saber de nosotras. Obvio que llamamos su atención ¿o no te diste cuenta? Además de que ya tendremos tiempo de sobra para bajar a la cafetería y comer algo.

Miriam asintió de mala gana.

—A ver si tu plan resulta... —renegó frunciendo los labios.

—Que confíes en mí te digo. —Y, halándola por el brazo, Iana encaminó a Miriam hasta la habitación.

Esa misma tarde, luego de conocer al resto de profesores que se presentaron a los alumnos de medicina, Iana fue sola al centro de la ciudad en busca de libros para su clase de química.

Miriam no fue con ella porque prefirió terminar el trabajo de biología que el profesor pidió que entregaran en su clase del día siguiente.

Iana no tomó importancia de la tarea y salió cuanto antes.

Tomó el bus que la llevó al centro de Florencia y, entre una cosa y otra, mientras distraída buscaba en diferentes librerías por los libros de química tanto para ella como para Miriam, no se dio cuenta de que se le había hecho tarde para regresar, el reloj marcaba pasadas las cinco y treinta. Pagó en prisas la cuenta y se apresuró a la estación.

Para suerte suya no tuvo que esperar, tan pronto como llegó se embarcó en el bus que la llevaría de regreso a la universidad.

El tiempo que tardaría en llegar hasta la siguiente estación era de aproximadamente una hora, y luego debía caminar un tramo corto de entre cinco a diez minutos de caminata rápida hasta llegar al portón del instituto.

El cielo nocturno se presentó cubierto de una espesa neblina otoñal, todo conspiraba amenazando una fuerte lluvia, por lo que Iana, una vez que bajó del autobús, aceleró el paso y se encaminó en dirección hacia la universidad.

De pronto, en medio de la niebla sintió una mano que, tomándola con rudeza por el brazo, hizo que se detenga. Iana, con la respiración contraída, giró hacia su costado.

Enseguida pudo ver la silueta de Donato quien, con sonrisa insidiosa, se encontraba parado junto a ella.

—Iana... —exclamó—. ¡Qué grata sorpresa, y qué coincidencia venir a encontrarme precisamente aquí contigo, fuera de los fríos e incómodos muros de la universidad!

Su mano la estaba lastimando, por lo que Iana, de un brusco tirón enseguida la apartó, mientras una suave llovizna empezaba a precipitarse sobre sus cabezas.

—¡No creo que sea ninguna coincidencia, Donato! ¿Acaso me persigue?

Donato echó a reír con su típica sonrisa sarcástica.

—No, niña, caminaba por aquí. Pero mira como son las coincidencias de la vida... ¡Iluminaste mi camino!

A pesar del miedo atroz que Iana sintió al encontrarse a solas con él en ese lugar apartado, se mantuvo altiva y enseguida cortó con el desagradable encuentro:

—Tengo prisa, que tenga una buena noche —dicho eso, Iana se dispuso a doblar la esquina cuando Donato, interponiéndose en su camino, se paró delante suyo y, sin dejarla avanzar ni un solo paso más, acometió contra ella:

—¡Qué equivocada estás, jovencita, nadie deja a Donato Carusso con la palabra en la boca...! Y menos tú, niña. Obvio que esperaba por ti, tenemos una conversación pendiente. ¿Recuerdas que te fuiste dejándome solo en la cafetería? No, no, no... —Donato chasqueó la lengua, negando con la cabeza y, haciéndola retroceder, la amuralló contra el paredón—. Ahora vas a escucharme ya que nadie, absolutamente nadie, podrá interrumpirnos. —La llovizna cesó, pero la neblina se tornó más densa aún y, él, vulnerando su espacio, lanzó sus brazos sobre sus delicados hombros, acorralándola en medio de la callejuela fría y desolada. Los grandes y vivaces ojos de Iana expresaron terror viéndolo prácticamente sobre ella, ultrajándola. Trató por todos los medios de apartar sus manos grandes y fuertes, pero fue imposible. Donato la aprisionó con más fuerza y, forzándola para que se quedara quieta, le susurró al oído: —¡Amo tu dulce y fresco aroma, cómo me recuerdas a tu madre, niña hermosa! —Su voz sonó pesada, mientras que sus orificios nasales respiraron su frágil cuello—. No imaginas cuánto la deseé... ¡Pero la muy zorra se fue con el infeliz de tu padre!

Iana pretendió no haberlo escuchado, se armó de valor y, levantando su rodilla derecha, en un certero impacto agredió contra su entrepierna, evitando que pudiera sobrepasarse más de lo que ya había conseguido.

Donato, de inmediato, lanzó el torso hacia atrás.

—¡Maldita perra! —vociferó sujetándose con ambas manos el miembro. Fue más que obvio que el dolor de aquel acertado rodillazo lo dejara inmóvil.

—¡No vuelva a acercarse nunca más ni a mí ni a mi familia! ¡Usted es un abominable desquiciado, Donato Carusso! —Iana echó a correr.

—¡Jamás se los perdonaré...! —gritó Donato—. ¡Escúchalo bien, Iana D’Alfonso, ni a ti ni al despreciable sacrílego de tu padre ni a tu madre por todo lo que me hicieron! ¡Ustedes tienen una deuda conmigo y juro por mi honor que me la cobraré con creces! —Su fuerte voz fue desvaneciéndose a través de la densa niebla mientras Iana, entre tropiezos, aligeró el paso hasta que aquella ruda y desagradable voz fue haciéndose inaudible una vez que llegó a los portones de la universidad.

Entretanto, el guardia quien hacía el turno de la noche enseguida los abrió y saludó con ella:

—Señorita Márquez, buenas noches, siga adelante, por favor.

Iana apuró dándole las gracias y continuó agitada hacia el pabellón, en donde luego de subir las escalinatas de madera llegó a su habitación.

Miriam continuaba sentada frente a su escritorio de la misma manera como la había dejado horas atrás. Levantó la mirada del ordenador y dijo:

—¿Por qué demoraste tanto, Iana? Me tenías preocupada.

—Las horas se me pasaron sin darme ni cuenta. —Iana temblaba.

—¿Estás bien? —preguntó su amiga.

—No, Miriam, el desgraciado de Donato me atracó a unas cuantas cuadras de aquí. Gracias al cielo pude escapar y correr.

Miriam enseguida se puso en pie y fue junto a Iana que, sentada al filo de su cama, era un manojo de nervios.

—¡Iana, qué me estás diciendo!

—Es un hombre despreciable, Miriam. De seguro supo que me ausenté y me estuvo esperando. ¿Será que pagó para que me vigilaran? —Angustiada, regresó a mirar a Miriam. Por un momento se sintió vulnerable de que eso pudiera ser cierto.

—No lo creo... —Miriam vaciló—, pero de todas formas debes tener más cuidado.

—¡Asqueroso! Trató de besarme a la fuerza pero logré zafarme a tiempo de él. Me gritó con toda su rabia que jamás nos perdonaría ni a mis padres ni a mí por todo el daño que papá y mamá le hicieron... ¡Ese hombre está loco! —exclamó con lágrimas en los ojos—. ¡Tengo tanto miedo de él!

—Iana —dijo Miriam, su inquieto mirar claramente expresó que estaba alarmada—, deberías hablar de esto con tus padres. No dejes pasar más tiempo y hazlo de una buena vez.

Iana dio un largo y extenuante suspiro.

—Lo haré... hoy mismo telefonearé a mamá. Pienso que ya es tiempo de que ella y papá sepan lo que está ocurriendo con este hombre despreciable.

Miriam asintió con la cabeza.

Ambas amigas se abrazaron.

3

ESA MISMA NOCHE IANA telefoneó a su madre para contarle lo ocurrido con Donato Carusso, además de ello, se decidió a confiarle sobre las tantas veces cuando estando en Valserra él ya la acosaba y, ella, sin otra opción que no sea preocuparles, optó equivocadamente por callar algo tan delicado.

—Hola, mamá.

—Iana, hija, ¡qué alegría escucharte! ¿Cómo está todo en la universidad? Por demás ocupada, me imagino.

Pese al estado de nervios por el cual atravesaba, Iana esbozó una suave sonrisa. Se sentía sumamente agradecida con sus padres, además de emocionada por haber empezado el semestre en su ansiada carrera de medicina, mas trató de encontrar las palabras correctas para que su madre no cayera en desaliento en cuanto le contara sobre los abusos que desde tiempo atrás venía teniendo por parte de Donato Carusso.

—Me mantengo ocupada casi todo el día, mamá. Hay mucho que investigar, que aprender... pero te llamo por otro motivo.

—Te escucho, hija.

Iana inhaló con fuerza y, tras un largo respiro, continuó:

—Discúlpame, mamá, por no haber hablado de esto contigo antes. No quería preocuparte ni a ti ni a papá...

—Hija, me inquietas... —interrumpió su madre—. ¿Qué ha sucedido? ¿Tiene algo que ver con la elección de tu carrera? Porque si es así...

—No, mamá —se adelantó en responder Iana—, es mi pasión estudiar medicina. Se trata de..., pues de Donato.

—¿De Donato? No, no comprendo, hija.

—Ese hombre me hostiga, mamá, lo ha venido haciendo desde hace mucho tiempo atrás en el pueblo, y ahora me acosa dentro y fuera de la universidad.

Ainara permaneció por unos cuantos segundos en silencio. Iana sabía de antemano que la noticia la iba a dejar profundamente angustiada, pero siendo así, ya no podía ocultarlo por más tiempo, tenía que decírselo.

—Mamá...

—Disculpa, hija, me tomó de sorpresa esto que acabas de decirme. Necesito que, por favor, te mantengas dentro del establecimiento y que por ningún motivo salgas. Mañana a primera hora telefonearé al decano de tu facultad para que tome medidas al respecto.

—¿A Giuseppe Parisi? —Iana echó a reír—. Él es gran amigo de Donato, mamá. Fue lo primero que me advirtió... Ya conoces lo cínico que es.

—Nunca me lo hubiera imaginado —respondió Ainara tras una larga exhalación—. Saldremos con tu padre hacia Florencia mañana a primera hora, esto que me cuentas no puede quedarse así.

—Gracias, mamá, y discúlpame nuevamente por no habértelo dicho antes. Nunca imaginé que esto llegara a suceder, créeme que tuve la seguridad de que una vez estando en Florencia no volvería a encontrármelo más.

—Hija mía, algo tan delicado debiste habérnoslo contado enseguida, de esa manera tu padre y yo hubiéramos tomado medidas al respecto. Pero ya estuvo, mañana a primera hora hablaremos con el director de tu facultad. Que Giuseppe Parisi sea gran amigo de Donato como dices no tiene nada que ver, él tendrá que conversar con su amigo y exigirle que no se acerque más a ti, asimismo le informaremos a la autoridad máxima de la universidad y pondremos un límite a esto. Ese hombre despreciable no volverá a acercarse más a ti... Te doy mi palabra. Ahora necesito que estés tranquila. Y no se te ocurra por ningún motivo ir sola a ningún lugar. ¿De acuerdo, hija?

—Pierde cuidado, mamá, que así lo haré. Dale un abrazo a papá, dile que lo amo, que jamás hubiera querido que llegara a tener enfrentamientos con Donato o con cualquiera de su familia por mi causa.

—No, Iana querida, ese hombre o su familia o quien sea que quiera hacerles daño a ti o a tus hermanos se verán con nosotros. Como dije y lo repito, Donato tendrá que escucharnos porque demasiado daño nos ha venido haciendo.

Ainara quedó sumamente preocupada luego de hablar con Iana. No imaginó siquiera que Donato fuera a actuar en su contra valiéndose de su hija... Aquello sobrepasó el límite.

En cuanto le confió a Saúl, él igualmente coincidió con su esposa en que debían intervenir yendo de inmediato a Florencia y exponer la situación ante el director de la universidad. Además de que el decano de su facultad tenía la obligación de controlar que no hubiera ningún acercamiento por parte de Donato Carusso con su hija; al menos dentro del establecimiento ya que fuera de la universidad la responsabilidad caería por su propia cuenta.

A primera hora de la mañana, Ainara y Saúl condujeron hacia Florencia. Francesca quedó a cargo de los mellizos, Azzurra y Adriel, durante las horas que sus padres estarían fuera, ella los recogería de la escuela y luego atendería al profesor de música que iría en la tarde para la clase de piano que recibía el pequeño.

Tan pronto como Ainara y Saúl llegaron a la universidad, fueron hasta la oficina del decano. Por suerte llegaron a tiempo para poder conversar con él, puesto que en las próximas horas debía ausentarse para asistir a una reunión con los docentes.

—Buenos días, estimada Ainara, doctor Márquez —saludó Giuseppe Parisi con el matrimonio, invitándolos a sentarse frente a él—. ¿A qué se debe el honor de tenerlos hoy aquí?

Tanto Ainara como Saúl le devolvieron el saludo y enseguida le pusieron al corriente de su descontento y extrema preocupación acerca del inconveniente que su hija, Iana, venía teniendo con Donato Carusso desde que empezaron las clases en la universidad.

Ante tales acusaciones, Giuseppe Parisi se mostró sorprendido, levantó su ceja izquierda y respondió:

—Me sorprende sobremanera, mis apreciados, Ainara y doctor Márquez, de todo cuanto me han informado acerca de mi estimado amigo, Donato. Pierdan cuidado que hoy mismo me comunicaré con él y le manifestaré su preocupación por lo sucedido. Pienso que con ello no será necesario comunicar este inconveniente ante el director, Maximiliano Romano. Les doy mi palabra de que tan pronto como hable con Donato él sabrá acatar mi recomendación de que no vuelva a acercarse a su hija.

—Le estaremos muy agradecidos, señor Parisi —dijo Ainara.

—En cuanto a nuestra hija —intervino Saúl—, hablaremos lo antes posible con ella. Sé que Iana va a sentirse más tranquila sabiendo que usted hablará personalmente con Donato. Esta situación la tiene sumamente afectada. —Giuseppe Parisi hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Nosotros nos retiramos, señor Parisi —dijo Ainara poniéndose en pie y, alargando la mano, se despidió de él: —Que tenga un buen día.

—Igualmente un buen día para ustedes —contestó Giuseppe Parisi estrechando la mano de Ainara. Luego se giró hacia Saúl, y de igual manera estrechó la suya—. Si desean pueden ir a la cafetería a esperar por Iana, el receso empezará en pocos minutos.

Tanto Ainara como Saúl volvieron a darle las gracias y salieron de la oficina del decano para ir a encontrarse con su hija en la cafetería. Esperaron unos cuantos minutos sentados a la mesa hasta que ella apareció por el corredor y enseguida fue a darles el encuentro.

—Mamá, papá, ¡qué alegría verlos hoy aquí! —exclamó abrazándolos y se sentó a la mesa frente a sus padres.

—También estamos contentos de verte, hija —respondió Saúl—. Acabamos de salir de hablar con el decano de tu facultad.

—¿Qué dijo? ¿Hará algo al respecto? —preguntó Iana mostrándose inquieta.

—Por supuesto, hija —se adelantó a comentar Ainara—, él nos dio su palabra de que hablará hoy mismo con Donato, le exigirá que no se acerque más a ti. Este hombre tendrá que dejar de acosarte, de otra manera se verá con las autoridades máximas tanto dentro como fuera de la universidad.

Iana cerró los ojos y respiró profundamente.

—Gracias, mamá, papá, por haber venido y hablar con el señor Parisi, ahora que ustedes y él lo saben me siento más tranquila. Nuevamente les pido que me disculpen por no haberlo comentado antes.

Saúl tomó enseguida de la mano de su hija, y dijo:

—Ante todo está tu tranquilidad y seguridad, hija mía. Tanto tu madre como yo queremos que te sientas en calma estando en este lugar, pero asimismo necesitamos que seas cautelosa fuera de aquí. Prométeme que así lo harás, ¿de acuerdo, hija?

Iana asintió ante la recomendación de su padre con una sonrisa.

—Sí, papá, pierdan cuidado que no volveré a salir sola.

—Confiamos en que así lo harás, Iana —ratificó su madre—. Dentro de la universidad Giuseppe Parisi tomará desde hoy las medidas necesarias, pero fuera de aquí como acaba de decir tu padre, no está en su jurisdicción.

—Será como ustedes dicen, no se preocupen.

El matrimonio Márquez D’Alfonso regresó a Valserra. Tan pronto como entraron a su casa vieron a Francesca acompañada del padre Fortunato, quien esa tarde había ido a visitarlos. Ambos se encontraban conversando sentados en la saleta a un extremo del pequeño salón en

donde solían reunirse a jugar cartas o pasar tiempo de ocio, además de que en ese lugar se encontraba el piano que compraron para que su pequeño hijo, Adriel, recibiera sus clases de música. Tanto Francesca como el reverendo disfrutaban de las habilidades del pequeño mientras recibía sus clases de piano.

—¡Qué linda sorpresa encontrarlo en casa, padre Fortunato! —enseguida exclamó Saúl.

—¡Hijos míos, el gusto es mío! —respondió Fortunato poniéndose al momento en pie. Ainara y Saúl se acercaron a donde ellos estaban, estrechándose un fuerte abrazo con el reverendo, hacía algunos días que no se veían.

—Hola, mamá —saludó Ainara a su madre, Saúl también saludó a su suegra—, ¿ha ido todo bien durante el tiempo que estuvimos fuera?

—Sin ninguna novedad, hija. Y cuéntenme, ¿cómo les fue en la universidad? ¿Pudieron conversar con el decano?

—Sí, mamá, se dijo todo, ahora nos queda esperar a que cumpla con su palabra de comunicarse inmediatamente con Donato y exponerle las cartas sobre la mesa. ¿Te parece si hablamos con más calma luego?, iré a saludar al profesor Emiliano ahora.

Francesca sonrió.

—Por supuesto, vayan y saluden con él porque tiene muy buenas noticias que darles de Adriel.

—¡Qué maravilla, qué tendrá para decirnos! Vamos, *amore* —apuró Ainara, entusiasmada, tomando de la mano a su esposo—, saludemos con el profesor.

—Adriel es un niño prodigio para la música —se adelantó a comentar Fortunato.

—Así es, padre Fortunato, quién mejor que usted para valorar su talento —respondió Ainara con una sonrisa, y enseguida se acercaron a donde el profesor Emiliano para saludar con él y besar a su pequeño hijo.

Emiliano les comentó que Adriel avanzaba a pasos agigantados en su destreza para tocar el piano, y que si continuaba de la misma manera como lo venía haciendo que en cuestión de poco tiempo estaría preparado para pasar a un nivel destacado, donde era lo bastante inusual encontrarse con niños de su edad. Ainara y Saúl se alegraron sobremanera por las aptitudes y avances de su pequeño hijo, por lo que no tardaron en felicitar al pequeño enfrente del profesor, del reverendo y de su abuela:

—Tu padre y yo estamos tan orgullosos de ti, mi pequeño —dijo Ainara, besando la coronilla de su hijo, en tanto que Adriel, levantando a mirar con la picardía propia de un niño de ocho años a su padre, comentó con él:

—¿Ves, papá?, te dije que llegaría a tocar el piano tan bien como la tía Romina.

Todos en el salón rieron.

—Por supuesto que sí, hijo mío. —Saúl, que se encontraba parado frente a su hijo, enseguida lo levantó en brazos—. Y ahora déjame darte un abrazo porque te lo mereces. Sabes que te amo, ¿cierto?

Adriel sonrió sujetando la mirada de su padre, sus encantadores ojitos verdes brillaron de felicidad.

—Sí, papá. Y tú sabes que los amo a ti y a mamá, ¿cierto?

Saúl esbozó una amplia sonrisa.

—Cierto —respondió a su pequeño y colocó nuevamente a Adriel en el suelo.

—Gracias por darnos esta gran noticia, profesor Emiliano —dijo Ainara—, tenemos total confianza y seguridad de que Adriel continuará destacándose y llenándonos de sorpresas. Y ahora les dejamos solos para que puedan terminar con su clase. —El profesor asintió con una sonrisa.

Mientras tanto, Ainara y Saúl fueron con Francesca y con el reverendo hacia el salón principal de la casa.

—¿Y al fin qué fue lo que les dijo el decano? —preguntó Francesca.

—Tomará cartas en el asunto desde hoy mismo —respondió Saúl—. Donato no podrá acercarse a nuestra hija.

Fortunato gesticuló con la garganta.

—Este infiel tendrá que saber comportarse... ¡Veo que no ha aprendido nada de la vida!

—Los hombres de su calaña jamás aprenden, padre Fortunato —comentó Ainara.

—Así es hija mía, pero déjame decirte que hay ocasiones en que las lecciones que nos da la vida nos hacen reflexionar.

Ainara gesticuló con los ojos, negando con la cabeza.

—No para él...

—¿Qué les parece si pasamos al comedor? —interrumpió Francesca—. Sabiendo que hoy venía a visitarnos Fortunato preparé un bizcochuelo de dátiles y almendra como tanto le gusta, además de que a los niños les encanta.

—A propósito, ¿está Azzurra en su habitación? —preguntó Ainara.

Francesca asintió con la cabeza.

—Almorzó y nos dijo que iría a hacer su tarea. Seguramente se quedó dormida porque nos comentó que el profesor de deportes la hizo trabajar intensamente hoy. —Francesca rio, además de que Ainara y Saúl, aparte del padre Fortunato, también echaron a reír.

—Mi niña —dijo Ainara—, ciertamente tuvo un día muy agitado. Subiré luego a verla.

Tan pronto como el pequeño Adriel terminó con su clase de piano corrió al comedor junto con sus padres. El profesor se despidió de la familia, y a pesar de que le invitaron una taza de té, acompañado del bizcochuelo de almendras y dátiles, se disculpó con ellos por no poder acompañarlos puesto que tenía otra clase que dar.

La familia degustó del delicioso bizcochuelo mientras, entre risas, comentaban sobre el avance y la destreza del pequeño, quien pidió a su abuela le ponga helado de chocolate en el plato. Asimismo el padre Fortunato pidió por una copita de su apetecido *limoncello*.

A pesar de que su estado de salud se había desmejorado por sus avanzados años, continuaban consintiéndolo; claro, a la medida de su condición. El padre Fortunato bordeaba ya los ciento un años, pero continuaba siendo un hombre lúcido.

4

EL TIEMPO TRANSCURRIÓ CON tranquilidad, luego de que seguramente Giuseppe Parisi conversara con Donato, él no fue por la universidad, tampoco Iana tuvo encuentros fuera de ella a pesar de que en las pocas ocasiones que salía lo hacía con Miriam, tal como les dio su palabra a sus padres.

Era tradición en la Universidad de la Toscana que todos los años se celebrara la fiesta de los novatos tan pronto como se iniciaban las clases, fiesta organizada por el comité de estudiantes del último año, dando de esa manera una emotiva bienvenida a todos los nuevos alumnos que cursaban el primer semestre en su carrera.

Iana y Miriam estaban muy emocionadas por asistir a la fiesta organizada en su honor.

La noche de ese primer sábado de octubre se presentó fría y despejada. La celebración se ofreció en los amplios jardines internos de la universidad.

Ambas amigas bailaban y saltaban divertidas al compás de la alegre música que la banda que los jóvenes músicos tocaba sobre la tarima que se había dispuesto en el centro del jardín llenaba de alegría y diversión el ambiente, hasta que, de pronto, en medio del entusiasmo que invadía en esa noche de fiesta a todos los estudiantes, y particularmente a las dos jovencitas universitarias del primer semestre de medicina, vieron que los chicos que aquella tarde miraron en la cafetería y de quienes quedaron fascinadas venían en su dirección.

Todo indicaba que se aproximaban expresamente hacia donde ellas estaban para invitarlas a bailar.

Miriam, quien no consiguió ni por un instante disimular, clavó las uñas en el antebrazo de su amiga, pero antes de que Iana protestara, ésta se volvió hacia ella y dijo:

—¡Vienen hacia nosotras!

Iana, que también se había dado cuenta de que ambos chicos no dejaron de mirarlas desde hace un buen tiempo atrás, y finalmente se decidieron en ir hacia donde ellas, trató de disimular mirando en la dirección contraria.

—No seas tan obvia... —comentó entre dientes con su amiga para nada disimulada. No terminó ni de decir aquello cuando los dos muchachos ya se encontraban parados frente a frente con ellas.

—Hola, ¿nos permiten acompañarlas? —dijo el muchacho que había llamado la atención de Iana, clavando sus grandes y rasgados ojazos negros en los de ella. Iana enseguida pudo fijarse que sus pestañas eran tan largas y rizadas que con cada parpadeo hacía mecer el aire, y sus cejas largas y pobladas tenían el contraste perfecto con el tono de su piel oliva y su cabello castaño. Su amigo se encontraba junto a él.

Iana, esbozando una sonrisa disimulada, respondió:

—Por supuesto.

En tanto que Miriam, con una sonrisa de oreja a oreja se apresuró a decir:

—Será un gusto tenerlos con nosotras —e inmediatamente se dispuso a conversar con el otro muchacho; igualmente muy atractivo: de piel blanca y de grandes ojos pardos.

—Me llamo Vincenzo, un gusto conocerte —enseguida dijo el más alto dirigiéndose a Iana, alargó su mano y preguntó, esbozando una suave y singular sonrisa: —Tu nombre es...

Iana quedó prendada de ella, tal parecía que los mismos ángeles la hubieran esculpido. Parpadeó por dos o quizá tres veces seguidas y, restableciéndose de su letargo, apretó su mano y respondió:

—Iana..., Iana Márquez. —Pudo sentir que su mano era larga y bien formada.

El muchacho sonrió por vez consecutiva.

—Tienes un nombre muy lindo.

Iana le devolvió la sonrisa y de inmediato regresó a mirar a su costado. Ella ni siquiera entendió por qué lo evadió cuando la voluntad le gritaba que continuara hechizada de sus ojazos negros. Al darse cuenta de que su amiga se encontraba en la pista de baile divirtiéndose de lo más entretenida con el otro muchacho, disimuló su estúpida reacción y enseguida comentó con él:

—Parece que a tu amigo y a mi amiga les gusta la música electrónica... Compaginan muy bien.

Vincenzo, al momento, volvió la mirada al centro del jardín, esbozó una larga sonrisa y preguntó, regresándola a mirar:

—¿Deseas bailar?

Iana negó con la cabeza.

—Quizá luego. ¿Te parece si nos sentamos?

Vincenzo asintió y fueron hacia una banca, la misma que se encontraba al pie de un abeto.

—Estoy en cuarto año de arquitectura —comentó con ella en cuanto se acomodaban en la banca.

—Yo estoy empezando mi primer año de medicina.

Vincenzo volvió a sonreír, su sonrisa fue amplia y delatadora.

—Lo sé... —dijo mirándola con suavidad. En tanto que Iana, extrañada, sujetó su mirada dibujando sus labios una sonrisa perspicaz; entretanto Vincenzo continuó: —No fue complicado averiguar qué estudiabas... No cuando se trata de la chica más linda de la universidad.

De inmediato Iana echó a reír. Aquello hizo que se rompiera el hielo que aún había entre los dos.

—¡Qué ocurrido eres, Vincenzo! Pero gracias por el cumplido.

Vincenzo se puso en pie y, haciendo una agraciada venia con el brazo, honró:

—Para servirle, señorita, de hoy en adelante seré su fiel admirador.

Iana y Vincenzo se miraron entre sí y, luego, juntos, soltaron una singular carcajada.

—Eres muy agradable —dijo ella.

—Presiento que nos llevaremos muy, pero muy bien. ¿Me das tu contacto para llamarte y mantenernos comunicando?

—Por supuesto. —Aquello le vino de maravilla a Iana. Sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y le pasó a Vincenzo su número de teléfono, él enseguida le hizo una llamada para confirmar que lo había ingresado correctamente, y ella guardó el suyo.

—Listo —dijo él guiñándole el ojo—, de hoy en adelante estaremos siempre en contacto. ¿Bailamos ahora? Massimo y tu amiga sí que se divierten. ¿Vamos con ellos?

—Claro que sí —respondió Iana poniéndose también en pie—. ¿Massimo es el nombre de tu amigo?

—Sí, los dos estudiamos lo mismo y estamos en las mismas clases.

—Mi amiga se llama Miriam, ambas estamos en primer año de medicina. Aunque... ¿De seguro también sabías eso?

—Por supuesto. —Vincenzo, con una larga sonrisa, tomó de la mano de Iana y juntos fueron hasta el centro del jardín en donde estaba ubicada la tarima. Indiscutiblemente pudieron darse cuenta de cómo se divertían sus amigos.

En el momento en que los vieron acercarse, Massimo enseguida comentó con ellos, pero tuvo que levantar la voz puesto que la música sonaba a todo volumen:

—Qué bueno que se hayan decidido en venir a bailar, la música está buenísima. —Levantó los brazos y, juntos, él y Miriam, continuaron divirtiéndose.

—¿Escuchaste lo que dijo tu amigo? —preguntó Iana con él.

—Algo... —Vincenzo rio—, pero bailemos, eso no tiene importancia. ¿Te gusta la música electrónica?

—¡Me encanta! —respondió Iana mirando cómo Vincenzo se movía de bien, y ella también hizo lo suyo.

—Bailas lindo, me gusta tu estilo —de pronto comentó Vincenzo dibujando en sus labios rojos una sugestiva sonrisa que Iana no pudo resistir—. Realmente no debí ni hacerte esa pregunta. —Vincenzo echó a reír sin apartar sus ojos de ella; a lo que Iana respondió:

—¿Qué pensabas? ¿Que no lo haría tan bien como tú?

Iana y Vincenzo continuaron divirtiéndose, ella se sintió tan a gusto en compañía del joven estudiante de cuarto año de arquitectura, con los ojos negros más lindos y penetrantes que haya visto antes, y su sonrisa fascinante y contagiosa hizo de ella un manojo de sensaciones agradables.

De pronto, Miriam y Massimo estuvieron con ellos.

—¡Bienvenida la novatada que este año llegó a la Universidad de la Toscana! —gritó Massimo pirueteando en medio de la estruendosa y excitante música electrónica.

—¡Bienvenida, sobre todo las guapísimas chicas que nos acompañan! —Vincenzo animó en respuesta al festejo de su amigo y, juntos, los cuatro, saltaron y gozaron hasta el amanecer.

Después de horas de baile, risas y festejo entre los cuatro amigos, además de una larga y entretenida charla entre Iana y Vincenzo, las dos amigas regresaron a su habitación una vez terminada la fiesta. Y, ambas, acostadas sobre la cama continuaron conversando, recapitulando los adorables momentos que vivieron esa noche en compañía de aquellos dos jóvenes encantadores:

—¡Qué agradable y entretenido es Massimo! —comentó Miriam con Iana—. Estas horas estuvieron fuera de lo común en su compañía.

—Sí, Massimo me pareció un chico increíble, me encanta verte tan feliz... Así y te olvidas del aburrido de Pietro. —Iana regresó a ver a su compañera de cuarto y amiga de toda la vida esbozando una sonrisa intuitiva en sus labios.

Miriam cruzó los brazos por detrás de su cabeza, a lo que respondió:

—¡Bah! Bien sabes que Pietro jamás me atrajo como para tener algo con él. En cambio Massimo... él es diferente a los demás chicos que he conocido. Pero tú no te quedas corta —dijo regresando a ver a su amiga—, estuviste de lo más contenta y entretenida con Vincenzo. ¿Cuéntame de qué tanto hablaban?

—Vincenzo es hijo único, ¿sabes?, me contó que vive con su madre.

—¿Y su papá?

—Ni idea, lo poco que habló de su vida privada únicamente se refirió a su madre. Me comentó que su sueño es estudiar la maestría en Alemania, por esa razón mantiene buen promedio académico porque necesita aplicar a una beca. No quise indagar, pero con ello me dio a entender que su situación económica no es muy buena que digamos.

—¿Quién paga sus estudios aquí entonces?

Ante tal pregunta, Iana se encogió de hombros.

—Realmente no lo sé, no me pareció prudente cuestionar sobre eso. Seguramente su madre ahorró para sus estudios universitarios... Es lo más lógico, pienso yo.

Miriam gesticuló con la boca, asintiendo con la cabeza.

—Sabes —dijo Iana—, Vincenzo me atrae. El día en que los vimos en la cafetería me pareció tan atractivo, pero ahora que traté con él y en parte conozco cuáles son sus aspiraciones, así como también cómo es su carácter, me gusta muchísimo más... —Iana sonrió, mordiendo delicadamente la uña de su dedo pulgar; por lo que Miriam, con un vívido matiz de seriedad en su rostro, no tardó en comentar con ella:

—Empiezo a divisar cómo, ante mis ojos, se abre lentamente un delicado telón púrpura y, a la distancia, a través de diminutos pero incandescentes rayos del Sol invernal, puedo mirarlos a ti y a Vincenzo corriendo tomados de las manos por entre los campos de cerezo, y sus rostros cubiertos de la viveza de su centelleo bajo la delicadeza de sus tiernas florecillas...

Iana, tras escuchar las disparatadas ocurrencias de su amiga, echó a reír.

—Debiste estudiar letras en vez de medicina...

—¡Bah! Pero no me niegues que te encantaría verte en medio de un dulce, ardiente y eterno amor con él, ambos locamente enamorados.

—Te recomiendo que deseches tu loca imaginación y más bien nos dispongamos a dormir, es tarde y tenemos una larga y tediosa tarea pendiente para mañana.

—Está bien, pero bien que te encantaría... A mí no me engañas, tus ojos no mienten. —Miriam esbozó una risita comprometedora.

—Duérmete ya...

5

IANA VIAJÓ DE URGENCIA a Valserra para asistir al funeral del padre Fortunato. El reverendo había llevado una vida tranquila y hasta en cierto modo saludable, mas por sus avanzados años sufrió un decaimiento en su salud que en los últimos tiempos se había tornado un tanto quebrantada. Para Iana fue un duro golpe porque ella amaba sobremanera al reverendo, adoraba su carácter jovial y entusiasta, además de que siempre se sintió inmensamente agradecida a él por el infinito amor, dedicación y respeto hacia Saúl, su padre, y hacia su familia en general.

El homenaje a Fortunato se efectuó tal y como él pidió a la familia y amigos: un homenaje de alegría, rememorando su vida de paz y amor desinteresado, el cual durante su larga trayectoria consagró con infinita ilusión a todos.

La casa de la familia D'Alfonso había sido decorada con rosas blancas y alegres dalias coloridas. La familia y amistades llenaban los jardines delanteros y el interior de la casona. Iana no se apartó ni por un momento de su padre, necesitó darle consuelo, puesto que Saúl se veía devastado. Mientras que su madre, acompañada de su abuela, Francesca, Romina y Alfonsina, atendían a los invitados.

Ya a avanzadas horas de la tarde, Saúl, junto a la imagen del reverendo, la cual reposaba sobre una mesa rectangular alta, decorada con jarrones de hermosas dalias y rosas blancas, se dirigió a todos quienes estaban ahí reunidos ofreciendo una emotiva despedida a su amado párroco del pequeño pueblo norteño: el padre Fortunato.

—Mi amada familia, estimados amigos, todos lamentamos la partida de nuestro querido padre Fortunato, mas yo en particular le estaré eternamente agradecido por brindarme su mano cuando llegué a este pueblo siendo apenas un joven seminarista de veintidós años, y gracias a él, a su paciencia, a su apoyo incondicional me enseñó que debía elegir con decisión y entereza mi

verdadero camino. Gracias a mi amado padre Fortunato consagré mi vida no a la iglesia porque no era mi verdadera vocación, sino a la bella mujer de la cual me enamoré perdidamente desde el día en que la vi, y quien siempre ha estado a mi lado a pesar de las vicisitudes del destino. Gracias al reverendo soy el hombre que soy ahora. —Saúl calló por un momento, cerró los ojos y, en un profundo suspiro, exclamó en voz baja con la voz quebrantada: —¡Te voy a echar tanto de menos, mi buen amigo! —levantó el rostro y continuó: —Nuestro querido Fortunato siempre quiso que lo recordáramos con alegría, que en el día de su partida todos levantáramos nuestras copas y brindemos en su honor. Y así lo haremos, levantemos nuestras copas y ofrezcamos un brindis por él, por su memoria que siempre quedará grabada en nuestros corazones... ¡Salud por ti, Fortunato! —Saúl se giró hacia su hija que se encontraba a escasos pasos de él y la llamó para que fuera a su lado: —Iana, hija, acércate. —Iana fue enseguida con su padre y, luego del brindis, haciendo gala de la voz maravillosa que poseía, entonó el Ave María a capela; aquel fue el deseo del reverendo.

Iana estaba dotada de una voz privilegiada. Todos quienes tenían la suerte de escucharla cantar coincidían en que poseía un ángel con ella; y quien mejor que el padre Fortunato para conocer aquel don maravilloso en ella. Su dulce y aterciopelada voz retumbó por el salón principal de la casa, cumpliendo con la voluntad del reverendo y deleitando a todos en esa fría tarde de octubre.

Al día siguiente, en la noche y antes de su regreso a Florencia, Iana quiso confiarle a su madre acerca de la atracción que empezó a despertar en ella el joven a quien había conocido en la universidad.

Ainara la escuchó cariñosa y atentamente:

—Vincenzo Fiorucci ¿dices que se llama, hija? —preguntó Ainara.

—Sí, mamá, lleva el apellido de su madre.

—Y el de su padre, ¿cuál es? —Ainara hizo un gesto; tal parecía que ese apellido ya se le hacía familiar.

—No lo sé, mamá, nunca se lo he preguntado.

—Bueno, cuéntame más sobre él. ¿Es respetuoso y delicado contigo?

—Extremadamente, mamá. —Iana sonrió, su madre pudo notar que cada vez que su hija se refería al joven muchacho sus pupilas resplandecían.

—Es un buen presagio, hija mía, siempre ten presente que los pilares de una relación se fortalecen en el amor, el respeto y la confianza.

—Sí, mamá, puedo asegurarte de que en el poco tiempo que llevamos de amigos veo en él un chico bueno, diferente al resto de los muchachos que he conocido... Es algo tan especial lo que siento cada vez que lo tengo cerca. —Iana le confió su admiración y encanto por el muchacho.

Su relación entre ellas como bien dijo su madre era fortalecida en la confianza, el respeto y el amor, al igual que con su padre.

Una vez de regreso en Florencia, Iana y Miriam regresaban de su clase de cálculo, cuando ni bien entraron en la habitación Miriam se acercó a uno de los escritorios y comentó con su amiga:

—¿Y esto? —dijo curioseando una misteriosa caja de chocolates que estaba sobre el escritorio de Iana—, ¿quién podría haberla dejado aquí?

Iana no tomó mayor atención de lo que balbuceaba su amiga y fue hasta su cama, estaba exhausta.

—¡Qué flojera tener que hacer la tarea de cálculo! —renegó lanzando la mochila y cayó sentada sobre la cama—. ¿Qué tanto husmeas en mi escritorio? —preguntó alzando a mirar a Miriam.

—Parece que alguien te dejó chocolates...

—¿Cómo dices?

—Acércate y mira.

Iana se puso de inmediato en pie y fue hasta su escritorio.

—De seguro son para ti porque estaban aquí mismo —comentó Miriam.

Iana frunció el entrecejo.

—¿Quién podría haberlos dejado?

—¿Y quién más...? —replicó Miriam haciendo un gesto convincente a su amiga con los ojos —. Obviamente que fue Vincenzo.

—¿Será? Pero ¿cómo entró si la puerta quedó cerrada? Miriam, tú fuiste la última en salir... La dejaste cerrada, ¿cierto?

Miriam se alzó de hombros y respondió, alargando las últimas letras:

—Pues... tal parece que no fue así.

—Como sea... —Iana agarró de manos de su amiga la caja de chocolates y, abriéndola, esbozó una suave sonrisa mientras se metía uno a la boca—. De seguro fue él, vino buscándome y viendo que no estaba dejó los chocolates sobre mi escritorio. ¡Mmmm qué rico! —exclamó con la boca llena y de inmediato le retiró el papel a otro.

Mientras tanto, Miriam alargó la mano e insistió en coger uno.

Iana regresó a verla y sonrió.

—Tómalos, pero no te los vayas a acabar, voy a la cafetería por una botella de agua.

—Trae una para mí también.

Iana salió dejando la puerta abierta. Ni bien atravesaba el pasillo que conducía a la cafetería se encontró frente a frente con Vincenzo, seguramente él también salía de ahí:

—Iana, qué coincidencia verte, me disponía a ir a buscarte.

Iana sonrió, con seguridad había sido él quien le dejó los chocolates, pensó ella.

—¿Me acompañas antes a recoger dos botellas de agua?

—Por supuesto. Por cierto... —preguntó Vincenzo mientras se dirigían al bar—, ¿te gustaron los chocolates que dejé en tu habitación?

Iana se volvió de inmediato hacia él y, esbozando una suave sonrisa, cuestionó:

—Fuiste tú entonces... ¿Y cómo lograste entrar? ¿Acaso la puerta estaba abierta?

Vincenzo asintió con la cabeza.

—Efectivamente, en el momento en que toqué se abrió por sí sola, y como miré que no había nadie entré y los dejé sobre tu escritorio.

Iana echó a reír.

—¿Sobre mi escritorio...? ¿Cómo supiste que ese era el mío?

Vincenzo puso cara de preocupación.

—Me la estás poniendo difícil. Deja que te ayude llevando las botellas —al instante se ofreció tomando de manos de Iana ambos envases, mientras que Iana lo inquirió con la mirada:

—¿Y entonces?

—Abrí la gaveta y enseguida miré tus libros de medicina. Discúlpame, por favor, pero no encontré de qué otra manera saberlo.

—No te preocupes, en todo caso estaban deliciosos.

—Qué bueno que te hayan gustado. ¿Tienes algo qué hacer más tarde?, ¿te gustaría dar una vuelta por ahí? —preguntó en cuanto se aproximaban a la habitación de Iana.

—Me encantaría, pero tengo que terminar una tarea de cálculo. —Iana se detuvo repentinamente y, alzándolo a mirar, comentó con él: —Aunque no lo creas las matemáticas no son lo mío... Hay temas que no logro comprender.

—Si quieres puedo ayudarte con eso.

—¿De verdad? —Iana se emocionó de tal manera haciéndose a la idea de que Vincenzo pasaría lo que restaba de la tarde con ella... aparte de que le enseñaría cálculo, por supuesto, que su interior saltó de felicidad—. Claro que sí, gracias.

—No se diga más, a resolver límites y derivadas entonces...

Iana y Vincenzo continuaron, en medio de risas, de camino hacia la habitación.

—Hola, Miriam —saludó Vincenzo con ella en cuanto entraron.

Miriam, que se encontraba sentada en el escritorio trabajando frente a su ordenador, enseguida regresó a mirar.

—Vincenzo... ¿cómo estás? —le devolvió el saludo mirándolos indistintamente a ambos.

—Tu botella de agua... —Iana, sonriente, colocó el envase junto al ordenador de su amiga—. Vincenzo me ayudará con la tarea de cálculo.

—¡Oh, qué oportuno! —exclamó Miriam con gesto sagaz—, créeme que la vas a ayudar muchísimo. Entonces yo les dejo solos para que puedan hacer la tarea, de todas maneras ya iba de salida a la biblioteca. —Miriam, cerrando su ordenador, enseguida se puso en pie.

Iana rio para sí, sabía perfectamente que todo aquello de ir a la biblioteca fue solo una excusa que Miriam inventó para que pudieran estar a solas.

—Manos a la obra —dijo Vincenzo, acercó la silla del escritorio de Miriam junto a la de Iana para estar cerca de ella y se dispuso a ayudarla a resolver los problemas de cálculo, no sin antes explicarle con toda la paciencia cada punto en donde ella tenía vacíos.

Iana comprendió rápidamente, pero de vez en cuando se distrajo contemplando la belleza de la que era merecedor el joven estudiante de cuarto año de arquitectura.

6

AINARA QUEDÓ SUMAMENTE INQUIETA después de que su hija le contara sobre Vincenzo Fiorucci. Hizo memoria para recordar cuándo y de boca de quién ya había escuchado ese nombre antes.

De pronto, recordó a su amiga del internado en Florencia, Patrizia, ellas tuvieron algunos encuentros una vez que el matrimonio se estableció en la Toscana. En una de aquellas veces Patrizia le presentó a una buena amiga suya...

Claro, aquella mujer marcó un gran interés en Ainara: Belinda Fiorucci... Y digo que marcó un gran interés en ella porque se trataba de una exnovia de Donato. En aquella única ocasión en que Ainara tuvo la oportunidad de tratar con Belinda, de inmediato se dio cuenta de que se trataba de una persona tranquila. Belinda era una mujer honesta; otra víctima del despiadado de Donato.

Hilando más a fondo, vino a la memoria de Ainara el nombre del hijo adolescente que siempre Belinda, con orgullo, ostentaba...

—¡Madre del cielo! —exclamó. Su tez se tornó blanca como un papel—. ¿Es posible que se trate del mismo Vincenzo? —Enseguida Ainara buscó en su agenda el teléfono de su amiga Patrizia. Tenía que informarse más acerca del muchacho, estar segura o descartar que se tratara del mismo joven de quien su hija se estaba enamorando.

—¡Ainara, qué gusto escucharte! —contestó Patrizia al teléfono.

—Hola, Patrizia, ¿cómo has estado?

—Bien, con trabajo hasta el cuello. —Patrizia Baroni, luego de renunciar a su trabajo de cocinera y pastelera en la Universidad de Bellas Artes de Florencia, instaló con sus ahorros su soñado negocio. Tenía una modesta cafetería en el centro de Florencia. Fue en esa cafetería en donde Ainara se reunía con ella, y fue ahí mismo en donde conoció a Belinda—. A ver cuándo

vienes por Florencia para tomarnos un café y así conversamos, hace ya bastante tiempo que no nos hemos visto.

Ainara esbozó una suave sonrisa. Sería genial hacerlo ese mismo día, pensó ella, pero Valserra quedaba distante y necesitaba saber con urgencia sobre el hijo de Belinda. No le dio vueltas al asunto y enseguida preguntó a su amiga:

—Patrizia, tengo una inquietud. ¿Sabes si el hijo de Belinda, Vincenzo, estudia en Florencia? En la Universidad de la Toscana, para ser más precisa.

—Por supuesto, Belinda no hace otra cosa más que hablar de él. Al muchacho le falta apenas este año para graduarse de arquitecto. ¿Y la pregunta, a qué se debe?

Ainara, angustiada, respiró profundamente; ya no quedaban dudas.

—No voy a ocultártelo, Patrizia, Iana conoció a Vincenzo en la universidad y todo indica que ambos se atraen.

—Oh, ya veo. Aquello podría traer consecuencias no muy favorables que digamos, amiga —enseguida comentó Patrizia.

—Por esa misma razón me siento sumamente preocupada. No conozco al muchacho, pero el hecho de que sea hijo de Donato hace que se torne peligrosa esa relación.

—Te entiendo, Ainara. Pero déjame decirte que Vincenzo es un gran joven, sé por Belinda que él casi no tiene contacto con su padre. Bueno, su niñez la pasó prácticamente sin su presencia, pero desde que Donato regresó a Italia rara vez han tenido acercamientos como padre e hijo.

—Me apena por él, pero no es conveniente que Iana se involucre con ese muchacho. —Ainara dio un hondo suspiro—. Tendré que conversar sobre esto con Saúl. Gracias, Patrizia, por ponerme al tanto. Apenas vaya a Florencia pasaré a visitarte y así me tomaré ese café contigo que tanta falta nos hace, y conversaremos. Que tengas un lindo día.

—Estaré pendiente, mira que no nos hemos visto en un buen tiempo. Dale mis saludos a Saúl, y a tus hermosos mellizos besos de mi parte.

Ainara tenía que conversar de inmediato con Saúl, le preocupó sobremanera que Iana estuviera comprometiéndose emocionalmente con aquel joven. No tenía nada en contra de Vincenzo, pero por el simple hecho de ser el hijo de Donato Carusso algo debía hacer para que su hija no continuara involucrándose emocionalmente con él.

Aquella atracción no podía agravarse luego a mayores.

—*Amore mio,* tengo algo muy importante que confiarte —dijo Ainara una vez que Saúl regresó a casa. Saúl permaneció esa noche más de lo habitual en el hospital ya que tuvo que llamar a

reuniones con el personal para mejorar más aún las condiciones del modesto hospital de Valserra que gracias a su excelente desenvolvimiento, en donde Saúl era la autoridad máxima, había ganado con el pasar del tiempo gran prestigio.

Antes de escuchar lo que Ainara tendría para decirle, Saúl se puso cómodo cambiándose de ropa y enseguida fue con ella:

—Dime cariño, ¿qué es eso que con tanta urgencia necesitas decirme?

Ainara se sentó junto a Saúl sobre el diván que había a un costado de la cama.

—*Amore*, Iana conoció a un joven en la universidad y me confió que se siente muy atraída por él.

Saúl la miró apacible; a lo que respondió:

—En algún momento tenía que suceder. Recuerda como tú y yo nos conocimos... Tú tenías exactamente la misma edad de Iana, me da gusto por ella. —Sus largos y aún sensuales labios rojos esbozaron una dulce sonrisa. A pesar de sus avanzados cincuenta y tantos años, Saúl continuaba siendo un hombre muy apuesto y bien mantenido.

—Todo cuanto dices es correcto, *amore mio*, de igual manera lo pienso así —sostuvo Ainara sujetando intranquila la mirada de su esposo—. El problema es que ese muchacho es el hijo de Donato Carusso.

Los grandes ojos verdes de Saúl se abrieron, incrustando un aire de sorpresa en los de Ainara; por lo que enseguida respondió:

—¿Estás segura, cariño? Recuerdo claramente que me habías comentado sobre el hijo que Donato tuvo con aquella exnovia...

—Belinda Fiorucci —se adelantó en aclarar Ainara.

—Exactamente, ahora recuerdo su nombre, pero...

—Sí, Saúl, el joven se llama Vincenzo Fiorucci, y es el hijo que Donato tuvo con ella. Hoy telefoneé a Patrizia, y ella terminó confirmando mi sospecha.

Saúl respiró profundo.

—Qué haremos ahora... ¿Sabe sobre esto Iana?

—Aún no, cariño, esperaba decírtelo primero a ti y así juntos tomar una solución oportuna.

—¡Qué situación! —Saúl, en un profundo suspiro, le tomó a Ainara de las manos—. Me apena por Iana. ¿Cómo se lo vamos a decir? —angustiado, preguntó mirando directamente a los ojos de su esposa.

—No conozco a Vincenzo, pero sé por labios de nuestra hija que es un buen muchacho... Igualmente me apena por ellos pero debemos intervenir ahora antes de que sea demasiado tarde

ya que son solo amigos y de esa manera no se involucren sus sentimientos. Tú y yo sabemos que Donato no va a permitir y hará todo lo que esté en sus manos para que Vincenzo no tenga ningún tipo de relación con nuestra hija... Él es capaz de cualquier artimaña para separarlos, pero más que eso, él no descansará hasta hacerle daño a Iana. Me preocupa su desquiciada obsesión por ella.

Saúl, en un largo respiro, asintió con la cabeza.

—Busquemos entonces el momento oportuno para conversar con nuestra hija.

—Así lo haremos, *amore mio*. —Ainara recargó su cabeza sobre el hombro de su esposo.

7

EN LA UNIVERSIDAD, LUEGO de que Iana le confiara a su madre sobre los sentimientos que empezaban a florecer en ella por el atractivo estudiante de veintiún años de cuarto año de arquitectura, quiso conocer más sobre él. Tal parecía que Vincenzo, de igual manera, también deseaba conocer más de ella. Cuando coincidían los horarios de ambos, él la esperaba a la salida del aula luego de finalizadas las clases.

Esa mañana, antes del mediodía, Vincenzo aguardaba por Iana apoyado contra el barandal enfrente del aula de biología.

Tan pronto como Iana, en compañía de su amiga, Miriam, acababan de poner un pie en el pasillo vieron a Vincenzo acercarse a donde ellas. Saludaron y enseguida Miriam se alejó en dirección hacia la cafetería.

—¡Qué sorpresa verte hoy aquí, Vincenzo! —exclamó Iana con una amplia sonrisa.

Vincenzo a la vez esbozó una larga y coqueta sonrisa.

—Te estaba esperando para que fuéramos a almorzar juntos, ¿qué me dices?

Iana le respondió en un apresurado sí.

Cuando llegaron a la cafetería se sentaron a una mesa junto al ventanal que daba a los patios internos; en tanto que Miriam, a una mesa del extremo, almorzaba con su ordenador abierto sobre la mesa.

—No he tenido la oportunidad de darte el pésame por el fallecimiento del padre Fortunato, Iana, discúlpame pero he estado sumamente ocupado desarrollando mi tesis de grado.

—Gracias, Vincenzo, pero no tienes de qué preocuparte. Me apena porque él fue como otro padre para mí. Pero ya estuvo... —Por un momento la voz de Iana se quebrantó—, mi querido padre Fortunato era bastante mayor. ¿Puedes creer que vivió ciento un años?

Vincenzo levantó una ceja; a lo que comentó:

—Guau... Una larga vida.

—Una larga y hermosa vida al servicio desinteresado de todo el pueblo —agregó Iana.

—¿Lo querías mucho? —preguntó él, tomando de su mano.

Iana, por un momento, sintió sonrojarse.

—Siempre lo llevaré dentro mío —respondió. Un torrente de escalofríos recorrió todo su cuerpo sintiendo la tibieza de sus manos abrazar las suyas.

Vincenzo sonrió, clavando un aire de quietud en sus ojos.

—Su recuerdo te fortalecerá...

—Así será. ¿Qué te parece si hacemos la fila para pedir nuestro almuerzo?

Vincenzo soltó de su mano y, rodando la silla, se levantó y fueron hasta el mostrador para tomar el almuerzo que la persona encargada de la cocina servía en cada plato.

—¿Te gusta la lasaña? —preguntó él cuando la muchacha que servía del otro lado del mostrador colocó en su plato una generosa ración, además de ensalada fresca.

—Sí, me gusta muchísimo. —Iana, sonriendo, agarró un envase con jugo de granada del mostrador y le preguntó a Vincenzo si también deseaba uno, él le contestó que sí.

—A mí me encanta, creo que es uno de mis platos favoritos. —Vincenzo echó a reír—. ¿Regresamos a la mesa?

Iana asintió y juntos volvieron a sentarse a la mesa.

—¿Tienes algo que hacer mañana? —preguntó él mientras le daba un corte a su lasaña.

Iana gesticuló con la boca.

—No, realmente. Hacer lavandería y por la tarde dar un repaso a la clase de cálculo, tengo prueba el lunes. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me encantaría que fuéramos a dar un paseo, ¿qué dices? Si deseas puedo ayudarte a estudiar cálculo el domingo.

Iana, entusiasmada, le respondió con un sí.

—No se diga más, entonces mañana te pasaré recogiendo a las diez, ¿te parece bien a esa hora?

—Claro que sí, y ¿adónde iremos?

—Es una sorpresa, solo te adelanto que iremos fuera de Florencia para disfrutar del paisaje. Luego haremos lo que tú decidas.

—Iremos en tu pasola, me imagino.

Vincenzo echó a reír.

—Por supuesto. ¿Temes a las motos, la velocidad o algo así?

—No, para nada, tan solo fue una pregunta.

—Si quieres te enseño a manejarla.

—¡Me encantaría! —Iana, entusiasmada, esbozó una amplia sonrisa.

Esa mañana de sábado Iana estaba tan emocionada por salir con Vincenzo y pasar el día con él que se levantó temprano para arreglarse y estar lista para cuando él fuera a buscarla. Su amiga, Miriam, pasaría el día en la universidad en compañía de Massimo, quizá también saldrían a dar una vuelta por ahí, así le dejó saber a Iana.

Tan pronto como tocaron a la puerta, Iana se despidió con prisas de su amiga y fue a darle a Vincenzo el encuentro.

—Buenos días —dijo en cuanto la abrió. Vincenzo vestía muy atractivo esa mañana, llevaba puesto vaqueros oscuros, un suéter pegado al torso en color marrón, chompa de cuero negra y Converse marrones; además de traer consigo las gafas de Sol sobre la cabeza y un casco de cada mano.

—¿Lista para un día de aventura? —dijo él en medio de una sugestiva sonrisa que robó la atención de Iana... Realmente su sonrisa era hermosa. Sonrió también y, agarrando uno de los cascos con ella, se encaminaron por los pasillos hacia el parqueadero de la universidad.

—La mañana está hermosa para dar un paseo. ¿Y vas a decirme ahora adónde iremos? —preguntó Iana.

—Iremos a Livorno.

—¿A Livorno? ¡Guau, me encanta la idea!

Vincenzo rio dejando su casco sobre el asiento de la moto y se colocó muy cerca de Iana.

—¿Lista? —preguntó mientras le ayudaba a ajustar su casco.

—Más que lista —respondió ella.

Vincenzo subió a su vespa, Iana se colocó detrás de él, encendió el motor y, luego de ajustarse el casco, giró del manillar dando media vuelta y salieron de la universidad.

Iana, abrazada a su cintura, sintió la calidez del Sol de esa fresca y soleada mañana de octubre abrazarlos mientras se adentraban por las callejuelas contiguas a la universidad hasta que tomaron la vía que conducía a Livorno.

Un fragante aroma invadió sus sentidos en cuanto cruzaban por los extensos campos abiertos cubiertos por cultivos de vid y olivos. Iana se controló de abrazarse con más vigor a la cintura de Vincenzo mientras se adentraban por aquellos sembríos sintiendo la pureza del aire y al viento que, por debajo de su casco, hizo revolotear a su larga cabellera negra, hasta que, de repente,

Vincenzo aceleró y ella, súbitamente, se le vino encima abrazándose fuerte a su cintura. Iana, que continuaba pegada a él pudo mirarlo a través del retrovisor, de seguro se estaría riendo de ella.

Avanzaron un tramo corto y Vincenzo detuvo la moto, se orilló a un costado de la carretera y enseguida bajó.

—¿Por qué te asustas? —preguntó en medio de risas, mientras que Iana permaneció en su asiento.

—Pensé que íbamos a salir volando. —Iana también echó a reír.

—Y ahora, ¿quieres aprender a manejarla?

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Ven —dijo haciendo que Iana se sentara al frente—, siéntete en confianza mientras te voy indicando cómo hacerlo.

Iana, emocionada por aprender, prestó atención mientras Vincenzo, parado a un costado de la pasola, y ella con sus manos sujetando de la empuñadura de la vespa, le enseñó, con toda la paciencia, lo básico: cómo encenderla, cómo acelerar, frenar...

—Ahora lo intentaré por mí misma, tú colócate detrás mío —dijo Iana pensando estar preparada.

—¿Estás segura de que podrás hacerlo sola? —Vincenzo la miró algo desconfiado.

—Por supuesto que podré hacerlo, he conducido el auto de papá así que manejar una moto no será más difícil que eso.

Vincenzo, convencido, se colocó nuevamente el casco y de un brinco subió a la pasola.

—Vamos entonces —apuró pasando los brazos alrededor de su cintura.

En cuanto Iana encendió el motor, giró demasiado la empuñadura, por lo que la vespa arrancó de golpe. Del susto apartó sus manos y ésta se detuvo repentinamente, haciendo que Vincenzo se le viniera encima.

Iana tembló.

—No te asustes. —Vincenzo, ceñido a ella, de inmediato se apartó de su lado; en tanto que Iana, envuelta en un manojo de nervios, respiró profundo.

—Lo intentaré nuevamente —insistió pero volvió a ocurrir lo mismo: la vespa arrancó de golpe y se detuvo sin siquiera haber avanzado un solo metro. Vincenzo echó a reír mientras ella, desesperada, trataba de hacerla rodar sin problema.

—Una vez más, tú puedes —dijo él, no sin antes indicarle con sus manos puestas sobre las suyas que debía girar despacio la manija y dejar que la moto hiciera lo suyo.

Iana, en medio de sus nervios, y la emoción de sentir el peso de su cuerpo presionando contra su espalda y rodeándola entre sus brazos, además de la tibieza de sus manos sobre las suyas, dejó a la moto seguir.

—¡Sí! —gritó en cuanto la vespa al fin no se detuvo y, feliz de haberlo conseguido, avanzó sin la ayuda de Vincenzo un tramo considerable hasta que él mismo le pidió detenerse puesto que se encontraban cerca de un control policial.

—¿Cómo te sientes? —preguntó antes de bajarse y él colocarse al frente.

—¡Es fantástico! —exclamó Iana, feliz, encontrándose en medio de ese lugar maravilloso, en donde las discretas montañas a su alrededor resplandecían encantadoras bañadas por el brillo del Sol, y sus pintorescos árboles que ya se teñían por un sinfín de colores meciéndose al compás del viento, y el azul del mar que se lograba divisar desde lo alto ante sus ojos a la distancia, hizo de aquel día, junto a la encantadora compañía de Vincenzo, una celebración.

Vincenzo esbozó una cálida y amplia sonrisa.

—Ya estamos muy cerca de Livorno.

—Puedo apreciarlo desde aquí —respondió Iana contemplando sus tejados terracota que armonizaban con el colorido de las adelfas, rosas, girasoles..., y demás flores que resisten al frío de la estación; el azul del cielo y lo infinito del mar.

Vincenzo, entusiasmado, aceleró su vespa mientras que en su descenso cada vez se iba perfilando en el horizonte la hermosísima y centenaria ciudad de Livorno.

Tan pronto como llegaron al lugar marítimo, Vincenzo estacionó su pasola en un parqueadero comunal que había cerca del acuario.

—Vayamos a la terraza *Mascagni*. —Iana, animada por el ruido de las olas y la brisa del mar que golpeaba contra el casco que aún llevaba puesto, y batía su cabello llevándolo de un lado hacia el otro, se apresuró retirándolo.

Vincenzo también se retiró el suyo, dejó ambos cascos sobre el asiento de la pasola y, acomodándose el cabello se dirigieron, riendo, hacia la terraza en donde desde su mirador se detuvieron a contemplar el mar.

—¿Sabías que nací en la Toscana? —comentó Iana con él mirando hacia el horizonte, en donde decenas de gaviotas revoloteaban frente y sobre sus cabezas.

—Eso no me lo habías comentado.

—Por eso te lo comento ahora. Adoro el mar... ¿Y a ti?, ¿te gusta también? —preguntó volviéndose hacia él.

—Es la razón por la que te traje hasta aquí.

Iana sonrió, y por un momento se quedó contemplándolo. Sus cejas y el contorno de sus ojos relajaban al mirarlo; no solo le gustaba lo que veía sino que también le gustaba prestar atención a cualquier movimiento que él hiciera... ¡Qué guapo se miraba con su cabello alborotado, su piel dorada resplandeciendo bajo el reflejo del Sol, y las gafas puestas. Regresó la mirada hacia el océano y comentó con él:

—Mamá siempre se lamenta con papá de haber vendido su propiedad.

—¿Por qué lo hicieron? —preguntó Vincenzo.

Iana exhaló.

—Hum, problemas familiares, dejémoslo así. ¿Un selfie? —preguntó. Vincenzo accedió con una sonrisa. Iana levantó el brazo, al momento Vincenzo acercó su cara junto a la suya y, ambos, sonriendo, se hicieron el selfie teniendo como escenario al océano y las rocas detrás de ellos—. ¿Te parece si ahora damos un paseo por el acuario? —preguntó Iana haciendo de lado su larga cabellera negra que con insistencia volaba con el viento. Vincenzo asintió con la cabeza en tanto que se aproximó un tanto más hacia ella y, estirando la mano, se la acomodó detrás de la oreja.

—¿Tienes hambre? —preguntó mientras se encaminaban al acuario. Iana respondió con un sí —. Conozco un lugar en donde se come muy bien y a buen precio.

Iana de pronto se detuvo.

—¿En el barrio de la Nueva Venezia?

—Ahí mismo. Bueno... —Vincenzo sonrió—, de seguro conoces de sobra este lugar.

—Créete que no, tan solo he venido una que otra vez.

—¿Con tus padres?

—Así es. Entonces vayamos primeramente al acuario. —Iana volvió a colocarse las gafas con las que tenía levantado su cabello.

—¿Deseas agua? —preguntó de pronto Vincenzo.

Iana asintió, ciertamente moría de sed. Se detuvieron frente a un quiosco en donde vendían de todo, desde *souvenirs* hasta refrescos y dulces. Compraron dos botellas de agua y continuaron en dirección hacia el acuario. De pronto, al Iana ver la piscina en donde estaban los delfines y los lobos marinos, exclamó:

—¡Mira, Vincenzo, qué divinos son! —Y enseguida corrió hacia donde ellos.

Vincenzo se apresuró detrás de ella.

—¿Te gustan, Vincenzo?

—Me encantan —respondió acercándose también a la vidriera, en donde Iana no dejaba de fotografiarlos.

—¿Nos hacemos otra selfie?

—Claro que sí. —Vincenzo cogió el celular de Iana con él puesto que era lo bastante más alto que ella y, alargando el brazo, se tomaron el selfie—. ¿Te gustan los pingüinos?

—Me fascinan.

Iana y Vincenzo continuaron recorriendo parte del acuario, haciéndose selfies a cada paso, hasta que finalmente regresaron al parqueadero en donde quedó estacionada la vespa y luego ir al barrio de la Nueva Venezia.

Ahí almorzarían y luego darían un paseo.

Estrechas callejuelas que desde sus balcones o pequeñas ventanas abiertas de cara al Sol se desbordaba el verde intenso del sinfín de helechos colgantes, además de cubrir sus altos paredones con enredaderas enmarañadas; infinidad de flores alrededor de puertas y ventanas, destacándose hermosos y exuberantes rosales de varios colores: amarillos, rojos, púrpura, blancos..., alegraban de fiesta y color el barrio de la Nueva Venezia.

Iana, abrazada a la cintura de Vincenzo, mientras recorrían en la pasola, miró entretenida todos aquellos lugares encantadores antes de detenerse a almorzar.

Cruzaron junto al malecón en donde, decenas de yates enfilaban uno detrás del otro esperando por los turistas que se decidieran a dar un paseo por el canal.

Vincenzo aceleró su pasola roja empinando hacia la parte alta del barrio, en donde no tardaron en hacerse presentes las risotadas y los gritos exagerados de las doñas que de balcón a balcón jalaban la ropa colgada.

Iana rio con tanto alboroto.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó en cuanto Vincenzo, a velocidad, tomó un corto desvío.

—Al restaurante del que te comenté.

Iana se aferró fuerte a su cintura mirando todo a su frente mientras la pasola recorría por los estrechos callejones, hasta que se detuvo al pie de un modesto pero llamativo restaurante.

—Llegamos —dijo Vincenzo.

Iana bajó de la vespa y enseguida se retiró el casco, dejándolo sobre el asiento, Vincenzo hizo lo mismo con el suyo y entraron al restaurante. Éste se encontraba lleno, pero al momento se acercó a donde ellos un joven y les encaminó hacia una mesa del fondo con vistas al canal, y en donde sonaba una alegre música de violines y mandolinas.

—Y entonces dime, ¿has estado aquí antes?

Iana negó con la cabeza.

—Nunca.

—¿Te gusta?

—Me encanta —respondió mientras miraba por la ventana el despliegue de gente que visitaba el barrio de la Nueva Venezia, además de las bellísimas vistas a todo su alrededor.

Enseguida el camarero se acercó a la mesa en donde ellos se encontraban sentados a entregarles el menú.

—Si me permites una recomendación —dijo Vincenzo—, pide por el *cacciucco alla livornese*. Realmente es exquisito si te gustan los mariscos, claro.

Iana levantó la mirada de la carta y enseguida comentó con él:

—Me encantan los mariscos, el plato se ve delicioso, así que ese mismo lo pediré.

—Dos *cacciucco alla livornese* —anotó el camarero—. ¿Y para beber que van a pedir los señores?

Iana y Vincenzo se miraron entre sí, sonriendo.

—¿Vino? —coincidieron ambos.

El muchacho sonrió.

—Enseguida estaré con ustedes —dijo y se alejó de la mesa, pero enseguida regresó trayendo consigo platillos con aceitunas, pan y queso de cabra. Llenó con agua las dos copas y se fue.

—Y bueno —preguntó Vincenzo mientras cortaba una rebanada de queso, cubrió el pan con ella y se lo dio a Iana—, ¿estás pasando bien?

—Gracias. —Iana tomó el bocado y se lo llevó a la boca—. Ha sido un día maravilloso, cuánto me he divertido. ¿Y tú?, ¿puedes decir lo mismo?

—¿Qué sí puedo decir lo mismo? ¡Pero qué pregunta es esa! Este ha sido el mejor día de mi vida en todos estos años... ¡Y eso que todavía no ha terminado!

Iana sonrió mirando el afán de Vincenzo. Cuánto le atraía el joven estudiante de arquitectura. Sus ojos quedaron fijos en su cabello que, a pesar de haberlo colocado con insistencia hacia atrás, un mechón agració su rostro cayendo rebelde por encima de su pómulo. De pronto, se acercó el camarero trayendo la fuente con los dos platos que ordenaron. Colocó cada uno sobre la mesa y luego llenó las copas con vino Chianti.

—*Salute!* —brindó Vincenzo chocando su copa con la de Iana—, por el gusto de estar hoy aquí contigo.

—*Salute!* —respondió Iana—, para que estos encuentros continúen repitiéndose. Guau, esto se ve delicioso —comentó al mirar el apetitoso plato con toda una variedad de mariscos que tenía frente a sus ojos. Cortó un pedazo del pulpo y, mientras lo saboreaba, exclamó, cerrando los ojos: —Mmmm... ¡Realmente exquisito!

Vincenzo rio.

—¡Buen provecho!

—Buen provecho para ti también. Y antes de continuar degustando esta maravilla —dijo Iana —, te adelanto que la cuenta la pagamos a medias.

Vincenzo frunció enseguida el entrecejo.

—No, Iana, cómo crees, la invitación corre de mi parte.

—Pero...

—No te preocupes, estoy feliz por compartir contigo, además que puedo hacerlo.

—Está bien... —Iana esbozó una agraciada sonrisa—. Al menos el postre correrá por mi cuenta. ¿Qué opinas de un gelato en la terraza de *Mascagni*? Quiero ver desde allí salir los barcos de crucero.

Vincenzo asintió haciendo un encantador gesto con la boca.

—Me parece una buena idea.

Luego de disfrutar del fabuloso plato de mariscos livornese y beber su copa de vino Chianti; únicamente una porque Vincenzo debía conducir su pasola de regreso a Florencia, fueron nuevamente hasta la terraza de *Mascagni*, en donde se detuvieron junto a las barandas a mirar los barcos zarpar.

—¿Para dónde irán esos cruceros? —preguntó Iana.

—Seguramente a las islas del mediterráneo —respondió Vincenzo. Su mirada la tenía puesta en las enormes embarcaciones que navegaban en el horizonte.

—Ven conmigo... —Iana, de pronto, tomó a Vincenzo de la mano y lo haló con ella—, antes de regresar a Florencia quiero que vayamos a la *Fontana del Nettuno*.

En tanto que Vincenzo, en una sola risotada, corrió con ella tomado de su mano.

—Saca una moneda... —dijo Iana colocándose de espaldas a la fuente, insistiendo a que él hiciera lo mismo—, pide un deseo y... la lanzas.

Vincenzo se mantuvo de espaldas a la fuente tal y como Iana lo hizo, sostuvo la moneda entre sus dedos por unos cuantos segundos, cerró los ojos y... enseguida la lanzó a la fuente.

Iana quiso abrazarlo, pero se contuvo.

—¿Listo para regresar? —preguntó en medio de una amplia sonrisa.

Vincenzo le guiñó un ojo.

—Listo, hemos cerrado la tarde con broche de oro.

—¿Cómo estuvo tu cita con Vincenzo? —preguntó Miriam cuando Iana, agotada del extenuante pero divertido paseo, entró en la habitación. Se descolgó la cartera que llevaba cruzada por el pecho y la lanzó al escritorio.

—Fue genial —contestó lanzándose de espaldas sobre su cama—. Vincenzo es tan agradable, cordial y delicado conmigo...

Antes de que Iana continuara, Miriam se adelantó a decir:

—Ay de ti, Iana, te estás enamorando... O ya estás locamente enamorada de él.

—Locamente enamorada... —respondió Iana alargando las últimas sílabas—, aún no... Pero me encanta.

A lo que Miriam respondió:

—Pude notar el brillo en los ojos de Vincenzo en los selfies que publicaste en Instagram... Y pegadito a ti. No hay duda de que le gustas muchísimo.

Iana sonrió en silencio.

—Disfruto de pasar tiempo con él. ¿Y al fin qué hicieron hoy con Massimo?

—Únicamente salimos a almorzar fuera, luego estuvimos conversando en la biblioteca.

—¿En la biblioteca...? ¡Qué amenos! —comentó Iana y echó a reír.

—¿Sabes? —dijo de pronto Miriam—, me siento al igual que tú, sumamente atraída por Massimo. No lo sé, pero presiento que ambos han confabulado para ponernos de cabeza... —Miriam también echó a reír.

—Entonces no se diga más. Tenemos que idear la manera de cómo volverlos locos de amor por nosotras, y que no haya un solo día que no puedan resistir estar sin nuestra valiosa compañía —añadió Iana y, entre risas, siguieron con su disparatada charla hasta que, del cansancio, Iana se quedó profundamente dormida.

—¡Hasta que regresó el galán enamorado!

—¡Qué hermoso día tuve, amigo! —dijo Vincenzo mientras dejaba las llaves de su vespa sobre el escritorio.

—La llevaste a Livorno entonces.

—Allá mismo —contestó apiñando algunos de los almohadones de su cama y recostándose contra ellos—. Iana es maravillosa, no imaginas lo dulce, divertida y linda que es.

Massimo asintió, gesticulando con la boca.

—Veo que no me equivoqué al decirte galán enamorado.

—Creo que me estoy enamorando como un loco de ella... —Vincenzo sonrió para sí, humedeciéndose su labio inferior.

—Como un perfecto bobo, querrás decir... —Massimo echó a reír.

—Deja de burlarte y mejor cuéntame cómo te fue con Miriam.

—No tan bien como a ustedes, pero la pasamos bonito. Miré la publicación que Iana subió en Instagram.

—¿Qué publicación?

—Los selfies de ustedes en el acuario y otro en la terraza de *Mascagni*.

—No me di cuenta de que los hubiera publicado. —Vincenzo esbozó una suave sonrisa—. Realmente Iana es auténtica... Me encanta.

—¿Cuándo le dirás que te gusta?

—No lo sé... —Vincenzo acomodó la cabeza sobre los almohadones y cerró los ojos—. Y ahora déjame dormir que muero de sueño.

8

HABÍAN TRANSCURRIDO ALGUNOS DÍAS desde que Iana y Vincenzo tuvieron su primera cita. Cierta tarde, luego de dar por concluida la última clase de la jornada de biología, y una vez de darle las buenas noches a Vincenzo quien esperaba por Iana escoltado por el ocaso fuera del aula, ambas amigas se disponían a ir a su habitación cuando Iana recibió una llamada de su madre.

Antes de responder, comentó con Miriam su inquietud por esa videollamada cuando hacía tan solo pocos días de lo que habían conversado.

Pulsó la tecla y la imagen de su madre enseguida apareció en su teléfono:

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

—Iana, hija, veo que aún no has llegado a tu habitación.

—La última clase de la tarde terminó hace poco. ¿Está todo bien, mamá?

—No, hija, hay algo muy delicado de lo que necesito hablar contigo.

Iana se quedó por un momento en silencio, preocupada; por lo que su madre se adelantó a decir:

—No te inquietes, hija, todo está bien en casa.

—¿Entonces...?

—Mira, hija, se trata del muchacho de quien me hablaste.

Iana frunció enseguida el entrecejo.

—¿De Vincenzo? ¿Qué tiene que ver él, mamá?

—Hija mía, créeme que se me hace tan difícil tener que decirte esto, pero por tu bien es necesario que te alejes de él, porque Vincenzo es el hijo de Donato.

—¿Qué locura estás diciendo, mamá? ¿De dónde sacas ese disparate?

—No es ninguna locura, Iana, se trata del hijo que Donato tuvo con una exnovia, conozco a su madre, se llama Belinda Fiorucci.

—Mamá... —Iana, sorprendida, se detuvo dejándose caer sobre una de las bancas que había en el pasillo a pocos metros de su habitación. Miriam, angustiada, se sentó junto a su amiga.

—Hija, te pido, es más, te suplico, que mantengas distancia con ese muchacho. En el momento en que Donato se entere que su hijo está interesado en ti no lo va a permitir y hará todo lo que esté en sus manos por hacerte daño... Lo conozco bien, hija mía, es por esa razón que tu padre y yo estamos sumamente preocupados.

—Vincenzo jamás me habló nada al respecto... —sostuvo Iana con un hilo de voz—. Debo dejarte ahora, mamá, iré a hablar en este preciso momento con él. Buenas noches. —Iana cerró la videollamada; a lo que su amiga enseguida comentó con ella:

—¿Será cierto?

—Lo sabré ahora mismo, voy a su habitación. Tú espérame aquí, Miriam, volveré enseguida.

Iana se enrumbó hacia la habitación de Vincenzo, no tomó ni el más mínimo interés de que había anochecido.

Tocó a la puerta.

—¡Iana! —exclamó él en cuanto la abrió.

Iana, parada bajo el umbral, con su corazón latiéndole deprisa, enseguida dijo:

—Disculpa que venga a estas horas a tu habitación así, sin avisar, pero necesito hablar contigo de algo que es de gran importancia para mí.

Vincenzo, con cara de asombro, la invitó a pasar adelante, pero Iana se negó, le pidió salir a conversar en el patio interior.

—Espera un momento, por favor, voy por mi abrigo —dijo Vincenzo. Salió vistiendo su abrigo y enseguida se encaminaron hacia una de las banquetas del patio—. Me preocupas, Iana, ¿qué es eso que con tanta urgencia tienes que hablar conmigo?

—Háblame sobre tu padre, Vincenzo.

Vincenzo, con gesto extrañado, se la quedó mirando.

—¿A qué viene eso ahora? No, no comprendo...

—Por favor... —insistió Iana. Sus ojos quedaron fijos en el negro profundo de los suyos, esperando por una respuesta; a lo que Vincenzo, tras un largo y profundo respiro, respondió:

—No acostumbro a hablar sobre mi padre, Iana. Durante mi infancia y parte de mi adolescencia él ha sido un total desconocido.

—¿Desearías conversar acerca de él conmigo?

—¿Por qué quieres conocer sobre mi padre? Sinceramente no lo veo necesario.

Iana buscó las palabras correctas para de una vez por todas confiarle acerca de la desagradable relación que su familia tuvo que lidiar durante toda la vida con Donato Carusso. Exhaló profundamente y afrontó esa verdad:

—Tu padre se llama Donato Carusso, ¿cierto?

Vincenzo asintió sin siquiera parpadear.

—Quiere decir que mamá estuvo en lo correcto —murmuró Iana.

—¿Tu familia conoce a mi padre?

—Así es.

—Bueno, mis abuelos paternos viven en Valserra. Apenas los he visto rara vez cuando de niño mi madre me llevaba al pueblo, y una que otra vez aquí en Florencia.

—Lastimosamente mamá y papá lo conocen desde que eran jóvenes, y digo lastimosamente puesto que papá, sobre todo, jamás tuvo una buena relación con él. Su familia y la mía llevan muchísimos años enemistados, prácticamente desde antes de que mis padres se casaran.

—Toda mi vida he vivido con mi madre. Después de cumplir dieciséis años él apareció en nuestra vida. Hablar de él no tiene mayor sentido porque siempre se mantuvo apartado de nosotros... bueno, de mí que soy su hijo. Que no haya amado a mamá lo acepto, pero que se haya desentendido que tenía un hijo, no.

Iana, tomando a Vincenzo por ambas manos, le hizo una pregunta; aquella pregunta donde ella necesitaba despejar la duda de si él estaba al tanto de la verdad del pasado de su padre o simplemente se lo habían ocultado:

—¿Tu madre te dijo alguna vez por qué se mantuvo alejado?

—Únicamente que permaneció por largos años fuera de Italia, que vivía en los Estados Unidos. Más allá de eso nada, porque ni él mismo me lo ha confiado ni yo se lo he preguntado. Iana... —continuó Vincenzo mirándola fijamente a los ojos—, desde que tuve uso de razón y esperaba a que él un día apareciera, me desgarraba el corazón porque jamás lo hizo. Los años transcurrieron sin recibir al menos una llamada, una carta de parte suya. Mi madre tuvo que arreglárselas para cuidar de mí emocional y económicamente. Crecí así, y poco a poco fui perdiendo el interés por él. Hasta que un buen día apareció de pronto como si nada, y más bien se molestó con mi madre y conmigo de que no llevara su apellido... Y sinceramente hasta el día de hoy no comprendo por qué, pero me convenció para que aceptara el suyo. —Vincenzo sonrió con ironía—. Bueno... en

ese entonces tan solo acababa de cumplir dieciséis. Desde ahí casi no he tenido contacto alguno con él.

—Gracias por confiarme parte de tu vida, Vincenzo. —Iana esbozó una suave sonrisa.

—¿Sabes? —dijo él—, jamás le he confiado sobre esto a nadie más que no sea Massimo. Gracias a ti por interesarte en mi pasado y escucharme. Es una carga muy pesada que he llevado conmigo durante toda mi vida... Se siente tan bien desahogarse.

Iana lo miró apacible.

—Te entiendo...

Iana y Vincenzo permanecieron por largos segundos en silencio con sus miradas compenetradas, hasta que de pronto Iana dijo:

—¿Vamos a la parte trasera del patio? Con Miriam solemos ir allí cuando estamos aburridas.

Enseguida Vincenzo se carcajeó.

—No me digas que ustedes...

—Si te refieres a sentarnos sobre el muro a mirar las estrellas, sí. —Iana echó a reír.

—Guau, Iana, no conocía esa parte de ti. ¿Y cómo hacen para subir al muro? No es tan bajo que digamos.

—¿Has visto los toneles vacíos de agua que están ahí? Pues arrastramos uno de ellos y por ahí mismo subimos.

—¡Qué ingenio, jamás se me hubiera ocurrido!

—Y entonces, ¿vamos allá? —insistió Iana esbozando una amplia sonrisa.

—¡Cómo negarme! Me encanta la idea.

—Desde ahí podemos mirar la lluvia de estrellas de las Oriónidas. ¿Sabías que entre hoy y mañana es cuando alcanzan su mayor intensidad? —comentó Iana.

—Conozco las Oriónidas pero no sabía que justamente esta noche podríamos apreciar mejor su resplandor.

—Lo es.

—Tú espérame aquí —de pronto Vincenzo se puso en pie—, voy por algo.

—¿Adónde vas? —preguntó Iana sorprendida.

—No me tardo, tan solo espera ahí mismo que regreso enseguida.

—Aquí te espero entonces. —Iana se distrajo revisando su móvil hasta que Vincenzo regresara. Al cabo de diez minutos lo vio venir por los paseos del jardín cargando consigo una mochila. Se levantó y enseguida fue a darle el encuentro—. ¿Qué traes ahí? —preguntó.

—Cosas para picar mientras miramos el despliegue de estrellas. —Vincenzo rio.

—¡Qué bien pensado!, así no pasamos hambre. —Iana también rio y se encaminaron hacia la parte trasera del patio.

Juntos rodaron un viejo y oxidado barril que estaba arrimado a un extremo del patio y lo llevaron hasta el pie del muro para poder trepar. Vincenzo impulsó a Iana por las caderas ayudándola a subir, le pasó su mochila y luego subió él.

—Guau... —exclamó Vincenzo—. ¡La vista desde aquí es formidable!

—¿Nunca has venido antes? —preguntó Iana, realmente muchos conocían de la existencia de ese lugar.

—Créeme que no. —Vincenzo levantó la mirada al cielo, miles de estrellas se podían apreciar desde lo alto en esa noche oscura y despejada.

—¿Qué trajiste para picar? —preguntó Iana en medio de una sonrisa traviesa.

—Ante todo... —Vincenzo esbozó una vívida sonrisa ladina mientras abría su mochila y, sacando una botella de vino tinto, dijo: —esto.

Iana, riendo, exclamó:

—¿Cómo lograste meterla a la universidad?

—La tengo desde hace algún tiempo. ¿Recuerdas la fiesta de la novatada?

—Sí... —asintió Iana con interés.

—Entre Massimo y yo nos cogimos dos de estas sin que nadie pudiera darse cuenta.

Iana echó a reír.

—Guau, y luego dices que la perspicaz soy yo. ¿Qué más tienes dentro de esa mochila? —preguntó echando un vistazo de medio lado mientras Vincenzo, sonriente, metía la mano e iba sacando diferentes paquetes.

—Traje trozos de queso parmesano, aceitunas, además de estas galletas saladas —comentó colocando todo sobre el muro.

—¡Qué rico! Tendremos una noche muy divertida.

—Basta estar contigo para que sea divertido... ¿Vino?

—Por supuesto. —Iana estiró la mano y agarró la botella de vino tinto que Vincenzo la había abierto previamente antes de ir a encontrarse con ella, y bebió un sorbo largo—. ¡Mmmm, está buenísimo! —comentó pasándose los dedos por los labios y enseguida agarró trozos del queso parmesano.

Asimismo, luego de que Iana bebiera, Vincenzo, tomando la botella de sus manos, le dio un sorbo interminable. Iana se lo quedó mirando, cada vez se sentía más a gusto en su compañía.

—Quiero que me hables más sobre ti —dijo Vincenzo tras dejar la botella sobre el muro. Tomó unas cuantas aceitunas y se las llevó a la boca.

—¿Qué más podría decirte de lo que ya te haya contado? —Iana también cogió dos aceitunas de la tarrina y se las llevó a la boca.

—No lo sé, ¿qué afición tienes?, ¿practicas algún deporte?

Iana vaciló si en decirle o no que le gustaba el canto... pero igual lo hizo:

—Me gusta cantar.

—¿De veras? —Vincenzo abrió sus hermosos ojos negros, ciertamente Iana pudo notar su asombro. Mientras que ella asintió con una sonrisa—. ¿Quieres cantar algo para mí?

—No, qué bochorno...

—¿Por qué bochorno? Vamos, al menos una estrofa.

—Está bien, pero solo una. ¿Qué canción te gustaría que cante?

—Hum... ni idea, la que a ti te guste.

Iana pensó rápidamente al azar en alguna:

—¿Qué te parece *Diamonds*...? Me encanta como canta Rihanna.

—Esa es muy linda, igualmente Rihanna me gusta mucho... Soy todo oídos.

—Veamos... —Iana, abochornada, empezó a tararear la canción.

—No seas tramposa... —protestó enseguida Vincenzo—, tienes que cantarla, déjame escuchar tu linda voz.

Iana echó a reír.

—Está bien, pero no vayas a reírte de mí.

—¡No, cómo crees!

Iana se animó y la cantó completa, en tanto que Vincenzo, embelesado, no le apartó ni por un momento la mirada.

—¡Guau, Iana, cantas hermosísimo, jamás me lo hubiera imaginado!

—No exageres.

—¿Cómo qué no? Me encantó, deberías pertenecer al coro de la universidad o algo así.

—No, no, ¿cómo se te ocurre? —Iana rio cubriéndose el rostro con su mano—. El canto es solo una afición para mí.

Vincenzo negó con la cabeza.

—Insisto en que cantas muy lindo, pero claro, obviamente es tu decisión.

—Gracias, lo tendré presente. —Iana volvió a reír, miró hacia el horizonte, en donde el titilar de las estrellas cada vez se hacía más intenso conforme avanzaba la noche.

—Dejando el canto de lado... —continuó Vincenzo—, pero jamás me cansaré de repetirte que adoré tu voz, aún no me has contado qué te gustaría hacer luego de que termines la carrera... Por ejemplo, ¿en qué piensas especializarte?

Iana enseguida lo regresó a mirar.

—En cardiología. ¿Te he contado que mi padre es neurocirujano?

—Pues no —contestó Vincenzo.

—Desde niña me he sentido atraída por la medicina, y siendo mi padre médico aún más. Me encantaría trabajar con él.

—Siempre te expresas tan bien de tu padre, es de lo que me he podido dar cuenta.

—Mi padre es maravilloso... el ser más dulce y honesto que pueda haber sobre la tierra. —Iana esbozó una suave sonrisa—. Lo mismo puedo decir sobre mi madre... Me siento afortunada.

—¿Eres hija única?

—No, para nada, tengo dos hermanos menores mellizos.

—Una linda familia —agregó Vincenzo—, me encantaría un día poder conocerlos.

Iana sonrió con suavidad.

—Me haría muy feliz si llegaras a conocerlos. ¿Y con respecto a ti, practicas algún deporte o tienes alguna afición o algo así? Aparte de vivir entre los libros, por supuesto...

—Qué concepto tienes de mí...

—Fue un decir. —Iana rio—. Y entonces, ¿a qué te dedicas en tus tiempos libres?

—Francamente me atrae el fútbol, de hecho cuando estaba en el colegio me dedicaba de lleno, y hasta pertenecí al equipo estudiantil.

—¿Y por qué no le diste continuidad en la universidad? De seguro juegas muy bien.

—Sufrí una lesión en mi rodilla izquierda hace ya algunos años, y desde entonces tuve que dejarlo.

—¡Cuánto lo lamento! —exclamó Iana. Le entristeció enterarse de algo así y que ya no podría jugar más al fútbol, sabiendo que era su afición.

—No te preocupes —Vincenzo esbozó una suave sonrisa—, eso ya no tiene importancia para mí. Desde que empecé la carrera me dediqué de lleno a los estudios... Y aquí me tienes, a un paso de graduarme.

—¡Qué formidable...! —Iana le devolvió la sonrisa—. A tan solo unos cuantos meses.

—Así es, de aquí a pocos meses. Y, en cuanto al amor —preguntó Vincenzo, fijando un aire de intención en sus ojos—, ¿te has enamorado alguna vez? ¿Hay alguien en tu vida?

Iana sujetó su mirada en silencio... El brillo de sus apasionantes ojos negros la hicieron temblar.

—No, jamás me he enamorado... tampoco hay alguien en mi vida...

Vincenzo esbozó una suave y fugaz sonrisa, la miró sin pronunciar una sola palabra; ambos se miraron sin pronunciar palabra alguna, tan solo Iana escuchó los fuertes latidos que dio su corazón y, mientras la noche se empecinaba sobre ellos, Vincenzo inclinó la cabeza y, acercándose despacio, cerró sus ojos. Iana pudo sentir la tibieza de su respiración que le hizo estremecer, hasta que, de pronto, mientras él más se aproximaba, una ráfaga de estrellas fugaces cruzó en ese momento el cielo, por lo que Iana, aturdida, esquivó lo que sería un largo y apasionante beso y exclamó, girándose a mirar:

—¡Las Oriónidas!

Vincenzo también levantó a mirar.

—¡Guau, son bellísimas!

—Te dije que esta noche las veríamos... ¿Más vino? —propuso atolondrada.

—Por supuesto —contestó Vincenzo con una sugestiva sonrisa. Levantó la botella y bebió una generosa cantidad, no sin antes ofrecerle a Iana.

—Pienso que deberíamos regresar, se ha hecho tarde —dijo Iana.

Vincenzo asintió.

—Volvamos entonces. —Juntos fueron metiendo los restos de la comida dentro de la mochila, Vincenzo le dio el último sorbo a la botella de vino, y desde ahí atinó lanzándola dentro de un basurero que había al otro lado de los muros de la universidad. Se colocó la mochila a la espalda y le ayudó a Iana a bajar. Rodaron el tonel hacia un costado del patio, y finalmente se encaminaron conversando de otros temas menos del beso que estuvo a punto de darse entre los dos hacia la entrada posterior de la universidad.

Se despidieron en los pasillos y cada cual se dirigió a su habitación.

Tan pronto como Iana abrió la puerta y entró en su habitación, pudo darse cuenta de que Miriam dormía profundamente. Sonrió para sí, le hubiera gustado contarle a su amiga lo que sucedió esa noche entre Vincenzo y ella, pero tampoco había prisa, pensó.

Y esa misma noche, sin tomar en cuenta la hora, telefoneó a su madre:

—Iana, hija —contestó Ainara.

—Hola, mamá, disculpa la hora, pero acabo de regresar de conversar con Vincenzo.

—¿Te confirmó que es hijo de Donato?

—Así es, mamá. Ambos tuvimos una larga e íntima plática, y desde ya te manifiesto que nada de lo que pasó entre ustedes en el pasado con Donato Carusso va a interferir en la bonita relación que estamos llevando con Vincenzo. Él me atrae muchísimo, mamá, y sé que yo a él. Por esa razón lucharé en contra de lo que fuere, así tenga que enfrentar al mismo Donato. Este bello sentimiento que ambos sentimos el uno por el otro nadie conseguirá estropearlo.

—Iana, hija...

—Que tengas una linda noche, madre, te amo.

9

DESPUÉS DE HABER HABLADO con su hija, Ainara quedó sumamente inquieta, por lo que enseguida le comentó lo sucedido a Saúl y juntos decidieron viajar al día siguiente a Florencia.

Lo más conveniente era hacerlo de una vez, tenían que hacerle entrar en razón y sobre todo conseguir que Iana desistiera de su descabellada decisión en dar pie para empezar una relación amorosa con Vincenzo. Sería, ante todo, desgarrador para ambos como padres exponerle la situación de esa manera porque lastimosamente Iana se estaba enamorando o ya se había enamorado del muchacho equivocado.

Era sábado, llevaron a Iana a almorzar en un restaurante fuera de lo cotidiano de la universidad.

—Me alegra estar hoy aquí con ustedes —dijo Iana—. Extrañaba compartir en familia, aunque me hubiese encantado que los mellizos también vinieran.

—Hija —Saúl tomó la palabra—, preferimos hacerlo únicamente tu madre y yo porque necesitamos tener una conversación seria contigo. —Pero antes de que su padre continuara, Iana los miró simultáneamente a ambos y se adelantó a decir:

—Sé lo que van a decirme, papá... Mas pienso que fui clara con mamá anoche.

—Iana... —de inmediato intervino su madre—, no es nuestro afán hacerte daño, al contrario, lo que más deseamos en esta vida es tu bienestar, verte feliz.

—Entonces déjenme ser feliz con Vincenzo, mamá.

—De corazón, créeme, hija —intercedió su padre—, no hubiese querido que las circunstancias se dieran de esta manera, pero si esa relación de amistad que ahora ustedes tienen llegaría a convertirse en algo más fuerte, sé que Donato no desistirá hasta verlos separados con el único fin de hacerte daño sobre todo a ti, hija, su odio no conoce el límite. Es la razón por la cual estamos tan preocupados.

—Agradezco su preocupación, papá, pero no me pidan que me aleje de Vincenzo. Mírenme —dijo viéndolos a ambos—, he crecido, no soy una niña, sé que podré hacer frente a la soberbia de Donato Carusso.

Mas Ainara, en un suave suspiro bajó la mirada y movió de lado a lado su cabeza.

—Ese hombre es peligroso, hija —dijo alzándola a mirar—, ni siquiera se inmutará en hacerle daño a su propio hijo.

—Mi hermosa... —Saúl envolvió las manos de su hija entre las suyas—, respeto tu decisión. Sé que llegará el momento en que tu madre también lo haga, porque de igual manera como ella tú posees dignamente su misma fortaleza y carácter... Y debo reconocerlo, la templanza de tu abuelo, Gaetano. Siempre tendrás nuestro apoyo, y juntos, tu madre y yo, le daremos cara a cualquier eventualidad o desafío que se presente... Donato Carusso no volverá a hacernos daño, y menos a ti. ¿Estás de acuerdo conmigo, amor mío? —preguntó Saúl, regresando a mirar a Ainara. Mas ella no opinó ni a favor ni en contra; obviamente no terminaba de acceder a esa relación.

En tanto que Iana, tomando entre sus manos las de sus padres y estrechándolas en una suave caricia, dijo:

—Gracias por entenderme, papá... Sé que un día tú también estarás de acuerdo conmigo, mamá. Confíen en mí.

—Siempre lo hemos hecho —respondió su padre—. Y ahora esperemos por el mesero porque no tardará en traer lo que ordenamos. —Saúl tomó de la mesa un pedazo de pan, lo introdujo en la salsa de almejas y le ofreció a su hija, hizo lo mismo con otro y se lo acercó a Ainara. Vació vino blanco en cada copa: primeramente en la de su esposa y luego en la suya, finalmente vertió soda de limón en el vaso de Iana.

10

HABÍA TRANSCURRIDO UNA SEMANA desde que Ainara y Saúl estuvieron en Florencia. Iana estaba muy feliz de que sobre todo su padre se mostrara respetuoso con respecto a la decisión que ella tomó, dejando de dar importancia a la reacción que Donato podría tomar en su contra. No podía decir lo mismo de su madre, ella continuaba con su postura renuente. En todo caso su padre decidió apoyarla a fin de que se fortaleciera su relación con Vincenzo... Iana confiaba en que su madre tarde o temprano así también lo haría.

Esa tarde, después del horario vespertino de clases, Iana y Vincenzo se encontraban conversando sentados sobre una de las banquetas del jardín interno del instituto cuando Iana, a la distancia, miró a Donato venir caminando en dirección hacia donde ellos estaban.

Por un momento los nervios se apoderaron de ella, pero enseguida trató de guardar la compostura.

Entretanto, al Vincenzo darse cuenta de que su padre se acercaba, enseguida comentó con ella:

—Mi padre viene hacia donde nosotros... ¿Qué se traerá ahora? —Pero ni bien terminó de decir aquello cuando Donato, con actitud para nada empática, se dirigió a su hijo diciendo:

—Vincenzo, te he buscado por todos lados, acompáñame en este momento a la cafetería porque tengo que hablar contigo.

Mientras tanto, ante tal actitud desagradable por parte de Donato, Iana bajó la mirada a sus manos y más bien se puso a jugar con la piedra de rubí de uno de sus anillos.

—Papá —respondió Vincenzo levantándose—, ahora estoy con mi amiga, ella es Iana Márquez. —La presentó con él sin saber siquiera que ellos ya se conocían.

Al momento Iana alzó a mirar, pero Donato, con total descortesía, se volvió hacia su hijo y le respondió cortante:

—¡Tu amiguita es lo que menos me importa ahora, sé que mañana ni te acordarás de ella!

—¡No te permito que te expreses así, papá! —replicó Vincenzo. Iana jamás lo había visto tan enojado, por lo que, poniéndose también en pie, trató de suavizar la discusión y comentó con él:

—No te preocupes, Vincenzo, en tal caso yo les dejo para que ustedes puedan conversar.

—No, Iana —contradijo tomando de su mano—, mi padre puede esperar por mí en la cafetería. Voy enseguida, papá.

Claramente Iana pudo notar el gesto sombrío de ira y contrariedad que dibujó el rostro de Donato, ante lo cual espetó:

—Vienes conmigo en este momento, Vincenzo... ¡Mi tiempo no está en discusión!

—Ve con tu padre —insistió Iana—, yo estaré aquí esperándote.

Vincenzo asintió con la cabeza.

—No me tardo.

De principio, Donato desafió a su hijo con la mirada y, luego, no sin antes darse media vuelta e irse, lanzó contra Iana una siniestra mirada de advertencia.

Iana cerró los ojos y respiró profundamente; ella sabía a lo que se estaba exponiendo.

‹‹Debo ser fuerte››, dijo para sí. ‹‹Esto iba a suceder tarde o temprano...››

Iana esperó por Vincenzo hasta que él terminara de conversar con su padre. Le angustiaba que Donato, sin ningún tipo de escrúpulos, tratara de enredar a su hijo con calumnias en contra suya; aquel nefasto mirar habló por sí solo. Pero asimismo Iana sabía que no tenía nada de qué avergonzarse. En tal caso, sería el momento indicado para darse cuenta del respeto y estima de Vincenzo hacia ella si llegara a darse el caso de que Donato, valiéndose quien sabe de qué mentiras, la calumniara a ella y a su familia... De esa manera Iana conocería los verdaderos sentimientos de Vincenzo.

De pronto, miró a través de los robustos árboles de cítricos y algunos de vid que decoraban los extremos de los jardines de la universidad la silueta de Vincenzo cruzar el patio interno y venir en su dirección.

—Disculpa, por favor, Iana —dijo sentándose a su lado—, créeme que hubiese deseado que conocieras a mi padre en otras circunstancias.

Iana hizo un ademán con su mano, negando. Lastimosamente Vincenzo se sentía angustiado.

—Déjalo así, no tienes porqué disculparte conmigo... Conozco a tu padre más de lo que podrías imaginar.

—¿Cómo dices? —enseguida cuestionó mirándola extrañado—. ¿Desde cuándo lo conoces?

—¿Recuerdas cuando te comenté que mi familia y la suya ya se conocían de años atrás? Pues bien, una que otra vez los escuché hablar de tu padre. Se referían a él como un hombre autoritario y problemático. —Iana prefirió callar la verdad, la disfrazó con lo que se le ocurrió en ese momento. Ella no era quién para revelarle aquella verdad escabrosa que en el pasado sus padres y abuelos vivieron a manos de él y de su familia. Y referente a los abusos que su padre incidió con ella, pensó que aún no era el momento para decírselo. Ya buscaría más adelante la oportunidad oportuna.

—Mi padre es un hombre egoísta y autoritario como tú bien lo has dicho, Iana. Lo que no comprendo es ¿por qué, sin razón alguna le molestó verme acompañado de ti?

—Él sabe bien que soy la hija de Ainara D'Alfonso, y de Saúl Márquez, Vincenzo —respondió Iana.

Vincenzo, de inmediato, asintió con la cabeza.

—También lo creo así... ¿Y por qué mantiene esa pugna contra toda tu familia? Si algo sucedió entre ellos en el pasado no tiene por qué involucrarnos a nosotros. Jamás me alejaré de ti, Iana, así mi padre insista en ello. —Vincenzo la miró con suavidad, mientras que Iana prefirió quedarse callada—. ¿Deseas que salgamos por ahí un día nuevamente? Realmente necesito disipar la mente, y qué mejor que estando contigo.

Iana asintió.

—A mí también me encantaría ir a divertirnos. Ya has tenido suficiente estrés con tu padre.

Vincenzo se la quedó mirando sin apartar ni por un momento sus ojos negros de los suyos.

—Eres tan comprensiva conmigo, Iana.

—Trato de ponerme en tus zapatos.

—¿Te gustaría que fuéramos a dar un paseo por el centro de Florencia?

El rostro de Iana se iluminó. Ella adoraba visitar iglesias, museos...; por lo que enseguida exclamó:

—¡Es fantástico, podríamos visitar la Galería de la Academia!

—Veo que además de la medicina te atrae la escultura... Sin olvidar que cantas hermoso, claro.

Iana rio.

—Mamá es una artista en cuanto a pintura y escultura se refiere. Se me pasó por alto comentarte que tiene su galería de arte en Valserra.

—Una familia de artistas entonces, ¡qué interesante! ¿Qué estilo de pintura?

—Arte moderno, paisajes, retratos...

—Insisto en que me encantaría conocer a tu familia. —Iana sonrió—. Y bueno, volviendo al tema, ¿te parece salir el sábado?

—Es perfecto.

—¿A las diez como la vez anterior?

Iana asintió con una sonrisa.

—Claro que sí, te estaré esperando.

11

VINCENZO SE LEVANTÓ EN carreras y fue directamente a tomar una ducha rápida porque se le hacía tarde para su cita con Iana, en vista de que la noche anterior se amaneció adelantando tareas.

Estaba entusiasmado, se tomaría el sábado completo para pasear y recorrer lugares interesantes por el centro de Florencia en la adorable compañía de la hermosa joven estudiante de medicina quien lo traía loco.

Tan pronto como salió de la ducha se enrolló en prisas la toalla alrededor de la cintura, aún faltaban cinco minutos para encontrarse con Iana, por lo que agarró el móvil y la telefoneó:

—Hola, Vincenzo —contestó ella al teléfono.

—Iana, buenos días, disculpa que te llame hasta ahora, pero aunque no me lo creas me quedé dormido. Voy a demorar al menos quince minutos antes de pasar a recogerte, ¿no hay problema contigo?

Iana rio.

—No te preocupes, tómate tu tiempo. En veinte minutos te daré el encuentro en el parqueadero.

—Gracias, Iana, nos encontramos ahí entonces. —Vincenzo colgó la llamada y fue a terminar de vestirse. Miró que su amigo dormía como un tronco, y una vez listo tomó con él las llaves de la pasola y se apresuró encaminándose al parqueadero.

Iana aún no llegaba.

De pronto, mientras encendía la moto miró a su costado y la vio salir del edificio y venir en su dirección. Vincenzo permaneció inmóvil, hipnotizado, viéndola acercarse. Iana lucía diferente esa mañana, estaba bellísima, deliciosamente encantadora. Él jamás la había visto llevar su larga y abundante cabellera negra recogida en dos trenzas, cayendo sobre sus hombros, y con una pañoleta verde estampada al igual que el color de sus ojos cubriendo la cabeza.

Iana sonrió y se apresuró hacia donde él:

—¿Esperaste mucho por mí? —saludó acercándose a darle dos besos, uno de cada lado de sus mejillas.

—Solo un par de minutos. —Vincenzo sonrió, cautivo de su belleza y de su fresco y embriagante aroma: una mezcla de flores del campo con matices dulces. Le acercó el casco, ella enseguida se lo colocó, subió a la moto y salieron de la universidad. Vincenzo no dejó de mirarla a través del retrovisor, Iana era perfecta, sus jeans rasgados se ceñían provocativamente a su cintura y sus piernas largas. Aceleró la moto y, en medio de una entusiasmada sonrisa, sintiendo la delicada presión del pecho de Iana contra su espalda, y sus manos abrazar su cintura, tomó el camino para ir a la plaza del Duomo.

Recorrieron por callejuelas estrechas en donde, desde sus balcones se desbordaba infinidad de flores coloridas, y sobre sus aceras macetas altas adornadas asimismo por todo un despliegue de color, en donde las mesas que habían dispuestas para los turistas y transeúntes que por ahí caminaban ofrecía un momento de degustación y esparcimiento; además de un sinnúmero de tiendas de ropa de marca, joyerías y demás que cada mañana abrían sus puertas.

Vincenzo parqueó su pasola junto a otras motos que enfilaban la acera y juntos bajaron a pasear por la plaza del Duomo.

—¿Vamos a visitar la Catedral? —Iana, feliz, haló a Vincenzo de la mano con ella por la plaza en la que cientos de personas transitaban.

Vincenzo rio, se sintió como un niño pequeño corriendo de su mano en medio de toda esa multitud. De pronto, Iana se detuvo en medio de la plaza, sacó del bolsillo trasero de su pantalón su celular y, en medio de una amplia sonrisa, la cual le caracterizaba, propuso:

—¿Nos hacemos un selfie?

—Por supuesto. —Vincenzo cogió el celular con él, pegó su rostro al de ella, y no se hicieron uno sino que algunos sefies: unos riendo, otros sacando la lengua, otros con mueca de asombro..., teniendo a la Catedral y el campanario de mármoles blancos, rojos y verdes a sus espaldas.

—¿Las compartirás también en Instagram? —Vincenzo, entre risas, preguntó luego de entregarle el móvil a Iana.

Tras dar un rápido chequeo a las fotos que acababan de hacerse, Iana levantó a mirarlo.

—¿Cómo sabes que las que nos tomamos en Livorno las compartí en Instagram?

Vincenzo echó a reír.

—Fue lo primero que me comentó Massimo..., además sigo tu cuenta.

—Eso no me has contado —enseguida reclamó Iana esbozando una sonrisa tentadora; aquella bella e insinuante sonrisa que hizo de él un manojo de sensaciones.

Vincenzo se levantó las gafas de Sol sobre la cabeza, preferible entrar en la Catedral, de otra manera continuaría embelesado contemplándola, mordiéndose las ganas de tomar su adorable rostro entre sus manos y ahí mismo, enfrente de todos, besarla.

—Entremos —le dijo.

Ambos caminaron despacio, contemplando la singular belleza del interior de la Catedral, levantaron el rostro y apreciaron el impresionante fresco renacentista sobre el cielo de Florencia que decoraba el domo.

—Indiscutiblemente es una joya de arte. ¿Te parece si salimos? —preguntó Iana una vez que recorrieron parte del interior de la Catedral, y juntos se encaminaron hacia las puertas.

Esa mañana se presentó limpia y despejada, propicia para un largo día de caminata y diversión.

—Necesito agua y sé que tú también. —De pronto, Iana enrumbó a Vincenzo hacia uno de los quioscos que había alrededor de la plaza. Pagó por las dos botellas y, mientras la destapaba, una llamada entró a su celular—. Disculpa un momento, por favor, Vincenzo. —Sacó el móvil del bolsillo trasero de sus jeans y contestó: —Dime, mamá...

Vincenzo se apartó de su lado, se distrajo haciendo fotos pero claramente pudo escuchar que se trataba de su madre. Hasta que Iana apagó el celular, lo introdujo nuevamente en el bolsillo trasero de su pantalón y se acercó a donde él.

—¿Hablabas con tu madre? —preguntó Vincenzo.

—Así es... —A Iana se le notó contrariada. Vincenzo no quería ser inoportuno pero también le preocupó que quizás algo tenía que hacer... entonces dijo:

—Si por algo tienes que regresar a la universidad no te preocupes por mí, solo dímelo.

Iana lo levantó a mirar extrañada, frunciendo el ceño.

—No, Vincenzo, todo está bien, no tenemos que regresar aún.

—Lo digo porque de pronto miré un cambio en tu actitud...

—¿Te refieres porque hablé con mamá? Descuida, todo está bien entre ella y yo —comentó algo más relajada y esbozó una dulce sonrisa.

—Realmente me preocupé. Y entonces —preguntó volviéndose a colocar las gafas que tenía sobre su cabeza—, ¿adónde quieres ir ahora?

—¿Te parece si vamos a la Galería de la Academia?

—Es buena idea, además que está cerca. Luego podríamos parar por aquí mismo para almorzar, ¿qué dices?

Iana asintió esbozando una amplia sonrisa.

—No has dicho nada mejor porque francamente ya siento hambre.

Vincenzo rio.

—Yo también. —Iana y Vincenzo se encaminaron hacia la Galería de la Academia, no sin antes hacerse otras selfies.

Parados uno al lado del otro mientras contemplaban la impresionante escultura del David de Miguel Ángel, Vincenzo pudo notar la afición y el respeto que Iana sentía por el arte; era de suponer que lo heredó de su madre.

—Impresionante, ¿verdad?

—Cómo es que alguien pudo transformar una sola idea en algo tan hermoso y perfecto —comentó Iana sin dejar de apreciar cuánta perfección había en el David.

—Por algo Miguel Ángel prevalece, y según mi parecer no ha habido nadie que lo haya podido superar.

Iana hizo un gesto de aprobación con el rostro.

—También lo pienso así, aparte de Leonardo Da Vinci que es otro grande del arte.

Vincenzo asintió con la cabeza, sus ojos los tenía puestos aún en la escultura.

—Estoy de acuerdo contigo.

De pronto, Iana se volvió hacia Vincenzo y comentó con él:

—Siempre estás de acuerdo en todo conmigo... o en casi todo... ¡Eso me encanta de ti!

—¿En serio? ¿Solo eso?

Iana se lo quedó mirando, sonrió, y dijo:

—¿Te parece si ahora vamos a almorzar?

Vincenzo esbozó una perspicaz sonrisa, mordiendo su labio inferior...

‹‹ ¿Será que la pongo nerviosa? ››, pensó.

—¿Qué dices...? ¿Vamos de una vez? —insistió Iana, sus soñadores y vivaces ojos verdes no atinaron a dónde mirar.

Vincenzo la inquirió con la mirada.

—¿Qué se te antoja?

—Cualquier cosa pero hagámoslo ya.

—No se diga más, soy todo tuyo. —Y, en medio de una risotada, Vincenzo volvió a colocarse las gafas y salieron de la galería.

—¿Cómo estuvo la pizza? —preguntó Vincenzo mientras, satisfechos, cruzaban el umbral de la puerta de la pizzería. Ambos se antojaron por la pizza napolitana.

—Deliciosa, pero si continúo comiendo de la forma como lo he estado haciendo durante todo el tiempo en que he salido contigo voy a engordar.

Vincenzo echó a reír.

—No lo creas, hemos caminado tanto que eso no sucederá.

De pronto, ambos escucharon el sonido de una alegre música que venía desde el centro de la plaza.

—¿Vamos a ver de qué se trata? —apuró Iana y se adentraron por una de las callejuelas angostas que llevaba hasta la plaza del Duomo. Enseguida miraron a un grupo aficionado de músicos jóvenes tocando y cantando cerca del campanario, por lo que se acercaron hasta donde ellos estaban. Iana sacó el celular del bolsillo trasero de su pantalón y empezó a filmarlos, luego a Vincenzo: él, entusiasmado, se movía al ritmo de la canción—. ¿Una toma juntos? —dijo colocándose detrás de la cámara. Vincenzo reía, Iana disfrutaba sobremanera de su entusiasta compañía. Guardó el celular en el bolsillo de su pantalón y se puso a bailar en el momento en que él, tomándola de las manos, la hizo girar.

—Me encanta verte sonreír —comentó Vincenzo mientras, haciéndola dar otro giro, sus agraciadas trenzas giraron junto con ella.

—Amo nuestra música alegre. —Iana levantó los brazos y empezó también a cantar la melodía popular que los músicos jóvenes entonaban.

—Enseguida vuelvo —dijo Vincenzo. Iana asintió en medio de una sonrisa y continuó cantando y bailando. De pronto se detuvo cuando lo miró acercarse a los músicos y comentar algo con ellos. Negó para sí y regresó de inmediato a mirar a su alrededor: decenas de personas disfrutaban de la música al igual que ella. Volvió la mirada a Vincenzo, él, esbozando una delatadora sonrisa, venía de regreso hacia donde ella estaba. Negó moviendo de lado a lado la cabeza y, una vez teniéndolo frente suyo, discutió:

—No lo haré...

—Si lo harás... —Vincenzo la tomó de la mano—, vamos que te están esperando.

—Pero Vincenzo ¿por qué haces esto?

—Tú cantas hermoso, Iana, deja que todos aquí queden hechizados con tu linda voz.

Iana volvió a mirar de cada lado: cada vez era mayor el número de las personas que se agrupaban.

—¡Me la debes, Vincenzo! —protestó taladrándolo con la mirada.

Vincenzo soltó una carcajada.

—Haré todo lo que me pidas, pero antes deléitanos con tu voz. —La tomó de la mano y fueron hasta donde los músicos se encontraban.

—¿Qué te gustaría que toquemos? —le preguntó uno de ellos a Iana.

—No lo sé... —Iana titubeó—, quizás algo de..., ¿Laura Pausini?

—Te parece ¿te amaré?

—Sí... —Iana medio que sonrió—, esa me gusta mucho.

—Yo te haré el dúo —dijo el muchacho.

Iana entró al fin en confianza, regresó a mirar a Vincenzo, él le hizo un guiño mientras sonreía frente a ella acompañado de los espectadores quienes también la motivaron haciendo palmas hasta que empezaran a cantar.

—¿Lista? —dijo el muchacho acomodando el cable por detrás de su oreja y llevando el micrófono cerca de su boca.

—Sí —contestó Iana, en tanto que el muchacho se acomodó el suyo.

Sonó la música y sus voces se escucharon en toda la cuadra.

Iana dejó a todos boquiabiertos con su hermosísima voz y, ella, sin apartar sus ojos de los de Vincenzo, quien la miraba en completa quietud con una dulce sonrisa que dibujó sus encantadores labios rojos, sus ojos negros, intensos como una noche oscura, no se despegaron de ella ni por un solo momento...

Tal parecía como si él intuyera que Iana le estaba dedicando esa canción.

—Qué honor escucharte cantar, Iana, realmente no tengo palabras para describir lo hermoso que lo haces —comentó Vincenzo con ella mientras avanzaban por la plaza.

—Te agradezco el cumplido pero me avergüenza hacerlo frente a tantas personas.

—No deberías sentir vergüenza, ¡mira cómo dejaste a todos!

—Qué loco eres, Vincenzo... ¡Nunca más vuelvas a hacerme algo así! —Iana echó a reír, al igual que Vincenzo también lo hizo—. Y ahora me parece que debemos regresar porque se está poniendo tarde.

—Está bien, lo que usted diga, señorita. Pero... Una última petición.

—¿Qué será? Con tal de que no me digas que quieres que regresemos a la plaza y que vuelva a cantar...

—No. —Vincenzo rio—. Es otra cosa. ¿Te gustaría ir antes al mirador? La vista desde ahí a Florencia es magnífica, sobre todo si llegamos a tiempo para ver la puesta del Sol.

—Vamos allá entonces.

Iana y Vincenzo, uno al lado del otro, contemplaron desde lo alto del mirador la romántica ciudad de Florencia mientras el Sol descendía perdiéndose en el horizonte.

—¿Qué dices? Hermoso, ¿verdad?

—Realmente es espectacular. —Iana permaneció con su mirada fija en el ocaso.

Vincenzo se giró hacia ella, Iana también lo hizo y, mirándola intensamente, dijo:

—Hoy ha sido un día maravilloso estando contigo.

Iana sostuvo su mirada y respondió:

—Para mí también ha sido un día muy lindo.

—Siempre que estoy a tu lado —continuó Vincenzo, clavando un aire de ilusión en sus ojos, mientras el cielo empezaba a teñirse con sus tonos violeta y anaranjados—, es como si el tiempo se detuviera y únicamente existiéramos tú y yo...

Iana se mantuvo en silencio. Ella sabía que se había enamorado de él, y más aún su confianza fue más fuerte porque Vincenzo empezaba a confesarle sus sentimientos.

—Me gustas muchísimo, Iana, lo sentí desde el día en que te conocí, y desde ese momento no he hecho otra cosa más que pensar en ti.

Iana esbozó una suave sonrisa, ella sentía lo mismo que él, tan solo deseaba cerrar sus ojos y en un beso revelarle, teniendo como único testigo a aquel cielo de otoño que los envolvía bajo el abrigo de su manto, que su corazón saltaba de alegría cada vez que lo tenía cerca suyo.

Vincenzo envolvió sus delicadas manos entre las suyas. Un brillo ardiente empañó sus pupilas que Iana pudo descifrar. La miró con tal intensidad como ya lo había hecho antes y, descargando una ráfaga de deseo en sus labios rosa, sus soñadores ojos negros se posesionaron de ellos.

Iana sintió desfallecer.

Vincenzo tomó delicadamente su rostro entre sus manos e inclinando la cabeza fue acercándose más. Iana sintió la tibieza de su respiración, descendió la mirada a sus endemoniados labios rojos que le robaron la voluntad y, cerrando los ojos, dejó que su calidez invadiera sus sentidos.

Ambos, en un delicado impulso, unieron sus labios en un largo y apasionado beso.

12

AÚN PERSISTÍA A FLOR de piel aquella dulce sensación cuando esa tarde, mientras el crepúsculo caía tapizando el cielo otoñal con sus vivos matices, Iana y Vincenzo unieron sus labios en el beso más dulce que ella pudiera imaginar...

Iana estaba enamorada.

En cuanto entró en su habitación, Miriam leía recostada sobre su cama, levantó la mirada de las páginas del libro y dijo:

—Te estaba esperando, ni siquiera supe cuando te fuiste. ¿Cómo te fue con Vincenzo?

Iana se acercó junto a su amiga, no podía aguantar las ganas de contarle que ella y él se besaron, aunque el brillo que delataron sus ojos de seguro ya le habría advertido.

—Ay, amiga...

Miriam la inquirió con la mirada.

—No tienes ni que decírmelo porque lo intuyo... ¿Cómo fue?

Iana se acomodó junto a su amiga y, ambas, compartiendo la misma almohada, mirando el vaivén de la lámpara que colgaba del techo, le contó entre risas, al detalle, el día maravilloso que vivió junto al joven de quien se sentía profundamente enamorada.

—Es increíble... —dijo Miriam—. Entonces ustedes dos ahora son novios.

—Únicamente fue un beso. —Iana se quedó en silencio; por lo que Miriam, incorporándose de inmediato, indagó, regresando a mirar a su amiga:

—¿No te habló de ser su novia?, ¿tener una relación?

—No, únicamente nos besamos y ya.

—Hum...

Iana regresó la mirada hacia Miriam.

—¿Será que en todo este tiempo me he venido haciendo tan solo ideas en mi cabeza?

Miriam la miró apacible.

—No lo creo, pero pienso que Vincenzo debía decirte algo al respecto... Solo te besa y ya estuvo. Y al despedirse ¿tampoco dijo nada? Se despidieron y ciao, ¿cada cual para su habitación...?

Iana dio un largo y profundo suspiro.

—Di algo, no te quedes solo suspirando —insistió Miriam.

—Ya tendremos oportunidad de conversar. Es más, no voy a perder el tiempo pensando bobadas, Vincenzo siente algo por mí, eso lo puedo sentir. Además que es tan dulce y complaciente conmigo. Y cuando me mira... si lo vieras, la suavidad y el brillo en sus ojos no pueden decir lo contrario.

—Si tú lo dices, así será.

Iana sonrió.

Iana y Miriam salieron lo bastante temprano la mañana del domingo a estudiar en la biblioteca pública de la ciudad puesto que tenían que hacer investigaciones, además de un proyecto de química que debían presentar a primera hora del lunes.

—¿Le comentaste a Massimo que pasaremos el día en la biblioteca? —preguntó Iana a su amiga mientras chequeaba qué libros de la repisa tomaría con ella—, no quisiera que a Vincenzo se le vaya a ocurrir venir a buscarme aquí.

—No, como crees, ayer antes de que llegaras fue la última vez que hablé con él.

—Mejor —dijo Iana—, aunque me muero de ganas de verlo, es preciso que sienta mi ausencia. ¿No te parece divertido que en todo el día no sepa qué ha sido de mí? —exclamó volviéndose hacia su amiga y echó a reír.

—Pero obvio que te va a textear.

—Tengo mi móvil apagado, y te advierto que no vayas a contestar el tuyo si te timbra Massimo. —Iana agarró con ella un tumulto de libros de química y anatomía, y junto con Miriam, que también llevaba consigo otros tantos, se dirigieron hacia una de las mesas de la biblioteca

—Mantendré el volumen bajo, no te preocupes.

Iana y Miriam se dispusieron a tomar apuntes, realmente su clase de química demandaba mucho tiempo de ellas. Las horas transcurrieron mientras las dos amigas, entre uno que otro comentario, se mantuvieron concentradas de lleno en la investigación.

—El tiempo pasó sin darnos ni cuenta —comentó Iana chequeando su reloj: marcaba pasado el mediodía. Miriam dejó de teclear en su ordenador y regresó a mirarla.

—¿Te parece si vamos a comer algo? Muero de hambre.

—Sí, dejemos el trabajo hasta donde hemos llegado y luego continuamos.

Ambas amigas se levantaron y salieron de la biblioteca para ir a buscar un lugar en dónde almorzar. Se decidieron por una cafetería de comida rápida. A las dos se les antojó una hamburguesa doble con papas fritas y coca cola con bastante hielo para beber.

—¿No te ha telefoneado Massimo? —preguntó Iana una vez sentadas a la mesa en la pequeña cafetería.

Mientras que Miriam, tras darle un gran mordisco a su hamburguesa, chequeó su móvil.

—No —respondió aún con la boca llena—, tal parece que ese par continúan dormidos.

Iana frunció los labios.

—No lo creo, Vincenzo siempre se levanta temprano.

—¿Acaso ya amaneciste con él para que lo sepas? —Miriam echó a reír.

—¡Qué graciosa!

—Es broma.

—Lo sé, de otra manera te lanzaba lo que resta de mi soda a la cara. —Iana también echó a reír —. Pero... —comentó, mientras, apurada, le echaba extra-salsa de tomate a sus papas fritas y de inmediato se llevó una a la boca—, se me hace raro que siendo las dos de la tarde Massimo no te haya telefoneado... Me refiero al supuesto caso de que Vincenzo haya tratado de comunicarse conmigo, de pronto hasta me haya ido a buscar y viendo que no aparezco por ningún lugar le pidió a su amigo que se comunique contigo... no lo tomes a mal.

—Yo sé, Iana, no necesitas exponérmelo de esa manera. Te aseguro que el rato menos pensado el amor de tu vida da señales de vida. —Miriam soltó una estruendosa carcajada que a Iana le contagió, por lo que ella, sonrojada, tuvo que controlarse para no hacer escándalo también.

—Terminemos con la hamburguesa de una buena vez para ir a terminar con los apuntes, luego se nos hace tarde para regresar a la universidad. ¡Y para de reírte así que la gente nos mira!

Iana y Miriam terminaron de comer su hamburguesa entre risas controladas y más comentarios acerca de los dos jóvenes estudiantes de arquitectura, hasta que salieron de la cafetería para regresar a la biblioteca.

De pronto, estando sentadas una junto a la otra en la biblioteca, tecleando apresuradas mientras recogían información de las páginas del libro abierto que tenían junto a ellas, el móvil de Miriam

vibró con la luz verde encendida, por lo que enseguida Iana regresó la mirada hacia el celular de su amiga y dijo:

—De seguro es Massimo.

—Es él —respondió Miriam sujetando el móvil en la mano—. ¿Qué hago? ¿Contesto?

—¿Estás loca? Déjalo que continúe insistiendo, de seguro Vincenzo le pidió que te llamara. —Una sonrisa ingeniosa dibujó los labios de Iana mientras se mordía un extremo de su labio inferior; en tanto que el celular dejó de vibrar pero al momento empezó nuevamente. Miriam la miró intranquila—. No vayas a coger la llamada, no sin antes llegar a la universidad —exigió tomando con ella el móvil de su amiga y lo guardó dentro de su mochila.

—¡Cómo eres, Iana! ¿Y si tengo alguna llamada importante?

—Lo sabrás cuando regresemos, y ahora apresúrate porque van a dar las cinco de la tarde y bien sabes que hasta ir a la parada del bus y llegar al instituto nos llevará al menos una hora.

Las dos amigas bajaron del bus y enseguida tomaron el camino que las llevaba a la universidad. Mientras se encaminaban por el largo pasadizo de paredones altos que bordeaban el instituto, Iana sacó el celular del interior de su mochila y se lo entregó a Miriam.

—Tómalo —dijo.

Miriam enseguida agarró el celular con ella y se dispuso a encenderlo.

—¡Hay un sinfín de llamadas perdidas de Massimo! —exclamó abriendo sus grandes ojos pardos.

Iana rio para sí.

—No le respondas todavía, por favor, espera estar en la habitación primero.

—Pobre Vincenzo —comentó Miriam—, te doy mi cabeza a que está intranquilo sin saber qué es de ti.

—Es parte del plan —insistió Iana y continuaron caminando. Cruzaron los portones de acceso a la universidad pasadas las seis de la tarde, muy pocos estudiantes caminaban por los pasillos, y se enrumbaron directamente a su habitación.

En cuanto se aproximaban Iana notó que algo sobresalía al pie de su puerta, lo comentó con su amiga y juntas se apresuraron para ver de qué se trataba.

—Indiscutiblemente Vincenzo lo dejó para ti —comentó Miriam cuando Iana se agachó y tomó con ella la caja de chocolates, aparte de una rosa roja en botón que estaba sobre la caja.

—Entremos —dijo Iana—, dio dos vueltas la llave dentro del cerrojo y entraron—. ¡Noche de chocolatines! —exclamó con una amplia sonrisa y, dejando su mochila sobre el escritorio, fue a

sentarse sobre la cama agarrada de la caja de chocolates y la rosa.

—Ahora mismo voy a telefonear a Massimo. ¿Qué quieres que le diga? De seguro me preguntará en dónde estuvimos.

—La verdad... —respondió Iana mientras se metía un chocolate a la boca, cogió la rosa en botón que la había dejado sobre el cobertor de su cama y olió sus pétalos—, que estuvimos todo el día en la biblioteca —agregó.

Miriam asintió con una mueca.

—Pero obvio que Vincenzo va a telefonearte también... Me imagino que esta vez si vas a contestar su llamada.

Iana metió la mano dentro de la caja de chocolates y tomó otro con ella.

—Hoy no, que siga esperando. Si mañana lo veo por ahí le diré que tengo mi celular averiado. —Iana echó a reír.

—Qué mala eres... —Miriam marcó al número de Massimo y salió al pasillo. Entretanto Iana apiñó las almohadas y se acomodó contra el espaldar de su cama. Encendió su celular y enseguida se desplegaron todas las llamadas perdidas, aparte de los mensajes de texto que le había dejado Vincenzo. Brevemente, repasándolos con sonrisa de satisfacción ni siquiera los abrió y volvió a apagar el celular; hasta que, repentinamente, Miriam entró con prisas en la habitación y, desesperada, comentó con Iana: —Massimo acaba de decirme que Vincenzo ha pasado preocupado sin saber nada de ti, y sabiendo que regresamos viene ahora mismo hacia acá.

—¿Cómo dices? —Iana se levantó sorpresivamente de la cama, cerró la caja de chocolates y la colocó sobre su escritorio con la rosa encima.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Miriam, intranquila, viendo a su amiga... Se la notaba nerviosa.

—Cuando Vincenzo venga aquí, dile, por favor, que tuve que ir a hacer algo... No sé, invéntate cualquier cosa.

—¡¿Pero qué podría decirle?! —apuró Miriam, desesperada.

—Cualquier cosa, dile que... —Iana, ansiosa, se mordió la uña de su pulgar, el tiempo transcurría y Vincenzo podía aparecer de un momento a otro—, dile que fui al cuarto de una amiga para que me devolviera un libro que le presté.

—¿Y mientras tanto qué vas a hacer? ¿Vas a irte? —preguntó Miriam.

—No, boba, me esconderé dentro de la ducha.

—Está bien, ve y escóndete de una buena vez porque Vincenzo no tardará en llegar.

—Actuarás normal, que Vincenzo no vaya a sospechar nada. —Iana corrió al baño, dejó la puerta entreabierta para así poder escuchar de qué hablarían, se retiró sus zapatos deportivos y entró en la ducha. Desde ahí escuchó cuando Vincenzo tocó a la puerta, Iana recorrió apenas la cortina y pudo ver cuando él entró. Vincenzo, parado junto a su escritorio, hablaba con Miriam. Claramente pudo ver su perfil, por lo que, suavemente, deslizó la cortina dejando únicamente una pequeña abertura para mirarlo y escuchar la conversación:

—Iana tuvo que salir un momento —dijo Miriam a Vincenzo.

—¿Regresará enseguida?

—Eso no puedo saberlo, quizá demore. —Miriam regresó disimuladamente la mirada hacia la abertura que había entre la puerta y el interior del baño; por lo que Iana, al momento, le hizo un gesto con los ojos:

—No te pongas nerviosa o me delatarás, boba —murmuró entre dientes.

—¡Qué extraño que no me haya respondido! —Vincenzo, intranquilo, se pasó la palma de su mano por la nuca—. Le he llamado y le he escrito pero parece que no ha visto los mensajes siquiera.

—Es que Iana tiene el celular apagado porque no coje la carga —se adelantó a decir Miriam, y regresó nuevamente la mirada al baño.

Iana le desafió con los ojos.

‹‹Deja de regresar a mirar o Vincenzo va a sospechar››, renegó para sí.

—¿Le gustaron los chocolates? —preguntó Vincenzo volviendo la mirada al escritorio de Iana.

—Por supuesto que sí, pero como te dije Iana salió con prisas a recoger el libro que le prestó a una amiga.

—Entiendo... —Vincenzo se mostraba angustiado—. Le dices, por favor, ¿que vine buscándola? Ojalá mañana pueda verla.

—Quédate tranquilo que así mismo le diré.

—Hasta mañana. —Vincenzo salió de la habitación.

Tan pronto como Miriam cerró la puerta, Iana se aligeró saliendo de la ducha y se apresuró a salir del baño.

—¡Mierda...! —berreó luego de darse el dedo meñique contra el filo de la puerta.

Miriam se volteó enseguida.

—¿Qué te pasó?

—Me golpeé el dedo del pie —renegó y, mientras patojeaba, fue a sentarse sobre su cama—. ¿Cerraste bien? No vaya a ser que Vincenzo regrese y me encuentre aquí. —Iana rio mientras

frotaba su dedo meñique.

—Ay, Iana —comentó Miriam acercándose junto a su amiga—, ese hombre está locamente enamorado de ti, pude ver el brillo de angustia que reflejaron sus ojos.

Iana esbozó una amplia sonrisa de gusto, era precisamente lo que quería escuchar, y qué mejor que de labios de su amiga; por lo que enseguida respondió:

—¡Te dije que lo volvería loco de amor por mí!

13

IANA SE LEVANTÓ CON el alba, tomó una ducha rápida y en menos de veinte minutos ya estaba lista para asistir a su clase de química la cual empezaba a las siete de la mañana.

—¡Levántate de una buena vez o quieres reprobar la materia! —exigió a Miriam, pero ella, cubriéndose con el cobertor hasta la cabeza, exhaló un gemido y se dio la vuelta en la cama—. ¡Son casi las seis y media! —insistió Iana halándola por los pies—, si no te levantas ahora mismo iré yo sola a la clase y te quedarás sin exponer el proyecto.

—¿Son las seis y media, dices? —De una patada Miriam hizo de lado el cobertor y se levantó de inmediato—. En diez minutos estaré lista. —Y, apresurada, corrió a la ducha.

Iana se sentó frente a su escritorio a esperar a que su amiga terminara de ducharse, tomó con ella el envase que traía en su mochila con el resto del jugo de manzana que compró el día anterior y se lo bebió completo. Hasta que al fin Miriam salió del baño, se vistió en menos de tres minutos y juntas se encaminaron hacia el aula en donde debían exponer su proyecto de química.

A Iana aún le dolía el dedo meñique del pie, por lo que tuvieron que ir despacio.

Iana y Miriam fueron las primeras en exponer el proyecto que les llevó aproximadamente veinte minutos. Las dos amigas se prepararon tan bien que les fue exitosamente, razón más que suficiente para que ambas obtengan la calificación más alta entre todos los grupos, motivo por el cual el profesor las exoneró de rendir un examen que probablemente les llevaría entre dos a tres horas, y el cual estaba previsto para la siguiente clase.

—Valió la pena que hayamos perdido todo el domingo metidas en la biblioteca —fue comentando Miriam con Iana en cuanto se encaminaban por los pasillos a otra aula para recibir su clase de anatomía.

—No lo tomes así —dijo Iana, todavía le dificultaba dar el paso—, nuestra carrera de medicina demandará mucho de nosotras, y a mí me encanta estar entre libros.

—Solo fue un decir. —Miriam bajó la mirada al pie de Iana y preguntó: —¿Aún te duele mucho?

—Un poco al pisar, pero ya irá pasando. Démonos prisa porque ya mismo empieza la clase y no me la quiero perder. —Ambas se rieron mientras avanzaban hacia el aula.

—¿Aprovechamos ahora que tenemos algo de tiempo y vamos a la cafetería? —preguntó Iana una vez que terminó su clase de anatomía.

—Sí porque muero de hambre, con tanta prisa ni siquiera tuvimos tiempo de desayunar.

—Si es así almorcemos de una vez porque en menos de una hora tenemos laboratorio.

—¡Aaaj! ¡Qué flojera! —de pronto se quejó Miriam—. Toda la tarde con el aburrido profesor Lombardo.

—No seas floja —protestó Iana colocándose a la fila mientras esperaban para servirse el almuerzo. Realmente su amiga se mostró totalmente desganada durante toda la mañana—. Para mí que necesitas verte con Massimo. —Iana echó a reír.

Miriam dio un extenuante bostezo.

—Lo que necesito es dormir, apenas termine el bendito laboratorio te aseguro que dormiré hasta el otro día.

Iana asintió gesticulando con la boca.

—Cuando el cuerpo pide... No hay de otra. Vayamos a la mesa. ¿Coca cola o jugo de granada?

—Coca cola para despertar —respondió Miriam. Iana colocó en la bandeja la soda para su amiga, y ella el envase con jugo de granada y se dirigieron hacia la mesa.

Una vez que Iana y Miriam terminaron de almorzar y juntas se disponían a salir de la cafetería, se encontraron cara a cara con Massimo y con Vincenzo, quienes en ese momento entraban.

—¡Iana...! —exclamó Vincenzo—. ¡Hasta que al fin te encuentro! —Y enseguida se acercó a darle dos besos, uno de cada lado de sus mejillas.

Massimo saludó con ambas y luego apuró a Miriam a un extremo de la cafetería.

—He tenido clases toda la mañana —respondió Iana, intranquila. Nunca imaginó que se encontraría con él así, de repente.

—Anoche fui a buscarte y me recibió Miriam.

—Sí, me lo dijo, de hecho regresé tarde en la noche.

Vincenzo esbozó una suave sonrisa.

—¿Te gustaron los chocolates?

—Claro que sí, gracias. —Iana regresó sorpresivamente la mirada hacia donde estaba su amiga —. Y ahora te dejo porque tengo clase de laboratorio. Miriam tenemos que irnos... —levantó la voz llamando su atención, pero en cuanto trató de dar un paso adelante, Vincenzo la sujetó por el brazo y preguntó, haciendo que se detuviera:

—¿Pasa algo contigo, Iana? —La expresión de angustia en su rostro no pasó inadvertida para Iana y, ella, sujetando con una suave sonrisa su mirada, trató con toda su voluntad de no desfallecer y verse en un abrir y cerrar de ojos entre sus brazos... No podía traicionar el plan que tenía entre manos, por lo que enseguida respondió:

—No, todo está bien, únicamente tengo prisa puesto que estamos atrasadas. —Y así, sin más, se fue dejándolo a darle el encuentro a Miriam que ya la esperaba en el pasillo—. Camina y no regreses a mirar —comentó con ella y siguieron por el corredor.

—¿Qué te dijo?, porque Massimo me comentó que Vincenzo ha pasado toda la mañana buscándote.

—¿En serio?

—Así mismo, que Vincenzo está desesperado sin saber de ti, sin saber nada luego de que ustedes se besaron... Él piensa que lo estás evadiendo.

Iana se detuvo repentinamente.

—¿Eso te dijo Massimo?

Miriam asintió con la cabeza.

—Lo que escuchaste. Pienso que deberías hablar con Vincenzo, ya lo has hecho padecer lo suficiente.

Iana, inquieta, se mordió un extremo de su labio inferior.

—Es verdad, hoy mismo luego de la clase de laboratorio le texteo para vernos.

Mas no hizo falta, tan pronto como Iana terminó su clase de laboratorio y salió, Vincenzo esperaba por ella apoyado contra el barandal enfrente del aula.

Enseguida que la miró se acercó a donde ella.

—Iana, ¿podemos conversar?

—Claro —le respondió enseguida.

—Yo voy al cuarto —se adelantó a decir Miriam, en tanto que Iana y Vincenzo apenas le devolvieron la sonrisa.

—¿Quieres que vayamos al muro como la noche anterior? —preguntó Vincenzo.

—¿Por qué no? Será increíble ir nuevamente allí. —Y, en cuanto Iana iba a colocarse la mochila a la espalda, Vincenzo se apresuró a tomarla con él y juntos se encaminaron al patio trasero de la universidad.

Entretanto, a pesar de pretender disimularlo, Iana empezó a patojear.

—¿Qué le ocurrió a tu pie? —preguntó enseguida Vincenzo.

—No es nada, me di contra la puerta del baño.

—¿Estás segura de que puedes caminar?

—Sí, no te preocupes, solo fue un golpe leve.

Vincenzo la miró más tranquilo y continuaron caminando.

—Te he buscado hasta el cansancio —comentó con ella mientras cruzaban los pasillos traseros.

—Realmente he pasado muy ocupada, no he tenido tiempo ni para mí... —fue lo que a Iana se le ocurrió decir en ese momento mientras avanzaban en dirección hacia el patio. Llegaron al muro y, como la vez anterior, ambos rodaron el barril y lo treparon. La noche estaba algo nublada, únicamente sobresalía entre la densa neblina una cuarta parte de la Luna. Iana estaba ansiosa por escuchar de sus labios que aquella tarde en el mirador de Florencia no pasó de ser para él tan solo un arrebato del momento, pero Vincenzo continuaba sin decir nada al respecto.

—¿Lograste arreglar tu móvil? Miriam me comentó que no cogía la carga.

Iana trató de relacionar el comentario de Vincenzo con lo que ella misma le sugirió a su amiga que dijera.

—Oh, sí, en la mañana ya logró encender.

—Seguramente habrás visto todas las llamadas y los mensajes que te dejé. Me preocupé sin saber nada de ti en todo el día.

—Ayer pasé sumamente ocupada, lo siento.

—Igualmente Massimo trató de comunicarse con Miriam, pero con ambas fue imposible. —Vincenzo no le apartó ni por un momento sus ojos de encima.

—No tengo la menor idea de qué pasó ayer con el móvil de Miriam, como te dije ambas nos encontrábamos sumamente ocupadas trabajando en un proyecto de química que debíamos presentar a primera hora de hoy.

Vincenzo la miró inquieto.

—¿Por qué me has estado huyendo, Iana?

Iana negó con la cabeza, apenas pudo sujetar su mirada.

—Yo no te he estado huyendo...

—¿Acaso no significó nada para ti el beso que nos dimos?

Iana, indignada, porque fue él quien no dijo nada y luego cada cual cogió para su habitación, le clavó la mirada y espetó contra él:

—¡Fuiste tú quien me dio a entender con tu actitud apática que no representó nada!

—¿Qué estás diciendo? —Vincenzo, mirándola extrañado, enseguida le tomó a Iana por ambas manos—. Cómo se te ocurre siquiera pensar que no representó nada para mí... Fue hermoso.

Iana lo aniquiló con la mirada.

—No es suficiente...

—¿Qué no es suficiente?

—¡Decir que fue hermoso!

—Iana, llevo semanas tratando de que te dieras cuenta de que me encantas. —Iana se quedó en silencio, entretanto, Vincenzo, movido por la agitación que claramente exteriorizó el brillo de sus ojos, preguntó: —¿Por qué actúas así conmigo?

—Nunca me pediste ser tu novia, solo me besaste y ya.

Las comisuras al contorno de su boca se elevaron, esbozando los labios de Vincenzo una sugestiva sonrisa.

—Perdóname por pensar que no hicieron falta palabras... Quizá fue la emoción de tenerte al fin entre mis brazos. Estoy locamente enamorado de ti, Iana —confesó mirándola con ilusión—, lo que más deseo en este mundo es que tú y yo estemos juntos, que seas mi novia.

Iana dibujó una agraciada sonrisa y preguntó:

—¿Me lo estás pidiendo formalmente?

Vincenzo asintió con otra sonrisa, soltó de sus manos e inclinándose hacia ella, haciendo ademán de venia, preguntó:

—¿Desea ser la novia de este humilde caballero que se siente profundamente enamorado de usted, señorita Iana Márquez?

Iana echó a reír, realmente Vincenzo era muy divertido y ella al fin escuchó de sus labios la propuesta que tanto deseaba oír, por lo que respondió feliz:

—Obvio que deseo ser tu novia, tú también me encantas, Vincenzo.

Los encantadores ojos negros de Vincenzo brillaron en medio de la noche oscura, favorecido por el reflejo de la Luna. La estrechó entre sus brazos y, juntando sus carnosos labios rojos con los de ella, en un beso ardiente sellaron su noviazgo. Ambos permanecieron ceñidos por largos minutos en un dulce abrazo, acompañados por el coro que orquestaron los grillos.

Iana se apartó de sus brazos y sonrió.

Él, mirándola con ilusión, le devolvió la sonrisa.

—Vamos a ser muy felices, te lo prometo.

Iana recargó su cabeza sobre su hombro, su fragancia era fresca y delicada: una mezcla de cítricos y notas de cedro y, juntos, tomados de las manos, permanecieron con la mirada perdida en las luces parpadeantes que a la distancia, desde lo alto del muro, se podía divisar.

14

HABÍAN PASADO YA ALGUNOS días desde que Iana y Vincenzo formalizaron su relación.

Todas las tardes, sin excepción, él la esperaba arrimado contra las barandas del pasillo frente al aula para luego ir juntos a cenar. Asimismo, una que otra vez, Iana se encontraba con notitas de amor que él le dejaba bajo la puerta de su habitación, siempre acompañadas de una tableta de chocolate de las que a ella más le gustaban.

En una de esas tardes en las que él le esperaba hasta que Iana terminara su clase de anatomía, fueron a cenar en la cafetería y luego pasearon por los jardines de la universidad.

Se sentaron sobre una de las bancas que se encontraban al extremo del patio y, abrazados, siendo únicamente él y ella, disfrutaron a solas lejos de la mirada de curiosos.

—Cada día siento que me enamoro más de ti. —Vincenzo aprisionó a Iana contra su hombro, mientras una llovizna ligera empezó a precipitarse sobre sus cabezas.

Iana suspiró.

—Yo también siento que cada día te quiero más, cariño.

Vincenzo, dibujando una dulce sonrisa en sus labios, bajó la mirada y encontró la suya.

—Me encanta que me llames así, amor mío.

Iana sostuvo con suavidad su mirada.

—Y a mí que me digas amor mío. —Y, recostando su cabeza sobre su hombro, se abrazó fuerte a su cintura.

Vincenzo inclinó la suya, y en una suave caricia besó su coronilla.

Iana suspiró, levantó la mirada y, encontrando la suya, quedó cautiva del fuego de sus ojos. Vincenzo buscó sus sensuales labios rosa, los mismos que desde el primer día en que la conoció le despojaron de su paz y voluntad y se apoderó de ellos, mientras que aquella ligera llovizna que en un principio apenas humedecía sus cabezas y abrigos se tornó en una fuerte lluvia.

—Regresemos —dijo él tomando de su mano y, juntos, corriendo bajo la lluvia, cruzaron por el adoquinado mojado los paseos del jardín hacia la entrada trasera del edificio. Una vez estando dentro, Vincenzo la encaminó por un lugar diferente al que llevaba a su habitación.

—¿Adónde vamos? —preguntó Iana. De su cabello y de su jersey chorreaba el agua.

—Conozco este lugar, por aquí llegaremos más rápido a mi habitación. Ahí podemos secarnos.

—Muero de frío —dijo ella.

—Ya estamos cerca. —Vincenzo apretó su mano y aceleró el paso.

—Aún me duele el pie —se quejó Iana, por lo que Vincenzo se detuvo repentinamente.

—Disculpa, amor mío. ¿Deseas que te cargue en brazos?

—No, no. —Iana rio—. Puedo hacerlo sola. ¿Falta mucho?

—Está a la vuelta, vamos —dijo haciendo que Iana se apoyara en su hombro, no sin antes besar su mejilla—, que faltan ocho metros a lo mucho.

—No conocía este pasadizo.

—Lo utilizo para momentos de apuro. Como ves, ya estamos aquí —comentó Vincenzo tan pronto como se encontraban frente a la puerta de su habitación, dio dos vueltas la llave en el cerrojo, la abrió y prendió la luz—. Entremos, mientras tanto buscaré una toalla para secar tu cabello.

—Massimo, ¿no está? —preguntó Iana.

—No, pidió permiso para ausentarse hasta el lunes —le respondió desde el baño y salió con una toalla en las manos—, tiene que arreglar algunos papeles, algo de su documentación fue lo que me comentó. —Vincenzo se colocó frente a Iana y, delicadamente, pasó la toalla por su cabello, absorbiendo el exceso de agua—. Tienes tu jersey totalmente mojado, deja te lo retiro. —Enseguida sus dedos empezaron a desabotonarlo, lo deslizó por sus hombros y brazos hasta retirarlo completamente.

Iana, con la mirada fija en él, no pronunció palabra alguna.

Vincenzo pudo notar cómo su ligera camiseta de algodón se ciñó húmeda a su cintura y a la curvatura de su pecho.

La miró con ilusión.

Iana era hermosa, él la amaba.

Sus soñadores ojos verdes sujetaron su mirada en silencio clamando también de emoción y, juntos, lenta e inocentemente, se ciñeron en un abrazo.

Sus labios se buscaron con ansias para luego unirlos en un beso apasionado y sin control.

Una a una fueron cayendo sus ropas humedecidas al piso y, luego, embriagados por el fuego del deseo que brotó de sus poros, haciendo a su piel estremecer, sus cuerpos desnudos, uno encima del otro, se tumbaron sobre la cama.

Ciertamente ambos se habían enamorado con locura, por lo que yendo en contra de cualquier prejuicio se entregaron a ese amor legítimo y transparente.

Iana transitó de niña a mujer entre sus brazos, desafiando al mismo Donato.

Mientras que Vincenzo, invadido por el delicado aroma de su piel, descubrió el verdadero amor... Ambos cautivos de intensa pasión.

15

EN CASA DE LA familia Márquez, Ainara, preocupada, se mantuvo dando vueltas de un lado hacia el otro, no había tenido noticias de Iana desde la última vez que hablaron por teléfono. ¿Continuaría su hija con la negativa de no dar importancia a la repercusión que conllevaría si diera pie para que esa relación de amistad se tornara en algo más...?

Motivo más que suficiente para que Donato ponga el grito en el cielo, pensó Ainara.

Qué falta le hicieron los sabios consejos de Fortunato en ese momento...

Ainara se vio en la necesidad de hacerle desistir a su hija de mantener esa amistad...

Iana corría riesgo.

Esa mañana Francesca, su madre, fue a visitarla. Enseguida, al notar la angustia que reflejaba el rostro de su hija, preguntó:

—¿Qué pasa contigo, hija?

Ainara haló a su madre con ella hacia la cocina, sirvió dos tazas de café, vertió un chorro de amaretto en su taza, no sin antes preguntar a su madre si lo deseaba también. Francesca negó con la cabeza; entonces Ainara comentó:

—Esta situación de la que ya te había hablado acerca de la relación de Iana con el hijo de Donato me tiene a mal andar, mamá.

Francesca, luego de haberle dado un sorbo a su café, y tras colocar la taza sobre la mesa, dijo:

—Deja de darle tanta importancia a eso, Ainara. ¿Acaso no recuerdas cómo eras tú? ¿Cómo desafiaste a tu padre?

Ainara respiró profundamente.

—Lo sé, mamá, pero...

—¿Pero qué? —Francesca rio—. Mira que Iana heredó tu mismo carácter... Firme y rebelde al igual que tú, hija.

—Me aterra solo pensar que ese desquiciado pudiera hacerle daño.

—Te entiendo, Ainara. Una como madre está en la responsabilidad de velar por nuestros hijos y darles nuestro amor incondicional. Pero ante todo merecen respeto. Iana ya no es una niña y ella sabe perfectamente lo que quiere para su vida... Así, de la misma manera como tú luchaste en contra de tu padre y del mismo Donato por la tuya y tu felicidad.

Ainara, cerrando sus ojos en medio de un hondo respiro, le dio la razón a su madre:

—Ahora comprendo cómo debiste de haberte sentido. Y sí, voy a tranquilizarme. Además, Iana y Vincenzo son solo amigos, quizás estoy anticipándome a los hechos. Vamos a dar una caminata por el jardín, ¿quieres? Así te muestro los retoños de las azucenas que ya están brotando.

16

UN BUEN DÍA, EN cuanto Iana y Vincenzo compartían momentos de descanso luego de exhaustivas horas de estudio cobijados por los decadentes destellos del Sol que esa tarde de invierno juntos disfrutaban en los jardines de la universidad, Belinda Fiorucci, la madre de Vincenzo, fue hacia donde ellos. Iana no la conocía en persona, únicamente escuchó de labios de Vincenzo una que otra vez hablar sobre ella, además de algún lejano comentario por parte de su madre.

Vincenzo enseguida se puso en pie.

—Hola, mamá, ¡qué gusto verte por aquí! —saludó con ella, ambos ceñidos en un cariñoso abrazo; motivo más que suficiente para que Iana se percatara de la abismal diferencia que había entre su padre y ella. Enseguida Iana también se puso en pie.

—¿Me presentas con tu linda amiga? —de pronto dijo Belinda, dirigiéndose a Iana con una mirada afectuosa.

Iana sonrió y levantó a ver a su novio.

—Por supuesto, mamá. —Vincenzo esbozó una amplia sonrisa. Aprisionó a Iana contra su hombro, en tanto que la presentó con su madre: —Esta linda chica como tú bien dices no es solo mi amiga, es mi novia, Iana.

Belinda, con vívido gesto de contento, la estrechó en un abrazo con ella.

—¡Qué gusto al fin conocerte, Iana! Ya mi hijo me había hablado de ti, y déjame decirte que eres tan bella como él te describió.

A Iana le sorprendió en cierto modo el agradable comentario de Belinda, Vincenzo nunca le dijo que su madre ya estaba al tanto de ella... Aquel detalle le dejó un buen sabor.

Qué diferencia con relación a la oscura actitud de su padre, pensó; por lo que, con total confianza y en vista de que minutos atrás permitió que la duda la dominara, sintiéndose

intimidada sin saber cuál sería su reacción, su rostro dibujó una amplia y relajada sonrisa; algo muy típico de Iana, y saludó con ella:

—Gracias, el gusto es mío, señora.

—Nada de formalismos, querida —al momento protestó Belinda con un aspaviento de manos —, llámame por mi nombre, te lo voy a agradecer.

Iana regresó a mirar a Vincenzo, y luego, más confiada, asintió.

—Está bien, Belinda, me encantó haberla conocido.

Vincenzo rodeó a Iana por la cintura y dijo:

—¿Qué les parece si vamos a la cafetería? ¿Deseas algo de beber, mamá?

—Claro que sí, venga con nosotros, Belinda —insistió Iana—, le aseguro que los postres que aquí preparan son deliciosos.

—Viniendo la invitación de ustedes, encantada. Vamos entonces y así nos vamos conociendo más, querida.

Enseguida Iana tomó del brazo de Belinda y, mostrándole la variedad de árboles de vid y cítricos que embellecían los jardines y de los cuales brotaban sus frutos, los tres, entretenidos, se encaminaron en medio de una agradable plática hacia la cafetería.

Con cada día que pasaba, Iana y Vincenzo se comprometían y reforzaban más su relación.

Iana decidió que era el momento oportuno para confiarle a Vincenzo acerca de los problemas familiares que oscurecieron la relación amistosa que años atrás mantenía su familia con la de su padre.

Entre pausas de silencio y abrazos, Iana le confió la triste y desgarradora realidad que vivió su madre siendo apenas una joven de dieciocho años gracias a las trampas y engaños a manos de Darío Carusso, de su hijo, Donato, y de su abuelo materno, Gaetano, quienes conspiraron en contra de sus padres, siendo ellos dos jóvenes enamorados que lo único que pretendían era estar juntos.

Referente a la situación que Donato vivió en los Estados Unidos, Iana no tocó el tema; aquella era una verdad que únicamente su madre debía ser quien le confiara.

Por otro lado, luego de que Vincenzo escuchara a Iana con atención, se arraigó más a ella.

De igual manera se sinceró contándole cómo fueron sus días una vez que su padre apareció en su vida... Unos días para nada motivadores; al contrario, desde el momento en que él se presentó, siendo Vincenzo apenas un adolescente quien vivió su niñez únicamente junto a su madre y no

tuvo la oportunidad de tener la presencia paterna, su padre se mostró desde un principio egocéntrico y autoritario.

17

IANA LLAMÓ A SUS padres por medio de una videollamada para hacerles saber que había empezado una relación amorosa con Vincenzo. Saúl enseguida le dio la enhorabuena, asegurando que la apoyaría incondicionalmente en sus decisiones, tal y como le dio a conocer la tarde que estuvieron en Florencia.

No corrió la misma suerte en cuanto a la reincidente negativa de su madre:

—Hija, está de más decir que ya conoces mi punto de vista. Donato no descansará hasta verte derrotada. Tú no conoces hasta qué punto puede llegar su orgullo y venganza.

—Entiendo que sientas temor, mamá, no debió ser nada fácil pasar por todo lo que ustedes pasaron a manos de él, pero también necesito que aceptes de una vez que tanto Vincenzo como yo tenemos autonomía propia en cuanto a tal o cual cosa que ese hombre pueda hacer en nuestra contra... Simplemente no se lo permitiremos. ¿Saben?, hace unos días conocí a su madre, Belinda.

—Me parece oportuno —se adelantó en responder Saúl—. Tengo buenos comentarios sobre ella. —Iana miró cómo su padre atrajo a Ainara contra su hombro, tratando seguramente de darle ánimo. Él era excesivamente cariñoso con su madre; lo de ellos era amor verdadero.

—Mamá, quédate tranquila —insistió Iana—. Mira que Belinda se alegró tanto como papá de nuestra relación. No te dejes ganar por el miedo de lo que ese loco pueda hacer.

Un silencio absoluto dominó a Ainara.

—Di algo, mamá.

—¿Qué más podría decirte, hija mía? Eres parte de mi vida, tan solo deseo tu bienestar y felicidad. Ahora debo dejarte porque dejé horneando el bizcocho en el horno.

—Besos, mamá, te amo.

—No te preocupes, mi hermosa —dijo su padre—, hablaré con tu madre y te aseguro que pronto ella también se sentirá feliz por ustedes. Dale tiempo y vas a ver que estará despreocupada de la reacción que Donato Carusso pudiera tener.

—Gracias, papá. Otro beso para ti.

—Te amo, hija mía.

Ainara permaneció un tanto distante de Saúl luego de que terminaran de conversar con su hija. Ella se mantuvo firme en su parecer; simple y sencillamente no era coherente ni oportuno que Iana formalizara una relación amorosa con Vincenzo.

A pesar de que Saúl trató de hacerla comprender que debía dejar esa situación en manos de los dos muchachos, puesto que empezaban una vida de adultos y era su derecho caminar en su propia dirección afrontando las adversidades de la vida; solo así Iana se forjaría en una mujer con madurez emocional, llevando su vida con resiliencia, Ainara se aferró a su negativa, trató a toda costa de mantener a su hija al margen de cualquier sufrimiento.

El trauma que años atrás vivió no lo deseaba ni para Iana ni para nadie.

Ese día, como todos los miércoles, Francesca fue a su casa a visitarlos. Saúl acompañó a su suegra al jardín posterior en donde Ainara, abrazada del silencio de la tarde, tomaba un café sentada junto a la mesita de hierro forjado.

—Ainara, hija, es importante que conversemos —dijo Francesca.

Ainara levantó a mirar a su madre. Supo que Saúl de seguro ya le habría puesto al tanto de las noticias del día con su hija.

—Mamá... No insistas, por favor. No puedo mostrarme como ustedes y dejar que Iana así, sin más, sea presa de la venganza de ese desquiciado.

—Estás exagerando, hija. —Francesca corrió la silla y se sentó a su lado, mientras que Saúl tomó asiento frente a ambas—. Yo mejor que nadie comprendo la angustia por la que estás pasando, pero asimismo debes dejar ir esos miedos. Lo que sucedió en el pasado no tiene por qué afectar la vida de Iana. Permite que ellos sean felices, hija mía. Tienes que dar a tu hija su espacio respetando su decisión.

—Francesca tiene razón, amor mío —intercedió Saúl—. Nuestra Iana creció, no nos compete decidir sobre lo que ella haga o deje de hacer en cuanto a sus sentimientos. Ahora tan solo nos queda ser espectadores de su vida.

Tras exhalar, Ainara se disculpó con ambos:

—Iré a descansar un momento, disculpa, mamá, luego estaré con ustedes. Por cierto, los mellizos no tardan en regresar, Romina los llevó a tomar un helado. —Ainara se puso en pie y se encaminó hacia la puerta de entrada que se encontraba en la parte posterior de su casa.

18

DESPUÉS DE LARGAS HORAS en las cuales Ainara se tomó para reconsiderar lo que tanto Saúl como su madre le venían diciendo acerca de dar un paso atrás y dejar que Iana y Vincenzo decidieran sobre sus sentimientos, pero sobre todo qué era lo que ellos querían para su vida, al fin dio por sentado que definitivamente eran ellos, Iana y Vincenzo, los únicos protagonistas de su destino; con las alegrías y tropiezos que eso conlleva.

—*Amore mio*... —dijo Ainara cuando fue al despacho de Saúl. Antes de decidirse a hablar con él, miles de ideas cruzaron por su mente con el fin de que hubiera un acercamiento entre su hija y ella. Acogió la más conveniente y así se lo expuso a su esposo: —antes que nada me disculpo contigo y conmigo misma por dejar que mis miedos dominen mi razón... Siempre estuviste en lo cierto, cariño. —Saúl, con una suave sonrisa que enmarcaron sus labios la escuchó en silencio, entretanto Ainara continuó: —Se me ha ocurrido una idea, dime qué dices a esto, ¿qué te parece si los chicos vienen este fin de semana a visitarnos?

Saúl enseguida levantó su ceja derecha. Su gesto de asombro, en el buen sentido, claro, hizo que Ainara reforzara su acertada decisión de extender la invitación también para Vincenzo; ante lo cual Saúl respondió:

—Es una idea maravillosa, amor mío. No imaginas lo feliz que me hace ver que eres tú nuevamente sin miedo alguno a la cobardía de ese hombre.

Ainara esbozó una amplia sonrisa.

—Voy en este preciso momento a telefonear a nuestra hija. —Y, entusiasmada, salió del despacho dejando a Saúl terminar con el informe que debía dar a conocer esa misma tarde a la junta directiva del hospital de Valserra.

Ainara esperó que fuera pasado el mediodía para telefonear a Iana, sabía que la última clase antes de ir al almuerzo terminaba a las once y cuarenta y cinco.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? —respondió Iana al teléfono.

—Bien, hija querida, deseosa por hacerte una propuesta.

—Te escucho, mamá...

—Tú sabes que este fin de semana es feriado en el pueblo. A tu padre y a mí nos encantaría que vengan tú y Vincenzo a quedarse en casa, ¿qué dices?

—Mamá, ¿hablas en serio?

—Sí, hija, muy en serio. Estaremos muy contentos y halagados de conocer a tu novio... En especial yo.

Se escuchó la risita de entusiasmo que dio Iana.

—Ay, mamá, no sé qué decirte. Por supuesto que me encantaría ir, voy a decírselo a Vincenzo, estoy segura de que a él también le va a dar mucho gusto viajar a Valserra y conocerlos. Gracias, mamá, lo aprecio, de corazón.

—No tienes que darme las gracias, hija mía. Quedo a la espera de tu respuesta entonces.

—Descuida que tan pronto como hable con él te la haré saber, pero desde ya te aseguro que ahí estaremos el sábado por la mañana, felices de compartir con ustedes y con la abuela.

—Hasta el sábado, mi niña.

Iana le hizo saber a Vincenzo que sus padres los invitaron a que fueran ese fin de semana a su casa en Valserra y, como era de esperarse, él aceptó la invitación con una sonrisa de oreja a oreja.

19

IANA Y VINCENZO ORGANIZARON su primer viaje juntos en tren a Valserra.

Luego de algunas horas entretenidas en donde disfrutaron del hermoso paisaje, aparte de que en una de las paradas que hizo el tren aprovecharon para los selfies y compartir en las redes sociales, la joven pareja ya se encontraba caminando por las callejuelas del pequeño pueblo norteño.

A pesar de que Vincenzo tenía las mejores referencias de los padres de Iana porque ella misma no se cansaba de comentárselo, el encantador muchacho se mostró un tanto nervioso. Aun así, mientras se dirigían hacia la residencia de sus padres, él no tardó en comunicárselo, pero ella, confiada de que ellos, pero sobre todo su madre les daría la mejor de las bienvenidas, Vincenzo pudo apaciguar su natural intranquilidad.

Cruzaron el jardín frontal y, antes de que Ainara abriera la puerta de su casa y les diera la bienvenida, Iana, sujetando a Vincenzo de su mano, comentó con él:

—Vas a llevarte la mejor impresión de mis padres, ya lo verás, cariño.

Ni bien terminó de decírselo, las puertas de la casa de la familia Márquez D'Alfonso se abrieron de par en par.

—¡Iana, Vincenzo, bienvenidos! —exclamó Ainara con toda naturalidad. Junto a ella se encontraban los mellizos, Azzurra y Adriel.

—¡Qué alegría que hayas venido, hermana! —entusiasmada, se apresuró a decir Azzurra, mientras que su pequeño hermano se abalanzó a su cintura.

Iana frotó su pequeña y negra cabellera, mientras que sonrió a Azzurra.

—Mamá... —Iana tomó de la mano de Vincenzo y, aproximándose, lo presentó con ella: —él es mi novio, Vincenzo.

Entretanto, Vincenzo alargó su mano y saludó con ella:

—Un gusto conocerla, señora, gracias por recibirme en su casa.

—Dime solo Ainara —respondió enseguida con una sonrisa—. Pero vengan, pasemos a la sala.

—¿Y papá? —preguntó Iana echando un breve vistazo a su alrededor.

De pronto, Saúl apareció por un extremo de la parte trasera de la casa.

—¡Iana, hija mía, Vincenzo, hasta que al fin llegaron! —Y enseguida se acercó a donde ellos —. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Perfecto, papá. —Y antes de que Iana le presentara a su novio con su padre, Vincenzo se adelantó a saludar con él:

—Buenos días, señor Márquez, me siento sumamente agradecido con usted y con su esposa por su gentil invitación.

—¿Papá? —de pronto se escuchó la suave voz del pequeño Adriel quien preguntó, halando a su padre por la camisa—, ¿Iana y su novio se quedarán el fin de semana con nosotros?

—Así es, Adriel —respondió Saúl bajando la mirada—, les tendremos a tu hermana y a su novio con nosotros durante todo el fin de semana.

—¡Qué bien! —exclamó el pequeño con una amplia sonrisa y, sin pensarlo dos veces, corrió al lado de Vincenzo y enseguida se puso a conversar con él:

—¿Sabías que papá me compró el robot amarillo de los *transformers*?

—¿De veras? —comentó Vincenzo con el pequeño esbozando una larga sonrisa—. ¿Me lo enseñarías luego?

—Claro, me lo regaló porque saqué buenas calificaciones en la escuela. *Bumblebee*, ¿lo conoces?

—Por supuesto que lo conozco, es más, he visto todas las películas de *transformers*. ¿Así que eres un excelente estudiante entonces? Qué bien, te felicito. —Adriel, en medio de una genuina sonrisa, asintió con la cabeza—. ¿Y qué te gustaría estudiar cuando seas grande? ¿Lo mismo que tu papá y tu hermana?

Su tierna y genuina sonrisa al momento se desvaneció y, con el entrecejo fruncido, el pequeño respondió:

—¡Yo no quiero ser doctor...!

Vincenzo, al momento, regresó a ver a Iana, tanto ella como él no pudieron contenerse y echaron a reír.

—Mi pequeño varón no quiere seguir mis mismos pasos, no sé qué mal ha visto —comentó Saúl y también echó a reír.

—¿Qué te gustaría ser entonces? —preguntó Vincenzo una vez que dejó de reír y, poniéndose en cuclillas para quedar a su misma altura, mantuvo la peculiar plática con el pequeño muchacho.

—Seré un militar de esos que van en helicóptero... Y músico también.

Vincenzo se quedó boquiabierto.

—Militar y músico... Está bueno.

—Yo sí sé lo que quiero ser de grande —de pronto, dijo Azzurra.

—¿De veras? —Vincenzo volvió la mirada hacia la niña. Ciertamente se ganó el afecto de los mellizos porque lo tenían rodeado.

—Sí, estudiaré bellas artes y seré una gran pintora y tendré también mi galería de arte como mamá.

—Guau, admiro tu decisión...

Ainara esbozó una amplia sonrisa, interrumpiendo la agradable conversación entre sus pequeños y Vincenzo:

—¿Les gustaría acompañarme al cuarto de huéspedes? Así te enseño de una vez en dónde dormirás y puedes dejar tu equipaje —dijo a Vincenzo.

Vincenzo al momento se incorporó.

—Por supuesto, gracias, Ainara. —Enseguida se colocó la mochila al hombro.

—Vamos, cariño. —Iana lo tomó de la mano y se apresuraron subiendo los escalones—, si deseas puedes tomar una ducha antes de bajar a almorzar. Francamente yo necesito una. Mi habitación es aquella... —dijo extendiendo su mano y mostrándosela—, la que está al final del pasillo.

Mientras tanto, Ainara abrió la puerta del cuarto de huéspedes y comentó con él:

—Espero que te sientas cómodo aquí, Vincenzo, siéntete como en tu casa.

Vincenzo esbozó una grata sonrisa.

—Gracias, Ainara, está perfecta, es usted muy amable.

—No tienes que darme las gracias, es un gusto tenerte en mi casa. Y ahora les dejo porque tengo que terminar de preparar el almuerzo. Iana, hija —dijo volviéndose hacia ella—, enseguida que estén listos bajen al comedor.

—Sí, mamá. —Iana se colocó frente a frente con Vincenzo y, mientras le acomodaba el cabello, colocándolo con una suave caricia por detrás de su oreja, preguntó: —¿Te gusta, cariño?

—Sí, está muy bonita y espaciosa. —Vincenzo sonrió, enrollando sus brazos alrededor de su cintura—. ¿Vendrás a visitarme?

Iana lo miró con picardía.

—Únicamente para darte el beso de las buenas noches. Ponte cómodo, cariño, enseguida estaré contigo, voy a tomar una ducha ahora. —Le dio un beso en los labios y salió del cuarto para ir a su habitación.

La habitación de Iana estaba relativamente a escasos pasos de la de Vincenzo: frente a frente con la de su hermana, Azzurra, y al extremo la del pequeño Adriel.

Ainara y Saúl se llevaron la mejor de las impresiones de Vincenzo, sobre todo Ainara sintió total confianza en él. Vincenzo era un joven educado, carismático, muy bien portado; la cara opuesta a la de su padre. Realmente Belinda hizo un buen trabajo con su hijo.

Esa tarde, luego del almuerzo, Iana y Vincenzo salieron a pasear por el pueblo. Vincenzo tenía vagos recuerdos de Valserra, una que otra vez había estado allí cuando por pedido de sus abuelos paternos su madre lo llevaba para que los visitara, siendo él apenas un niño.

De principio Iana lo llevó a que conociera el colegio en donde ella estudió. Luego pasearon por las pintorescas callejuelas, deteniéndose a su paso para fotografiar al atractivo pueblecillo que en sus fríos días de invierno resaltaba su encanto.

—Conozco un lugar, cariño, en donde hornean las mejores rosquillas de chocolate. —Iana sujetó de la mano de Vincenzo y lo llevó con ella a la concurrida cafetería en donde, por referencia de su padre, horneaban las mejores rosquillas de chocolate; referencia que desde hacía años atrás el padre Fortunato le dio a conocer a Saúl, y él siempre lo mantuvo con él.

Iana y Vincenzo, sentados a una mesa con vistas a las transitadas callejuelas que rodeaban el alegre parque de Valserra, degustaron de las deliciosas rosquillas acompañado de una taza de chocolate caliente; ideal para los días fríos que aquejaba el pueblo.

—¡Mmmm! Realmente son exquisitas, amor mío —comentó Vincenzo luego de haberse comido no dos sino cuatro rosquillas, remojándolas antes en su chocolate caliente.

Iana rio viéndolo, francamente Vincenzo parecía un niño pequeño.

—¿Nunca te trajeron Belinda o tus abuelos aquí?

Vincenzo negó con la cabeza mientras se metía otra rosquilla a la boca.

—Nunca, pero gracias a ti acabo de conocer este lugar maravilloso. —Vincenzo echó a reír—. ¡Qué familia encantadora tienes, amor mío! —comentó luego de darle el último mordisco a la rosquilla que sobraba en la canastilla—. Ainara es adorable, igualmente tu abuela, y no hablemos de los mellizos. Disfruté tanto de la vivacidad de Azzurra, ella con certeza heredó los rasgos de tu madre, es preciosa. Y en cuanto a Adriel... —Vincenzo, sonriendo, movió de lado a lado la

cabeza—. ¡Qué hermoso niño, créeme que me robó el corazón! Él es tan amistoso y extrovertido, adoro su carácter.

Iana esbozó una suave sonrisa. Qué emoción sintió al escuchar los buenos comentarios que su familia dejó en él.

—Eso que aún no lo has escuchado tocar el piano —comentó enseguida.

Vincenzo hizo un vívido gesto de asombro con los ojos.

—Guau, ahora entiendo cuando me dijo que quiere ser un militar..., y músico también. —Vincenzo echó a reír.

—Mi hermanito es tan ocurrido... —dijo Iana en medio de risas—. Pero nunca se sabe, quizás en un futuro verdaderamente le atraiga ser militar... Y músico, por supuesto. —Ambos se carcajearon.

—Y ahora, hablando de tu padre... —continuó Vincenzo con gesto de admiración y respeto—. ¡Qué extraordinaria impresión me llevé de él, cariño. Saúl es todo un caballero, créeme que desde el momento en que lo tuve frente a frente provocó en mí algo muy especial... Quizá calma, seguridad, no sé, pero me sentí identificado con él.

Iana lo escuchó referirse a su amado padre invadida asimismo por la emoción. Con seguridad al confiarle que se sintió identificado con él fue porque Vincenzo nunca tuvo una figura paterna en su vida, pensó.

—Agradezco tus lindos comentarios hacia mi familia, no sabes lo feliz que me haces —dijo tomando a su novio por ambas manos—. Y ahora ¿qué te parece si continúo mostrándote más de Valserra? ¿Quieres?

Vincenzo asintió con una larga sonrisa.

—Por supuesto, salgamos de una buena vez de este lugar antes de que el lobo que hay en mí termine con todas las rosquillas...

—Qué payaso eres...

Mientras Iana y Vincenzo paseaban por las callejuelas que circunvalaban el pintoresco parque en donde las decoraciones navideñas ya se hacían presentes, y en donde el olor a castañas recién horneadas invadía con su deleitante aroma el ambiente, Iana divisó a la distancia la esbelta silueta de Nicoletta, la madre de Donato, venir en su dirección.

—Tu abuela... —comentó disimuladamente con Vincenzo mientras se aproximaba. Él enseguida fijó su mirada en ella.

—¡Vincenzo, mi nieto querido! —exclamó Nicoletta una vez frente a frente con ellos. Claramente Iana pudo notar su asombro—. De haber sabido que estabas en el pueblo te

organizaba una bienvenida... ¡Cuánto tiempo de no verte, muchacho!

—Gracias, abuela, pero fue un viaje repentino. —Vincenzo esbozó una sonrisa algo forzada. Sus manos largas y huesudas colmadas de anillos de piedras preciosas aún las tenía puestas sobre sus hombros. Vincenzo se apartó discretamente de ella y, girándose a Iana, que estaba junto a él, la abrazó por la cintura y dijo: —Te presento a mi novia, Iana... Aunque pienso que ustedes ya se conocen.

Una vívida expresión de desconcierto hizo que el entrecejo de Nicoletta se contrajera, y que las líneas al contorno de sus ojos se marcaran con profundidad a pesar de las tantas cirugías que francamente evidenciaba su rostro.

—Que estás saliendo con esta joven, ¿dices?

—Así es, abuela. —Vincenzo se aproximó aún más a Iana y besó su frente.

—Un gusto volver a verla, señora Nicoletta. —Iana saludó de inmediato con ella. A la vista la joven pudo notar que Nicoletta Carusso no estaba para nada conforme sabiendo que su nieto mantenía relaciones amorosas con la hija de sus enemigos.

Tras darle una sonrisa aparente, Nicoletta desvió su fría mirada de ella sin siquiera responder a su saludo, y se dirigió hacia Vincenzo diciendo:

—Permanecerás durante el fin de semana en Valserra, supongo.

—Así es, abuela.

—¿Dónde te quedarás?

—Estaré en casa de los padres de Iana.

Nicoletta, enseguida, gesticuló sorpresivamente. Claramente Iana pudo notar cómo se le contrajo el cuello y el mentón.

—Ven esta noche a casa —dijo—, a tu abuelo le dará gusto verte.

—Trataré de hacerlo, pero no te aseguro nada. De todas formas dale mis saludos al abuelo.

Nicoletta esbozó una sonrisa fingida.

—Se las daré. Será muy agradable para nosotros recibirte en casa, han pasado tantos años...

—Lo sé, abuela, y ahora con tu permiso, debemos irnos —apuró interrumpiéndola—. Que tengas una buena tarde.

Mientras tanto, Nicoletta, con gesto extrañado, además de apurado, se despidió de ambos y continuó su camino en dirección a la parroquia; seguramente a darse golpes de pecho por sus malas acciones.

—Presiento que a tu abuela no le agradó mucho que digamos que la dejaras con la palabra en la boca, cariño —comentó Iana con él mientras se adentraban en el parque.

—Créeme que ni con ella, menos aún con mi abuelo hemos tenido una relación llevadera. Todo su aparente interés en que vaya por su casa no fue nada más que eso, una aparente salida del momento. Además... —añadió atrayendo a Iana contra su hombro—, ella se comportó muy descortés contigo, amor mío, y nadie trata así a mi bella novia.

Iana asintió con una sonrisa y juntos continuaron su paseo visitando los alrededores del centro del pueblo.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, Iana comentó con sus padres acerca del incómodo encuentro que tuvieron ella y Vincenzo la tarde anterior en el parque con la madre de Donato Carusso.

Ainara y Saúl no hicieron mayor comentario puesto que se trataba de los abuelos de Vincenzo. De todas formas, él les dejó saber que jamás mantuvo una buena relación con ellos; motivo más que suficiente para que no haya ido la noche anterior a visitarlos a su casa.

Antes de que los muchachos tomaran su tren de regreso a Florencia, Ainara los llevó a que visitaran su galería de arte. Desde el momento en que Ainara y Saúl se mudaron a Valserra, ella ubicó su galería en el lugar más concurrido del pueblo; la misma que siempre tuvo gran acogida: los lugareños y gente de diferentes poblados y hasta de ciudades cercanas acudían a visitarla.

Vincenzo quedó maravillado con el arte de Ainara, él tenía afición por las bellas artes, razón más que suficiente para apreciar sobremanera sus cuadros y esculturas.

Finalmente, luego de almorzar en familia en uno de los tantos restaurantes con una excelente gastronomía local e internacional con que contaba el pueblo norteño, Iana y Vincenzo retornaron a Florencia en horas de la tarde para así, al día siguiente, retomar con su vida universitaria.

20

LOS DÍAS CONTINUARON DE forma normal dentro de la universidad. Con cada día que transcurría Iana y Vincenzo reforzaron su relación; definitivamente él era un joven extraordinario, su madre hizo un excelente trabajo formándolo como una persona de bien, con marcados valores tanto morales como de superación personal que hicieron la diferencia. De esa manera, quienes tuvieron la dicha de conocerlo como fue el caso de Ainara y Saúl, no tardaron en reconocerlo, y no se diga la misma Iana, quien cada vez se sentía más atraída y enamorada del apuesto estudiante de veintiún años quien cursaba su último año de arquitectura.

Asimismo, Vincenzo estuvo por demás agradecido por conocer a los padres de Iana. Sobre todo se llevó la mejor de las impresiones de Saúl.

Qué ejemplo de hombre, pensó él, y cuánta fortaleza para afrontar las eventualidades que la vida le tenía preparada. De igual manera sintió un gran respeto y admiración hacia Ainara. Definitivamente la vida no fue para nada fácil con los dos, pero a pesar de ello ahí estaban, juntos, amándose con igual o más intensidad que antes... Aquello fue un vívido ejemplo de vida para Vincenzo.

Desde hacía algunos días atrás que Iana notó algo diferente en su amiga, Miriam. Ella se estaba comportando de manera inusual: se la miraba más entusiasmada, y no quiero decir que Miriam fuese introvertida o en cierto modo apática; por el contrario, Miriam era una muchachita jovial pero al mismo tiempo discreta.

A Iana le inquietó porque Miriam no se quedaba dormida sino hasta altas horas de la noche. En algunas ocasiones ya la había pillado mensajeándose a escondidas con alguien...

¿Estaría acaso Iana sospechando que había algo más detrás de su exagerado entusiasmo...?

No lo sabría mientras no hiciera algo al respecto; así que, esa misma noche y sin que Miriam pudiera siquiera imaginarlo, Iana se abalanzó sobre ella y, entre risas, le arrebató el celular.

—¡¿Qué crees que estás haciendo?! ¡No tienes el derecho de leer mis mensajes! —gritó Miriam, pero ya era demasiado tarde, Iana se había apoderado de su teléfono móvil.

—¿Qué no? —contradijo mientras brevemente sus ojos se desplazaban por cada renglón; hasta que, sorprendida, cuestionó en voz alta: —¿Me has estado ocultando todo este tiempo que tú y Massimo son pareja? ¿Cómo...? —reclamó con el ceño fruncido.

Miriam, con gesto enojado, chasqueó la lengua y respondió, no sin antes tomar de vuelta su celular:

—Iba a decírtelo hoy mismo, pero claro, vienes e irrumpes en mi privacidad de semejante manera...

Iana se la quedó mirando y echó a reír.

—¿Massimo y tú son pareja entonces?

—Pues sí... —Miriam también rio—, desde esta misma tarde.

—¡Qué alegría, amiga! —exclamó y se lanzó a abrazarla—, es la mejor noticia. A partir de ahora estaremos los cuatro juntos para todo. ¿Sabes?, Vincenzo se expresa tan bien de Massimo, es su mejor amigo... Así como tú y yo, de la misma manera como si fuéramos dos hermanas.

Las comisuras que contorneaban los labios de Miriam se elevaron esbozando una cálida sonrisa. Un brillo rebosó de sus ojos pardos y, emocionada, se apresuró a decir:

—¡Massimo ha despertado algo tan fuerte en mí, estoy enamorada! Discúlpame por no contártelo enseguida, no quería apresurarme sin antes estar segura de mis sentimientos, así como también de los suyos hacia mí.

—Te comprendo, pero de hoy en adelante no guardes secretos para mí, soy tu mejor amiga y deseo que seas tan feliz, así de la misma manera como lo soy con Vincenzo. Qué emocionante, ¿no te parece? Tú novia de Massimo, y yo de su mejor amigo.

Iana y Miriam continuaron charlando por largas horas acerca de sus amoríos con los dos jóvenes estudiantes de arquitectura. Ciertamente hubo una fuerte química entre ellos desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron. Desde aquel primer momento Iana quedó prendada de Vincenzo Fiorucci; es así como ella lo conoció, llevando el apellido de su madre y no el de su padre, por lo que muy poco o nada le importó que tuviese un parentesco de sangre con aquel hombre despreciable.

21

EN AQUELLA FRÍA PERO soleada mañana de invierno, Ainara llenaba los espacios vacíos que días atrás decoraban las paredes de su galería de arte con los hermosos óleos de paisajes naturales que había terminado de pintar. Sus cuadros habían sido vendidos y tenía que reemplazarlos cuando, de pronto, le sacó de su apacible tranquilidad aquella voz enérgica quien, sin respeto alguno, espetó contra ella:

—¡Jamás aceptaré, entiéndeme bien, Ainara D'Alfonso, que mi hijo cometa la estupidez de enredarse con tu hija!

Ainara se volteó de inmediato. Donato Carusso, desafiante, continuaba vociferando desde el umbral de la puerta de entrada de su galería. La cerró de un fuerte portazo y, con sus ojos llenos de ira clavados en los de Ainara, se encaminó hacia donde ella.

Pero antes de que él pudiera acercarse, Ainara, dando un fuerte grito, hizo que se detuviera:

—¡Basta, Donato, ni un paso más! ¡Menos aún te permito que vengas a mi galería a gritar!

Donato, deteniéndose en seco, acechó a Ainara con la mirada y, desafiante, cuestionó:

—¿Desde cuándo ese par están juntos?

—Desde hace algún tiempo atrás.

—¡¿Lo sabías y no fuiste capaz de decírmelo?!

Ainara rio burlonamente, negando con la cabeza.

—¿Y qué te hace pensar que debería mantenerte al tanto de los pasos que da mi hija? Respeta tú al tuyo y no te involucres en sus decisiones, Donato.

Por un momento, Donato trató de dar un paso adelante, pero Ainara se lo impidió:

—Te mantienes en donde estás si no quieres que llame en este momento a la policía.

—¡Hazlo, tú a mí no me intimidas! —Ainara prefirió dejar eso ahí, y más bien lo dejó hablar —. Únicamente vengo a advertirte que le exijas a tu hija que se aleje de Vincenzo, caso contrario

tomaré medidas...

—¿Qué pretendes hacer? ¿Acaso destruirás ahora la vida de tu hijo valiéndote de mil engaños como lo hiciste con la mía? No, Donato Carusso... Hagas lo que hagas no lograrás acabar con la felicidad de ambos porque su amor es firme y verdadero como fue y continúa siendo mi gran amor hacia Saúl. Admítelo... —desafió mirándolo enérgicamente—, te guste o no el destino los unió para castigar tu orgullo.

—¡Jamás! —espetó Donato con el ceño fruncido—. Antes enviaré a mi hijo lejos de tu gente, pero no sin antes acabar con la reputación de tu hija.

—Déjalos en paz, y te advierto que te mantengas lejos de mi hija si no quieres verte involucrado en problemas... ¡Hablo en serio, Donato!

Donato echó a reír, su sonrisa reveló desprecio.

—No estamos en Nueva York...

—Sal de mi galería. Y no vuelvas más ni por aquí ni por mi casa.

Donato se humedeció su labio inferior, esbozando una risita sarcástica.

—Estás advertida, Ainara D'Alfonso... Tú, y tu adorable y encantadora Iana.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —Ainara fue hacia donde él y, a empujones, lo obligó a abandonar la galería. Éste, de inmediato, se embarcó en el auto que estaba estacionado junto a la acera y se marchó. Ainara dio tres vueltas con la llave la cerradura de la puerta, deslizó hacia abajo las cortinas, cubriendo los ventanales y se encaminó hacia el interior de la galería.

‹‹Telefonearé en este preciso momento a Saúl››, fue lo primero que se le vino a la mente.

Luego de que Ainara le confiara a su esposo acerca de la imprevista y desagradable visita que tuvo con Donato esa tarde en la galería, y de sus amenazas en contra de Iana, decidieron no esperar un día más para denunciarlo y fueron hasta la estación de policía.

Dejaron sentada una prohibición de acercamiento en contra de Donato Carusso para resguardar la seguridad de la familia Márquez D'Alfonso.

22

IANA, JUNTO CON MIRIAM, se disponían a ir a la cafetería luego de recibir la última clase de la jornada de la mañana cuando, ni bien entraron al salón, vino hacia donde ellas la secretaria del decano de la facultad de medicina. Las dos amigas se encogieron de hombros y enseguida prestaron atención a lo que la señora Aurora Conti tenía para decirles:

—Señorita Márquez, el señor Giuseppe Parisi solicita de su presencia en su oficina.

—¿En este preciso momento? —preguntó Iana.

—Sí, acompáñeme, por favor, tiene una visita.

Iana frunció el entrecejo. Tenía entendido de que nadie iría esa semana a visitarla; por lo que preguntó:

—¿Sabe acaso de quién se trata?

La señora Conti asintió con la cabeza.

—Venga conmigo, el señor Donato Carusso pidió hablar con usted en privado —contestó mientras Iana y ella avanzaban por entre las mesas de la cafetería. Iana, inquieta, volteó a mirar a su amiga; ella, sorprendida, se quedó de pie junto a las mesas. Seguramente Miriam escuchó con claridad que Donato se encontraba en la oficina del decano, pensó Iana, y sin comprender el motivo de su sorpresiva visita avanzó en silencio junto a la señora Conti hacia la oficina de Giuseppe Parisi.

Tan pronto como puso un pie en su despacho, Iana miró que Donato se encontraba sentado sobre una de las dos butacas que estaban al pie del ventanal alargado, y desde donde se podían apreciar los jardines internos de la universidad. Éste, al verla entrar, continuó sentado en el mismo lugar mirándola con su típica forma arrogante y despótica de ser.

—Buenas tardes, señor Parisi —saludó Iana.

Enseguida el decano contestó a su saludo:

—Buenas tardes, señorita Márquez, pedí que la trajeran hasta mi oficina porque el señor Carusso necesita tener una urgente conversación con usted.

Iana desvió por un momento la mirada hacia Donato; lo miró con seriedad y frialdad. ¿No se suponía que el decano debía resguardar su seguridad evitando acercamientos con él?, renegó para sí al instante Iana.

Entretanto, Donato se puso en pie y dijo:

—Así es, mi estimada Iana D'Alfonso...

—Iana Márquez D'Alfonso —corrigió ella.

Donato asintió, esbozando una sonrisa mordaz.

—Señorita Márquez D'Alfonso... Como le acaba de informar mi amigo, el señor Parisi, él me concedió esta entrevista con usted. Pero descuide, le aseguro que seré breve.

—Yo les dejo solos para que puedan conversar con total tranquilidad —comentó el decano y salió de su despacho. Mientras que Iana y Donato quedaron uno frente al otro en esa fría oficina.

—No tengo nada de qué conversar con usted, señor Carusso —discutió Iana tan pronto como el decano salió cerrando detrás suyo la puerta de su oficina.

Donato caminó hacia el escritorio de su amigo en donde Iana, de pie junto al mueble alargado, no le quitó ni por un momento sus ojos de encima: su áspero semblante era tan oscuro como una tenebrosa noche de invierno.

—Por supuesto que tenemos mucho de qué conversar, Iana —dijo Donato—, de no ser así no me hubiese tomado la molestia de venir a buscarte hasta aquí. Te exijo que dejes de frecuentar a mi hijo. Ustedes... Más bien dicho tú no tienes nada bueno para ofrecerle, más que un tramado y oscuro pasado en donde los protagonistas fueron tus padres. Ellos terminaron con mi buena reputación.

—¡Cállese, no le permito que se exprese mal de mis padres! —replicó Iana al momento, su apacible voz subió de tono—. Conozco de sobra la historia. Usted es un ser despreciable y no va a venir a intimidarme con sus sucios chantajes. Vincenzo y yo nos amamos... Y ni usted ni nadie podrá separarnos.

Donato se aproximó hacia donde ella, por un momento trató de tomarla por el brazo, pero Iana, con total autoridad, espetó contra él:

—¡No vuelvas a ponerme una mano encima, Donato Carusso! Eres un maniático, ¿acaso se te olvidó cómo y por cuánto tiempo me acosas, y las medidas que mis padres tuvieron que tomar para que dejaras de hacerlo? Pues ahora te exijo que nos dejes a Vincenzo y a mí en paz, de otra manera tu hijo sabrá la calaña de padre que tiene.

—Veo que se te acabó el formalismo conmigo... —discutió Donato mirándola impasible—. Tú, jovencita, mantienes tu boca cerrada. Eres igual de altanera como tu madre, y a mí...

En ese preciso momento se abrió la puerta de la oficina, Donato calló lo que iba a decir mientras sus ojos, inquietos, rodaron hacia su costado al ver que Vincenzo apareció por el umbral de la puerta.

—¿A qué se debe esta visita, papá? ¿Acaso te tomaste la molestia de venir hasta aquí únicamente para entrevistarte con Iana? —cuestionó y enseguida se colocó junto a ella, tomó de su mano y, luego, acercando sus labios lo más cerca de su oído le dijo en voz baja: —En cuanto te llamaron a la oficina del decano, Miriam corrió a decírmelo, amor mío.

Entretanto Donato, exaltado, respondió:

—No deberías estar aquí, Vincenzo, menos aún abogando por esta señorita. Todo cuanto hago es por tu bien... ¡Es una cuestión de familias!

Vincenzo sonrió burlonamente, negando con la cabeza.

—Esta señorita como tú la llamas, es mi novia, papá. Me doy cuenta de que continúas con tu estúpida discrepancia entre familias... Eres tan absurdo.

Iana prefirió mantenerse en silencio, mientras tanto, padre e hijo ahondaron en una acalorada discusión:

—¡No voy a permitir que me hables en esos términos, Vincenzo, qué forma de dirigirte a tu padre es esa...! Tal parece que tu madre no te enseñó respeto alguno...

—No involucres a mamá en esto, papá... ¡Tú menos que nadie!

Donato abrió la boca tratando de refutar lo dicho por su hijo, pero Vincenzo, colocándose frente a frente con él, no le permitió decir una sola palabra más en contra de su madre.

Mientras tanto, al ver que la conversación desvió su rumbo y se tornó en una discusión entre padre e hijo, Iana, pasando su mano por el brazo de Vincenzo, comentó con él en voz baja:

—Salgamos de aquí, cariño, es lo mejor.

Vincenzo negó con la cabeza; mas ella insistió:

—Hazme caso, por favor, luego podrías verte perjudicado.

A lo que Donato, enfurecido, espetó contra su hijo:

—¡Vete de una buena vez con esta jovencita que te tiene tan ciego! Yo sabré cómo hacer para que desistas de este capricho pasajero que no te deja mirar más allá... Hay otras prioridades por las cuales luchar y que merecen la pena.

—¡Deja de amenazarme! —replicó Vincenzo.

—Vamos, cariño, no discutas con tu padre —insistió Iana y, tomando de su mano, lo apresuró para que salieran del despacho del decano.

—Te enviaré a estudiar lejos de Italia... —advirtió Donato, levantando el tono de su voz.

23

IANA Y VINCENZO, TOMADOS de la mano, se apresuraron sin mirar atrás hacia el jardín que ocupaba uno de los extremos traseros de la universidad. Aún taladraba, insistente, en el interior de sus oídos aquella drástica amenaza que Donato exhortó contra su hijo.

Pero Vincenzo era mayor de edad, pensó Iana, su padre no podía obligarlo a hacer nada en contra de su voluntad. A pesar de ello, Iana tenía la convicción de que Donato sería capaz de cualquier artimaña con el único fin de separarlos.

Tan pronto como llegaron al discreto jardín, ambos, uno al lado del otro, se sentaron sobre la banqueta de piedra y, en silencio, recargando en un largo y profundo suspiro su cabeza sobre su hombro, Iana comentó con él:

—Es mejor si olvidamos este mal momento, cariño.

Vincenzo negó molesto con la cabeza... Su mirada se perdió en el horizonte.

—Mi padre no tenía por qué enfrentarte —respondió regresando a mirarla, clavando un aire de indignación en el verde encantador de sus ojos—. Me disculpo por él contigo, amor mío. Jamás me hubiera imaginado que tuviera la osadía de hacer algo tan infame y vergonzoso a mis espaldas.

Iana no tardó en abrazarse fuerte a su cintura.

—Insisto en que lo dejemos así, no merece la pena.

—Tienes razón... —respondió tras exhalar un fuerte respiro—. No vale la pena cómo bien dices, dejarnos amedrentar por la histeria de mi padre. ¿Qué te parece si mejor vamos a comer algo? —Iana accedió encantada. Vincenzo la tomó de la mano y, juntos, cambiando el tema de la conversación, se encaminaron hacia la entrada de la cafetería de la universidad. Tan pronto como entraron vieron que Miriam y Massimo se encontraban sentados a una mesa almorzando, por lo que enseguida fueron con sus dos amigos.

—Justamente hablábamos de ustedes —comentó Miriam en cuanto Iana y Vincenzo se sentaron a la mesa con ellos—. ¿Al fin qué sucedió entre tu padre y ustedes en la oficina del decano, Vincenzo?

—Es una larga historia —respondió—, prefiero no ahondar en ello. Pero te agradezco, Miriam, de no ser por ti al anticiparme que mi padre se encontraba ahí con Iana, no sé en qué hubiera terminado tal encuentro inoportuno.

Miriam asintió con la cabeza.

—Iré a servirme algo para almorzar —interrumpió Iana levantándose—. ¿Deseas que te traiga algo, cariño?

—No es necesario, voy contigo. —Vincenzo se levantó también y fueron hasta el bufé. Regresaron con dos bandejas: cada una con una generosa porción de espagueti carbonara, mousse de chocolate, soda y fruta.

Entre charlas y risas desviaron el desagradable tema de lo que sucedió horas atrás, y más bien se centraron en qué harían durante los próximos días de receso por las fiestas navideñas que se avecinaban.

Una vez caída la noche, luego del último horario de clases, Iana y Miriam tuvieron la oportunidad de conversar acerca de lo ocurrido con el padre de Vincenzo. Miriam era su amiga incondicional, razón más que suficiente para que Iana no se guardara nada para sí y le contara al detalle todo cuanto ocurrió esa mañana en la oficina del decano de la facultad de medicina, Giuseppe Parisi.

¿Qué más podrían hacer?, comentó Miriam encogiéndose de hombros, más que dejar a ese hombre intolerable decir todo cuánto le venga en gana... Al final, Iana y Vincenzo eran dos adultos que se preparaban académicamente para ser responsables por ellos mismos.

¡Qué Donato Carusso vocifere todo cuánto quiera! Más ahí radicaba el problema, Iana sentía un miedo atroz de que Donato cumpliera con esa amenaza que no dejaba de atormentarla.

Esa misma noche, después de que Miriam se quedara dormida, Iana telefoneó a su madre, necesitaba algo de consuelo de su parte:

—Hola, mamá, sé que es algo tarde, pero no se me ocurrió otra cosa más que llamarte.

La voz de Ainara sonó preocupada.

—Iana, hija querida, ¿sucedió algo?

—Sí, mamá —respondió entre sollozos—, ese hombre estuvo hoy aquí, vino expresamente para amenazarme... ¡Me siento tan indefensa!

—Cálmate, hija, ahora más que nunca es cuando debes mostrar fortaleza. Hoy mismo hablaré con tu padre y entre los dos le daremos cuanto antes una solución a esto. Hija... —de pronto dijo Ainara—, proponle a Vincenzo para que vengan este fin de semana a casa. Así pasamos juntos, ¿qué me dices?

—Sí, mamá, me encantaría ir, de seguro que a Vincenzo también le vendrá de maravilla pasar un tiempo de esparcimiento en casa.

—Entonces no se diga más, les esperamos el sábado.

—Ahí estaremos después de mañana, mamá, ahora descansa. —Iana colgó la llamada. Ella sabía que a Vincenzo le agradaría ir a pasar ese fin de semana en casa de sus padres.

24

TAN PRONTO COMO EL amanecer dio la bienvenida a un nuevo día, Iana y Vincenzo tomaron el primer tren de la mañana y, dejando atrás los contratiempos que días atrás quebrantaron sus ánimos, viajaron a Valserra.

Como era de esperarse, Ainara y Saúl les dieron la mejor de las bienvenidas; además de Azzurra y Adriel, quienes se sentían felices en la compañía de su hermana, y no se diga del entusiasta y divertido de Vincenzo, pues así lo demostraban los pequeños mellizos.

Concluido el desayuno y luego de que los niños salieron al jardín para jugar, Iana comentó con sus padres acerca de la arbitraria y desagradable visita de Donato en la oficina del decano. Tanto Ainara como Saúl aconsejaron a los dos jóvenes enamorados guardar la calma y en lo posible mantenerse alejados de él. De todas maneras, Ainara y Saúl buscarían la manera de conversar y terminar de una buena vez con aquella incómoda y hasta en cierto modo ilógica situación que por riñas del pasado el padre de Vincenzo mantenía con la familia Márquez D'Alfonso.

Indiscutiblemente, tanto la familia Carusso como su hijo no olvidaron los acontecimientos que llevaron a Donato a su propia desgracia; cuando por su cruel mano cometió incontables y deshumanizadas bajezas, tal pareciera que la venganza por su exclusiva causa quedó grabada en su mente... y en la de sus padres.

Por ciertos rumores que Alfonsina dio a conocer a la familia, Vincenzo supo que su padre también se encontraba ese día en el pueblo, así que comentó con Iana y con sus padres que esa misma tarde, enseguida de la hora del almuerzo, iría a casa de sus abuelos.

¿Qué tenían Ainara, Saúl, y la misma Iana para decir?; más que dejar que Vincenzo hiciera su voluntad.

Si él sentía la necesidad de ir y conversar con su padre, entonces debería hacerlo, pensó con lógica Iana.

—Hola, abuela —saludó Vincenzo con Nicoletta en cuanto tocó a la puerta y ésta se abrió por sí sola. Su abuela se encontraba acomodando unas rosas en uno de los floreros del recibidor, por lo que tan pronto como lo escuchó se giró hacia su nieto y exclamó:

—¡Vincenzo, qué sorpresa tenerte hoy aquí! ¿Cuándo llegaste, querido?

—No hace mucho. Supe que mi padre se encuentra en el pueblo, ¿está él en casa?

—Efectivamente, tu padre salió un momento con tu abuelo a dar un paseo por las tierras aledañas al río. Pero ven conmigo —dijo tomando a su nieto por el brazo—, vamos al comedor y mientras te sirvo algo de comer me vas contando cómo van las cosas en la universidad.

—No te preocupes, abuela, ya he almorzado.

—Acéptame al menos una rebanada del bizcochuelo de naranja rellena con chocolate amargo como tanto te gustaba de niño... ¡No me digas que ya no disfrutas de los postres!

La tentación sucumbió a sus sentidos, realmente Vincenzo tenía presente los fabulosos postres que preparaba su abuela; así que sin tomar resistencia respondió:

—Abuela, me fascinan... ¡Cómo negarme!

Nicoletta encaminó a Vincenzo hacia el comedor. Pidió a la ayudante de la cocina que le sirviera a su nieto una buena porción del bizcocho de naranja mientras esperaba por su padre. No habían pasado ni veinte minutos, cuando se les escuchó a Donato y Darío entrar en la casa.

—¡Mira, ahí llegaron! —exclamó Nicoletta. Mientras que Vincenzo, un tanto preocupado de cuál sería la reacción de su padre después de la acalorada discusión que tuvieron en la oficina del decano, dejó el platillo de lado, no pudo continuar degustando del apetecible bizcochuelo que tanto le gustaba.

De pronto, su padre y su abuelo entraron en la cocina.

—Vincenzo... —exclamó Donato una vez que vio a su hijo—. ¡Qué sorpresa venirme a encontrar contigo aquí!

Vincenzo enseguida se puso en pie. Saludó con su padre y con su abuelo.

—Vine con Iana a pasar el fin de semana en el pueblo.

—Claro, me lo imaginaba... —comentó Donato con cierto aire de despotismo—. Y entonces, me imagino que esta visita un tanto inusual, por supuesto, es para saber de tus abuelos...

—Donato, hijo querido, no perturbes al muchacho —enseguida intervino Nicoletta—. Mira que vino expresamente por ti.

—Mira eso... —alegó Donato con una sarcástica expresión de asombro en su rostro. Levantó sus manos y, entre palmas pausadas, burló: —¿Quién lo diría? Te tomaste la molestia de venir

hasta aquí expresamente buscándome.

—¡Basta, papá, ya es suficiente de ironías! Supe por Alfonsina que estabas en el pueblo, de modo que lo vi conveniente y vine a casa de los abuelos porque tenemos una conversación pendiente. Francamente no fue apropiado que tú y yo continuásemos discutiendo frente a Iana en la oficina del decano.

—¡Enfrente de ella y de toda su detestable familia diré lo que pienso las veces que se me vengan en gana! —replicó Donato con un aspaviento de manos.

—¡Respeta que es mi novia, papá!

—Tu novia... —Donato echó a reír con socarronería—. ¡Vergüenza debería darte, bien sabes de la clase de padres que viene!

Vincenzo, indignado, se humedeció los labios, negando con la cabeza.

—No, papá, vergüenza deberías tener tú por hacer lo que hiciste años atrás con ellos.

Entretanto, Nicoletta, dando a entender su indignación por los alcances de su nieto, abrió sus profundos ojos azules curtidos por los años como si fueran dos farolas; en tanto que Donato sonrió con ironía:

—Me doy cuenta de que te tiene muy bien informado y domado esa jovencita. Varón eres carajo... ¡Un Carusso!

—Entre nosotros no hay secretos ni misterios, papá.

—Hum... ¿Te ha contado acaso de lo que se valió su madre para atrapar al clérigo?

—No me incumbe. ¡Deja el pasado atrás y supéralo de una buena vez, papá!

—¡Ya basta, no le faltes más al respeto a tu padre, Vincenzo! —intervino su abuelo.

—Disculpa, abuelo, no fue mi intención faltarle al respeto en tu casa, pero mi padre empezó con esto. Es él quien debería dar el ejemplo mostrando respeto por los demás.

Donato estuvo a punto de írsele encima a su hijo, pero enseguida intercedió Nicoletta:

—¡No más, ya fue suficiente! Tu padre tiene razón al referirse así de toda esa familia, querido. Lastimosamente te enamoraste de la muchacha equivocada.

—Abuela, ¿tú también?

—Donato, hijo —se apresuró a decir Darío, el abuelo de Vincenzo, acercándose a donde él—, ¿por qué no le comentas de una vez a tu hijo aquello tan conveniente de lo que me hablaste hace unos días?

—¡Para qué voy a perder mi tiempo ofreciéndole buenas noticias a este insensato malagradecido! —replicó Donato.

—Díselo, cariño, que de seguro algo bueno tendrás para decirle, yo también deseo saber de qué se trata ese algo tan importante —insistió Nicoletta tomando a su hijo por el rostro.

En un principio, Donato rezongó, pero luego, ya más sereno, se refirió a su hijo:

—Mira, Vincenzo, desde hace un tiempo atrás he venido conversando con viejas amistades, y en una de esas tantas conversaciones salió a la luz un tema que sé que te vendrá de maravilla... Yo puedo hacer realidad tu gran sueño.

—¿A qué te refieres? —preguntó Vincenzo; mientras que los profundos ojos azules de Nicoletta sobresalieron con gesto de asombro por encima de sus huesudos pómulos.

—Un antiguo colega mío se mudó hace algunos años a Alemania, y resulta que ahora es el presidente de la junta directiva de una prestigiosa universidad privada en Berlín, del Weserbrook College, ¿supongo que habrás escuchado hablar sobre ella? Le mencioné sobre ti, sobre tu deseo de hacer la maestría en el exterior, y él me ofreció tomarlo en consideración... Claro está, esta gran oportunidad depende únicamente de ti.

—¡Vincenzo, mi nieto querido, qué excelente noticia! —exclamó haciendo palmas Nicoletta.

—Así es —continuó Donato—, estamos hablando de la universidad de mayor renombre en toda Alemania. Digno lugar para que un hijo mío culmine sus estudios allí... ¿Qué dices a esto, Vincenzo?

—Papá..., yo... ¿En verdad hablas en serio?

Donato echó a reír.

—Mi intención era decírtelo lo más pronto, antes de que terminaras el semestre... Pero claro —dijo dándole una palmadita en el hombro—, no en estas circunstancias.

—Yo...

—Tómate tu tiempo y piénsalo, no necesitas darme una respuesta ahora mismo. Giacomo estará al pendiente, además de que no necesitarás dar ningún examen de ingreso. Por el hecho de ser viejos amigos y colegas pasará ese tedioso trámite por alto, aparte de que él está al corriente de que eres un excelente estudiante... Digno hijo mío, por supuesto.

Ante tal noticia, Vincenzo dio un largo y profundo respiro.

—Por supuesto que lo tendré presente, papá. —Vincenzo se mantuvo en silencio mientras procesaba la oferta. Tenía pensado aplicar al Instituto Técnico de Milán, pero Alemania era otro nivel. Sin embargo, le apenaba dejar a Iana sola durante esos años en Italia—. Bueno, pienso que es hora de regresar a casa de los padres de Iana. Gracias, abuela, el bizcocho estaba delicioso.

—Regresa cuando lo desees, querido —contestó su abuela.

—Hasta pronto, abuelo. Te tendré informado, adiós, papá.

—Una última cosa —dijo Donato—. Esta clase de oportunidades no se les presenta a todo el mundo... Tenlo presente.

En cuanto Vincenzo se dirigía a casa de los padres de Iana, consideró una y otra vez la posibilidad de hacer sus estudios superiores en Alemania. Su sueño de estudiar en ese país su padre se lo estaba presentando en bandeja de oro. Por un momento, cuando le expuso la noticia pensó que jugaba con él, pero luego tuvo la convicción de que hablaba muy en serio. Su padre era un hombre bien relacionado, inequívocamente todo cuanto le dijo era verdad. Vincenzo no podía creer que su más codiciado anhelo se dibujaba prometedor ante sus ojos, pero asimismo se encontró en medio de una encrucijada: por un lado se encontraba a tan solo un paso de hacer realidad su sueño, estudiando precisamente allí, en donde él siempre deseó hacerlo; y por otro lado pesaba su floreciente relación con Iana.

Él la amaba, sí que la amaba como nunca había amado a ninguna mujer, esa fue la razón por la cual se abstuvo de dar apresuradamente el sí a la propuesta de su padre y acceder a ir a Berlín inmediatamente después de terminar el ciclo universitario.

Vincenzo aligeró el paso en dirección hacia la casa de su novia y, mientras doblaba la esquina, y a la distancia pudo ver el paredón cubierto por madreselvas que circunvalaban la propiedad, decidió que por el momento no le diría nada a Iana.

25

—VINCENZO, HIJO, YA ESTÁS de regreso. ¿Cómo te fue en casa de tus abuelos? —preguntó Saúl, en cuanto lo vio entrar.

—Buenas noches, doctor Márquez, todo estuvo bien —respondió mostrándose un tanto discreto.

—¿Lograste hablar con tu padre?

—Así es, doctor Márquez, él llegó a tiempo para conversar y no hacerme demasiado tarde para volver aquí. —Vincenzo dio un largo respiro.

—Me alegra, muchacho, que hayan podido hablar —comentó Saúl, en tanto que Iana apareció por el pasillo.

—Cariño, ¡qué alegría que ya estés de vuelta en casa! ¿Pudiste ver a tu padre? ¿No hubo contratiempos con él?

Vincenzo esbozó una suave sonrisa, mientras que Iana, tomándolo de la mano, se acomodó junto a él sobre el sofá alargado que se encontraba frente a la chimenea, en la cual ardían aminorando el frío intenso de invierno unos cuantos leños troceados.

—No, todo está bien, amor mío. La mayor parte del tiempo pasé con mi abuela porque papá y mi abuelo no se encontraban en casa en esos momentos.

—¿No lo viste entonces? —se apresuró a preguntar Iana.

—No, claro que lo vi. Luego llegaron y pudimos conversar.

—Entiendo... —dijo ella.

—Yo los dejo para que puedan conversar a solas. Por favor, hija —dijo Saúl poniéndose en pie —, avísame cuando sea la hora de cenar, estaré en mi despacho.

—Por supuesto, papá, ve, y si mamá pregunta por ti le diré que te encuentras allí.

Saúl asintió con la cabeza y se dirigió hacia su despacho. Seguramente tenía asuntos pendientes por resolver.

Entretanto, Iana, con gesto intrigado, preguntó a su novio:

—¿Estás seguro de que todo está bien contigo? Te noto un tanto...

—¿Callado? —se adelantó a responder Vincenzo.

—Pues sí, me quitaste la palabra de la boca, cariño. ¿Qué sucedió?

—Lo mismo de siempre. —Vincenzo se pasó la palma de su mano por la nuca—. Papá no termina de olvidar el pasado y acepta que estemos juntos. Pero no te preocupes, amor mío... —dijo tomando a Iana con ambas manos por el rostro—, porque tarde o temprano lo aceptará... O en el peor de los casos desistirá de oponerse.

Iana sonrió dejando escapar un leve suspiro, hasta que de pronto Ainara apareció por el pasillo y, pasando sus manos sobre el delantal de cocina que llevaba puesta, les pidió pasar a la mesa, no sin antes preguntar a Iana por su padre. Ella le comentó que se encontraba en su despacho pero que enseguida iría a decírselo. Entonces Ainara comentó con Vincenzo:

—Me alegra que ya estés en casa, Vincenzo. ¿Cómo te fue con tu padre?

Antes de responder a su pregunta, Vincenzo sintió un deseo enorme de confiarle lo que ocurrió la tarde en casa de sus abuelos, pero se contuvo, pensó que lo mejor sería callar por el momento.

—Igual que siempre, señora...

Ainara gesticuló con la boca.

—Era de esperarse. Y bueno, cambiando de tema insisto en que dejes de decirme señora, llámame por mi nombre, muchacho. —Ainara rio y, tomando a Vincenzo por el brazo, fue encaminándolo hacia el comedor.

Iana también echó a reír al ver cómo su madre hizo sonrojar a su novio, y se apresuró yendo al despacho de su padre a decirle que la cena estaba servida.

26

IANA Y VINCENZO TOMARON el tren del mediodía para regresar a Florencia. Iana presentía de que algo tuvo que haberle dicho su padre, de otra manera él no hubiera cambiado de actitud tan sorpresivamente. Esa postura introvertida, además de que se mantuvo pensativo durante la mayor parte del viaje le inquietó, no era propio de él.

—Insisto en que continúas algo distante, cariño —comentó Iana con él. Pronto llegarían a Florencia y Vincenzo tan solo se limitó a hablar de asuntos universitarios.

—Son solo ideas tuyas, estoy bien —contestó girándose hacia ella y tomándola de la mano.

—Haré caso de lo que dices. Y ahora cambiando a otra cosa, ¿vendrás a Valserra en el feriado navideño? Me encantaría que pasáramos juntos.

—Aún no tengo decidido qué haré, amor mío.

—Pero pasarás en casa de tu mamá la Nochebuena, me imagino.

—Claro que sí, ¿con quién más pasaría? ¿Y tú?, ¿viajarás al pueblo enseguida que empiecen las vacaciones?

—Así es, pasaré todo el feriado en casa de mis padres, por esa razón insisto en que me gustaría que vengas también. —Fue un verdadero misterio para Iana cuáles eran los planes que Vincenzo tenía en mente. Quizá permanecería lo que restaba del feriado con su madre en Florencia, pensó ella... Él no definía qué mismo haría. Regresó a mirar en silencio por la ventanilla del tren mientras cruzaban los vastos campos que ya comenzaron a tornarse blancos por las nevadas que empezaron a caer. Definitivamente Vincenzo continuaba extraño, insistió para sí que desde el momento en que estuvo en casa de sus abuelos él regresó siendo otro... Iana lo conocía perfectamente, intuyó que algo sumamente significativo perturbaba su mente. Tras un largo y profundo suspiro con la mirada perdida en aquellos vastos campos, Iana prefirió no ahondar más en cuál era el motivo por el que Vincenzo se mantenía totalmente fuera de lugar.

Con seguridad pronto lo sabría por ella misma, pensó.

Una vez que llegaron a Florencia se dirigieron de inmediato a la universidad.

Vincenzo acompañó a Iana hasta su habitación:

—Hasta mañana, amor mío, estoy realmente muy cansado por el viaje, te quiero. —Vincenzo le dio un beso en los labios, se dio media vuelta y se encaminó por el pasillo.

Iana entró en la habitación, Miriam tecleaba sentada en su escritorio.

Enseguida que miró a su amiga levantó la mirada del ordenador.

—Hola, Iana, ¿cómo estuvieron estos días en el pueblo?

—Bien. —Iana fue hasta su cama y dejó ahí la mochila.

—¿Solo bien? ¿Pasó algo?, porque te noto un tanto extraña.

—Sí —respondió mientras se acomodaba contra el espaldar de su cama—, todo estuvo perfecto hasta que Vincenzo fue a casa de sus abuelos. En cuanto regresó ya no era el mismo.

—¿Lo dices enserio?

Iana asintió con la cabeza dando un largo suspiro.

—Yo sé que algo tuvo que haberle dicho su padre, de otra manera Vincenzo no estaría actuando así.

—¿Donato estaba ahí también?

—Así es.

—Pero a qué te refieres cuando dices que Vincenzo no estaría actuando así... ¿Así cómo?

—A que desde que regresó de casa de sus abuelos se ha mantenido pensativo, distante, fuera de sí, Miriam. He tratado de todas las formas que me diga qué es lo que le sucede pero insiste en que todo está bien. Puede ser también que la tesis y todo lo que acarrea su pronta graduación lo tiene así... No sé. —Iana, desconsolada, se pasó la palma de su mano por la frente.

—Puede ser eso también, recuerda que está a meses de graduarse. Te aseguro que si algo pasó en casa de sus abuelos no tardará en decírselo a Massimo... si es que no se lo dijo ya. Apenas tenga cómo le pregunto, no te preocupes.

Iana asintió con una sonrisa.

Durante los días siguientes, las cosas se presentaron con normalidad entre Iana y Vincenzo. Él, en todo momento fue cariñoso, atento con ella, pero continuaba pensativo, hasta en cierto modo estresado.

Iana desvió en parte su inquietud, con seguridad Vincenzo actuaba de esa manera inusual porque estaba pronto a graduarse, así se lo expresó también Miriam. Su tesis de grado absorbía casi todo su tiempo..., por no decir todo su tiempo; además de que era comprensible darse cuenta

por el estrés que estaría pasando sin saber qué haría luego. Su situación económica no era de las más favorables que digamos, y a pesar de haber sido merecedor de una beca académica durante los cuatro años de sus estudios universitarios; eso se lo dio a conocer a Iana en una de las veces que conversaron, solventar los estudios superiores, y más aún en su carrera, representaba un costo sumamente alto.

Aquello le llevó a Iana a entender en gran parte el porqué de su infrecuente y hasta en cierto modo aislado comportamiento.

Llegó el corto receso en la universidad que ameritaba unas relajadas vacaciones por las fiestas Navideñas y de Año Nuevo.

Iana y Miriam tenían previsto viajar enseguida a Valserra, no así Vincenzo, él tan solo las acompañó hasta la estación para que tomaran su tren.

—¿Estás seguro, cariño, de no poder ir en los próximos días al pueblo? —preguntó Iana despidiéndose de él antes de subir al tren.

—No lo creo, amor mío, tengo cosas pendientes por resolver. De todas formas nos mantendremos hablando por videollamada. Dales mis saludos a tus padres, y un fuerte abrazo para Azzurra y otro para Adriel.

—Está bien —Iana lo miró con suavidad—, te voy a extrañar muchísimo. —Ambos se estrecharon en un cálido abrazo.

Vincenzo rodeó el rostro de Iana entre sus manos y, tras darle un beso en los labios, dijo:

—Llámame tan pronto como lleguen a Valserra, que tengan un buen viaje. *Ciao*, Miriam.

—*Ciao*, Vincenzo, que tengas una linda Navidad —respondió ella.

Ambas subieron al tren y éste al momento empezó a rodar.

Durante los días siguientes las cosas se dieron con normalidad en el pueblo. La celebración navideña fue alegre y divertida como venía siéndolo todos los años, mas Iana extrañaba la compañía de Vincenzo, asimismo le hizo saber en una de las tantas videollamadas que se hacían que sus padres le invitaron para que pasase en casa con ellos y celebrar juntos la fiesta de Año Nuevo, pero él se negó.

Fue tal el resentimiento de Iana que decidió adelantar su viaje a Florencia y lo hizo enseguida de la celebración del Nuevo Año...

Tenía que ir a buscarlo a casa de Belinda y hablar con él personalmente porque su comportamiento indiferente la estaba volviendo loca.

Tomó el tren a primera hora de la mañana y viajó de regreso a Florencia.

Ni siquiera le telefoneó a Vincenzo para hacerle saber que iría a buscarlo.

Estando frente a la casa de su madre tocó a la puerta.

El mismo Vincenzo fue quien salió a recibirla.

—¡Iana, amor mío! —exclamó. Ciertamente se mostró sorprendido y la abrazó—. ¿Cómo no me dijiste que vendrías?, de esa manera iba enseguida a recibirte en la estación.

—Quise darte una sorpresa. Belinda, ¿está en casa? —preguntó echando un vistazo hacia el interior. Iana no había estado ahí antes, fue su madre quien le favoreció con la dirección, por lo que tan pronto como bajó del tren tomó un taxi y se dirigió hasta allí.

—Claro que está en casa, ven conmigo, amor, entremos. —Vincenzo enseguida tomó a Iana de la mano y la encaminó al interior de la casa—. A mamá le dará mucho gusto saber que estás aquí. Mamá, tenemos visita —llamó a su madre en voz alta y regresó a mirar a Iana con una amplia sonrisa.

Enseguida Belinda apareció por el corredor:

—¡Iana, qué gusto verte! ¿Cuándo llegaste a Florencia, querida?

—Acabo de llegar, tomé un taxi y vine hasta aquí. —Iana regresó discretamente a mirar a Vincenzo.

—Para mí también fue una sorpresa verla hoy aquí, mamá. Deja que te ayude con eso, amor mío. —Vincenzo ayudó a Iana a que se retirara la mochila de la espalda.

—Debes estar cansada —comentó Belinda—, vamos al comedor y así te invito algo de comer.

—Un refresco estaría bien, Belinda, gracias.

—Como lo prefieras, querida, pasemos al comedor entonces.

Mientras tanto, Vincenzo enseguida sujetó a Iana de la mano y juntos se encaminaron hacia el comedor.

—Y cuéntame —preguntó Belinda mientras le servía jugo de uva en el vaso—, ¿cómo están tus padres y tus pequeños hermanos?

—Todos en casa están muy bien, gracias, mis padres le mandan saludos.

—A ver cuando voy por allá a visitarlos. Y bueno... —Belinda tomó su cartera que estaba colgada en el respaldo de la silla—, yo les dejo porque tengo que salir un momento, tengo cita con el odontólogo. Hijo, hay comida en el refrigerador para que almuercen, quizá tarde un poco.

Vincenzo asintió con una sonrisa.

—Ve tranquila, mamá.

—Que le vaya bien, Belinda —dijo Iana.

—Y entonces —preguntó Vincenzo una vez que su madre salió—, ¿no me vas a decir a qué se debe esta repentina visita?

Iana se lo quedó mirando, clavando un aire de indignación en sus ojos.

—¿Acaso no te agrada que haya venido?

Vincenzo enseguida frunció el entrecejo y la tomó de las manos.

—¡Cómo puedes decir eso, me encanta que estés aquí conmigo! ¿Cómo supiste en dónde vive mi madre?

—Mamá me facilitó la dirección... Pensé que irías al menos uno o dos días por el pueblo.

Vincenzo exhaló.

—Amor mío, quise estar estos días con mi madre puesto que casi no la veo, además tú bien sabes que son fiestas familiares, no quise molestar...

—¿Molestar, dices? —replicó Iana soltando de sus manos—, eso no deberías ni decirlo, papá y mamá hablaron expresamente contigo invitándote a que fueras a casa y pases el Año Nuevo con nosotros.

—Continúas molesta...

—¡Por supuesto que estoy molesta contigo, Vincenzo, tú persistes con esa actitud esquiva!

—Esquiva, ¿cómo? Son imaginaciones tuyas.

Iana negó con la cabeza, mirando desesperada a Vincenzo.

—¡Que no son imaginaciones mías, joder! Tú no eras así, dime ¿qué te ocurre?, ¿qué te dijo tu padre para que estés así conmigo?

—Mi padre no me ha dicho nada, deja de imaginar cosas, por favor.

—Entonces tendré que aceptar que ya no quieres estar conmigo...

Al momento Vincenzo la envolvió entre sus brazos.

—¡No vuelvas a decir eso! Te amo, Iana, tengo muchas cosas dando vueltas en mi cabeza ahora... eso es todo.

Iana dio un profundo suspiro con su rostro recostado sobre su pecho.

—Está bien, lo tomaré en consideración, pero no dudes ni por un momento en confiarme cualquier cosa que ocurra contigo... ¡Me preocupa verte así, cariño, tú sabes cuánto te amo!

Vincenzo aprisionó a Iana fuerte contra su pecho mientras sus manos acariciaban su cabello. Buscó sus labios y en un suave suspiro los besó despacio, intensificando luego el beso.

Iana tuvo la corazonada de que él pasaba por algún tipo de estrés emocional.

Los fríos días de enero en la universidad se presentaron con demasía de trabajo tanto para Iana como para Vincenzo. En pocos meses él terminaría su carrera, razón por la cual el tiempo de pasar en pareja se vio restringido.

A Iana le preocupaba que Vincenzo aún continuaba con esa actitud incierta, reservada.

A pesar del tiempo considerable que había transcurrido desde la última vez que conversó con su padre en casa de sus abuelos, además de que ella insistía tratando de saber qué ocurría con él, su proceder era el mismo, Vincenzo mantenía ese inquietante comportamiento como si algo martillara dentro de su cabeza.

Iana no lograba entender qué era eso que cruzaba por la mente de su novio.

Había pasado demasiado tiempo, no era normal que Vincenzo continuara ocultándole algo que ella presentía había hecho agitar su interior.

Algo tenía que estar sucediendo...

¿Acaso su padre estaba realmente detrás de todo aquello?, fue la incógnita que una y otra vez taladró dentro de su cabeza, angustiándola.

Iana no quiso esperar ni un solo día más y, decidida, confiando en que Vincenzo al fin terminaría diciéndole la verdad, fue hasta su habitación.

Estando una vez ahí, en medio de él y de su amigo, Massimo, le exigió sinceridad por respeto al gran amor que sentían el uno por el otro.

Massimo enseguida salió de la habitación para que pudieran conversar a discreción.

Iana agradeció su prudencia.

—No voy a esperar un solo minuto más, Vincenzo, tampoco quiero escuchar la misma letanía que me has venido dando. Ahora mismo me dices qué es lo que sucede contigo.

—Iana, amor mío, por favor, tranquilízate. —Vincenzo, mostrándose sereno, encaminó a Iana hasta su cama e hizo que se sentara junto a él.

Pero Iana, negando desesperadamente con la cabeza, espetó:

—Cómo pretendes que me calme, ¿eh? Llevas meses con una actitud para nada agradable... ¡Me preocupas, entiende!

—Nada distinto a lo que ya conoces sobre mí sucede, amor mío. —Por un momento Vincenzo trató de tomarla de las manos, pero Iana, negando con insistencia se levantó repentinamente y respondió:

—Pensé que conocía todo sobre ti, que entre nosotros no había secretos, pero tú me ocultas algo, Vincenzo. Aunque trates de negarlo ¡yo sé que es así!

—¡No, no, no es así! —Vincenzo negó y también se levantó—. Comprende que en pocos meses me graduaré... Es demasiada la responsabilidad que tengo por delante. —Iana lo miró desconfiada, entretanto Vincenzo, tomándola por los hombros, continuó: —Entiendo que es difícil para ti mantenerse ajena a esto, pero es algo que no depende de mí en estos momentos, discúlpame, por favor.

—Dime ¿qué está pasando, Vincenzo? —exigió Iana incrustando un aire de sospecha en sus ojos negros. No tomó en consideración lo que él acababa de decirle... Ella sabía, ella sentía que no estaba siendo sincero.

—Te lo acabo de decir... —Vincenzo, mirándola un tanto esquivo, le apartó las manos de sus hombros y, dándose media vuelta, caminó hacia el extremo opuesto de la habitación. Mientras que Iana lo siguió con la mirada e incapaz de continuar ocultando lo que ella ya presentía, cuestionó:

—Fue algo que aquella tarde te dijo tu padre, ¿cierto? —Vincenzo no respondió a su pregunta, aquel abrumador silencio manteniéndose de espaldas a ella la desmoronó aún más—. No deseo presionarte, cariño, pero entiéndeme, el cambio de actitud que has mantenido durante todo este tiempo me tiene desesperada sin entender qué te ocurre. No actúes así conmigo, por favor... ¡Me angustias!

Vincenzo se giró hacia ella.

—Te amo, Iana —sostuvo mirándola tiernamente a los ojos y, acercándose nuevamente, esbozó una suave sonrisa—. Nada más te pido que confíes en mí, por favor, que cualquier decisión que tome pueda contar con tu comprensión.

Iana, al momento, frunció el ceño.

—¿Qué pretendes decirme?

Vincenzo aprisionó a Iana con fuerza entre sus brazos.

—No me hagas caso. Te amo, te lo repito y lo seguiré repitiendo siempre. Te prometo que a partir de hoy daré todo, absolutamente todo de mi parte para que dejes de angustiarte.

—Confío en que así lo hagas, cariño. —Iana no quedó del todo satisfecha. Algo había en el proceder de Vincenzo que a ella le daba qué pensar. Se aferró al calor de su pecho y confió en que tarde o temprano se revelaría.

27

UN MANTO ACOGEDOR Y apacible de días soleados y tibios dio la bienvenida a la primavera en el pequeño pueblo de Valserra. Ainara, en aquella reluciente mañana, paseaba por su jardín, en donde los rayos de ese Sol maravilloso danzaban traviesos colándose por entre las florecillas que empezaban a florecer, cuando de pronto escuchó el motor de un auto detenerse frente a su casa, y alzó a mirar. Sorprendida, pero a la vez con inmensa satisfacción puesto que hacía tiempo que no se veían, miró a Belinda bajar del auto y acercarse hasta su portal.

Enseguida Ainara fue hacia la entrada principal para darle la mejor de las bienvenidas:

—¡Qué gusto tenerte hoy en casa, amiga querida! —exclamó dándole un abrazo.

—Gracias por recibirme, Ainara, y disculpa que llegue así sin antes avisarte, pero lo vi necesario hacerlo.

Ainara miró a Belinda inquieta y, antes de preguntarle el porqué de su repentina visita, la invitó a pasar dentro de la casa. La encaminó hacia el pequeño comedor que se encontraba junto a la cocina y, allí, mientras servía en dos tazas un tanto del café que minutos antes había preparado, escuchó con atención el motivo por el cual le llevó a su amiga ir hasta el pueblo:

—Pensé que era prudente venir a alertarte sobre los planes que tiene Donato —dijo Belinda luego de darle un largo sorbo a su café.

Ainara, con gesto extrañado, enseguida cuestionó:

—¿Los planes de Donato...? ¿A qué planes te refieres?

—Él encontró la solución perfecta para separar a los muchachos —respondió Belinda tras hacer de lado su café a medio terminar—. Enviará a Vincenzo ni bien se haya graduado a estudiar en Berlín.

—¿A Berlín?

—Así es, Ainara, por esa razón tan pronto como lo supe vine a decírtelo para que tú misma busques la manera de comentárselo a Iana. Lastimosamente mi hijo aún no se lo ha dicho.

—¿Por qué será? No encuentro razón para que no le haya confiado algo tan importante.

—Créeme que ni yo misma lo entiendo... —Belinda dio un largo y profundo respiro—, pero asimismo conozco a Vincenzo, él es muy reservado, además de que me confió que no encuentra la manera en cómo decírselo.

Ainara negó con la cabeza.

—Me extraña... Pero bueno, así son los jóvenes. Pobre mi hija, sé que se le romperá el corazón al saber que Vincenzo se irá a estudiar lejos.

—No veo problema alguno en que mi hijo vaya y haga sus dos o tres años de masterado en Alemania. Lo maquiavélico aquí es la astuta y mala intención de Donato detrás de todo ello.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Ainara sin lograr comprender.

—Tengo mis contactos, y haciendo averiguaciones me acabo de enterar que Donato tiene desde ya todo, absolutamente todo, perfectamente arreglado para que Vincenzo, tan pronto como culmine el masterado, se vea obligado a permanecer en Alemania.

—¿Cómo así?

—Ainara, Donato se valió de uno de sus amigos para que éste le favorezca a Vincenzo los estudios superiores en el *Weserbrook College* de Berlín, en donde según me dijeron él es el presidente de la junta directiva. Pero a cambio de tal favor mi hijo debe cumplir trabajando para este mismo hombre por un largo período de tiempo... ¡Años, según me anticiparon!, en una compañía en donde tiene acciones. Vincenzo no está ni por enterado de lo que le espera si confía en la palabra de su padre.

—Ahora entiendo —dijo Ainara—, entonces esa es la amenaza de la cual Iana, angustiada, me habló.

—Con seguridad... —afirmó Belinda.

—Tengo que hacérselo saber a mi hija lo más pronto posible —comentó Ainara.

—Sí, amiga, por esa razón vine hasta aquí. Me apena que Iana desconozca lo que sucede, pero asimismo me da tanto pesar por Vincenzo. Él ni se imagina a lo que se expone aceptando ir a estudiar en esa universidad... La prepotencia de Donato no tiene límites, únicamente mira por él, por su estúpida venganza. Lo más triste de todo esto es que mi hijo está tan emocionado viendo su sueño cumplirse. Él siempre deseó realizar sus estudios superiores en el exterior, concretamente en Alemania. —Ainara asintió con una suave pero angustiada sonrisa; entretanto Belinda continuó: —¿Sabes qué me indigna? Que ni siquiera le darán la oportunidad de

presentarse a rendir su examen de ingreso, y yo mejor que nadie sé que Vincenzo pasaría ese examen con las mejores calificaciones, y dignamente se haría merecedor de estudiar en dicha universidad de renombre... ¡Por supuesto que sí!

—Eso no tienes ni que decírmelo, Belinda. Durante todo este tiempo he tenido el privilegio de conocer a fondo a tu hijo, y sé lo excelente estudiante que es, aparte de ser un gran muchacho.

—Gracias, Ainara. —Belinda se mostró retribuida.

—Ahora necesito encontrar el momento oportuno para hablar con mi hija. Sé que esto va a caerle como un baldazo de agua fría... Claro, en el caso de que Vincenzo aún no se lo haya comentado.

Tras un profundo suspiro, Belinda respondió:

—Créeme, mi querida Ainara, que él no ha hablado sobre ello con Iana, porque como te dije ni él mismo encuentra la manera de cómo hacerlo... Dejó pasar el tiempo y ahora se encuentra en medio de una encrucijada.

Ainara hizo un ligero movimiento con la cabeza, dando a su amiga la razón.

—Entiendo. Yo buscaré la manera más sutil para decírselo a Iana. No voy a ahondar en ello porque es algo que únicamente le compete a tu hijo. Y ahora, cambiando el tema, ¿deseas quedarte a almorzar en casa?

—Por supuesto que me encantaría, dime en qué puedo ayudarte.

Ainara se negó y, sonriendo, tomó del brazo a Belinda y fueron hasta la cocina.

Realmente la joven que trabajaba en su casa ya tenía el almuerzo preparado, únicamente Ainara quería constatar si el bizcocho de chocolate y nuez que encargó para que ella metiera al horno ya estaba listo. Y así fue, un delicioso aroma a cacao, mantequilla, y nuez tostada invadió la casa entera en el momento en que Ainara abrió la portezuela del horno.

28

LUEGO DE LA CENA y a pesar de que tanto Ainara como Saúl insistieron para que Belinda se quedara esa noche con ellos en su casa, ella decidió regresar cuanto antes a Florencia. Mientras tanto, Ainara y Saúl decidieron telefonear esa misma noche a Iana y, así, de la manera más prudente alertarla sobre el apresurado viaje que Donato tenía muy bien planificado para que Vincenzo, ingenuo del verdadero motivo, viajara confiado a Berlín en los próximos días.

Ambos sabían de antemano que ante tal noticia su hija no lo tomaría de la mejor manera... Aquello no sería para nada fácil para ella.

—Hola, hija —dijo Ainara al teléfono.

—Mamá... ¿Cómo han estado? ¿Está todo bien?

—En parte sí, hija, pero hay algo de lo que no estás aún enterada, y tanto tu padre como yo nos vimos en la necesidad de hacértelo saber.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, su voz sonó temblorosa.

—Hija, se trata de Vincenzo. Me sorprendió que su madre viniera hoy a casa a visitarme y, bueno, la razón de su visita era para confiarme que Vincenzo enseguida de la graduación se irá para Alemania. Donato tiene todo organizado con uno de sus amigos para que él estudie su maestría ahí.

—¿Qué historia es esa, mamá?

—Hija mía, no es ninguna historia, es lo que está sucediendo. Yo entiendo que todo esto te sonará novedoso y hasta un tanto ilógico, pero la misma Belinda me comentó que el pobre muchacho está tan angustiado por no habértelo dicho antes que ahora no encuentra ni el momento ni la manera de cómo hacértelo saber. Su padre lo tiene enredado y manipulado ofreciéndole la oportunidad de hacer sus estudios superiores en una prestigiosa universidad de Berlín, lo cual tú mejor que nadie sabes que siempre ha sido el sueño de Vincenzo.

Iana permaneció por largos segundos en silencio; luego dijo:

—No..., no tenía ni la más mínima idea.

—Es necesario que converses con él, hija. Con seguridad vas a quitarle un gran peso de encima al pobre muchacho.

—¡Por supuesto que lo haré, y esta misma noche, porque a pesar de tu afán por disculparlo, mamá, no admito que me haya ocultado algo tan delicado que nos involucra a ambos!

—Así es... —respondió asertivamente su madre. Sin duda Iana sonó muy molesta.

—Te agradezco por contármelo, mamá —apuró Iana—. Dale un beso a papá y otro para mis hermanos. Ahora te dejo porque voy en este preciso momento a hablar con Vincenzo.

Ainara asintió inmersa en un hondo respiro con la cabeza.

—Suerte, hija.

—¿Cómo lo tomó? —preguntó Saúl luego de que Ainara cortara la llamada.

—Ya puedes imaginarlo, *amore mio*... Esta fue realmente una noticia inesperada para nuestra hija.

—¡Cuánto me apena por Iana! Pero asimismo la conozco y sé que sabrá sobrellevarlo... Además de que tú y yo sabemos por experiencia propia que si su amor es firme y verdadero nada ni nadie podrá derribarlo, así el destino se empecine en distanciarlos.

Ainara se abrazó con fuerza a la cintura de su esposo y, en medio de un largo y profundo suspiro, murmuró, dándole la razón:

—Así es, *amore mio*, así es.

‹‹Ahora comprendo el porqué de su actitud distante e introvertida conmigo››, descifró para sí Iana. —¡Vincenzo tendrá que darme una explicación a todo esto! —renegó en voz alta sin tomar en cuenta que Miriam, con gesto extrañado, la miraba sin saber qué era eso tan reprochable que su madre le había dicho hasta el punto de hacerla enojar.

—Al menos déjame saber ¿qué está ocurriendo? —preguntó al fin Miriam.

Pero Iana, con gesto apurado, salió de la habitación.

Antes tenía que hablar con Vincenzo, luego tendría todo el tiempo para comentárselo a su amiga. Agilitó el paso en dirección hacia el pabellón en donde Vincenzo, junto con Massimo, compartían la habitación.

Frente a la puerta tocó y esperó a que fuera el mismo Vincenzo quien la abriera.

Y así fue, al poco tiempo estuvieron uno frente al otro.

—Tenemos que hablar... —dijo Iana.

—Por supuesto, amor mío, ven, pasa adelante.

—Prefiero no hacerlo aquí, ¿te parece si vamos al jardín?

Vincenzo asintió extrañado, en tanto que Iana, sin pronunciar una sola palabra se adelantó hacia el jardín posterior al cual siempre solían ir, mientras que él fue siguiéndola.

—Ahora que ya estamos aquí —preguntó por fin Vincenzo tomando a Iana de las manos en cuanto se sentó junto a ella—, ¿qué te ocurre, amor mío? Te noto ajena a mí. Te adelantaste sin siquiera regresar a mirar, tampoco has abierto la boca en todo el camino para al menos comentar algo conmigo... ¿Sucede algo que yo no sepa?

Iana, al momento, soltó de sus manos.

—¿Y todavía tienes el descaro de preguntarme si sucede algo? ¡No seas cínico, Vincenzo!

Vincenzo abrió sus grandes ojos negros; más extrañado aún.

—¿Por qué me llamas así?

—Yo... —discutió Iana con mirada acechante, clavando sus ojos soberbios en la vívida expresión de angustia que expresaron los suyos—, quien debía ser la primera persona en saberlo, me lo ocultaste. Así que pronto te irás a Alemania, ¿no es así...? ¿O vas a continuar escondiéndolo?

Vincenzo se quedó por un momento en silencio, pero luego, sujetando la mirada de Iana, quien ni por un instante le apartó sus ojos de encima, respondió titubeante:

—Yo..., tan solo esperaba el momento oportuno para decírtelo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ya estuvieras con un pie en el avión? ¿Es esta la manera en cómo me consideras?

—No, tampoco lo veas así. No hablé de esto contigo antes —dijo tomándola nuevamente de las manos—, porque no sabía cómo hacerlo. Créeme, amor mío, por favor, mi padre me tomó de sorpresa ofreciéndome la oportunidad de continuar mis estudios en Berlín... Ni yo mismo me lo creí.

—Fue la tarde que volviste de casa de tus abuelos, ¿cierto? —Vincenzo asintió con la cabeza, entretanto Iana continuó: —Aquella misma noche debiste habérmelo contado.

—Te repito que no sabía cómo hacerlo. Luego dudé pensando que serían cuentos de mi padre. El tiempo pasó, hasta que ese ofrecimiento se hizo realidad. Te aseguro que haberlo callado hizo que todo se me complicara.

—¡Jamás debiste habérmelo ocultado! —reclamó Iana con lágrimas en los ojos—. Y mira cómo me vengo a enterar...

Vincenzo la miró apesadumbrado.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó.

—Mamá. Tu madre estuvo hoy en casa y fue ella quien le comentó.

Vincenzo, en un profundo suspiro, se humedeció los labios.

—La oportunidad de ir a estudiar en Alemania es algo que siempre he deseado. Nunca imaginé que mi padre llegara a hacer algo así por mi... Me siento agradecido con él.

—No estoy en contra de que cumplas tus sueños yéndote a estudiar en Berlín, pero sé mejor que nadie que tu padre no lo hace con buenas intenciones... No por darte un futuro prometedor, menos todavía por complacer tus sueños. —Iana negó con la cabeza—. Su único afán es el de separarnos.

—No, Iana, no te expreses así de él. Mi padre es otro, él ha cambiado.

—¡Qué no es así, deja de ser tan ciego! —replicó Iana, alterada, levantándose de inmediato. Que Vincenzo le haya contradicho sin tomar consideración a todo cuanto acababa de decirle hizo que le borboteara la sangre.

—¡Basta, Iana, no insistas expresándote así de mi padre! —protestó también Vincenzo poniéndose enseguida en pie; a lo que Iana respondió:

—No le estoy faltando al respeto, únicamente quiero que abras los ojos.

—Si en un pasado él fue un mal padre conmigo, ahora lo está reconsiderando.

Iana sonrió con ironía.

—Está bien, cariño, ojalá y sea como tú dices. Solo te pido que lo consideres antes de tomar esa decisión.

—Yo sé que sí, lo he pensado insistentemente y, créeme, papá ha cambiado conmigo. Ahora ven aquí. —Vincenzo estrechó a Iana fuerte entre sus brazos—. Solo necesito que apoyes mi decisión. Serán dos, tres años a lo mucho, además que en cada receso de ciclo vendré a Italia para estar únicamente contigo. Ya lo he discutido con mi padre porque como tú bien sabes él en un principio será quien cubra con todos mis gastos hasta que yo empiece a trabajar.

Iana exhaló un largo y profundo suspiro.

—Así será entonces, cariño, siempre te apoyaré en cualquier decisión que tomes de hoy en adelante. —Una lágrima incierta resbaló por su nívea mejilla...

Iana, entristecida, conversó esa misma noche con su amiga, Miriam.

Qué giro repentino dio a su vida tal noticia. Ella sabía perfectamente que Donato, de la manera más sutil, dio comienzo a su audaz objetivo... Fue exactamente lo que pregonó abiertamente en

contra de ellos el día en que los enfrentó en la oficina del decano; pero tal parecía que a Vincenzo se le olvidó su sagaz amenaza.

29

IANA CAMINABA POR LOS pasillos de la universidad para en esa soleada mañana de abril dirigirse hacia su habitación, cuando recibió una llamada. Tomó el celular del bolsillo de un costado de su mochila y contestó:

—Necesito que tú y yo hablemos. Te espero esta misma tarde, a las cuatro, en la cafetería que está ahí mismo, a pocos bloques de la universidad. No faltes —dijo Donato sin dejarla siquiera chistar, y enseguida colgó la llamada.

—Por supuesto que ahí estaré —replicó Iana con la respiración agitada y continuó en dirección hacia su habitación. Allí se encontró con Miriam y juntas fueron hasta el comedor puesto que ya era la hora del almuerzo.

—¿Tienes alguna otra novedad de Vincenzo? —preguntó Miriam en cuanto terminaba de acomodarse en la silla.

—No, todo sigue igual —Iana, con gesto abatido, se pasó la palma de su mano por la frente—, insiste en que tan pronto como se gradúe viajará a Alemania.

—Me apeno tanto por ti, amiga. —Miriam trató de consolarla—. No tienes más que tomarlo por el lado bueno. Como te aseguró Vincenzo, en cada receso y fiestas él estará aquí. Además de que tú también podrías ir a visitarlo a Alemania.

Iana asintió con una sonrisa.

—Por supuesto que iré cada vez que me sea posible. —Iana, inquieta, chequeó su reloj.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó Miriam.

—No, solo miraba la hora.

Las dos amigas continuaron charlando durante el tiempo que las llevó terminar su almuerzo.

Miriam pasaría la tarde en compañía de Massimo, mientras que Iana, impaciente por saber de una buena vez qué era eso tan urgente que Donato tenía para decirle, aguardó intranquila dando

vueltas de un lado hacia el otro por su habitación hasta que al fin el reloj marcó pocos minutos antes de las cuatro y salió a encontrarse con él.

Tan pronto como Iana llegó a la cafetería en donde Donato la había citado, echó un vistazo a su alrededor, hasta que pudo verlo, él se encontraba sentado a una de las mesas del fondo.

‹‹Obvio que este desgraciado escogió la mesa más apartada››, renegó para sí y, armándose de valor, se encaminó hacia donde él estaba.

—Llegas a tiempo —enseguida dijo Donato levantando a mirarla en cuanto la tuvo frente suyo.

Iana ni siquiera saludó con él, hizo de lado la silla y se sentó frente a frente con él.

—Te escucho.

Donato, llevando las palmas de sus manos sobre el tablero de la mesa, respondió:

—Seré breve, así que escucha con atención. Por tu bien y el de tus padres te exijo que te alejes cuanto antes de Vincenzo. Y cuando digo cuanto antes ¡es ya, en el acto!

Iana echó a reír en su cara.

—¿Y qué te hace pensar que voy a hacer caso omiso de la estupidez que hablas...? ¡Ándate a la mierda!

Donato la miró impasible, a lo que respondió sonriendo con absoluto sarcasmo:

—¡Qué rápido aprendiste las mismas mañas de tu madre, Iana! Eres una maleducada...

Iana, devolviéndole la misma sonrisa sarcástica, espetó contra él:

—Prefiero ser maleducada a ser un despojo de persona como tú, Donato... Si cabe darte tal título porque ni a persona llegas.

Donato gesticuló con tal sombrío mirar que, juntando ambas cejas, se puso en pie y, sin tomar ni la más mínima importancia de las personas que estaban ahí reunidas, estampó un estrépito puñetazo contra la mesa, al tiempo que su fuerte voz invadió el reducido entorno:

—¡Escúchame bien, Iana D’Alfonso...!

—Iana Márquez.

—¡Vas ahora mismo a alejarte por voluntad propia de mi hijo, de otra manera tú y tus padres sufrirán las consecuencias!

—¿Qué harás? No te tengo miedo —desafió Iana a pesar de lo tenebroso de su oscuro mirar y con la dureza con que le habló.

—Atente a las consecuencias que no estoy jugando. No creo que por tu falta de sensatez quieras ver cómo tu adorado noviecito se convierte en uno más del montón sin lograr siquiera ser admitido en ningún instituto superior tanto dentro como fuera de Italia... Engrosando, como sería

el caso, la fila de desempleados. Y eso no es todo —continuó Donato con arrogancia—, pienso que no querrás ver a tu amado padre en la ruina, despojado de todo cuanto por años trabajó.

Ante semejante amenaza, Iana tembló.

—No te da el derecho de irte en contra de mi familia. Además... —espetó en su cara sujetando su oscuro mirar con energía—. ¡Eres una basura, Donato! ¡Cómo puedes irte en contra de tu propio hijo!

Donato esbozó una sonrisa jactanciosa: las comisuras de sus labios se elevaron dibujando un matiz de altivez.

—Yo lo puedo todo... Aléjate para siempre de mi hijo. Si muestras ser inteligente ni Vincenzo ni tu padre se verán involucrados.

De pronto, uno de los encargados de la cafetería vino hacia donde ellos.

—Por favor —dijo acercándose a donde estaba Donato—, le pido que guarde la compostura, señor, dese cuenta de que estamos en un establecimiento público.

Donato se giró enseguida hacia el hombre, quien insistía en que bajara el tono de su voz; en tanto que Iana permaneció inmóvil mirando cómo Donato, en medio de su brutal ira, en donde el brillo marchito de sus ojos desbordó aversión, asintió a la petición del encargado. Desvió luego su mirada hacia ella: fueron como dos dardos que lanzan su veneno. Éste se dio media vuelta y abandonó la cafetería.

—¿Está todo bien con usted, señorita? —preguntó el camarero.

—Eso creo... —respondió Iana—. Le molesto con un té de hierbas, ¿por favor?

—Enseguida se lo traigo —dijo el camarero.

‹‹ ¿Qué haré ahora? ››, inquieta, se cuestionó a sí misma mientras esperaba por el té que buena falta le hacía. La amenaza, en otras palabras, el chantaje de Donato en contra de su padre y, peor aún, yéndose en contra de su propio hijo, hizo que Iana desconfiara. Ella estaba consciente de que él era un hombre de cuidado, sabía perfectamente que a Donato jamás le temblaría la mano tratándose de hacerle daño sobre todo a su padre.

Tras un largo y ahogado suspiro supo que su advertencia era cierta.

No dudó ni por un momento en afirmar que tal amenaza tenía fundamento por su pesada y malvada trayectoria del pasado en contra de sus padres; de manera más precisa por su desmedido odio hacia su amado padre.

‹‹Dios...››, dijo para sí en cuanto le daba un sorbo a su té de hierbas, ‹‹este hombre es tan cruel y despiadado como el mismísimo demonio››.

Por consideración a su familia, por su gran amor y respeto a su padre, y por el profundo y fiel sentimiento que abrazaba su alma por Vincenzo, Iana decidió terminar sin cuestionarlo con la relación.

Ella sabía mejor que nadie que tal ruptura no sería fácil ni para ella ni para Vincenzo, pero asimismo comprendió que su padre fue muy claro en cuanto a sus amenazas.

Iana, por ningún motivo, permitiría que Donato continuara siquiera con el malintencionado empeño de hacerles daño a sus padres y, menos aún, motivado por su soberbia y desmedido orgullo, jamás iba a consentir que su mano se empuñara haciéndole daño al hombre que ella tanto amaba.

30

DESPUÉS DE LARGAS NOCHES de desvelo debatiendo con ella misma, Iana decidió que había llegado el momento de decirle al amor de su vida que debía irse sin mirar atrás en busca de sus sueños. La graduación de Vincenzo se encontraba a tan solo pocos días de ser una realidad, esa fue la razón por la que Iana tomó la resolución de decírselo faltando tan poco tiempo. Ella no se interpondría en su camino, y así lo dejaría ir libre sin la sombra de su amor que pudiera interferir en su añorada travesía... Aunque todos sabemos que ese no era el verdadero motivo.

Cuando Iana fue a buscar a Vincenzo a su habitación, no hizo falta que tocara a la puerta, ésta se encontraba abierta. Al entrar miró cómo Vincenzo, con atención, tecleaba en su computador. Viéndola, Vincenzo enseguida se puso en pie y fue a darle el encuentro.

—Amor mío, ¡qué linda sorpresa tenerte esta noche aquí!

Iana apenas y sonrió. Su corazón saltó de emoción al verlo, quiso abrazarlo, deseó como nunca besar sus dulces labios rojos y así, inmersos en ardiente pasión, pasar por alto la razón que la llevó hasta allí. En otras palabras se aferró a la idea de no hacer caso de las amenazas de Donato y jamás, así el mundo entero conspirara en su contra, confesarle a Vincenzo que esa sería la última vez que estarían juntos.

—¿Qué tanto haces?

—Preparando los últimos detalles para presentar la tesis. —Vincenzo tomó a Iana por la cintura, y después de darle un cálido beso en la mejilla, la encaminó hasta el borde de su cama—. Me ha llevado toda la tarde hacerlo y créeme, amor mío, que no he tenido ni tiempo de bajar a cenar.

—Lo imagino. —Iana, indecisa, dibujando sus labios una sonrisa nerviosa, carraspeó la garganta. Tenía que decírselo y en ese preciso momento, por lo que, buscando las palabras correctas a pesar del gran dolor que significaba tener que decirle adiós, tomó fortaleza desde lo

más profundo de su ser y prosiguió: —Cariño, he venido pensándolo día tras día, noche tras noche acerca de tu viaje a Alemania, y créeme que ahora lo veo tan oportuno que viajes cuanto antes allí. Es la decisión más acertada que hayas podido tomar y sé, a ojos cerrados, que irás forjando uno a uno tus sueños. —Se venía la parte más difícil, pero Iana pudo con ello, entonces, tomando a Vincenzo de las manos, continuó: —Mas estoy consciente de que para uno conseguir nuestro propósito, cual fuera que este sea que nos hayamos trazado hay que estar de preferencia solos, sin distracciones ni impedimentos que obstruyan nuestro horizonte. Y esto lo digo por ti, Vincenzo. —Iana lo miró fijamente a los ojos, a sus apasionantes ojos negros que hacían sucumbir sus sentidos. Vincenzo frunció el ceño con gesto de incertidumbre; era de esperarse que las palabras de Iana causaron sorpresa en él—. En Alemania —continuó Iana—, se te abrirán las puertas a un futuro prometedor y tendrás la vida que siempre has soñado, diferente a todo cuánto has venido viviendo.

—¿Qué tratas de decirme, amor mío? Me tranquilizan, pero a la vez me dan temor tus palabras...

Iana alzó el pecho y exhaló, esbozando una suave sonrisa.

—Vincenzo, cariño, lo que trato de decirte es que te dejo libre... Libre para que continúes con este maravilloso camino, el que tú mismo lo trazaste desde antes de conocerme, y el que sin tener que mirar atrás te llevará a un futuro prometedor.

—No... ¡No es verdad lo que estoy escuchando! —Vincenzo negó tomando a Iana con ambas manos por el rostro—. ¿Qué significa todo esto? Te conozco bien y puedo asegurar que estas palabras no vienen de ti... ¿Acaso mi padre tiene algo que ver?

—No... —Iana mintió. Una lágrima rebelde brotó de sus ojos, pero antes de que ésta pudiera resbalar por su mejilla, el roce oportuno de su dedo la desvaneció—. Esto es algo que yo decidí.

Vincenzo sujetó su mirada inquieto. Iana pudo notar desconcierto en su angustiado mirar.

—¿Qué decidiste? ¿Y qué significo yo en tu vida? ¿Una marioneta a quien puedes tomar y dejar a tu voluntad?

Iana lo miró apacible, tuvo que esforzarse para demostrar firmeza.

—Tómalo como bien te parezca... Es mi decisión, Vincenzo, y ni tú ni nadie me hará cambiar de parecer.

—¿Nunca me amaste realmente entonces? —cuestionó, sus ojos negros clamaron por una respuesta.

—¡Por supuesto que te amo!

—¡¿Qué forma de amar es esa?!

—Te amo, Vincenzo, es la razón por la que te exijo que te vayas y persigas tu sueño.

—¡Pero tú eres parte de mi sueño! —gritó él—. ¡Deseo una vida pero de tu mano!

—No, Vincenzo, esta travesía la harás tú solo, te espera un mundo en donde sé que vas a triunfar. Quizás algún día nos volvamos a encontrar, y créeme que será ahí cuando me darás la razón.

Vincenzo, en medio de su dolor, negó moviendo de lado a lado la cabeza; a lo que respondió:

—O quizá seas tú quien no tarde en reconocer que cometió un error.

—Sería egoísta de mi parte aferrarme a ti.

—No logro comprenderte, Iana, eres tú quien está siendo egoísta... Con ambos.

—Ahora lo miras así, insisto...

—Está bien —dijo Vincenzo, su voz sonó realmente exhausta—, veo que no consigo hacerte entrar en razón. Jamás podré sacarte de mí, aunque insistas en ello. Enseguida de la graduación me iré. Te amo, no pienses que será fácil vivir sin ti, pero sabré sobreponerme y continuaré solo en mi camino.

Iana lo abrazó.

—Adiós, Vincenzo. Cuídate y prométeme que en ningún momento cruzará por tu mente la sola idea de renunciar a esto maravilloso que la vida ha elegido para ti.

Vincenzo asintió en un profundo suspiro. Se apartó de sus brazos y la miró en silencio, sus ojos reflejaron tal desconcierto que por un momento Iana pensó que se desmoronaba. Pudo restablecerse y retomó la fortaleza.

Por un instante sintió el calor de su piel cuando sus manos largas acariciaron su rostro pálido, lo miró con dulzura esbozando una suave sonrisa y, en medio de su desconsuelo, se apartó de su lado y se marchó.

‹‹ ¡Tampoco podré sacarte de mi vida, amor mío, tenlo por seguro! ››, lamentó su fuero interior en cuanto se alejaba.

31

VINCENZO NO IBA A quedarse así como así después de que Iana terminara con él de esa manera tan repentina e irracional. Algo tuvo que haber sucedido con ella para que tomara esa decisión sin darle una explicación coherente, pensó él.

—Venir a decirme que por mi bien se aleja de mí... ¡Nah!

Esperó arrimado contra el paredón hasta que Iana saliera de su clase de laboratorio para hablar nuevamente con ella, él no se daba por vencido, tenía que hacerla entrar en razón.

Al momento se abrió la puerta y empezaron los estudiantes uno a uno a salir, Iana y Miriam venían de últimas. En cuanto lo vieron, Miriam comentó algo con Iana y, haciendo ademán de saludo con su mano, le regaló a Vincenzo una sonrisa para luego encaminarse por el pasillo.

Vincenzo, devolviéndole la sonrisa, enseguida se acercó a donde Iana, pero ella trató de evitarlo; mas él, sujetando de su brazo, se adelantó a decir:

—Por favor, tenemos que hablar, lo nuestro no puede terminar así.

Iana sujetó su mirada mostrándose algo esquiva.

—Ya se dijo todo, Vincenzo, no lo hagas más difícil, te lo pido.

—¿Vamos al jardín trasero? —insistió. Iana miró a sus ojos en silencio, entonces él continuó: —Solo por esta vez, por favor. Luego de que me escuches respetaré tu decisión, te lo prometo.

—Está bien, será por última vez.

Vincenzo respiró profundo y, antes de dirigirse por el pasillo se ofreció para ayudarla con su mochila y el tablero que llevaba con ella, pero Iana le dijo que no, entonces se encaminaron sin decir una sola palabra hacia el jardín trasero a donde siempre solían ir.

Vincenzo deseó tomar de su mano como antes lo hacía, ir entre risas, bromeando, comentando todo lo que habían hecho durante el transcurso del día... Pero qué difícil y angustiante fue para él tenerla tan cerca y no poder siquiera sujetar su mano.

—No has hablado en todo el camino —comentó con ella una vez estando en el jardín trasero, y se sentó a su lado.

Iana se mantuvo en silencio. Su mirada la tenía fija en los arbustos de cítricos que, con insistencia, se mecían con el viento.

—Ya estamos aquí. ¿Qué más de lo que ya se habló tienes para decirme?

Vincenzo la tomó de las manos, le desesperó que en ningún momento le mirara a los ojos, y a pesar de ello conservó todo el tiempo su contacto visual en ella, aunque Iana no le regresara siquiera la mirada.

—Reconsidera lo que dijiste ayer, no quiero que tú y yo nos separemos. ¡Por favor, Iana, mírame, no me ignores así!

Iana, tras un hondo respiro, regresó la mirada hacia él, y dijo:

—Fui clara contigo, no debo, tampoco quiero ser un obstáculo en tu vida.

—Que no debes, ¿dices? —Vincenzo negó con la cabeza, algo no cuadraba y eso él lo presentía—. Amor mío —preguntó envolviendo sus manos entre las suyas—, no calles, por favor, si alguien te está forzando a que hagas esto, dímelo, insisto en que me cuentes si mi padre tiene algo que ver.

—¡No! —respondió Iana cortante y trató de ponerse en pie para irse.

—Siéntate, por favor. —Vincenzo logró que al menos Iana volviera a la banca—. ¿Por qué siempre que toco el tema de mi padre tratas de huir? —preguntó clavando un aire de desconfianza en sus ojos; a lo que Iana, sujetando su mirada, enseguida respondió:

—Son figuraciones tuyas, no viene al caso repetir lo que ya te lo he dicho. Lo mejor es separarnos, entiende.

Pero Vincenzo se humedeció los labios y, negando con la cabeza, insistió:

—¿Es mucho pedir que esperes por mí mientras termino el masterado en Berlín? ¿Que tú y yo continuemos siendo novios?

—No, Vincenzo, tampoco es justo para mí quedarme aquí esperando...

—No puedo imaginar una vida sin ti —Vincenzo, desesperado pero exhausto, imploró sin desprender ni por un momento sus ojos de los suyos... Sintió que perdía la batalla—. No me dejes, no cuando sabes bien que te amo con todas mis fuerzas, y sé perfectamente que tú también me amas. El amor que te tengo va más allá de todo límite.

Iana, en silencio, esquivó su mirada y bajó la cabeza. Vincenzo pudo notar que disimuladamente se limpió las lágrimas de sus ojos que los traía llorosos. La abrazó fuerte contra su pecho sintiendo los latidos de su corazón, esperando que desistiera de ese absurdo, y en un

cálido beso terminar de una vez con esa tortura. Pero Iana, a pesar de abrazarlo fuerte también, de repente se apartó de sus brazos y, en medio de su quebranto, puesto que de eso también Vincenzo pudo darse cuenta, dijo:

—Adiós, Vincenzo, no insistas buscándome, te lo pido. —Recogió su mochila y su tablero que había dejado a un lado de la banca, le dedicó una cálida pero apresurada mirada antes de irse y se alejó con prisas de él.

Vincenzo corrió para alcanzarla.

—¡No te vayas así, deja al menos que te acompañe!

Iana se giró, decidida, hacia él:

—No, Vincenzo, en esta ocasión necesito que me dejes ir sola. —Y, dándose media vuelta, continúo su camino.

Vincenzo asintió. En medio de su desconsuelo miró a Iana alejarse por entre los senderos que ligeramente alumbrados bordeaban el jardín.

Comprendió entonces que todo había terminado entre ellos.

32

EL TIEMPO SIGUIÓ SU curso, Iana se mantuvo firme en su resolución de dejar a Vincenzo a pesar de que su corazón se le desgarraba por dentro. Cuánto coraje necesitó para afrontar en silencio la soledad impuesta por Donato Carusso; ni siquiera a su amiga, Miriam, le confió el verdadero motivo de la separación.

Un Sol radiante acogió a todos los estudiantes del último año de sus carreras que en ese día significativo celebraban su graduación.

Iana y Miriam, en esa mañana de sábado se alistaban para asistir a la incorporación de Massimo y Vincenzo.

Días antes, Iana recibió por manos de Massimo la invitación en donde Vincenzo le extendía su deseo para que ella asistiera a la incorporación.

—Qué pesar que me da por ti y por Vincenzo, Iana —lamentó Miriam mientras terminaba de colocarse el brillo labial—. Quién iba siquiera a imaginar que ustedes se separarían y que no iban a celebrar juntos este día tan importante.

—No creas que soy indiferente a ello, ¡pero ya qué se puede hacer! —Iana se alzó de hombros —. Ustedes vayan y diviértanse que yo...

—Continúo sin comprender ¿por qué terminaste con él de esa manera tan...?

—¿Tan repentina? —se adelantó a responder Iana.

—Así es, Iana, tan repentina y...

—¿Despiadada, quieres decir? —Iana, desafiante, miró a su amiga a través del espejo, por lo que Miriam se giró hacia ella con el ceño fruncido.

—¡Pues sí, repentina y despiadada! Me quitaste las palabras de la boca... ¿Qué ocurre contigo, Iana? Todo el día desde que amaneció has estado a la defensiva.

Iana respiró con fuerza, se pasó las yemas de los dedos por la frente y exhaló.

—Discúlpame, Miriam, estoy estresada, eso es todo.

—¿Y por qué estás estresada?

—¿No te parece suficiente motivo tener que verle la cara a Donato?

—Bueno... En eso tienes razón. Después de lo estúpido y arrogante que se ha portado contigo es obvio que no quieras ni verle. Al menos yo estaré a tu lado durante la ceremonia, luego iré con Massimo.

—Lo sé, no te preocupes. —Iana esbozó una fugaz e inquieta sonrisa, y más bien terminó de acomodarse el cabello, se decidió por llevarlo recogido en un moño alto, de esa manera luciría mejor con el vestido blanco que llevaba puesta. Ella sabía que no sería para nada agradable tener que soportar la presencia de Donato, y más aún porque sabía perfectamente que aprovecharía cualquier momento por corto que éste fuera para desafiarla, aunque fuera de lejos.

—Es hora de irnos —dijo Miriam, tomó su cartera del escritorio y juntas salieron de la habitación.

Iana y Miriam se sentaron a unas cuantas filas de distancia, de frente a donde se había instalado una plataforma debidamente acondicionada para los estudiantes que esa mañana ingresarían para dar inicio al solemne acto de incorporación como nuevos profesionales.

—Mira, ahí vienen. —Miriam, emocionada, le movió a su amiga por el hombro para que regresara a mirar a Massimo y a Vincenzo que en ese momento entraban.

Iana enseguida regresó la mirada hacia ellos. Sonrió de contento viendo al amor de su vida ingresar al estrado elegante como ninguno vistiendo de traje, con la tradicional toga negra sobre los hombros, el birrete y la banda en color marrón que caracterizaba a los estudiantes de arquitectura. Vincenzo y Massimo se sentaron uno al lado del otro a escasos metros de donde ellas estaban. Vincenzo se miraba tan guapo, sus soñadores ojazos negros y su piel oliva resaltaban primorosamente con la indumentaria. Iana suspiró y volvió a echar un vistazo hacia su costado, Belinda y Donato se encontraban sentados a unas cuantas sillas más allá de donde ellas, uno lo bastante cerca del otro.

Volvió enseguida la mirada al estrado, no tenía ningún deseo de encontrarse con el oscuro mirar del detestable de Donato.

De pronto, Massimo y Vincenzo regresaron a mirar hacia donde ellas cuando Miriam levantó su mano y saludó a su novio.

Vincenzo detuvo su mirada en sus ojos... e Iana en los de él.

Cuánto deseó poder decirle en esos momentos lo orgullosa que se sentía por él, por haber culminado su carrera universitaria destacándose entre los mejores. Deseó desde lo más profundo de su ser decirle que lo amaba y que jamás fue su intención dejarlo ir solo... Pero nada podía hacer al respecto, su padre era el ser más perverso y manipulador que él estaba muy lejos de imaginar.

Ambos permanecieron mirándose el uno al otro en silencio. A pesar de la alegría que representaba para Vincenzo dicha celebración, lucía apenado, así expresó claramente su triste mirar.

Iana le apartó la mirada. Sintió un deseo incontrolable de llorar que bajó la cabeza, no logró controlarse... Debía ser fuerte y mantener la compostura.

—¿Qué te ocurre? —preguntó de pronto Miriam.

—Nada... —respondió a su amiga disimulando las lágrimas que, rebeldes, empezaron a rodar por sus mejillas—, sentí una fuerte emoción, eso es todo. —Y, controlándose para no desfallecer, respiró profundo y levantó nuevamente la mirada.

—Tal parece que se va a dar paso a la condecoración a los mejores estudiantes —comentó Miriam, indiscutiblemente estaba muy emocionada—. Prepárate porque Vincenzo es uno de ellos, por no decir el mejor.

Iana esbozó una sonrisa inquieta, su corazón palpitó descontrolado.

Y en efecto, seguido a las palabras de bienvenida y agradecimiento que dio Maximiliano Romano, quien era la máxima autoridad en la universidad, anunció que inmediatamente se daría lugar al acto solemne en donde se llevaría a cabo la condecoración a los mejores egresados de esa promoción.

Y así se dio cumplimiento a la gala:

—Con la calificación numérica más alta, con un promedio de ciento siete puntos sobre ciento diez —dijo Maximiliano Romano—, es un honor para mí llamar ante ustedes, y ante nosotros, dignidades del establecimiento, al señor, Vincenzo Carusso Fiorucci, estudiante de arquitectura, para ser debidamente condecorado.

Vincenzo, esbozando una sutil sonrisa enseguida se puso en pie y fue hasta el podio, en donde Maximiliano Romano, luego de seguir con el debido protocolo le condecoró colocando sobre sus hombros la estola de honor en color púrpura, en donde se podían leer las siglas: *Summa Cum*

Laude, además de colocarle la medalla de honor y entregar su acta de grado. Vincenzo agradeció al presidente, demás dignidades y profesores.

Antes de regresar a su silla buscó con la mirada a Iana, ella le devolvió una sonrisa, aunque fuera de lejos. Vincenzo sostuvo por unos segundos su mirada y luego, desviándola, sonrió a su madre quien, estando de pie, aplaudía frente al estrado hasta que Vincenzo bajó del podio.

Continuaron llamando a los estudiantes destacados, hasta que llegó el turno de Massimo, quien también fue galardonado.

—¡Qué emoción ver a Massimo recibir también su medalla! —no tardó en comentar Miriam.

—Se lo merece —dijo Iana con una sonrisa—, ambos se lo merecen.

Miriam asintió, se la miraba extremadamente feliz.

—Tan pronto como termine la ceremonia iré junto a Massimo, amiga, te dijera ven conmigo pero sé que no lo harás.

Iana negó con la cabeza. Era precisamente lo que más deseaba, pero estaba prohibida a hacerlo. ¿Por qué Donato tuvo que involucrar su sucia mano y estropear algo tan lindo y transparente que había entre los dos?, se lamentó la pobre muchacha en medio de un profundo suspiro.

—Ve con él Miriam, y de paso dale mis sinceras felicitaciones. Dile, además, que me alegro muchísimo por él.

—Y para Vincenzo, ¿no hay ningún mensaje de tu parte? —preguntó Miriam inquiriendo a su amiga con la mirada.

Iana asintió con una suave sonrisa.

—Únicamente dile que me siento orgullosa por él, y que le deseo todo lo mejor.

De pronto, Maximiliano Romano dio sus palabras de agradecimiento, además de expresar sus mejores augurios para todos y cada uno de los egresados quienes en esa cálida mañana se proclamaron como nuevos profesionales, dando así por concluida la ceremonia.

Vincenzo, junto con Massimo, además de todos los estudiantes que ese día egresaron se levantaron de sus sillas y, en medio de aplausos, acompañados a su vez de una hermosa melodía de fondo, lanzaron al cielo sus birretes en señal de felicidad y gratitud por haber terminado meritoriamente su carrera universitaria.

Iana, de pie frente a los graduados, elevó también sus manos haciendo palmas, feliz de compartir la dicha de Vincenzo, aunque tuvo que conformarse con mirarlo de lejos.

Vio cómo Belinda y Donato se acercaron a donde su hijo en medio de la multitud.

Belinda lo abrazó y besó su frente, mientras que Vincenzo, sonriendo a su madre, la envolvió entre sus brazos.

Iana los miró con ternura... Qué gran madre era Belinda, y qué buen hijo era Vincenzo.

Luego llegó el turno de Donato: una palmadita en el hombro y una sonrisa apurada, además de uno que otro comentario, seguramente dando su “enhorabuena" fue lo único que claramente pudo notar por parte de su padre desde donde ella se encontraba parada...

Qué falta de empatía que ese hombre tiene hacia su hijo, pensó.

De pronto, Donato se giró y, desde el estrado, aprovechando que Vincenzo, de espaldas a él daba y recibía felicitaciones entre sus compañeros, desafió a Iana con la mirada esbozando una sonrisa malintencionada; tal parecía que él sabía perfectamente en donde ella estuvo durante todo ese tiempo. Sus ojos lanzaron advertencia y veneno, y su irónica sonrisa expresó odio y triunfo a la vez. Siendo así, Iana sujetó con total postura su mirada sin apartarle ni por un momento sus ojos de encima, hasta que él mismo la desvió en el momento en que su gran amigo, Giuseppe Parisi, el decano del departamento de medicina, se le acercó y ambos se estrecharon en un abrazo.

De repente, Vincenzo se giró, su mirada y la de Iana convergieron por largos segundos.

Iana le regaló una dulce pero breve sonrisa, se dio media vuelta y, en cuanto se disponía a abandonar los jardines delanteros de la universidad para ir a su habitación, escuchó la voz de Belinda quien la llamó, por lo que ella, volteándose de inmediato, sonrió a la madre de Vincenzo:

—Querida, ¿te gustaría antes de que te fueras ir a conversar un momento a solas conmigo?

—Buenos días, Belinda, por supuesto —respondió Iana.

—¿Qué te parece si te invito a tomarnos rápidamente un espresso en la barra de la cafetería que está a la vuelta de la universidad? Tengo tiempo suficiente antes de ir a reunirme con mi hijo en el restaurante.

Iana asintió con una sonrisa.

—Me encantaría.

Iana y Belinda se dirigieron hacia la cafetería; la misma en donde Donato la chantajeó.

La ceremonia había terminado y Belinda disponía de pocos minutos antes de ir a encontrarse con su hijo y demás estudiantes de arquitectura, así como también el decano de su facultad, profesores e invitados en el restaurante en donde se ofrecería el almuerzo en honor a los egresados.

—¿Cómo has estado, Iana? —preguntó Belinda una vez que se encontraban en la barra de la cafetería.

—Bien, Belinda, pronta a acabar el semestre también. —Iana sonrió.

—Entiendo que tendrás bastante trabajo para las próximas semanas.

—Así es, los exámenes de fin de semestre se aproximan.

En cuanto conversaban, el muchacho encargado en la barra terminó de preparar los dos espressos manteniéndose de espaldas a ellas, se dio la vuelta y los colocó sobre la mesa. Iana abrió el sobrecito de azúcar y lo echó en su café. Quería saber qué mismo haría Vincenzo en los próximos días, por lo que se animó a preguntar:

—Y Vincenzo, ¿para cuándo tiene previsto viajar a Berlín?

Belinda la miró algo extrañada. Tomó un bocado de su espresso y, tras dejar la taza sobre el mostrador, respondió:

—Pensé que ya lo sabías, pronto, querida, en cuatro días mi hijo se irá.

Iana sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo, nunca imaginó que lo haría así, de inmediato. Trató de disimular el inmenso pesar que le causó escuchar aquello, pero a Belinda no podía engañarla, por lo que, tomando de sus manos, enseguida comentó con ella:

—Todavía estás a tiempo de hablar con él, querida, no dejes que se vaya con el corazón destrozado. Desconozco los motivos que te llevaron a terminar con mi hijo, pero asimismo sé que ustedes se aman.

Iana miró a Belinda apacible, sus labios dibujaron una suave sonrisa.

—No puedo hacerlo, Belinda, y le imploro que no me cuestione al respecto.

—Está bien, hija mía, no voy a insistir. —Belinda la miró directamente a los ojos. Ella era una mujer prudente, Iana tuvo confianza, por lo que se sintió a salvo estando en su compañía—. ¿Irás a casa de tus padres en verano?

—Sí, permaneceré en casa durante todas las vacaciones.

—Bueno... —Belinda acabó de un solo sorbo con el resto de su espresso y pidió la cuenta—, me encantaría seguir conversando contigo pero como te dije Vincenzo me espera en el restaurante.

—No se preocupe, Belinda, en todo caso le agradezco la invitación, me alegró mucho compartir un momento con usted.

—No tienes de qué, querida, y no dudes en llamarme cuando lo desees, estaré feliz de saber de ti —dijo mientras pagaba la cuenta.

—Gracias nuevamente. Y usted no dude en ir por el pueblo, a mis padres y a mí nos dará mucha alegría recibirla.

Belinda asintió con una sonrisa.

—Lo tendré presente, y ahora vamos que te pasaré dejando en la universidad. —Ambas salieron con prisas de la cafetería.

Una vez en su habitación, Iana sintió una soledad inmensa.

Qué difícil le resultó encontrarse sola entre esas cuatro paredes sabiendo que Vincenzo pronto se marcharía; y sin la compañía de Miriam, quien al menos la haría reír.

Se lanzó sobre la cama y cerró los ojos tratando de dormir, pero al momento el recuerdo de Vincenzo asaltó sus pensamientos...

33

HABÍAN TRANSCURRIDO YA ALGUNAS semanas desde la graduación de Vincenzo y él, tal como le hizo saber a Iana, enseguida de la incorporación viajó a Alemania, por lo que desde entonces ella no supo más de él.

Pronto concluiría el ciclo universitario, durante el transcurso de esos días las dos jovencitas, junto con el resto de los estudiantes presenciaban los exámenes de fin de semestre, y entre los planes de Iana, además de los de Miriam, estaba ir a Valserra y permanecer en el pintoresco pueblo norteño durante los calurosos meses de verano.

Una vez encontrándose en casa, Iana pidió a sus padres que no la cuestionaran por su repentino rompimiento con Vincenzo. Por otro lado, ellos respetaron su decisión, pero como era de esperarse, Iana mostraba cierta apatía que tanto a su madre como a su padre les preocupaba.

Esa mañana Miriam fue hasta su casa, luego las dos amigas irían a dar un paseo por el bosquecillo de cipreses, el cual se encontraba a las afueras del pueblo, y el mismo al que Ainara y Saúl solían ir cuando se conocieron y empezó su atracción.

—Ahora que estamos apartadas de tu casa —dijo Miriam—, necesito que me digas la verdad.

En tanto que Iana, con gesto desmotivado, condujo a su amiga hasta el borde del río y ahí se sentaron.

—Lo siento por no habértelo contado antes, Miriam, mas el verdadero motivo de mi separación con Vincenzo fue por algo terrible.

Miriam, asombrada, preguntó:

—¿Qué fue eso tan terrible, Iana? Me preocupas...

Iana tomó entre sus dedos una piedrecilla de la orilla y, mientras la lanzaba al río, renegó:

—Fue Donato... Él me amenazó, Miriam.

—¿Lo dices enserio?

—Así es, amiga, ese desgraciado me chantajeó diciendo que si no le dejaba de una vez por todas a Vincenzo, que él se encargaría en persona de hacerles daño a papá y mamá..., y que lo mismo haría con su hijo.

—¡Santo cielo! Pero si el tal Donato es más cruel que el mismísimo demonio... ¡Qué alcances tiene!

—Lo es, Miriam, su odio por mi familia llega más lejos de lo que uno pudiera imaginar.

—¡Ay, amiga! —exclamó Miriam abrazándose a Iana—, ¿cómo pudiste callar algo así durante todo este tiempo?

—Le prometí a ese desgraciado que no se lo diría a nadie... Sentí temor.

Miriam miró a su amiga entristecida.

—¿Y a Vincenzo? ¿Qué fue lo que le dijiste? Pobre... ni se imagina la porquería de padre que tiene... ¡Cuánta lástima siento por él!

Iana sonrió con ironía.

—Igualmente yo. Pobre Vincenzo, se fue creyendo que su padre ha cambiado, que ahora es diferente a cómo era antes y que solo desea su porvenir y felicidad. Su único propósito fue mandarlo a estudiar lejos para que se olvidara de mí —renegó tras un fuerte respiro—. ¿Sabes? —comentó Iana con su mirada perdida en la diminuta cascada que, suavemente, se precipitaba y colisionaba contra una roca lisa—, nunca le he traído a Vincenzo a este lugar. Es hermoso, ¿cierto? Este lugar tiene historia... Una perfecta y bellísima historia...

—Si así lo dices, así mismo ha de ser —respondió Miriam sin prestar mayor atención—. ¿Qué te parece si regresamos a casa?

Iana asintió regresando a ver a su amiga.

—Pasemos antes por el camposanto, deseo visitar al padre Fortunato.

—Está bien, te acompaño y así le dejamos dalias coloridas como tanto le gustaban.

Pasados algunos días desde que Iana y Miriam estuvieron en el bosquecillo de cipreses, la residencia de la familia D’Alfonso recibió la inesperada visita de Belinda.

En esa ocasión, dicha visita era exclusivamente para Iana...

¿Pero qué era eso tan urgente que seguramente Belinda tendría para decirle?

En casa no se encontraba nadie más que Iana; sus dos pequeños hermanos habían acompañado esa tarde a su madre a la galería de arte, a diferencia de Saúl, que se encontraba de turno en el hospital.

—¡Qué gusto verla, Belinda! —saludó Iana, invitándole a pasar enseguida adelante.

—Igualmente lo es para mí, querida. Tus padres, ¿están en casa?

—No. Mamá fue a la galería, y papá está de turno en el hospital. ¿Desea tomar algo?

—Un café estaría bien, gracias —respondió mientras Iana la encaminaba hacia el comedor—. Sé que te resultará extraño que haya venido hasta aquí —dijo Belinda en cuanto Iana servía el café en ambas tazas—, pero la verdad es que necesito conversar contigo. No deseo esperar un solo día más para confiarte una verdad la cual mereces saber.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Iana, su comentario la puso sumamente inquieta—. ¿Pasó algo con Vincenzo?

—No te inquietes, Vincenzo está bien... Dedicándose de lleno a sus estudios, como es su afán. Esto que vengo a decirte tiene que ver con su padre. Pero antes necesito que seas sincera conmigo y me digas si Donato tuvo algo que ver en la ruptura entre ustedes dos.

Iana negó de inmediato con la cabeza; a lo que Belinda cuestionó:

—¿Estás segura? Mira que conozco bien a ese hombre, y a mí no me engañas. Vincenzo se fue devastado, él te ama, Iana, no encuentro lógica alguna en que hayas terminado con él con la simple justificación de que lo hiciste con el fin de que cumpliera su sueño... Confía en mí, hija, ¿qué fue lo que te dijo Donato para que rompieras con mi hijo justo antes de que él se fuera para Alemania?

A pesar del gran esfuerzo que Iana hizo por mantenerse firme y guardar la calma ante la interrogante de Belinda, no pudo con ello y echó a llorar.

—Me amenazó diciendo que le haría daño, que lo convertiría en un fracasado sin opción a ser admitido en ninguna universidad... ¿Qué pretendía que hiciera? Mas que dejarlo ir, y aunque mi corazón se desgarra por tal mentira, debí hacerle creer que no me interesaba continuar con él.

Belinda tomó a Iana de las manos.

—Mi querida, Iana, ¡cuánto daño y sufrimiento te ha ocasionado ese hombre! Y no solo a ti, Vincenzo también está sufriendo.

—No puedo hacer nada para remediarlo, Belinda, mis padres también están involucrados en su vil amenaza.

Tras un largo y profundo respiro, Belinda le expuso a Iana la verdad acerca del imprevisto viaje de Vincenzo:

—Ahora quiero que conozcas toda la verdad que hay detrás del supuesto favor de Donato, ofreciendo a su hijo tales estudios en bandeja de oro. —Iana la miró intrigada, entretanto Belinda continuó: —El único afán de Donato, como tú bien lo dijiste, era el de separarlos. Por esa razón se valió de un viejo colega para que aceptara a Vincenzo en el instituto sin siquiera permitirle

efectuar un examen de ingreso, cuando todos sabemos que mi hijo aprobaría sin dificultad ahí o donde quiera que fuera y sería aceptado en cualquier universidad. —Tras un largo y molesto respiro, Belinda prosiguió: —Por lo que logré enterarme, Donato pretende que Vincenzo permanezca en Alemania y que no vuelva por Italia. Con certeza algo se trae entre manos en confabulación con su gran amigo... ¡De seguro es otro sinvergüenza al igual que él!

—No sé qué decirle a todo esto, Belinda —interrumpió Iana—. Ya está hecho y no puedo hacer nada al respecto. Como le dije, hay muchas personas involucradas y sé perfectamente que Donato no lo pensaría dos veces para cumplir con su amenaza y frustrar la carrera de Vincenzo... Me hizo directamente responsable de ello. Además de que él fue muy claro al decirme que no le temblaría la mano tratándose de irse en contra sobre todo de mi padre y hacerle daño.

—No renuncies a Vincenzo, Iana, no renuncies al gran amor que ambos se tienen por temor a sus patéticos chantajes, créeme que él únicamente se maneja de esa manera... Extorsionando a todos quienes se interponen en su camino... Confío en que no llegará más lejos de ser una amenaza.

—No... —Iana negó—, no sea tan inocente, Belinda. Donato ya les hizo suficiente daño a mis padres. Su odio es tan fuerte hacia ellos que no esperaría nada para volverse a ir en su contra. Estando lejos de Vincenzo, sé que él y mis padres se mantendrán a salvo.

—Lamento todo el pasado oscuro por lo que tus padres tuvieron que pasar a manos de Donato, hija. En todo este tiempo en que he tenido la oportunidad de conocerlos me he dado cuenta de lo maravillosas e íntegras personas que son, razón más que suficiente para haberte llegado a querer tanto como a una hija.

Ante tales palabras de afecto, Iana esbozó una dulce y agraciada sonrisa.

—Gracias, de corazón, por su gran estima hacia mis padres y hacia mí, Belinda. Igualmente yo la aprecio muchísimo, y tenga la convicción de que es recíproco en cuanto a mis padres.

Belinda asintió, pasando con una certera sonrisa la palma de su mano por su hombro.

—Lo sé, querida, su buena vibra invade cualquier lugar a donde ustedes vayan... Y no se diga este hermoso hogar.

—Aprecio sus gentiles palabras, siempre las llevaré muy dentro mío.

—No es una despedida, ¿cierto?

—Claro que no. —Iana echó a reír.

—Debo irme —dijo Belinda poniéndose en pie—. Deseo todo lo mejor para ti, mi queridísima Iana. Cuídate mucho y, por favor, no descartes ni por un momento la sola idea de reconsiderar

darte una oportunidad y tener un acercamiento con mi hijo... Ambos se merecen estar juntos y ser felices... ¡Gústele a quien le guste!

—Amo con toda mi alma a Vincenzo, Belinda, siempre téngalo presente. ¿La acompaño hasta la puerta?

—Te lo agradezco. Hasta pronto, Iana, dale mis saludos a Ainara y Saúl. Oh... —de pronto, Belinda metió la mano dentro de su bolso y sacó dos medianas envolturas—, olvidé darte esto —dijo entregándoselas—, es un presente para tus hermanos. Quise dárselos por las pascuas pero me fue imposible venir hasta aquí. Dales un beso de parte mía, y ahora sí que me voy porque quiero pasar antes por la parroquia visitando al reverendo. El padre Edoardo es muy simpático.

—Lo es —respondió Iana con gesto asertivo—, también mamá y papá lo aprecian muchísimo.

—Bueno, no me distraigo por más tiempo. Que tengas una linda tarde, hija. —Ambas se despidieron estrechándose un abrazo al pie del portón de entrada de la residencia de la familia Márquez D’Alfonso.

34

UN NUEVO CICLO LES dio la bienvenida a los estudiantes de la Universidad de la Toscana. Iana y Miriam asistían a su segundo año de estudios; por lo que cada vez demandaba más de su tiempo.

Qué triste le resultó a Iana caminar por los pasillos, pasear por los jardines de la universidad sin la presencia de Vincenzo... En cada espacio y en cada rincón habitaba el recuerdo de los amorosos y maravillosos momentos que compartieron juntos.

Durante los dos meses de verano que Iana estuvo en su pueblo, ella, en medio de tan apacible calma, dispuso del tiempo suficiente para reflexionar acerca de los acontecimientos que la llevaron a tomar tal decisión, con lo cual desde entonces su vida se tornó en una vida de angustia y soledad.

¿Hizo lo correcto?, fue la incógnita que día tras día rumiaba en su cabeza; así como también no dejó ni por un momento de pensar en la sorpresiva visita que tiempo atrás le hizo Belinda...

¿Debería prestar mayor atención a todo cuánto ella le expresó en aquella visita?

Iana empezó seriamente a cuestionarse si valió la pena hacer caso omiso al chantaje de Donato. Igualmente coincidió con ella su amiga, Miriam, y no se diga Massimo, quien de vez en cuando frecuentaba la universidad para visitarlas, sobre todo a su novia e ignorante del verdadero motivo de la ruptura de sus dos amigos, cada vez que iba al instituto comentaba con Iana que lo reconsiderara puesto que siempre, sin excepción, cuando se comunicaba con Vincenzo, éste le manifestaba el inmenso sufrimiento que invadía su alma desde que ella y él rompieron. –Si no fuera por la dedicación exagerada que les otorgaba a sus estudios– fueron las palabras textuales de Vincenzo, él no conseguiría siquiera superarlo. Culminar exitosamente con sus estudios superiores era la razón que lo mantenía en pie.

Ante tales afirmaciones, Iana empezó a inquietarse, sabía que algo tenía que hacer para recobrar su amor sin la expectativa de la sombra de miedo que le impuso Donato.

No más abusos, amenazas ni chantajes ni para ellos ni para su familia...

Iana debía retomar el control de su vida como la mujer fuerte y decidida que era... Así, de la misma manera como lo fueron y continuaban siendo sus padres.

Desde ese momento en adelante, Donato Carusso tendría que vérselas con ella; declaró Iana.



35

Dos años después

LOS FRÍOS DÍAS DE invierno empezaron a azotar Berlín. Ese año las fuertes nevadas no se hicieron esperar y Vincenzo, encontrándose a tan solo seis meses de concluir su maestría, aplicaba desde ya a trabajos en Italia.

Ni él mismo podía creer que habían transcurrido más de dos años desde que salió de su país... Tiempo considerable sin tener contacto alguno con Iana.

Él la extrañaba con el alma.

Durante el primer año de sus estudios, todo marchaba en la medida que se pudiera catalogar como bien entre su padre y él, pero conforme avanzaban los meses, Vincenzo empezó a notar que su padre frecuentaba seguido por el instituto; cosa que en un principio no lo hacía, mas esa no era la razón de su asombro, en varias de las veces en que Donato estuvo allí ni siquiera se miraban, sabía por terceros que únicamente se reunía con su amigo, Giacomo.

Ante tal apatía por parte de su padre, Vincenzo trató de mantenerse indiferente a ello puesto que conocía de sobra su egocéntrica forma de ser. Hasta que un buen día, dichas visitas se volvieron más frecuentes, pero con la diferencia de que esas visitas eran expresamente dirigidas para él.

En un principio, padre e hijo trataban lo esencial: Vincenzo le comentaba sin ahondar demasiado sobre los asuntos concernientes a su pronta graduación, mientras que Donato, sin hacer comentarios inapropiados, escuchaba los planes de su hijo.

Le habló acerca de las aplicaciones de trabajo que desde ya venía haciendo en distintas ciudades con proyectos prometedores en Italia. Su afán era emplearse cuanto antes, estar cerca de su madre, de sus amigos, y aunque él mantuvo discreción sobre ello con su padre, su mayor anhelo era estar cerca de Iana.

A pesar de que las cosas ya no eran como antes, siempre había una luz de esperanza para Vincenzo.

Fue entonces, luego de que Vincenzo le comentara a su padre el interés que tenía de trabajar inmediatamente después de su llegada a Italia, cuando Donato, ni bien y no habían pasado ni dos semanas desde la última vez que estuvieron juntos, éste volvió a Berlín con una nueva y sorpresiva propuesta para su hijo.

Como era su costumbre, Donato invitó a Vincenzo a almorzar en un lujoso restaurante de comida italiana en el centro de Berlín:

—Hijo, me gustaría que este fin de semana vengas a quedarte conmigo. Renté un apartamento pequeño pero lo bastante cómodo en el centro de la ciudad.

—¿Y eso, papá? ¿Piensas acaso mudarte a Berlín? —Vincenzo echó a reír.

—Radicarme en Berlín no, pero mantenerme yendo y viniendo, sí. Además de que un amigo, lo bastante cercano por cierto, y con quién siempre he mantenido una estrecha amistad, se mudó aquí hace ya algún tiempo. Este fin de semana nos reuniremos después de no habernos visto en algunos años puesto que estuvo viviendo en Japón, se casó por esas tierras y ahora que ha regresado y supo que tú estudias en Berlín, quiere presentarme a su familia y conocerte. Bueno... —Donato esbozó su típica sonrisa malintencionada—, le he hablado muy bien sobre ti, por supuesto.

—Me parece interesante que vuelvan a reunirse, papá, pero ¿que yo vaya no piensas que es algo exagerado? Quizá para una próxima ocasión.

—¡¿Cómo que no?! —enseguida protestó su padre—. Ángelo es como un hermano para mí, ¡tu comentario está fuera de lugar! Ahora es el momento indicado para presentarte con él y su familia, sé que luego no tendrás tiempo puesto que estarás sumamente ocupado con los asuntos de la universidad.

Vincenzo, un tanto desconfiado, preguntó:

—¿Hay algo más detrás de ese afán tuyo de que vaya y del cual no estoy enterado?

Donato respiró largo y profundo; a lo que respondió:

—Por supuesto que tengo una razón más que suficiente para que vengas conmigo. Ángelo es el dueño de una prometedora compañía de construcción aquí en Alemania, la cual la fundó hace

algo menos de tres años... Tendrías excelentes opciones de trabajo representando a su firma. Además que me encantaría que conozcas a su hija, Himari.

Vincenzo sonrió para sí con desdén. No estuvo de acuerdo con la exagerada intención que mostró su padre de que él permaneciera en Alemania, menos aún le interesó conocer a la hija de su amigo; ante lo cual respondió:

—Te agradezco la preocupación, papá, pero no está en mis planes permanecer en Alemania luego de que me haya graduado. Y con relación a la hija de tu amigo, no me interesa conocerla. Pienso reconquistar a Iana. Aún la amo, no la he podido olvidar.

—¡Deja de ser estúpido! —replicó su padre—. Te estoy ofreciendo la oportunidad de tener una mejor vida lejos de Italia, lejos de la sombra de ese pasado que insistes en recordar y que únicamente te llevaría al fracaso... Pero tú, pese a que gracias a mí estás aquí, estudiando tu maestría en una de las mejores universidades de Europa, por no decir la mejor, continúas con tu idiota actitud de jovenzuelo enamorado... ¡Ten los huevos bien puestos, carajo! ¡Eres un Carusso! Para conseguir un objetivo en esta vida hay que ir pateando lo que estorba en el camino.

—¡Basta, papá, ya fue suficiente! ¿Acaso ese fue tu único afán? ¿Traerme a Alemania con engaños con el fin de alejarme de Iana, sabiendo que mi sueño era culminar mi carrera en este país? ¡Pero qué idiota fui! En eso no te equivocaste, pero no por amar a Iana con toda mi alma, sino por haber creído en tu egoísta interés. ¿No será que tuviste algo que ver con su repentina decisión de romper conmigo?

—No permito que me hables de ese modo... ¡Soy tu padre, malagradecido!

—¡Y tú respétame como el hombre adulto que soy!

—No pienses que esto va a quedarse así —amenazó Donato luego de levantarse, recoger su abrigo y sus guantes de cuero negro que los había dejado en el respaldo de la silla—, tienes una deuda muy grande conmigo... Y desde ya te aclaro que acatarás todo lo que se viene...

—Si te refieres al dinero que has gastado para mis estudios durante estos años, descuida que te devolveré hasta el último centavo.

—Hasta una próxima vez, Vincenzo. —Donato le lanzó a su hijo una mirada por demás amenazante, luego de eso salió del restaurante dejando su almuerzo servido.

Vincenzo, por vez consecutiva, volvió a ser presa fácil del maquiavélico plan de su padre.

Él intuía que algo tuvo que haberle dicho a Iana para que ella lo dejara así, sin explicación alguna.

Por esas coincidencias de la vida, Vincenzo se enteró de algo que lo dejó sin palabras.

Por boca de uno de sus profesores, quien además era buen amigo del presidente de la junta directiva de la universidad, Giacomo Mantovani, supo que entre su padre, él, y una tercera persona, quien en ese momento dicho profesor no recordaba su nombre, habían tejido, al detalle, el futuro de Vincenzo.

Entre otras cosas se supo que Donato nunca pagó los estudios de su hijo; al contrario, Giacomo Mantovani, valiéndose de su cargo, y a sabiendas de que Vincenzo ya se proyectaba a ser un extraordinario profesional gracias al destacado estudiante que demostró ser, favoreció a Donato permitiendo que su hijo estudiara en aquella excelentísima universidad de estudios superiores para luego cobrarse el favor empleándolo en la constructora de aquella tercera persona, de la cual Giacomo también formaba parte.

Atando cabos, Vincenzo se dio cuenta de que esa tercera persona no podía ser nadie más que el gran amigo de su padre: Ángelo, el mismo quien días atrás le habló que vino desde Japón.

‹‹ ¡Cuánto descaro! ››, exclamó para sí, indignado.

Tan solo fue un títere a quien su padre pudo manipular a su antojo y conveniencia.

—¡Vincenzo, amigo mío! ¿Cómo has estado? —contestó Massimo al teléfono.

—¿Acaso interrumpo algo? Porque si es así llamo luego.

—No, para nada, justamente iba de camino a casa —respondió Massimo—. Pero cuéntame, ¿cómo van las cosas por allá?

Tras un largo respiro, Vincenzo respondió:

—Por esa razón te llamo, para contarte, más bien dicho para desahogarme contigo de algo tan escalofriante de lo que me acabo de enterar.

—¿Qué sucedió? —preguntó Massimo.

—Como siempre mi padre. ¿Puedes imaginar que me trajo hasta aquí con sucios engaños?

—¿Qué fue lo que hizo esta vez?

Y así, con lujo de detalles, Vincenzo le contó a su amigo la verdadera intención de su padre favoreciéndole los estudios en Alemania.

—Es imperdonable todo lo que me cuentas, Vincenzo, pero asimismo siéntete agradecido porque lo supiste a tiempo, además, pronto tendrás tu título anhelado bajo el brazo... Y eso, tenlo muy presente, que nada ni nadie lo podrá refutar.

—Así es, amigo. Y ahora cuéntame, ¿qué has sabido de Iana?, ¿te ha comentado algo sobre ella Miriam o de pronto ustedes se han visto?

Para Vincenzo no pasó inadvertida la risita que dio Massimo; entretanto respondió:

—Justamente estuvimos reunidos hace un par de días, y déjame decirte que Iana te extraña muchísimo... Así me lo dio a entender.

—¿Y no me lo dijiste? —enseguida protestó Vincenzo.

—Discúlpame, pero no lo vi oportuno. Tú mismo dijiste que era mejor mantenerse alejado de todo cuánto a ella concierne.

—Es verdad. —Vincenzo calló por un momento—. ¡Qué equivocado estaba al pensar injustamente! ¿Sabes?, presiento, es más, te doy mi cabeza a que mi padre tuvo que ver en su repentina y descabellada decisión de separarnos... ¡Qué estupidez haberme dicho que sería una distracción para mí si continuábamos juntos! —Vincenzo echó a reír.

—Así lo pensé yo también... —respondió Massimo—, pero qué te puedo decir, conozco su carácter y nada se podía hacer. Y con todo esto, ¿qué piensas hacer?

—Como ya te lo venía diciendo, he enviado algunas carpetas a diferentes constructoras en Italia. Tan pronto como me gradúe regresaré.

—Es lo más acertado —dijo Massimo—. Y en cuanto al trato que hizo tu padre con sus dos amigos, ¿cómo te deslindas de eso?

Vincenzo rio para sí con ironía.

—Simple y sencillamente yo no tengo nada que ver en sus planes deshonestos, es más, yo jamás me quedaría en Alemania. Le comenté el caso a un amigo que estudió leyes, él me aseguró que mientras yo no tenga nada firmado que todo quedará en palabra, por lo que no tengo de qué preocuparme. Y dado el caso de que existiera un documento firmado, el cual no existe, no tendría validez alguna.

—Concuerdo con tu amigo, Vincenzo, no hay de qué preocuparse. ¡Qué feliz va a ponerse Iana cuando sepa que pronto estarás de regreso!

—Ni se te ocurra correr a decírselo a Miriam, mira que ambas comparten la misma habitación en la universidad. Soy yo quien desea decírselo, pero antes debo desenmascarar a mi padre.

—Te doy mi palabra.

—Y ahora te dejo, no te quito más tu tiempo, ve y haz lo que ibas a hacer... —Vincenzo soltó una risotada—. Por cierto, dale mis saludos a Miriam.

—Así se lo haré saber. Hasta muy pronto, amigo.

Vincenzo cortó la llamada.

Algo tenía que hacer para recobrar a Iana... y enseguida.

36

EL FRÍO INTENSO Y las fuertes nevadas en esos días de invierno cubrieron las altas tierras de Valserra, en donde, cipreses y pinos erguidos majestuosos con sus picos blanqueados, los cuales resaltaban en lo alto, hacían del pintoresco pueblo norteño un lugar único.

Iana había ido a pasar una corta temporada en casa de sus padres, y durante el tiempo que estuvo allí decidió contarles el verdadero motivo de la separación con Vincenzo.

Su único afán era derrocar de una vez por todas y definitivamente al inescrupuloso de Donato Carusso.

Cuando Iana les comentó a sus padres acerca del chantaje de Donato, ellos no tardaron en darle su apoyo; jamás iban a permitir que se saliera con la suya:

—Mi querida Iana —se lamentó su padre—, ¡por cuánto tiempo te mantuviste en silencio sin contárnoslo! Te aseguro que las cosas no hubieran sucedido de la manera como se presentaron si hubieras confiado en nosotros.

—Papá... —respondió Iana, mientras que su madre prestaba atención—, no imaginas el terror que sentí de que ese desquiciado llegara a cumplir con su amenaza y les hiciera daño tanto a ustedes como a Vincenzo.

Saúl respiró con fuerza, mientras que Ainara se adelantó a decir:

—Te comprendo, y créeme que hasta me permito darte la razón, hija mía. Donato no es un hombre que se conforma con simples amenazas... En cuanto las cosas no se le presentan tal y como él las impone, las ejecuta sin remordimiento alguno.

—Así es —dijo Saúl dándole a Ainara la razón.

—Pero asimismo —continuó Ainara—, tampoco hemos de vivir a merced de su enfermizo manipuleo emocional. Ha llegado el momento de detener esta rueda de abusos y chantaje que lo único que ha logrado en todo este tiempo es venir acumulando más miedo y sometimiento

gracias a su capricho... Y lo digo en serio, esto que pasó contigo, hija, fue la gota que derramó el vaso... ¡Se acabó! Ese infeliz va a tener que retractarse, y de una vez por todas respetar tu voluntad, la de su hijo, y la nuestra.

—Sí, mamá, tienes toda la razón, gracias por apoyarme. Lo mismo digo para ti, papá —sostuvo Iana regresando a mirar a su padre, recargando su cabeza sobre su hombro—, sin ustedes no sé cómo hubiera podido sobreponerme a esto y enfrentar a ese canalla.

—Siempre debes contar con nosotros, mi amada Iana —dijo su padre besando su coronilla—. Y ahora permíteme darte un consejo. No esperes más tiempo y cuéntale a Vincenzo la verdad.

—Piensa en el dolor que le causaría al pobre muchacho tu repentina decisión —se adelantó a comentar su madre; a lo que Iana respondió, tomándolos de la mano a ambos:

—Eso mismo es lo que voy a hacer, y cuanto más pronto lo haga, mejor.

—Vincenzo está pronto a graduarse, ¿cierto?

—Así es, mamá, en menos de cinco meses.

De pronto, su madre se quedó callada, luego dijo:

—Esto que te diré, hija, debes tenerlo claro para que no te lleves más adelante alguna sorpresa.

—¿A qué te refieres, mamá?

—Lo más probable es que en todo este tiempo Vincenzo haya conocido a alguien más, ¿no te has puesto a pensar en ello, hija?

Iana dio un profundo suspiro.

—Si lo he pensado, pero no por eso voy a dejar de decirle a Vincenzo cuál fue la causa para terminar con él.

—Iana tiene razón —intercedió Saúl—, las cosas tienen que decirse tal y como son para que más tarde no se vayan en contra de uno mismo. Dejaste pasar demasiado tiempo ocultando algo tan serio, hija... pero bueno, lo importante es que ahora él sabrá la verdad. Y si hay o no alguien más en la vida de Vincenzo, eso es otro asunto...

—Sí, papá, ahora lo importante como tú dices es que Vincenzo sepa la verdad de todo lo que ocurrió a manos de su padre.

Iana se tomó los próximos días para decidir cómo le confiaría a Vincenzo que su padre fue quien la forzó a terminar con él. Conocía de sobra su temperamento, por lo que estaba consciente a lo que se exponía en el momento en que Vincenzo le enfrentara a su padre.

Y así fuera el caso, Donato Carusso no la intimidaría más...

37

LOS DÍAS SE TORNARON de inmensa alegría para Vincenzo en cuanto recibió un mensaje de Iana. Habían transcurrido algo más de dos años desde que ellos se separaron y, hasta que al fin, luego de leer su amoroso mensaje, se dibujó ante sus ojos un firmamento de coloridos matices, en donde pinceladas de esperanza dieron luz a su vida.

El mensaje decía:

Vincenzo, cuánto tiempo ha pasado desde el día en que nos separamos... No imaginas lo difícil que ha sido para mí no volver a verte, resistirme a disfrutar de tus ocurrencias, de cada detalle por pequeño que éste fuera pero que era capaz de llenar de felicidad cada instante de mi vida, ser el motivo de tus alegrías, así como también ser tu paño de lágrimas... Ojalá alcances a imaginar cuánto extraño poder dar mi hombro ante tus angustias, tus penas...

Perdóname, por favor, por darte la espalda cuando debí ser tu apoyo. Créeme que tomar esa decisión ha sido mi calvario, te juro que lo lamento.

Ojalá un día nos volvamos a encontrar.

Deseo para ti todo lo mejor de este mundo.

Suerte, Vincenzo.

Un abrazo,

Iana.

Inmediatamente después de leer su mensaje, Vincenzo no dudó en tomar el celular y telefonear a Iana, estaba feliz.

Al otro lado de la línea, ella contestó:

—Vincenzo... —su dulce voz sonó entusiasmada.

—Iana, qué alegría saber de ti después de tanto tiempo, acabo de leer tu mensaje... Continúo creyendo que es imaginación mía.

Se escuchó el hondo respiro que ella dio.

—Créeme que me cuesta tanto dirigirte la palabra después de cómo me comporté contigo. Todo cuanto escribí es lo que siento.

—Iana...

—Tan solo me queda pedirte que me disculpes —continuó Iana—. Y ahora dime ¿cómo has estado? Supe por Massimo que pronto terminarás la maestría.

—Así es, de aquí a poco tiempo al fin me graduaré —respondió. Por un momento Vincenzo permaneció callado, en cierta forma se sintió halagado con las disculpas que ella le dio, pero asimismo él continuaba sin comprender por qué de un momento a otro tomó esa resolución sin siquiera haberle dado una oportunidad—. No me pidas disculpas, por favor, sé que por algún motivo que aún desconozco pero que de corazón me gustaría saberlo tomaste esa decisión. Ya tendremos tiempo de sobra para conversar sobre ello.

—Es lo que más deseo —respondió Iana.

—Y ahora cuéntame ¿cómo van tus estudios? Pronto saldrás de vacaciones, ¿cierto?

—Pronto, en pocos días.

—Y en casa, ¿cómo están tus padres, tus hermanos? Siempre les tengo presentes a esos dos niños, sobre todo a Adriel, él es tan particular, me imagino cómo habrán crecido.

Iana rio.

—Pronto cumplirán once años, y sí, este par de niños cada vez me sorprenden más.

Vincenzo, al igual que Iana, también rio.

—Puedo imaginarlo. Entonces, ¿irás a Valserra este verano?

—Claro que sí, voy a estar acompañando a papá en el hospital. Así voy tomando experiencia... Estoy tan feliz de ser su asistente personal. —Iana volvió a reír.

—Ya extrañaba esa forma tuya de reír —dijo Vincenzo—. Dale mis saludos, al igual que a tu madre.

—Así lo haré, ellos siempre te recuerdan con muchísimo cariño, estarán felices de recibir noticias tuyas.

—Lo sé. Ahora debo dejarte —se disculpó Vincenzo—, tengo una clase que exponer mañana a primera hora y todavía me faltan algunos puntos por resolver.

—Ve, Vincenzo, ve. Estoy tan feliz de haber conversado contigo. Que tengas una linda noche... y suerte con la exposición mañana.

—Gracias, Iana, igualmente una linda noche para ti. —Vincenzo cerró la llamada en medio de una sonrisa de felicidad. Sintió tranquilidad y añoranza a la vez al escuchar su voz de nuevo. ‹‹Te extraño tanto y te amo, amor mío››, dijo para sí, mirando ensimismado la lluvia resbalar por el ventanal. —Tan pronto como me haya graduado me tendrás en Florencia o en Valserra o donde sea que fuera que estés, y juntos otra vez retomaremos nuestra relación desde donde la dejamos.

38

IANA SABÍA QUE EN apenas cuatro días sería la ceremonia de graduación de Vincenzo, y aprovechando que ese viernes no tendría clases las últimas horas ni trabajos pendientes por entregar se decidió a hablar con su padre.

Cuando a Iana algo se le metía en la cabeza no había nada que la hiciera cambiar de parecer.

—Hola, papá —saludó con él en cuanto Saúl contestó la llamada.

—Iana, hija querida, ¿cómo está todo por la universidad?

—Bien, papá, las clases son cada vez más interesantes. Papi, necesito que me ayudes con algo.

—¿Qué será?

—¿Sabías que la ceremonia de graduación de Vincenzo es este sábado?

—No, no lo sabía —respondió su padre en medio de una risita.

—Papi quiero ir a Berlín para estar presente en su graduación... Y antes de que me digas algo te adelanto que el viernes tengo clases únicamente hasta el mediodía, entonces bien podría tomar un vuelo en la tarde y así le doy la sorpresa a Vincenzo al día siguiente. ¿Qué dices, papá, podrías ayudarme con el boleto del avión?

Saúl soltó una risotada.

—Ahora mismo te hago la reserva del vuelo y del hotel, hija, quédate tranquila. Estoy mirando que hay un vuelo de regreso para el domingo a las seis de la tarde, pienso que eso estaría bien para que no te hagas demasiado tarde para regresar a la universidad.

—¡Gracias, papá, te adoro! —Iana no podía creer que en tan solo dos días volvería a ver a Vincenzo.

—No tienes de qué, hija. Estoy muy contento de que vayas a verlo y estés presente ese día. Te aseguro que será una linda sorpresa para Vincenzo y, bueno, qué mejor oportunidad para que ustedes puedan conversar. De igual forma sé que a tu madre le va a dar mucho gusto cuando le

cuente. Ya te envié la reservación a tu correo, y cuando llegue a casa haré una transferencia de dinero a tu cuenta para que tengas para el viaje.

—Nuevamente gracias, papá, no imaginas la tranquilidad que siento, sé que este encuentro será bueno para ambos. Y ahora te dejo porque tengo clase de laboratorio ya mismo —dijo Iana chequeando su reloj—. Te mando un beso.

—Cuídate, hija, otro para ti.

Iana revisó su correo antes de ir a su clase de laboratorio y miró que efectivamente su vuelo estaba programado para horas de la tarde del viernes. Sintió tanta alegría que no iba a esperar para contárselo a Miriam. Tomó su mandil y sus instrumentos de trabajo y se dirigió en prisas hacia el pabellón para asistir a su clase de laboratorio de química porque ya se le hacía tarde.

Durante la clase Iana aprovechó para hablar con Miriam.

—¿Sabías que el viernes viajo a Berlín? —dijo mientras ambas tomaban la recolección de datos.

—¿Hablas enserio?

—Sí, hoy hablé con papá y me resolvió en ese mismo momento.

—¡Guau, Iana, qué buena noticia! Y tú que estabas angustiada pensando que quizá no lo haría.

—Pero te advierto que no vayas a decírselo a Massimo, te conozco lo impaciente que eres.

Miriam gesticuló con la boca.

—Qué mal concepto tienes de mí. —Miriam echó a reír, en tanto que el profesor les pidió guardar silencio—. No diré nada, descuida —dijo en voz baja.

—Quiero darle la sorpresa a Vincenzo... Pero te comento que estoy nerviosa.

—¿Y eso por qué?

—Señoritas, por favor —insistió el profesor acercándose a donde ellas—, dedíquense a su trabajo, no vaya a ser que por estar en el cuchicheo reprueban la clase.

Ambas asintieron de inmediato levantando a ver al profesor.

—Hablamos luego —murmuró Iana con Miriam—, solo te adelanto que obvio que estoy intranquila. ¿Y si Vincenzo tiene a alguien más?

—Eso lo descubrirás el sábado cuando ustedes se vean.

—Tengo miedo asimismo de que vaya a portarse indiferente conmigo.

—Llevan más de dos años sin verse... tienes que estar preparada a cualquier reacción que él pudiera tener, Iana.

Iana gesticuló con la boca.

—Además de que Donato de seguro estará allí... ¡Qué fastidio tener que verlo!

—Ya cállate —dijo de pronto Miriam—, porque el profesor Lombardo no nos quita la mirada de encima.

Iana levantó a ver al profesor, efectivamente continuaba mirándolas. Le devolvió una sonrisa apurada y se dispuso a terminar con los apuntes para el informe.

39

LLEGÓ EL DÍA DE la graduación de Vincenzo.

Él, junto con la promoción de estudiantes que en aquella mañana soleada de fines de mayo culminaron sus estudios superiores, se encontraban reunidos en los exteriores de la universidad para ser condecorados y recibir su merecida acta, proclamándose nuevos profesionales. Y, por supuesto, Vincenzo engalanaba la fila destacándose como el mejor egresado en su departamento.

Aquel día, siendo un día de relevancia para Vincenzo, su padre no acudió a la celebración. Seguramente por sus tantos compromisos laborales fue la razón por la que Donato no acompañó a su hijo en esa importantísima mañana de sábado; riendo con ironía, pensó Vincenzo.

De pronto, se dio comienzo a la ceremonia:

—Arquitecto, Vincenzo Carusso Fiorucci —su nombre fue anunciado inmediatamente después de las palabras que inició la celebración por parte del presidente de la junta directiva de *Weserbrook College*: el doctor en leyes, Giacomo Mantovani, para hacerle la debida y merecida condecoración como el mejor egresado de esa promoción, con las calificaciones más altas entre los estudiantes de arquitectura.

Vincenzo, emocionado, se acercó al pódium para ser galardonado.

Giacomo Mantovani le colocó la estola de honor, resaltando sus siglas en color dorado: *Summa Cum Laude*, además del reconocido galardón que hacía honor a su espléndido rendimiento académico en sus años de maestría. Mas, en el momento en que Vincenzo se giró hacia el público presente para dar unas breves palabras de agradecimiento, sus ojos se detuvieron en Iana... Ella, ocupando la primera fila, sonreía mirándolo.

Vincenzo no terminaba de creer lo que sus ojos miraban, nunca cruzó siquiera por su cabeza que ella estaría allí, entre los espectadores, acompañándolo en ese día tan importante.

A pesar de su emoción, Vincenzo se integró al acto para así continuar con su intervención, pero insistentemente, mientras daba su oratoria, detuvo su mirada en ella:

—Buenos días, excelentísimas dignidades de *Weserbrook College*, profesores, damas, caballeros y niños que hoy nos acompañan en este día de gran importancia para nosotros, los estudiantes que luego de arduos años de estudio egresamos, y para mí en particular, quienes a partir de hoy comenzaremos una nueva etapa de nuestras vidas. Prometo ante Dios, y ante ustedes, querido público, hacer de mi profesión un ejemplo a seguir. Gracias, de corazón, por esta oportunidad —dicho aquello, Vincenzo calló por un momento y, luego, invadido por la felicidad que abrigó su alma teniendo al amor de su vida frente a él, compartiendo sus logros, y por qué no decirlo, enorgulleciéndose por el extraordinario mérito del que fue acreedor, además de la alegría que representó haber concluido con éxito su maestría, dirigió su condecoración al cielo, y exclamó: —¡Gracias, Dios mío! —Luego besó la medalla.

Enseguida de concluida la ceremonia y luego de recibir las felicitaciones tanto de los profesores como del comité académico y de sus amigos, Vincenzo enseguida se acercó a donde Iana, en donde ella, dibujando una dulce sonrisa en sus tentadores labios rojos, lo esperaba parada junto al stand que habían dispuesto para la celebración.

—¡Qué sorpresa, Iana! —Vincenzo, feliz, no pudo contenerse... las sonrisas se le escapaban de los labios—. ¿Cuándo llegaste? —preguntó. Estaba deslumbrado teniéndola ahí, frente a frente ante él después de tanto tiempo. Quedó impactado mirándola, Iana lucía bellísima, durante esos tres años ella había cambiado, se miraba más mujer. Su larga cabellera negra resplandecía igual de hermosa, y más aún meciéndose al compás del viento en esa soleada mañana de mayo, y sus cautivadores ojos verdes destellaban embrujantes. Por un momento sintió un impulso sobrenatural de abrazarla, sentir su calor, su delicioso aroma que colapsaba sus sentidos, haciendo de él presa sumisa, pero se contuvo, no era lo apropiado, pensó.

—¿Acaso cruzó por tu cabeza que no lo haría? —Iana aún mantenía dibujada su dulce sonrisa a flor de sus encantadores labios rojos—. ¡Felicidades, Vincenzo! Esto era algo que no me lo iba a perder... Y mira, qué honor presenciar tu condecoración. Me siento muy orgullosa por ti, realmente te mereces esto y mucho más. Y en cuanto a tu pregunta, llegué ayer por la tarde.

—Gracias, Iana, por tus palabras y buenos augurios. —Vincenzo le devolvió la sonrisa—. Nunca me hubiera imaginado que vinieras, casi me desplomo viéndote ahí, entre toda esa gente. —Vincenzo soltó una risotada y, luego, sin apartar ni por un momento su mirada de ella exclamó: —¡Cuánto tiempo ha pasado de no vernos, sigues igual de linda!

—Agradezco tus cumplidos. Tú también te ves muy bien. Y bueno, referente a lo que me dices, no era mi intención, tan solo quise darte la sorpresa. —Iana también echó a reír—. ¿Y Belinda?, pensé que la encontraría aquí.

—Se le hizo imposible venir, pero pronto nos reuniremos en Florencia.

—Oh, entiendo.

—Y ahora cuéntame, ¿cómo hiciste para venir hasta aquí?

—Papá me ayudó con los gastos. Él y mamá te mandan saludos y sus mejores deseos para ti.

Vincenzo se sintió halagado, realmente los apreciaba.

—Dales igualmente mis saludos. —De pronto, se la quedó mirando, luego dijo: —Insisto en qué detalle tan bonito que hayas venido, de corazón, Iana. ¿No hubo problema en que te ausentes unos días en la universidad?

Iana negó con la cabeza.

—No, para nada. Ayer tuve clases únicamente hasta el mediodía, el vuelo salió a primeras horas de la tarde... Y aquí me tienes... —Iana, esbozando una agraciada sonrisa, hizo ademán de venia con el brazo—, feliz de estar celebrando contigo.

Vincenzo rio, encantado de verla hacer lo que él siempre hacía con ella años atrás en los jardines de la universidad.

—Hablando de celebración —dijo—, hay un restaurante italiano en el centro de Berlín. ¿Quieres que vayamos allí?

—Se supone que debería ser yo quien te invite... Pero a tanta insistencia... —respondió Iana con una amplia sonrisa que agració aún más su rostro—, vamos de una vez.

Juntos tomaron un taxi y fueron al restaurante italiano, el cual Vincenzo de vez en cuando frecuentaba con los amigos.

Ordenaron el mejor de los vinos y, antes de que el camarero les mostrara el menú y escoger qué almorzarían, hicieron el brindis: un brindis en honor a la culminación de sus estudios, además de celebrar su increíble reencuentro con Iana; aunque él se lo haya guardado para sí, temeroso de decir algo que estuviera de más.

—*Salute!* —brindó Iana tras chocar ambas copas—. Por un futuro prometedor y lleno de felicidad.

Vincenzo sonrió, feliz de estar en su compañía.

—*Salute!* Gracias, Iana, este día no hubiera sido igual si no estuvieras aquí, te lo aseguro.

Iana se lo quedó mirando, y de repente alzó a ver cuando el camarero se acercó a su mesa y preguntó por cuál plato se habían decidido. Iana escogió el risotto al vino blanco en salsa de almejas, mientras que Vincenzo ordenó pasta al pesto.

—Como te iba diciendo —continuó Vincenzo—, no me cansaré de decir lo feliz que me encuentro de que hayas venido. Pero cuéntame, ¿cómo te va en la universidad?, volviéndose cada vez más intensos los estudios, me imagino.

—Exactamente, hay veces que no tengo ni tiempo para mí misma, pero me encanta. ¿Sabes? En las vacaciones del verano ayudaré a papá en el hospital... Estoy tan emocionada.

—Recuerdo que me lo comentaste cuando hablamos. Es una gran noticia, así irás tomando experiencia.

Iana asintió en medio de una sonrisa, hasta que el camarero trajo lo que ordenaron.

—¡Se ve delicioso! —exclamó mirando lo apetitosos que se veían ambos platos.

Vincenzo le devolvió la sonrisa.

—La comida en este restaurante es excelente. Al menos hay lugares que me recuerdan a Italia.

—Me doy perfecta cuenta de ello. ¿Y tú? —preguntó Iana antes de llevarse un bocado de su risotto a la boca—, ¿qué has hecho durante todo este tiempo? Aparte de estudiar, claro.

—Lo que todo joven hace, salir por ahí de vez en cuando entre amigos, reunirnos, tomar unos tragos... nada más allá de eso. Y tú —preguntó un tanto inquieto—, ¿has conocido a alguien más? —Vincenzo temía que Iana le dijera que hubo o que había alguien más en su vida. Tres años era suficiente tiempo para haberle olvidado, pensó él... Pero ¿por qué ella se encontraba ahí? ¿Sería que continuaba amándolo? ¿O simplemente lo miraba como un buen amigo?; a lo que Iana respondió, negando con la cabeza:

—No, Vincenzo, al igual que tú he salido en varias ocasiones a divertirme con amigos de la universidad mientras estoy en Florencia, y en las vacaciones de cada semestre voy a casa. ¿Sabes?, hemos pasado momentos muy lindos con Miriam y con Massimo en el pueblo.

Vincenzo sintió tanta tranquilidad sabiendo que Iana no tenía a nadie en su vida.

Una luz de esperanza brilló para él.

—Ellos se complementan muy bien, ¿verdad? —comentó enseguida.

—Así es, Miriam y Massimo hacen una linda pareja.

—Y ahora... —comentó Vincenzo luego de que terminaran de almorzar—, ¿qué te parece si te llevo a dar una vuelta por la ciudad?

Sus grandes y vivaces ojos verdes brillaron.

—Me encantaría —no tardó en responder Iana—, realmente nunca he estado en Alemania y me gustaría conocer más de esta linda ciudad antes de regresar a Florencia.

—¿Cuándo te irás? —de pronto preguntó Vincenzo.

—Mañana por la tarde, a las seis es mi vuelo.

—Qué lástima que no puedas quedarte por más tiempo. —Vincenzo la miró fijamente a los ojos, a sus hermosos ojos verdes que le hacían soñar.

Iana sujetó con una suave sonrisa su mirada, y preguntó:

—Y tú, ¿cuándo tienes planeado regresar a Italia?

—Todavía debo permanecer por un corto tiempo en Berlín, luego de eso al fin volveré a mi bella Italia. —Vincenzo esbozó una suave sonrisa, recogió su tarjeta que el camarero le entregó luego de cancelar la cuenta y la guardó dentro de la billetera—. ¿Te parece si vamos entonces a dar una vuelta?

—Sí, la tarde está hermosa para caminar.

Luego de haber degustado entre risas, charlas, y escarbando en el baúl de los recuerdos, del exquisito plato de risotto al vino en salsa de almejas y la pasta al pesto que pidió Vincenzo, acompañado de un vino blanco suave, además del fabuloso postre que ofrecía la casa: el famoso *Apfelstrudel*, o pastel de hojaldre de manzana acompañado por una bola de helado de vainilla, Vincenzo llevó a Iana a dar un largo y apacible paseo por el centro de Berlín.

Caminaron cerca del palacio de *Charlottenburg*, Iana y él se hicieron selfies en el puente sobre el río *Spree*, luego Vincenzo la llevó a dar un paseo en bote para que así Iana pudiera contemplar parte de la hermosísima ciudad de Berlín y, finalmente, se detuvieron en un parque a conversar amparados bajo la sombra de la exuberante vegetación que hacía de Berlín un lugar excepcional. Y, como era de suponer, Vincenzo habló con Iana acerca de su padre, de su engaño; ante lo cual, ella lo escuchó atenta:

—Mi padre se desenmascaró por sí solo. ¿Puedes imaginar que me trajo hasta aquí con engaños? —Iana esbozó una sonrisa asertiva, mientras tanto Vincenzo continuó: —su único afán era separarnos... Pero bueno, no deseo redundar en ello, al menos conseguí con toda y su farsa estudiar aquí. De ahí en adelante todo cuanto él haya tramado para mi vida en confabulación con sus dos grandes amigos no me interesa en lo absoluto.

Iana lo miró intrigada, por lo que enseguida preguntó:

—¿A qué te refieres con que tu padre confabuló con sus amigos? No comprendo.

—Es asombroso, Iana, como tarde o temprano todo se llega a saber. —Vincenzo rio con ironía —. Pues resulta que lo supe por un amigo, quien es abogado, que mi padre junto con sus dos amigos, que por cierto uno de ellos es el presidente de la junta directiva de la universidad, Giacomo Mantovani...

—¿El mismo que te condecoró? —interrumpió Iana.

—Exactamente, él. Y bueno, volviendo al tema, su otro amigo es dueño de una constructora aquí, en Berlín, entre ellos planearon ingeniosamente mi futuro con el único fin de que me quedara en Alemania. ¿Puedes imaginar hasta dónde llegó el alcance de mi padre, que tenía perfectamente organizado hasta en dónde trabajaría?

—No, dímelo tú —respondió Iana, realmente su gesto era de completa sorpresa.

—En la constructora de este amigo suyo que llegó desde Japón. —Vincenzo exhaló con fuerza —. E incluso insistió para que le conociera a su hija.

—¿Llegó tu padre a presentártela? —enseguida cuestionó Iana.

—No, francamente no me interesó conocerla... ni a su padre ni a ella. —Iana, tras humedecer sus labios asintió con la cabeza, mientras tanto Vincenzo continuó diciendo: —Mi padre jamás pagó un centavo por mis estudios como hizo creer a todos, al contrario, ese fue el acuerdo entre ellos: mis estudios a cambio de trabajar en la constructora de su amigo, aparte de que Giacomo también forma parte como accionista en esa dichosa constructora —espetó con indignación.

—¡Qué me cuentas, Vincenzo! Y tu padre, ¿qué dice de todo esto?

—¡Bah! —Vincenzo gesticuló con las manos—. Para qué entrar en detalles, ya puedes imaginarlo.

Iana asintió, frunciendo los labios.

—No te sientas mal por ello, lo importante es que lo supiste a tiempo, y sobre todo lograste poner fin a toda esa trama de abusos y engaños. —Tras una breve pausa de silencio, Iana inhaló profundo y exhaló con calma—. Pienso que ahora llegó el momento de confiarte el porqué de mi separación contigo.

Vincenzo la miró fijamente a los ojos; entonces cuestionó:

—Mi padre tuvo algo que ver en eso, ¿cierto?

Iana asintió.

—Así es, Vincenzo, no voy a ocultártelo por más tiempo. Él me exigió que me alejara de ti, de otra manera te haría daño no solo a ti sino a mis padres.

Vincenzo, indignado, movió de lado a lado la cabeza.

—¡Lo sabía! Siempre tuve mis dudas pensando que el motivo de que acabaras nuestra relación así, de repente, se debía a que algo pudo haberte dicho mi padre.

—Además... —añadió Iana, tras dar un profundo respiro—, hay algo que nunca he querido contarte y te lo diré ahora mismo... De otra manera me arrepentiría por no habértelo dicho.

—¿Qué sucedió? —preguntó Vincenzo, extrañado.

—Tu padre ha venido acosándome desde hace algún tiempo atrás... Cuatro años, quizá cinco...

—¿Qué mi padre qué...?

—Aún ni te conocía cuando él frecuentaba seguido por el pueblo con el único afán de perseguirme y fastidiarme. Cuando fui a estudiar en Florencia pensé que al fin me desentendería de tanto acoso por parte suya, pero él ya sabía, para mi sorpresa, en donde estudiaba puesto que el decano de mi facultad y él son buenos amigos... ¿Qué ironía, no? —Vincenzo la escuchó con atención, entretanto Iana continuó: —Estando hasta en ese lugar tu padre se las ingenió para continuar mortificándome con sus acosos. Mis padres no sabían nada al respecto, hasta que un buen día luego de que él intentara sobrepasarse conmigo me vi obligada a contarles la verdad acerca de Donato. Bueno, para no alargar más la historia, desde ese momento papá y mamá intervinieron para que dejara de molestarme. Hasta el día de hoy no ha pretendido nada conmigo, únicamente la vez que me telefoneó para que nos encontráramos en una cafetería cerca de la universidad puesto que según él tenía algo muy importante que decirme acerca de ti. Fue entonces que acudí esa tarde a la cita, y fue en ese día cuando tu padre me chantajeó... El resto ya lo conoces.

Vincenzo enseguida tomó a Iana de las manos.

—Gracias por contarme todo esto... Jamás hubiera cruzado siquiera por mi cabeza que mi padre fuera capaz de tanta porquería... ¡Qué clase de monstruo es...! ¡Carajo!

Iana miró a Vincenzo con quietud.

—Hay hombres que no merecen llevar el título de ‘‘padre’’..., y uno de esos es el tuyo.

—¡Cuánto lo siento por todos los malos ratos que tuviste que vivir a costa de mi padre! Me disculpo en su nombre contigo, Iana —dijo Vincenzo tomándola con ambas manos por el rostro —. Te propongo que a partir de hoy olvides ese y todos aquellos malos momentos, ¿qué dices?

Iana, con su aterciopelado rostro ceñido entre sus manos, esbozó una dulce sonrisa.

—Créeme que lo he tratado... Mas desde hoy en adelante me esforzaré aún más por conseguirlo.

Vincenzo esbozó una dulce sonrisa.

—Lo lograrás. Y ahora ¿qué te parece si vamos a caminar por la plazoleta?

Iana accedió divertida.

—Me encanta la idea.

Vincenzo se levantó y, tomando de su mano, la ayudó a ponerse en pie.

—En la noche me encantaría que me acompañes al bar en donde me reuniré con unos amigos para celebrar... ¿Qué dices?

—¡Fabuloso! Me sentiré halagada de ir a celebrar contigo, además de conocer a tus amigos.

Iana y Vincenzo pasaron esa tarde de sábado recorriendo entretenidos por el centro de la ciudad, se detuvieron a tomar una cerveza al aire libre en una de las mesas de los diferentes restaurantes que había en la plazoleta, mientras disfrutaban de la música callejera que en esos días de calor teñían de color las mañanas, tardes y noches, alegrando a los transeúntes.

Vincenzo se quedó con Iana que le pasaba recogiendo a las diez de la noche para ir al bar.

Y así fue, ella ya esperaba por él en la habitación del hotel.

Todo el tiempo desde que llegó a Berlín, pero sobre todo desde que volvió a estar en la compañía de Vincenzo, a pesar de que ella tuvo tanto miedo a su reacción después de esos tres años de no haberse visto ni tenido contacto alguno, Iana pasó feliz y divertida junto a él. Le tranquilizó más que nada que Vincenzo no estuviera en alguna relación amorosa o que hubiera tenido una en el pasado...

Todo indicaba según lo que pudieron conversar de que él no comprometió su corazón durante el tiempo que estuvo en Alemania...

Era una luz de esperanza para ella.

Iana vistió esa noche un atuendo propio para la ocasión: pantalón holgado ceñido a la cintura con bolsillos de ambos lados en color perla y un chaleco estilo corsé del mismo tono, además de zapatillas de tacón alto, y una gargantilla aterciopelada en color negro para dar realce al atuendo, la cual hacía juego con las zapatillas. A su larga cabellera negra la dejó que cayera suelta, y usó maquillaje discreto en tonos tierra.

En cuanto Vincenzo la telefoneó diciéndole que ya se encontraba en el lobby del hotel, tomó su cartera de la mesita de noche y enseguida bajó a darle el encuentro.

—Buenas noches —saludó con él dándole un rápido vistazo. Ciertamente Vincenzo se miraba muy bien; quizás había bajado unos cuantos kilos, pero siendo así, continuaba manteniendo su físico corpulento y bien dotado.

—Te ves linda. ¿Lista para una noche loca? —dijo Vincenzo y echó a reír.

—Más que lista. —Iana también rio. Vincenzo la tomó del brazo y fueron hasta la acera en donde les esperaba el taxi.

—Tus amigos esperan por nosotros en el bar, me imagino —comentó Iana con él mientras se dirigían de camino al bar.

—Así es, me telefoneó uno de ellos diciendo que el ambiente está muy bueno.

Iana rio.

—Mi primera noche divirtiéndome fuera de Italia...

—Lo pasaremos bien, créeme —comentó Vincenzo mirándola fijamente a los ojos.

Por un momento Iana permaneció cautiva de sus ojos negros, aquellos endemoniados ojos negros que le robaban la paz.

—Llegamos —dijo Vincenzo y bajaron del taxi.

Cuando entraron al bar, un agradable ambiente a media luz y música electrónica se escuchaba en su interior. Enseguida Vincenzo encaminó a Iana hasta la mesa en donde estaban sus amigos: dos jóvenes suizos que hablaban bastante bien el italiano.

—Hasta que por fin llegan —dijeron ellos; a lo que Iana les devolvió la sonrisa mientras Vincenzo se los presentaba. Se sentaron frente a frente, Iana pidió por una piña colada en cuanto la camarera se acercó a la mesa, mientras que Vincenzo tomó una cerveza.

—¿Primera vez en Berlín? —preguntó uno de ellos a Iana.

—Sí, es la primera vez que visito Berlín. De hecho, esta es la primera vez que salgo de Italia.

—Ahí fue que nos conocimos —se adelantó a comentar Vincenzo, mientras que Iana sonrió.

—Jamás he ido a Italia, pero sé que es hermoso —comentó el otro amigo de Vincenzo, un pelirrojo de unos veinticuatro años—. ¿Te quedarás en Berlín algún tiempo?

—Me encantaría, pero mañana regreso.

—¡Oh! —exclamó el muchacho—, ten la seguridad de que Vincenzo te va a echar de menos.

Iana, sonriendo para sí, se mantuvo callada; a lo que Vincenzo respondió:

—Por supuesto que la voy a extrañar, y muchísimo. —Regresó con una sugestiva sonrisa a mirarla, ella le devolvió la sonrisa y, clavando sus ojos en el negro apasionante de los suyos, dijo:

—Yo también...

Los dos amigos de Vincenzo se miraron entre sí.

—Nosotros vamos un momento a la barra a ver si llegaron las chicas —comentó el pelirrojo y se levantaron.

—¿Vamos a bailar? —preguntó Vincenzo en cuanto sus amigos los dejaron solos.

Iana accedió con una sonrisa. Se levantaron y juntos se encaminaron a la pista de baile, ambos disfrutaban de la música electrónica.

—¿Te gusta el lugar? —preguntó Vincenzo.

—Es espectacular, además de que tus amigos son muy agradables, sobre todo el pelirrojo, ¿cuál era su nombre?

—Jeremy.

—Oh, Jeremy, él es muy simpático. De seguro que sus...

—No te escuché bien, ¿qué dijiste?

—Te decía que Jeremy es muy simpático y que de seguro aún no llegan sus amigas porque de otro modo ya los tendríamos con nosotros. —Iana tuvo que levantar el tono de la voz mientras pirueteaba al ritmo de la música electrónica.

Vincenzo apenas y sonrió, mirándola con atención.

—Seguramente estarán conversando en la barra o quizá salieron por ahí. —De pronto, Vincenzo se quedó callado.

Iana notó algo muy propio de él cuando deseaba besarla. Su dulce e intensa mirada, además de la escasez de palabras hicieron de ella un ramillete de nervios.

—¿Quieres salir? —preguntó ella de pronto.

Vincenzo asintió con una suave sonrisa tomándola de la mano. El calor de su mano larga y bien formada hizo que Iana se estremeciera; mas ambos se encaminaron sin cruzar palabra hacia la azotea que estaba sobre el bar.

Apoyados uno junto al otro contra los medianos paredones de la terraza, desde donde se podía divisar un manto de lucecillas que, parpadeantes, se extendían a lo largo de la ciudad, y en lo alto cientos de estrellas rendían honor a la Luna llena que esa noche resplandecía imponente frente a sus ojos, Vincenzo, rompiendo ese silencio que por largos minutos los mantuvo ensimismados contemplando la magnificencia del cielo nocturno, de repente dijo:

—Durante este par de años tuve tanto miedo de que me hubieras dejado de amar... Y créeme que todavía continúo teniéndolo... —de pronto, se colocó frente a frente con ella, la miró con suavidad y, envolviendo su rostro entre sus manos, ciñéndolo en una suave caricia, dijo: —Yo no he conseguido olvidarte, Iana, todo cuanto sucedió en el pasado jamás debió involucrarnos a nosotros dos.

Iana, sintiéndose abrigada por la tibieza de sus largas manos, no logró contenerse ni por un solo instante más... Una lágrima resbaló por su mejilla.

—No deberías tener miedo, cariño, yo continúo amándote como el primer día.

Vincenzo sonrió. Sus soñadores ojos negros quedaron cautivos de los suyos; entonces preguntó:

—¿Retomamos lo que un día quedó inconcluso?

Iana asintió sujetando con una traviesa sonrisa su encantadora mirada... Tan solo deseaba abrazarlo fuerte contra su pecho, y en un dulce beso volver a sentir el hipnotizante fulgor de sus labios rojos y suaves.

—¡Bésame de una buena vez! ¿No te das cuenta de que estoy muriendo de amor por ti?

Iana y Vincenzo unieron sus labios en un largo y apasionado beso, teniendo como testigos de su amor a la Luna llena y la infinidad de estrellas que en esa noche maravillosa de mayo cobijó sus almas, colmando desde entonces de felicidad sus jóvenes vidas.

Iana y Vincenzo volvieron al bar, sonrientes, tomados de la mano.

—¿Bailamos? —propuso él. Iana asintió con una sonrisa. Vincenzo la tomó por la cintura y fueron hasta el centro de la pista en donde sus dos amigos se divertían con las rubias alemanas. Ellos sonrieron disimuladamente viendo el afán de su amigo. De pronto, las luces bajaron su intensidad e inmediatamente sonó una melodía romántica en el salón y, Vincenzo, sintiéndose emocionado en medio de ese ambiente propicio para que las parejas enamoradas desvelaran sus sentimientos, miró a los ojos de Iana con ilusión y la abrazó fuerte contra su pecho. Su corazón latió acelerado sintiéndola nuevamente entre sus brazos. Iana correspondió con calidez a ese abrazo—. No sé si consigues comprender que te amo con locura, amor mío —murmuró a su oído, percibiendo el dulce aroma de su cabello, buscó sus labios y los besó con delirio.

Iana se apartó por un momento de él y, esbozando una tierna sonrisa sin alejar ni por un momento su dulce mirada de la suya, le acarició el rostro y dijo:

—De igual manera te amo, cariño. —Bajó lentamente la mirada, sus ojos quedaron puestos sobre su boca, se mordió insinuante un extremo de su labio inferior y, luego, juntando sus labios a los suyos, se deleitó besándolos.

—Salgamos de este lugar... ¡Quiero estar a solas contigo! —exclamó Vincenzo, emocionado, atrayendo inmerso en un profundo suspiro su rostro contra su pecho mientras en una suave caricia pasó la palma de su mano por su nuca palpando su cabellera negra. Las ansias por sentirla entre sus brazos dominaron sus sentidos.

—¿Vamos al hotel? —preguntó Iana aún con su rostro recostado sobre su pecho. Levantó a mirarlo, el brillo que revelaron sus bellísimos ojos verdes no pudieron disimularlo, hablaron por sí solos clamando de deseo.

Vincenzo inclinó la cabeza y besó su coronilla.

—A donde tú me lleves, amor mío.

Iana y Vincenzo, en prisas, entraron en el elevador del hotel.

Iana presionó el quinto piso, las puertas de éste se cerraron y, Vincenzo, agitado, acorraló a Iana contra el espejo y, ansioso, besó la curvatura de su cuello hasta subir a sus labios... Ambos se besaron con delirio.

Tres años sin el calor de su cuerpo y la dulzura de sus besos era demasiado tiempo para poder aguantar el deseo descontrolado que sentía por tenerla entre sus brazos.

Las puertas del elevador se abrieron, juntos coincidieron mirándose en medio de una sonrisa delatadora, Iana sujetó de su mano y corretearon los escasos metros por el pasillo que conducían a su habitación. Riendo, pasó la tarjeta sobre el lector, mientras que Vincenzo, rodeándola por detrás suyo, respiró delicadamente la curvatura de su cuello, hasta que de pronto ésta se abrió.

Entre besos desenfrenados y caricias entraron en la habitación.

Vincenzo cerró con el pie la puerta y, tomando a Iana con ambas manos por el rostro, la apoyó contra la pared y se deleitó besándola.

Iana correspondió a sus besos desenfrenados, abrió con prisas su camisa y la retiró lanzándola a la alfombra, mientras que Vincenzo, mirándola con frenesí, la sujetó por las caderas y la cargó llevándola con él hasta su cama. La despojó del corsé y, entre besos y caricias, continuó con el resto de su ropa.

Iana desabrochó su pantalón, deslizó la cremallera y, de un jalón, le despojó de él. Dulcemente se unieron en un abrazo, teniendo como único testigo de su amor las sábanas blancas humedecidas por el calor de sus cuerpos.

Iana y Vincenzo se amaron apasionadamente esa madrugada de domingo hasta que se quedaron profundamente dormidos con los primeros rayos del Sol que se colaron por una pequeña abertura de la cortina.

—Despierta, amor mío —insistió Vincenzo, retirando suavemente de los ojos de Iana un mechón de su larga cabellera negra—, tenemos que ir a comer algo y luego al aeropuerto.

Iana abrió los ojos y preguntó, en medio de una sonrisa:

—¿Qué hora es?

—Mediodía.

Iana se desperezó.

—Hay tiempo todavía, ven —dijo abrazándose a su cuello—, estemos así un momento más... No quiero irme.

Vincenzo rio, envolviendo su delicado cuerpo entre sus brazos.

—Tampoco quisiera que te fueras —dijo besando su frente—, no imaginas cuánto te voy a extrañar.

Iana inhaló un suspiro.

—También te extrañaré. ¿Cuándo irás a Italia, cariño?

—Pronto, amor mío, quizás en un par de semanas ya estaré ahí, antes tengo que atender algunas cosas pendientes en la universidad. Pero te prometo que enseguida estaré contigo. —Vincenzo insertó un aire de pillería en los ojos de Iana, y preguntó: —¿Novios nuevamente?

Iana echó a reír; a lo que respondió:

—Tú y yo somos novios nuevamente y por siempre, cariño.

40

LOS DÍAS EN ALEMANIA quedaron atrás para Vincenzo, no habían pasado sino contadas horas desde que él acababa de retornar a su bella Italia; pero antes de lo que era su intención hacer, fue a darle la sorpresa a su madre.

Belinda se encontraba en ese momento embelleciendo aún más su jardín de hermosos rosales y demás florecillas, las cuales renacieron armonizando con su encantador colorido en los días tibios y frescos de primavera, iniciando los días calurosos y soleados de verano del cual ya disfrutaban cuando Vincenzo, desde el viejo portón de su modesta casa, le dio a su madre los buenos días.

Belinda, feliz de volver a ver a su amado hijo después de aquellos largos años, corrió hacia el viejo portón para abrazarlo.

—¡Hijo mío, mi Vincenzo querido! —exclamó—. ¡Qué sorpresa maravillosa me acabas de dar! ¿Cuándo llegaste?

En tanto que Vincenzo, con su equipaje de lado sobre la acera, se apartó de los brazos de su madre y, esbozando una amplia sonrisa, respondió:

—Como podrás darte cuenta, acabo de llegar, madre.

—¡Qué alegría tenerte nuevamente en casa, hijo! Pero vamos —apuró enrumbándolo del brazo con ella por el caminito adoquinado que conducía a la puerta de entrada—, entremos de una buena vez, de seguro tendrás mucho para contarme.

Vincenzo asintió con una sonrisa echando un vistazo a su alrededor, tal parecía que sus rosales se hubieran multiplicado en todo ese tiempo que él estuvo ausente, llenaban toda la parte lateral del jardín, por lo que enseguida comentó con ella:

—Veo que tu jardín está más hermoso, mamá.

—De seguro es por las lluvias moderadas, este año la primavera nos ha traído un clima beneficioso. Entremos —dijo enrollando su brazo alrededor de la cintura de su hijo—, que voy a prepararte algo de comer y así me vas contando.

—De hoy en adelante tendremos todo el tiempo del mundo para conversar, mamá —inclinó su cabeza y respondió dándole a su madre un beso en la frente—. ¿Qué tienes para preparar? —Vincenzo abrió la nevera y husmeó dentro de ella. Viendo que había lasaña, enseguida agarró el pirex y se lo llevó con él hasta la mesa—. No te molestes en preparar nada, que esto mismo me serviré.

—Déjame antes calentarla, cariño, ¡cuánto apuro, luego te indigestas! —Belinda tomó el sobrante de lasaña del día anterior y enseguida lo metió en el horno.

—Sabes, mamá —Vincenzo, sentado a la mesa, comentó en cuanto esperaba a que su madre le calentara la lasaña—, pronto buscaré a Iana. Ella no sabe siquiera que estoy en Florencia, y te pido que no vayas a telefonearle contándole que he regresado. Quiero darle una sorpresa.

—No te preocupes, hijo, que mantendré mi boca bien cerrada. ¿Cuándo irás a Valserra? —preguntó mientras, alargando el brazo, alcanzó un plato del gabinete—, supe por Ainara que ya se encuentra en el pueblo.

—Pronto, mamá. Antes debo hacer algo.

—¿Deseas contármelo? —preguntó volviéndose hacia su hijo—, por la expresión en tu rostro me da la impresión de que no se trata de nada bueno.

Vincenzo rio para sí con ironía.

—Ya podrás imaginarlo... Esta vez papá sí que tendrá que escucharme.

Luego de colocar una generosa ración de lasaña en el plato, Belinda se limpió las manos en uno de los paños y enseguida se lo llevó a su hijo.

—Tan solo te pido que seas prudente y que sepas encontrar las palabras correctas cuando enfrentes a tu padre —dijo colocando el plato sobre la mesa. Vincenzo le agradeció y se dispuso a comer—. Recuerda que él te dio la vida, y aunque no de la manera que debió haber sido, como sea él ha venido ocupándose de ti.

—Quédate tranquila, mamá, que soy consciente de ello. Pero asimismo no le da el derecho de haberse inmiscuido en mi vida personal tratando por todos los medios de decidir sobre mí sin respeto alguno. Así como tampoco tenía el derecho de irrespetar, ofender y deshonrar a Iana y a toda su familia... Esto tiene que acabar... Y ya.

Y así lo hizo, esa misma tarde Vincenzo fue hasta el apartamento de su padre.

Él sabía que ahí lo encontraría.

—¡Hijo! —exclamó Donato, seguramente sorprendido de ver que Vincenzo ya se encontraba en Florencia. Lo último que pasaría por su cabeza era que él regresara así, repentinamente.

—No esperabas verme, ¿cierto? —Vincenzo entró sin darle siquiera tiempo a su padre a protestar.

—Pues no... Pero ya que estás aquí, bienvenido.

—Déjate de falsas cortesías, papá —replicó colocándose frente suyo—, bien sabes que no estaba en tus planes que regresara al menos por un buen tiempo a Italia.

—¿A qué has venido? Dilo de una vez porque ya estaba de salida, y no tengo tiempo para tus niñadas.

Vincenzo rio con postura.

—¡Bravo, papá, como siempre tratando de huir cuando te ves acorralado!

—¡Ya fue suficiente, Vincenzo! —espetó Donato—. Después del mal rato que me hiciste pasar con mis colegas y amigos al no cumplir con tu deber...

—Al no cumplir con el trato que tú hiciste con ellos a mis espaldas, querrás decir.

—Como sea, deberías estar agradecido por preocuparme por ti y conseguir que estudiaras en esa universidad de tan alto prestigio. Si no hubiera sido por mi amigo...

—Un momento —interrumpió Vincenzo—, conozco bien mis capacidades. En esa o en cualquier otra universidad que me hubiera propuesto estudiar lo hubiera conseguido sin problema alguno, pero creí en ti... ¡Qué estúpido fui! —Donato miró a su hijo con actitud; entretanto Vincenzo continuó: —Pero la razón que me trajo hasta aquí no es esa, descuida, puesto que eso ya lo discutimos. Vine aquí para advertirte que dejes en paz a mi novia y a toda su familia.

Donato echó a reír con absoluto sarcasmo.

—¿A qué viene eso ahora? No te comprendo.

—Deja el teatro, papá, sé perfectamente que fuiste tú quien chantajeó a Iana amenazando con hacerle daño a ella y a sus padres si no se alejaba de mí... Incluso atemorizándola, asegurando que yo también correría peligro si no lo hacía... ¿Cierto? ¿O me equivoco?

Donato movió de lado a lado la cabeza, se dio media vuelta y avanzó hasta el ventanal de la sala, desde donde las luces que destellaban a lo lejos fueron testigos de cuánta soberbia y orgullo dominaba su ser; a lo que respondió, manteniéndose aún de espaldas a su hijo:

—Toda esa detestable familia no es más que una basura... Jamás voy a permitir, entiéndelo bien, que arruines tu vida junto a esa insolente muchachita porque ella, al igual que su madre,

son un par de zorras. Ya recibí suficiente daño de manos de ella y del abominable seminarista y no...

—¡Cállate ya, papá, te he permitido hablar de más! Ha pasado demasiado tiempo para que continúes envenenándote con tanto odio. Y si algo sucedió en el pasado entre ellos y tú, es porque tú mismo así lo buscaste.

—¡Qué sabes tú de lo que ese par hizo de mí! —espetó Donato volviéndose hacia su hijo—. Saúl Márquez y Ainara D'Alfonso aún mantienen una deuda conmigo... ¡Y juro que me la cobraré!

—Si a lo que te refieres es al dinero que el abuelo dio al padre de Ainara... —dijo Vincenzo—, sé perfectamente que aquello quedó saldado.

—¿Veo que estás al tanto de todo? —replicó Donato con desfachatez—. Tal parece que esa jovencita tiene la lengua muy larga.

—Tan larga como para desenmascararte, papá. ¡Déjala en paz, y no vuelvas a acercarte a ella con otro fin que no sea para disculparte por todo el abuso y la mala intención que siempre ha corroído tu alma! De hoy en adelante tendrás que respetarla porque me casaré con Iana.

—¡Sobre mi cadáver...!

—Pues entonces considérate muerto, padre.

41

LUEGO DE PONER LAS cosas claras con su padre, Vincenzo no quiso perder ni un solo día más y tomó el primer tren de la mañana con destino a Valserra para ir a reunirse con Iana. Él sabía que ella se encontraba de vacaciones de verano en casa de sus padres.

Tan pronto como bajó el último escalón del tren, el pintoresco pueblo norteño le dio la mejor de las bienvenidas con sus brazos abiertos en medio de un hermoso y resplandeciente día soleado. Se colocó su mochila a la espalda y caminó en dirección hacia la casa de la familia Márquez D'Alfonso. Ésta se encontraba a una considerable distancia de la estación, mas Vincenzo, sintiéndose libre en medio de ese lugar maravilloso, prefirió caminar disfrutando de cuánta apacibilidad le transmitía el pueblecito norteño, rodeado de valles coloridos por el sinfín de florecillas que lo embellecían, ríos y cascadas; así como también por la exuberancia de sus bosques de pinos y cipreses que con sus picos erguidos de cara al cielo lo engalanaban y hacían de Valserra un lugar especial.

Vincenzo se detuvo frente al portón de entrada de la casa de Iana, pero antes de abrirlo acomodó el envoltorio de azucenas blancas que compró en la floristería del parque central para dárselas a Ainara, aparte del ramillete de rosas rojas que compró exclusivamente para Iana.

Giró la perilla y entró.

Iana, al momento, salió a darle el encuentro.

—¡Vincenzo, cariño! —exclamó y corrió a abrazarlo, mientras que él rodeó su espalda sujetando los envoltorios que llevaba de cada mano—. ¡Qué alegría de que al fin estés en Italia, te extrañé tanto! —Iana se apartó de sus brazos y, mirando los arreglos de flores que Vincenzo traía de cada mano, preguntó: —¿Y esas lindas flores?

Vincenzo sonrió.

—Las rosas son para ti, amor mío. —Y enseguida le entregó el abundante ramillete de rosas rojas.

Iana, entusiasmada, tomó el arreglo con ella.

—¿Y las azucenas? No me digas que...

Luego de que Vincenzo se acercara y le diera a su novia un cálido beso en los labios, comentó con ella que las había comprado para dárselas a su madre sabiendo cuánto le gustaban; a lo que Iana, esbozando una agraciada sonrisa, respondió:

—Mi madre va a adorarte aún más, cariño. Pero vamos, entremos de una vez para que puedas dárselas tú mismo.

Vincenzo estaba feliz de volver a Valserra y compartir nuevamente con Iana y con su familia; no podía decir lo mismo en cuanto a sus abuelos paternos. Y en referencia a sus abuelos por parte de su madre, Vincenzo tenía vagos recuerdos de ellos ya que habían partido hacía muchos años atrás cuando él era apenas un niño pequeño. A pesar de ello, Belinda siempre le inculcó a su hijo respeto por sus padres porque ciertamente fueron personas correctas y amorosas.

Al momento estuvieron con él para darle la bienvenida, Ainara y Saúl, aparte de los pequeños, Azzurra y Adriel, de quienes Vincenzo quedó sorprendido puesto que habían crecido considerablemente durante el tiempo que él estuvo ausente. Azzurra era una niña hermosa, de larga cabellera de rizos dorados y ojos azules al igual que su madre; y Adriel, el muchachito travieso y divertido, se iba perfilando en todo un jovencito discreto y responsable como seguramente fue de niño su padre.

Vincenzo, que aún continuaba con el arreglo de azucenas blancas en una de sus manos, enseguida estiró el brazo y se las dio a Ainara:

—Son para usted —le dijo.

—¡Pero qué lindas flores! Veo que te tienen muy bien informado en cuanto a mis gustos. —Ainara rio, tomando el ramo con ella.

Luego Vincenzo sacó de su mochila un estuche alargado y se lo entregó a Saúl:

—Lo compré para usted en la universidad de Berlín, doctor Márquez, espero le guste, es un recuerdo del lugar en donde estudié.

Saúl, esbozando una amplia sonrisa, tomó el estuche con él y lo abrió.

—Muy bonito detalle —comentó en cuanto sacó de la caja el elegante bolígrafo incrustado en letras de oro con el nombre de la universidad: *Weserbrook College*—. Gracias, Vincenzo —dijo alzándolo a mirar—, realmente lo aprecio.

Luego, sacando de su mochila dos paquetes generosos de dulces que compró en Alemania para dárselos a los niños, les hizo una seña con la mano para que Azzurra y Adriel se acercaran a donde él estaba:

—Esto es para ustedes —dijo dándoles a cada uno un paquete, en donde había toda una variedad de chocolates y caramelos típicos de Alemania. Azzurra y Adriel los tomaron agradecidos y, felices, corrieron al jardín.

Después de que Ainara y Saúl le invitaron a Vincenzo a pasar al comedor para ofrecerle un refresco o un café o lo que a él le apeteciera, además de una rebanada del famoso bizcochuelo de avellanas que preparaba Ainara, pudo ver a los niños en el parquecito del jardín trasero que el mismo Saúl construyó para ellos, columpiándose con las fundas de los confites sobre sus piernas, mientras entre risas se llevaban los dulces a sus bocas. Riendo, disfrutó verlos divertirse, hasta que regresó la mirada a los padres de Iana en el momento en que Saúl, llamando su atención, preguntó:

—Cuéntanos más sobre tus planes, Vincenzo, supimos por Iana que has venido aplicando en todo este tiempo a distintas constructoras en Italia.

—Así es, doctor Márquez, he repartido carpetas por todo lado... —Vincenzo y todos rieron—. Únicamente estoy a la espera de la mejor propuesta, y la que más me convenga, por supuesto.

—Vincenzo será un extraordinario arquitecto —se adelantó a comentar Iana, por lo que tanto Ainara como su padre no tardaron en darle la razón.

—Por supuesto, hija —dijo su madre y, luego, mirando a Vincenzo, comentó con él: —te aseguro, muchacho, que más pronto de lo que te imaginas te estarán llamando de una excelente constructora.

Saúl asintió con gesto convincente, y también comentó:

—Es verdad lo que dice Ainara, tan solo tienes que ser paciente porque en el momento en que conozcan de tus aptitudes el mundo entero cambiará para ti, hijo.

—Gracias por sus buenos augurios, Ainara, doctor Márquez.

Saúl echó a reír, por lo que enseguida dijo:

—Deja los formalismos, muchacho, llámame únicamente por mi nombre.

Vincenzo esbozó una suave sonrisa. Sentía gran respeto hacia el padre de Iana; hacia ambos realmente, mas se sintió halagado por la confianza que Saúl depositó en él.

—Está bien, Saúl, gracias por la confianza. Y ahora que estamos aquí reunidos, me gustaría confiarles algo.

—¿De qué se trata, cariño? —enseguida preguntó Iana; en tanto que Vincenzo, tomándola de las manos, comentó con ella y con sus padres acerca del desagradable encuentro que tuvo la tarde anterior con su padre.

—Por esa razón no vine hasta aquí enseguida que llegué a Italia, amor mío. Tenía que hablar antes con mi padre y dejar de una vez por todas las cosas claras con él.

—No tienes porqué disculparte... —Iana, tiernamente, acarició el dorso de sus manos—, en todo caso me alegro de que al fin lo hayas hecho... Tenía que ser así, como tu bien lo dices, dejar de una vez por todas las cosas claras con él.

—Ustedes tan solo continúen con sus vidas, muchachos —intervino Saúl—. Donato tendrá con todo esto que me cuentas que aprender a respetar la vida de los demás.

—Difícil tratándose de él... —incrédula comentó Ainara—, pero no le queda más que dejarse de sucias mentiras y chantajes con el único fin más que el de su propia y egoísta conveniencia. De todas formas les pido, por favor, que traten de mantenerse alejados de él.

—Así será —coincidieron enseguida ambos.

—Nosotros nos retiramos para que puedan conversar más a gusto. —Ainara se puso en pie, en tanto que Iana y Vincenzo asintieron con una sonrisa—. Vamos, *amore* —apuró a Saúl llevándolo del brazo con ella.

—¿Sabías que Massimo también está en el pueblo? —comentó Vincenzo con Iana una vez que Ainara y Saúl salieron.

—No lo sabía... Miriam no me ha comentado nada al respecto, ¿desde cuándo está aquí?

—Si no me equivoco, desde hace dos días.

—Hum... —Iana gesticuló con la boca—. ¡Cuánto misterio por parte de mi amiga! Pero bueno, seguramente quería un tiempo a solas con él... Ya me lo contará.

—Estaba pensando si salimos los cuatro a divertirnos a algún lugar esta noche, ¿qué dices?

—Claro que sí, me parece una fabulosa idea... —Tal parecía que a Iana no le resultó indiferente el plan de salir a divertirse entre amigos esa noche—. ¿Adónde iríamos?

—Escoge tú el sitio, amor mío, que yo te seguiré humildemente a donde me lleves... —Vincenzo echó a reír, mientras que Iana se detuvo a pensar.

—¿Qué te parece ir a cenar y luego a un bar de karaoke?

Y así fue, los cuatro amigos salieron en pareja a divertirse en esa noche estrellada de verano a un bar de karaoke que había en el centro del pueblo.

Luego de celebrar entre copas de vino y una deliciosa cena mediterránea el término de los estudios superiores de Vincenzo, además de los de Massimo, quien también en pocas semanas egresaba de su maestría, los cuatro amigos fueron al bar de karaoke.

Entre risas y más vino, uno a uno fue subiendo a la tarima para seguir la pista de la canción que al azar debían cantar. Tanto Vincenzo como Massimo hicieron que todos los que se encontraban esa noche divirtiéndose de pronto dejaran de conversar, así como también hicieran de lado sus bebidas y prestaran oídos; pero no se confundan, no por sus encantadoras voces, sino porque ambos cantaban desastrosamente, como que si algo tuvieran atravesado en la garganta que les impedía mantener las notas altas...

Realmente el canto no era su talento.

Por lo menos Miriam entonaba algo mejor, pero asimismo cuando debía levantar la voz, de seguro se emocionaba tanto que la nota se le iba por otro lado.

Y, finalmente, para cerrar la noche con broche de oro, cuando llegó el turno de Iana los espectadores tuvieron que hacer silencio, porque como era de suponer, en el momento en que ella cogió el micrófono y empezó a cantar, su voz retumbó adueñándose del salón completo. Esa noche Iana brilló, deleitando a todos con su melodiosa voz y terminó siendo el centro de atención, hasta que en horas del amanecer la fiesta acabó y ambas parejas se despidieron en el parque y luego cada uno regresó para su casa hasta una próxima vez que volverían a reunirse.

—Así que opacando mi armoniosa voz, ¿no es así, amor mío? —soltó Vincenzo entre risas mientras conducía de camino a casa de Iana en el auto que Saúl les prestó esa noche para que fueran a divertirse.

Iana movió de lado a lado la cabeza y, riendo también, regresó a verlo.

—¡Qué par de payasos son Massimo y tú! No solo nos divirtieron a Miriam y a mí sino que al salón completo... ¡Qué bien me la pasé hoy! Y tú, cariño, ¿también la pasaste bien?

—De maravilla. Realmente necesitaba disfrutar tanto como lo fue esta noche.

—Concuerdo contigo, tenemos que seguir reuniéndonos. ¡Qué linda pareja hacen Miriam y Massimo!, ¿no te parece?

—No mejor que nosotros... Tú y yo somos únicos, cariño mío. —Vincenzo echó a reír en cuanto aparcaba el auto dentro del garaje de la casa; a lo que Iana, dando un largo y profundo suspiro, comentó con él:

—Y pensar que estuvimos a un paso de no vernos más...

De pronto, Vincenzo se abalanzó sobre ella:

—Jamás, escúcheme bien, señorita Márquez... —dijo entre risas mientras mordía su cuello—, ¡jamás vuelva a tener el atrevimiento de dejarme solo y abandonado!

A lo que Iana, en medio de carcajadas, respondió:

—Copiado, señor Fiorucci.

42

ESTANDO NUEVAMENTE DE REGRESO en Florencia, Vincenzo acudió a una entrevista de trabajo en donde una constructora, la cual llevaba poco tiempo en el mercado inmobiliario y desde entonces empezaba a adquirir buen nombre y prestigio, se había interesado en él.

Desde ya Vincenzo tuvo un buen presagio con dicha empresa constructora, además que dado el caso de trabajar para ellos permanecería en Florencia. Tan solo debía esperar por una respuesta, la cual, si todo corría a su favor, podía ser inmediata.

Y así fue, en menos de tres semanas Vincenzo ya se encontraba trabajando para esa prestigiosa firma de arquitectos.

Con el sueldo que él percibía, el cual al tratarse de un principiante en su profesión era lo bastante generoso como para arrendar su propio espacio, dejó de esa manera de vivir en casa de su madre.

Vincenzo se mudó a un apartamento pequeño pero acogedor de una sola habitación; además de un baño y medio, cocina, área social, cuarto de máquinas, y un amplio balcón con vistas al río *Arno* y parte de la ciudad, al cual Iana ya había ido en varias ocasiones para pasar tiempo con él.

Era el último sábado de fines de septiembre cuando Vincenzo, acompañado de su madre, hicieron un corto viaje sorpresa para visitar a Iana y a su familia y permanecer en el pequeño pueblo norteño durante el fin de semana; no sin antes reservar con anticipación la mejor mesa en el restaurante más lujoso con que contaba el pueblo: *La Taberna dei Sapori Celesti*, puesto que les invitaría a cenar a Iana y a sus padres en la noche de ese mismo sábado.

Tan pronto como Saúl y su madre llegaron a Valserra se acomodaron en un modesto hotel. Estando ahí, Vincenzo enseguida telefoneó a Iana para hacerle saber que se encontraban en el pueblo:

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —dijo Iana en cuanto contestó la llamada.

—Bien, amor, estoy aquí con mi madre.

—¿Aquí dónde, en el departamento?

Vincenzo soltó una risotada.

—No, amor mío, en Valserra.

—¿Es en serio? ¿Y por qué no viniste a casa?

—Reservamos un hotel...

—¡Pero hubiesen venido a casa! —enseguida protestó Iana—. ¡Qué ocurre con ustedes dos! Estaremos felices de recibirles, además de que aquí hay espacio suficiente.

—Mi amor, deja que termine de hablar —interrumpió Vincenzo entre risas—. Mamá y yo solo estaremos durante el fin de semana. Te agradezco la preocupación pero ya conoces cómo es ella, prefirió que nos quedáramos en un hotel, igualmente yo no deseo incomodar a tus padres...

—Pero...

—Iana, cariño, préstame atención —Vincenzo corrió la cortina y desde su habitación divisó las estrechas callejuelas que desde sus balcones desbordaba infinidad de flores coloridas—, tanto mamá como yo queremos hacerles una invitación para ir a cenar esta noche.

—¿Hacernos una invitación...? ¿A quiénes te refieres?

—A ti, amor mío, además de tu mamá y de Saúl. —Vincenzo conocía de sobra que Iana no se quedaría tranquila y seguiría indagando sobre cuál era el motivo de haber llegado sin siquiera avisarle, incluso a qué se debía tanta solemnidad por parte suya. Rio para sí y continuó: —Consulta con tus padres si está bien encontrarnos a las siete en *La Taberna dei Sapori Celesti*, y me confirmas. ¿De acuerdo, amor mío? Mientras tanto estaré ocupado durante las próximas tres o cuatro horas.

—¡Cuánto misterio! —lanzó Iana de mala gana.

—¿No me digas qué estás molesta conmigo?

—¡Pues sí, llegas al pueblo y ni siquiera vienes a verme!

—Iana, cariño, te estoy diciendo que tengo que resolver algunas cosas antes de vernos en el restaurante.

—Medio raro, pero está bien, te telefoneo en cuanto hable con papá y mamá.

—Te amo, mi bella Iana, no lo dudes jamás. Espero tu llamada entonces. —Vincenzo cortó la llamada y enseguida se reunió con su madre para salir al pueblo, faltaban aún algunos detalles por finalizar para la sorpresa que esa noche él le daría a su novia durante la velada.

En cuanto Iana y sus padres llegaron al restaurante, Vincenzo y su madre ya se encontraban esperando por ellos. A Iana le llamó la atención ver la elegancia con que se encontraban vestidos tanto Belinda como su hijo, además de los bellísimos arreglos de rosas blancas intercaladas con flores de cerezo como tanto le gustaban a ella, las cuales en su mayoría decoraban el espacio de su mesa; y otras parte del restaurante.

¿Acaso se celebraba algo?, pensó enseguida Iana.

Tan pronto como Vincenzo miró a la familia Márquez D'Alfonso acercarse a su mesa, enseguida se puso en pie y fue a darles el encuentro:

—Bienvenidos —exclamó estrechándose un abrazo.

—¡Qué gusto tenerlos en el pueblo, Vincenzo, a ti y a tu madre! —dijo Saúl.

—Lo mismo opino yo... ¡Pero cuánta elegancia! —exclamó Ainara, por lo que Vincenzo sonrió —. Iré a saludar a tu madre. Vamos, *amore.*

Entretanto, Vincenzo e Iana se abrazaron.

—Me tenías preocupada. Pero mírate... —observó Iana pasando la palma de su mano por la solapa de su chaqueta negra—. ¡Qué elegante y guapo te encuentras esta noche, cariño!

Vincenzo sonrió.

—Ven, amor, vayamos a la mesa. —Y, pasando el brazo alrededor de su delicada cintura, se dirigieron hacia la mesa en donde Belinda, en compañía de Ainara y de Saúl, conversaban muy a gusto.

—Buenas noches, Belinda —saludó Iana con ella, acercándose a darle dos besos, uno de cada lado de sus mejillas.

—¡Iana, querida, qué gusto verte! —exclamó Belinda esbozando una amplia sonrisa—. ¡Tú cada día más linda!

—Gracias, Belinda, usted siempre tan amorosa conmigo. —Tras devolverle la sonrisa, Iana se acomodó en la silla después de que Vincenzo la hiciera de lado para que se sentara. Frente a ellos estaban sus padres y Belinda.

—Nos alegramos tanto cuando Iana nos dio la noticia de que estaban en el pueblo —comentó Ainara.

—Nosotros también estamos muy contentos de estar aquí, compartiendo con ustedes —enseguida respondió Belinda—. Realmente me ha sido imposible venir aunque sea de paso a Valserra.

Ainara sonrió.

—Créeme que para nosotros también se nos ha hecho complicado ir a Florencia, la galería demanda mucho tiempo de mí, además de que Saúl pasa horas en el hospital, por no decir el día entero... ¿No es así, *amore*?

Saúl dejó de lado la copa de vino que en ese momento bebía, y respondió a su esposa:

—Así es, amor mío, hay ocasiones en que no depende de uno regresar temprano a casa. Debo estar dispuesto a atender las urgencias de las personas sin importar la hora que sea.

—Eso es cierto —comentó Belinda.

—¿Ordenamos la cena? —preguntó Vincenzo en el momento en que el camarero se acercó a la mesa y, estirando su mano, entregó a cada uno la carta del menú—. ¿Qué se te antoja para cenar, amor mío? —enseguida preguntó Vincenzo a Iana.

Mientras Iana recorría el menú, se interesó por el plato del día, por lo que, levantando a mirar al camarero, consultó con él:

—¿Cuál es el plato que esta noche ofrece el restaurante?

El camarero contestó:

—De entrada tenemos alcachofas con mariscos cubiertas por lanjas de queso mozzarella, y como plato fuerte, *melanzane alla parmigiana*.

—Delicioso —comentó Iana—. Para mí el plato del día, por favor.

—¿Y para las señoras? —preguntó el camarero dirigiéndose tanto a Ainara como a Belinda.

Tras leer detenidamente, Ainara se decidió por la ensalada de zucchini al pomodoro, y como plato fuerte, el risotto de espárragos; en tanto que Belinda pidió por el filete de ternera al limón con albahaca.

—¿El señor qué va a servirse? —preguntó a Saúl.

—A mí tráigame como entrada los espárragos con prosciutto. —Más adelante Saúl pidió el estofado de conejo.

—¿Y para el señor? —finalmente preguntó a Vincenzo. Él se decidió por *melanzane alla parmigiana,* al igual que Iana: se trataba de berenjenas como lasaña vegetal; todos los platos acompañados de un delicioso vino de la casa.

—Y bueno, adelantándome a los acontecimientos —comentó Belinda una vez que terminaron de cenar y se disponían a degustar el postre—, déjenme decirles que el motivo de esta visita repentina se debe a algo muy importante que Vincenzo tiene para decirles.

Tanto Ainara como Saúl, y no se diga, Iana, se miraron entre sí, sorprendidos.

—¿Se trata de algo que aún yo no lo sepa, cariño? —preguntó Iana tomando a Vincenzo de la mano. Mientras que Ainara y Saúl, dibujando en sus labios una sonrisa incierta, regresaron a

mirar a Belinda... Ella tan solo dejó que su hijo hablara:

—Así es, amor mío —respondió Vincenzo—, esto que ahora mismo tengo para decirles es algo que aún no te lo he propuesto.

Iana, sin entender a qué se refería, abrió sus grandes ojos verdes.

—Me estás poniendo nerviosa, amor...

Vincenzo sonrió, soltó la mano de Iana y, poniéndose en pie, se dirigió a Ainara y a Saúl:

—Mis estimados, Ainara y Saúl, mi madre y yo vinimos hasta aquí, y entre los dos quisimos que nos reuniéramos en este lugar porque deseo, de todo corazón, pedir ante ustedes y en presencia de mi madre la mano de Iana. Estoy tan enamorado que deseo casarme cuanto antes con su hija. —Iana se quedó sin palabras, era un manojo de nervios, únicamente sus labios esbozaron una sonrisa inquieta de agitación y contento. Mientras tanto, Vincenzo se giró hacia su novia e hincándose frente a ella abrió ante sus ojos la cajita en donde relucía un bellísimo anillo de compromiso, y preguntó: —¿Qué dices, amor mío, te casas conmigo?

Iana, con lágrimas en los ojos, se abalanzó a abrazarlo.

—¡Por supuesto que deseo casarme contigo! Bobo, me tuviste toda la tarde angustiada pensando de todo, menos que esto sucedería.

—Quise que fuera una sorpresa.

—¡Qué sorpresa hermosa nos han dado! —exclamó de pronto Ainara luego de que Vincenzo se sentara junto a su hija—. Estoy tan feliz por ustedes, Vincenzo, Iana, y sé que tu padre lo está igual, ¿no es así, *amore mio?* —preguntó volviéndose hacia Saúl, él asintió con una larga sonrisa —. Sé que serán muy felices.

—Gracias, mamá. —Iana, al igual que Vincenzo, sonrieron mirándose entre sí.

—Sin más por decir, puesto que las palabras sobran —intervino Saúl luego de llevarse las manos a los ojos en vista de que los tenía enrojecidos, llevó su copa del vino de la casa que habían ordenado en alto, y brindó por ellos: —¡Felicidades, hija querida, Vincenzo! Me hace sumamente feliz su compromiso. Tú sabes mejor que nadie, Vincenzo, que te aprecio tanto como a un hijo.

—Gracias por sus palabras, Saúl, tenga la certeza que jamás lo defraudaré ni a usted ni a su hija... Amo con toda mi alma a Iana.

—Y mi hija a ti, muchacho.

Entretanto, Iana se giró hacia Vincenzo y, entre risas, comentó con él:

—Escuchaste bien a mi padre, ¿cierto, cariño? —Vincenzo asintió con una sonrisa y besó su frente.

—No se diga más —comentó Belinda, quien también sonrió mirando la felicidad de los novios —, desde mañana mismo tenemos una divertida tarea que ir organizando.

—Por supuesto, ¿para cuándo tendrían prevista la boda? —preguntó Ainara a Vincenzo.

—Por mí que sea lo más pronto posible... ¿Tú qué opinas, amor?

—Si por mí fuera, mañana mismo. —Iana echó a reír—. Lo primero sería hablar con el padre Edoardo para que él nos diga cuándo habría disponibilidad en la iglesia.

Tanto Ainara como Belinda coincidieron con ella.

—Lo que dice Iana es cierto —dijo Belinda—, podríamos ir mañana mismo a conversar con el párroco y veamos qué nos dice.

—Perfecto —comentaron Iana y Vincenzo entre sí—, iremos mañana a hablar con el padre Edoardo.

Y así, entre risas y brindis, cada cual dio su opinión, además de que entre todos idearon la mejor manera en cómo se daría lugar a la celebración de la boda.

43

DESDE EL MOMENTO EN que Iana y Vincenzo se comprometieron, Belinda se mudó a Valserra para así, junto con Ainara, además de Francesca, de Romina y de Alfonsina, ir organizando la boda, la cual después de hablar con el párroco del pueblo tendría lugar antes de las fiestas navideñas.

Durante esos meses Belinda permaneció en Valserra, razón más que beneficiosa ya que de esa manera alcanzarían con todos los preparativos, y más aún tratándose del tiempo relativamente corto que tenían por delante.

Cierto sábado, a Iana se le había hecho tarde luego de estar en la parroquia para hablar con el padre Edoardo y ponerse de acuerdo sobre algunos detalles referente a la decoración de la iglesia cuando, ni bien cruzó el parque, Donato salió repentinamente de un auto y le dio el encuentro; no hubo dudas de que él esperaba por ella.

A pesar de que Iana tratara de evitarlo y huir, logró acorralarla y, tomándola bruscamente por el brazo, le exigió ir con él hacia una cafetería que se encontraba ahí mismo.

Iana no tuvo otra opción que acompañarlo. Entraron en dicha cafetería, en donde únicamente había dos o tres parejas y se sentaron a una mesa del fondo.

Y, como era de suponer, no se hicieron esperar las amenazas por parte de Donato:

—¡¿Crees que vas a salirte con la tuya y conseguir casarte con mi hijo?! ¡Estás muy equivocada, jovencita, si piensas que yo lo voy a permitir!

—Si accedí en venir hasta aquí contigo fue porque no me quedó otra alternativa, Donato, pero ni creas que te tengo miedo o que nuevamente voy a dejarme mangonear con tus amenazas... ¡Me casaré con tu hijo, te guste o no!

—Antes tendrás que pasar sobre mí, jovencita inconsciente... ¡No sabes con quién estás tratando!

Iana sonrió con desdén.

—Te conozco bien, Donato Carusso, ¿o crees que se me ha olvidado todo lo que les hiciste a mis padres? Además de que trataras de abusar de mí... Realmente eres un desquiciado.

—Te estoy dando a elegir, Iana D'Alfonso...

—Iana Márquez D'Alfonso, aunque te tardes en decirlo.

Donato sonrió con desprecio.

—Como sea... Por tu propio bien y el de todos aléjate y desaparécete de una vez por todas de la vida de mi hijo, de otra manera...

—¿De otra manera qué...? ¿Papá? —cuestionó Vincenzo encontrándose frente a frente con su padre; a lo que Donato, nervioso, respondió a su hijo con otra pregunta:

—¿Cómo supiste que estábamos aquí?

—¡Te exijo que termines con lo que le ibas a decir a mi novia!

—Déjalo así, cariño —intercedió Iana—, es mejor dejarlo e irnos.

—No, amor, ahora mismo mi padre tendrá que decirlo, pero esta vez frente a mí. Vamos, Donato Carusso, vomita tus siniestras amenazas.

—¡Aparte de inocentón eres tan ciego! —espetó su padre con sarcasmo—. Toda su familia es una escoria... ¡Empezando por su padre!

—¡No voy a permitir que continúes ofendiendo a mis padres! —replicó Iana poniéndose al momento en pie; mas Vincenzo, tomándola por la cintura, comentó con ella no sin antes aniquilar a su padre con la mirada:

—No insistas, amor mío, ya no gastes más tus energías en él. Y ahora salgamos de este lugar, gracias a un amigo que los miró entrar pude llegar a tiempo e impedir que este hombre continúe agrediéndote.

Iana asintió en silencio sin apartar ni por un momento sus ojos del mirar lóbrego de Donato, mientras él la desafiaba con la mirada.

Vincenzo forzó a Iana a darse la vuelta y, sin mirar atrás, abandonaron la cafetería.

44

LUCES RESPLANDECIENTES POR DOQUIER y coloridos arreglos navideños alegraban las calles, plazoletas y el concurrido parque del pequeño pueblo norteño, dando la bienvenida a las Fiestas Navideñas. Igualmente en la parroquia de San Feliciano di Valserra se había expuesto un portentoso pesebre, a donde sus moradores y visitantes acudían, maravillados, a visitarlo.

En aquella clara y azulada mañana de diciembre, Ainara, con la ayuda de su madre, de Alfonsina, además de Belinda, quien fue de considerable ayuda, aparte de su amiga de toda la vida, Gabriella, de su hermana Romina, y de Patrizia, quien también viajó desde Florencia, terminaban con los últimos detalles para la celebración de la boda de la enamorada pareja.

Rompiendo con la clásica tradición en donde la ceremonia daría lugar en la iglesia, los novios resolvieron que la conmemoración tendría lugar en los jardines de la residencia de la abuela de la novia, de Francesca Baglietto D'Alfonso, como venía siendo la costumbre desde hacía décadas atrás en cuanto a la recepción se refería.

Un Sol radiante abrió sus brazos en esa fría mañana de invierno, cobijando al pintoresco pueblo norteño en aquel día especial.

Los pequeños, Azzurra y Adriel, felices porque había llegado el día de la boda de su hermana, jugaban entre ellos en el jardín delantero de la casa de su abuela mientras aguardaban hasta que fuese el momento de iniciar la celebración que en breve daría lugar.

Azzurra, vistiendo un vaporoso vestido de tul en color blanco, adornado por un sinfín de florecillas en una suave tonalidad violeta, y un jersey blanco para el frío; y Adriel, con sus pantalones blancos y camisa de franela en color violeta, al igual que su hermana, adornando el bolsillo de su camisa una rosa blanca en botón, serían quienes cubrirían el camino de césped artificial con pétalos de rosas blancas en cuanto Iana, del brazo de su padre, caminara hacia el altar.

Iana, en medio del silencio de su habitación, en donde una suave melodía de arpas y violines que le llegaba desde los exteriores se contemplaba, lista para bajar al jardín, sentada frente al espejo; y sus labios, pintados en esa maravillosa mañana en un delicado color rosa, dibujaban una apacible sonrisa cuando Belinda, cerrando detrás de ella la puerta, se acercó a donde la reluciente novia y, mirándola a través del reflejo del espejo, exclamó:

—¡Mírate, qué bella estás, mi querida Iana!

A lo que Iana, manteniendo la quietud de su sonrisa, respondió:

—Gracias, de corazón, por todo cuanto ha hecho por Vincenzo y por mí, Belinda.

Belinda acercó el taburete que se encontraba a su costado y, situándose junto a la novia que esa mañana lucía radiante, dijo:

—No me des las gracias, querida, en todo caso soy yo quien se siente agradecida por reconsiderar tu decisión de abandonar a mi hijo e ir a buscarlo. ¡Y mírate, aquí estás, a tan solo un paso de ir hacia el altar para unir sus vidas y ser su esposa!

Iana la abrazó, de sus ojos desbordaron lágrimas de emoción.

—Amo a Vincenzo, y soy la mujer más feliz por unirme a él en matrimonio... Además de que me siento tan afortunada por ser parte de su familia.

—Eres una hija para mí, mi querida Iana. —Belinda, esbozando una tierna sonrisa, rodeó a Iana con ambas manos por el rostro—. Y ahora deja que te limpie esas lágrimas porque de otra manera vas a malograr tu maquillaje. Vamos, querida... —dijo tomando de su mano y la ayudó a ponerse en pie—, llegó el momento de bajar, el novio y los invitados esperan por ti.

—Sí... ¡Llegó el gran momento! —Iana, entregada a una apacible serenidad, además de la dulce ilusión que cobijó su alma, tomó del brazo a Belinda y juntas se encaminaron hacia el recibidor en donde sus padres, además de su amorosa abuela, Francesca, esperaban por ella.

—¿Lista para ir al encuentro del novio, y desde hoy empezar una nueva vida, mi hija amada?

—Lista, papá.

Cientos de frescos y delicados pétalos blancos cubrían el césped de los jardines de la residencia D’Alfonso. Iana apareció por el largo camino, decorado de cada lado con arreglos florales, vestida con su hermoso vestido blanco entallado en fina seda, con una discreta abertura del lado derecho de la pierna, las mangas ceñidas a todo el largo del brazo adornaban un delicado encaje entretejido con diseños florales. Su cabello lo llevaba alzado en un moño de princesa a media

nuca con delicados mechones en bucles que le caían por debajo de los pómulos, y una diadema de cristales *Swarovski* que adornaba su cabeza. Y sobre sus hombros su capa de seda al igual que la de su vestido, la cual, deslizándose unos cuantos metros por el extenso camino cubierto de los pétalos que sus pequeños hermanos, ayudados por canastillas, lanzaron antes de que la novia pasara, avanzaba, sonriente, del brazo de Saúl, su padre, hacia el gazebo en donde un bellísimo arco de azucenas blancas y rosas, además de flores de cerezo engalanaba el altar para iniciar la ceremonia, mientras que a un costado, Romina, al piano, entonaba la marcha nupcial, coreado por el dulce canto de los pájaros que, jugueteando en esa mañana luminosa de diciembre, revoloteaban junto a ella.

Vincenzo, de pie junto al altar, luciendo un elegante traje en color blanco, adornando el bolsillo de su chaqueta una rosa púrpura en botón esperaba emocionado por su amada novia.

En tanto que Saúl, con sus ojos humedecidos por la emoción, y una dulce sonrisa que esbozó de sus labios subió, escoltando a la novia, los tres peldaños que llevaban hasta el altar para ahí, en medio de su familia, invitados, además de los abuelos de Vincenzo, quienes lo acompañaban en ese día tan especial, entregar a su hija al apuesto novio, dando comienzo, de esa manera, a la ceremonia.

Mientras tanto, Edoardo Messina, el sacerdote quien desde hacía varios años atrás ya venía sirviendo al pequeño pueblo norteño en reemplazo del queridísimo y extrañado padre Fortunato Rinaldi, dio comienzo al matrimonio entre Iana Márquez D’Alfonso y Vincenzo Carusso Fiorucci, la feliz pareja, quienes desde aquel día maravilloso empezarían una vida juntos, lejos de odio, orgullo, y rencor que acarreó el pasado...

Al menos eso era lo que su interior gritaba.

—Iana Márquez D’Alfonso —preguntó el sacerdote colocándose frente a la novia—, ¿aceptas por voluntad propia a Vincenzo Carusso Fiorucci como tu legítimo esposo?

—Acepto, padre —contestó Iana en medio del brillo que reflejaron sus hermosos ojos verdes.

Luego el sacerdote se giró hacia el novio y preguntó:

—Y tú, Vincenzo, ¿aceptas por esposa a Iana Márquez D’Alfonso, amándola y respetándola por el resto de sus vidas?

Vincenzo, esbozando una dulce sonrisa, respondió:

—Acepto, padre.

—Si no hay alguien que se oponga a esta boda —dijo el sacerdote dando a los novios la bendición—, en el nombre de Dios, yo los declaro marido y mujer. —El reverendo esbozó una amplia sonrisa, y enseguida dijo: —Vincenzo, puedes besar a tu esposa.

Mientras tanto, Vincenzo, con un brillo en sus ojos que clamó de emoción, tomó el rostro de Iana entre sus manos y, en un tierno beso besó sus labios, al tiempo que cientos de globos coloridos se elevaron libres al cielo, desde donde, abrazados por el brillo del Sol, continuaron su trayectoria volviéndose cada vez más diminutos a la vista de todos, sellando con ello la unión entre la joven pareja, quienes desde entonces se convertirían en el señor y la señora Fiorucci, ya que Vincenzo continuaba manteniendo el apellido de su madre.

Ainara y Saúl, desde las sillas en donde se encontraban sentados, levantaron la mirada al cielo, al igual que sus dos pequeños, Azzurra y Adriel, quienes en medio de risas lo vieron pintar de color hasta que los cientos de globos se iban perdiendo a la distancia.

Ainara y Saúl regresaron la mirada a la feliz pareja: ambos, abrazados, reían mirando el despliegue de color, hasta que se dieron la vuelta, y tanto los padres de Iana, como Nicoletta y Darío que se encontraban junto al matrimonio Márquez D'Alfonso subieron a darles el abrazo de felicitación a los recién casados.

Por otro lado, Miriam, sumida en un mar de lágrimas por la emoción que le causaría presenciar la boda de sus dos amigos, se aferró al hombro de Massimo, quien también disfrutaba de la unión de su gran amigo y hermano, hasta que se iniciara la fiesta.

Y así fue, en cuanto Iana y Vincenzo bajaron las escalinatas del gazebo se dio lugar al festejo para agasajar a los recién casados en medio de los jardines frontales de la residencia, en donde se habían adaptado carpas decoradas con bellísimos bouquet de azucenas y rosas blancas, además de discretos racimos de delicadas flores de cerezo como tanto le gustaban a Iana; las que en cada arreglo no podían faltar. Asimismo, por petición de los novios se dispuso de decoraciones de candelabros altos de cristal, adornados por velas blancas, y arreglos de globos en vivos colores. Una buena cantidad de ellos fueron reservados para ser lanzados al cielo tan pronto como terminara la ceremonia; como así sucedió.

Finalmente, como era tradición, el padre de la novia haría el brindis, por lo que Saúl, inmerso en profunda emoción levantó su copa y, dirigiéndose a la feliz pareja, además de sus invitados, celebró con ellos:

—Mis queridos hijos, Iana y Vincenzo, no encuentro palabras para expresar la alegría que invade mi alma, además de la de tu madre, hija mía, y de toda la familia... Y por qué no decirlo, de todos los aquí presentes porque al fin y después de tanto contratiempo vencieron y están unidos en matrimonio frente a todos nosotros, y ante Dios como testigo, gracias al profundo e inquebrantable amor que se tienen el uno por el otro. Brindo por ustedes, mis amados hijos, por

una vida plena en donde el amor y el respeto sean el cimiento, el pilar que los sostiene. Los amo... ¡Salud por los recién casados!

—¡Pido la palabra! —gritó de pronto Donato, su voz se escuchó desde la parte trasera de la recepción, por lo que todos regresaron a mirar. Agarró al paso una copa de champaña de manos de uno de los meseros que sujetaba la fuente y, tambaleándose, avanzó por entre las mesas en dirección a la de los novios, en donde Saúl, a la cabecera, hacía el brindis. Iana y Vincenzo, desconcertados, se miraron entre sí, mientras que Nicoletta, quien se encontraba en la mesa del frente en compañía de su esposo, Darío, enseguida se puso en pie y fue a darle a su hijo el encuentro. A pesar de la recomendación que le hizo de salir cuanto antes de ahí, Donato se posicionó junto a los novios y, sin tomar el más mínimo interés, insistió en dedicar unas palabras a los recién casados.

Llevó su copa en alto y dijo:

—Estoy aquí para celebrar también el matrimonio de mi hijo, Vincenzo Carusso, porque así él no use mi apellido... ¡Sigue siendo un Carusso, carajo!

Enseguida Vincenzo se levantó y, tomando a su padre por el brazo, comentó con él:

—Vete de aquí, papá, estás pasado de tragos.

—¡No, antes quiero terminar con mi brindis!

Iana le hizo a Vincenzo una seña con los ojos, pidiendo que volviera a sentarse, mientras que Saúl, desde el extremo de la mesa, no le perdió de vista a Donato ni por un momento.

Vincenzo volvió a sentarse junto a Iana; ante lo cual, tomando la palabra, Donato se giró hacia los novios y, refiriéndose expresamente a Iana y a su madre, dijo:

—Brindo nuevamente, pero esta vez celebrando la desgracia que vivirá mi hijo, porque si no lo saben, esta jovencita que tienen ante ustedes viene de una familia sin escrúpulos, Gaetano D’Alfonso, el padre de Ainara D’Alfonso, su distinguida madre... —burló Donato—, me vendió a su hija cuando apenas tenía dieciocho años. Y ahora me vienen a decir que esta audaz señorita, luciendo su inmaculado vestido blanco, no es otra cosa que una interesada, no es mujer para ser la esposa de un Carusso, porque ella... —acusó señalando a Iana—, ¡Iana D’Alfonso, se ha mantenido por años seduciéndome a causa de mi dinero!

—¡Cállate de una buena vez, a mi mujer y a mi hija las respetas! —Saúl, en medio de la ira e indignación que reflejó su rostro, lanzó con todas sus fuerzas un violento puñetazo al centro de la cara de Donato; desbordándose, al momento, hilos de sangre por su pómulo izquierdo. Éste, balanceándose, se sujetó la cara, mientras que Ainara, junto a su hija y Vincenzo se mantuvieron

sin decir una sola palabra. Obviamente madre e hija se sintieron ultrajadas, pero siendo así, Donato tuvo lo que se merecía.

Mientras tanto, Nicoletta corrió echando alaridos en dirección hacia donde su hijo; no así su esposo, Darío, permaneció inmóvil sentado en la silla:

—¡¿Donatito, hijo mío, qué te han hecho?! —Sus piernas arqueadas no respondieron cuando quiso dar un paso adelante en vista de que los tacones de sus zapatos se le hundieron en la hierba humedecida, forzó, levantando el pie y, bamboleándose, se apresuró hacia donde su hijo. Éste, cubriéndose con la mano su pómulo abierto, desafió a Saúl con la mirada. Entretanto, Nicoletta, parándose frente a frente con su hijo, levantó el rostro y, buscando su mirada, no dejó de lamentarse por el incidente: —Esto no puede estar sucediendo, hijo querido... ¡Cómo vinimos a caer tan bajo! —Alargó su mano, en donde al momento sus dedos largos y huesudos ostentaron demasía de anillos de valiosas piedras preciosas, además de las pulseras doradas que colgaban de sus muñecas y, limpiando con prisas el exceso de sangre de la cara de su hijo con su pañuelo blanco, no paró de quejarse: —¡Ya te han hecho demasiado daño, mi Donato querido, esta familia no nos merece, salgamos inmediatamente de este lugar!

—¡No, mamá...! —gritó Donato aniquilando a Saúl con la mirada—. ¡Antes va a escucharme este mal nacido! Ya era tiempo de que conocieras quién es tu hija... ¡Sacrílego bastardo! —Y trató, a pesar de que su madre diera el pecho interponiéndose, de írsele a Saúl encima. Vincenzo sacó su móvil y enseguida marcó el número de la policía.

—¡Ya fue suficiente! —espetó Saúl sujetando a Donato por la camisa—. ¡Te largas ahora mismo de aquí! —Y volvió a estamparle otro puñetazo del otro lado de la cara. Donato retrocedió, dándose contra el filo de una de las mesas. Todos en la reunión presenciaron el mal momento a manos de Donato sin saber cómo remediarlo. Al menos Romina llevó a los pequeños, Azzurra y Adriel, al interior de la casa para que quedaran al resguardo de Alfonsina.

Nicoletta trató de enderezar a su hijo mientras, desesperada, continuó con sus alaridos histéricos:

—¡Auxilio, que alguien ayude a mi hijo, no se queden ahí sin hacer nada!

Donato trató nuevamente de írsele a Saúl encima, y fue en ese momento en que Saúl, haciendo uso de la fuerza, tomó al padre de Vincenzo bruscamente por el brazo y, violentado, lo arrastró fuera del lugar. Donato resbaló sobre una capa de hielo que se había formado en el césped y cayó de medio cuerpo dentro de la pileta que estaba a escasos metros de la puerta trasera de la residencia, mientras que su madre, desesperada, corría a su auxilio batallando con sus tacones que insistentemente se le hundían en la hierba humedecida.

—¡Maldito perro...! —lanzó Donato contra Saúl en medio de una carcajada—. ¡Ahí tienes tu paga, ahora tu hija lleva mi apellido, así como también lo llevarán tus nietos! —Tanto su camisa de seda blanca como su chaqueta las traía ajadas y mojadas.

Saúl, enfurecido, agarró a Donato de la parte delantera de su camisa, y de un fuerte jalón lo sacó fuera de la pileta. Sus ojos apenas podían verse por entre su cabello desgreñado.

—¡Esto debí hacer contigo desde hace mucho tiempo atrás, despreciable psicópata! ¡A partir de hoy aprenderás a respetar tanto a mi familia como a mí! —Y sin darle opción de que continúe injuriándolo, embistió contra él dos puñetazos del mismo lado de la cara. Donato patinó, cayendo de rabadilla contra la hierba mojada. Saúl volvió a agarrarlo por la camisa y, arrastrándolo, lo sacó fuera de la residencia de su suegra.

En ese momento se estacionaron en la acera dos carros policiales.

—¡Llévenselo! —dijo a los oficiales quienes ya fueron informados de la intromisión inapropiada de Donato Carusso—. Ustedes sabrán qué hacer con él. —Se dio media vuelta y entró en la propiedad en donde Nicoletta, a regañadientes, apuró halando a su esposo por el brazo.

—¡No quiero volver a verlos nunca más en mi vida ni a ti ni a tu familia, Saúl Márquez! —confrontó en el momento en que se cruzó con él y, siguiendo de largo, abandonaron la propiedad.

—Vincenzo, hijo —dijo Saúl cuando éste fue a darle el encuentro una vez que sus abuelos se fueron—, gracias por llamar a la policía. Me apena que esto haya ocurrido precisamente en el día de su boda, pero no tuve otra opción con tu padre, espero que puedas entender...

—No tienes que disculparte, Saúl, era de esperarse que esto fuera a suceder. Jamás le perdonaré a mi padre que haya ofendido a mi esposa frente a todos.

—¿Y cómo está ella?

—Gracias a Dios lo tomó con absoluta madurez... Ya conoces cómo es Iana, fuerte como un roble.

—Sin desmerecerlo —dijo Saúl acomodándose el cabello y su camisa que por el altercado la traía fuera del pantalón—, mi hija heredó dignamente el carácter de su madre, así como el de su abuelo, Gaetano D'Alfonso. —Ambos rieron mientras avanzaban hacia el centro de la recepción.

Mientras tanto, Belinda, viendo a Saúl y a Vincenzo regresar por la parte trasera del jardín se puso en pie y, en medio de la confusión, llevó su copa en alto y exclamó:

—*Salute, per gli sposi!* —A lo que todos brindaron con ella y, luego, pidiendo a los músicos que empezaran a tocar, dijo: —¡Y ahora todos a bailar, que la fiesta recién empieza, amigos! De

pronto, Miriam, desde la mesa en donde se encontraba en compañía de su novio, Massimo, se puso en pie y, levantando la voz, pidió la atención de todas las muchachas solteras:

—Escuchen... ¿Qué les parece si antes le pedimos a la novia que vaya hasta el gazebo para continuar con la tradición? ¡Es momento de que lance su ramillete de flores!

Por lo que enseguida todas las muchachas solteras, entusiasmadas, corearon un sí.

Iana accedió con una sonrisa, pero les pidió esperar un momento cuando vio que Vincenzo y su padre se aproximaban hacia la mesa en donde ella estaba:

—¿Qué sucedió con tu padre, cariño? —preguntó cuando Vincenzo se sentó a su lado.

—Ya todo acabó, amor mío, no quiero que continúes preocupada. —Vincenzo tomó a Iana de las manos—. Él y mis abuelos acaban de marcharse lejos de aquí... Y para siempre.

Iana lo miró angustiada.

—¿Y papá? ¿Pasó algo malo entre los dos? Me aterra solo pensar que ese desquiciado le haya hecho daño.

Enseguida Vincenzo la envolvió entre sus brazos y besó su frente.

—Te repito que no te preocupes, amor mío, Saúl puso en su sitio a mi padre... ¡Cómo tenía que ser! Te aseguro que desde hoy en adelante Donato Carusso no volverá a molestar ni a tus padres ni a nosotros. Quiero que sepas, además, que me esforzaré para borrar de tu mente todo cuanto sucedió con mi padre y hacerte la mujer más feliz de este mundo.

Iana, esbozando una dulce sonrisa, le dio a Vincenzo un beso en los labios.

—Te amo, cariño, igualmente sé que te haré el hombre más feliz. Ahora tengo que ir a cumplir con la tradición, que las muchachas esperan por mí. —Iana sonrió y, levantándose, añadió, sujetando la mirada de su esposo: —A ver a quién le toca agarrar el ramo...

Iana, en compañía de todas las solteras que aguardaban por ella, fueron hasta el centro del jardín para desde lo alto del gazebo hacer el famoso ritual que su amiga, Miriam, sugirió. Mientras que desde el extremo opuesto del jardín, Vincenzo, su madre, además de Saúl, de Ainara, y de todos quienes permanecieron en las mesas, presenciaron atentos a la joven que agarrara el esperado ramillete sería la futura novia por casarse... Así decía la tradición.

Entretanto, Iana, de espaldas a todas las muchachas quienes, eufóricas, esperaban el momento de saltar y poder agarrar el codiciado ramo de flores, gritó en medio de risas:

—¡A ver quién es la afortunada! —Y enseguida lanzó por los aires su hermoso y colorido ramillete de azucenas blancas y flores de cerezo, envuelto en delicadas cintas perladas, al tiempo que juegos pirotécnicos cubrían el cielo con sus relucientes destellos festivos.

Tan pronto como se volteó pudo ver que su amiga, Miriam, abrazada al cuello de Massimo, reía y saltaba de emoción llevando el ramillete en alto.

Enseguida Vincenzo estuvo con Iana y, abrazándola por la cintura, comentó con ella al ver la felicidad con que sus dos amigos celebraban dicho triunfo:

—Vas a ver que más rápido de lo que te imaginas tendremos una nueva boda en Valserra...

—¡Será maravilloso, por supuesto que sí! —Iana sonrió, sus ojos quedaron fijos en Miriam y Massimo—. Y ahora quiero que me confíes algo —dijo volviéndose hacia su esposo, mirándolo con ilusión.

—¿Qué es eso, amor mío, que con tanto interés quieres que te confíe?

—¿Cuál fue tu deseo aquella tarde en Livorno en la *Fontana del Nettuno*?

Vincenzo sujetó su mirada y sonrió.

—Que te casaras conmigo... ¿Y el tuyo, amor mío?

Iana esbozó una sonrisa traviesa, rindiéndose al encanto de sus cautivadores ojos negros que en ningún momento dejaron de mirarla con amor.

—¿Tú qué crees?...

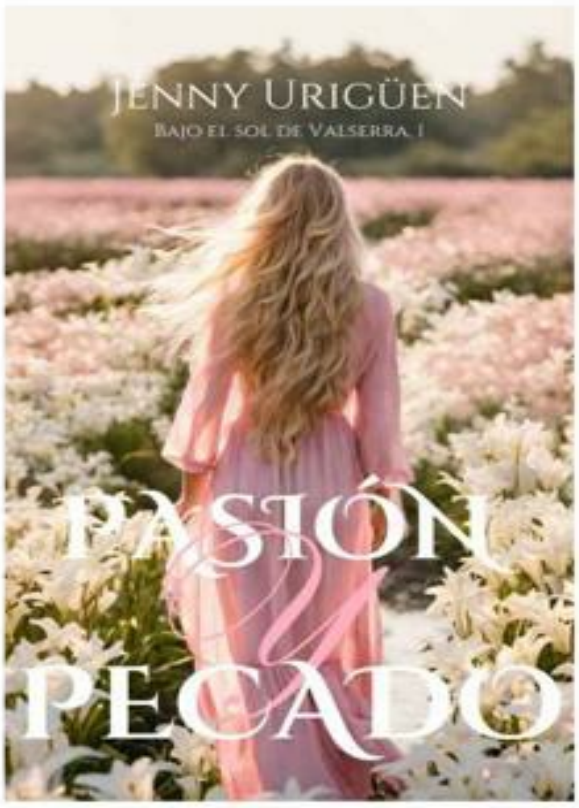
Epílogo

AINARA Y SAÚL, ABRAZADOS, contemplaron en completa quietud la dicha y tranquilidad que desde entonces desbordaba su vida.

La feliz unión entre los hijos de ambas familias fue el castigo al orgullo de la familia Carusso...

—Tus ojos son mis ojos, tu vida es mi vida, *amore mio*... —exclamó Ainara recargándose sobre el hombro de su esposo—. ¡Siempre estaré a tu lado!

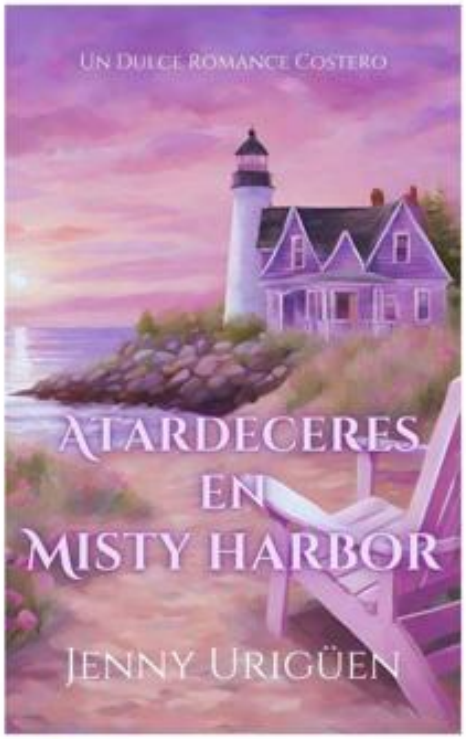
Otros libros

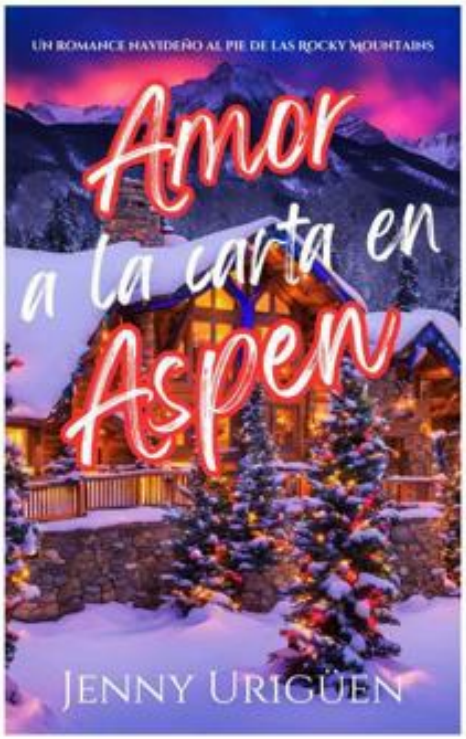

JENNY URIGÜEN
BAJO EL SOL DE VALSERRA. I
PASIÓN Y PECADO


JENNY URIGÜEN
BAJO EL SOL DE VALSERRA. 2
ORGULLO Y CASTIGO


No me olvides
HISTORIA DE UN AMOR EN PELIGRO
JENNY URIGÜEN


JENNY URIGÜEN
Tú, ¿otra vez?
HISTORIA DE UN AMOR ACCIDENTADO


Un Dulce Romance Costero
Atardeceres en Misty Harbor
Jenny Urigüen


Un romance navideño al pie de las Rocky Mountains
Amor a la carta en Aspen
Jenny Urigüen